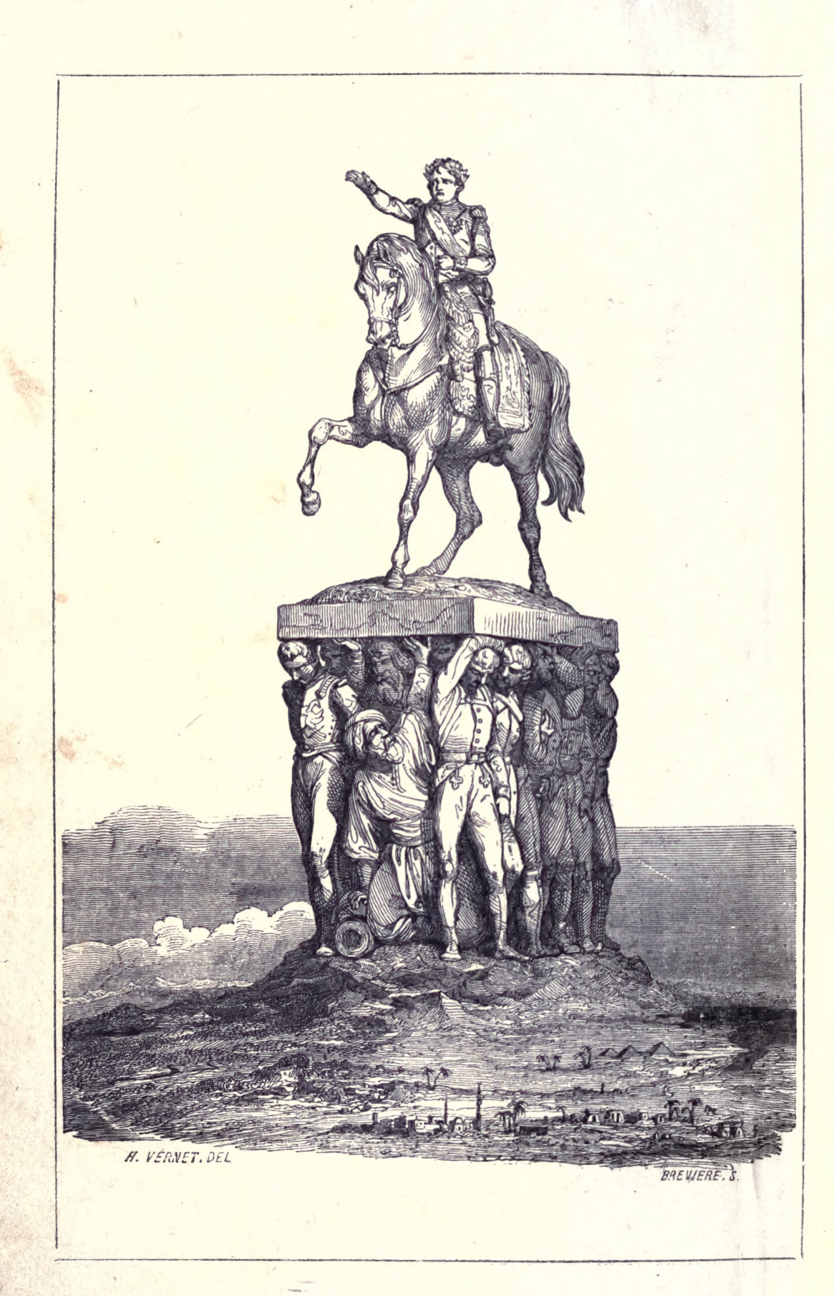





H. VERNET. DEL
BREWIERE. S.

HISTORIA

DEL EMPERADOR

NAPOLEON,

POR P.-M. LAURENT DEL ARDECHE;

con **500** *dibujos*

DE HORACIO VERNET.

PUESTA EN CASTELLANO

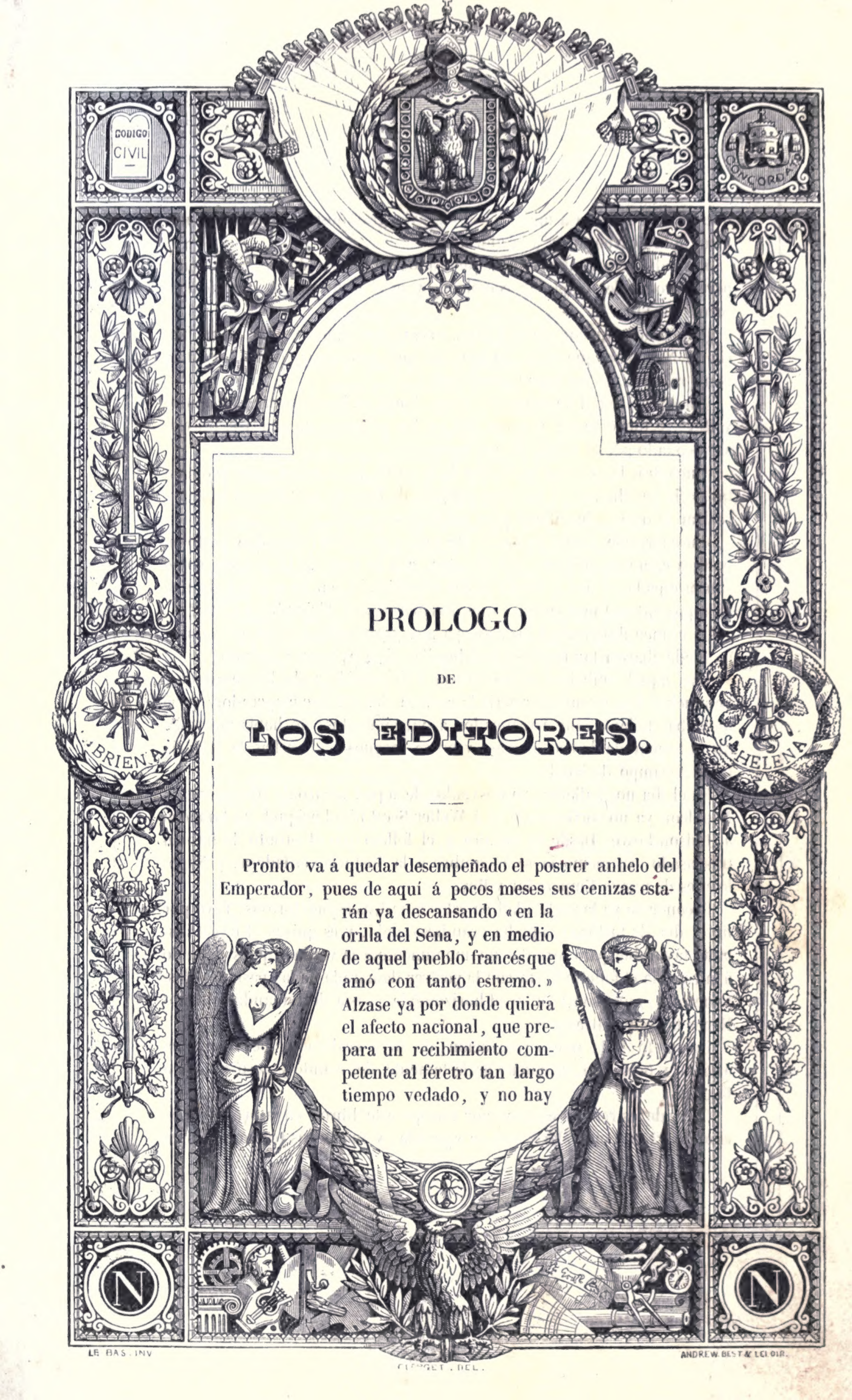
Por D. Eduardo Henry.



BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES Y COMPAÑÍA.

1840.



PROLOGO

DE

LOS EDITORES.

Pronto va á quedar desempeñado el postrer anhelo del Emperador, pues de aquí á pocos meses sus cenizas estarán ya descansando «en la orilla del Sena, y en medio de aquel pueblo francés que amó con tanto estremo.» Alzase ya por donde quiera el afecto nacional, que prepara un recibimiento competente al féretro tan largo tiempo vedado, y no hay

que temer que vaya á menos el desagravio grandioso que debe al númen, á la desventura y á la gloria.

Mas cabe otro medio de obsequiar á los difuntos, el mas esclarecido para varones del temple de Napoleon, y es el historiar circunstanciadamente su vida.

¿Quién acertará con efecto á idear rasgos mas gloriosos para la memoria de Napoleon que ellos mismos, ni qué ceremonial equivaldrá á la mera relacion de tan suma nombradía?

¡Nacer casi en el desamparo; vivir luego en la púrpura; Emperador y Rey! ¡y luego morir y yacer allá en los peñascos de una isla bravía, arrinconado por el miedo de sus enemigos!

¡Encontrar la potestad en medio de la calle, la sociedad bajo las plantas de la revolucion, y un mero soldado de fortuna restablecer la una y realzar la otra: ¡dos afanes para emplear un siglo!

¡Enseñorearse, desde la nada, de todo y de todos; descollar tanto en política como en milicia; con el cetro, con la vara de la justicia como con la espada; y acá y acullá andar repartiendo, en la carrera de una vida portentosa, mas coronas que derribaron allá Alejandro y César!.... ¿Qué númen dió jamás á luz epopeya mas grandiosa? y ¿qué monumento puede abarcar tan inmensa nombradía, sino su misma historia?

Tras aquel embeleso esplendoroso y la grandeza de los resultados, ya muchos han intentado referir la carrera del soldado-emperador; pero quedaban todavía muy cercanos los acontecimientos; no habia aun volado la humareda de las guerras, y no se rasguea á derechas la historia tras un campo de batalla.

En el dia nos hallamos ya desviados de aquel horizonte abrasador, y Napoleon ya no corresponde ni á Walter-Scott ni á Loriquet, ni tampoco á Hudson-Lowe. Desde la crónica y el folleto que al pronto lo habian traspasado, su memoria se encumbró á la historia verdadera, y Napoleon es de nuevo Emperador y Rey.

Reconócese ya la posteridad en estas muestras esplendorosas; rayó por fin el dia de historiar aquella grandiosa vida, y es quizás el único instante favorable para levantar un monumento á la verdad, pues dejando á la espalda el folletin yerto con la postrer llamarada de las pasiones desvanecidas, ¿no asoma ya en el horizonte la poesía derramando á manos llenas flores y patrañas?

Un sujeto de la nueva jeneracion, de suyo acalorado, pero tambien atinado y profundo, se enteró perfectamente del asunto y puso manos á la obra.

Corre de estremo á estremo por Europa este libro, cuya primera edicion de 22,000 ejemplares está ya apurada, y luego sus traducciones en

todos los idiomas han merecido igual aceptacion que el orijinal (1).

Desde luego se alcanza aquella ansia tan estremada. Léense en esta historia los afanes del sumo capitan, relacion portentosa que está abarcando, desde sus dos puntos contrapuestos, Tolon y Waterloo, una serie de victorias recordadas con los nombres de Montenote, Arcola, Pirámides, Rívoli, Austerlitz, Jena, Wagram, con otros muchos estampados en la memoria de las jentes al par que en el bronce de la columna.

Hállanse en esta obra sus tratados de paz, que pregonan una actividad que no podia hallar descanso sino en el término esclarecido señalado por el engrandecimiento y la independencia de la patria; y aquellos boletines inmortales, milagros patentes del númen político y de la elocuencia.

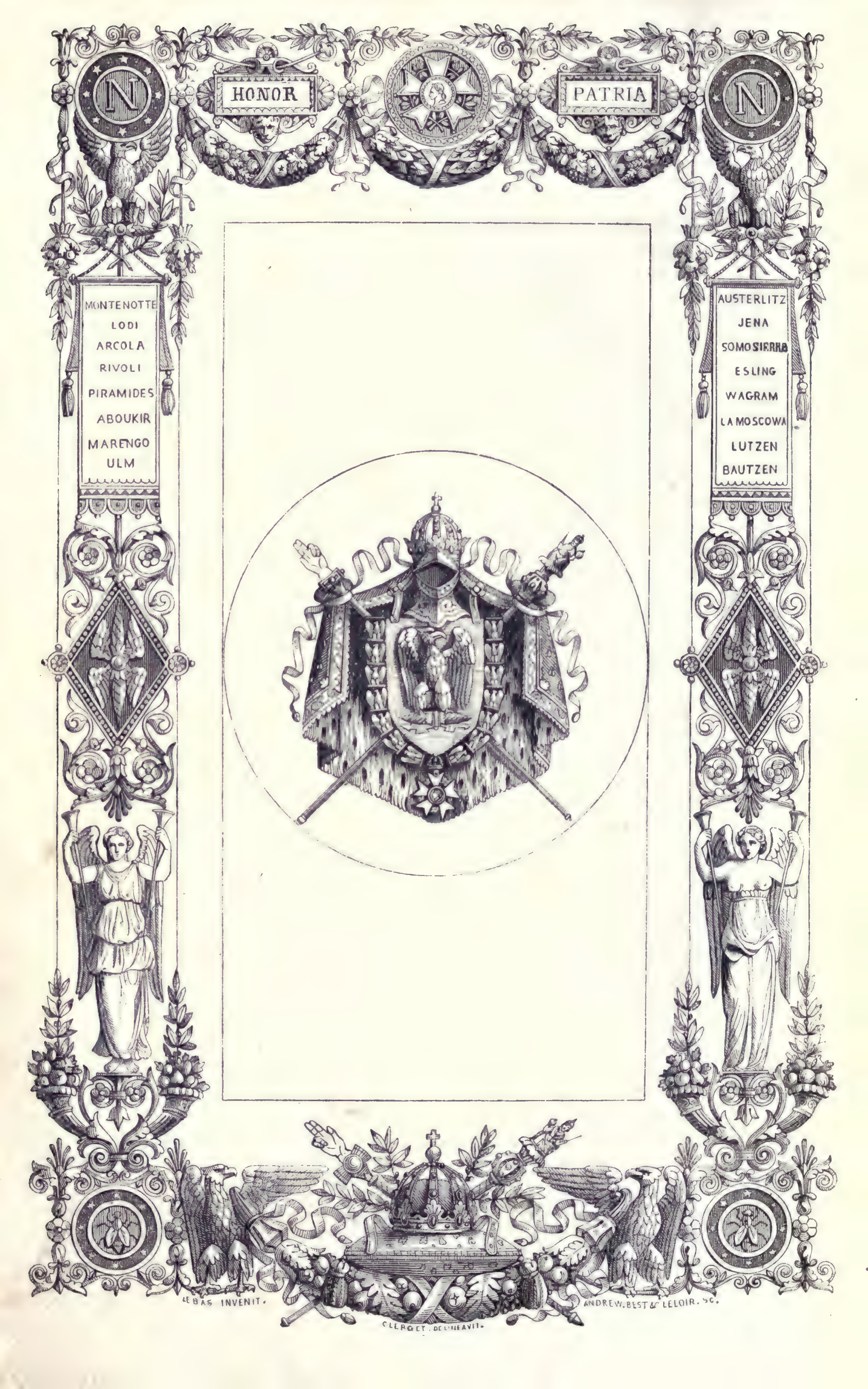
Junto á tantísimo primor del arte, de la diplomacía y de la guerra, Mr. Laurent, con perspicacia despejadora, ha ido descubriendo los actos de la política del siglo XIX, las conquistas de la revolucion planteadas por el Emperador, y aquella igualdad civil, fundada en sus códigos como base de la vida social, y que patentiza todas las carreras al trabajo, al denuedo y á la esperanza.

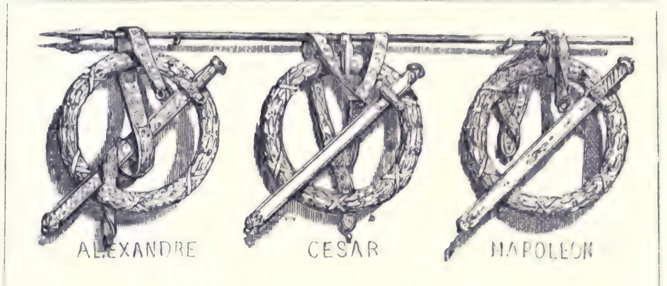
Tratándose de los grandiosos afanes esternos, ha ido Mr. Laurent delineando, con aquel brioso y arrebatado lenguaje que le es tan jenial, cuan feliz influjo han tenido en Europa las avenidas de los ejércitos franceses, hijos de la revolucion.

En fin, sobre tantos realces para merecer el aprecio jeneral, ha cabido á esta historia de Mr. Laurent la ventaja inapreciable de haberla ilustrado Horacio Vernet, pues hasta quinientos dibujos de su lápiz en estremo espresivo engalanan este libro, en el cual los editores han echado el resto, pues, aun en su jerarquía mas llana, no se han avenido á quedarse en zaga del dibujante y del escritor.

Barcelona 26 de octubre de 1840.

(1) ¿Quien no ha leido, hace algunos dias, en una carta fecha en Teheran, una nueva demostracion de la aceptacion imponderable de este libro? Un ejemplar de esta «Historia ilustrada de Napoleon» fué ofrecido al Shah de Persia, por M. Sercey; y este libro es el que se ha hecho traducir aquel emperador de Asia, para venir en conocimiento del Emperador de Europa á quien estaba celebrando por el eco de la nombradía, antes de enterarse de los portentos de su vida. (Véase el Diario de los Debates del 19 de julio, carta de M. Eujenio Flandin).


N
HONOR
PATRIA
N
MONTENOTTE
LODI
ARCOLA
RIVOLI
PIRAMIDES
ABOUKIR
MARENGO
ULM
AUSTERLITZ
JENA
SOMOSIERRA
ESLING
WAGRAM
LA MOSCOWA
LUTZEN
BAUTZEN
LEBAS INVENIT.
CLERGET DELINEAVIT.
ANDREW, BEST & LELOIR, SC.



INTRODUCCION.



os hombres no faltan nunca para las circunstancias, ha dicho Montesquieu, y en efecto cuantas veces necesitó el mundo de un nuevo pensamiento para no perecer con las creencias, las instituciones y los imperios, ya exhausta su vitalidad y cumplido su destino, otras tantas se hallaron especuladores de relevante mérito, apellidados sabios, profetas ó dioses, segun las épocas y la elevacion ó trascendencia de su injenio, pareciendo ora como sublimes contempladores para idear una empresa rejeneradora, en medio del aislamiento y del misterio de la inspiracion; ora como filósofos para enseñarla en las aulas, como tribunos para comunicarla en las plazas públicas, como lejisladores para darle una con-

sagracion política, y como conquistadores para esplayar los ámbitos de su poderío y propagacion.

Verdad es que hasta ahora los grandes capitanes antiguos y modernos apenas se han hecho acreedores á la admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad, cooperando indeliberadamente á la obra de la civilizacion universal. La historia ha realzado con especialidad el número ó el esplendor de los triunfos, el arte de ganar batallas, la ciencia de las retiradas, el mérito de las dificultades vencidas y de los peligros arrostrados, las espediciones ajigantadas, las conquistas grandiosas y todo cuanto manifiesta injenio é ilustra militarmente, añadiendo además cuanto deslumbra á los pueblos en la vida de los varones estraordinarios que levantan ó derrocan imperios con el poderío de sus armas. Así, por no comprender la trascendencia filosófica de su sangrienta propaganda y por no alcanzar en ellos mas que estruendosos asoladores, varios escritores de nombradía han querido derribar el pedestal de sus estatuas y censurar la autoridad de los siglos, jactándose de paradojistas y contraponiéndose á las preocupaciones clásicas. Así el lírico Rousseau rehusó *admirar en Alejandro lo que aborrece en Atila*, y Boileau, tan pródigo de incienso con Luis XIV, no quiso ver en el discípulo de Aristóteles, vencedor de Darío, mas que un *atropellador que redujo el Asia á cenizas.*

Esta absoluta reprobacion, aunque de fecha remota, es desatinada é injusta. Si al endiosar á los guerreros, no se han recapacitado bastante los estragos de la guerra, y si al ensalzar el heroismo del soldado, no se ha tenido presente que

> Y donde quiera que un estado empieze,
> Bañada en sangre cada espiga crece.
>
> (BERANGER).

mas injusta, y quizás menos disculpable que esta exajeracion apolojética, seria la de negar redondamente la lejitimidad de la gloria militar, conceptuando allá la nombradía de los conquistadores como un dilatado embate contra el jénero humano, y el producto de un aciago prestijio y de un embeleso perpetuo.

Proclámese enhorabuena la superioridad racional de nuestro siglo sobre los anteriores; no titubearémos en reconocerla como secuaces ansiosos y perseverantes de la perfeccion humana; pero fuera sumo engreimiento en la época actual suponer que el mundo empezó ahora á despejar-

se, y tildar el descarrío de los tiempos pasados como desvariados en sus conceptos históricos y en sus opiniones racionales mas universal y antiguamente acreditadas. Cuando los pueblos concedieron al gran guerrero tan unánimemente la ovacion en vida y los honores del Panteon despues de su muerte, no los movió solamente el embeleso de la nombradía para aquel asombro y reconocimiento inalterable. Hermanábase con el ímpetu de un portento, en los pechos nobles y en las fantasías acaloradas, un instinto próvido de que los grandes hechos y los inmensos logros que inflamaban las almas jenerosas y recibian por do quiera la sancion del aura popular, lejos de malograrse para la santa causa del progreso social derramando ráfagas de luz en la carrera de algunas naciones ó de algunos individuos, producirian forzosamente consecuencias, no menos provechosas para toda la familia humana, que gloriosas para algunos de sus miembros.

Con efecto, cuando el pueblo ejipcio invade el Asia y plantea sus colonias victoriosas en las islas y el continente de la Grecia, la civilizacion de Tébas y Ménfis marcha en pos de Sesostris ó de Cecrops.

Cuando la espada de Alejandro derriba el trono de Ciro y avasalla el Oriente hasta la India, la civilizacion triunfa bajo el nombre y por el brazo del discípulo del Estajirita; aquel rastro esplendoroso que deja la conquista es el siglo de Péricles; aquel reflejo que se va tendiendo por lejanos paises y anchurosos imperios es el arte y la ciencia del Atica, es la filosofía de la Academia y del Liceo.

Cuando César subyuga á los Partos y á los Jermanos, planta las águilas romanas desde la cumbre del Cáucaso hasta los montes de la Caledonia, pasa de las Galias á Italia, de Roma á Macedonia, de las llanuras de Farsalia á las costas de Africa, de las ruinas de Cartago á las márjenes del Nilo y las playas del Euxino: cuando traspone el Bósforo y el Rin, el Tauro y los Alpes, el Atlas y los Pirineos, en todas estas corridas triunfales pasea, en alas de su gloria personal, el nombre, el idioma, las costumbres y la civilizacion de Roma; consigo lleva en ellas el siglo de Augusto, próximo á aparecer; va iniciando á los pueblos idólatras en aquel escepticismo que no permite ya que los agoreros romanos se miren sin prorumpir en risa, funda la mayor unidad política que se ha conocido en la tierra, y prepara, con el hermanamiento de muchos reinos en un solo imperio, el establecimiento de la inmensa asociacion que la Iglesia cristiana debe ir labrando por el rumbo espiritual. Desalado por igualar ó aventajarse á Alejandro, objeto de su pasmo, y proseguir la obra de los tribunos cuyo patrimonio ha venido á heredar, engrandece con los portentos de su espada el ámbito en que va á descollar apaciblemente una doctrina que

ensalzará al desvalido y humillará al prepotente, mejor que los Gracos y que Mario.

Ahora bien, ninguno de aquellos estruendosos conquistadores corroboró en tan sumo grado, como Napoleon con sus armas victoriosas, las grandiosas doctrinas, la enseñanza material, y todas las relaciones civilizadoras que la guerra entabla entre los pueblos. Si en pos de sí lleva Alejandro el siglo de Péricles, y César el de Augusto; si los acompañan en sus triunfos el númen de Homero y Sófocles, de Platon y Aristóteles, de Ciceron y Lucrecio, de Virjilio y Horacio; Napoleon lleva consigo tres siglos que ilustraron tambien las artes, las ciencias y la filosofía; y su séquito no es menos esplendoroso que el de sus antecesores, pues cruza la Europa con Montaigne y Descartes, Corneille y Racine, Voltaire y Rousseau. Su cuartel jeneral forma una verdadera universidad ambulante en la que se encumbra y señorea el espíritu del siglo XVIII, y que recorre las naciones atrasadas del septentrion y del mediodía para doblegarlas al influjo de las costumbres y de las doctrinas de la nacion á quien el mundo culto reconoce por Reina suya. Por mas que halague en Francia los recuerdos de la aristocracia y lisonjee las preocupaciones monárquicas con un viso volandero de instituciones soterradas con el trascurso de los siglos, no por eso deja de ser el demócrata mas poderoso, el innovador mas temible, el propagandista mas formidable para la añeja Europa, el representante y el *verbo* de aquella gran revolucion que estuvo apuntando Mirabeau con los destellos de la elocuencia, que la junta de salvacion pública defendió con los centellazos del terror, y que Napoleon debe consolidar y propagar con los rayos de la guerra; revolucion apellidada *francesa* en su cuna, pero que estaba destinada á ser universal.



Este es el varon portentoso en quien los palaciegos, los haraganes de los salones y los caciques de aldea no sabian ó no querian ver mas que un déspota aborrecible y un conquistador insaciable, al paso que el artesano, el labrador y el guerrero, cuyo instinto es mas atinado que el racionalismo de aquellos críticos vanos y desfallecidos, veian y todavía ven en él un *hombre-pueblo*, un enviado ó protejido de Dios, el mas esclarecido enjendro de la emancipacion política, del mérito y del ingenio, la personificacion del espíritu de igualdad que reinaba en la administracion y en el ejército y que está labrando hoy dia toda la sociedad europea.

Este es el hombre cuyo recuerdo se conservará relijiosamente en las chozas, como lo ha dicho el mas popular de nuestros poetas.

Escribir sucintamente su historia y compendiar su vida; tal es nuestro instituto, tras ese cúmulo de historias, biografías y memorias en las que tantos banderizos echaron el resto con sus rasgos estremados de alabanza y de vituperio.



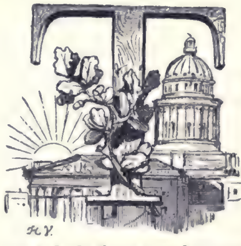
HISTORIA

DEL

EMPERADOR NAPOLEON.

CAPITULO I.

Alcurnia y niñez de Napoleon.



ENIENDO ya un pié en el sepulcro Voltaire y Rousseau, despidiéndose del siglo aclamador de su nombradía, y cuando Mirabeau, tras los devaneos de su mocedad, se encumbraba á la escelsa jerarquía de sumo orador y consumado estadista; la Providencia, que conduce siempre el mundo á los fines que tiene allá ideados, por rumbos cuyo arcano está solo á su alcance, y que todo lo tiene asombrosamente dispuesto en la sucesion de las jeneraciones y de los imperios para el realce de los pensamientos y el triunfo de las grandes revoluciones; la Providencia dió á luz en un recóndito rincon del Mediterráneo al hombre que debia avasallar el númen de la guer-

ra al ímpetu reformador y cerrar el siglo XVIII, ya tan engreido con sus conquistas racionales y sus triunfos en el foro, á impulsos de sus portentos militares, mas esplendorosos que cuanto asombró en la antigüedad y en la edad media.



Napoleon Bonaparte nació en Ajaccio, capital de la isla de Córcega, el dia 15 de agosto de 1769, de Cárlos Bonaparte y de Leticia Ramolino. En tiempos mas favorables á lo maravilloso, este acontecimiento hubiera ido acompañado de prodijios celestes y de predicciones populares. « Mr. de las Cazes dice que su madre, de suyo física y moralmente briosa, y que habia seguido al ejército estando embarazada, quiso ir á misa con motivo de la solemnidad del dia, y tuvo que volver atropelladamente á casa, y antes de llegar á su alcoba, arrojó al mundo un niño sobre uno de aquellos tapices antiguos con figurones de héroes de la fábula ó de la Iliada : aquel niño era Napoleon. »

Algunos escritores, validos de la indisputable nobleza de la alcurnia de Bonaparte, idearon, durante el consulado y al restablecerse la monarquía, la planta de una jenealojía soberana para el emperador venidero, desemboscándole antepasados entre los antiguos reyes del Norte; pero Napoleon, obrando cual soldado que sentia en sí la existencia de la revo-

lucion francesa y no echaba en olvido que solo su mérito le habia encumbrado á la potestad suprema en el reinado de la igualdad, desde los grados subalternos del ejército, hizo contestar por medio de sus periódi-



cos que su nobleza se vinculaba en los servicios hechos á la patria, y que no se remontaba sino hasta *Montenote*.

El padre de Napoleon habia cursado en Roma y en Pisa. Era hombre instruido y afluente, que lució su brio y fogosidad en trances críticos, particularmente en la consulta estraordinaria de la Córcega, relativa a avasallamiento de aquella isla á la Francia. Mas adelante se presentó en Versalles al frente de la diputacion de su provincia, á consecuencia de las contiendas que sobrevinieron entre Mr. de Marbeuf y Mr. de Narbonne Pelez, jenerales franceses que mandaban en Córcega. El valimiento estraordinario que el segundo tenia en la corte se estrelló contra la naturalidad y la trascendencia del testimonio de Cárlos Bonaparte, quien abogó bizarramente por la causa de Mr. Marbeuf, obrando conforme á verdad y justicia. De aquí provino la proteccion que aquel caballero dispensó posteriormente á la familia de Bonaparte.

Aunque Napoleon fué el segundo de los hijos que tuvo Cárlos Bonaparte, sin embargo se le consideró como cabeza de la familia porque el arcediano Luciano, hermano de su abuelo, que habia sido el guia y apoyo de todos los suyos, le diera este título antes de su muerte, recomendando á José, el primojénito, que no se olvidase de su hermano; lo cual hizo decir despues á Napoleon que *aquella escena de Jacob y Esaú habia sido un verdadero desheredamiento*. Debia esta distincion muy notable

al carácter grave y reflexivo, al tino, y á los alcances peregrinos de que diera pruebas desde niño.

Admitido en el colejio militar de Briena en el año de 1777, se dedicó particularmente al estudio de la historia, jeografía y ciencias exactas, siendo Pichegrú su pasante, y Mr. de Bourrienne su condiscípulo. Sobresalió principalmente en las matemáticas y manifestó desde entónces su aficion á los negocios políticos. Entusiasta por la independencia de su patria, profesó una especie de culto á Paoli, defendiéndole acaloradamente, aun contra el dictámen de su padre.

Es infundado lo de estar en el colejio solitario y taciturno sin compañeros y amigos: tampoco es cierto que se mostrase *desabrido en sus conversaciones y muy poco afectuoso,* segun lo ha dicho Mr. de Bourrienne, acaso como palaciego desairado. Su gravedad temprana y sus modales broncos y despegados le han hecho tildar sin fundamento de misantropía y adustez, pues era naturalmente afable y cariñoso. Solo en la temporada



de su pubertad manifestó cierto cambio en su carácter, volviéndose melancólico y silencioso, como él mismo lo refiere en su diario, dictado en Santa Helena.

Tambien se ha supuesto que su amor al retiro y su inclinacion, tan esclusiva como precoz al arte militar, le habian como aislado en su jardin, fortificándose contra los asaltos de sus compañeros: hecho que uno de ellos se encargó de desmentir, refiriendo lo que podia haberlo motivado, esto es, la célebre anécdota del fuerte construido, sitiado y defendido con bolas de nieve.

« Durante el invierno de 1783 á 1784, tan memorable por las nevadas que estuvieron cuajando caminos, patios, etc., Napoleon se apesadumbró sobremanera, careciendo de huertos y arbolados que le merecian tanto cariño. Teniendo que alternar con sus compañeros en los ratos de recreo, paseando con ellos por un salon anchuroso, acertó á desaburrirse del perpetuo y desabrido paseo, y persuadió á sus condiscípulos que se divertirian sobremanera, abriéndose con palas varios caminos por medio de la nieve y levantando medias lunas, parapetos, caballeros, etc. Cuando nuestro primer trabajo esté concluido, les dijo, podrémos dividirnos en pelotones, y formar una especie de sitio, encargándome yo de disponer los avances, como inventor de esta nueva diversion. Aviniéronse todos y llevó á cabo el intento. Aquel embrion de guerra duró quince dias, suspendiéndose entónces de resultas de los muchos colejiales que resultaron gravemente heridos con las piedras que se mezclaban al hacer las bolas de nieve. Y aun me acuerdo que yo fui uno de los mas descalabrados. »



Preciso era, para poner á todo el colejio en movimiento, que el jóven Bonaparte hubiese conservado, á pesar de su propension á la soledad, cierto predominio sobre la jeneralidad de sus condiscipulos, sin mediar en sus relaciones con ellos aquel destemple violento que algunos se han complacido en achacarle, dando crédito á biógrafos ilusos ó mal informados.

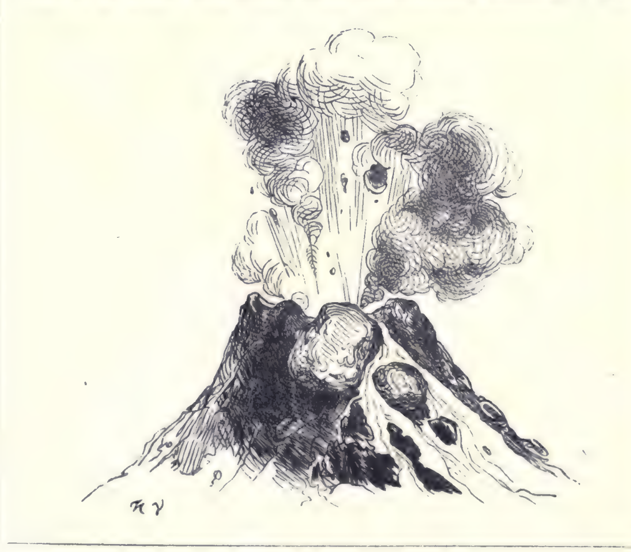
No solo merecia el aprecio de sus compañeros, sino que lograba tambien y en alto grado la intimidad de los catedráticos. Muchos de ellos han supuesto posteriormente que le habian pronosticado sumo encumbramiento, y Mr. de l'Eguille, su maestro de historia, afirmaba, durante el imperio, que en los archivos de la Escuela militar paraba una nota en la que habia previsto y apuntado en pocas palabras todo el porvenir de su discípulo: «Corzo por nacimiento y por carácter, decia en ellas, llegará á descollar, si le favorecen las circunstancias.»

Domairon, su catedrático de humanidades, que sobresalió algun tanto entre los retóricos, llamaba á sus amplificaciones *granito caldeado por un volcan*.



Elejido por el caballero de Heralio en las oposiciones de 1785 para pasar á la Escuela militar de Paris, á pesar de las objeciones hechas á este jeneral, que desempeñaba el cargo de inspector, de que el tierno alumno no tenia la edad requerida, y que solo era aventajado en matemáticas: « Ya sé lo que hago, respondió; esta escepcion no es una preferencia de familia, pues no conozco la de este niño; si le elijo, lo debe á sí mismo, porque advierto en él una disposicion acreedora á todo esmero. »

Al entrar Napoleon en este nuevo colejio, estrañó y vituperó la educacion afeminada y lujosa de unos jóvenes destinados al afan y vida penosísima de la milicia, con cuyo motivo dedicó al director Mr. Berton una memoria representándole « que los alumnos del rey, hijos todos de casas nobles atrasadas, no podian mamar, en vez de prendas morales, sino amor á una vanagloria, resabiándose con devaneos de presuncion y engreimiento; que al volver á sus hogares, lejos de participar gustosos de las medianas comodidades de su familia, se sonrojarian quizás de sus padres y despreciarian su modesta morada. Que en lugar de costearles numerosos criados, darles diariamente comidas de dos servicios, ostentar un picadero costosísimo, tanto en picadores como en caballos, seria mucho mejor sujetarlos á servirse á sí mismos, sin interrumpir por eso el curso de sus estudios. Que no siendo ricos y estando destinados todos al servicio de las armas, seria preciso darles una educacion adecuada, y que



sujetos á una vida sobria y á mirar por su equipo, se robustecerian sabiendo arrostrar la intemperie de las estaciones, sobrellevar con teson las fatigas de la guerra, é infundir respeto y ciega adhesion á los soldados que estuviesen á sus órdenes. »

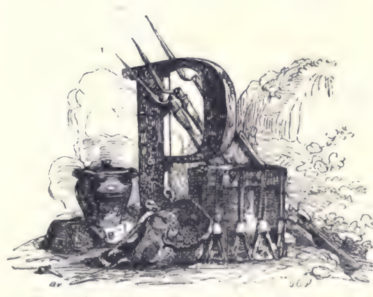
Así era cómo Napoleon, aun niño, echaba en una memoria de estudiante los cimientos de un instituto que debia realizar algun dia en su omnipotencia.

Por lo demás, los exámenes brillantes que sostuvo le merecieron en Paris igual distincion que en Briena. Salió de la Escuela militar en 1787, y pasó, con el grado de subteniente, al rejimiento de artillería de La Fere, que estaba á la sazon de guarnicion en Grenoble.



CAPITULO II.

Desde la entrada de Napoleon en el servicio hasta el sitio de Tolon.



Poco tiempo despues de su llegada á Paris, Napoleon, que aun no habia cumplido diez y ocho años, contrajo amistad con el abate Raynal, y ambos á competencia solian engolfarse en los puntos mas arduos de la historia, la lejislacion y la politica.

Enviado á Valencia, donde se hallaba á la sazon una parte de su re-

jimiento, fué admitido en las principales tertulias, particularmente en la de Madama de Colombier, mujer de mérito sobresaliente que servia de norma á la jente distinguida. En su casa tuvo ocasion de relacionarse con Mr. de Montalivet á quien nombró despues ministro del interior.

Madama de Colombier tenia una hija (1), que inspiró al jóven oficial de artillería sus primeros arranques amorosos.



Esta inclinacion, tan inocente como entrañable, fué felizmente cor-

(1) Napoleon volvió á ver en Leon á la señorita de Colombier, que se habia casado con Mr. de Bressieux, y la colocó de dama de honor en casa de su hermana, dándole tambien al marido un empleo muy lucrativo.

respondida por el objeto que la causaba, y dió motivo á algunas breves citas, en las cuales, segun dice Napoleon, toda la dicha de los dos amantes se reducia á comer cerezas juntos.

Por lo demás, nunca se trató de casarlos. La madre, á pesar de su aprecio é inclinacion al jóven, no pensó en aquel enlace, como se ha supuesto. En recompensa, le pronosticó muchas veces una suerte encumbrada, y aun renovó sus anuncios antes de su muerte, cuando la revolucion francesa acababa de abrir la carrera en que debian tener cumplimiento.

Ni sus raptos amorosos, ni su lucimiento en las tertulias retrajeron á Napoleon de sus estudios, afanándose con los problemas harto intrincados de la economía social, y ganó, encubierto bajo otro nombre, el premio que la academia de Leon habia propuesto sobre esta cuestion sentada por el abate Raynal: «¿Cuáles son los principios é instituciones que se han de infundir á los hombres para hacerlos lo mas felices que sea dable?» Napoleon desempeñó el asunto como alumno del siglo XVIII y salió premiado. Sin duda el recuerdo de aquel triunfo no le pareció muy lisonjero en lo sucesivo, porque cuando Mr. de Talleyrand le presentó su memoria bajo el imperio, la arrojó inmediatamente al fuego.

Estalló la revolucion francesa, y toda la juventud instruida idolatró sus anuncios, pregoneros de las doctrinas enciclopédicas en que se habia empapado. La nobleza, encaprichada con sus ejecutorias y privilejios, no siguió aquel movimiento; pero aquellas aprensiones linajudas no podian trascender á que desdijese de su númen y de su siglo un oficial, de quien dijera Paoli con motivo y acierto, «que estaba vaciado á la antigua y que era un hombre de Plutarco.» Napoleon no imitó á la mayor parte de sus compañeros, que fueron á tildar en el estranjero la rejeneracion de su patria. Puede ser que la consideracion de su fortuna y de su gloria se aunase al influjo de sus opiniones y principios, diciendo á su capitan, al abrazar el partido de los innovadores, «que las revoluciones eran una temporada de cosecha para los militares que tenian valor y talento;» pero ¿es esta una razon para achacar únicamente á un cálculo mezquino y despojar de toda moralidad política el ardiente patriotismo que habia manifestado en sus conversaciones y escritos, aun antes de la esplosion de la crísis? No cabe entrar con la nulidad contemplativa de un ideólogo ni con el desapropio místico de un fraile en los negocios públicos, si se quiere obrar poderosamente sobre los hombres y contribuir á mejorar la suerte de los pueblos, y no se ejecutan grandes empresas ni se da impulso al mundo con el despego absoluto de la impotencia. Afortunado fué para la Francia que se hallasen, entre los lejisladores y soldados adictos á la reforma de 1789, almas desaladas tras la gloria que se granjea con eminentes servicios, ó ambiciosas de la potestad que franquea al

númen el cabal desempeño de sus intentos. Feliz fué sobre todo para ella que entre estos ambiciosos, sin los cuales el drama revolucionario, de suyo exánime, solo hubiera presentado el yerto y desabrido espectáculo de un congreso de cuáqueros ó de un concilio de jansenistas, se encontrase un soldado lejislador, capaz de aspirar y encumbrarse á una nombradía y poderío imponderable, por medio de grandiosos afanes en beneficio de la civilizacion europea.



Napoleon siguió pues sus corazonadas y sus convencimientos, al abrazar con ansia el partido popular; pero este ardiente patriotismo no le imposibilitó el dar pábulo en su alma á la aversion á la anarquía y asistir con indignacion y dolor á las bacanales populares que se estremaron en la agonía de una potestad cuya sucesion debia recojer un dia. Así en 20 de junio de 1792, hallándose en la azotea de las Tuilerías que cae al rio, y viendo que un hombre de la plebe ponia un gorro encarnado á Luis XVI, esclamó, despues de haber pronunciado una palabra tan trivial como enérjica: «¿Cómo han dejado entrar á esos canallas? Era preciso barrer cuatrocientos ó quinientos de ellos á cañonazos, y los demás correrian aun.»

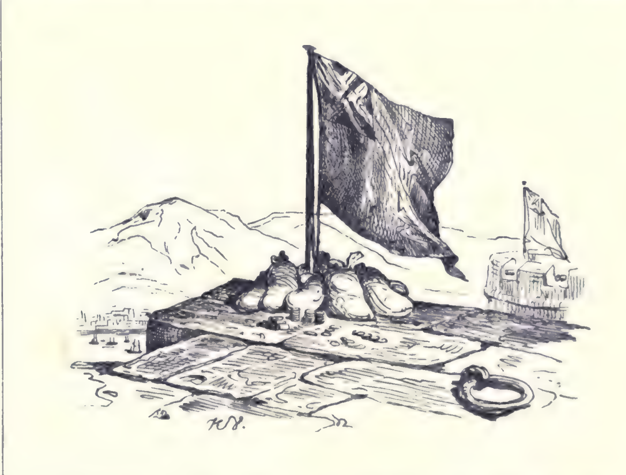
Presenciando el 10 de agosto, que habia previsto, como consecuencia

inevitable del 20 de junio, ansioso partidario de la revolucion francesa, pero siempre adicto á las ideas de órden y al acatamiento á la potestad, desamparó la capital de la Francia para regresar á Córcega. Paoli se hallaba á la sazon en aquella isla maquinando por la Inglaterra; y el jóven patriota francés, acongojado hasta lo sumo con aquel procedimiento, estrelló desde entónces el ídolo de sus niñeces. Se encargó de un mando en la guardia nacional y peleó acérrimamente contra el anciano por quien mostrara hasta entónces tanto respeto y cariño.

El partido inglés fué vencedor en esta lucha, señalada con el incendio de Ajaccio, por cuyo motivo la familia de Bonaparte se refujió á Francia y se avecindó en Marsella. Napoleon permaneció poco tiempo en esta ciudad y regresó desaladamente á Paris, donde los acontecimientos se iban atropellando tan violentamente que cada dia y cada hora eran la señal de una nueva crísis.

El Mediodía acababa de enarbolar el estandarte del federalismo, y la traicion habia entregado Tolon á los Ingleses. El jeneral Cartaux fué encargado por la Convencion de avasallar la Provenza á las leyes de la república, activando en ella la derrota y castigo de los traidores y rebeldes.

Luego que la victoria condujo á este jeneral á Marsella, se dispuso el sitio de Tolon, á donde pasó Napoleon en calidad de comandante de artillería. En aquella época dió á luz, con el título de *Cena de Belcaire*, un opúsculo de que no habla el *Diario de Santa Helena*, pero que Mr. de Bourrienne declara haber recibido del mismo Bonaparte á su regreso

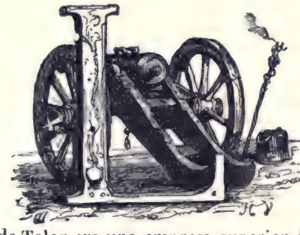


de Tolon. Por lo demás este escrito lleva el sello de las opiniones que debia profesar entónces como patriota brioso y como aventajado militar; encierra, acerca de las turbulencias del Mediodía y sobre el episodio del federalismo, un juicio que muestra en el oficial de artillería los encumbrados alcances y el tino que despues descolló en el emperador.



CAPITULO III.

Sitio y toma de Tolon. Principio de las campañas de Italia. Deposicion.



LEGANDO Bonaparte sobre Tolon, halló un ejército de voluntarios denodados, pero sin caudillo digno de mandarlos. El jeneral Cartaux, que ostentaba un lujo y un boato impropios de la austeridad de los principios republicanos, era todavía mas negado que vanidoso. La conquista de Tolon era una empresa superior á sus fuerzas, pero estaba lejos de reconocer aquella incapacidad, suponiéndose al contrario esclusivamente el desempeño adecuado al intento. Esta ridícula confianza en sí mismo le suministró el famoso plan que motivó su deposicion, y estaba concebido en estos términos:

« El jeneral de artillería bombardeará la ciudad de Tolon por espacio

de tres dias, y al cabo de este tiempo, la asaltará con tres columnas y la ocupará.»

Afortunadamente al lado de este táctico estraño y lacónico se encontró un oficial subalterno, tan descollante por su ciencia y desempeño militares como inferior en graduacion. Era un jóven de veinte y cuatro años, y aunque sencillo y modesto, no pudo ocultar el menosprecio que le infundian la mayor parte de los hombres á quienes la jerarquía y la disciplina le precisaban á mirar como á superiores, pero cuya incapacidad podia redundar en sumo daño de la república. Este desprecio tan fundado y el concepto de su propia superioridad entre cuantos le rodeaban, le alentaron á contradecir á sus jefes en todas las disposiciones que conceptuaba descaminadas. En sus disputas diarias con Cartaux, la mujer de este jeneral en jefe dijo una vez á su marido: «Deja obrar á ese jóven; sabe mas que tú; él nada te pide: tú debes dar parte, y la gloria es tuya.»

Desde el momento en que Napoleon llegó al ejército, comprendió con aquella mirada pronta y certera que corria parejas con su númen en los campos de batalla, que para tomar á Tolon era preciso embestir la garganta de la rada, y solia decir indicando este punto en el mapa: *que allí estaba Tolon*. Pero sus conatos fueron por mucho tiempo infructuosos para conseguir que se adoptase su parecer, aunque merecia la aprobacion del comandante de injenieros; pues nada podia vencer la necia tenacidad del jeneral en jefe. Por fin, entre los representantes del pueblo se halló un hombre dotado de bastante penetracion y perspicacia para adivinar ó calar, tras el uniforme de comandante de artillería, un gran capitan. Logró Napoleon cuanto ensanche necesitaba para afianzar el buen éxito de sus planes; Cartaux fué depuesto, los Ingleses desocuparon á Tolon, y el vencedor, al acordarse posteriormente de este primer triunfo, debido en parte á la confianza del representante del pueblo, decia agradecido *que Gasparin le habia abierto la carrera.*

Descolló Napoleon en el sitio por su serenidad y bizarría inalterables; pues no era solo en el consejo donde manifestaba su ciencia y desempeño, acreditando uno y otro en medio de la accion, haciendo que el soldado admirase tanto su heróica presencia de ánimo, como el jeneral la estension y rapidez de su intelijencia. Esta intrepidez acarreó el sacrificio de muchos caballos y que le hiriesen en el muslo izquierdo con riesgo de amputacion.

Era de suyo tan opuesto á la teórica pura, y menospreciaba en tanto grado las ínfulas meramente científicas, que nunca se atuvo esclusivamente á sus doctrinas. Idear y plantear eran para él un solo acto instantáneo, desempeñando su brazo ejecutivamente cuanto abarcaba allá su fantasía. Esta necesidad de obrar le siguió á todas partes; la sintió desde

niño, la conservó en todos los vaivenes de su estrella, y falleció al faltarle campo donde esplayarla, teniendo ya que concentrar en sí mismo aquella omnipotencia pensadora que habia asombrado la Europa con sus ajigantados conceptos.

No solo aplicaba esta actividad incansable á lo grandioso, pues en rodeándose las circunstancias, ponia la mano á todo, y no temia esponer su espíritu trascendental á una jestion desairada, dedicándose á un pormenor práctico segun la urjencia del trance. Así fué que, hallándose durante el sitio de Tolon en una batería en el acto en que uno de los artilleros cayó muerto, asió inmediatamente el atacador y cargó él mismo una do-



cena de tiros. Le resultó luego una sarna maligna de que estaba plagado el artillero, y que despues de haber puesto su vida en peligro, le causó la estraordinaria flaqueza que conservó durante las guerras de Ejipto é Italia. Su cura radical no se efectuó hasta la época del imperio, merced á los conatos de Corvisart.

No todos sus jefes fueron tan envidiosos é inhábiles como Cartaux. Los jenerales Dutheil y Dugommier le manifestaron al contrario un alto aprecio y unas atenciones desusadas jeneralmente con subalternos, lo cual era un resultado de su inmensa é indisputable superioridad de saber y desempeño. Dugommier quedó atónito al oirle decir con una serenidad que fué profética, despues de la toma del Pequeño Jibraltar: «Idos á descansar; acabamos de tomar á Tolon; pasado mañana dormiréis allí.» Pero sobrepujó á la estrañeza mucho mayor pasmo, cuando la prediccion fué pun-

tual y plenamente cumplida. Napoleon se acordó en su testamento de los jenerales Dutheil y Dugommier y tambien de Gasparin. Entónces Dugommier escribió á la junta de salvacion pública pidiéndole el grado de jeneral de brigada para el comandante Bonaparte: «Recompensad y dad ascensos á este jóven, *porque si se obrase ingratamente con él, se los tomaria él mismo.*»

Los representantes del pueblo hicieron justicia á esta peticion, y el nuevo jeneral pasó al ejército de Italia á las órdenes de Dumerbion y contribuyó eficazmente á la toma de Saorgio y á las victorias de Tanaro y de Onella.

Aunque Napoleon era adicto al sistema de los republicanos ardientes, que salvaban entónces al pais con una pujanza acompañada á veces de providencias pavorosas, se sobreponia siempre, desde la cumbre de su talento, á las pasiònes que se estaban estrellando, y conservaba, bajo los ímpetus del delirio revolucionario, un carácter de moderacion y de imparcialidad filosófica que no estaba al alcance de los estremos que presenciaba. Así no usó de su poder y valimiento sino para resguardar de las persecuciones á sus contrarios políticos y salvar á varios emigrados que la borrasca habia arrojado sobre la costa de Francia, y entre los cuales se hallaba la familia de Chabrillant. Cuando las venganzas de la Convencion contra los federalistas del Mediodía alcanzaron á Mr. Hugues, comerciante rico de Marsella, de edad de ochenta y cuatro años, quedó aterrado con este sacrificio, que le hizo prorumpir despues: «Con aquel espectáculo me creí entónces al fin del mundo.»

Aunque horrorizado con tan estremada barbarie, Napoleon calaba despejadamente á los sangrientos mandarines de aquella temporada. «El emperador, dice el Diario de Santa Helena, hacia á Robespierre la justicia de decir que habia visto largas cartas suyas escritas á Robespierre menor su hermano, entónces representante en el ejército del Mediodía, en que desaprobaba espresivamente aquellas demasías, diciendo que deshonraban la revolucion y la matarian.»

Robespierre menor habia comprendido y admirado, como Gasparin, al grande hombre en sus principios. Hizo todos sus esfuerzos para llevarle consigo á Paris cuando fué llamado poco antes del 9 termidor. «Si yo no me hubiese desentendido, dice Napoleon, ¿quién sabe adónde hubiera podido conducirme un primer paso y qué otra suerte hubiera sido la mia?»

En el sitio de Tolon conoció y allegó á sí á Duroc y Junot: el primero, que fué el único que poseyó su intimidad y su entera confianza, y Junot, á quien distinguió con el rasgo siguiente:

Luego que el comandante de artillería llegó á Tolon, mandó construir una batería, y necesitando escribir sobre el terreno, pidió un cabo ó sarjento que pudiese servirle en clase de secretario. Presentóse al punto

uno, y apenas estaba concluida la carta, cuando una bala la cubrió de arena. «Bien», dijo el soldado amanuense, «no necesitaré arenilla.» Este



soldado era Junot, y la prueba que dió de valor y serenidad hizo que lo recomendase su comandante, quien le ascendió despues hasta los primeros grados del ejército.

La conquista de Tolon, debida al jóven Bonaparte, no alcanzó á escudarle contra las quejas y persecuciones que solian padecer los jefes militares por parte de los comisarios de la Convencion. Un decreto, que no tuvo ejecucion, le citó á comparecer ante ella para responder de algunas disposiciones suyas relativas á las fortificaciones de Marsella. Un represen-

tante, descontento con su teson y desabrimiento respecto á sus demandas, pronunció contra él aquella fórmula tantas veces mortal, pero en esta ocasion felizmente ilusoria y vana, de *puesto fuera de la ley*.

No todos los representantes del ejército del Mediodía se mostraron desafectos á Napoleon, como antes dijimos. Uno de ellos, casado con una mujer muy amable y hermosa, le colmó de atenciones y miramientos, permitiéndole en su casa una familiaridad de que se utilizó ú abusó el jeneral de artillería, si hemos de referirnos á las indiscreciones del Diario de Santa Helena, segun el cual aparece que la esposa participaba de la benevolencia y preocupacion del marido, quien fué uno de los primeros que inclinó los ánimos de la Convencion al vencedor de Tolon en la época del 13 vendimiario.

Siendo Napoleon emperador, volvió á ver á su linda patrona de Niza. El tiempo y las desgracias habian alterado, ó mas bien destruido enteramente, lo que cautivara en otro tiempo á Napoleon. «¿Cómo no os habeis valido de vuestros conocidos del ejército de Niza para llegar á mí?» le dijo el emperador. «Hay entre ellos muchos personajes que están en relacion perpetua conmigo.—Ay, señor,» respondió ella, «ya no hemos sido conocidos desde el momento en que ellos han sido grandes y yo he llegado á ser desgraciada.» Era entónces viuda y se hallaba en sumo desamparo. Napoleon le concedió cuanto pedia.

Al citar la época de esta *buena ventura*, como así se llama en el estilo del mundo, aunque no en el lenguaje de la moral, Napoleon se espresó así: «Yo era entónces muy jóven y estaba envanecido con mi escaso triunfo; así procuré agradecérselo con todas las atenciones que estaban á



mi alcance, y vais á ver cuál puede ser el abuso de la autoridad y de qué depende á veces la suerte de los hombres, sin que por eso se juzgue que yo sea de peor condicion que otro. Paseándome un dia con ella por nuestros acantonamientos en los alrededores de la garganta de Tende, á título de reconocimiento como jefe de la artillería, me ocurrió de repente darle el espectáculo de un encuentro y mandé un ataque de avanzada. Verdad es que salimos vencedores, pero el resultado no podia ser trascendental; el avance era un mero capricho, y sin embargo murieron algunos hombres. Así, cuando posteriormente me ha venido este recuerdo á la memoria, me lo he vituperado amargamente. »

Los sucesos del 9 termidor rezagaron momentaneamente á Bonaparte la carrera que emprendia con tanto éxito y brillantez. Ora sea que sus relaciones con Robespierre menor le hubiesen hecho sospechoso á los reaccionistas, ora que los envidiosos de su gloria asomante se hubiesen valido de este ó de cualquier otro pretesto para perderle, quedó suspenso de sus funciones y arrestado por órden de Albitte, Laporte y Sallicetti, quienes le acriminaron el viaje que habia hecho á Jénova, segun un acuerdo y las instrucciones de su compañero Ricord á quien habian reemplazado.

Declarado Bonaparte indigno de la confianza del ejército y citado á comparecer ante la junta de salvacion pública, no se avino calladamente al mandato ni á los cargos que se le hacian. Estendió al punto una nota dirijida á los representantes que le habian mandado arrestar, en la que asoma ya el estilo altivo, enérjico y terminante, harto reconocido y celebrado despues en su habla y en sus escritos. He aquí algunos fragmentos de este documento memorable:

« Me habeis suspendido de mis funciones, me habeis arrestado y declarado sospechoso.

« Heme aquí mancillado sin juicio ó sentenciado sin haberme oido.

« En un estado revolucionario hay dos clases, una de patriotas, y otra de sospechosos.

« ¿En cuál de ellas quieren clasificarme?

« ¿Por ventura no he sido adicto á los principios desde el orijen de la revolucion?

« ¿No me han visto siempre pelear contra los enemigos interiores ó contra los estranjeros á fuer de militar?

« He sacrificado la residencia de mi departamento, he abandonado mis bienes, lo he perdido todo por la república.

« Posteriormente he servido en Tolon y he descollado, he servido en el ejército de Italia, y he merecido la parte de los laureles granjeados en las tomas de Saorgio, Onella y Tanaro.

« Cuando se descubrió la conspiracion de Robespierre, mi conducta fué la de un hombre acostumbrado á no ver mas que principios.

« Luego no se me puede disputar el título de patriota.

« ¿Porqué me declaran sospechoso sin oirme?

« Inocente, patriota, calumniado, cualesquiera que sean las disposiciones de la junta, no podré quejarme de ella.

« Si tres hombres declarasen que he cometido un delito, yo no podria quejarme del jurado que me condenase.

« ¿Deben los representantes poner al gobierno en la necesidad de ser injusto y desacertado?

« Oidme, destruid esta opresion que me acosa, y volvedme el aprecio de los patriotas.

« Una hora despues, si los perversos quieren mi vida, la tengo en tan poco, la he despreciado tantas veces.... Sí, la mera aprension de que aun puede ser útil á la patria me hace sobrellevar su peso con entereza. »

Esta protesta bizarra y grandiosa en medio de su sencillez, indujo á los representantes á reflexionar que trataban con un hombre de suma capacidad, y que por consiguiente debian perder la esperanza de doblegarle bajo la arbitrariedad y la persecucion, sin esponerse á una larga y tenaz resistencia de su parte. Atemperándose pues á las exijencias del amor propio y á los consejos de la prudencia, Albitte y Sallicetti, de acuerdo con el jeneral Dumerbion, revocaron provisionalmente su decreto y mandaron que se pusiese en libertad al jeneral Bonaparte, «cuyos conocimientos militares y locales podian redundar en provecho de la república.»

Entretanto la reaccion de termidor puso la direccion de la junta militar en manos de Aubry, antiguo capitan de artillería, y con este motivo Napoleon fué sacado de su cuerpo y destinado á servir en la Vendea en clase de jeneral de infantería. Indignado de una trasmutacion tan ofensi



va y poco dispuesto á dedicar el desempeño que se conceptuaba á una guerra tan ingrata, acudió ejecutivamente en Paris á la junta militar, espresándose con mucho ímpetu y vehemencia. Aubry fué inflexible, y dijo á Napoleon « que era jóven y se hacia forzoso que se antepusiesen los veteranos; » á lo que respondió Napoleon, « que en el campo de batalla se envejecia pronto, y que entónces llegaba de él. » El presidente de la junta no se habia hallado en ninguna accion.

Pero esta aguda y acalorada réplica era mas á propósito para indisponer que para persuadir á Aubry, quien insistió en su providencia, y el jóven oficial, no menos tenaz en sus resoluciones, prefirió el quedar arrinconado al ceder á la injusticia.



CAPITULO IV.

Apeamiento. 13 de vendimiario. Josefina. Casamiento.



NCREIBLE parece ver al avasallador venidero de la Europa, detenido en su carrera, depuesto y borrado de la lista de los jenerales franceses en activo servicio, en virtud de una órden firmada por Merlin de Douai, Berlier, Boissy-d'Anglas y Cambaceres, que debian todos un dia desalarse á competencia en demostraciones lisonjeras para alcanzar una sonrisa ó un ademan de apro-

bacion del jóven oficial, á quien trataban entónces con tan poca consideracion y miramiento.

Pero entre los reaccionistas de termidor se halló un hombre que no quiso dejar enteramente ociosos los conocimientos militares que Bonaparte habia manifestado en Tolon, y este fué Pontecoulant, sucesor de Aubry, quien empleó á Napoleon en la formacion de los planes de campaña, sin hacer caso de las reconvenciones de la faccion dominante.

Este destino arrinconado que tan mal conjeniaba con el carácter de un guerrero, para quien eran condiciones necesarias de existencia el movimiento, el estruendo y la gloria, pareció todavía demasiado ventajoso y honorífico para el jóven oficial cuya suerte se intentaba soterrar. Letourneur de la Mancha, que reemplazó á Pontecoulant en la presidencia de la junta militar, heredó la añeja ojeriza de Aubry, y Napoleon quedó sin empleo.

Entónces, desahuciado de arrollar envidias, vulgaridades y odios poderosos, y no queriendo sin embargo doblegar ante la idiotez y bastardia arbitraria toda la capacidad política y guerrera que abrigaba en su interior , desvió por un momento sus miradas de Europa para clavarlas en el Oriente. Necesitaba á todo trance destinos grandiosos ; la naturaleza lo habia labrado para pretenderlos y ejecutarlos; y si la Francia se los rehusaba, el Oriente debia ofrecérselos.

Poseido de este pensamiento, estendió unos apuntes para dar á entender al gobierno francés que estaba en el interés de la república el aumentar los medios defensivos de la Puerta, contra las miras ambiciosas y los proyectos de invasion de las monarquías europeas. « El jeneral Bonaparte, que sirve en la artillería desde su mocedad, y que la dirijió en el sitio de Tolon y durante dos campañas en el ejército de Italia, se ofrece al gobierno para pasar á Turquía con un encargo político..... Será útil á su patria en esta nueva carrera; y hará un verdadero servicio, á su pais si alcanza á robustecer las fuerzas de los Turcos, perfeccionar la defensa de sus principales fortalezas y construir otras nuevas. » — « Si un empleado del despacho de la guerra, dice Mr. de Bourrienne, hubiese puesto la palabra *concedido* al pié de la nota , acaso esto solo hubiera cambiado la faz de la Europa. » Pero esto no sucedió. Preocupado el gobierno con la política interior y las contiendas de partidos, no podia dedicar su atencion á planes militares, cuyo resultado era tan incierto como remoto; y Napoleon continuó ocioso en Paris, condenado á la inaccion por la prepotencia, pero retenido por la Providencia á las órdenes de la revolucion.

No tardó en rodeársele coyuntura de emplearse. Los realistas , alentados con la reaccion de termidor, se introdujeron en las secciones parisienses y las animaron á sublevarse contra la Convencion. Las primeras tentativas fueron favorables á los insurjentes. El jeneral Menou, indiciado de

traicion y ciertamente culpable de flojedad y convencido de incapacidad, facilitó esta victoria á los seccionistas, á quienes se le habia encargado dispersar y rendir. Los caudillos de la Convencion, demasiado comprometi-



dos con el realismo, á pesar de sus ímpetus contra los jacobinos, para no sobresaltarse con el triunfo de la contra-revolucion, se acordaron entónces de que habian proscrito, desarmado y encarcelado á un sinnúmero de ardientes patriotas que podian parar en denodados auxiliares en tan críticas circunstancias. Los republicanos perseguidos oyeron el llamamiento de sus perseguidores, y corrieron á las armas para conjurar el peligro comun. Pero este ejército extemporáneo necesitaba un jeneral, despues del revés y del arresto de Menou; y Barras, nombrado para jefe, solo podia ejercer un mando nominal. Tuvo la sensatez de comprenderlo y de hacer que se le agregase un ayudante mas intelijente de la guerra que él. Propuso al jeneral Bonaparte, y la Convencion confirmó esta eleccion por un decreto que Bonaparte pudo oir desde la tribuna pública á donde habia concurrido para observar de cerca la conducta de la asamblea, en cuyas manos estaba la suerte de la república.

Segun el *Diario de Santa Helena*, Napoleon deliberó por mas de media hora consigo acerca de la admision ó no admision del puesto importante que se le confiaba. No habia querido militar contra la Vendea, y no debia decidirse de repente á metrallar á los Parisienses. « Pero si la Convencion fracasa, decia consigo mismo, ¿ qué será de las grandes verdades de nues-

tra revolucion? nuestras numerosas victorias, y nuestra sangre, tantas veces derramada, ya no serian mas que acciones infames. Los estranjeros, á quienes hemos vencido, triunfarian entónces y nos llenarian de vilipen-



dio..... De modo que la derrota de la Convencion ceñiria las sienes de los estranjeros y pondria el colmo á la ignorancia y esclavitud de la patria.» Este arranque, veinte y cinco años, la confianza en sus fuerzas y en su destino preponderaron en él, y luego que se hubo decidido, se presentó á la junta.

Aciaga determinacion para los insurjentes, pues Napoleon ajustó tan acertadamente sus medidas, que al cabo de pocas horas de refriega, el ejército parisiense fué arrojado de todas sus posiciones y el levantamiento quedó enteramente sofocado.

La Convencion recompensó á su libertador, nombrándole jeneral en jefe del ejército del interior.



Desde aquel dia Napoleon pudo prever que dispondria luego de las fuerzas militares de la Francia, y subió realmente la primera grada del trono, al tomar el mando supremo de la capital.

¡En veinte y cuatro horas qué cambio de su suerte! El 12 vendimiario estaba arrinconadamente desahuciado, teniendo que ensimesmar la actividad de su injenio, propenso á desconfiar de su estrella con tantísimos tropiezos, y en tal manera aburrido de los contratiempos que esperimentaba en la escena política, que el halago y el reposo de la vida privada empezaban á tentarle y le hacian prorumpir, al saber el enlace de su hermano José con la hija del principal comerciante de Marsella:

« ¡Qué afortunado es aquel pícaro de José! »

Por el contrario, todas estas veleidades de estado llano habian desaparecido el 14 vendimiario, y el arrinconado de la víspera se habia trasformado en el dominador del dia siguiente, viniendo á ser el centro de todas las tramoyas y de todas las ambiciones, así como era el alma de todos los movimientos. En presencia del realismo, cuya bandera rechazaba allá el númen de la Francia, y no teniendo sobre sí mas que una junta ejecutivamente desgastada en la carrera de las arbitrariedades y en las contiendas de cadalso, el jóven vencedor de las secciones parisienses eslabonó con su estrella asomante los destinos de la revolucion, que ya no podia acaudillar el astro eclipsado de la Convencion al resplandor de los primeros años de la libertad.

El primer uso que hizo Napoleon de su poder y valimiento fué salvar á Menou, cuya pérdida tramaban las juntas.

Apesar de toda su moderacion, los vencidos no le pudieron perdonar su derrota; pero su venganza se limitó á un apodo, no pudiendo nada mas contra él que llamarle *el Metrallador*.

El vecindario parisiense estaba mortalmente agraviado y abatido; el hambre estremó el quebranto y la aversion á los militares que lo habian



avasallado. « Un dia que no habia podido verificarse el reparto del pan, dice Mr. de las Cases, y qué se habia agolpado el jentío á las puertas de los panaderos, Napoleon pasaba con una parte de su estado mayor, zelando la seguridad pública; detiénele un tropel de la plebe, compuesto principalmente de mujeres, y le pide pan á voces descompasadas: crece la concurrencia, se redoblan las amenazas, y la situacion llega á ser sumamente crítica. Sobresalia sobre todos por sus ademanes y palabras una mujer desatinadamente gruesa: « Todo ese hato de matones se burla de nosotros, clamaba apuntando á la oficialidad, pues en comiendo y engordando ellos bien, poco les importa que el pueblo se muera de hambre. » Volvióse Napoleon hácia ella y dijo: « Oiga, buena mujer, ¿qué os parece? ¿cuál está mas gordo de los dos? » Es de observar que Napoleon se hallaba á la sazon sumamente flaco. « Yo parecia un esqueleto, dice él. Una risa jeneral aplaca la furia de la plebe, y el estado mayor prosigue su camino. »

Sin embargo la trascendencia de la asonada insurreccional de vendimiario, y la casi jeneralidad de las reconvenciones en que prorumpian con-



tra la Convencion todos los partidos, habian hecho disponer el desarme jeneral de las secciones. Mientras se llevaba á cabo esta providencia, un jóven de diez á doce años fué á suplicar al jeneral en jefe que le mandase devolver la espada de su padre, que habia mandado los ejércitos de la república. Este jóven era Eujenio de Beauharnais. Napoleon accedió á la súplica, y le trató con sumo agrado. Enternecido el mozo, derramó algunas lágrimas, y habló á su madre de la buena acojida que le habia dispensado el jeneral, con cuyo motivo aquella se creyó obligada á visitarle y manifestarle su agradecimiento. Madama Beauharnais, todavía jóven, no ocultó probablemente en este avistamiento el donaire y los primores con que descollaba en las grandiosas tertulias de la capital. Interesó á Bonaparte, quien avaloró la proporcion que vino á rodearle la casualidad, siendo desde luego uno de sus contertulios diarios. Acudian allí algunos de la nobleza antigua que no descompadraban con el metralladorcillo, como se le apellidaba con estudio en las concurrencias. Cuando esta se retiraba, quedaban algunos amigos, como el anciano Mr. de Montesquieu y el duque de Nivernés, para hablar á puerta cerrada de la antigua corte y «dar una vuelta por Versalles.» Muy estraño pareciera hoy



dia ver al vencedor de vendimiario rodeado de aquellos palaciegos veteranos, si no se supiera lo que ha hecho despues por la etiqueta y las ejecutorias, aunque nunca se desprendió respecto á sí del menosprecio filosófico que le merecian aquellas aprensiones, y debia ser el representante nato de la revolucion francesa y el espanto de las aristocracias europeas. Por lo demás no fué un mero conocimiento ó una relacion volandera la que contrajo Napoleon con Madama de Beauharnais. El cariño mas ardiente y entrañable se aposentó en su pecho, y cifró toda su dicha en desposarse con la que estaba adorando. Este enlace se verificó el 9 de marzo de 1796. Una negra habia pronosticado á Josefina que seria reina; á lo menos así se complacia en referirlo sin parecer muy incrédula, y su matrimonio con Bonaparte fué un primer paso para el cumplimiento de la profecía.



CAPITULO V.

Primera campaña de Italia.



SCHERER, jeneral en jefe del ejército de Italia, habia comprometido las armas y el honor de la república por su incapacidad militar y por el desconcierto de su administracion, dejando perecer la caballería por falta de abastos. El ejército carecia de todo y no podia sostenerse por mas tiempo en la ribera de Jénova. Deseoso el Directorio de poner un tér-

mino á tamaña desdicha, pero escaso de víveres y de caudales, le envió un nuevo jeneral. Afortunadamente este nombramiento recayó en Bonaparte, cuyo númen lo suplió todo.

Salió de Paris el 21 de marzo de 1796, dejando el mando del ejército del interior á un antiguo jeneral llamado Hatri, y llevando ya ideado su plan de campaña. Habia resuelto internarse en Italia por el valle que deslinda los últimos picos de los Alpes y de los Apeninos, para atravesar el ejército austro-sardo, precisando á los Imperiales á cubrir á Milan, y á los Piamonteses á escudar su capital. Llega á Niza á fines de marzo, de donde traslada, desde el arranque de la campaña, el cuartel jeneral á Albenga. «Soldados,» dice Napoleon al pasar la primera revista á las tropas, «estais desnudos y hambrientos: se os está debiendo mucho, y nada se os puede dar. Vuestro sufrimiento, el denuedo que mostrasteis entre estos peñascos es asombroso, mas no os acarrea el menor blason, y así, vengo á encaminaros á las llanuras mas pingües del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en nuestro poder, y allí lograréis riquezas, honor y gloria. ¡Soldados de Italia! ¿escasearíais de arrojo?»

El ejército ya esperanzado vitorea este lenguaje, y utiliza el jeneral aquel entusiasmo para hablar con desembozo al senado de Jénova, pidiéndole el tránsito por la Bochetta y las llaves de Gavi.

En 8 de abril escribe al directorio · «He hallado este ejército, no sola-



mente falto de todo, sino tambien de disciplina y rematadamente insubordinado. El descontento habia llegado á tal estremo que los mal intencionados, valiéndose de la coyuntura, habian formado una compañía, llamada del *Delfin*, que iba entonando cantares contrarevolucionarios..... Contad con que se restablecerán en él la paz y el órden..... Cuando leais esta carta, ya habrémos venido á las manos.» Y con efecto sucedió todo como Bonaparte habia previsto y asegurado.

El ejército enemigo estaba mandado por Beaulieu, oficial sobresaliente, que se habia granjeado nombradía en las campañas del Norte. Al saber que el ejército francés, hasta entónces mantenido en la defensiva, acababa de entablar de repente el sistema ofensivo, y trataba osadamente de arrollar las puertas de Italia, sale arrebatadamente de Milan y acude al socorro de Jénova. Situado en Novi, donde fija su cuartel jeneral, reparte su ejército en tres cuerpos, y publica un manifiesto que el jeneral francés remite al Directorio, diciéndole que iba á contestar «al otro dia de la batalla.»



Verificóse esta el 11 en Montenote: y descollando con un golpe sonado desde el principio de la campaña, alcanza el jeneral republicano la pri-

mera victoria, desde cuya fecha quiso contar despues el oríjen de su nobleza.

Nuevas refriegas le fueron proporcionando mayores triunfos; Bonaparte, vencedor el 14 en Millesimo, y el 16 en Dego, responde, no al otro dia de la batalla, sino con tres victorias en cuatro dias, al manifiesto de Beaulieu; y la noche misma del empeño en Dego, da cuenta al Directorio de sus rápidas y esclarecidas operaciones, poniendo estudio en dar realce á la parte que habian tomado en tan reñidos trances los jefes que estaban á sus órdenes, como Joubert, Massena, Augereau, Menard, Laharpe, Rampon, Lannes, etc.

« Hemos cojido en esta accion de 7 á 9.000 prisioneros, contándose entre ellos un teniente jeneral y veinte ó treinta coroneles y tenientes coroneles.

« El enemigo ha dejado en el campo de 2.000 á 2.500 muertos.

« Os comunicaré tan pronto como me sea posible los pormenores de este glorioso encuentro, remitiendo lista de los que se han distinguido particularmente. »

Sucedió entónces que el jeneral Colli, que mandaba la derecha, escribió á Bonaparte reclamando un parlamentario llamado Moulin, emigrado francés, que habia sido detenido en Murseco, y amenazándole que usaria de represalias en la persona del brigadier Barthelemy, prisionero con los Austriacos. El jeneral francés respondió: « Un emigrado es un hijo parricida que bajo ningun concepto se hace respetable. Al enviar á Mr. Moulin en clase de parlamentario, se ha faltado al honor y á las consideraciones debidas al pueblo francés. Sabidas teneis las reglas de la guerra, y no creo en la represalia con que amenazais al brigadier Barthelemy. Pero si á pesar de aquellas leyes, os propasaseis á semejante acto de barbarie, de él responderán inmediatamente todos vuestros prisioneros con cruelísima venganza, porque profeso á los oficiales de vuestra nacion el aprecio debido á valientes militares. » Y no era vana la amenaza de Bonaparte, pues tenia ya en su poder gran número de prisioneros. Así pues contestó á Colli el 18 de abril.

El resultado de las famosas jornadas en que los nombres de Joubert, Massena y Augereau sonaron por primera vez esclarecidamente para la Francia, fué quedar la retaguardia enemiga, mandada por Provera, rendida, disponer la separacion de los Austriacos y Piamonteses, y abrir á las tropas republicanas á diestro y siniestro los caminos de Milan y de Turin.

Cuando el jeneral en jefe llegó á las alturas de Montezemoto, que Augereau habia ocupado el mismo dia en que Serrurier habia obligado á Colli á evacuar su campamento atrincherado de Ceva, apuntó desde allí á su ejército los picos altaneros que la nieve señalaba á lo lejos y que se encumbraban á manera de tendidas cascadas de hielo sobre las ricas llanuras del

Piamonte. « Aníbal ha forzado los Alpes, » dijo á sus soldados, fijando sus miradas en los montes; « nosotros les darémos vuelta. »

El 22 quedó señalado con una nueva victoria. El ejército republicano pasó el Tanaro y se apoderó del reducto de la Bicoca, de Mondovi y de sus almacenes. El 25 se tomó y fortificó Cherasque, firmándose un armisticio el 28.



Algunos dias antes, el 24, Bonaparte habia respondido en estos términos á una carta del jeneral Colli: «El Directorio ejecutivo se ha reservado el derecho de tratar de la paz : por lo mismo es preciso que los plenipotenciarios del rey vuestro amo pasen á Paris ó aguarden en Jénova á los enviados del gobierno francés.

« La posicion militar y moral de ambos ejércitos imposibilita toda suspension pura y sencilla. Aunque yo esté particularmente convencido de que el gobierno concederá á vuestro rey condiciones de paz honrosas, no me cabe detener mi marcha por presunciones aéreas; sin embargo un medio hay de conseguir vuestro objeto conforme con los verdaderos intereses de vuestra corte y que escusaria un derramamiento de sangre infructuoso, y por lo tanto contrario á la razon y á las leyes de la guerra, y este es que me entregueis dos de las tres fortalezas de Coni, Alejandría y Tortona, las que bien os parezcan..... »

Entregáronse las fortalezas de Coni y Tortona, como tambien la de Ceva, á los republicanos, y quedó firmado el armisticio.

¡Cuántas empresas ejecutadas en un mes! ya no tenia que temer la república por sus puertos y fronteras : estremeciendo por el contrario en sus capitales á los reyes que antes la amenazaban ; y este trueque se habia ve-

rificado con suma prontitud, sin recursos nuevos, con un ejército exhausto que carecia á un tiempo de víveres, de artillería y de caballería. Este milagro era el resultado del númen ambidestro de un prohombre y del ímpetu de la libertad que le franqueaba soldados y una oficialidad acreedora á su mando.



Los estranjeros estaban aterrados. El ejército francés, asombrado con su caudillo novel, se angustiaba para lo venidero, aun en medio de sus inauditos triunfos, al recapacitar los medios escasos que le acompañaban en carrera tan esclarecida, entablando la ardua empresa de conquistar la Italia. Para desvanecer aquellas zozobras y reencender el entusiasmo de las tropas, Napoleon les dirijió desde Cherasque la proclama siguiente :

« ¡Soldados! en quince dias habeis alcanzado seis victorias, cojido veinte y una banderas, cincuenta y cinco cañones; habeis tomado varias plazas fuertes y conquistado la parte mas rica del Piamonte; habeis hecho quince mil prisioneros y herido ú muerto á mas de diez mil hombres. Hasta

ahora habeis peleado por áridos peñascos, esclarecidos ya con vuestro denuedo, pero inservibles para la patria. Ahora sois ya competidores dignísimos del ejército conquistador de la Holanda y del Rin. Faltos de todo, á todo habeis acudido. Habeis ganado batallas sin cañones, pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin calzado y acampado sin aguardiente y á veces sin pan. Solo falanjes republicanas y soldados de la libertad eran capaces de aguantar cuanto habeis padecido. La patria reconocida os deberá en parte su prosperidad; y si al vencer en Tolon estuvisteis ya anunciando la campaña inmortal de 1793, otra mas hermosa pregonan desde ahora vuestras victorias.

« Ambos ejércitos, que poco ha os embestian con arrojo, huyen aterrados á vuestra vista; los malvados que se estaban mofando de vuestro desamparo y soñaban con mil triunfos de nuestros enemigos, yacen confundidos y trémulos. Pero es menester que no os desentendais, oh soldados, de que nada habeis hecho, puesto que os queda todavía algo por hacer. Turin ni Milan no están en vuestro poder, y los asesinos de Basseville huellan todavía las cenizas de los vencedores de Tarquino. Estabais faltos de todo al principio de la campaña; ahora estais abundantemente provistos. Los depósitos cojidos á vuestros enemigos son crecidos y ya ha llegado la artillería de sitio y de campaña. Soldados, la patria tiene derecho á esperar heroicidades de vosotros. ¿Corresponderéis á su esperanza? No hay duda que están vencidos los mayores obstáculos; pero todavía teneis refriegas que trabar, ciudades que tomar y rios que atravesar. ¿Hay entre vosotros alguno cuyo denuedo amaine? ¿Hay alguno que prefiera volver á la cumbre del Apenino y de los Alpes, para aguantar los baldones de esa soldadesca esclava? No, no hay ninguno entre los vencedores de Montenote, Millesimo, Dego y Mondovi. Todos están ardiendo en anhelos de llevar á lo lejos la gloria del pueblo francés. Todos quieren humillar á esos reyes orgullosos que se atrevian á tratar de aherrojarnos. Todos quieren dictar una paz gloriosa que indemnice á la patria de los inmensos sacrificios que tiene hechos. ¡Amigos! esa conquista yo os la prometo, pero bajo una condicion, que debeis jurar y cumplir, de respetar á los pueblos que libertais y contener los horribles saqueos en que se engolfan algunos perversos escitados por vuestros enemigos. No siendo así, los pueblos os mirarán como un azote, y no como á sus libertadores; y el pueblo francés, en vez de blasonar de vuestras acciones, os denegaria por sus hijos. Victorias, valor, triunfos, la sangre de nuestros hermanos muertos en las peleas, todo se perderia, hasta el honor y la gloria. En cuanto á mí y á los jenerales que os merecen confianza, rubor tendríamos de mandar un ejército sin disciplina, sin freno y que no conociese otra ley que la violencia. Pero revestido de la autoridad nacional y escudado con la justicia y las leyes, sabré hacer respetar á esa corta grey de cobardes y desalmados

las leyes de la humanidad y del honor que atropellan. No permitiré que unos salteadores marchiten vuestros laureles. Haré ejecutar rigurosamente el reglamento publicado en la órden del dia. Los ladrones serán ejecutados sin conmiseracion; algunos lo han sido ya, y con este motivo he podido observar el afan con que cumplieron mis órdenes los buenos soldados del ejército.

« ¡ Pueblos de Italia! el ejército francés viene á romper vuestras cadenas: el pueblo francés es amigo de todos los pueblos; salid confiados á su encuentro. Propiedades, relijion, costumbres, todo será respetado. Peleamos como enemigos jenerosos, y solo queremos mal á los tiranos que os avasallan. »

Este lenguaje estaba descubriendo en Napoleon aun mas que un gran capitan. En él descuella ya el estadista trascendental, que ha de ser un conquistador que imponga leyes, y logre pasmar y enloquecer á los pueblos anunciándoles su libertad, el castigo de los malhechores y el respeto escrupuloso para con su relijion y sus costumbres.

Cuando Napoleon hablaba con tamaña entereza, estaba á diez leguas de Turin, y tomaba, digámoslo así, posesion de la Italia. El rey de Cerdeña temió y activó las negociaciones entabladas, y cuyas primeras conferencias se efectuaron en casa de su mayordomo Salmatoris, que fué posteriormente prefecto del palacio de Napoleon durante el imperio; y firmóse en Cherasque el armisticio arriba anunciado, bajo condicion, entre otras, de que el rey de Cerdeña se retraeria inmediatamente de la confederacion y enviaria un plenipotenciario á Paris para tratar de la paz definitiva, todo lo cual fué puntualmente ejecutado. Hallábase el monarca sardo acosado por el ejército republicano, y así no le cabia el faltar á su palabra. Despachó al conde de Revel á Paris con las mas pacíficas instrucciones, y por su parte Napoleon envió de antemano á la misma capital al jefe de escuadron Murat, encargado de llevar la noticia de las victorias con que se habia señalado el principio de la campaña. « Ya podeis dictarle la paz al rey de Cerdeña cual vencedores, » escribia Napoleon al Directorio. « .....Si teneis el proyecto de destronarle, entretenedle algunas décadas y avisadme inmediatamente; entónces me apodero de Valencia y marcho sobre Turin.

« Enviaré doce mil hombres sobre Roma cuando haya derrotado á Beaulieu..... »

Los representantes de la nacion acojieron este mensaje decretando que el ejército de Italia habia merecido bien de la patria por la quinta vez en seis dias. La paz con el rey de Cerdeña aumentó el alborozo público, quedando firmada el 15 de mayo bajo las condiciones mas ventajosas para la Francia.

No teniendo ya Bonaparte que pelear sino contra los Imperiales, se preguntó si debia guardar la línea del Tesino ó caer sobre el Adijio con la

celeridad audaz que le habia hecho dueño en pocos dias de las mas hermosas provincias de la monarquía sarda. Él mismo nos ha conservado, en una nota recopilada en el Diario de Santa Helena, las razones que militaban en pro de uno y otro partido. El primero, de cordura y reserva, no cuadraba con la posicion de la república nueva, que debia acobardar á la confederacion con repetidos golpes é incesantes prodijios, ni con el jóven jeneral á quien su índole y ambicion inclinaban á las resoluciones mas atrevidas y peligrosas, que ofrecian mayores probabilidades de dificultad y nombradía. Bonaparte siguió adelante despues de haber escrito al Directorio: «Mañana marcho contra Beaulieu; le obligo á atravesar el Po; lo paso inmediatamente tras él; me apodero de toda la Lombardía, y antes de un mes confio hallarme sobre los montes del Tirol, encontrar el ejército del Rin y trasladar de consuno con él la guerra á la Baviera.»

El 9 de mayo escribia al director Carnot:

«Al fin hemos pasado el Po, y se ha empezado la segunda campaña. Beaulieu está desbaratado; yerra sus cálculos, y siempre para en los lazos que se le arman; acaso querrá presentar batalla, porque este hombre tiene arrojo como enfurecido, mas no como jeneral..... Una victoria mas y somos dueños de Italia..... Es incalculable lo que hemos cojido al enemi-



go..... Os remito veinte cuadros de los mejores, del Corregio y Miguel Anjel.

«Os doy las mas espresivas gracias por las atenciones que teneis con mi esposa; os la recomiendo; es patriota de corazon y la amo en estremo.»

Al dia siguiente de esta carta, la nueva victoria de que esperaba Bonaparte la posesion de la Italia fué patrimonio de la historia, inmortalizando el nombre de Lodi, que los republicanos ocuparon.

La conquista de la Lombardía fué el fruto de esta batalla. En pocos dias, Pizzighitone, Cremonay todas las ciudades principales del Milanesado cayeron en poder del ejército francés.

En medio de los campamentos y del estruendo de las armas, Napoleon, á quien se hubiera podido conceptuar embargado en asuntos políticos y guerreros, se mostraba ansioso por las artes y pedia al Directorio una comision de artistas para recojer las preciosidades que la conquista ponia á su disposicion. Viósele posteriormente rehusar tesoros, que hubieran podido ser propiedad suya, por apropiarse un cuadro del Corregio con el cual apetecia enriquecer el Museo Nacional.

Y no solo mostraba interés y afan por el progreso y la prosperidad de las nobles artes, pues cuanto corresponde al entendimiento, al cultivo de las ciencias ó á la causa de la civilizacion moderna, todo tenia cabida en sus pensamientos. A los quince dias de su tránsito del Po, allá entre el es-



truendo del cañon de Lodi y las humaredas del campamento de Mantua, se retraia del ansia jeneral por verle en su cuartel de Milan, para escribir á un célebre jeómetra, al sabio Oriani, la carta siguiente:

« AL CIUDADANO ORIANI.

« Las ciencias que honran al entendimiento humano y las artes que hermosean la vida, encomendando las heroicidades á la posteridad, merecen condecorarse con especialidad en los gobiernos libres. Todos los hombres de injenio y cuantos se han granjeado timbres en la república literaria son hermanos, cualquiera que sea el pais que los vió nacer.

« Los sabios no disfrutaban en Milan el aprecio á que eran acreedores. Retraidos en el interior de sus laboratorios, se conceptuaban dichosos, con tal que los reyes y los sacerdotes los dejasen intactos. Pero esto no sucede hoy dia: el pensamiento es libre en Italia; ya no hay inquisicion, intolerancia ni déspotas. Yo insto á los sabios para que se reunan y me propongan sus miras acerca de los medios que pudieran emplearse ó de las carencias que están padeciendo para dar á las ciencias y las artes nueva vida y verdadera existencia. Cuantos gusten pasar á Francia pueden contar con desalada acojida por parte del gobierno. El pueblo francés tiene en mas el granjearse un sabio matemático, un pintor acreditado ó un hombre esclarecido, en cualquiera línea, que el poseer la ciudad mas rica y abundante.

« Sed pues, ciudadano, el órgano de estos anhelos respecto á los sabios eminentes que está atesorando el Milanesado.

« BONAPARTE. »

Pero aquel tino finísimo, y aquel desempeño y actividad que todo lo estaba abarcando con tanto asombro de amigos y enemigos de la Francia, encelaban tambien al gobierno suspicaz que manejaba á la sazon la república. Estaba ya el Directorio presenciando un sucesor en el héroe de Montenote y Lodi, y queria alejar cuanto fuese dable aquel trance. Con esta mira trató de dar un segundo al que habia probado con una serie de victorias inesperadas que sabia obrar y vencer por sí solo. No se equivocó Bonaparte respecto al móvil que le daba por compañero á Kellermann, y se franqueó sin rebozo en una carta escrita al director, cuyo carácter, servicios y conocimientos le merecian aprecio. « Creo, escribia á Carnot, que juntar á Kellermann conmigo en Italia es querer desquiciarlo todo. Yo no puedo servir gustoso con un hombre que se conceptúa el primer jeneral de Europa; y además en mi dictámen, un jeneral malo vale aun mas que dos buenos. En la guerra, como en el gobierno, todo se cifra en el tino. »

Despues de haber enviado esta carta, Napoleon prosiguió obrando conforme á sus propias miras y llevando á cabo su plan. Habia hecho su entrada triunfal en Milan el 15 de mayo, mientras que en Paris se firmaba



la paz que él mismo habia impuesto á la Cerdeña en Montenote, Dego, Millesimo y Mondovi.

El Directorio no se atrevió á realizar su intento de asociacion. Kellermann fué nombrado gobernador jeneral de los paises cedidos á la Francia por el último tratado con su Majestad sarda, y Bonaparte conservó el mando en jefe del ejército de Italia.

Su primer conato fué trasladar el centro de las operaciones sobre el Adijio y entablar el bloqueo de Mantua. El ejército francés se componia ape-



nas de treinta mil hombres, mas no por eso el arrojo de su jeneral dejó de

aterrar al consejo áulico. Al punto se trató en Viena de retirar á Wurmser de las márjenes del Rin y enviarle á Italia con un refuerzo de treinta mil hombres de tropas escojidas.

No se le ocultaba por su parte á Napoleon que los encuentros diarios y las enfermedades podian llegar á reducir su ejército, ya tan escaso, á una inferioridad de número considerable respecto á los Imperiales, y no cesaba de instar y clamar al Directorio para que le enviase reclutas y que el ejército del Rin ejecutase una llamada poderosa emprendiendo activamente las hostilidades. «Me figuro que están peleando allá en el Rin, habia escrito Bonaparte á Carnot pocos dias despues de la victoria de Lodi; si continuase el armisticio, el ejército de Italia quedaria destruido; digno de la república fuera ir á firmar el tratado de paz con los tres ejércitos reunidos en el riñon de la Baviera ó del Austria atónita.»

Napoleon tenia tanto mas motivo de pedir la cooperacion de los ejércitos del Rin y de Sambra y Mosa, por cuanto se lo habian formalmente prometido á su salida de Paris para mediados de abril; y luego estos ejércitos no se pusieron en movimiento hasta fines de junio, cuando Wurmser, á quien una llamada ejecutiva hubiera podido detener en Alemania, llegaba á Italia con sus refuerzos.

Los que estaba demandando el jeneral francés acudian mas pausados: el Directorio, ó por imposibilidad ó malevolencia, ensordecia para sus instancias. Teniendo así Napoleon que hacer frente con treinta mil hombres á un ejército compuesto de cien mil, desentraña entónces de sí mismo medios de minorar la superioridad numérica de los Impériales; y vuela en alas de su númen y de su estrella. Va allá ideando y disponiendo un plan de marchas y contramarchas, de ataques falsos y retiradas aparentes, de maniobras osadas y movimientos instantáneos, á favor de los cuales se empeña en dividir y aislar los tres cuerpos enemigos, descolgándose despues de improviso con todas sus fuerzas reunidas, atacándolos separadamente y derrotándolos uno tras otro. El éxito mas completo abona el pensamiento y las esperanzas del sumo capitan, á quien acompañan eficazmente la intelijencia y el denuedo de los jenerales y soldados republicanos. Mientras que Wurmser le supone embargado con Mantua, se escabulle, por decirlo así, del sitio de aquella plaza, y trasladándose de relámpago del Po al Adijio, del Chiesa al Mincio, parece que se multiplica para embestir casi al mismo tiempo á todas las divisiones enemigas, y las va arrollando, dispersando y destruyendo en una repeticion de lances, conocida con el nombre de *campaña de los cinco dias*, que sobrevinieron en Salo, Lonato, Castiglione, etc. Quosnadowich mandaba á los Austriacos en los mas de estos descalabros; pero Wurmser quedó derrotado personalmente en el mas desastrado de todos, el de Castiglione.

En el parte de esta prodijiosa campaña, que el jeneral victorioso re-

dactó en el campo de batalla y remitió al Directorio el 19 de termidor, año IV (6 de agosto de 1796), se hallan los pormenores siguientes:



« De algunos dias á esta parte habian ido llegando los veinte mil hombres de refuerzo que el ejército austríaco del Rin enviaba al de Italia, el cual, junto con un número considerable de reclutas y muchos batallones venidos del interior del Austria, hacian su conjunto harto formidable, y la opinion jeneral era que los Austríacos llegarian pronto á Milan.....

« El enemigo me acorralaba entre dos fuegos bajando del Tirol por Brescia y el Adijio. Si el ejército republicano era muy escaso para hacer frente á las divisiones juntas del enemigo, podia derrotar á cada una separadamente, y yo me hallaba situado entre ellas. Érame pues asequible el atajar la division enemiga bajada de Brescia, por medio de un movimiento ejecutado con rapidez, hacerla prisionera y derrotarla completamente, descolgándome luego sobre el Mincio para embestir á Wurmser y arrojarlo lejos del Tirol; mas érame forzoso, para ejecutar este intento, levantar en veinte y cuatro horas el sitio de Mantua, próxima á caer en mis

manos, pues no podia sostenerse mas de seis horas. Era tambien imprescindible despasar velozmente el Mincio sin dar tiempo á las divisiones enemigas para que me acorralasen. La suerte me fué propicia, y la refriega de Dezenzano, los dos encuentros de Salo, la batalla de Lonato y la de Castiglione son resultados que lo manifiestan.....

« El 16, al rayar el dia, nos hallamos al frente del enemigo: el jeneral Guieux, que estaba á nuestra izquierda, debia atacar á Salo; el jeneral Massena, situado en el centro, debia operar por Lonato; el jeneral Augereau, que estaba á la derecha, debia atacar por Castiglione. El enemigo, en vez de ser atacado, acometió la vanguardia de Massena que se hallaba en Lonato; ya estaba cortada, y el jeneral Dijeon habia caido prisionero; el enemigo nos habia tomado tres piezas de artillería á caballo. Mandé formar inmediatamente la 18 media brigada y la 32 en columna cerrada por batallones; al empeñarnos en arrollar al paso de ataque las filas enemigas, estas se estendian para envolvernos, cuya maniobra conceptué que nos brindaba con la victoria. Massena envió algunas guerrillas para detener la marcha de las alas enemigas; la primera columna llegada á Lonato arrolló al enemigo, y el 15 rejimiento de dragones dió una carga á los hulanos y recobró nuestras piezas.

« En un instante se dispersó el ejército enemigo. Intentó verificar su retirada sobre el Mincio, pero mandé á mi edecan, jefe de brigada, Junot, que se pusiese al frente de mi compañía de guias, persiguiendo al enemigo y aventajándole en rapidez hácia Dezenzano; encontró al coronel Ben-



der con una parte de su rejimiento de hulanos á quien acometió; pero no queriendo entretenerse Junot en atacar la retaguardia, contramarchó por la derecha, salió de frente al encuentro del rejimiento, cuyo coronel hirió con intencion de hacerle prisionero, cuando se vió rodeado por todas partes, y despues de haber muerto á seis por su mano, fué derribado del caballo y echado en un foso herido con seis sablazos, ninguno de los cuales dicen será mortal.

« Se iba retirando el enemigo sobre Salo, pero hallándose este en nuestro poder, cayó prisionera toda la division que andaba errante por los montes. Entretanto Augereau, marchando sobre Castiglione y ocupando aquella aldea, tuvo que estar todo el dia contrastando recios embates de fuerzas duplicadas: artillería, infantería y caballería, todos han cumplido con su deber, y el enemigo ha venido á quedar enteramente derrotado en todas direcciones.

« Ha perdido veinte cañones, dos ó tres mil hombres entre muertos y heridos, y cuatro mil prisioneros, entre ellos tres jenerales....

« Durante todo el dia 17, Wurmser se esmeró en ir juntando las reliquias de su ejército, en adelantar su reserva, sacando de Mantua cuantas fuerzas le era dable, colocándolas en batalla por la llanura entre la aldea de Escanello, sobre la que apoyó su derecha, y la Chiesa, donde apoyó su izquierda.

« La suerte de la Italia no estaba todavía decidida. Reunió un cuerpo de veinte y cinco mil hombres y numerosa caballería, comprendiendo que aun podia contrarestar el destino. Por mi parte di órdenes para que se reuniesen todas las columnas del ejército.

« Pasé yo mismo á Lonato, para ver qué tropas podia sacar de allí; y ¡cuál fué mi estrañeza al entrar en la plaza, en recibir un parlamentario intimando al comandante de Lonato á que se rindiese porque estaba acorralado! Con efecto, de diferentes puestos de caballería me anunciaban que muchas columnas llegaban á nuestras avanzadas y que el camino de Brescia á Lonato estaba interceptado en el puente de San Márcos. Comprendí entónces que no podian ser mas que reliquias de la division cortada que, despues de haber andado errante y haberse reunido, trataban de abrirse paso.

« Harto crítica era la situacion: apenas tenia en Lonato unos mil y doscientos hombres; hice entrar al parlamentario, le mandé desvendar los ojos y le dije que si en su jeneral cabia el arrojo de hacer prisionero al jeneral en jefe del ejército de Italia, no tenia mas que adelantarse y debia constarle que yo me hallaba en Lonato, pues sabian todos que el ejército republicano lo ocupaba; que todos los oficiales jenerales y superiores de la division serian responsables del insulto personal que me habia hecho, declarándole que si dentro de ocho minutos toda su division no habia rendido las armas, no perdonaria uno solo.

«El parlamentario se quedó atónito de verme allí, y poco despues toda



aquella columna rindió las armas. Constaba de cuatro mil hombres con dos cañones y cincuenta caballos; venia de Gavardo y trataba de salvarse; mas no habiendo podido ejecutarlo aquella mañana por Salo, queria efectuarlo por Lonato.

«El 18 al rayar el dia nos hallamos al frente del enemigo; sin embargo eran las seis, y aun no se habia hecho ningun movimiento. Mandé que el ejército retrocediese para atraer al enemigo, al mismo tiempo que el jeneral Serrurier á quien aguardaba por momentos, llegaba de Marcario, acorralando así toda la izquierda de Wurmser. Este movimiento produjo en parte el efecto que me prometia, pues Wurmser iba esplayando su derecha para observarnos.

«Luego que descubrimos la division de Serrurier, mandada por el jeneral Fiorella, que atacaba la izquierda, mandé al ayudante jeneral Verdiere que tomase un reducto levantado por los enemigos en medio de la llanura para sostener su izquierda. Dí órden á mi edecan jefe de batallon Marmont para que dirijiese veinte piezas de artilleria lijera, con objeto de obligar al

enemigo á que nos abandonase aquel puesto interesante; y tras un cañoneo tremendo, la izquierda del enemigo se declaró en retirada.



« Augereau atacó su centro, apoyado en la torre de Solferino; Massena acometió la derecha, y el ayudante jeneral Leclerc, al frente de la 5ª. media brigada, marchó en auxilio de la 4ª. Toda la caballería, á las órdenes del jeneral Beaumont, se encaminó á la derecha para sostener la artillería lijera y la infantería. En todas partes quedamos victoriosos, en todas alcanzamos el mas completo triunfo.

« Hemos cojido al enemigo diez y ocho cañones y ciento veinte arcones: su pérdida asciende á dos mil hombres entre muertos y prisioneros. Se ha dispersado en todas direcciones; pero nuestras tropas cansadas no han podido perseguirlo sino por espacio de tres leguas. El ayudante jeneral Frontin pereció haciendo frente al enemigo.

« Ya tenemos otra campaña concluida en cinco dias. Wurmser ha perdido en ellos setenta piezas de campaña, todas sus municiones de infantería, de doce á quince mil prisioneros, seis mil muertos ó heridos y casi todas las tropas procedentes del Rin. Fuera de todo esto, una gran parte de su ejército se ha dispersado y va cayendo en nuestro poder en el alcance. Todos los oficiales, soldados y jenerales han manifestado en trance tan arduo sumo teson y desempeño..... »

Sucesos tan asombrosos sublimaron mas y mas el entusiasmo de cuantos pueblos de Italia se habian apasionado por la revolucion francesa. Los partidarios del Austria quedaron aterrados; habian cometido la torpeza de manifestar su regocijo á la llegada de Wurmser, asociándose á la jactancia de los Imperiales, quienes, vista su inmensa superioridad numérica, celebraban de antemano la derrota de los Franceses y su espulsion de la Pe-

nínsula. Uno de estos imprudentes habia sido el cardenal Mattei, arzobispo de Ferrara. Se habia mostrado mas que gozoso al asomo de los Austriacos, y con nuestros desmanes eventuales, habia arrebatado á su vecindario á hostilizar al ejército francés. Despues de la batalla de Castiglione, Napoleon le mandó prender y conducir á Brescia. El sacerdote italiano, convertido con el malogro de sus amaños alborotadores y la derrota de sus amigos, tuvo que humillarse ante el vencedor diciéndole: *Peccavi*. Esta



contricion aparente le redundó en gran beneficio; Napoleon se contentó con tenerle preso por tres meses en un seminario. Habia nacido príncipe romano y estuvo despues encargado en Tolentino con plenos poderes de la Santa Sede.

Pero el alto clero estaba ajeno de conjeniar con la nacion italiana respecto á la Francia. En el Piamonte, la Lombardía y las legaciones, la propaganda revolucionaria habia encontrado infinitos secuaces. Ante todos, se habian mostrado los Milaneses adictos á la bandera republicana; el je-

neral en jefe les manifestó altamente su reconocimiento. «Cuando el ejército se retiraba, les escribió, algunos partidarios del Austria y los enemi-



gos de la libertad la daban por desahuciada; cuando era imposible que vosotros sospechaseis que esta retirada era un ardid, os habeis mostrado adictos á la Francia y amantes de la libertad; habeis manifestado un afan y una entereza que os han hecho acreedores al aprecio del ejército y os merecerán la proteccion de la república francesa.

«De dia en dia vuestro pueblo se va haciendo mas digno de la libertad; de dia en dia se robustece mas y mas su pujanza. Algun dia se presentará sin duda con gloria en el teatro del mundo. Recibid el testimonio de mi satisfaccion, y los votos sinceros del pueblo francés por veros libres y dichosos.»

No se atuvo Napoleon con aquellos pueblos al mero sonido de parabienes. Avaloró su nativa disposicion para con ellos mismos, con la república francesa y con la causa de la independencia universal, planteando la revolucion allende los Alpes, y con especialidad las repúblicas Traspadana y Cispadana. Corre de batalla en batalla, adelantando mas y mas sus empresas, y saca entretanto y de improviso á luz estas creaciones pacíficas. Aventado allá el ejército que para libertar la Italia habia enviado el gabinete de Viena, restablece el sitio de Mantua, donde Wurmser consiguió introducir algunas tropas y víveres, el dia de la toma de Lañago (13 de setiembre), quedando ya derrotado en diez encuentros, á saber: el 6 de agosto en Peschiera; el 11 en la Corona; el 24 en Borgo-Forte y en Governalo; el 3 de setiembre en Serravalle; el 4 en Roveredo; el 5 en Trento, que fué tomada; el 7 en Covolo; el 8 en Bassano, y el 12 en Cerca.

Al dia siguiente de su entrada en Mantua, los restos de su ejército, ar-

rollados igualmente en *Due-Castelli*, y en la refriega de S. Jorje, trabada el 15, padecieron su postrer esterminio.

Mas no desampara á Wurmser su corte en aquel trance, conceptuándolo el emperador como el prohombre de todos sus capitanes, y constándole además que en Mantua se cifraba la llave de sus estados. Echa el resto Viena para rehacerse de tantísimo quebranto y preparar el rescate de Mantua y de Wurmser, fundando en uno y otro reyes y aristócratas lo que apellidaban la libertad de Italia.

Un nuevo ejército imperial, y hasta de sesenta mil hombres, á las órdenes del mariscal de Alvinzi, acude al socorro de Mantua.

Al primer aviso que llega á Napoleon de la marcha de aquella hueste, se quejó amargamente de que no hubiese sido atendido su dictámen respecto al Rin, en donde las fuerzas republicanas eran suficientes para ejecutar una llamada oportunísima. Habia estado clamando por refuerzos, y ninguno le habia llegado. Aunque rebosando mas y mas de confianza por sí mismo y por sus tropas, manifiesta sin rebozo sus zozobras respecto al éxito de la nueva campaña, para hacer cargo al gobierno francés de la injusticia con que obraba desatendiendo al ejército de Italia, en medio de sus redoblados triunfos.

« Allá va el pormenor de lo acaecido desde el 21 del presente, y no hay que culpar al ejército de que no sea mas cabal su desempeño; pues su inferioridad y la falta de los hombres mas valientes me infunden temores para lo sucesivo. Quizás estamos amagados de perder la Italia. Todavía no asoma auxilio alguno de los muchos que estábamos esperando; la 83ª. semi-brigada no se pone en camino; todos los refuerzos procedentes de los departamentos están detenidos en Leon, y con especialidad en Marsella. Se conceptúa que una detencion de ocho ó diez dias no tiene trascendencia, sin hacerse cargo de que la suerte de la Italia y de la Europa se cifra aquí en ese plazo. El imperio todo se ha puesto y está todavía en movimiento. Solo la actividad de nuestro gobierno, al principio de la guerra, puede manifestarnos con que ímpetu se obra allá en Viena. Cada dia llegan cinco mil hombres; y de dos meses á esta parte, siendo tan patente la necesidad de socorros por acá, no ha llegado mas que un batallon de la 40, ruin tropa y no fogueada, mientras que nuestras antiguas milicias del ejército de Italia permanecen ociosas en la 8.ª division. Yo cumplo con mi deber y el ejército desempeña el suyo: traspasado está mi pecho, pero desahogada mi conciencia. Auxilios, vengan auxilios, no lo tengais por asunto de juguete, se requieren, no solo efectivos, sino presentes sobre las armas. Cuando se ofrecen seis mil hombres efectivos y tres mil presentes sobre las armas, al llegar á Milan quedan en mil y quinientos; con que este número es el que recibe el ejército.....

« Los heridos son la flor del ejército: todos nuestros oficiales superio-

res y jenerales están fuera de combate; cuanto llega es inservible y ajeno de infundir confianza al soldado. El ejército de Italia, reducido á un puñado de hombres, queda exhausto. Los héroes de Lodí, Millesimo, Castiglione y Bassano han muerto por su patria ó yacen por los hospitales; solo queda á los cuerpos su nombradía y su engreimiento. Joubert, Lannes, Lanusse, Victor, Murat, Charlot, Dupuis, Rampon, Pigeon, Menard y Chabran están heridos, y nos vemos en sumo desamparo, arrinconados acá por la Italia. El concepto de mis fuerzas nos será muy provechoso; y he aquí que en la correspondencia de oficio publicada en Paris se dice que no llegamos á treinta mil hombres.

«He perdido en esta guerra poca jente, mas no cabe reemplazar á cuantos han fenecido. Los valientes que me quedan ven una muerte infalible en medio de continjencias tan incesantes y con fuerzas tan inferiores; quizá va á llegar la última hora al valeroso Augereau, al denodado Massena, á Berthier y á algun otro: entónces ¿qué será de estos valientes? Esta aprension me trae caviloso; ya no me atrevo á arrostrar la muerte, que seria un motivo de desaliento y desgracia para quien es el objeto de mis afanes.

«Dentro de pocos dias echarémos todo el resto; si la suerte nos es propicia, Mantua caerá en nuestro poder, y con ella serémos dueños de la Italia. Nada habrá que no emprenda, si me veo reforzado con mi ejército de sitio. Si hubiese recibido la 83, cuya fuerza asciende á tres mil quinientos hombres conocidos en el ejército, hubiera respondido de todo. Quizá dentro de algunos dias no bastarán cuarenta mil hombres.»

Aquellas corazonadas tan aciagas, que Bonaparte estaba estudiadamente aparentando, no se realizaron, y la suerte se mostró risueña otra vez á nuestras armas.

Bastáronle algunos dias al vencedor de Lodi para aventar cuantas esperanzas habia podido fundar la confederacion en la nombradia de Alvinzi y la fuerza numérica de sus tropas. Una batalla que duró tres dias, terminada con la memorable victoria de Arcola, acabó de dar á conocer en las armas francesas la incontrastable superioridad contra la cual luchaban en vano los jenerales y los soldados veteranos del Austria. En aquella batalla, viendo Napoleon que sus granaderos titubeaban un momento bajo el terrible fuego del enemigo que ocupaba posiciones inespugnables, se apea, ase una bandera y se arroja sobre el puente de Arcola por medio de montones de cadáveres, voceando: «Soldados, ¡qué! ¿no sois ya los valientes de Lodi? seguidme.» Augereau le imita, y aquellos heróicos ejemplos fueron de sumo influjo para el resultado de la batalla. En ella perdió Alvinzi treinta cañones, cinco mil prisioneros y seis mil muertos; Davidowich volvió al Tirol y Wurmser se restituyó á Mantua.

Véase ahora en qué términos desahogaba el triunfador de tantos guer-



reros alemanes su gozo y ufanía, y cómo descansaba de sus afanes y logros, en raptos entrañables de cariño para con su esposa. Desde Verona escribe á Josefina: « Al fin, mi adorada Josefina, salgo de nuevo á luz. La muerte no está ya á mi vista y la gloria y los timbres se anidan en mi pecho. El enemigo ha quedado derrotado en Arcola. Mañana nos rehacemos de la necedad de Vaubois, que desamparó á Rívoli; dentro de ocho dias serémos dueños de Mantua, y entónces podré en tus brazos darte mil pruebas del vehemente cariño que te profeso. Pasaré á Milan tan pronto como me sea dable. Estoy algo cansado. He recibido una carta de Eujenio y Hortensia: estos niños son preciosos. Como toda mi comitiva anda por ahí dispersa, en juntándose conmigo te los enviaré.

« Hemos hecho cinco mil prisioneros y causado á lo menos seis mil muertos á los enemigos. Adios, mi adorada Josefina, piensa en mí. Si dejases de amar á tu Aquíles, ó si tu pecho se entibiase con él, injusta y aleve serias; pero estoy seguro de que serás siempre mi amante, como yo seré tu entrañable amigo. Tan solo la muerte podrá romper una union que labraron la simpatía, el cariño y la sensibilidad. Dame noticia de la barriguita; te envio mil besos tiernos y amorosos. »

Aquel mismo dia, 29 brumario (19 de noviembre), esto es, dos dias despues de la batalla de Arcola, el jeneral victorioso daba parte al Directorio de aquella jornada memorable.



« Se habia conceptuado oportuna, le escribia, la evacuacion de la aldea de Arcola, y creíamos que al rayar el dia nos iba á embestir todo el ejército enemigo, que habia tenido lugar para poner en salvo sus bagajes y parques de artillería y retroceder sobre nosotros.

« Amanece y se traba la refriega ejecutivamente. Massena, que estaba á la izquierda, derrota al enemigo, persiguiéndole hasta las puertas de Caldero. El jeneral Robert, que se halla en la calzada del centro con la 65.ª, arrolla al enemigo á la bayoneta, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres. Mando al ayudante Vial que siga el Adijio con media brigada para cortar la izquierda del enemigo; pero este pais ofrece obstáculos insuperables; en vano se arroja aquel valiente al agua hasta el pecho, no puede efectuar una llamada suficiente. Doy órden para que echen puentes sobre las azequias y pantanos, en la noche del 26 al 27: por cuyo medio el jeneral Augereau logra pasar con su division. A las diez de la mañana nos hallamos al frente del enemigo: el jeneral Massena estaba á la izquierda, Robert en el centro, y Augereau á la derecha. El enemigo ataca denodadamente el centro, obligándole á cejar. Entónces retiro la 32.ª de



la izquierda colocándola en emboscada, y cuando el enemigo avanzando sobre el centro está para cortar nuestro costado derecho, el jeneral Gar-

danne sale del bosque y flanquea al enemigo, haciendo en él horrorosa carnicería. La izquierda enemiga, apoyada á un pantano y superior en número, asombraba á nuestra derecha: mando al ciudadano Hércules, oficial de mis guias, que escoja veinte y cinco hombres de su compañía, y que siguiendo el Adijio, dé la vuelta al pantano, embistiendo á escape sobre la retaguardia enemiga y haciendo tocar muchas trompetas. Esta maniobra surtió grandísimo efecto: la infantería se cuarteó y el jeneral Augereau supo utilizar los momentos. Sin embargo se resistia aun, peleando en retirada, cuando una pequeña columna de ochocientos á novecientos hombres que yo habia hecho desfilar por Porto-Leñago con cuatro piezas, para situarse á retaguardia del enemigo, acabó de derrotarlo. El jeneral Massena, que se habia encaminado hácia el centro, marchó en línea recta á la aldea de Arcola de que se apoderó, persiguiendo al enemigo hasta la de San Bonifacio, pero la oscuridad de la noche nos imposibilitó seguir el alcance.....

« Los jenerales y oficiales del estado mayor han mostrado una actividad y un denuedo sin ejemplo; cuéntanse doce ó quince entre los muertos porque la refriega fué muy reñida: teniendo casi todos sus vestidos acribillados á balazos. »

Sin embargo Alvinzi se empeñó en su desquite, volvió con Provera por las gargantas del Tirol, y esta nueva agresion fué un motivo para que el ejército francés y su jefe cojiesen nuevos laureles. La batalla de Rívoli, los trances de San Jorje y de la Favorita, en los que la victoria fué constantemente fiel á la bandera republicana, obligaron á Provera á rendirse con su division y casi á vista de Wurmser, quien capituló tambien poco despues en Mantua.

En los partes que dictó Napoleon en su cuartel jeneral de Roverbello, los dias 28 y 29 nevoso, año V (17 y 18 de enero de 1797), se leen los pormenores siguientes acerca de estas nuevas victorias:

« El 24 el enemigo echó con presteza un puente en Anghiari, por el que pasó su vanguardia á una legua de Porto-Leñago; al mismo tiempo el jeneral Joubert me informó que una columna bastante considerable desfilaba por Montagna, amenazando acorralar su vanguardia en la Corona. Varios indicios me dieron á conocer el verdadero intento del enemigo, y ya no dudé de que estuviese en ánimo de atacar con sus fuerzas principales mi línea de Rívoli, llegando así hasta Mantua. Aquella misma noche encaminé la division del jeneral Massena y pasé yo mismo á Rívoli, á donde llegué á las dos de la madrugada.

« Inmediatamente hice que el jeneral Joubert ocupase la posicion interesante de San Márcos, colocando la artillería en el llano de Rívoli, disponiéndolo todo para que al rayar el dia pudiese tomar la ofensiva y marchar en persona sobre el enemigo.

«Al amanecer nuestra ala derecha y la izquierda enemiga se tropezaron en las alturas de San Márcos; y la pelea fué terrible y reñida.....



«Sin embargo hacia tres horas que se estaba peleando, y el enemigo no nos habia presentado todavía todas sus fuerzas; una columna suya que habia seguido el Adijio, escudada con fuerzas crecidísimas, marcha en línea recta al llano de Rívoli para ocuparlo, amenazando así atajar la derecha y el centro. Doy órden al jeneral de caballería Leclerc para que se abalance al enemigo, si consigue apoderarse del llano, y envio al jefe de escuadron Lasalle con cincuenta dragones para que flanquee la infantería que ataca el centro y la rechace denodadamente. Al mismo tiempo el jeneral Joubert habia hecho bajar de las alturas de San Márcos algunos batallones que se estendian por el llano de Rívoli. El enemigo, que se habia adelantado ya en él, viéndose reciamente acometido por todas partes, deja en el campo un gran número de muertos, una parte de su artillería y se vuelve al valle del Adijio. Casi al mismo instante la columna que estaba ya en marcha para cortarnos la retirada, se formó en batalla sobre los picos

que estaban á nuestra espalda. Yo habia dejado en reserva la 75ª, que no solo amagó á esta columna, sino que acometió tambien la izquierda que se habia adelantado, y la derrotó inmediatamente. Entretanto llegó la 18.ª semi-brigada á tiempo que el jeneral Rey se habia colocado detrás de la columna que nos iba cercando: mandé hacer fuego al enemigo con algu-



nas piezas de á doce, y dando órden de atacar, en menos de un cuarto de hora quedó prisionera toda aquella columna, compuesta de mas de cuatro mil hombres.

«El enemigo derrotado por donde quiera fué perseguido en todas direcciones, y durante toda la noche estuvimos haciendo prisioneros. Mil y quinientos hombres que huian por Guarda, quedaron detenidos por cincuenta soldados de la 18.ª, quienes al punto que los reconocieron marcharon contra ellos y les mandaron rendir las armas.

«El enemigo era todavía dueño de la Corona, pero ya no podia hacernos daño. Se hacia forzoso marchar ejecutivamente contra la division del jeneral Provera que habia pasado el Adijio el 24, por Anghiari, y al intento hice acudir al jeneral Victor con la valiente 57.ª, y retroceder á Massena, quien llegó á Roverbello el 25 con una parte de su division.

« Encargué, al partir, á Joubert, que atacase al enemigo por la mañana, si aun era tan temerario que se mantuviese en la Corona.

« Habia Murat caminado toda la noche con media brigada de infantería lijera, á fin de presentarse al rayar el dia en las alturas de Montebaldo que dominan la Corona: efectivamente despues de una tenaz resisten-



cia fué derrotado el enemigo, quedando prisioneros todos los que se habian salvado la víspera. La caballería logró atravesar el Adijio á nado, pero ahogándose muchos.

« En las dos jornadas de Rívoli hemos cojido trece mil prisioneros y nueve cañones. »

Lo restante del parte se refiere á los reencuentros de San Jorge, Anghiari y la Favorita, sostenidos contra el jeneral Provera. En el segundo de Anghiari, un comandánte de los hulanos se presenta delante de un escuadron del 9°. rejimiento de dragones, y con una de aquellas fanfarronadas, tan comunes á los Austríacos, vocea al rejimiento que se rinda. El ciudadano Duvivier manda hacer alto á su escuadron: « Si eres valiente, ven á cojerme, » responde al comandante enemigo. Ambos cuerpos se

escuadronan frente á frente, y entrambos caudillos traban uno de aquellos combates que describe tan gallardamente el Taso. El comandante de los



hulanos recibe dos sablazos: los hulanos son embestidos y quedan todos prisioneros.....

« El 27, una hora antes del dia, los enemigos atacan la Favorita, al mismo tiempo que Wurmser hace una salida acometiendo las líneas del bloqueo por San Antonio. El jeneral Victor, al frente de la 57.ª semi-brigada, arrolla cuanto se le opone, y Wurmser tiene que volverse á Mantua casi inmediatamente, dejando el campo de batalla cubierto de muertos y de prisioneros. Serrurier hace entónces avanzar á Victor con la 57.ª semi-brigada para que tenga bloqueado á Provera en el arrabal de San Jorje. Con efecto, es tal la confusion y desconcierto en las filas enemigas, que caballería, infantería y artillería están revueltas. Nada detiene la terrible 57.ª semi-brigada: por una parte coje tres cañones, y por otra desbarata el rejimiento de húsares de Herdendy. En aquel trance, el respetable jeneral Provera pide capitulacion contando con nuestra jenerosidad, y no se equivoca. Se la concedimos arreglada á las condiciones que os remitiré: seis mil prisioneros, entre los que se cuentan todos los voluntarios de Viena, y veinte piezas de artillería, fueron el fruto de aquella jornada memorable.

«El ejército de la república ha ganado en cuatro dias dos batallas y



seis reencuentros, ha cojido veinte y cinco mil prisioneros, entre ellos un teniente jeneral y dos jenerales, doce ó quince coroneles, etc., veinte banderas, sesenta cañones, y muerto ú herido á seis mil hombres.»

Tantos reveses no podian menos de inclinar á Wurmser á una capitulacion inevitable, haciéndose ya cargo de que el sitio de Mantua iba á llevarse á cabo como todas las demás empresas del ejército republicano.

Cuando se trató de la rendicion, envió al jeneral Klenau, su primer edecan, al cuartel jeneral de Serrurier, que se hallaba en Roverbello y que no quiso escuchar ninguna proposicion sin comunicarlas al jeneral en jefe.

Napoleon tuvo la aprension de asistir de incógnito á las conferencias. Pasa á Roverbello, y muy encapotado se pone á escribir, mientras que Klenau y Serrurier están contratando. Va estendiendo sus condiciones al márjen de las proposiciones de Wurmser, y al acabar, dice al jeneral austríaco, que le conceptúa un escribiente del estado mayor: «Si Wurmser tuviese solamente víveres para diez y ocho ú veinte dias y hablase de rendirse, no mereceria ninguna capitulacion honrosa. Aquí están las condiciones que le concedo, añadió entregando el papel á Serrurier. Ahí veréis

que queda libre porque respeto su edad y sus méritos, y que no quiero que sea víctima de los maquinadores que tratasen de perderle en Viena.



Si abre sus puertas mañana, tendrá las condiciones que acabo de escribir; si tarda quince dias, un mes y aun dos, iguales serán los pactos, y así puede aguardar hasta el postrer mendrugo que le quede. Yo marcho al instante para pasar el Po y descolgarme sobre Roma. Quedais enterado de todo y podeis participarlo á vuestro jeneral.»

Atónito Klenau de hallarse ante el jeneral en jefe y lleno de asombro y gratitud por cuanto acaba de oir, confiesa que Wurmser solo tiene víveres para tres dias. El anciano mariscal se conmueve tanto como su edecan cuando sabe lo que habia pasado en las conferencias de Roverbello. Manifiesta su agradecimiento á Napoleon avisándole de un intento de envenenarle, ideado á la sazon contra él en la Romaña. Por lo demás Serrurier fué quien mandó en la rendicion de Mantua (1.º de febrero de 1797), por ausencia del jeneral en jefe.

Tres dias despues de la capitulacion de Mantua, Bonaparte, quejoso de la conducta del papa, dirijió una columna del ejército francés contra Roma, y publicó el 6 de febrero de 1797, desde su cuartel jeneral de Bolonia, una proclama que empezaba así:

« El ejército francés va á entrar en el territorio del papa; resguardará la relijion y el vecindario.

« El soldado francés lleva en una mano la bayoneta fiadora incontrastable de la victoria, y con la otra ofrece á las diferentes ciudades y aldeas paz, resguardo y seguridad.... Desgraciados de aquellos que la despreciasen, y que seducidos por malvados en estremo hipócritas, acarreen contra sí la guerra y sus quebrantos con la venganza de un ejército que en seis meses ha cojido cien mil prisioneros de las mejores tropas del emperador, cuatrocientas piezas de artillería, ciento y diez banderas, y ha derrotado cinco ejércitos..... »

La resistencia de la Santa Sede no podia ser formal.

Pio VI, amenazado en su capital, enmudece y enfrena su enemistad, esmerándose en implorar la paz del jeneral republicano, quien se la concede por un tratado del 19 de febrero, bajo las condiciones siguientes: 1.° El papa renuncia á todas sus pretensiones sobre Aviñon y el condado Venesino; 2.° Cede perpetuamente á la república francesa Bolonia, Ferrara y la Romaña; 3.° Cede además todos los renglones pedidos por Bonaparte, tales como el Apolo del Belveder, la Trasfiguracion de Rafael, etc.; 4°. Restablece la escuela francesa en Roma y paga, á título de contribucion militar, trece millones en plata ó en preciosidades. A este tratado añade Pio VI, el 22 de febrero, un breve en el cual da á Bonaparte el título de *hijo querido*.

Tras tanto desman estaba despavorido el consejo áulico, mas no amainaba su odio tenaz contra la revolucion francesa, ni se avenia al menor pensamiento pacífico. Postrado ya con la guerra, se aferraba mas y mas en arrostrar la suerte y batallar con los restos de sus grandiosos ejércitos, contra el poder victorioso que los habia desbaratado y destruido tan á carrera cuando ostentaban allá en la cumbre su confianza y poderío. El archiduque Cárlos pasó á Italia para tomar el mando en jefe de las tropas imperiales y rehacerlas de tanto fracaso como habian padecido con sus antecesores. Conceptuando á Bonaparte embargado en castigar al papa por su contravencion al tratado de Bolonia, y que habia llevado consigo la mejor parte de su ejército, quiso utilizar aquella ausencia para activar un avance é hizo pasar el Brenta al jeneral Guyeux. Pero pronto le cupo el desengaño. Napoleon, que solo habia llevado á Roma cuatro ú cinco mil hombres, volvió á presentarse sobre el Brenta y trasladó á principios de marzo su cuartel jeneral á Bassano, donde publicó la proclama siguiente:

« ¡Soldados!

« La toma de Mantua pone fin á una campaña en que habeis contraido méritos eternos para la gratitud de la patria.

« Habeis salido victoriosos de catorce batallas campales y setenta reen-

cuentros; habeis cojido cien mil prisioneros, quinientas piezas de campaña, dos mil de grueso calibre y cuatro trenes de puentes.

« Las contribuciones impuestas á los paises conquistados han mantenido, provisto y pagado al ejército durante toda la campaña; además habeis remitido treinta millones al ministerio de hacienda en auxilio del erario público.

« Habeis enriquecido el Museo de Paris con mas de trescientas preciosidades esquisitas de la antigua y nueva Italia y producto de treinta siglos.

« Habeis conquistado á la república las mas hermosas comarcas de Europa. Las repúblicas Lombarda y Traspadana os deben su libertad; la bandera francesa tremola por la primera vez en las orillas del Adriático, en frente y á veinte y cuatro horas de navegacion de la antigua Macedonia; los reyes de Cerdeña y Nápoles, el papa y el duque de Parma se han separado de la confederacion enemiga y han solicitado nuestra amistad; habeis arrojado los Ingleses de Liorna, Jénova y de la Córcega..... Pero aun no acabasteis; un gran destino os queda reservado: en vosotros cifra la patria sus esperanzas mas entrañables; continuaréis siendo acreedores á todas ellas.

« Solo queda el emperador, de tantos enemigos que se coligaron para ahogar la república en su cuna. Este príncipe, apeándose de su escelsa jerarquía, está asalariado por los mercaderes de Lóndres; ya no tiene mas albedrío ni mas política que cuanto viene de aquellos alevosos isleños, que ajenos de las desventuras de la guerra, se sonrien deleitosamente con los quebrantos del continente.

« El directorio ejecutivo tiene echado el resto para proporcionar la paz á la Europa entera; la moderacion de sus proposiciones desdecia del poderío de sus ejércitos, no se alucinaba con vuestro denuedo, obrando á impulsos de la humanidad y del anhelo de haceros volver á vuestras familias; pero no ha sido escuchado en Viena. Ya no queda pues esperanza alguna de paz, sino yendo en su busca hasta el riñon de los estados hereditarios de la casa de Austria. Allí hallaréis un pueblo valiente, aniquilado por la guerra que sostuvo contra los Turcos, como tambien por la actual. Los habitantes de Viena y de los estados austríacos están llorando la ceguedad y el despotismo de su gobierno. Todos viven persuadidos de que el oro inglés ha cohechado los ministros del emperador. Vosotros respetaréis su relijion y sus costumbres; protejeréis sus propiedades y daréis la libertad á la valerosa nacion húngara.

« La casa de Austria, de tres siglos á esta parte, va perdiendo en cada guerra una parte de su poderío, y descontentando á sus pueblos despojándolos de sus privilejios, se verá reducida al fin de esta sexta campaña (ya que nos precisan á emprenderla) á aceptar la paz que le concedamos

y á bajar á la clase de las potencias de segundo órden, en el que se ha colocado asalariándose servilmente con la Inglaterra.»

Con efecto Napoleon, cansado de vencer al emperador en Italia sin poderle inclinar á una negociacion, habia resuelto internar la guerra en el Austria misma, para que la vista de la bandera tricolor, bajo los muros de Viena, produjese en la cancillería austríaca una impresion mas intensa y profunda de la que habian hecho los reveses lejanos de Beaulieu, Provera, Alvinzi y Wurmser. Era su intento entrometerse en Alemania por la calzada de la Carintia, situándose sobre el Simering. Mandó ocupar las gargantas de Osopo y del Ponteba por Masena, quien, despues de haber atra-



vesado el Piave y el Tagliamento en los montes, derrotó al príncipe Cárlos (10 de marzo de 1797), le estrechó ejecutivamente, se apoderó de Feltro, Cadora y Belluna, y cojió gran número de prisioneros, entre ellos al jeneral de Lusignan, emigrado francés, que habia atropellado á sus compatricios enfermos en los hospitales de Brescia, en la temporada de la retirada simulada del ejército republicano. El 16, la batalla de Tagliamento acabó de arrebatar al archiduque las esperanzas galanas con que habia pasado á Italia, y que su mando habia podido infundir á su corte.

El príncipe Cárlos, derrotado así y humillado, se decidió á la retirada, no consiguiendo efectuarla desde el Tagliamento hasta el Muer, sino despues de haber ido padeciendo descalabros diarios en los reencuentros de

Lavis, Tramins, Clausen, Tarvis, Gradisca, Villach, Palma-Nova, etc. El 31, Napoleon llegó á Clagenfurt, capital de la Carintia. Al entrar en aquella provincia habia pregonado una proclama á sus habitantes, para inducirlos á que mirasen á los Franceses como libertadores, y no como enemigos. «La nacion francesa, les decia, es amiga de todas las demás, y particularmente de los valientes pueblos de la Jermania... Yo sé que despreciais tanto como nosotros á los Ingleses, que son los únicos que ganan en la guerra actual, como igualmente vuestro ministerio que les está vendido.»

En medio de sus triunfos Napoleon acechaba al senado de Venecia, enemigo encubierto, y siempre dispuesto tras la coyuntura propicia para estallar. Este cuerpo, esencialmente aristocrático y adicto á la confederacion de los reyes contra la revolucion francesa, andaba fomentando asonadas, é incitaba al asesinato contra el ejército republicano por la alta Italia y el territorio veneciano. No cabia dilatar ya mas la hora de su escarmiento.

Bonaparte escribió al dux:

«Toda la tierra firme de la serenisima república de Venecia está sobre las armas.

«Por todas partes el alarido de reunion de los paisanos que habeis armado es: «Muerte á los Franceses;» centenares de soldados del ejército de Italia han sido ya sus víctimas, en vano negais unas reuniones que habeis organizado; ¿creeréis acaso que, en hallándome por el centro de la Alemania, no tenga potestad para imponer acatamientos con el primer pueblo del universo? ¿Creeis que las lejiones de Italia han de tolerar los asesinatos que estais disponiendo? La sangre de mis compañeros de armas quedará vengada, y no hay un solo batallon francés que, encargado de tan hidalgo ministerio, no sienta enardecer su denuedo y triplicar su desempeño. El senado de Venecia ha correspondido con la mas bastarda alevosía á los jenerosos procedimientos usados siempre con él. Os envio mi primer edecan portador de la presente. La paz ó la guerra, si no providenciais ejecutivamente la disolucion de esas reuniones: si no mandais prender y entregarme los autores de los asesinatos que acaban de cometerse, queda declarada la guerra. Los Turcos no están sobre vuestras fronteras y no os amenaza ningun enemigo; andais á caza de pretestos para sinceraros de un agolpamiento encaminado contra el ejército: dentro de veinte y cuatro horas quedará disuelto. Ya no estamos en tiempo de Cárlos VIII. Si á pesar del anhelo patente del gobierno francés, me reducis al partido de haceros la guerra, no creais que los soldados franceses, á ejemplo de los que habeis armado, talen los campos del pueblo inocente y desventurado de la tierra firme; yo le escudaré, y bendecirá algun dia hasta los crímenes que habrán obligado al ejército francés á redimirlo de vuestro tiránico gobierno.»

El 7 de abril se firmó un armisticio en Judemburgo. Cuando el príncepe

Cárlos se vió imposibilitado enteramente de sostener la campaña, con los desfiladeros de Neuwmark y la posicion de Hundsmark ocupados por Masena, se hizo cargo de que la inflexibilidad monárquica del gabinete austriaco no era ya del caso. Napoleon, que habia contado por su parte con el auxilio del ejército de Sambra-y-Mosa y acabando de saber que no se habia movido ni se moveria, no podia atravesar el Simering por temor de internarse á solas por el corazon de la Alemania. Así luego que recibió de oficio la disposicion del Directorio para que los ejércitos del Rin y de Sambra-y-Mosa no se moviesen, careciendo de la llamada cuya importancia y necesidad habia manifestado, escribió al archiduque brindándole con la participacion de su gloria en pacificar la Europa y atajar los inmensos sacrificios que la guerra costaba al Austria y á la Francia. «Los valientes militares, le dijo, pelean anhelando la paz. Bastante jente ha perecido y hartos estragos hemos causado á la humanidad... ¿vos, que por nacimiento os acercais tanto al trono y os sobreponeis á todas las pasioncillas que suelen predominar á los ministros y á los gobiernos, ansiais merecer el dictado de bienhechor de la humanidad entera y de libertador de la Alemania?.... En cuanto á mí, señor jeneral en jefe, si la comunicacion que acabo de haceros puede salvar la vida á un solo hombre, me engreiré mas con la corona cívica que haya merecido, que con la aciaga nombradía resultante de los triunfos militares.»

Llegaron luego á Viena las disposiciones pacíficas espresadas en aquella carta, y amainó un tanto el pavor que habia causado el asomo de la bandera republicana. El emperador envió al punto el embajador napolitano Gallo al cuartel de Bonaparte, y el armisticio de Judemburgo fué el resultado de aquella negociacion.

Utilizó Napoleon el desahogo que le proporcionaba la suspension de armas, para quejarse al Directorio de la inaccion en que permanecieron los ejércitos de Alemania, mientras estaba en Italia batallando con escasísimos recursos contra todas las fuerzas de la monarquía austriaca.

Por lo demás, harto bien hallado con lo anterior que le cabia presenciar sin quebranto, se afanaba tras el porvenir, ahora ya de mas entidad con la cooperacion de Moreau, para conseguir mejores condiciones en el tratado de paz ó mayores probabilidades de éxito en el caso de renovarse las hostilidades. «En mediando afan por entrar en campaña, decia al Directorio, nada detiene; ni jamás un rio ha podido ser un obstáculo verdadero desde que la historia nos describe operaciones militares. Si Moreau quiere atravesar el Rin, lo pasará, y si ya lo hubiese ejecutado, nos hallaríamos en estado de dictar imperiosamente las condiciones de la paz y sin asomo de peligro; pero el que teme perder la gloria, por seguro se queda sin ella. Yo pasé los Alpes Julianos y los Alpes Nóricos sobre tres piés de hielo, etc. Si tan solo hubiese mirado por el sosiego del ejército y

mi interés particular, me hubiera detenido despues de traspuesto el Isonzo; me arrebaté á la Alemania para libertar los ejércitos del Rin é imposibilitar al enemigo el tomar la ofensiva. Estoy á las puertas de Viena, y los plenipotenciarios de esta corte engreida y descocada se hallan en mi cuartel jeneral. Parece como si allá los ejércitos del Rin careciesen de sangre en sus venas: si me dejan solo, me volveré á Italia, y la Europa juzgará de la diferencia de conducta en ambos ejércitos.»

El 26 jerminal se entablaron las negociaciones en Leoben, y los preliminares de la paz quedaron firmados el 29. Conversando Bonaparte con los plenipotenciarios austríacos, les dijo: «Vuestro gobierno ha enviado contra mí cuatro ejércitos sin jenerales, y esta vez un jeneral sin ejército.» Y como aquellos encargados demostraban en el encabezamiento del tratado ya estendido, que el emperador reconocia la república francesa: «Borrad, esclamó enardecidamente Napoleon; la existencia de la república es tan visible como la del sol, y un artículo como ese tan solo podria cuadrar para ciegos.»

Habia llegado el punto de tratar de Venecia. Aquella república fué por sí misma en busca del peligro que la estaba amenazando. Su nobleza, unida al Austria que parecia aguardar al abrigo del convenio de Leoben que unos viles matadores villanos acudiesen á su auxilio y la librasen de un vencedor que habia triunfado del valor de sus mas aguerridos soldados; la nobleza de Venecia, repito, unida al clero italiano, sublevó las poblaciones ignorantes situadas á orillas del Adriático, haciendo degollar en



Verona crecido número de Franceses, en la festividad de la Pascua. Los ministros de la relijion olvidando su instituto de paz y caridad, predicaban como furiosos « que era lícito y aun meritorio matar á los jacobinos. »

Acudió al punto Bonaparte para sofocar la revuelta y el asesinato en el Veronesado, tomando venganza de las *Vísperas venecianas.* En la tarde misma de la asonada, dijo á su antiguo condiscípulo Bourrienne, que le acompañaba en clase de secretario privado y que al juntarse con él habia estado espuesto á fenecer de una puñalada: « Sosiégate; esos bribones me la pagarán. *Su república dejará de existir.* » De allí á pocos dias escribió al Directorio, « que el único partido que cabia, era destruir aquel gobierno feroz y sanguinario, y borrar el nombre veneciano de la superficie del globo. »

En vano los majistrados de Brescia, Bérgamo y Cremona formaron sus sumarias, en términos de manifestar empeñadamente que los Franceses habian sido los provocadores de su propia matanza. Bonaparte los desmintió solemnemente en un manifiesto que fué el decreto de muerte para la aristocracia veneciana, y terminado con las disposiciones siguientes:

« El jeneral en jefe requiere al ministro de Francia cerca de la república de Venecia que salga de dicha ciudad; manda á los varios ajentes



de la república veneciana en la Lombardía y Tierra Firme veneciana, que la evacúen dentro de veinte y cuatro horas.

« Manda á los varios jenerales de division que traten como enemigas á las tropas de la república de Venecia, derribando el leon de San Márcos en todas las ciudades de la Tierra Firme. »

Esta órden del dia se ejecutó puntualmente. Despavorido el sumo consejo de Venecia, hizo dimision de su potestad y entregó la soberanía al pueblo, quien cometió á un ayuntamiento el ejercicio de la autoridad. El 16 de mayo la bandera tricolor fué enarbolada en la plaza de San Márcos por el jeneral Baraguay de Hilliers, efectuándose completamente una revolucion democrática en toda la estension de los estados venecianos. Dandolo, abogado de Venecia, uno de los dos sujetos de mérito que Napoleon declaró haber encontrado en Italia, fué colocado, por el favor popular al al frente de este movimiento. El leon de San Márcos y los caballos de Corinto, que sirvieron despues para adornar el arco triunfal del Carrousel, fueron trasladados á Paris.

Mientras que las negociaciones con el Austria se llevaban á cabo, Napoleon supo que Hoche y Moreau habian pasado el Rin. Pocos dias antes el Directorio le habia anunciado que este movimiento no podria verificarse, y cuando la falta de esta poderosa cooperacion le habia determinado á suspender las hostilidades y detenerse á las puertas de Viena, se veia condenado á asistir con la espada envainada por un armisticio á los movimientos militares que en vano habia estado pidiendo y solicitando por espacio de dos meses, cuando podian ayudarle á tremolar la bandera republicana en la capital del Austria. Era evidente que sus triunfos demasiado rápidos habian sobresaltado al Directorio, y que los pentarcas presentian todo un emperador en el guerrero triunfante de Italia. Él mismo confesó en Santa Helena que en efecto despues de la batalla de Lodi, le habia venido al pensamiento que podria muy bien llegar á ser el protagonista en la escena política. « Entónces brotó, decia, la primera chispa de la encumbrada ambicion. »

Los directores, que habian advertido el chispazo, temerosos de que incendiase el edificio republicano cuya cima estaba ocupando, se oponian á sus progresos y su ensalzamiento, llevados de una envidia personal y del instinto suspicaz de la democracia. Veian con pesar que el reconocimiento nacional y el asombro de la Europa propendian á concentrarse en un solo individuo, y no querian proporcionarle medios de estremar el entusiasmo que lo endiosase, entrando triunfalmente en Viena al frente de todos los ejércitos republicanos. Los caló Napoleon, como ellos le habian penetrado; lo que no quitó el que se manifestase descontento en todas sus cartas y conversaciones. Pero el Directorio disimuló los verdaderos móviles de su estraña conducta con tanto mayor motivo, cuanto el jeneral Bonaparte,

comandante del ejército del interior despues de vendimiario, habia ideado y puesto en los archivos de la guerra un plan de campaña que fijaba el término de las hostilidades y la pacificacion en la cumbre del Simering. El mismo habia colocado la valla que ahora estaba deseando embestir. Pero el vencedor del príncipe Cárlos debia tener imprescindiblemente pensamientos mas grandiosos y miras menos comedidas que el arrollador del vecindario de Paris.

Bonaparte se hallaba en una isla del Tagliamento cuando recibió el



correo que le traia la noticia de que Moreau habia pasado el rio. « No cabe retratar, dice Mr. de Bourrienne, la conmocion del jeneral al leer aquel aviso..... Fué tal el trastorno de sus pensamientos, que ideó por un momento traspasar la orilla izquierda del Tagliamento y romper bajo cualquier pretesto... » Decia: « Que diferentes hubieran sido los preliminares en el caso de haberlo sabido. » Cierto es que Napoleon no hubiera manifestado el ánimo pacífico tan patente en su carta al príncipe Cárlos, si hubiese podido contar con la cooperacion de los ejércitos de Alemania. La conquista de Viena le halagaba tanto como la de Roma. La doblez envidiosa y suspicaz del Directorio no le permitió satisfacer entónces su ambicion.

Las negociaciones se iban dilatando, y el jeneral en jefe utilizó el ensanche del armisticio para recorrer la Lombardía y los Estados Venecianos, organizando un gobierno. Para sus intentos necesitaba hombres, y los buscaba en vano. «¡Dios mio, decia, cuán escasos son los sujetos! Cuéntanse en Italia diez y ocho millones, y apenas encuentro entre ellos dos de mérito, Dandolo y Melzi.»

Cansado Bonaparte de las trabas que ponian los jefes de la república á la ejecucion de sus planes, y aburrido de las pausas de los diplomáticos austríacos, habló de orillar el mando del ejército de Italia, é ir tras el retiro y la soledad y luego el reposo que suponia necesitar. No hay duda que esta era solamente una amenaza que no tenia deseos de realizar, pues no conceptuaba que se pudiese prescindir de su desempeño, tras los servicios hechos, de los conocimientos prodijiosos de que habia dado pruebas y de la asombrosa popularidad que se habia granjeado. La noticia de su renuncia le parecia con razon un acontecimiento político harto sonado para comprometer con la nacion al gobierno que la hubiese acarreado con sus injusticias y admitido por esceso de ingratitud y de envidia. Pero todo se redujo á un mero susto, contentándose con quejarse amargamente y desentonarse en su correspondencia de oficio con suma vehemencia y altivez. Despues de haber declarado que, «en vista de la situacion de los negocios, aun las negociaciones con el emperador habian llegado á ser una operacion militar,» lo que le hacia árbitro de la paz y de la guerra y le habilitaba para serlo de la misma república, aparentó saciedad de gloria para convencer á sus apasionados, á sus émulos y competidores, que los intereses de la Francia, y no los suyos, eran los únicos móviles de la fogosa actividad que le estaba arrebatando. «Me he arrojado sobre Viena, dice en una de sus cartas, habiéndome granjeado mas nombradía de la que se requiere para ser feliz, y dejando á la espalda las hermosas llanuras de Italia, como habia hecho al principio de la última campaña, en busca de pan para el ejército que la república ya no podia alimentar.»

Por lo demás acompañó al Directorio en su ruin emulacion y en sus zozobras el desenfreno de la política interior. La reaccion termidoriana habia alentado á los realistas, que acababan de rehacerse en las elecciones de su derrota de vendimiario. Era natural que el partido contra-revolucionario temiese el influjo del jeneral que habia salvado á la república con cincuenta victorias, y cuya nombradía, timbres y existencia se hermanaban con los progresos de la revolucion. Los oradores y publicistas de aquel partido se valieron de la libertad ilimitada de la tribuna y de la imprenta, para fomentar hablillas, y robustecer las sospechas mas injuriosas respecto á la índole y los intentos de Napoleon. El Directorio, á pesar de la lid que estaba encarnizadamente sosteniendo contra los Clichienses, les dejó imprimir y obrar cuanto quisieron contra el héroe de Arcola

y Lodi, cuyo repentino engrandecimiento le lastimaba en gran manera. Imprimióse en periódicos y folletos, y se proclamó en consejos y juntas, que el gobierno de Venecia habia sido víctima de las alevosías y provoca-



ciones encubiertas del jeneral francés, y que todos aquellos asesinatos de que se habia quejado á la faz del mundo y de que habia tomado venganza, habian sido acontecimientos previstos y maquiavélicamente ideados en el cuartel jeneral del ejército republicano. Dumolard, uno de los prohombres realistas, hizo una propuesta en la que introdujo una frase que mentaba espresamente las dudas suscitadas en el consejo de los Ancianos, acerca de las causas y gravedad de las violaciones del derecho de jentes cometidas en Venecia. Sabedor Napoleon de todos estos ataques y malévo-

las insinuaciones, escribió al Directorio en estos términos: «Tenia derecho, despues de haber firmado cinco paces y dado un golpe mortal á la confederacion, sino á triunfos cívicos, al menos para vivir desahogado y bajo la proteccion de los primeros majistrados de la república. En el dia me veo desatendido, perseguido, disfamado por cuantos medios vergonzosos suele usar toda política perseguidora.....

«¿Pues que, hemos sido asesinados por traidores, han fenecido mas de cuatrocientos hombres, y los primeros majistrados de la república le acriminarán el haberlo creido por un momento?

«Ya sé que hay sociedades en las que se dice: *¿y qué, tan pura es esa sangre?....*

«Que lo hubiesen dicho unos villanos, yertos para con la patria y la gloria nacional, no me quejaria, ni hubiera hecho alto; pero tengo derecho para quejarme del envilecimiento en que sumen los primeros majistrados de la república á los que han engrandecido y encumbrado la gloria del nombre francés.

«Os repito, ciudadanos directores, la demanda que os hice de mi renuncia. Necesito vivir á mis anchuras, si los puñales de Clichy me lo consienten.

«Me habeis encargado negociaciones; soy poco á propósito para ellas.»

Poco tiempo antes habia escrito amistosamente á Carnot:

«Recibí vuestra carta, mi querido director, en el campo de batalla de Rívoli. Leí entónces con menosprecio cuanto se dice respecto á mí, pues cada cual me hace prorumpir á medida de sus deseos; y harto me conoceis para poderos figurar que alguien influya en mi ánimo; blasoné en todo tiempo de tantas finezas como os estamos debiendo, con sumo agradecimiento, asi yo como los mios. Hay hombres para quienes el odio es una necesidad, y que no pudiendo trastornar la república, se consuelan sembrando zizaña y discordia á diestro y siniestro. En cuanto á mí, por mucho que digan, ya no me alcanzan: lo único que me interesa es el aprecio de unos cuantos sujetos como vos, y el de mis compañeros y soldados; á veces tambien la opinion de la posteridad, y sobre todo la rectitud de mi conciencia y la prosperidad de mi patria.»

Despues Napoleon se encargó de responder personalmente á las calumnias de la faccion clichiense, respecto á Venecia, haciendo circular al efecto en el ejército, bajo un anónimo, una nota que iba refutando todas las patrañas de los realistas y ponia muy en claro la verdad con todos sus derechos.

Queda ya advertida la ninguna sinceridad de su renuncia; mas en cuanto á la modestia con que se profesaba inhábil para tareas diplomáticas, se conceptuará el alcance de aquella manifestacion con la anécdota siguien-

te, relativa á las negociaciones de Campo-Formio, y que él mismo refirió en Santa Helena.

Mr. de Cobentzel, decia, era el prohombre de la monarquía austríaca, el alma de sus intentos y el móvil de su diplomacia. Habia desempeñado las primeras embajadas de Europa y vivido mucho tiempo junto á Catalina, cuyo aprecio particular se habia granjeado. Engreido con su jerarquía y su trascendencia, no dudaba que el señorío de sus modales y su práctica en las cortes arrollarian desde luego á un jeneral labrado en los campamentos revolucionarios; así recibió al jeneral francés con cierta liviandad; pero bastaron el ademan y las primeras palabras de este para arrinconarlo en su lugar, del cual no trató de salir en lo sucesivo.—Las primeras conferencias, añade Mr. de Las Cazes, iban con suma pausa, pues Mr. de Cobentzel, segun costumbre del gabinete austríaco, se mostró muy ducho en ir dilatando los puntos; pero el jeneral francés resolvió dar un corte. La conferencia, que habia resuelto fuese la última, llegó; y quedando desairado en sus propuestas, se levantó furioso voceando briosamente: Ya que quereis la guerra, la tendréis, y asiendo una magnífica jarra de porcelana que Mr. de Cobentzel complacido repetia sin cesar que era regalo de la gran Catalina, la arrojó al suelo con toda su fuerza, donde se estrelló en mil pedazos. Lo veis, esclamó otra vez, pues bien, antes de tres meses yo os prometo que la monarquía austríaca va á quedar en el mismo estado. Y se salió arrebatadamente de la sala. Mr. de Cobentzel se quedó estático, decia el emperador; pero Mr. de Gallo, su se-



gundo y mucho mas conciliador, acompañó al jeneral francés hasta su coche, procurando detenerle, «haciéndome rendidos acatamientos, añadia el emperador, con unos ademanes tan estrambóticos, que á pesar de mis iras estudiadas, no podia interiormente contener la risa.»

Este rumbo de negociar, que al parecer abonaba cuanto Napoleon habia dicho acerca de su atraso en punto á diplomacia, no dejó sin embargo de conseguir el objeto que se habia prometido, pues en tal coyuntura tenia el enojo visos de maña y sabiduría; como que se hacia forzoso zanjar aquellas pausas premeditadas y los vaivenes alevosos del gabinete austríaco; y Napoleon lo vino á lograr estrellando el agasajo primoroso de Catalina. Su disparo fué mas provechoso en aquel trance para los intereses de la Francia de lo que pudiera serlo la política de un palaciego redomado. Pudo arrebatarse á tiempo, y cabe el decir que si quebrantó la etiqueta y los estilos corrientes, fué para merecer bien de su pais y de la humanidad acelerando el ajuste.

Pero mientras Napoleon se enojaba en Italia de las interminables demoras en las conferencias diplomáticas, de la inaccion que le habia impuesto la voluntad aviesa del Directorio, y de los insultos que le asestaban las facciones del interior de todos los puntos de la Europa, por medio de los emigrados y de los corresponsales asalariados, el Directorio se vió amenazado en su existencia por la mayoría realista de los dos consejos, al acercarse el 18 de fructidor.

El ejército de Italia, que habia vencido en tantas batallas bajo la bandera republicana, y el jefe esclarecido que lo habia conducido á la carrera de victoria en victoria, no podian menos de embargar la atencion de ambos partidos, las zozobras del uno y las esperanzas del otro. Napoleon, poco antes calumniado con rebozo ó sin él por los Clichienses y el Directorio, se vió de repente apetecido y galanteado por todas partes. Francisco Ducoudray, uno de los oradores predominantes de la mayoría monárquica, no escaseó dar el dictado de héroe al metrallador del 13 vendimiario, diciéndole «que habia descollado en su desempeño de negociador, despues de haber igualado en ocho meses á los prohombres del arte militar.» Pero estos elojios interesados de un hombre mañero no podian encubrir el odio que abrigaba y vertia su partido en los diarios y juntas contra el jeneral en jefe del ejército de Italia. Aubry, antiguo enemigo de Bonaparte, era uno de los prohombres en la reunion de Clichy. Sostenido por algunos oradores furibundos, pedia á gritos la deposicion y arresto de Napoleon, lo cual era bastante para que este no debiese titubear entre el Directorio y los consejos. Pero Napoleon despreciaba al Directorio, en cuyo interior tan solo habia un sujeto, cuyo carácter apreciable y cuyos servicios y capacidad conocia, y este era Carnot, que se habia separado de la mayoría directorial por escrúpulos constitucionales, repugnándole repeler

los ataques de los realistas con una arbitrariedad. Sin embargo, á impulsos de sus antecedentes, recuerdos y previsiones, prevaleció su menosprecio de Barras y su inclinacion á Carnot.

Estuvo decidido por un momento á marchar sobre Paris, atravesando Leon al frente de veinte y cinco mil hombres, y realizara este intento, si la probabilidad del triunfo en la capital quedara á favor de los Clichienses, y lo que ante todo le decidió á poner su poderosa espada del lado de los directores contra la mayoría de los consejos, fué el descubrimiento de la traicion de Pichegrú que encabezaba aquella mayoría, y cuya criminal intelijencia con el estranjero se descubrió con la detencion y reconocimiento de los papeles del célebre conde Antraigues, maquinador realista, sorprendido y preso en los estados de Venecia, puesto en libertad bajo su palabra en Milan, y que se fugó á Suiza, donde publicó un libelo infame contra Napoleon, á quien no tenia mas que motivos para alabar.

La indignacion de Bonaparte contra el partido estranjero se manifestó en la esposicion que envió en nombre del ejército de Italia para arredrar á los consejos y desahogar al Directorio. «¿Acaso, hizo decir á sus compañeros de armas, el camino de Paris ofrece mas obstáculos que el de Viena? No; los republicanos fieles á la libertad nos lo franquearán, reunidos la defenderémos, y nuestros enemigos dejarán de existir.

«Unos hombres, tiznados con su afrenta, ansiosos de venganzas, ahitos de maldades, se azoran y conspiran en medio de Paris, cuando nosotros hemos triunfado á las puertas de Viena..... Vosotros que habeis hecho patrimonio de los defensores de la república el menosprecio, el baldon, los ultrajes y la muerte, ¡temblad! desde el Adijio al Rin y al Sena no hay mas que un paso; ¡temblad! vuestras iniquidades están contadas, y la recompensa reluce en la punta de nuestras bayonetas.»

Napoleon escojió para llevar esta esposicion á Augereau, el mas capaz entre sus tenientes de aspirar al primer papel y hacer olvidar al jeneral en jefe por su consistencia personal en medio de las circunstancias que se preparaban. En cuanto al dinero que Barras habia pedido por medio de su secretario Bottot para el buen éxito del *dia* premeditado, Napoleon se contentó con prometerlo y no lo envió nunca. Por lo demás despachó á Paris á su edecan Lavallette, contando con su celo y perspicacia para saberlo todo y obrar segun lo exijiesen los acontecimientos.

La intimidad de Bonaparte con Desaix empezó por entónces. Desaix, empleado en el ejército del Rin, seguia de lejos con asombro los triunfos del jeneral en jefe del ejército de Italia. Valióse del ensanche que le franqueaba el armisticio de Leoben para admirar mas de cerca al sumo capitan. Estos dos hombres se calaron y se prendaron al verse, y en una de sus conversaciones, habiendo querido confiar Napoleon á su nuevo amigo el arcano de la traicion de Pichegrú: «Hace tres meses que la sabíamos en

el Rin, respondió Desaix. Un furgon cojido al jeneral Klinglin puso en nuestro poder la correspondencia de Pichegrú con los enemigos de la república. — ¿ Pero Moreau no ha dado parte al Directorio ? — No. — Es pues un criminal; cuando media la pérdida de la patria, el silencio es una complicidad. » Despues del 18 de fructidor, cuando Pichegrú recibió el golpe del estrañamiento, Moreau le denunció ignominiosamente. « Con no hablar antes, dijo Napoleon, hizo traicion á la patria; con hablar tan tarde, ha rematado la suerte de un desgraciado. »

Bonaparte supo con sumo gozo la derrota y proscripcion de los Clichienses, que Augereau le participó en estos términos: « Al fin, mi jeneral, se cumplió mi encargo, y las promesas del ejército de Italia han quedado satisfechas esta noche. »

Pero el Directorio, libre ya de los realistas, volvió á su envidia encubierta y tenaz contra Napoleon. Aunque conociese muy bien el modo de pensar del jeneral respecto al 18 fructidor, despues de los pliegos que habia recibido, reclamando todos el golpe de arbitrariedad con una enerjía que rayaba en violencia, hizo correr la voz en Paris para que cundiese hasta el ejército que la opinion de Bonaparte acerca de aquel suceso



era dudosa; y para dar mas peso á esta sospecha, encargó á Augereau que remitiese él mismo á todos los jenerales de division la circular que solo el jeneral en jefe hubiera debido naturalmente enviarles. Avisado Napoleon de todos estos amaños, manifestó desde luego su descontento y su indignacion.

«Es constante, escribia al Directorio, que el gobierno obra conmigo como procedió con Pichegrú despues de vendimiario del año IV.

«Os pido que mandeis quien me reemplace y admitais mi renuncia. Ningun poder en la tierra seria capaz de hacer que siga sirviendo, despues de esta horrible prueba de la ingratitud del gobierno, que estaba muy ajeno de presumir. Mi salud, en estremo menoscabada, está pidiendo desahogo y sosiego.

«La situacion de mi alma necesita igualmente reentonarse entre el bullicio de los ciudadanos. Demasiado tiempo hace que tengo en mis manos una potestad grandiosa, de la cual me he valido á todo trance para el bien de la patria; allá se las hayan los que descrean la virtud y hayan maliciado contra la mia. Mi galardon se cifra en mi conciencia y en el juicio de la posteridad.....

«Creed que si hubiera un momento de peligro, me hallariais en primera fila para defender la libertad y la constitucion del año III.»

El Directorio, que no se conceptuaba con fuerzas para sostener una competencia directa y patente con el guerrero esclarecido, siguió disimulando; se esmeró en redoblarle esplicaciones para desenconarlo, y le dijo: «Temed que los conspiradores realistas, en el momento en que quizá estaban envenenando á Hoche, no hayan tratado de introducir en vuestro ánimo sinsabores y desconfianzas, capaces de privar á vuestra patria de los conatos de todo ese númen.»

Bonaparte no estaba tan desabrido con el mando en jefe como queria aparentar; así finjió aceptar las esplicaciones lisonjeras que le daban, y se puso en correspondencia particular con individuos y ministros del Directorio, acerca de las eventualidades de la guerra, las condiciones de la paz y las cuestiones mas recónditas de la política jeneral. Conjurados momentáneamente los peligros de la república en el esterior é interior, se inclinaba á la moderacion y á la clemencia. «La suerte de la Europa, escribió á Francisco Neufchateau, depende de la union, la sabiduría y la pujanza del gobierno. Queda una corta parte de la nacion que es preciso cautivar por medio de un buen gobierno..... Un decreto del Directorio ejecutivo derroca los tronos; haced de modo que algunos escritores asalariados ó algunos ambiciosos fanáticos, encubiertos con toda clase de máscaras, no nos vuelvan á sumir en el torrente revolucionario.»

Por entónces fué cuando un sujeto afamado desde la asamblea constituyente, y cuya nombradía fué despues siempre en aumento por una acti-

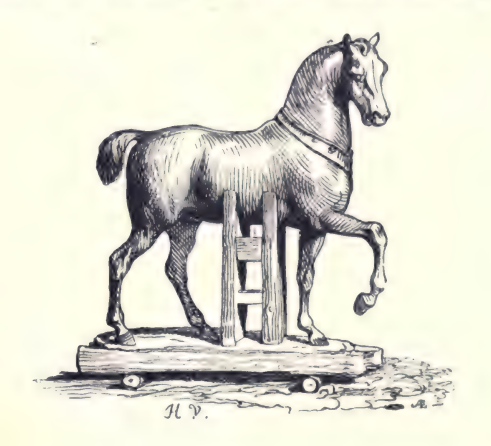
va participacion al establecimiento y al vuelco de todos los mandos que fueron mas y mas arrebatando á la Francia de reaccion en reaccion hasta su situacion actual; por entónces, repito, fué cuando Talleyrand, siempre pronto á saludar al sol saliente, procuró entablar relaciones seguidas y confidenciales con Bonaparte. Escribióle varias cartas sobre el 18 fructidor, espresándose en todas con la vehemencia de un fogoso revolucionario. Curioso es ver al hombre que contribuyó tan eficazmente en lo sucesivo para entronizar ambas ramas de la casa de Borbon, y cuyo último afecto político fué definitivamente adquirido, al menos en apariencia, á la dinastía reinante; curioso es verle anunciar con entusiasmo á su emperador venidero, al ídolo que habia de ensalzar y estrellar, *que una muerte pronta se habia sentenciado contra cuantos recordasen el trono, la constitucion del año 93 ó á Orleans.*

Napoleon recibió estas proposiciones del jefe de la faccion, llamada entónces los *constitucionales* y los *diplomáticos*, como hombre solícito de ir poniendo andamios y preparar instrumentos para la suma ambicion que ocultaba en su pecho. Se hacia cargo de que no habia llegado la hora, pero que llegaria, y procuraba ir juntando sujetos para moverlos á su albedrío cuando las circunstancias lo rodeasen. Cabe conceptuar, en vista de la anarquía que reinaba en Francia, antes y despues del 18 de fructidor, del poco aprecio de los depositarios de la potestad, de la maldad de los unos y la torpeza de los otros, que Napoleon fué harto reservado y encojido y no abarcó el influjo de su nombradía y el cansancio de los partidos, cejando ante el golpe de estado que tenia premeditado, y ejecutó posteriormente con tanto éxito. Pero le pareció que era preciso engrandecer mas y mas todavía su fama con nuevos portentos, dejando aumentar en la masa de la nacion el disgusto á las tormentas de la democracia. Acaso entónces ideó la espedicion de Ejipto, lo que muchos han pensado despues de haber leido la proclama que envió, el 16 de setiembre de 1797, á los marinos de la escuadra del almirante Brueix, y en la que, al celebrar el triunfo del Directorio sobre *los traidores y emigrados que se habian apoderado de la tribuna nacional*, dice á aquellos valientes: « Sin vosotros no podemos llevar la gloria del nombre francés sino á un estrecho rincon de la Europa; con vosotros cruzarémos los mares y llevarémos el estandarte de la república á las mas remotas rejiones. »

Para realizar este grandiosísimo intento, se hacia forzoso ajustar primeramente la paz en Europa. El Austria, cuyas esperanzas fundadas en una revolucion interior en Francia se habian desvanecido el 18 de fructidor, no tenia ya los mismos motivos para ir entorpeciendo las negociaciones; pero el Directorio, engreido con su victoria sobre los realistas aliados del emperador, manifestaba ímpetus belicosos. « No hay que guardar miramientos con el Austria, escribió á Bonaparte; su doblez y su inteli-

jencia con los conspiradores del interior son manifiestas. » Estas órdenes belicosas no cuadraban con las miras del jeneral en jefe. La aproximacion del invierno le decidió á ajustar la paz. « Se necesita mas de un mes, dijo á su secretario, para que los ejércitos del Rin me apoyen, si es que se hallan en estado de hacerlo, y dentro de quince dias los caminos y pasos estarán cubiertos de nieve. Es asunto concluido, hago la paz. Venecia pagará los gastos de la guerra y el límite del Rin. Digan cuanto quieran el Directorio y los letrados. »

Con efecto, se firmó la paz en Campo-Formio el 26 de vendimiario, año VI (17 de octubre de 1797). Una de las primeras condiciones del tratado que Napoleon requirió tenazmente, fué la libertad de los prisioneros de Olmutz, Lafayette, Latour-Maubourg y Bureau de Pusy. Justo es decir que obraba entónces con arreglo á las instrucciones del Directorio.





CAPITULO VI.

Viaje a Rastadt. Vuelta á Paris. Partida para el Ejipto.



LIBRE ya Napoleon de la guerra y de las negociaciones en las fronteras del Austria, anduvo visitando sus conquistas, y con especialidad la Lombardía, que le recibió con aplausos de libertador. Vitoreado universalmente por donde quiera, le llegó una providencia del Directorio para trasladarse á Rastadt, y presidir allí la legacion francesa. En su tránsito seguia caminando en alas de miles y miles de aclamaciones estre-

madas, por toda la Suiza hasta Basilea. Antes de salir de Milan envió, por Joubert, al Directorio LA BANDERA DEL EJÉRCITO DE ITALIA, donde campeaban por una cara el resúmen de todas las acciones portentosas que habia desempeñado aquel ejército; y por otra estas palabras: AL EJÉRCITO DE ITALIA LA PATRIA RECONOCIDA. A su paso por Mantua habia mandado celebrar unos funerales en honor de Hoche, que acababa de fallecer, y habia activado la conclusion de un monumento dedicado á la memoria de Virjilio.

Entre los aclamadores ansiosos que le salieron al encuentro en aquella temporada, se cuenta un observador despejado, cuyas reflexiones enviadas á Paris se publicaron en un periódico por diciembre de 1797. Decian asi: « He visto con entrañable interés y suma atencion aquel varon estraordinario, ejecutador de heroicidades, que deja pendiente su carrera. Lo hallo muy parecido á su retrato, pequeño, flaco, macilento, con un esterior atropellado, pero no enfermizo como algunos han dicho. Lo he conceptuado distraido, y como ensimesmado y ajeno de cuantos obsequios se le estaban tributando. Su fisonomia es de suyo aguda, y al par de cavilosa, sumamente reservada. No cabe desentenderse de los pensamientos que está abarcando aquella cabeza y aquel espíritu,arrollador tal vez de la Europa entera. »



Al atravesar la llanura de Morat, en la que los Suizos esterminaron el ejército de Cárlos el Temerario en 1456, Lannes dijo que los Franceses de ahora peleaban mucho mejor. « En aquel tiempo, interrumpió Napoleon disparadamente, los Borgoñones no eran Franceses. »

Cuando Napoleon llegó á Rastadt, conoció pronto que su nuevo empleo por ningun título le cuadraba; y tan solo en Paris, en el centro del movimiento político ó al frente de su ejército, podia hallar en adelante hombre tan portentoso su lugar competente. Mas no tuvo para qué solicitar su regreso á la capital, pues pronto le llamó á ella una carta del Directorio. Mr. de Bourrienne, su secretario, que no sabia aun que estaba borrado de la lista de los emigrados, temia acompañarle y queria quedarse en Alemania. « Venid, le dijo Bonaparte, pasad el Rin sin zozobra; no os apartarán de mi lado; yo me constituyo responsable. »

El recibimiento de Napoleon en Paris fué tal cual lo debia esperar de la aceptacion universal que le habian granjeado sus hazañas. El Directorio, encabezando el reconocimiento nacional, disimuló su envidia y sobresalto disponiendo un agasajo esplendoroso al conquistador de Italia, en el recinto del Luxemburgo. Talleyrand, que presentó el héroe á los directores, pronunció con este motivo un discurso rebosando de ardiente y acendrado republicanismo: « Quizá se estrañará, dijo, este mi conato en rasguear y tal vez menoscabar la nombradía de Bonaparte, quien no se dará por ofendido. Debo decirlo, temí un momento contra él allá un desasosiego receloso que asoma en una república bisoña que se sobresalta con cuanto amaga al parecer á la igualdad; pero me engañé; la grandeza personal, lejos de menoscabar la igualdad, es su mas esclarecido triunfo; y en este dia, los republicanos franceses deben conceptuarse mas encumbrados. »

Napoleon respondió, dando por primera vez el dictado de GRANDE á la nacion francesa, y se espresó en estos términos:

« Ciudadanos directores:

« El pueblo francés, para ser libre, tenia que pelear contra los reyes.

« Para conseguir una constitucion fundada en la razon, tenia que arrollar las preocupaciones de diez y ocho siglos.

« Triunfasteis de todos estos obstáculos con la constitucion del año III.

« La relijion, el feudalismo y los reyes han ido sucesivamente avasallando la Europa durante veinte siglos; pero la paz que acabais de firmar deslinda la era de los gobiernos representativos.

« Habeis conseguido organizar la GRANDE NACION, cuyo territorio solo está zanjado porque la misma naturaleza fijó sus límites.

« Aun habeis hecho mas.

«Las dos partes preferentes de la Europa, antiguamente tan esclarecidas por sus ciencias, artes y prohombres, viven esperanzadas de ver el númen de la libertad remontarse del sepulcro de sus antepasados.

«Me cabe el honor de remitiros el tratado firmado en Campo-Formio y ratificado por S. M. el emperador.

«Cuando la felicidad del pueblo francés estribe por fin en mejores leyes orgánicas, toda la Europa quedará libre.»

Harto modesto se mostraba el negociador de Paseriano, traspasando así al Directorio el blason de haber ajustado la paz. Pero requeria la política aquel acatamiento ceremonioso, y los favorecidos le dieron igual crédito que el mismo favorecedor. Desde aquel punto encumbróse en realidad Napoleon á lo sumo de la diplomacía europea, en lugar del gobierno de la república. Cifraba en sí el estado entero y trasladaba á la Francia el ademan y lenguaje que su grandiosa ambicion y sus alcances trascendentales, y no las instrucciones del Directorio, le patentizaban como los mas dignos del GRAN PUEBLO y los mas favorables á las miras ulteriores del hombre grande. Desde su entrada en Italia,y sobre todo desde LODI, se habia dedicado á ir apeando la política francesa del carácter feroz que necesariamente le infundiera la terrible lucha de 93. No queria conquistar una paz gloriosa para su pais y una inmensa nombradía para sí, bajo la capa de una democracia desaforada é implacable. Parecióle que habia llegado la época de amansar el fanatismo revolucionario, cuya necesidad habia comprendido en otro tiempo y cuyas inspiraciones le habian arrebatado. En las negociaciones con el rey de Cerdeña, el papa y el emperador, se mostró avenible y revestido de aquel espíritu de conciliacion y tolerancia que deslinda á los sujetos sensatos; pero en el tratado de Campo Formio sobre todo se esmeró en manifestar á los reyes de Europa la república francesa como un enemigo jeneroso que no profesaba enconos ciegos, y cuyos principios y consejos nada tendrian en lo sucesivo que pudiese amenazar á los gobiernos estranjeros. Él mismo lo declaró en Santa Helena, diciendo: «Los principios que debian rejir á la república habian quedado en planta desde Campo-Formio, pero el Directorio no tuvo parte en ellos.» Y tal era el poderío que estaba ejerciendo aquel individuo, que el Directorio, cuya autoridad suprema habia desconocido y cuyas funciones habia usurpado, no se atrevió á residenciarle por sus menosprecios y su osadía, y antes bien le halagó solemnemente por boca de su presidente con un cúmulo pomposo de lisonjas. «La naturaleza, avarienta en sus prodijios, dijo Barras en la contestacion al jeneral, solo franquea varones eminentes á la tierra de tarde en tarde, pero quiso esclarecer la aurora de la libertad con uno de aquellos fenómenos, y la sublime revolucion del pueblo francés, nueva en la historia de las naciones, tenia que presentar un númen nunca visto en la historia de los hombres preeminentes.» Esta adulacion

que el influjo de la opinion pública arrancaba á la envidia, está demostrando el encumbramiento en que se hallaba Napoleon, siendo de notar que el caudillo del gobierno republicano se conceptuase precisado á hablar á un mero jeneral y súbdito suyo, como le habló despues en el mismo lugar el presidente de su senado ó el principal de sus rendidos.

Los Parisienses aparentaron trascordarse de que el vencedor de Arcola habia sido el metrallador de vendimiario. Do quiera se presentaba, le iban asaltando torrentes de aclamaciones, y en asistiendo al teatro, el auditorio lo vitoreaba con estruendosa gritería. Estas demostraciones, tan lisonjeras para su amor propio, parecian sin embargo serle ya incómodas, y prorumpió en una ocasion: «No vengo al teatro, á saber que los palcos estaban tan patentes.» Deseando ver una ópera cómica muy celebrada, en la que cantaban madama de Saint-Aubin y Elleviou, pidió su representa-



cion bajo la fórmula comedida de: «Si fuese dable.» Y el empresario contestó agudamente que no se daban imposibles para el vencedor de Italia, que hacia tiempo tenia borrada esta voz del diccionario.

A pesar del ansia universal que iba en su alcance, Napoleon, sin dejarse embriagar por tantísima humareda de incienso, y haciéndose atinadamente cargo de su situacion, temió que con tan dilatada inaccion fuese á menos el recuerdo de sus antiguos servicios y entibiase el acaloramiento de sus secuaces. «En Paris, decia él, nada se tiene presente, y si paso mucho tiempo sin hacer nada, estoy perdido. En esta gran Babilonia una nombradía desbanca á otra, y cuando me hayan visto tres veces en el teatro, ya no harán caso de mí, por lo cual me escasearé por allá. Despues repetia el dicho de Cromwell, cuando le llamaban la atencion al entusiasmo que movia su presencia: «¡Y qué! ¿si yo fuese al cadalso, el pueblo no correria tras mí con igual afan?» Rehusó una representacion de aparato que le ofreció la empresa de la ópera, y desde entónces asistió al teatro en palco cubierto.

Sobrevinieron á la sazon varias conspiraciones contra su persona. Una mujer le hizo avisar que trataban de envenenarle: el individuo que fué á dar el aviso quedó arrestado, y el juez de paz del distrito le hizo declarar la casa de la mujer que lo habia enviado. Hallaron á esta desventurada nadando en su sangre; los asesinos, noticiosos de que habia sabido y delatado sus viles intentos, trataron de librarse de su testimonio con un nuevo atentado.



Bonaparte, retraido del Directorio, apeteció entrar en el Instituto, aunque su afan se encaminase á otros objetos que los científicos ó literarios. Fué admitido en reemplazo de Carnot, fallecido el 18 de fructidor, formando parte de la clase de ciencias y artes. La carta que escribió al presidente Camus merece citarse por entero.

« Ciudadano presidente:

« El voto de los sujetos de suposicion que componen el Instituto me favorece.

« Estoy muy hecho cargo de que antes de ser su igual, seré mucho tiempo su discípulo.

« Si hubiese un modo mas espresivo de darles á conocer el aprecio que me están mereciendo, lo usaria.

« Las conquistas verdaderas hechas contra la ignorancia son las únicas que no redundan en quebrantos. Coadyuvar á la estension del alcance humano es la tarea mas honorífica y provechosa para las naciones.

« El poderío verdadero de la república francesa debe cifrarse para lo sucesivo en no consentir que asome un solo concepto nuevo que no sea suyo.

BONAPARTE. »

Asombroso era este lenguaje en boca de un hombre que habia llegado á la cumbre de la gloria por medio de afanes puramente militares, pero Napoleon queria manifestar que no le alucinaban la suerte ni las preocupaciones de su profesion. Para encumbrarse allá hasta la altura que su númen ambicioso habia divisado y hácia la cual asestaba sus pensamientos con desalada perseverancia, necesitaba manifestar en sí mas que un grande capitan engreido con sus triunfos y propenso á apreciar únicamente el arte de la guerra, la ciencia y el valor de los campamentos. Importábale que la gran nacion dueña del orbe sobre la que aspiraba á reinar, se acostumbrase á mirarle como al mas capaz de defenderla con las armas, y tambien de sublimar siempre sus alcances intelectuales y el ejercicio del patrocinio universal que estaba ejerciendo, así por su superioridad moral, como por su preponderancia militar.

¿Pero habia llegado el trance de patentizar pretensiones encubiertas que albergaba desde la campaña de Italia? Napoleon no lo creyó, y desde entónces debió pensar en salir pronto de la ociosidad que podia comprometer, si no dar al través con su grandiosa nombradía.

Acordó pues pasar á Ejipto, á lo cual consintió el Directorio, porque su prevision menguada y que solo comprendia los trances del dia siguiente, le hacia desear la ausencia del ilustre guerrero, sin reflexionar que nuevos triunfos deslumbrarian mas y mas á la nacion, y por consiguiente acrecentarian la popularidad que tanto temian. Bonaparte, que ideara el

plan, preparó por sí solo su ejecucion, y se encargó de organizar todo el ejército espedicionario. Tambien formó y elijió las diferentes comisiones de sabios y artistas que debian acompañar á nuestras tropas, para que los triunfos de nuestras armas sirviesen á los progresos de la civilizacion. Cuando le preguntaron si permaneceria mucho tiempo en Ejipto, respondió: « Estaré pocos meses ó seis años; todo depende de los acontecimientos. » Llevó consigo una biblioteca de campaña, compuesta de tomos en 18°. que trataban de ciencias y artes, jeografía y viajes, historia, poesía, novelas y política. En su catálogo se hallaban Plutarco, Polibio, Tucídides, Tito Livio, Tácito, Raynal, Voltaire, Federico II, Homero, el Taso, Osian, Virjilio, Fenelon, La Fontaine, Rousseau, Marmontel, Le Sage, Goethe, el Antiguo Testamento, el Nuevo, el Alcoran, el Vedan, el Espíritu de las Leyes y la Mitolojía.

Una desavenencia de Bernadotte con el gabinete austríaco, á causa de la bandera tricolor que el embajador francés habia enarbolado en su casa y que la plebe de Viena habia insultado, faltó poco para que detuviese á Bonaparte en Europa la víspera de su marcha de Paris. El Directorio queria tomar venganza de este ultraje á costa de una nueva guerra que hubiera capitaneado el vencedor de Italia; pero este, que veia desbaratadas sus miras con este nuevo desvío, observó « que á la política tocaba avasallar los incidentes, y no á los incidentes gobernar la política. » El Directorio tuvo que ceder á un reparo tan atinado, y Napoleon se encaminó á Tolon.

Llegado el 18 de mayo de 1799 á aquella ciudad, cuna de su fama y gloria, supo que la lejislacion violentísima, ocasionada por los emigrados contra ella, y restablecida en 18 de fructidor, estaba todavía causando amargo duelo á la 9ª. division militar. No cabiéndole promulgar órdenes como jeneral en un pais que no estaba bajo su mando, escribió como individuo del Instituto nacional á las comisiones militares del Mediodía, para exhortarlas á que se asesorasen para sus fallos con la clemencia y la humanidad. « He sabido muy á mi pesar, les dijo, que han sido ejecutados como reos de emigracion, ancianos de setenta y ochenta años, desdichadas mujeres embarazadas, madres de niños tiernos.

« ¿ Acaso los soldados de la libertad se han trasformado en verdugos ?

« ¿ Falleció por ventura en sus corazones la compasion que llevaron en medio de los combates?

« La ley del 18 de fructidor fué una providencia de salvamento jeneral. Su mente fué atajar á los conspiradores, desentendiéndose de míseras mujeres cuitadas y de ancianos caducos.

« Os exhorto, pues, ciudadanos, á que declareis, cuantas veces la ley haga comparecer ante vuestro tribunal mujeres ó ancianos de mas de se-

senta años, que en medio de las refriegas habeis respetado las mujeres y los ancianos de vuestros enemigos.

« El militar que firma una sentencia contra una persona inhábil para el manejo de las armas es un cobarde. »

Este jeneroso paso salvó la vida á un anciano emigrado á quien la comision tolonesa habia condenado á muerte. Precioso se hace este rasgo en un guerrero acostumbrado á derramar sangre humana en los campos de batalla, recomendando á sus compañeros que respeten la humanidad en la flaqueza ya postrada de la vejez y de las mujeres; asombroso se hace el presenciarle encareciendo á sus guerreros aquella prenda con el sumo ahinco de su propia humanidad. Reina en aquella carta de Bonaparte, individuo del Instituto, á las comisiones militares del Mediodía, un impulso de subordinacion necesaria de la espada al pensamiento en la gran carrera del progreso social.

Dispuesto ya todo para el embarque y cercana la partida, Napoleon dirijió á su ejército la arenga siguiente:



« Oficiales y soldados :

« Hace dos años que vine á mandaros : en aquella época os hallabais por la ribera de Jénova en sumo desamparo, faltos de todo y habiendo sacrificado hasta vuestros relojes para vuestra recíproca subsistencia; os prometí poner un término á vuestras desdichas, os conduje á Italia y allí se os concedió todo... Decid, ¿no he cumplido mi palabra?» Los soldados respondieron que sí con vocería jeneral.

Napoleon prosiguió :

« Quedo enterado, pero sabed que aun no habeis hecho bastante por la patria, y que ella tampoco ha hecho todavía lo suficiente por vosotros.

« Voy á llevaros ahora á un pais, en el que vuestras hazañas venideras van á sobrecojer mas y mas á vuestros aclamadores, y en donde haréis á la patria servicios tan sumos cuales tiene derecho á esperar de un ejército de invencibles.

« Prometo á cada soldado que, al volver de esta espedicion, se le dará con que comprar seis aranzadas de terreno.

« Vais á correr nuevos peligros que participaréis con vuestros hermanos los marinos. Hasta ahora esta arma no se ha hecho temible á nuestros enemigos; sus hazañas no han igualado las vuestras; les han faltado ocasiones; pero el valor de los marinos es igual al vuestro; su voluntad es triunfar, y tambien lo conseguirán.

« Comunicadles esa esperanza invencible que os hizo en todas partes victoriosos; apoyad sus conatos; vivid á bordo en aquella buena intelijencia tan jenial entre los hombres animosos de corazon y adictos al éxito de la misma causa; se han granjeado, al par de vosotros, derechos al reconocimiento nacional en el arte tan arduo de la náutica.

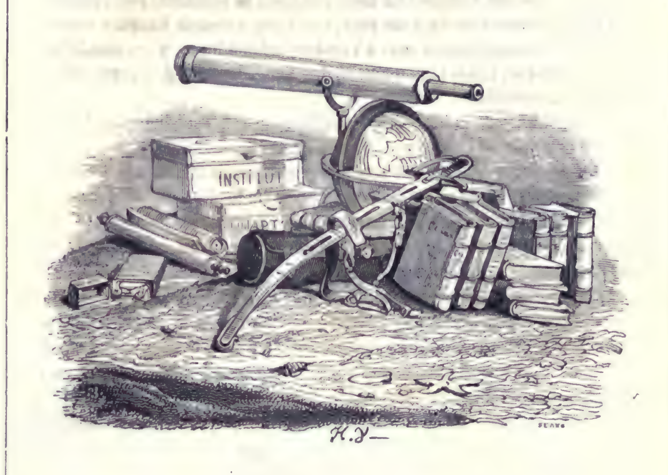
« Acostumbraos á las maniobras de abordo; sed el terror de vuestros

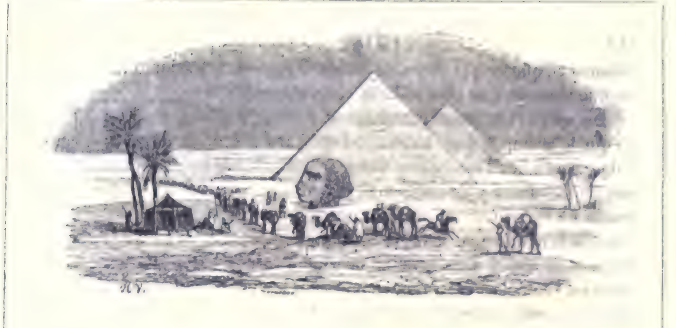


enemigos de mar y tierra, imitando así á los soldados romanos que supieron por igual derrotar á Cartago en las llanuras y á los Cartajineses en sus armadas. »

El ejército respondió con aclamaciones de « ¡ Viva la república! »

Josefina habia acompañado á su marido hasta Tolon. Bonaparte la amaba con estremo, y así fué muy entrañable su despedida, pues podian temer que su separacion fuese eterna, al pensar en los riesgos á que iba á esponerse el jeneral. La escuadra dió á la vela en 19 de mayo.





CAPITULO VII.

Conquista de Ejipto.

ESTANDO ya la escuadra dispuesta para salir a la mar, tomó el rumbo de Malta. Una tarde que navegaba por el mar de Sicilia, el secretario del jeneral en jefe creyó divisar, al ponerse el sol, la cumbre de los Alpes. Comunicó su descubrimiento a Bonaparte, quien le respondió con un jesto de incredulidad. Pero el almirante Brueyx habiendo tomado su anteojo, declaró que Bourrienne tenia razon. Entónces Bonaparte esclamó: «¡Qué! los Alpes!» y al cabo de un rato de permanecer allá pensativo, añadió: «No, no puedo ver el suelo de Italia sin conmoverme. Allá está el Oriente y allá me encamino. Una empresa aventurada me llama. Aquellos montes dominan las

llanuras en que tuve la dicha de conducir en tantas ocasiones los Franceses á la victoria. Con ellos todavía venceremos.»

Durante la travesía se entretenia en conversar con los sabios y jenerales que le acompañaban, hablando á cada uno del objeto de su inclinacion y de sus estudios. Trataba con Monge y Berthollet de las ciencias exactas, y aun de metafísica y de política. El jeneral Cafarelli Dufalga, á quien profesaba un aprecio afectuoso, le proporcionaba tambien distracciones diarias con la agudeza de sus aprensiones y la amenidad de su conversacion. Despues de comer solia suscitar cuestiones arduas sobre las mas graves materias, complaciéndose en estimular á los interlocutores unos contra otros, ora para aprender á justipreciarlos, ora para adquirir instruccion,



dando siempre la preferencia al mas capaz y al que sostenia con mas injenio lo paradojista y disparatado. Estas discusiones no tenian por consiguiente para él mas que un valor de ejercicio mutuo ú de jimnástica intelectual. Gustábale tambien sacar á luz el doble problema de la edad del mundo y de su destruccion probable. Su imajinacion y su pensamiento no se hallaban á gusto sino con datos grandiosos ó sublimes.

Al cabo de una navegacion bonancible de veinte dias, la escuadra francesa se presentó el 10 de junio delante de Malta, que se dejó ocupar sin resistencia, lo cual dió motivo á que Cafarelli dijese á Bonaparte despues de haber visitado las fortificaciones: «A fe mia, jeneral, que hemos tenido suerte en que hubiese alguien dentro en la ciudad para abrirnos las puertas.» Empero Napoleon negó en Santa Helena que debiese es-

la conquista á intelijencias particulares. «En Mantua fué, dijo, donde tomé á Malta; mi procedimiento caballeroso con Wurmser me valió la sumision del gran maestre y los caballeros.» Mr. de Bourrienne asegura al contrario que estos fueron vendidos.

Como quiera que sea, Bonaparte se detuvo pocos dias en Malta. La escuadra surcó hácia Candia á donde llegó el 25 de junio, habiendo burlado con este rodeo á Nelson, quien estaba esperando la espedicion francesa por las aguas de Alejandría como habia calculado, lo cual fué muy venturoso para la armada francesa, porque Brueyx declaraba que con solos diez navíos, el almirante inglés tendria á su favor todas las probabilidades del triunfo. «Quiera Dios, decia á veces con un profundo suspiro, que pasemos sin encontrar á los Ingleses.»

Antes de pisar la costa africana, Bonaparte quiso encararse de nuevo con sus soldados para enardecer mas y mas su entusiasmo con la perspectiva de una próxima y grandiosa conquista, precaviéndolos del desaliento y de la indisciplina. He aquí la famosa proclama que les hizo en aquella ocasion:

«Bonaparte, miembro del instituto nacional, jeneral en jefe

«A bordo del Oriente, el 4 de mesidor, año VI.

«Soldados:

«Vais a emprender una conquista cuyos resultados sobre la civilizacion y el comercio del mundo son imponderables. Daréis sobre la Inglaterra un embate recio y doloroso, ínterin llega el dia en que podais darle el golpe mortal.

«Harémos marchas penosas; trabarémos muchas peleas; pero saldrémos airosos de todas nuestras empresas, porque el destino nos es propicio. Los beyes mamelucos, que favorecen esclusivamente el comercio inglés, que han vejado á nuestros comerciantes y tiranizan á los infelices habitantes del Nilo, fenecerán con nuestra llegada.

«Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos: su primer artículo de fe es este: «No hay otro Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta.» No les contradigais; obrad respecto á ellos como hemos obrado con los Judíos y los Italianos; guardad miramientos con sus muftis y sus imanes, como los habeis guardado con los rabinos y los obispos; dispensad á las ceremonias que prescribe el Alcoran y á las mezquitas la misma tolerancia que usasteis con los conventos y sinagogas, con la relijion de Moisés y con la de Jesucristo.

«Las lejiones romanas amparaban todas las relijiones. Hallaréis aquí usos diferentes de los de Europa, y es preciso que os acostumbreis á ellos

« Los pueblos á donde vamos, tratan á las mujeres de muy diferente modo que nosotros; pero en todos paises el que las violenta es un monstruo.

« El saqueo solo enriquece á un corto número de hombres, nos deshonra, destruye nuestros recursos y nos hace enemigos de los mismos pueblos que es nuestro interés tener por amigos.

« La primera ciudad que encontrarémos fué edificada por Alejandro; á cada paso hallarémos grandes recuerdos dignos de escitar la emulacion de los Franceses. »

Despues de esta proclama, Bonaparte publicó una órden del dia, condenando á pena capital á cualquiera individuo del ejército que saquease, forzase, impusiese contribuciones, ó cometiese tropelías de cualquiera clase que fuesen. Hacia responsables á los cuerpos de los escesos de aquellos individuos á quienes hubiera querido librar la intimidad militar de la aplicacion de esta terrible pena. Los jefes estaban tambien sujetos á una responsabilidad que debia activar su vijilancia, estimulando su severidad.

Por lo demás, toda esta prudente rijidez era al remedo de los Romanos á quienes recuerda tan fundadamente Bonaparte en su proclama. Pero lo que hay de verdaderamente nuevo en este documento orijinal, como en la mayor parte de los que infundió la espedicion de Ejipto al prohombre que la capitaneaba, es el espectáculo de un conquistador que, al decir una palabra solemne á sus soldados ó á los pueblos, cuyo territorio invade, no va á buscar, siguiendo las huellas de sus predecesores, en títulos pomposos y terribles el apoyo de la supersticion, de la vanagloria ó del temor, sino que aparenta por el contrario considerar como su primer dictado para el respeto y la confianza de las naciones su cualidad de individuo de un instituto académico, cuya autoridad está afianzada en el influjo pacífico del pensamiento y de la razon humana. Alejandro asomó en Ejipto como hijo de Júpiter; César quiso tambien descender de los dioses por Ascanio; Mahoma se presentó cual profeta, al paso que obraba en el ejercicio de su apostolado como un soldado feroz, dando el renombre de Espada de Dios al mas temible de sus tenientes. Atila se hizo llamar el Azote de Dios, y la divinidad misma en la edad media cristiana, remedando á la antigüedad pagana, recibió por principal atributo de parte de los teólogos y poetas el depósito de los rayos, el mando de los ejércitos y la direccion de las batallas. Bonaparte conocia bien el siglo que estaba grandiosamente encabezando y sobre el cual debia imperar con su númen todo poderoso, para acudir á otros realces que los enjendrados por sumos talentos y esclarecidos triunfos; y como si hubiese querido manifestar estruendosa y ejemplarmente que el progreso social, anunciado por los filósofos y acojido por los pueblos, se cifraba en la subordinacion progresiva de la espada á la potestad civilizadora de las artes, del comercio y de

las ciencias, siendo el primero de los guerreros en la nacion mas belicosa de la tierra, pospone su dictado de jeneral en jefe al de académico, encabezando sus oficios y proclamas con estas palabras: Bonaparte, MIEMBRO DEL INSTITUTO NACIONAL.

La escuadra llegó el 1°. de julio á Alejandría, en donde habia estado Nelson dos dias antes, y estrañando no encontrar la espedicion francesa, supo que se habia dirijido á las costas de Siria para desembarcar en Alejandreta. Bonaparte, informado de su aparicion y previendo su próximo regreso, resolvió efectuar inmediatamente el desembarco de su ejército. El almirante Brueyx encontraba dificultades y se oponia á todo trance. Bonaparte insistió y acudió á la potestad de su mando supremo. « Almirante, le dijo á Brueyx, que pedia una suspension de doce horas, no tenemos tiempo que perder, la fortuna me concede tres dias, si no los aprovecho, estamos perdidos. »

El almirante tuvo que ceder, felizmente para su escuadra, porque no habiéndola hallado Nelson en los parajes en donde la habia buscado, no tardó en volver á Alejandría, pero era ya tarde; la tenacidad y la pronti-



tud de Bonaparte habian salvado el ejército francés, que se hallaba ya des embarcado.

Esta operacion se verificó en la noche del 1 al 2 de julio á la una de la mañana en el Marabut, á tres leguas de Alejandría. El ejército marchó inmediatamente contra esta ciudad, que fué asaltada, dirijiendo la operacion Kleber, quien salió herido en la cabeza. Esta conquista costó poco empeño, sin que resultase el menor esceso, pues no hubo saqueo ni mortandad en Alejandría.

Al desembarcar Bonaparte, escribió la carta siguiente al bajá de Ejipto:

« El Directorio ejecutivo de la república francesa ha acudido muchas veces á la Sublime Puerta, pidiéndole el castigo de los beyes de Ejipto que oprimian á los comerciantes franceses.

« Pero la Sublime Puerta ha declarado que los beyes, hombres antojadizos y codiciosos, desoian los recursos de la justicia, y que no solo no autoriza los desacatos que cometian con los Franceses sus buenos y antiguos amigos, sino que tambien les negaba su amparo.

« La república francesa ha por fin acordado enviar un poderoso ejército para poner coto á las demasías de los beyes de Ejipto, como repetidas veces tuvo que hacerlo en este siglo contra los beyes de Túnez y Arjel.

« A ti que debieras ser el señor de los beyes, y á quien tienen sin embargo en el Cairo sin potestad ni facultades, mi llegada debe serte agradable.

« Sin duda estás noticioso de que nada intento contra el sultan ni el Alcoran, y que la nacion francesa es la sola y única aliada que el sultan tiene en Europa.

« Sáleme pues al encuentro y maldice conmigo la ralea malvada de los beyes. »

Al entrar en Alejandría publicó una proclama, dirijida á los habitantes y concebida en estos términos:

BONAPARTE, INDIVIDUO DEL INSTITUTO NACIONAL, JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO FRANCÉS.

« Bastante tiempo hace que los beyes, gobernadores del Ejipto, están insultando á la nacion francesa y causando estorsiones á sus comerciantes; la hora de su castigo ha llegado.

« Tiempo hace que esa gavilla de esclavos comprados en el Cáucaso y la Jeorjia tiranizan la parte mas hermosa del mundo; pero Dios, de quien todo depende, ha dispuesto que su imperio se acabe.

« Pueblos del Ejipto, os dirán que vengo á destruir vuestra relijion; mas no los creais. Respondedles que vengo á reponeros en vuestros derechos, castigando á los usurpadores, y que respeto mas que los mamelucos á Dios, á su profeta y al Alcoran. Decidles que todos los hombres son

iguales á los ojos de Dios y que solo los diferencian la sabiduría, el talento y las virtudes. ¿Y qué sabiduría, qué talento, qué virtudes realzan á los mamelucos para que tengan esclusivamente todo cuanto hace la vida grata y apetecible?

«Si el Ejipto es su hacienda, que presenten el contrato que Dios les ha hecho. Pero Dios es justo y misericordioso con el pueblo.

«Todos los Ejipcios serán llamados á ejercer todos los cargos; gobernarán los mas sabios, instruidos y virtuosos, y el pueblo será feliz.

«En otro tiempo teniais grandes ciudades, hermosos canales y grandioso comercio: ¿y quién ha destruido todo esto, sino la avaricia, la sinrazon y la tiranía de los mamelucos?

«Cadíes, jeques, imanes, eschorbadjis, decid al pueblo que somos amigos de los verdaderos musulmanes. ¿No somos nosotros los que hemos destruido al papa,que decia era preciso hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos nosotros los que hemos destruido á los caballeros de Malta porque estos insensatos creian que Dios deseaba hiciesen la guerra á los musulmanes? ¿No somos nosotros los que hemos sido en todos tiempos amigos del Gran Señor (cuyos deseos cumpla Dios) y el enemigo de sus enemigos? Y al contrario, ¿no son los mamelucos los que se sublevaron contra la autoridad del Gran Señor, que aun desconocen, soltando la rienda á sus antojos?

«Tres veces bienaventurados los que estuviesen con nosotros, pues prosperarán en riquezas y honores. Bienaventurados los que permanezcan neutrales; tendrán tiempo para conocernos y se alistarán con nosotros. Pero desgraciados, tres veces desgraciados los que se armaren por los mamelucos y pelearen contra nosotros. Para ellos no habrá esperanza: fenecerán todos.»

Luego que Bonaparte hubo encargado á Kleber el mando de Alejandría, salió de allí el 7 de julio tomando el camino de Damanhur por medio del desierto, en donde el hambre, la sed y un calor insufrible acosaron el ejército con padecimientos inauditos, feneciendo muchos soldados. Halló la tropa algun alivio en Damanhur, donde Bonaparte planteó sus reales en casa del jeque anciano, que aparentaba suma pobreza á fin de libertarse de las tropelías que le acarrearan las muestras de su riqueza. Prosiguió su marcha sobre el Cairo, y en cuatro dias derrotó á los mamelucos en Ramanieh y destruyó la escuadrilla y la caballería de los beyes en Chebreisa. En esta última refriega el jeneral en jefe habia escuadronado absolutamente en cuadro, de modo que la caballería enemiga se estrelló á pesar del arrojo de su ataque y del ímpetu de su denuedo. Al principio de este encuentro, en el que el jefe de division Perec, atacado por fuerzas superiores, se apoderó con brillante éxito de una posicion arriesgada, los sabios Mon

ge y Berthollet hicieron grandes servicios arrollando personalmente al enemigo.

Estos diversos triunfos alcanzados sobre los Arabes fueron el preludio de una victoria mas señalada que franqueó las puertas del Cairo al ejército francés. A fines de julio se halló en presencia de Murad-Bey y al pié de las pirámides, en donde Bonaparte, sin duda inspirado á la vista de aque-



llos antiguos y ajigantados monumentos, esclamó en el acto de dar la ba-



talla: « Soldados, vais á pelear contra los dominadores del Ejipto; recapacitad que desde la cumbre de esos monumentos os están mirando cuarenta siglos. »

Y con efecto, cuarenta siglos contemplaban á los Franceses desde la cima de las pirámides; cuarenta siglos, habiendo visto echar el primero los cimientos de aquellos inmensos sepulcros rejios por las serviles manos de las castas ejipcias, y viendo el último conquistar á beneficio de la civilizacion aquellos monumentos de la antigua servidumbre por las manos libres de ciudadanos franceses. La breve arenga de Napoleon rasgueaba toda la distancia que mediaba entre los fundadores de entónces y los conquistadores de ahora: unos tiranos ó esclavos por nacimiento; otros todos libres é iguales, jefes ó soldados segun su mérito. Desde los Faraones, señores absolutos y opresores de las tribus hereditariamente avasalladas para los mas violentos afanes y la mas vil existencia hasta el jeneral que viene á decir á los Ejipcios que « todos los hombres son iguales ante Dios » y les anuncia el reinado esclusivo de los talentos y de las virtudes, se eslabona de contínuo una serie de pausados y trabajosísimos progresos,

cuyo primer entronque procede allá de la primera piedra de las pirámi-



des, colocada por la desdicha hereditaria, y el último en la proclama del guerrero que solo reconoce á la sabiduría y á la capacidad el derecho de mandar á los hombres, mostrándose mas ansioso y ufano de la preponderancia de sus luces que del poderío de su espada. Al decir á los soldados de la república que cuarenta siglos los están mirando, al hallarse escuadronados y en el punto de trabar la pelea con las tribus que han recojido las reliquias de la esclavitud antigua, Bonaparte enardece el afan por los trofeos para que conserven y estiendan los beneficios de una civilizacion que costó á la humanidad cuatro mil años de conatos y sacrificios. Por lo demás, no en vano tomó por testigos aquellos monumentos embe-

lesantes y misteriosos, pues el ejército francés correspondió con una completa victoria á la invocacion elocuente de su caudillo.

La batalla recibió el nombre de Embabé, de la aldea cerca de la cual vino á darse. Los mamelucos quedaron derrotados tras una refriega tenaz que duró diez y nueve horas. He aquí la narracion de esta encarnizada y tremenda lid, tal cual la describió el vencedor:

« BATALLA DE LAS PIRAMIDES. »

« Al rayar el alba del dia 3, encontramos los puestos avanzados que fuimos rechazando de una en otra aldea.

« A las dos de la tarde nos hallamos delante de los atrincheramientos del ejército enemigo.

« Mandé á las divisiones de los jenerales Desaix y Reynier que se situasen á la derecha entre Djyzé y Embabé á fin de cortar al enemigo la comunicacion con el Alto Ejipto, que era su retirada natural. El ejército estaba formado del mismo modo que en la batalla de Chebreisa.

« Luego que Murad-Bey advirtió el movimiento del jeneral Desaix, determinó atacarle, y envió uno de sus beyes mas valientes con un cuerpo sobresaliente que acometió disparadamente á entrambas divisiones. Habiéndoles dejado aproximarse á la distancia de cincuenta pasos, se les recibió con una nube de balas y metralla, quedando gran número tendidos en el campo. Despues se arrojaron al intermedio de las dos divisiones, en donde fueron recibidos con dobles descargas que completaron su derrota.

« Aproveché el momento y dí órden á la division del jeneral Bon, que se hallaba sobre el Nilo, para que atacase los atrincheramientos, al mismo tiempo que el jeneral Vial, comandante de la division del jeneral Menou, se colocaba entre el cuerpo que acababa de atacarle y los atrincheramientos, con el intento de acudir al triple objeto de imposibilitar que este cuerpo revolviese sobre ellos, cortar la retirada al que los estaba arrostrando, y finalmente atacar dichos atrincheramientos por la izquierda, si fuese necesario.

« Luego que los jenerales Vial y Bon se hallaron á tiro de fusil, mandaron á la primera y tercera division de cada batallon que se formase en columna de ataque, mientras que la segunda y la cuarta conservarian la misma posicion, formando siempre un cuadro, que solo tenia tres hombres de fondo y se adelantaba para apoyar las columnas de ataque.

« Dirijidas estas por el valiente jeneral Rampon, se arrojaron con su acostumbrado ímpetu sobre los atrincheramientos á pesar del fuego de crecida artillería. Cuando los mamelucos dieron una carga y salieron de los atrincheramientos á galope tendido, nuestras columnas tuvieron tiempo de hacer alto y frente por todas partes recibiéndolos con bayoneta ca-

lada y con una nube de balas. El campo de batalla quedó al punto cubierto de cadáveres, y nuestras tropas se apoderaron de los atrincheramientos. Los mamelucos fujitivos se atropellaron sobre la izquierda, pero un batallon de carabineros, cerca del cual tuvieron que pasar á quema ropa, les causó una pérdida de consideracion. Muchos se arrojaron tambien al Nilo y quedaron ahogados.

« Han caido en nuestro poder mas de cuatrocientos camellos cargados de bagajes y cincuenta piezas de artillería. Calculo que la pérdida de los mamelucos asciende á dos mil hombres de su mejor caballería, pues muchos de los beyes han quedado heridos ó muertos, y Murad-Bey herido en la mejilla. Nuestra pérdida es de veinte á treinta hombres muertos y ciento veinte heridos. Por la noche la ciudad del Cairo ha sido evacuada. Todas sus cañoneras, corbetas, bergantines, y aun una fragata, han sido incendiadas, y el 4 nuestras tropas entraron en el Cairo. Durante la noche el populacho ha quemado las casas de los beyes y cometido muchos escesos. El Cairo, que tiene mas de trescientos mil habitantes, encierra la mas asquerosa plebe del orbe.

« Despues del gran número de encuentros y batallas dadas por las tropas que mando, contra fuerzas superiores, no pasaria á elojiar su ademan y serenidad en tan reñido trance, si verdaderamente este jénero enteramente nuevo no hubiera requerido por su parte un aguante muy contrapuesto al ímpetu francés, ya que con su ardor jenial no lográramos la victoria que solo podia alcanzarse con sumo sosiego y sufrimiento.

« La caballería de los mamelucos ha descollado por su denuedo. Defendian su fortuna, pues nuestros soldados les han hallado á todos de cuatrocientos á quinientos luises de oro.

« Todo el lujo de estas jentes consistia en sus caballos y su armamento. Sus casas son ruines, y no cabe apenas ver terreno mas fértil y pueblo mas ignorante y embrutecido. Prefieren un boton de nuestros soldados á un escudo de seis francos, y en las aldeas ni siquiera conocen unas tijeras. Sus casas están fabricadas con barro, y su ajuar se reduce á una estera y dos ó tres vasijas, tambien de barro. Comen y consumen por lo jeneral poquísimos renglones, no conocen el uso de los molinos, de manera que hemos acampado sobre inmensos montones de trigo sin poder lograr harina, alimentándonos con legumbres y animales. La escasa cantidad de grano que reducen á harina la muelen con guijarros; y en las aldeas mayores hay tahonas de bueyes.

« Nos andan hostilizando de contínuo nubes y nubes de Arabes, que son los mayores salteadores y asesinos de la tierra, pues degüellan á todos los que caen en sus manos, sean Turcos ó Franceses. El jeneral de brigada Muireur y otros muchos edecanes y oficiales del estado mayor han sido asesinados por estos desastrados, quienes se emboscan con sus caballos

detrás de las vallas y en los fosos, y desgraciado de aquel que se aleje a cien pasos de las columnas. El jeneral Muircur, á pesar de los avisos de la gran guardia, solo por una fatalidad propia de los llegados á su última hora, quiso subir á un cerrillo que estaba á doscientos pasos del campamento, y tres Beduinos encubiertos lo han asesinado. La república ha padecido con él grandísima pérdida, pues era uno de los jenerales mas arrojados que he conocido.

« No se puede rodear á la república colonia que esté mas á la mano, y de terreno mas fértil que el Ejipto. El clima es sano, porque las noches son frescas. A pesar de quince dias de marchas y fatigas de todas clases, de hallarnos privados de vino y aun de cuanto puede aliviar el cansancio, no tenemos ningun enfermo. El soldado ha tenido á hallar cuantioso recurso con las sandías que abundan en gran manera.....

« La artillería ha descollado sumamente; y así pido el grado de jeneral de division para el jeneral de brigada Dommartin. He promovido al grado de jeneral de brigada al jefe de la misma Destaing, comandante de la cuarta semi-brigada; el jeneral Zayonschek se ha portado esclarecidamente en las varias comisiones importantes que le han cabido. El ordenador Sucy se habia embarcado en la escuadrilla del Nilo para podernos remitir víveres de la Delta. Viendo que activaba mi marcha y deseando hallarse á mi lado en la batalla, se trasladó á una cañonera, y á pesar de los peligros á que se esponia, se desvió de la escuadrilla. Habiendo encallado la cañonera, fué acometido por una gavilla de enemigos, y estremó su arrojo hasta el punto de hallarse mal herido en un brazo y reanimar con su ejemplo á la tripulacion y sacar su lancha de tamaño conflicto.

« No hemos recibido noticias de Francia desde nuestra partida.....

« Os ruego que mandeis entregar mil y doscientos francos á la mujer del ciudadano Larrey, cirujano en jefe del ejército. Nos ha hecho en medio del desierto señalados servicios con su afan y desembarazo. Es el sujeto mas á propósito para estar al frente de los hospitales de un ejército. »

Al dia siguiente, 4 de termidor (22 de julio), Bonaparte se acuarteló sobre el Cairo, y publicó la proclama siguiente:

« Vecindario del Cairo, estoy bien hallado con tu conducta, pues has tenido el tino de no tomar partido contra mí. He venido para destruir la ralea de los mamelucos, amparar el comercio y á los naturales del pais. Sosiéguense los medrosos, y vuelvan á sus casas los que se han ausentado, haciéndose hoy la oracion como es costumbre y como apetezco que continúe siempre. Nada temais acerca de vuestras familias, casas y propiedades, y sobre todo por la relijion del profeta á quien amo. Como es urjente que haya hombres encargados de la policía para que no se altere la tranquilidad, se formará un divan compuesto de siete personas que se reunirán en la mezquita de Ver; dos de ellas estarán siempre junto al coman-

dante de la plaza, y cuatro estarán ocupados en mantener la quietud pública y mirar por la policía. »

Bonaparte entró el 24 de julio en la capital del Ejipto, y el 25 escribió á su hermano José, individuo del consejo de los quinientos.



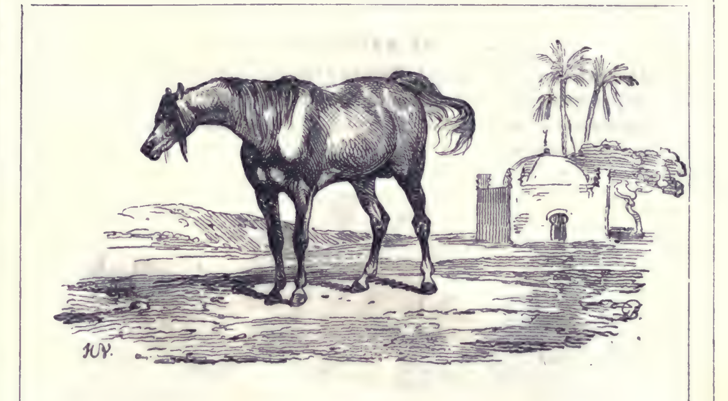
« Verás por los periódicos, le dice, los partes de las batallas y la conquista del Ejipto que ha sido harto reñida para añadir todavía una hoja á la gloria militar de este ejército. El Ejipto es el pais mas rico en trigo, arroz, legumbres y carnes que hay sobre la tierra. La barbarie está en su punto. No hay dinero para pagar las tropas. Dentro de dos meses estaré acaso en Francia.

« Haz de modo que tenga una casa de campo á mi llegada, cerca de Paris ó en Borgoña, pues quiero pasar en ella el invierno. »

Esta carta prueba que Napoleon conceptuaba su conquista harto afianzada para poder fiar su conservacion sin contínjencia á la cordura y desempeño de sus segundos. ¿Pero qué objeto tenia esta vuelta inesperada á Francia? ¿era en busca de nuevos recursos militares y elementos de colonizacion, como algunos lo han opinado? ¿ó era solo su objeto acercarse

al teatro á donde su destino le llamaba á representar el primer papel, y miraba próximos los acontecimientos que habia previsto y deseado por mucho tiempo en alas de su encumbramiento? Esta última suposicion nos parece mas verosímil.





CAPITULO VIII.

Desastre de Abukir. Establecimientos é institutos de Bonaparte en Ejipto. Campaña de Siria. Regreso al Ejipto. Batalla de Abukir. Salida para Francia.



Tan afanado andaba Desaix en perseguir á Murad-Bey en el Alto Ejipto, como Napoleon en el Cairo por plantear una administracion acertada en las provincias ejipcias. Pero Ibrahim-Bey, que se habia encaminado á la Siria, precisó con sus movimientos al conquistador á orillar sus tareas pacificadoras para volver á las peleas. Bonaparte le encontró y

le derrotó en Salehey'h. El valiente Sulkowsky salió herido en este encuentro.

Aguóse luego aquel regocijo con una nueva muy aciaga. Kleber participó de oficio á Bonaparte cómo Nelson acababa de derrotar la escuadra francesa en Abukir tras una lid reñidísima. Luego que la noticia de esta catástrofe cundió por el ejército, el descontento y la consternacion llegaron á lo sumo. Los soldados y jenerales, que desde el primer dia del desembarco adolecieron de estremado quebranto y desasosiego, se mostraron agravados de este achaque, prorumpiendo en estremos desesperados por su ilusion ya desvanecida. Napoleon, abarcando de una mirada toda la trascendencia de aquel desastre, se mostró al pronto igualmente postrado; y diciéndole que el Directorio se daria priesa en repararlo, interrumpió atropelladamente diciendo: « Vuestro Directorio es una gavilla de..... Me envidian, me aborrecen y me dejarán perecer aquí. » Y luego añadia apuntando á su estado mayor: «¿No veis todas esas trazas? No hay un solo sujeto que trate de quedarse. »

Pero el abatimiento no llegaba á su grande alma y salió pronto de él para esclamar con acentos de una resignacion heroica: « Enhorabuena nos quedarémos aquí, ó nos engrandecerémos á la antigua. »

Desde aquel momento Bonaparte se dedicó allá con un ahinco y una



actividad infatigable á la organizacion civil del Ejipto. Conoció mas que nunca la necesidad de cautivar á los naturales del pais y plantear en él establecimientos duraderos. Una de sus primeras y principales creaciones fué la de un instituto pautado por el de Paris. Lo dividió en cuatro clases: matemáticas, física, economía política, literatura y nobles artes. La presidencia se confirió á Monge, y Bonaparte se honró él mismo con el cargo de vice-presidente. La instalacion de este cuerpo se celebró solemnemente, y allí revalidó el inmortal guerrero sus grandiosas palabras al superior del Instituto de Francia al quedar admitido, no mostrándose enamorado de sus conquistas, sino en cuanto las hacia contra la barbarie, y que el progreso de sus armas no era mas que el de las luces.

Bonaparte, ya bienquisto con los musulmanes, que le llamaban el sultan Kebir (padre del fuego), fué admitido y convidado á todas sus funciones.

Así asistió, pero sin presidir, como se ha dicho, á las fiestas de la inundacion del Nilo y del aniversario del nacimiento de Mahoma. Los miramientos que guardó con la relijion del profeta en todas ocasiones no contribuyeron poco á hacer respetar su nombre y su autoridad entre los Ejipcios. Algunos han querido ver en esta conducta una especie de cariño



al islamismo, cuando solo habia en ella maestría política (1). Bonaparte no era musulman ni cristiano; él y su ejército representaban en Ejipto la filosofía francesa, el escepticismo tolerante, la indiferencia relijiosa del siglo XVIII, y solo á falta de relijion positiva en su cabeza, abrigaba allá en su alma ciertos lejos de relijiosidad. Pero esta disposicion, que le preservó del flujo antirelijioso de su época y que le permitió conversar muy de veras y mantener relaciones amistosas con los imanes y jeques, como ha podido hacerlo en otras circunstancias con los ministros del cristianismo ó del judaismo; esta disposicion no propendia mas al Alcoran que al Evanjelio.

El aniversario de la fundacion de la república se celebró en el Cairo el 1°. de vendimiario del año VII, presidiendo Bonaparte aquella solemnidad patriótica. «Soldados, dijo á sus compañeros de armas, cinco años atrás la independencia del pueblo se hallaba amenazada; recobrasteis á Tolon, y esta victoria fué el presajio del estermiuio de vuestros enemigos. Un año despues derrotabais á los Austríacos en Dego: y al siguiente estabais en la cumbre de los Alpes. Dos años hace que peleabais contra Mantua y que alcanzábamos la célebre victoria de San Jorje. El año pasado estabais en el nacimiento del Drava y del Isonzo al volver de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entónces que os hallariais en las márjenes del Nilo, en el centro del antiguo continente? Embargais las miradas del orbe desde las del Inglés, célebre en las artes y el comercio, hasta las del horroroso y feroz Beduino. Soldados, vuestro destino es grandioso, por cuanto sois dignos de lo que habeis hecho y del concepto que estais mereciendo. Moriréis con honor, como los valientes cuyos nombres están inscritos en esa pirámide (2), ó volveréis á vuestra patria ceñidos de laureles y admirados de todas las naciones.

«Cinco meses ha que estamos ausentes de Europa y que somos el objeto perpetuo del ansia de nuestros compatricios. En este dia cuarenta millones de ciudadanos celebran la era del gobierno representativo; cuarenta millones de ciudadanos piensan en vosotros; todos dicen: á sus afanes y á su sangre debemos la paz jeneral, el reposo, la prosperidad del comercio y los beneficios de la libertad civil.»

Por su parte los jeques (3), en reconocimiento de que Bonaparte habia

(1) Mr. de Bourrienne, testigo ocular, desmiente todo cuanto Walter Scott y otros escritores han dicho de la participacion solemne de Bonaparte á las ceremonias musulmanas. Asegura que solo asistió á ellas como mero concurrente, y siempre en traje francés.

(2) Habia mandado esculpir en la columna de Pompeyo los nombres de los cuarenta primeros soldados muertos en Ejipto.

(3) En casa del jeque El-Bekri participó Napoleon en la celebracion del aniversario de Mahoma. Allí halló dos jóvenes mamelucos, Ibrahim y Rustan, que

asistido á sus funciones, se asociaron, al menos en apariencia, á los regocijos del ejército francés; hicieron resonar la mezquita principal con cantares de regocijo; pidieron al gran Alá «que bendijese al predilecto de la victoria (1) é hiciese prosperar el ejército de los valerosos del Occidente.»



pidió al jeque y que este le cedió. Por lo demás no llevaba turbante ni ninguna otra insignia de mahometismo. Verdad es que se habia mandado hacer un traje turco, pero solo por mero antojo y para divertirse con sus familiares. Como le manifestaron sin rebozo que no cuadraba á su fisonomía y á sus modales, no se lo puso dos veces.

(1) Napoleon dejó en Ejipto, como en Europa, huellas permanentes de su tránsito; su nombre es venerado entre los bárbaros, como entre los pueblos civilizados que sujetó con sus armas. El célebre orientalista Champollion menor, á quien una muerte muy temprana arrebató á las ciencias y á sus amigos, nos ha referido que habiendo sido obsequiado por un bey de la Tebaida en su viaje á las ruinas ejipcias, y hallándose á comer en su casa, se conceptuó precisado á dar un brindis al virey, persuadido de que su huesped corresponderia

En medio de estas demostraciones amistosas, Ibrahim y Murad-Bey, caudillos de los mamelucos aliados de la Inglaterra, estaban fraguando un alzamiento en la capital misma del Ejipto, que no tardó en estallar. Bonaparte se hallaba á la sazon en el Antiguo Cairo, y luego que supo lo que estaba pasando, regresó á su cuartel jeneral. Las calles del Cairo queda-



á esta atencion meramente ceremoniosa á la salud del rey de Francia, que era entónces Cárlos X. Pero el bey, orillando todo miramiento diplomático y en alas del asombro en que terciaba tambien nuestro esclarecido amigo, prorumpió con acentos de vivísimo entusiasmo: « Voy á proponerte un brindis que no rehusarás: *Al gran Bonaparte.* »

ron luego barridas por las tropas francesas, que obligaron á los sublevados á refujiarse en la mezquita principal, en donde quedaron pronto malparados con la artillería. Se desentendian de toda capitulacion, pero el estampido del trueno que llegó á lastimar su imajinacion supersticiosa los mostró luego mas avenibles. Mas Napoleon se negó á sus propuestas ya tardías. «La hora de la clemencia voló, les dijo; vosotros empezasteis, y á mí me toca acabar.» Las puertas de la mezquita quedaron al punto allanadas y la sangre de los Turcos rebosó por los umbrales. Tenia Bonaparte que vengar entre otras muchas la muerte del jeneral Dupuis, comandante de la plaza, y la del valiente Sulkowsky á quien apreciaba y queria en igual grado.

El influjo inglés, que habia traido la sedicion del Cairo y la sublevacion de todo el Ejipto, decidió tambien al divan de Constantinopla á hostilizar igualmente á la Francia. Un manifiesto del gran Señor, lleno de imprecaciones y de invectivas, condenaba á la afrenta las banderas de la república, y sus soldados al esterminio. Bonaparte respondió á estos ultrajes y provocaciones homicidas con una proclama que terminaba así: «el mas relijioso de los profetas ha dicho: La sedicion está dormida; maldito el que la despierte.»

A poco tiempo pasó á Suez para visitar las ruinas del antiguo canal que juntaba las aguas del Nilo con el mar Rojo. Monge y Berthollet le acompañaron, y habiendo tenido deseo de ver las fuentes de Moisés, le faltó poco para ser víctima de su curiosidad, estraviándose, por efecto de la oscuridad,



durante la subida de la marea. « Estuve á pique de fenecer como Faraon, ha dicho él mismo, lo cual no hubiera dejado de proporcionar á todos los predicadores de la cristiandad un magnífico texto contra mí. »

Los monjes del monte Sinai, informados de que se hallaba en las cercanias, le diputaron un enviado pidiéndole que se apuntase en su reper



torio á continuacion de Alí, Saladino, Ibrahim, etc. Napoleon no les rehusó una fineza que lisonjeaba su pasion á la nombradía.

Entretanto Djezzar-Bajá se habia apoderado del fuerte de El-Arish en Siria. Napoleon, que estaba meditando desde tiempo atrás una campaña por aquella provincia, resolvió ejecutar inmediatamente su intento. Habia recibido en Suez la noticia de las ventajas de Djezzar; se apresuró á volver al Cairo para tomar las tropas que necesitaba para su espedicion, y despues de haber afianzado el rendimiento y sosiego de aquella capital con el suplicio nocturno de los cabecillas que habian descollado en la última revuelta, salió de Ejipto y entró en Asia. Arrostra el desierto y lo atraviesa montando las mas veces sobre un dromedario que resistia mejor que sus caballos al calor y á la fatiga. Habiéndose estraviado la vanguardia, no

la volvió á encontrar hasta el trance mismo de ir á fenecer de sed y de can-



sancio. Bonaparte ofrece víveres y agua á los infelices soldados: « Pero aun cuando todo esto hubiese tardado mas, les dijo, ¿habria motivo para tanto murmurar y carecer de teson? No, soldados, aprended á morir con honor. »

Sin embargo las privaciones y padecimientos físicos solian ser tan estremados que venian á redundar en sumo menoscabo de la obediencia y disciplina. Sucedió en los arenales ardientes de la Arabia, que un soldado francés cedió con repugnancia á sus jefes unos sorbos de agua cenagosa ó



la sombra de algunos restos de pared, asi como posteriormente les disputó, en medio de los hielos de la Rusia, un rincon en un hogar ó algunos despojos de caballo. Un dia que el jeneral en jefe estaba sofocado por el ardor del sol, obtuvo como un favor el poner su cabeza á la sombra de un pedazo de puerta; «y en esto, dice Napoleon, me hacian un inmenso favor.» Habiendo levantado algunas piedras con el pié, descubrió un camafeo de Augusto al cual los intelijentes han dado mucho valor, y que Napoleon cedió á Andreossy para quitárselo despues y regalárselo á Josefina. Este hermoso descubrimiento ocurrió sobre las ruinas de Pelusa.

Al ir en busca del ejército turco por Siria, era el ánimo de Bonaparte llevar adelante sus embates mas ó menos directos contra el poderio británico. Tenia ideado el proyecto de una espedicion á la India, atravesando la Persia, y habia escrito á Tipo-Saib una carta concebida en estos términos: « Sabréis ya mi llegada á las orillas del Mar Rojo con un ejército invencible, ardiendo en anhelos de libertaros del yugo ferreo de la Inglaterra.

« Os pido con ansia que me deis noticias de la situacion política en que os hallais,por la via de Mascate ó de Moka. Tambien desearia que pudieseis enviar á Suez ó al gran Cairo algun sujeto de todo desempeño que os mereciese confianza y con el cual pudiese yo conferenciar. »

Esta carta no tuvo contestacion. Se habia escrito el 25 de enero de 1799, y el imperio de Tipo-Saib fracasó poco tiempo despues.

Bonaparte llegó delante de El-Arish á mediados de febrero.



Este fuerte capituló el 16 de febrero despues de una completa derrota de los mamelucos. Seis dias despues Gaza abrió sus puertas. Cuando estuvieron cerca de Jerusalen, preguntaron á Bonaparte si no deseaba pasar por aquella ciudad, á lo cual contestó arrebatadamente: « ¡En cuanto á eso no! Jerusalen no está en mi línea de operaciones; yo no quiero haberlas con montañeses en caminos intrincados. Y además por la otra parte me acometeria una caballería crecidísima, y no apetezco la suerte de Casio. »

El 6 de marzo se tomó Jafa por asalto y se entregó al saqueo y degüello. Bonaparte envió sus edecanes Beauharnais y Croisier á desenfurecer al soldado. Llegaron á tiempo para conceder la vida á cuatro mil Arnautas ó Albaneses que formaban parte de la guarnicion y se habian sal-



vado del degüello refujiándose en unas grandiosas hosterías. Cuando el jeneral en jefe vió que le traian aquella mole de prisioneros, esclamó con tono entrañable: « ¿Qué quereis que haga con ellos? ¿Tengo acaso víveres para mantenerlos y buques para trasladarlos á Francia ó á Ejipto? ¿Qué diablos habeis hecho? » Los edecanes se escusaron acerca del riesgo que hubieran corrido desechando la capitulacion, y recordaron á Bonaparte la embajada de humanidad que les habia encargado. « Sí, no hay duda, » les replicó al momento, « por lo que toca á las mujeres, niños y

ancianos, pero no en cuanto á soldados armados; era forzoso morir y no traerme estos desgraciados. ¿Qué quereis que haga con ellos?» Deliberó tres dias sobre la suerte de aquellos desventurados, aguardando que el mar y los vientos le proporcionasen bajeles que le descargasen de tantísimos prisioneros sin obligarle á nuevo derramamiento de sangre; pero no permitiéndole las quejas del ejército dilatar por mas tiempo una disposicion repugnantísima, dió órden, el 10 de marzo, para que los Arnautas y Albaneses fuesen ejecutados. La toma de Jafa se anunció en el Cairo con la proclama siguiente:

«En el nombre de Dios misericordioso, clemente, santísimo, señor del mundo, que hace lo que quiere de su propiedad, que dispone de la victoria, he aquí la relacion de los favores que Dios poderoso ha concedido á la república francesa; nos hemos apoderado de Jafa en Siria.

«Djezzar estaba en ánimo de pasar con los salteadores árabes al Ejipto, morada de los menesterosos, pero los decretos de Dios destruyen las tramas de los hombres. Queria derramar sangre, segun su bárbara costumbre, á causa de su altanería y de los principios malvados que ha recibido de los mamelucos y de su escasísimo talento. No ha recapacitado que todo proviene de Dios.

«El 26 de ramazan, el ejército francés cercó á Jafa. El 27 el jeneral en jefe mandó abrir zanjas porque vió que la ciudad estaba guarnecida de artillería y contenia mucha jente. El 29 las zanjas tenian cien piés de largo. El jeneral en jefe hizo colocar los cañones, morteros y baterías por la parte del mar para detener á los que quisieran salir.

«El juéves último, dia de ramazan, el jeneral en jefe se apiadó de los habitantes de Jafa; intimó la rendicion al gobernador, y por respuesta fué detenido el enviado contra todas las leyes de la guerra y de Mahoma.

«Al punto estalló la ira de Bonaparte, hizo disparar balas y bombas, y al cabo de pocos instantes la artillería de Jafa quedó desmontada. A las doce la muralla tenia brecha; se dió el asalto, y en menos de una hora los Franceses fueron dueños de la ciudad y de sus fuertes. Los dos ejércitos trabaron su pelea. Los Franceses quedaron vencedores y el saqueo duró toda la noche. El viernes el jeneral tuvo compasion de los Ejipcios que se hallaban en Jafa; pobres y ricos, á todos concedió perdon, dejándolos volver con honor á su pais. Del mismo modo obró por lo que toca á los de Damasco y Alepo.

«En la refriega perecieron mas de cuatro mil hombres de Djezzar á tiros y al arma blanca. Los Franceses perdieron poca jente, y hubo tambien pocos heridos; penetraron por el camino del puente sin ser vistos. ¡O adoradores de Dios! sujetaos á sus decretos; no os opongais á su voluntad, guardad sus mandamientos. Sabed que el mundo es su propiedad

y que la da á quien quiere. Tras esto os deseo la bondad y la misericordia de Dios. »

El ejército francés habia llevado á Siria las semillas de la peste que se manifestó en el sitio de Jafa y llegó á ser cada dia mas intensa. Bonaparte dijo, hablando del ayudante jeneral Gresieux, que no queria tocar á nadie para precaverse del contajio: «si tiene miedo de la peste, morirá de ella;» pronóstico que se cumplió en el sitio de Acre.

Bonaparte llegó el 16 de marzo delante de esta plaza, en la que padeció una resistencia mas tenaz de lo que habia supuesto. El jeneral Cafarelli recibió una herida mortal, y antes de exhalar el último suspiro mandó que le leyesen el prólogo de Voltaire al *Espíritu de las Leyes*, lo que pareció bastante estraño al jeneral en jefe, quien por otra parte se desconsoló en el alma con este malogro.

Llegaron noticias del Alto Ejipto al cuartel jeneral. Desaix participaba, entre otras particularidades, que la barca la *Italia* se habia ido á pique en la orilla occidental del Nilo despues de un sangriento choque. Napoleon,



de suyo afectísimo á toda aprension supersticiosa (1), esclamó, al saber este funesto suceso: «la Italia está perdida para la Francia, esto es hecho, mis corazonadas son siempre certeras.»



Durante el sitio de San Juan de Acre se ganó la batalla del monte Tabor, en la que Kleber, acometido y acorralado por doce mil infantes y otros tantos caballos, les opuso con tres mil hombres la mas heróica resistencia. Bonaparte, cerciorado de las fuerzas del enemigo, marchó con una division para sostener á Kleber. Habiendo llegado al campo de batalla, escuadronó su division en dos cuadros y la dispuso de manera que formase un triángulo equilátero con el cuadro de Kleber, poniendo de este modo al enemigo en medio de ellos. El fuego terrible que salió entónces de los estremos de este triángulo volcó á los mamelucos y los dispersó á diestro y siniestro, dejando la llanura cubierta de cadáveres. Aquel ejército, que los habitantes decian tan numeroso como las estrellas del cielo y los granos de arena del mar, quedó derrotado por seis mil Franceses.

Al cabo de dos meses de sitio, viendo Napoleon que su escaso ejército iba aun menguando diariamente con los estragos de la peste y los repetidos trances imprescindibles contra una guarnicion intrépida y mandada por un caudillo tenaz, determinó volver al Ejipto. Todos sus grandiosos proyectos respecto al Oriente, que hacian vagar su imajinacion ambiciosa

(1) Sin embargo rehusó avenirse en el Cairo á las tramoyas de uno de esos profetas vagabundos que recorren el Oriente y que queria decirle la buenaventura.

ora sobre el Indo, ora sobre el Bósforo, volaron para él desde aquel punto, lo cual hizo decir posteriormente que « si hubiese zozobrado San Juan de Acre, cambiaba la faz del mundo; que la suerte del Oriente dependia de aquella fruslería. »

He aquí la proclama que publicó en su cuartel jeneral de Acre para anunciar y sincerar su regreso á Ejipto:

« Soldados:

« Habeis atravesado el desierto que separa el Africa del Asia con mas rapidez que un ejército árabe

« La hueste árabe que estaba en marcha para invadir el Ejipto, queda derrotada; habeis cojido su jeneral, su tren de campaña, bagajes, odres y camellos.

« Os habeis apoderado de todas las plazas fuertes que defienden los pozos del desierto.

« Habeis dispersado los campamentos del monte Tabor, aquella nube de hombres reunidos de todas las partes del Asia con la esperanza de saquear el Ejipto.

« Los treinta bajeles que habeis visto llegar doce dias ha, llevaban el ejército que debia sitiar á Alejandría, pero teniendo que acudir á Acre, ha terminado su destino: una parte de sus banderas adornará vuestra entrada en Ejipto.

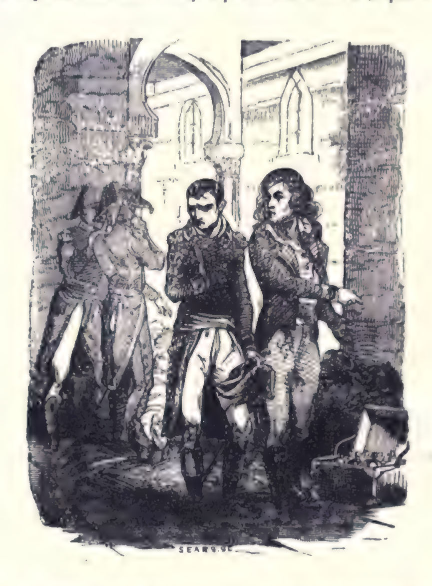
« Finalmente despues de haber sostenido con un puñado de hombres la guerra durante tres meses en el riñon de la Siria, tomado cuarenta cañones, cincuenta banderas, hecho seis mil prisioneros y arrasado las fortificaciones de Gaza, Jafa, Caifa y Acre, vamos á regresar á Ejipto á donde me llama la estacion de los desembarcos.

« Dentro de algunos dias teniais la esperanza de cojer al bajá en su mismo palacio; pero en la presente estacion, la toma del castillo de Acre no equivale á la pérdida de algunos dias; los valientes que deberia malograr en ella son hoy dia necesarios para operaciones mas esenciales. »

El 20 de mayo se dió la órden de retirada. Bonaparte quiso que todos echasen pié á tierra para dejar los caballos á la disposicion de los heridos y apestados. Cuando su asistente vino á preguntarle qué caballo se reservaba para sí, lo despachó enojado voceándole: « Que todos vayan á pié... yo el primero; ¿no sabeis la órden? salid. »

En Jafa, á donde llegaron el 24, los hospitales estaban llenos de enfermos, la fiebre causaba los mayores estragos. El jeneral en jefe visitó á aquellos desventurados, se condolió entrañablemente de sus padecimientos, y se manifestó inconsolable con tan doloroso espectáculo. Dióse la órden de evacuarlos, pero habia entre ellos apestados, cuyo número ascendia á sesenta, y de ellos siete ú ocho estaban tan enfermos, dice el *Dia-*

rio de Santa Helena, que no podian pasar de veinte y cuatro horas. ¿Qué era lo que cabia con aquellos moribundos? Bonaparte lo consultó, y le respondieron que habia muchos que pedian la muerte, que su contacto



podia ser muy aciago para el ejército, y que seria á un tiempo un acto de cordura y caridad el acelerar su muerte de algunas horas. Viene á ser positivo que les administró una bebida soporífica.

Al acercarse al Cairo, Bonaparte encargó eficazmente que le preparasen una entrada triunfal en aquella capital, para desvanecer ó minorar la impresion aciaga que hubiese podido causar el malogro de la espedicion á Siria en el ánimo del vecindario y de la soldadesca. Se hacia forzoso precaver el desaliento de esta y enfrenar los ímpetus sediciosos de los naturales. La politica le imponia la precision, y aun dirémos, la virtud de encubrir sus pérdidas y abultar sus ventajas.

El divan del Cairo correspondió á las miras de Bonaparte, dispuso regocijos y dió á luz una proclama en que sobresalen los pasos siguientes:

« Ha llegado al Cairo el bien guardado, el caudillo del ejército francés, el jeneral Bonaparte que ama la relijion de Mahoma..... Ha entrado en el Cairo por la puerta de la Victoria..... Este dia es tan grande cual no ha

tenido semejante.... estuvo en Jafa y Gaza: ha protejido á los habitantes de esta ciudad, pero los de Jafa, estraviados, no habiendo querido rendirse, los entregó todos, como enfurecido, al saqueo y á la muerte. Ha destruido todas las fortificaciones y muerto á cuantos se hallaban en ella.»

Durante su residencia en el Cairo, Napoleon se dedicó á sus tareas estadísticas sobre el Ejipto. Las notas que redactó se han publicado en las memorias de su secretario.

Una nueva correría de Murad-Bey por el Bajo Ejipto le sacó pronto de estas pacíficas ocupaciones. Salió del Cairo en 14 de julio y se encaminó á las Pirámides.

Pero un espreso de Marmont, que mandaba en Alejandría, le trajo el 5 por la tarde la noticia de que los Turcos, protejidos por los Ingleses, habian efectuado un desembarco en Abukir el dia 11. El jeneral en jefe voló al punto al encuentro del ejército musulman mandado por el bajá Mustafá, ansiosísimo de vengar el desastre de Abukir en este mismo punto. Completo fué el desagravio, pues diez mil hombres fueron arrojados al mar, y los demás quedaron prisioneros ó muertos. Dejemos hablar á Bonaparte mismo escribiendo al Directorio sobre este gran dia.

«En mis pliegos del 21 de floreal, os participé cómo la estacion de los desembarques me determinaba á dejar la Siria.

«El 23 de mesidor, cien velas, muchas de ellas de guerra, se presentan delante de Alejandría y fondean en Abukir. El 27, el enemigo desembarca, y toma por asalto y con estremado denuedo el reducto y estacada de Abukir.



El fuerte capitula ; el enemigo desembarca su artillería de campaña, y reforzado por cincuenta velas, se sitúa, apoyada la derecha en el mar y la izquierda junto al lago Maadieh, sobre unos cerros de arena.

« Salgo de mi campamento de las Pirámides el 27, llego el 1°. de termidor á Rahmanieh, elijo á Birket por centro de mis operaciones, y el 7 de termidor á las siete de la mañana arrostro al enemigo.

« El jeneral Lannes marcha siguiendo el lago y se forma en batalla en



frente de la izquierda del enemigo, al mismo tiempo que el jeneral Murat, que manda la vanguardia, dispone que el jeneral de Destaings ataque la derecha sostenido por el jeneral Lanusse.

« Una hermosa llanura de cuatrocientas toesas separa las alas del ejército enemigo, nuestra caballería se entromete en ella, y con la velocidad del pensamiento pasa á retaguardia del enemigo, que acuchillado y volcado, se ahoga en el mar sin que se libre uno solo. Si hubiese sido un ejército europeo, hubiéramos hecho tres mil prisioneros, pero aquí fueron tres mil muertos.

« La segunda línea del enemigo, situada á quinientas ó seiscientas toesas, ocupa una posicion formidable. El istmo es allí muy estrecho; estaba atrincherado con el mayor esmero y sostenido por treinta lanchas cañoneras, ocupando además por delante la aldea de Abukir, que estaba aspillerada y fortificada. El jeneral Murat entra en la aldea, y el jeneral Lannes, con la 22ª. y parte de la 69ª., se arroja sobre la izquierda del enemigo, mientras que el jeneral Fugieres ataca en columna cerrada la derecha. Se echa igualmente el resto en el ataque y en la defensa; pero la intrépida caballería del jeneral Murat ha resuelto merecer el principal timbre en este dia; ataca al enemigo por la izquierda, coje la derecha por retaguardia, la sorprende en un mal paso y hace en ella una carnicería horrorosa. El ciudadano Bernard, comandante de batallon en la 69.ª, y el ciudadano Bayle, capitan de granaderos de esta semi-brigada, son los primeros que entran en el reducto y se cubren de gloria.

« Toda la segunda línea enemiga queda, como la primera, en el campo de batalla ó se ahoga en el mar.

« Quédanle al enemigo tres mil hombres de reserva que ha situado en el fuerte de Abukir á cuatrocientas toesas detrás de la segunda línea: el jeneral Lanusse lo acomete bombardeándolo con seis morteros.

« La playa á que las corrientes llevaron el año pasado los cadáveres ingleses y franceses, se halla cubierta ahora de los de nuestros enemigos; se han contado muchos miles, y no se ha salvado un solo hombre de este ejército.

« Mustafá, bajá de Romelia, jeneral en jefe del ejército y primo hermano del embajador turco en Paris, se halla prisionero con todos sus oficiales: os envio esas tres colas.....

« El triunfo de esta batalla se debe principalmente á Murat: os pido para este jeneral el grado de jeneral de division, pues su brigada de caballería ejecutó imposibles.....

« He regalado al jeneral Berthier, de parte del Directorio ejecutivo, un puñal de labor esquisita, como prueba de satisfaccion por los servicios que no ha cesado de hacerme durante toda la campaña..... »

Aprovechóse Bonaparte de esta ventaja para enviar un parlamentario

al almirante inglés, este le remitió la gaceta francesa de Francfort del 10 de junio de 1799. El jeneral francés, que se quejaba de algun tiempo á aquella parte de que le dejaban sin noticias de Europa, leyó con anhelo aquel periódico. Vió la rematada situacion de los negocios de Francia y los desmanes de nuestros ejércitos: « Ya lo veo, esclamó, no me engañó mi corazonada, ¡la Italia está perdida!!! ¡ah desastrados! Todo el fruto de nuestras victorias ha desaparecido; tengo que irme. »

Desde aquel momento tomó su determinacion, comunicóla á Berthier y al almirante Gantheaume, encargado de disponer dos fragatas, la *Muiron* y la *Carrere*, y dos bajelillos, el *Desquite* y la *Fortuna*, para trasportar á Francia al jeneral y su comitiva.



Tratábase de dejar el mando en jefe del ejército en manos dignas de él. Bonaparte tenia que elejir entre Desaix y Kleber. Deseoso de llevar consigo al primero, se decidió á nombrar el segundo por sucesor suyo, aunque no estuviesen muy bien avenidos (1). Escribió para comunicarle su intento y entregarle el mando. Entre las instrucciones que le dió, merece notarse esta frase: « Los cristianos serán siempre nuestros amigos: hay que irles á la mano en punto á sus demasías para que los Turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo que tienen con los cristianos, lo cual nos haria irreconciliables. »



(1) Bonaparte habia escrito á Kleber en 1798: «Crea Vd. que aprecio mucho su amistad. Temo que estemos algo reñidos, y seria Vd. injusto, si dudase del sentimiento que esto me causaria. En el Ejipto, las nubes, cuando las hay, pasan en seis horas; por mi parte, si las hubiese, hubieran pasado en tres. » Todo esto manifiesta la zozobra de un rompimiento, mas bien que una simpatía mutua. Los dos guerreros podian y debian apreciarse, pero es innegable que no se amaban.

En cuanto á si el regreso de Bonaparte fué deseado y solicitado por el Directorio (1), que le habia visto marchar con gozo mal encubierto para el guerrero mismo, hase citado una carta firmada por Treilhard, Lareveillere-Lepaux y Barras, en vista de la cual Napoleon se hubiera decidido particularmente á salir de Ejipto. Arduo es apurar cómo pudo acordar aquel paso en medio de datos contradictorios, pero lo que nos parece cierto es que desengañado de sus aprensiones sobre el Oriente por el poco éxito de su campaña de Siria, é instruido del estado de los negocios en Francia, creyó que era llegado el momento de patentizar sus miras ambiciosas y asestarlas al Occidente. «Las noticias de Europa, dice en una proclama dada en Alejandría, me han decidido á marcharme á Francia. Dejo al jeneral Kleber el mando del ejército, y pronto tendrá todo él noticias de mi paradero. Amarguísimo se me hace el dejar á unos soldados á quienes profeso tanto afecto, pero será momentáneamente, y el jeneral que les queda merece la confianza del gobierno y la mia.»

Bonaparte dió á la vela á fines de agosto llevando consigo á Berthier, Marmont, Murat, Lannes, Andreossy, Monge, Berthollet, etc. Fué evitando el crucero inglés que se habia alejado de la costa africana para ir á reponerse de víveres en un puerto de Chipre, y habiéndose librado así de Sydney-Smith, desembarcó en Frejus el 6 de octubre.



(1) Tambien se ha hablado de pliegos que Bonaparte habria recibido de sus hermanos en el sitio de Acre, por medio de un oficial llamado Burbaki, y que le habrian inducido á abandonar aquel cerco para regresar á Francia. Esto no es verosímil. Bonaparte se quejaba de la total ignorancia en que se hallaba acerca de los negocios de Europa hasta el acto de su partida.



CAPITULO IX

Regreso á Francia. 18 de brumario.



La travesía de Alejandría á Frejus no se habia efectuado sin contratiempos y peligros. Para salir de las aguas del Ejipto la escuadrilla habia tenido que forcejear contra vientos tan contrarios, que el almirante habia propuesto volver al puerto; y este partido, aconsejado ú deseado por toda la tripulacion, hubiera prevalecido sin el teson brioso y la resolucion incontrastable de Bonaparte, decidido á aventurarlo todo para abarcar los destinos esclarecidos que le estaban aguardando en Europa. Iguales obstáculos y consejos encontró al partir de Ayacio, y les opuso igual tenacidad. Este

empuje de su arrojo y el estraño rumbo que señaló al almirante Gantheaume, siguiendo las costas de Africa para tomar despues la punta de la Cerdeña, le salvaron probablemente de los cruceros ingleses. Sumo contra-



resto le oponia la perspectiva del fastidio de la cuarentena, al mismo tiempo que la mas pequeña vela le causaba las mayores congojas. Habia sabido en Ayacio el funesto éxito de la batalla de Novi, y prorumpia una y mil veces: « Sin esa maldita cuarentena, apenas tocara en tierra, fuera á ponerme al frente del ejército de Italia. Aun hay remedio. Estoy seguro de que no hay un jeneral que me negara el mando. La noticia de una victoria alcanzada por mi llegaria á Paris tan pronto como la de Abukir, y esto surtiria muy buen efecto. » Ya se ve que Bonaparte conocia la necesidad de rebozar con novedades las desagradables impresiones que podia producir su partida de Ejipto, venida solitaria y tan inesperada que debia esponer al jeneral á las reconvenciones de haber desamparado su ejército. Pero cuando conoció toda la estension de los reveses que habian padecido las armas francesas allende los Alpes, quedó desahuciado de sus soñados triunfos, y luegó se mostró tan abatido que con motivo se dijo que estaba vistiendo luto por el malogro de la Italia. Por lo demás, el afan del vecindario de Frejus le preservó de las congojas de la cuarentena. Luego que supieron la entrada del jeneral Bonaparte en su puerto, cubrieron el mar de botes, rodeando el bajel que traia á bordo al hombre grande, voceando: « Preferimos la peste á los Austriacos. » De modo que fué imposible observar las precauciones sanitarias, de lo cual se aprovechó Bonaparte para acelerar su regreso á Paris.

Habia participado su llegada á la esposa y hermanos, quienes le salieron desaladamente al encuentro por el camino de la Borgoña que debia seguir segun el itinerario que les habia enviado. Pero en Lion mudó de



parecer y tomó el rumbo del Borbonés. Josefina y sus cuñados no habiéndole hallado en Lion, volvieron inmediatamente á Paris.

Cualquiera que fuese el concepto que se pudiera formar del pronto regreso de un jeneral en jefe dejando su ejército allende el mar, bajo un cielo abrasador y en un pais mal sano, la gran mayoría de la nacion le recibió como un libertador. La democracia, despues de haber dado á la Francia sus inmensos recursos contra el estranjero, habia llegado á producir en el interior un quebranto universal á fuerza de vicisitudes, de reacciones y de turbulencias. La revolucion, que habia hallado tan dignos y poderosos pregoneros en la asamblea constituyente, la lejislativa, la convencion y la junta de salvacion pública, nada tenia que esperar de las instituciones y de los caudillos de aquella temporada, porque estaban desconceptuando la potestad sin provecho para la libertad, y reemplazando la prepotencia popular con la tiranía alternada de las facciones. Si á esto se añade que la república, en las manos á donde habia ido á parar y bajo el viso que habia tomado, no lograba afianzar la victoria bajo nuestras banderas, y que desmanes redoblados habian desvanecido el fruto de nuestras primeras é inmortales campañas, era muy obvio que los ánimos estuvieran en lo jeneral dispuestos para una gran mudanza política. ¿Pero de qué jaez seria este trueque, y qué hombre ó qué hombres lo ejecutarian? He aquí lo que todos se andaban preguntando, y lo que daba campo á mil conjeturas, á esperanzas ó zozobras, segun las opiniones é intereses de cuantos se afanaban tras estas cuestiones.

No cabia dar el golpe de estado á favor de la democracia, que padecia á la sazon toda la odiosidad de los recuerdos y cargos, acriminándole mas y mas los trastornos y la anarquía cuyo término aguardaban todos con impaciencia. Tampoco podia darse á favor de los realistas, porque la nacion en globo seguia apeteciendo los resultados de la revolucion, aun cansándose de las tormentas del réjimen republicano, y todo el ejército, como lo habia probado en fructidor, se hubiera sublevado por otra parte contra cualquier tentativa para reponer á los Borbones.

Era pues únicamente hácia una concentracion de la autoridad en manos briosas á lo que la opinion nacional manifestaba su propension; pero siempre por el rumbo y miras de la revolucion, y no contra ella. En semejante situacion, entre la repugnancia invencible del pueblo y del ejército por una reaccion borbónica, y la zozobra de un recrecimiento popular, la necesidad llamaba al timon de los negocios á un hombre que pudiera preservar la reforma social del año 89 de los riesgos que le habia hecho correr la relajacion incesante de los móviles del estado, é imposibilitase á los ánimos enconados el inclinarse al partido realista. En desempeño de tan sublime intento, no debia el emprendedor apear temporalmente á la democracia sino en provecho de la revolucion misma, y hacer individual la dictadura colectiva que habian ejercido las asambleas nacionales en nombre del pueblo. Era preciso pues que fuese íntimamente revolucionario, adicto sin reserva á los nuevos intereses, hondamente imbuido en el aura de su siglo, encumbrado en alas de una gloria granjeada al servicio de la Francia rejenerada, y capaz de triunfar, con el predominio de su nombradía y de su númen, de la fidelidad y adhesion que fomentaba el acaloramiento patriótico tras la constitucion del año III en algunos pechos republicanos. Tambien era preciso que su brazo fuese un antemural poderoso contra el estranjero, y que su nombre no hubiese sonado entre los estadistas, despavoridos aun con el desenfreno que habia salvado al pais sin dejar á los libertadores otra recompensa que el borron de su memoria. Solo un soldado de la revolucion podia domar al leon popular y derrocar el sistema republicano sin tocar al fondo del plantel revolucionario, siempre bienquisto en la Francia. Tiempo habia que la corazonada estaba latiendo en el pecho de aquel soldado ambicioso, acechando allá el trance, engreido con su situacion y poderío que le ponian su logro en la mano.

Lo que Bonaparte habia previsto y anhelado se avenia demasiado con el ansia y las necesidades públicas para que su presencia no fuese la señal precursora del acontecimiento que debia entablar una carrera muy nueva para el ímpetu irresistible de la revolucion francesa. Así, desde que se supo su regreso, todos los partidos se agolparon á él, formando un estribo

con su reputacion y su talento, y haciéndole servir para el logro de sus combinaciones y de sus planes.

La mayoría del Directorio, formada de Barras, Gohier y Maulins, queria conservar la constitucion del año III: el primero porque hallaba en ella medios de perpetuarse en la potestad; Gohier y Moulins, porque conceptuaban muy asequible la continuacion del réjimen republicano bajo su planta establecida. Sieyes, que por el contrario habia conservado siempre una predisposicion monárquica y una repugnancia desdeñosa á las fórmulas populares, aguardaba con impaciencia una ocasion para manifestar y satisfacer su propension encubierta. Y aun le acusaban de haber pensado en vender la república en beneficio de un príncipe de la casa de Brunswick, así como se maliciaba que Barras, desahuciando su causa y cansado de tantas vicisitudes, habia entablado relaciones con la casa de Borbon. Predispuesto ya Sieyes para quien se arrojara á una arbitrariedad contra los individuos y las instituciones democráticas, su compañero Roger-Ducos no pensaba ni obraba sino como él. Sin embargo Bonaparte desconoció al pronto á este cómplice imprescindible, y aun aparentó con él un menosprecio insultante en una comida que Gohier le dió al dia siguiente del primer avistamiento que el jeneral tuvo con el Directorio, y en la que se pasó todo con suma reserva y despego respectivo. A consecuencia de esta comida, dijo Sieyes con enojo: « ¡Miren Vds. ese insolente cómo trata al miembro de una autoridad que hubiera debido mandarle arcabuzear! »

Pero esta repugnancia recíproca que sentian el metafísico y el guerrero cedió pronto al anhelo comun de cambiar el órden político establecido en Francia. Habiendo dicho alguien delante de Bonaparte: « Buscad un apoyo en las personas que tratan de jacobinos á los amigos de la república, y no dudeis de que Sieyes está capitaneando esas jentes, » el jeneral fué amainando en su repugnancia ó se esmeró al menos en disimularla para comprometer en la ejecucion de sus intentos al hombre que habia recibido al principio con desvio y á quien positivamente no amaba. El Directorio, para librarse de un roce tan arriesgado, queria desterrar á Bonaparte dándole el mando del ejército que mas le cuadrase; pero este ofrecimiento, esplendoroso para cualquiera otro jeneral, no era para tentar al próximo soberano de Francia. « No he querido desentenderme, dijo, pero les he pedido tiempo para restablecer mi salud, y me he retirado para evitar otros ofrecimientos que pudiesen comprometerme. No volveré á asistir á sus sesiones; me decido por el partido de Sieyes, pues reune mas votos que el del disoluto Barras. » Las combinaciones que ocasionaron el 18 de brumario se tramaron principalmente por Luciano Bonaparte en los consejos, y por Sieyes, Talleyrand, Fouché, Real, Regnault de San Juan de Angely y algunos otros. Sobre todo Fouché se mostró ansiosísimo de volcar el sistema republicano cuyos antojos mas sangrientos habia lisonjeado,

y dijo al secretario de Bonaparte: « Apresúrese vuestro jeneral, pues si tarda, está perdido. »

Cambaceres y Lebrun fueron mas pausados en decidirse. El papel de conspirador no cuadraba con la circunspeccion del uno ni con el comedimiento del otro. Informado Bonaparte de su incertidumbre, esclamó como si ya dispusiera de los destinos de la Francia: « No quiero medias palabras; no se figuren que los necesito; que se decidan hoy, si no, mañana será demasiado tarde; ahora ya me siento bastante fuerte para obrar á solas. »

Casi todos los jenerales de algun concepto presentes en Paris entraron en las miras de Bonaparte; el mismo Moreau se puso á su disposicion, y pronto verémos qué papel se avino á representar en el movimiento que se preparaba. Pero le faltaba al esclarecido conspirador el arrimo del compañero de armas cuya oposicion, carácter y talento le eran mas temibles. Bernadotte porfiaba defendiendo á la república y la constitucion del año III. Sin embargo su pariente José Bonaparte lo llevó á casa de su hermano en la mañana del 18 de brumario. Todos los oficiales jenerales estaban de uniforme, y Bernadotte se presentó en traje de paisano. Ofendióse



Napoleon, y habiéndole manifestado agriamente su estrañeza, lo llevó á un gabinete, en donde se esplicó acerca de sus intentos con sumo desahogo. « Vuestro Directorio es aborrecible, le dijo, vuestra constitucion esta desgastada, es preciso dar un barrido y encaminar por otro rumbo el gobierno. Idos á poner el uniforme, no puedo aguardaros mas; pero me hallaréis en las Tuilerías en medio de todos nuestros compañeros. No conteis con Moreau ni con Beurnonville ni con los jenerales de abordo. Cuando conozcais mejor á los hombres, veréis que prometen mucho y cumplen

poco. No seais confiado.» Bernadotte respondió que no queria tomar parte en una rebelion, y entónces Bonaparte exijió la promesa de una completa neutralidad, que solo consiguió á medias al principio. «Permaneceré tranquilo como ciudadano, respondió el austero republicano, que despues consintió en ser rey; pero si el Directorio me da órden de obrar, marcharé contra todos los alborotadores.» A estas palabras, Bonaparte, en vez de entregarse á su fogosidad jenial, echó el resto en amainarle para ajenciarse con promesas y lisonjas la intervencion de un hombre de talento y valor que podia hacer frustrar la conjuracion.

Mientras que esto pasaba en la casa de la calle de la Victoria, en donde vivia el vencedor de Arcola y las Pirámides, el consejo de los Ancianos le enviaba por un mensaje el decreto siguiente:

«Art. 1°. El cuerpo lejislativo se traslada al pueblo de San Cloud.

«Art. 2°. Los consejos se hallarán allá mañana 19 á las doce.

«Art. 3°. El jeneral Bonaparte, encargado de la ejecucion del presente decreto, tomará todas las disposiciones conducentes á la seguridad de la representacion nacional. El jeneral comandante de la 17ª. division militar, la guardia del cuerpo lejislativo, los guardias nacionales sedentarios, las tropas de línea que se hallan en Paris y en el distrito constitucional y en toda la estension de la 17ª. division militar, quedan inmediatamente bajo sus órdenes, etc.

«Art. 4°. El jeneral Bonaparte, es llamado al seno del consejo para recibir una copia del presente decreto y prestar juramento. Se pondrá de acuerdo con los comisarios inspectores de ambos consejos.»

El jeneral aguardaba este decreto, convenido entre él y los partidarios que tenia en el consejo, y despues de haberlo leido á las tropas, añadió:

«Soldados:

«El decreto estraordinario del consejo de los Ancianos está conforme con los artículos 102 y 103 del acta constitucional. Él me confiere el mando de la ciudad y del ejército.

«Yo lo he aceptado en apoyo de cuanto va á providenciar, y es todo en favor del pueblo.

«Hace dos años que la república está mal gobernada. Habeis esperado que mi regreso pondria término á tantos males (1); lo habeis celebrado con

(1) Bonaparte estaba interesado en recargar los quebrantos públicos para sincerar la revolucion que estaba ideando bajo una planta gubernativa; pero por muy lamentable que fuese la situacion de la república, los negocios militares no infundian ya las mismas zozobras que tras la batalla de Novi: los triunfos de Masena habian remediado en parte nuestros fracasos. Así cuando el jeneral en jefe del ejército de Ejipto dijo al Directorio que habia venido llevado de un temor patriótico para participar de los peligros del gobierno republicano, Gohier le contestó arrebatadamente: «Jeneral, esos peligros eran

una hermandad, madre de las obligaciones que estoy cumpliendo; cumpliréis las vuestras, y ayudaréis á vuestro jeneral con el brio, confianza y teson que siempre he visto en vosotros.

« La libertad, la paz y la victoria volverán á colocar á la república francesa en el lugar que ocupaba en Europa, y que solo han podido hacerle perder la torpeza ó la traicion. »

Publicóse el decreto de los Ancianos, y se tocó llamada en todos los cuarteles de Paris. Acto contínuo, Bonaparte mandó fijar por las esquinas la proclama siguiente:



« Ciudadanos :

« El consejo de los Ancianos, depositario de la sabiduría nacional, acaba de espedir el decreto adjunto. Está autorizado por los artículos 102 y 103 del acta constitucional.

« Me encargo de providenciar el resguardo de la representacion nacional. Su traslacion es necesaria y momentánea. El cuerpo lejislativo se hallará en estado de sacar á la representacion nacional del inminente peligro

gravísimos, pero hemos salido de ellos con gloria. Llegais á tiempo para celebrar con nosotros los repetidos triunfos de vuestros compañeros de armas y consolarnos de la pérdida del jóven guerrero (Joubert) que aprendió á vuestro lado á pelear y vencer.» Bonaparte habia abultado el peligro, y Gohier exajeraba luego la seguridad.

en que nos ha puesto la desorganizacion de todas las partes de la administracion.

« En este trance necesita la hermandad y confianza de los patriotas; reunios en torno de él, único medio de afianzar la república sobre los cimientos de la libertad civil, felicidad interior, victoria y paz. »

Mientras que Bonaparte se hallaba así revestido de hecho y con una apariencia de legalidad del mando supremo de la capital, el Directorio nada hacia, y preciso es decirlo para su descargo, nada podia hacer para contrarestar los amaños que lo cercaban y mantener á un tiempo la constitucion y su propia autoridad. Gohier aguardaba en el Luxemburgo al caudillo de los conjurados que se habia brindado familiarmente á comer; no se hubiera atrevido á maliciar que su glorioso convidado queria consignar por medio de este convite en su comedor al presidente de la república para dejarle ignorar lo que se estaba tramando ú ejecutando contra el gobierno directorial. Moulins desfogaba sus iras con protestas solitarias y desvalidas; Barras venia en conocimiento de que el golpe cuyas ventajas le habian lisonjeado que participaria, iba á ejecutarse sin él (1), y que tenia que resignarse á la nulidad en que venia á quedar. Sieyes y Roger-Ducos

(1) Bonaparte habia prometido á Barras que se entenderia con él sobre sus intentos y le habia ofrecido con este motivo una visita para el 17 brumario por la noche, pero se contentó con enviarle su secretario, lo que indicaba que el jeneral estaba ocupado en otra parte y que habia dado otra direccion á sus confidencias. Comprendiólo Barras luego que vió entrar á Mr. de Bourrienne, y se miró como perdido, y al acompañarle le dijo: « Veo que Bonaparte me engaña, ya sé que no volverá; sin embargo á mí me lo debe todo. » El secretario quiso asegurarle que su jeneral le haria una visita al dia siguiente; pero esta promesa no esperanzó tampoco al director.

El dia antes, Bonaparte no habia titubeado tanto en las Tuilerías con Botot, secretario de Barras, á quien habia conceptuado representante del Directorio, y á quien descargó una amarga reconvencion que empezaba con estas palabras: «¿Qué habeis hecho de la Francia..?» Mr. Collot, testigo ocular, ha referido así esta escena memorable:

«No sé qué númen le estaba inspirando en aquel momento. Espresiones é imájenes sublimes manaron de sus labios como un raudal de elocuencia. Rasgueaba á la Francia tal como la habia dejado; los arsenales llenos, su territorio aumentado, sus tropas bien vestidas, bien mantenidas y en todas partes victoriosas, etc. etc.; luego trasladándose de repente á nuestros últimos campos de batalla, mostró todavía en ellos sus soldados tendidos, muertos en el campo de la derrota, aquellos soldados que no habian conocido á sus órdenes mas que la victoria; pintó sus restos humillados, etc. etc. Todo esto fué bosquejado con pinceladas tan recias y trascendentales y pronunciado con una vehemencia, una entonacion de autoridad y de quebranto tan grandiosa, que todos los que estaban presentes quedaron exhalando iras contra el Directorio.

estaban decididos á hacer dimision de sus cargos, y sobresalia sobre todo el primero entre los jefes de la maquinacion. Los obstáculos que Bonaparte podia encontrar, solo se hallaban por consiguiente en el consejo.

Trasladóse a él á la una de la tarde del 19, despues de haber hecho ocupar por sus tropas todas los puestos importantes á las órdenes de jene



rales adictos, llevando consigo á Berthier, Lefevre, Murat, Lannes, etc. En cuanto á Moreau, le nombró alcaide de los directores obstinados Gohier y Moulins, cuya renuncia se publicó sin embargo por medio de una de aquellas patrañas no escaseadas en este dia. Sieyes y Roger-Ducos enviaron efectivamente las suyas: el primero, siempre cuidadoso de tener una salida á todo evento, tuvo la precaucion de mandarse arrestar en su casa. Informado Barras por Talleyrand de lo que le habia hecho presumir la visita de Bourrienne, abdicó en manos del célebre negociador y salió inmediatamente para Grosbois, dejando una carta para el presidente del consejo de los Ancianos, en la que, despues de haber protestado de su desinterés y amor esclusivo á la patria y á la libertad, declaraba «que volvia gustoso al estado de mero ciudadano, feliz, tras tantas borrascas, de entregar enteros y mas respetables que nunca los destinos de la república en cuyo depósito habia tenido parte.»

Aunque los conjurados se creian dueños del consejo de los Ancianos, Bonaparte encontró en este cuerpo mas oposicion de la que habia previsto. Su presencia fué la señal de vehementísimos cargos, y como estaba acostumbrado á hablar á muchedumbres obedientes, el ademan amenazador de algunos republicanos adustos ó acalorados que se cubrian con el título sagrado de representantes del pueblo, le causó una conmocion que estuvo á punto de comprometer el éxito de aquel dia. Oraciones cortadas, palabras sin ilacion, esclamaciones interrumpidas por los alaridos del auditorio, fueron todo lo que se le pudo oir en la tribuna. Ora dirijia reconvenciones al partido democrático, ora tomaba un rumbo apolojético y procuraba sincerar su conducta con el recuerdo de sus pasados servicios. Al fin invocó la libertad y la igualdad, y como Lenglet se valió de esto para recordarle la constitucion, esclamó con mas entereza: « La constitucion la habeis atropellado el 18 de fructidor y el 22 de floreal y el 30 de praderal. ¡La constitucion! todas las facciones la invocan y todas la quebrantan..... y aun hoy se conspira en su nombre. Si es forzoso esplicarse claramente, si hay que citar personas, las citaré. Diré que los directores Barras y Moulins me han propuesto que me pusiese al frente de un partido, cuya propension era abatir á todos los hombres de ideas liberales. »

Estas últimas palabras estremaron todos los ímpetus que arrebataban al consejo. Pidieron que se declarase en sesion secreta, pero la mayoría se opuso é intimó á Bonaparte que se esplicase sin rebozo á la faz de la nacion. Entónces se vió en mayor apuro, y reinando en la asamblea la mas ansiosa ajitacion, terminó con esta voz que pronunció al retirarse: « El que sea de los mios, que me siga. »

Aun era mayor el desasosiego en el consejo de los Quinientos, cuya mayoría se mantenia firmemente adicta á la constitucion y á la república. La lectura de la carta de Barras, al confirmar todo lo que hacian presajiar los acontecimientos del dia anterior, habia escitado las proposiciones mas enérjicas contra cualquiera que atentase contra el órden existente. A propuesta de Delbrel, los representantes renovaban su juramento, cuando Bonaparte se presentó en la asamblea con una escolta de granaderos. A este aspecto se manifestó en el salon una indignacion casi universal, oyéndose por todas partes los gritos de: « Muera el dictador, muera el Cromwell, Bonaparte fuera de la ley. » Algunos diputados se arrojaron de sus asientos, saliendo al encuentro al jeneral, para echarle en cara aquella profanacion del templo de las leyes. « ¿Qué haceis, temerario? le dijo Bigonet, retiraos. » Y como esta demostracion parecia unánime, Bonaparte, aun conmovido de la resistencia inesperada que habia encontrado en el consejo de los Ancianos, se vió imposibilitado de contrarestar á este nuevo alboroto parlamentario, mas amenazador que el primero, y volvió á

reunirse con su escolta que le acompañó hasta el punto donde estaban las tropas (1). Allí se sintió mas alentado y recobró su osadía y confianza,



cuando Luciano, teniendo que dejar la presidencia porque no quiso poner á votacion la proscripcion de su hermano, le trajo, no solo el apoyo de la autoridad que acababa de deponer en el seno de la asamblea y con la que persistia en apoyarse fuera de ella, sino tambien el auxilio de su elocuencia, denuedo y eficacia.

(1) Inútil es recordar aquí la interpretacion de oficio que quiso trasformar en asesinos á los representantes del pueblo, y recomendó á las gracias del primer cónsul al granadero Thomé y otro compañero suyo por supuestas heridas que no recibieron uno ni otro. Sabido es de todos hoy dia que la fábula de los puñales solo fué inventada para lejitimar la intervencion de las bayonetas y escitar la ojeriza nacional contra los republicanos. Cualquiera que sea la opinion que se forme acerca del 18 de brumario, imposible es no ajar, en nombre de la moral pública, todas las imposturas y calumnias de que hicieron uso los que despues se proclamaron libertadores del pais, cuando el éxito coronó sus conatos. Así el terror salvó á la Francia, y mas de cuatro terroristas emplearon medios ó cometieron actos que el resultado no puede abonar. En la misma balanza debe pesar la historia los actos y las palabras de Luciano Bonaparte y de sus cómplices.

Luciano montó á caballo, recorrió las filas y con el acento de un hombre que parecia aun tener á la vista puñales y asesinos, esclamó:

« Ciudadanos, soldados:

« El presidente del consejo de los Quinientos os declara que la inmensa mayoría de aquel consejo se halla en este momento aterrada por algunos representantes del pueblo que armados de puñales asedian la tribuna, amenazan de muerte á sus compañeros y acarrean las deliberaciones mas espantosas.

« Os declaro que esos malvados forajidos, sin duda pagados por la Inglaterra, se han rebelado contra el consejo de los Ancianos, atreviéndose á querer poner fuera de la ley al jeneral encargado de la ejecucion de su decreto; como si aun estuviéramos en aquellos terribles tiempos de su reinado en que la palabra fuera de la ley bastaba para derribar las cabezas mas amadas de la patria.

« Os declaro que ese puñado de furiosos se han puesto ellos mismos fuera de la ley por sus atentados contra la libertad del consejo.

« En nombre de ese pueblo, tantos años hace juguete de tan desastrados hijos del terror, confio á los guerreros el afan de libertar á la mayoría de sus representantes, para que salvos de los puñales por medio de las bayonetas, puedan deliberar sobre la suerte de la república.

« Jeneral, y vosotros soldados y ciudadanos, no reconozcais por lejisladores de la Francia sino á los que se reunan conmigo; en cuanto á los que permanecerán en el Invernadero, serán espulsados á viva fuerza. Esos bandidos ya no son los representantes del pueblo, son los representantes del puñal. Quédeles este dictado, sígales á todas partes, y cuando se atrevan á mostrarse al pueblo, señalémoslos con el dedo dándoles el merecido nombre de representantes del puñal.....

« ¡ Viva la república ! »

A pesar de este lenguaje, los soldados titubearon, lo cual, visto por Luciano, añadió para determinarlos: « Juro traspasar el pecho de mi propio hermano, si algun dia atentase contra la libertad de los Franceses. »

Este juramento, pronunciado con brio, triunfó de la indecision de las tropas. Sin embargo Bonaparte titubeó al dar órden á Murat de marchar al frente de los granaderos y dispersar la representacion nacional. Pero frustrada ya la esperanza que habia concebido de conseguirlo todo con el predominio de su presencia y de sus razonamientos, é instado eficazmente por su hermano y los principales conjurados, se decidió á disolver la asamblea á viva fuerza y el salon quedó desocupado en un momento.

Sin embargo los autores del 18 de brumario, una vez victoriosos, quisieron valerse todavía de los fórmulas constitucionales que acababan de destruir para dar á sus actos un viso legal, y al efecto buscaron por todas

partes algunos restos de la asamblea que habian espulsado violentamente



para formar un remedo de representacion nacional. Luciano logró reunir, en el invernadero de San Cloud, unos treinta diputados que se encargaron de ejercer maquinalmente la potestad soberana que Bonaparte poseia ya en realidad y que decretaron, además de la esclusion de sesenta y un compañeros suyos, la disolucion del Directorio y formacion de una junta consular compuesta de tres miembros, á saber: Sieyes, Roger-Ducos y Bonaparte. Este gran cambio se efectuó á las nueve de la noche.

Eran las once, y aun Bonaparte se hallaba en ayunas de todo aquel dia. En lugar de atender á sus necesidades físicas, solo pensó al volver a casa, aunque tan entrada la noche, en completar aquel dia memorable anunciándolo y esplicándolo al pueblo francés con su acostumbrada superioridad. Con este objeto redactó la siguiente proclama:

«A mi regreso á Paris hallé todas las autoridades divididas y solo unánimes en una sola verdad, esto es, que la constitucion estaba casi destruida y no podia salvar la libertad.

«Todos los partidos acudieron á mí, me patentizaron sus intentos y reclamaron mi arrimo, pero me desentendí de partidos.

«El consejo de los Ancianos me ha llamado y he correspondido á su confianza; los sujetos, en quienes la nacion está acostumbrada á ver

defensores de la libertad, igualdad y propiedad, habian ideado un plan de restauracion jeneral, que requeria un escrutinio detenido, libre y ajeno de todo influjo y zozobra. En su consecuencia el consejo de los Ancianos ha dispuesto la traslacion del cuerpo lejislativo á San-Cloud, encargándome de disponer la fuerza necesaria á su independencia. He creido deber aceptar el mando en obsequio á mis conciudadanos, á los soldados que están pereciendo en nuestros ejércitos, y á la gloria nacional granjeada con su sangre.»

Despues Bonaparte referia lo que habia ocurrido en San-Cloud, confirmando con su poderoso testimonio el arrojado invento de Luciano sobre los puñales, y terminaba así:

«Franceses, sin duda agradeceréis el afan de un soldado de la libertad y de un ciudadano adicto á la república. Las ideas conservadoras, tutelares y liberales han recobrado sus derechos con la dispersion de los facciosos que oprimian á los consejos, los cuales, al parar en malvados odiosísimos, han venido á ser los mas desventurados.»





CAPITULO X.

Establecimiento del gobierno consular.

Los hombres austeros en sus principios, los republicanos inflexibles, persuadidos de que la causa popular habia zozobrado con la espada y la calumnia, con las fórmulas democráticas de la constitucion del año III, tildaron de crímen de lesa nacion la arbitrariedad de brumario. El pueblo en globo, el conjunto de todos los partidos, la inmensa mayoría de las clases alta y media, y casi la unanimidad de la clase trabajadora, cuantos daban mayor valor á la prosperidad material de la Francia, á su pacificacion doméstica y á su seguridad esterior, que á las cuestiones de mecanismo constitucional y de metafísica gubernativa, en una palabra, todo el pais, escepto algunos áni-

mos indómitos, se afanó en descargar á Bonaparte del atentado de San-Cloud, considerándolo universalmente como un suceso acarreador de felicidades.

«Se ha estado ventilando metafísicamente, dijo Napoleon en Santa Helena, y aun se cavilará por mucho tiempo sobre si se atropellaron las leyes y fuimos delincuentes; pero estas son abstracciones cuando mas apropiadas á los libros y las tribunas, y que deben desaparecer ante la incontrastable ley de la necesidad; y es en suma culpar al marino que hachea sus mástiles para no zozobrar. El hecho es que sin nosotros la patria estaba perdida y que la salvamos. Así los autores y ejecutores de aquella memorable arbitrariedad en vez de sincerarse, deben tan solo responder engreidamente á sus acusadores á ejemplo del Romano. «Protestamos que hemos salvado nuestro pais, venid con nosotros á dar gracias á los dioses.»

«Y no cabe duda en que cuantos se arremolinaban en el torbellino político, han tenido tanto menos derecho de quejarse con justicia, cuanto



concordaban todos en que era imprescindible una mudanza, que todos la ansiaban y que cada cual procuraba efectuarla por su parte. Yo ejecuté la mia á impulsos de los moderados, y sus resultados fueron el fin ejecutivo de la anarquía y el inmediato recobro del órden, hermandad, fuerza y nombradía. ¿Acaso hubieran sobresalido los de los jacobinos ó de los inmorales? Permítasenos decir que no. Natural es que hayan quedado descontentos y hayan voceado destempladamente. Así solo á tiempos mas remotos y hombres mas desinteresados toca sentenciar á derechas asunto tan grave. »

Esos tiempos remotos se acercan, esos hombres desinteresados van asomando, y aunque las jeneraciones actuales estén empapadas en el espíritu democrático cuyos representantes dispersó Bonaparte derribando las instituciones en San-Cloud, los demócratas de hoy dia, personalmente ajenos de las violentas impresiones que esta dispersion y mudanza causaron á los mas ardientes patriotas, deben estar ya harto exentos de recuerdos amargos y del justo encono de sus padres, para cavilar á solas con la imparcialidad si el apeamiento de los mas fogosos revolucionarios y de los mas enteros, ardientes y acendrados demócratas y republicanos no fué al cabo mas favorable que perjudicial á la marcha de la revolucion, y aun al porvenir de la democracia.

Cuando Bonaparte se presentó espada en mano para entronizar su albedrío en lugar de las leyes que el pueblo habia dictado y de los majistrados, fué porque las leyes y los majistrados no podian defender su causa contra sus enemigos interiores y esteriores, porque el rumbo de la revolucion se hallaba entorpecido, y su éxito comprometido ya por la debilidad y desquicio de la potestad; porque la anarquía estaba amenazando entregar el pais á las ciegas y menguadas pasiones de los varios sitios y facciones, y finalmente porque los chuanes y emigrados, siempre apoyados en la liga de los reyes de Europa, disputaban al jacobinismo desfallecido las grandes conquistas políticas que solo el jacobinismo en su mocedad habia podido emprender, realizar y sostener.

Era evidente que la revolucion habia apurado sus arbitrios populares y habia desgastado una de sus fórmulas. Despues de haber vencido por la omnipotencia de la muchedumbre, corria riesgo de herirse á sí misma con aquel temible instrumento de su victoria que no acertaba á manejar por mucho tiempo sin peligro. Su nueva situacion requeria por lo tanto una nueva planta; la dictadura de uno solo debia coartar el desenfreno que no podia contener la dictadura de todos. Una de las mas hermosas manifestaciones de la potestad revolucionaria era aquella facilidad en hallar, segun las necesidades del momento, conceptos y hombres de órden para continuar la obra de los conceptos y de los hombres de libertad bajo una apariencia de reaccion opuesta, y en realidad bajo un interés comun y un

objeto idéntico. Los reyes y la aristocracia europea, que habian temblado ante el pueblo soberano cuando se espresaba con millones de voces y tremolaba millones de heroicos brazos, se habituaban ya á no temerle, y aun empezaban á recobrar sobre él cierta ventaja, desde que el sinnúmero de sus ajentes habia acarreado funestas desavenencias y roto la unanimidad arrolladora que debió á sus dias de peligro, trasformándolos en dias de gloria. Era preciso que el pueblo soberano volviese á infundir á sus irreconciliables enemigos el terror y respeto de que trataban de eximirse, y enarbolase en sus mismas capitales el estandarte de la reforma que hasta entónces se habia ceñido á defender contra sus ataques. Para lograr este magnífico resultado, bastábale variar de táctica y de rumbo, remozando y cobrando nuevo temple por medio de una trasformacion completa. El número inmenso de sus prohombres habia llegado á esponerle á mil discordias destrozadoras; la mayor parte de sus miembros, acosados con tan larga lucha, se hallaban exhaustos y ruinosos. Su albedrío y empuje, endentados por infinitas ruedas que se estaban rozando y entorpeciendo mutuamente, carecian de esfuerzo y unidad, y todo vino á brotar oportunamente por el númen de un solo individuo.

Así Bonaparte no destronó al pueblo en San-Cloud, y solo varió su representacion haciéndola única de colectiva que era, y el pueblo manifestó que así lo comprendia, saludando su advenimiento con entusiasmo. Como la asamblea constituyente y la junta de salvacion pública habian espresado la voluntad nacional en su período de destruccion y resistencia, así el dictador, que se revistió sucesivamente con los dictados de cónsul y emperador, fué su esclarecida espresion en su período de reorganizacion y de propaganda armada. Tras tantísimo yerro cometido últimamente por el grande hombre, tras tantos descarríos villanos, tantos desmanes y tantos ultrajes padecidos, el pueblo ha permanecido inalterable en su pensamiento, y el pensamiento del pueblo es el único cuya infalibilidad atestigua la perseverancia. En aquel piélago político, cuyo flujo y reflujo ha sumido durante treinta años y diariamente absorve tantas grandes nombradías y tan esplendorosas reputaciones, el recuerdo de Napoleon va surcando solo y arrostrando la borrasca y las oleadas que al parecer lo encumbran, para que reciba en mas remontado sitio el testimonio duradero del afecto popular.

Y esta inmensa y constante popularidad no la debe á los prodijios de su espada, cuyo poderío pudiera deslumbrar á la jeneracion contemporánea. El culto á su nombre, mas relijiosamente tributado bajo un techo de paja que en los palacios, demuestra que, lejos de haberse propasado de los principios y de los intereses democráticos, tuvo algun derecho en llamarse el primer demócrata de Europa; porque no sin motivo le considera el pueblo todavía como el revolucionario que mas poderosamente conmo-

vió las potencias antiguas y la preponderancia sobrepuesta del nacimiento y de las riquezas, por medio de la emancipacion del mérito que llegó á ser el único realce para todos los empleos, y cuyos escojidos llegaron hasta el trono para hollar el orgullo y los prestijios de la antigua soberanía, dejando así campo desahogado y anchurosa carrera al sistema de igualdad, desde el ínfimo escalon hasta el sumo en la gradería política.

No vayan pues á defender el tema personal de los republicanos del año VIII los hombres preocupados con la suerte de su pais y con el porvenir de la humanidad, ni á pedir cuenta á Bonaparte de la constitucion del año III, si es indisputable que su usurpacion, ya que así quiere llamársela, no fué mas que una de las faces bajo que debia consolidarse en Francia y cundir por Europa el afan revolucionario. Tambien Mirabeau fué un usurpador, cuando queriendo encumbrar á soberana la junta en que estaba reinando con su elocuencia, incitó al estado llano á menospreciar sus acuerdos, á destruir la antigua distincion de los estamentos, y á derribar las leyes vijentes para proclamarse único depositario de la potestad constitutiva. Sin embargo, solamente los estremados del antiguo réjimen se han atrevido á decir que el juramento del Trinquete fué un acto impío y culpable, porque atacó las instituciones fundamentales de la monarquía, y se tributó con manifiesta violacion del espreso mandato de los diputados. En efecto, solo á partidarios y letrados, movidos por enconos ó por escrúpulos, toca andar escudriñando sutilezas al númen sobre la legalidad de su desempeño, cuando acaba de ejecutar heroicidades.

Si Bonaparte no apagó el volcan democrático como alternativamente se le ha tildado y encarecido; si tan solo ocultó su cráter espantoso, primero con la silla consular, y luego con el solio imperial, debe descargarle la jente republicana de haber sacrificado los visos de la democracia á sus intereses esenciales, su salud y su propagacion. Sin él, no por eso hubiera dejado de perecer la república; pero algunos años mas de existencia bajo leyes desvalidas y autoridades menospreciadas, no hubieran hecho mas que agravar el cáncer que la estaba corroyendo, y los cargos que le asestaban. Tales hubieran sido los progresos del quebranto y del enfado, que hubiera podido efectuarse una reaccion violenta contra la revolucion, aun sin permitir que ninguno de sus partidarios encaminase sus pasos por el rumbo de los nuevos intereses, y que hubiéramos tenido en los primeros años del siglo XIX la restauracion que vino quince años despues. No cabe duda en que la restauracion no hubiera logrado tampoco sentarse definitivamente, pero hubiera tenido mas probabilidades de duracion, llegando á favor de las discordias civiles tras una conmocion interior, y con la apariencia de un acto espontáneo de la nacion que la hubiera preservado del achaque orijinal que la manchó en su alianza con los estranjeros; achaque radical que la estrelló desde sus primeros pasos. Hallara además toda-

vía á la sazon la mayor parte de las jeneraciones educadas bajo el réjimen antiguo, y que las tormentas revolucionarias habian hermanado algun tanto con los tiempos pasados. Por otra parte, los hijos de la revolucion, que se hallaron ya hombres en 1815 y cuya entrada en los negocios públicos causó la desesperacion de los Borbones, hubieran visto atajada en su principio aquella educacion liberal, lográndose tanto mas fácilmente horrorizarlos con la república, cuanto hubiera enconado su odiosidad con la prolongacion de su agonía. Luego, aunque involutariamente, en el interés mismo de las ideas republicanas, Bonaparte derribó el sistema republicano, pudiendo decirse que sustancialmente ningun golpe mortal dió á la república, como tampoco á la revolucion, sino que estorbó el que suscitase por mas tiempo contra ella las aprensiones y rencores, dificultando mas y mas su renovacion.

No cabia en los republicanos enterarse por entónces debidamente de los resultados de la arbitrariedad que presenciaban. Destempló al pronto su encono al nuevo gobierno, en términos de amagar con su esterminio á varios de sus caudillos; empero los ciudadanos beneméritos, designados para el ostracismo, quedaron libres y solo sujetos á la vijilancia de la nueva policía.

Para formar un concepto cabal del desórden que reinaba en Francia bajo el Directorio cuando Bonaparte le arrebató el poder, baste decir que habiendo querido el cónsul despachar un correo á Championnet que mandaba en Italia, no se halló en el erario con qué costearlo, y cuando quiso conocer el estado de los ejércitos, hubo de enviar comisarios para hacerse cargo de ellos por falta de documentos en las oficinas de la guerra. « Pero á lo menos debeis tener, decia Bonaparte á los empleados del ministerio, un estado de los sueldos, lo cual nos conducirá á nuestro objeto. —Como no los pagamos, » le respondieron.....

Desde la primera sesion de la comision consular, Sieyes, que se lisonjeaba merecer por su edad y antecedentes políticos cierta deferencia por parte de su compañero aun mozo, á quien tenia mas envidia que nunca, preguntó: «¿cuál de nosotros presidirá?» lo cual era en cierto modo obligar á los demás á darle este distintivo; pero el raudal de los sucesos arrolló á la política, y Roger-Ducos respondió prontamente: «¿no veis que está presidiendo el jeneral?»

Sieyes, empapado en metafísica, no pensaba que un jóven salido del ejército, y cuyos estudios y afanes militares parecian haber vinculado toda su existencia, pudiera abarcar ó imajinar nuevas combinaciones gubernativas, al par de un antiguo lejislador, de quien con razon se decia que siempre tenia, como Tomás Payne, una constitucion en el bolsillo. Presentó pues osadamente el fruto de sus cavilaciones, y cuando llegó á proponer un grande elector que debia residir en Versalles con una renta de

seis millones, y sin otra funcion que la de nombrar dos cónsules con apro-



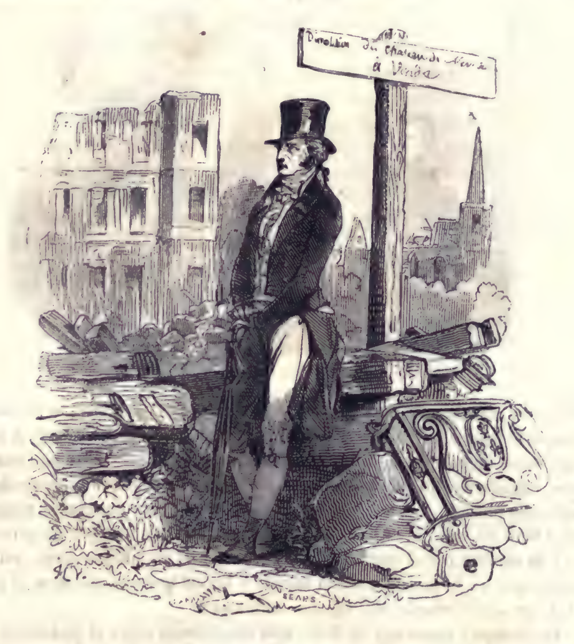
bacion del senado, que podia anular la eleccion y borrar al propio elector, Bonaparte prorumpió en risa y en sablazos, como él mismo lo dice, á las pequeñeces metafísicas de su compañero. Sieyes, tan apocado como vanidoso, cuando encontraba una resistencia tenaz, se defendia torpemente, queriendo sincerar su concepto por medio de una analojía con la majestad. « Pero no veis, le dijo el jeneral, que tomais un abuso por un principio y la sombra por el cuerpo. ¿ Y cómo os habeis podido imajinar, señor Sieyes, que un hombre de algun talento y honor quisiera avenirse al papel de un cerdo cebado con algunos millones? »

Desde aquel momento no hubo mas discusiones entre el metafísico y el guerrero, comprendiendo ambos que no podian marchar por largo tiempo de pareja. Promulgóse la constitucion del año VIII, que establecia un simulacro de representacion nacional, repartida entre varios cuerpos, tales como el senado, el tribunado y la junta lejislativa, mientras que la verdadera representacion residió de hecho en el consulado, ó por mejor decir, en el primer cónsul.

Encumbrado Bonaparte á tanta elevacion, separó á Sieyes, quien se dejó deponer mediante una dotacion nacional. Tambien alejó de su lado á Roger-Ducos, quien halló un retiro natural en el senado, y entónces tomó por nuevos compañeros á Cambáceres y Lebrun.

Cuanto providenciaba al golpe el consulado se cifraba en mejoras. Revocáronse las leyes sobre los rehenes y el empréstito forzado. La tolerancia reemplazó á la persecucion, y la filosofía sentada en el solio permitió á los fieles que levantasen altares y amparasen á los sacerdotes. Regresaron

los emigrados y proscritos de todas las opiniones y de todas las épocas, y Carnot pasó del destierro al Instituto y al ministerio.



Bonaparte conservó en los primeros tiempos de su majistratura suprema, y aun durante su residencia en el Luxemburgo, toda la sencillez de recreos, costumbres y modales que le eran naturalísimos, y que no habia perdido con el hábito de los campamentos. Era sumamente parco, y sin embargo ya barruntaba que pararia en comedor y que su flaqueza se trocaria en gordura. Acaso no influyeron poco para este trueque los baños templados de que hacia mucho uso. Por lo que toca al sueño, dormia siete horas en las veinte y cuatro, y encargaba siempre que no le despertasen, á menos que no sobreviniesen novedades infaustas: «Porque si es una noticia favorable, solia decir, nada requiere, al paso que con una aciaga no hay que perder un momento.»

A pesar de la vida algo vulgar que tenia en su palacio, recibia diariamente á todos los sujetos visibles de aquella temporada, y Josefina hacia los honores de su tertulia con el gracejo y amenidad de una gran señora

de la sociedad antigua. Allí se introdujeron, á pesar de la proscripcion de que estaban amenazados, los términos de finura y cortesanía que el rigorismo republicano habia desterrado de la conversacion, y la palabra *señor* volvió á usarse con preferencia á la voz *ciudadano*.

El primer cónsul, por lo regular vinculado en sus cavilaciones, por maravilla terciaba en los coloquios injeniosos y en los pasatiempos halagüeños de la esplendorosa tertulia que empezaba á plantearse en su casa. Sin embargo, solia estar á veces placentero, manifestando entónces, con la travesura, fluidez y chiste de su espresion, que era amable cuando queria; pero esto no sucedia á menudo, y las damas tuvieron particularmente motivo para quejarse de tanto desvío.

Adusto al parecer y arrebatado, encubria Bonaparte bajo aquel rapto desabrido un pecho de suyo afectuoso y graciable. Cuanto estaba ceñudo, angustioso, violento, despegado é inexorable en sus preocupaciones políticas obrando como hombre público, otro tanto se aparecia suave, familiar y cariñoso en las intimidades de la vida privada.

En comprobacion de cuanto decimos acerca de las prendas del corazon y de los afectos de Napoleon, creemos oportuno citar el párrafo de una carta que escribia el año III á su hermano José: «Cualquiera que sea la situacion en que te coloque la suerte, ya sabes, hermano mio, que no puedes tener mejor amigo á quien seas mas querido y que desee mas entrañablemente tu felicidad.... La vida es un leve sueño que allá se desvanece. Si te marchas y crees que sea por algun tiempo, envíame tu retrato. Hemos vivido tantos años juntos y tan estrechamente unidos que nuestros corazones se han hermanado tambien, y ya sabes mejor que nadie que el mio es todo tuyo; al rasguear estos renglones, siento unas corazonadas que pocas veces he percibido en mi vida; conozco que tardarémos en volvernos á ver y no puedo proseguir mi carta...... »

Madama Leticia solia decir, hablando de su hijo Napoleon cuando estaba en la cumbre del poderío: «El emperador es bueno por mas que haga.» Igual justicia le hace Mr. de Bourrienne, al paso que pretende que Napoleon aparentaba no creer en la amistad, y aun que manifestaba no tener cariño á nadie. Esta contradiccion se halla esplicada por la diferencia de las situaciones: el hombre de estado no tiene afectos privados, y como tal y en la esfera de los intereses jenerales que traia á su cargo, decia Napoleon que no amaba á nadie. Pero dejando la política aparte, la naturaleza recobraba ampliamente sus derechos, y aun se le ha visto mitigar en los campos de batalla el alborozo y la embriaguez del triunfo con impulsos enfrenados á veces por precision en la carrera de las armas. Durante las campañas de Italia, despues de una refriega sangrienta, pasaba con su estado mayor por medio de los muertos y heridos, y sus oficiales, enajenados con la victoria, manifestaban su entusiasmo sin detenerse en

los cuadros mas ó menos lastimosos que se ofrecian contínuamente á su vista. De repente el jeneral victorioso advierte un perro que ahullaba junto al cadáver de un soldado austríaco: «Mirad, señores, les dijo, ese perro nos está dando una leccion de humanidad.»



Pero cualquiera lugar que ocupasen en el corazon de Napoleon los afectos fundamentales de toda virtud privada y de la felicidad doméstica, y cualquier valor que diese á esta dicha, debia sacrificarla á la gloria y prosperidad del pueblo, constituyéndose su único representante, porque, lo repetimos, aunque la nueva constitucion hubiese confiado la potestad ejecutiva á tres cónsules, sabido era de todos que uno solo gobernaba; así cuando Cambaceres y Lebrun fueron instalados, mas parecian, al decir de Mr. de Bourrienne, dos testigos que compañeros de Bonaparte. Hallábase pues restablecida de hecho la monarquía con el título de república. El primer cónsul hacia y debia hacerlo todo, segun lo que cabia prometerse del oríjen de su potestad, de su predominio jenial y prepotencia de su situacion. Talleyrand lo habia presentido así como palaciego artero, y habia anticipadamente hablado bajo este concepto á Bonaparte, desde el primer dia que despachó con él como ministro de negocios estranjeros.

« Ciudadano cónsul, le dijo, me habeis confiado el ministerio de estado y corresponderé á vuestra confianza, pero creo deberos manifestar desde ahora que solo acudiré al despacho bajo vuestro mando. No es un mero engreimiento el que me impele, os hablo por el interés de la Francia: para que esté bien gobernada, es forzoso que haya unidad de empuje, que seais el primer cónsul y que este tenga en su mano todo lo que corresponde directamente á la política, esto es, los ministerios de la gobernacion y de la policia para los negocios interiores, mi ministerio

para los esternos, y luego los dos grandes medios de ejecucion, guerra y marina. Seria pues sumamente del caso que los ministros de estos cinco ramos despachasen á vuestras órdenes; no hay duda que la administracion de la justicia y el buen órden en la hacienda están unidos con la política por un sinnúmero de vínculos, aunque menos estrechos. Si me lo permitis, añadiré, jeneral, que convendria dar al segundo cónsul, intelijente jurisconsulto, pleno poder para la justicia, y al tercer cónsul, tambien muy versado en el conocimiento de las leyes de hacienda, pleno poder en este ramo. Eso los ocupará, los entretendrá, y entónces teniendo á vuestra disposicion todas las partes vitales del gobierno, alcanzaréis el objeto grandioso que llevais por delante, la rejeneracion de la Francia.» «Sabeis que Talleyrand es un buen consejero, dijo Bonaparte á su secretario despues de haberse marchado el ministro. Es un hombre sensato..... harto perspicaz, y me ha penetrado el interior. Ya sabeis que lo que me aconseja es lo idéntico que estoy deseando. Sí, no hay duda, tiene razon: se camina con mas desahogo marchando solo. Lebrun es un hombre de bien, pero no hay política en aquella cabeza; parece como si estuviese trabajando algun escrito; Cambaceres está harto imbuido en la revolucion. Es forzoso que mi gobierno sea enteramente nuevo.»

Preciso era que esta planta esencial de novedad llegase á cundir por todas las clases, porque los amigos de la revolucion vitoreaban en globo el gobierno consular, aunque encumbrado sobre las ruinas de la constitucion republicana del año III, al paso que las poblaciones ciegamente adictas al antiguo réjimen rehusaban su adhesion á la nueva potestad, no obstante todos los actos de conciliacion y de prudencia que habian señalado su instalacion.

Temeroso el primer cónsul de que tanta terquedad reencendiese la guerra civil por el oeste, espidió á los habitantes de todo aquel ámbito una proclama precaviéndolos contra las ajencias inglesas. Sus encargos, sostenidos por un ejército de sesenta mil hombres, lograron felices resultados y evitaron una esplosion jeneral. Sin embargo los caudillos realistas, sostenidos en su perseverancia por convencimientos personales y por las exhortaciones de la diplomacia europea, se mantuvieron sobre las armas, siempre dispuestos para reentablar la contienda. Bonaparte, á quien no cabia usar con ellos el lenguaje de la imparcialidad histórica, y que ni siquiera hubiera podido desempeñar su papel revolucionario, si hubiese sido capaz de contemplar con la insensibilidad de un estóico las nuevas amenazas de la chuaneria y de la emigracion; Bonaparte caracterizó con su enerjia acostumbrada á los tercos provocadores de la insurreccion realista, y los citó en una proclama como acreedores al menosprecio de la nacion y á la venganza del ejército.

Se enteraron los realistas de que ya no tenia cabida la guerra civil, no

pudiendo ya sostenerse en campaña ni dar batallas contra el nuevo representante de la revolucion, y tuvieron que resignarse á terminar la historia de la Vendea; felices en poder separar de los anales de su fidelidad y heroismo los robos y asesinatos que debian en adelante formar los únicos y mustios trofeos de las gavillas que infestaron el oeste y el mediodia despues de haberse disuelto los ejércitos reales (1).



Enfrenar ó castigar á los enemigos de la república y recompensar á sus servidores: tales eran las tareas que Bonaparte seguia con igual teson y rectitud. Conociendo cuanto apetece el mérito su debido galardon, y cuanto aventaja en verse justipreciado, distribuyó cien sables de honor á los soldados que se habian señalado en esclarecidos encuentros; y el pueblo, que veia dar al denuedo los distintivos honrosos, antes reservados para el nacimiento, ensalzó esta distribucion, que, lejos de faltar á la igualdad por la que tenia hecha la revolucion, la establecia al contrario

(1) En esta época creyeron algunos hombres eminentes del partido realista que Bonaparte, siguiendo el ejemplo de Monck, ajenciaria la restauracion de la monarquía. Admitidos reservadamente á conferenciar con él, les dijo: Olvido lo pasado y despejo el porvenir. El que marchare recto delante de sí será protejido sin distincion, y al que se desviare á derecha ó izquierda le alcanzará el rayo. Dejad que todos los Vendeanos, ansiosos de avenirse al gobierno nacional, se pongan bajo mi proteccion y sigan la carrera que tienen patente..... »

sobre el cimiento de la justicia y la remuneracion proporcionada á los servicios y á las virtudes.

Una carta de gracias que recibió entónces de un sarjento de granaderos llamado Aune, le proporcionó la ocasion de dar la respuesta siguiente: « Recibí vuestra carta, mi valiente compañero, y no necesitabais hablarme de vuestras acciones, pues de todas estoy enterado. Sois el mas valiente granadero del ejército desde que murió el esforzado Benezette. Habeis recibido uno de los cien sables que he distribuido al ejército; todos los soldados concordaban en que lo mereciais mas que otro alguno.

« Deseo mucho volveros á ver, y el ministro de la guerra os da órden para que paseis á Paris. »

Cualesquiera que fueran las miras reservadas que encubriera Bonaparte bajo sus demostraciones de llaneza y desahogo, preferible es verle halagar y recompensar el valor, aun por sistema de ambicion, á seguirle en las fiestas dadas en honor de los sujetos conceptuados de haberle preservado en San Cloud de los peligros á que no estuvo espuesto. Por lo demás, si es cierto que Bonaparte ansiaba bienquistarse á impulsos de la ambicion que abrigaba en su pecho, si es tambien innegable que el afan de su engrandecimiento personal, poderío y nombradía tenia gran cabida en



todas sus empresas políticas y militares, es tambien muy obvio que su grandeza y poderío no podian ser sino los de la Francia, cuyos destinos le estaban cometidos, y que para él trabajar en su propia gloria, para el logro de su ambicion y de su inmortalidad, era afanarse por el encumbramiento, prosperidad y porvenir del pueblo al que habia apellidado grande, y cuya asombrosa personificacion ofrecia en su persona y en su númen. El poderío ilimitado que estaba gozando solo debia servirle de palanca para que el sistema de igualdad y el númen de la civilizacion moderna hicieran los nuevos progresos que el afan de libertad, momentáneamente entorpecido en su planta esterior, no podia ya favorecer ni por sí mismo ejecutar. Los sabios y artistas recibieron en efecto estímulos de todas clases; la industria nacional, atascada con las discordias civiles, tomó un vuelo que nunca habia conocido. Se planteó el banco de Francia, el marco de pesos y medidas ideado por el Instituto mereció la sancion lejislativa; en una palabra, Bonaparte realizó como caudillo del gobierno francés cuanto habia concebido, anhelado y dado ya á conocer cuando era jeneral republicano, y se mostraba celoso de enriquecer el Museo nacional, interrogando á los profesores, poniendo sabios al frente de su estado mayor, y recomendándose al aprecio y respeto de los pueblos, mas por su dictado de individuo del Instituto que por el de comandante supremo de los ejércitos.

El cónsul se conceptuaba tanto mas dichoso en poder presidir á las conquistas intelectuales y fomentar los progresos de la ciencia, cuanto él mismo habia pensado en la gloria científica durante su mocedad, y aun intentado aventajarse á Newton. « Siendo jóven, dice, deseé ser un inventor, y allá un Newton. » El señor Godofredo Saint Hilaire refiere que le oyó decir: «La carrera de las armas no fué de mi eleccion; me hallé empeñado en ella por las circunstancias. » En las últimas horas de su residencia en el Cairo, se dirijió á Monge, que repetia afectadamente el dicho de Lagrange: « Nadie alcanzará á la gloria de Newton, pues no habia mas que un mundo por descubrir. —¿Qué oigo? esclamó, y ¡EL MUNDO DE LOS PORMENORES! ¿quién ha pensado en él? Yo á los quince años ya lo tenia creido..... ¿Quién ha clavado la atencion en el carácter de intensidad y de iman á corta distancia de los mínimos átomos, de los que somos en cierto modo los forzosos observadores? »

En medio de sus afanes belicosos y de los triunfos diarios que esclarecieron las campañas de Italia, conservó siempre sus aficiones, y no cesó de hacer marchar de frente el engrandecimiento político de la Francia y la esploracion científica por la civilizacion universal.

En Pavía hizo preguntas al fisiolojista Scarpa. En 1801, conferenció con el físico Volta, á quien condecoró sobre manera. En 1802, fundó un premio de sesenta mil francos para el que hiciese dar á la electricidad y

al galvanismo, con sus descubrimientos y esperiencias, un paso comparable al que proporcionaron á estas ciencias Franklin y Volta. Pidió tambien al Instituto un resúmen de los progresos que las artes, la literatura y las ciencias habian hecho con la revolucion. Chenier quedó encargado de la parte literaria.

No se dedicaba esclusivamente el primer cónsul á pacificar y organizar el interior de la república; tambien pensaba en la paz esterior, con lo cual hubiera querido poner el complemento á los beneficios con que señalara su advenimiento á la potestad. Entabló al intento negociaciones con el gabinete inglés por medio de Talleyrand, y aun escribió personalmente, el 26 de diciembre de 1799, la carta siguiente al rey de Inglaterra, desde los primeros dias de su instalacion en el consulado con Cambaceres y Lebrun.

« Bonaparte, primer cónsul de la república, a S. M. el rey de la Gran Bretaña y de Irlanda.

« Llamado por el voto de la nacion francesa á ocupar el primer puesto de la república, creo muy oportuno, al encargarme de este destino, participarlo directamente á V. M.

« ¿Ha de ser eterna la guerra que lleva ocho años de estar talando las cuatro partes del mundo? ¿no cabe medio de entenderse? ¿Cómo es que las dos naciones mas ilustradas de Europa, poderosas aun mas de lo que requieren su seguridad é independencia, cómo es, repito, que sacrifican á ideas de vanas grandezas la suerte del comercio, la prosperidad interior y la dicha de las familias? ¿Cómo no se hacen cargo de que la paz es la primera de las necesidades, como la primera de todas las glorias?

« Estos impulsos no pueden ser ajenos del corazon de V. M. que gobierna una nacion libre con el único objeto de hacerla feliz.

« V. M. no echará de ver en esta participacion mas que mi anhelo sincero de contribuir eficazmente por la segunda vez á la pacificacion jeneral con un pronto arreglo, prescindiendo de aquellas fórmulas que, si son necesarias para disfrazar la dependencia de los estados débiles, solo manifiestan en las naciones grandiosas un mutuo deseo de engañarse.

« Francia é Inglaterra, abusando de su poderío, pueden aun dilatar por mucho tiempo su estenuacion para desgracia de todos los pueblos; pero me atrevo á decir que la suerte de todas las naciones civilizadas está interesada en que se termine una guerra que abarca al orbe entero.

« Bonaparte. »

No era esta una mera ostentacion de comedimiento y humanidad. Si Bonaparte hubiese apetecido la continuacion de la guerra, si la hubiese querido como le han echado en cara, nada le precisaba á dar este paso

directo y solícito con el rey de Inglaterra. No hay duda en que conceptuaba provechosa la paz á su gobierno, pero sobre todo tenia empeño en consolidarlo y hacerlo amar por interés de la Francia y de la civilizacion europea. Además, ¡con qué desahogo y miramiento espresa su menosprecio de las fórmulas de la diplomacia! Sale aquí á luz y á las claras en este lenguaje el hijo de la democracia, el depositario de los intereses de la revolucion. Así el anciano monarca se desentendió de la innovacion que el majistrado republicano habia tratado de introducir en las relaciones diplomáticas, y mandó á lord Grenville que respondiese que no podia convenirle la correspondencia directa entablada por el primer cónsul, y aun encargó al ministro que redactase una nota llena de reconvenciones contra la Francia. Comprendió Bonaparte que, para obligar á la paz á enemigo tan tenaz de nuestra rejeneracion política, habia que acudir á llamamientos superiores á su ilustracion y jenerosidad. Pero no hubiera querido tener contra sí dos contrarios tan poderosos como Lóndres y Viena, y si entabló comunicaciones con ambos, fué con objeto de separarlos á uno ú otro de la liga contra la Francia. Malográronse sus conatos. La antipatía que las cortes estranjeras abrigaban siempre contra el pueblo francés, desde el orijen de la revolucion, no podia cejar sino ante la victoria y la necesidad.





CAPITULO XI.

Traslacion de la residencia consular á las Tuilerias. Nueva campaña de Italia. Batalla de Marengo. Vuelta a Paris. Fiesta nacional.



LA importancia de las esterioridades era harto conocida del primer consul, para no dedicarse á dar á las suyas cuanto podia engrandecerlas á la vista del pueblo. El palacio del Luxemburgo habia sido la morada de una autoridad endeble, hija de nuestras juntas revolucionarias, y derribada en medio de las aclamaciones de la Francia, al impulso de la repugnancia pública que habia enjendrado y que hacia diariamente mas amarga y aciaga la prolongacion de la anarquia; bastaba esto para que Bonaparte no se hallase gustoso en se

mejante residencia. Ya no convenia á un gobierno que abarcaba toda la unidad y fuerza y que aspiraba á añadir la duracion á su poderío y su gloria, no le convenia, repito, lo que habia podido bastar á hospedar aun lujosamente á un gobierno esencialmente provisional, cuya breve existencia no formaba en los recuerdos populares mas que un período de revueltas, afrentas y desastres. Necesitaba en adelante el cónsul el palacio de los reyes, por cuanto se hallaba realmente ejerciendo la potestad réjia, y tan solo en las Tuilerías, dedicadas por las tradiciones nacionales, para residencia natural de los caudillos del estado y como una especie de santuario gubernativo, solo en las Tuilerías podia residir Bonaparte. Los republicanos suspicaces insinuaban que era de temer que allí le importunase ó influyese sobre él la sombra de la antigua monarquía, cuyo edificio se maliciaba intentaba restablecer; pero entre el 10 de agosto y el 18 de brumario, entre Luis XVI y Napoleon habia habido otros dias y otras potestades fundadamente gratas á los demócratas; habian existido la convencion y la junta de salvacion pública, que tambien habian celebrado sus sesiones en la real mansion, y seguramente su residencia en aquel palacio habia debido bastar á su inauguracion revolucionaria, y desterrar para siempre la sombra amenazadora y todas las malignas influencias del antiguo réjimen.

Una vez tomada la determinacion, se fijó el 19 de enero de 1800 para la instalacion del cónsul en su nueva residencia. Llegado este dia, dijo á su secretario: « Al fin vamos á dormir en las Tuilerías..... Me fastidia tener que ir con gran séquito, pero es forzoso hablar á los ojos; esto produce buenos resultados con el pueblo. El Directorio era demasiado sencillo, y por lo tanto no merecia la menor consideracion. En el ejército es del caso la sencillez; en una gran ciudad, en un palacio, es menester que el caudillo de un gobierno procure embargar la atencion por todos los medios posibles..... »

A la una en punto salió Bonaparte del Luxemburgo, acompañado de un séquito mas imponente que ostentoso, y cuyo principal boato se cifraba en el buen porte de las tropas. Cada cuerpo marchaba precedido de su música; los jenerales y su estado mayor iban á caballo, y el pueblo se agolpaba á su tránsito para ver y aclamar de cerca á los héroes de tantas batallas, la flor de los guerreros, cuyos nombres se le habian hecho tan fa-



miliares con las esplendorosas campañas de la revolucion. Pero se desalaba ante todo tras el que sobre los demás se encumbraba en aquel dia por su potestad sola, porque siempre habia descollado sobre ellos con su numen y sus servicios; el varon que compendiaba en sí la gloria militar de la época con cuyos logros hermanaba la Francia engreidamente su propio destino. Todas las miradas se clavaban en el primer cónsul, cuyo coche iba tirado por seis caballos blancos que el emperador de Alemania le habia dado despues del tratado de Campo-Formio. Cambaceres y Lebrun, sentados en la delantera del coche, parecian ser los jentiles hombres de su compañero. La comitiva atravesó una gran parte de Paris, y la presencia de Bonaparte enardeció por donde quiera con arrebatado entusiasmo, « no siendo preciso, dice un testigo verídico, que la policía lo dispusiese. »

Luego que el cónsul llegó al patio del palacio, pasó revista á las tropas, acompañado de Lannes y Murat. Cuando desfilaron la 30.ª, 43.ª y 96.ª semi-brigadas, se quitó el sombrero, inclinándose en señal de respeto ante



sus banderas hechas jiras por el fuego enemigo y ennegrecidas por la pólvora. Terminada la revista, se instaló sin ostentacion en la antigua morada réjia.

Sin embargo para desvanecer la aprension de toda restauracion monárquica demasiado pronta, quiso que el albergue real solo fuese suyo bajo el título de palacio del gobierno, y á fin de contemporizar con el vidrioso republicanismo, mandó colocar en su nueva residencia los cuadros y estátuas de los varones eminentes de la antigüedad venerable, cuyo recuerdo era grato á los amantes de la libertad.

David tuvo el encargo de colocar su *Junio Bruto* en una de las galerías de la nueva habitacion consular, como tambien un hermoso busto del segundo Bruto, traido de Italia.

Desde su instalacion en las Tuilerías se cuentan ya las providencias restauradoras y los grandiosos establecimientos, de los que algunos ya se han apuntado, tales como el decreto cerrando la lista de los emigrados, la organizacion del banco de Francia y la de las prefecturas. Un suceso que acababa de enlutar los pechos de los republicanos de América proporcionó luego al primer cónsul una nueva ocasion de manifestar que á pesar de su rápido encumbramiento, se consideraba siempre como el primer majistrado de una república, y como tal, unido al destino de los pueblos libres por una simpatía inalterable.

« ¡ Washington ha muerto ! » decia una órden del dia dirijida á todas las tropas de la república ; « aquel varon eminente peleó contra la tiranía y consolidó la libertad de su patria ; su memoria será siempre grata al pueblo francés, como á todos los hombres libres de ambos mundos, y particularmente á los soldados franceses, que, siguiendo su ejemplo y el de los Americanos, lidian por la libertad y la igualdad.

« En su consecuencia el primer cónsul manda que durante diez dias todas las banderas y estandartes de la república lleven una gasa negra. »

El mismo dia los cónsules proclamaron el resultado de los votos recojidos acerca de la nueva acta constitucional.

De los tres millones doce mil quinientos sesenta y nueve votantes, mil quinientos sesenta y dos habian desechado, y tres millones once mil setecientos habian aceptado la constitucion.

Entretanto llegaron al gobierno noticias del ejército de Ejipto. Venian con el sobre al Directorio, y Kleber zaheria á Bonaparte culpándole de haber dejado al ejército en el mayor desamparo. El primer cónsul, que abrió estos pliegos, se tuvo por dichoso que hubiesen caido en sus manos, pero incapaz de sacrificar á rencillas personales lo que podian requerir de él los intereses de la Francia, contestó grandiosamente á Kleber como hombre que sabia dominarse y probar cuán digno era de mandar á los demás. Su respuesta fué una proclama dirijida al ejército de Oriente, y estendida para encubrir el contenido de los pliegos é informes recien llegados de Ejipto ; esta es la proclama :

« Soldados :

« Los cónsules de la república se afanan á porfía por la suerte del ejército de Oriente.

« La Francia conoce todo el influjo de nuestras conquistas sobre la restauracion de su comercio y la civilizacion del mundo. La Europa entera os contempla y mi imajinacion me traslada á vuestro lado.

« En cualquiera situacion en que los azares de la guerra os pongan, mostraos siempre los soldados de Rivoli y de Abukir, y seréis invencibles.

« Tened en Kleber la confianza ilimitada que en mí teniais, pues la merece.

« Soldados, pensad en aquel dia en que volveréis victoriosos al suelo patrio: aquel dia será de gloria para la nacion entera. »

Sin embargo la corte de Viena, recobrada del abatimiento en que la habian dejado sus repetidos descalabros en las memorables campañas de Italia, habia cedido otra vez á su odio inveterado contra la república francesa, asociándose á la política hostil del gabinete inglés, y rechazando todas las proposiciones pacíficas de Bonaparte. En esta situacion, el primer cónsul mandó al pronto que se formase en Dijon un ejército de reserva de



sesenta mil hombres, cuyo mando cometió á Berthier á quien reemplazó Carnot en el ministerio de la guerra; pero no tardó en ir á ponerse él mismo al frente de aquella hueste, titulándola nuevo ejército de Italia.

Salido de Paris el 6 de mayo, llegó el 15 al monte San Bernardo que atravesó en tres dias. El 18, Bonaparte escribió desde su cuártel jeneral de Martigni al ministro del interior, anunciándole que se habia efectuado aquel tránsito tan árduo y que todo el ejército se hallaria el 21 en el territorio italiano.

« Ciudadano ministro, le dijo, estoy al pié de los Alpes en medio del Vallés.

« El Gran San Bernardo ha presentado muchos obstáculos que han quedado vencidos con aquel heróico denuedo, distintivo jenial de las tropas francesas en todas circunstancias. Una tercera parte de la artillería está ya en Italia; el ejército baja á marchas forzadas; Berthier está en el Piamonte, y dentro de tres dias todos habrán pasado. »

Con efecto todo se ejecutó con órden y celeridad como el primer cónsul lo habia previsto.

Despues de haberse apoderado de la ciudad de Aosta, el ejército se



halló detenido por el fuerte de Bard, considerado como inespugnable, á causa de su posicion sobre un peñasco perpendicular, y atajando un valle profundo que era preciso atravesar. Para superar tamaña dificultad, se abrió en la peña, fuera de tiro de cañon, una senda que sirvió de paso á la infantería y caballería; luego en una noche oscura se envolvieron con paja las ruedas de las cureñas y carros, logrando asi pasar el fuerte por medio de la villa de Bard, bajo los fuegos de una batería de veinte y dos piezas, cuyos tiros mal dirijidos ningun daño hicieron a los soldados republicanos.

Trasladóse el cuartel jeneral á Milan en los primeros dias de junio, y desde allí dirijió Bonaparte la proclama siguiente, despues de haber decretado el restablecimiento de la república Cisalpina.

« Soldados :

« Uno de nuestros departamentos se hallaba en poder del enemigo, todo el norte de la Francia estaba atemorizado y la mayor parte del territorio liguriense, el mas fiel amigo de la república, estaba ya invadida.

« La república Cisalpina, reducida á la nada, era juguete del burlesco réjimen feudal. Soldados, apenas os poneis en marcha, cuando queda libre el territorio francés, sucediendo el alborozo y la esperanza á la zozobra y la consternacion.

« Restituiréis al pueblo de Jénova su libertad é independencia; estará para siempre libre de sus eternos enemigos.

« Os hallais en la capital de la Cisalpina, y el enemigo aterrado solo as-



pira á alcanzar sus fronteras. Habeis cojido hospitales, depósitos y parques de reserva.

« Ya está terminado el primer acto de la campaña, y como lo ois diariamente, millones de hombres os manifiestan su reconocimiento.

« Pero ¿quedará impune la violacion del territorio francés? ¿dejaréis volver á sus hogares el ejército que tiene despavoridas vuestras familias? ¡No, correréis á las armas....!

« Pues bien, marchad en su persecucion, oponeos á su retirada, arrancadle los laureles con que se ha engalanado, y así enseñaréis al mundo que la maldicion cae sobre los insensatos que se atreven á insultar el territorio de la gran nacion.

« El resultado de todos nuestros conatos será: gloria sin mancha y sólida paz. »

Tiempo habia que el ejército francés y su caudillo se habian granjeado aquella gloria sin mancha; pero mas árduo se les hacia alcanzar una sólida paz. Hallábanse sin embargo en vísperas de una de aquellas batallas decisivas que precisan á los mas pertinaces enemigos á enfrenar, al menos momentáneamente, sus ímpetus hostiles. El 9 de junio, Bonaparte cruzó



el Po, derrotó á los Imperiales en Montebello, mereciendo allí el jeneral Lannes un timbre esclarecido. El 14 alcanzó á los Imperiales en las llanuras de Marengo, y consiguió sobre ellos una de las mayores victorias que han inmortalizado las armas republicanas. Dejemos al vencedor la narracion de esta memorable jornada:

« Despues de la batalla de Montebello, el ejército se puso en marcha para pasar el Siera. La vanguardia, mandada por el jeneral Gardanne, encontró el 24 al enemigo, que defendia los alrededores del Bórmida y los tres puentes que tenia cerca de Alejandría; lo ha arrollado cojiéndole dos piezas y haciéndole cien prisioneros.

« Al mismo tiempo llegaba la division del jeneral Chabran siguiendo



el Po en frente de Valencia, para impedir que el enemigo cruzase aquel rio. De este modo Melas se hallaba acorralado entre el Bormida y el Po. Ha llabase interceptada la única retirada que le quedaba despues de la refriega de Montebello; el enemigo al parecer carecia de plan, y hacia indeterminadamente sus movimientos.

« El 25, al rayar el dia, el enemigo pasó el Bórmida sobre tres puentes, resuelto á abrirse paso; se presentó con fuerzas mayores, sorprendió nuestra vanguardia, y entabló con denuedo la célebre batalla de Marengo que decide finalmente de la suerte de Italia y del ejército austríaco.

« Cuatro veces hemos retrocedido durante la batalla y otras tantas nos adelantamos. Mas de sesenta piezas se han cojido y recobrado por una y otra parte en diferentes puntos y en diversas horas. La caballería ha cargado doce veces y con diferentes resultados.

« Eran las tres de la tarde, y diez mil hombres de infantería se escuadronaban contra nuestra derecha en la hermosa llanura de San Julian; estaban sostenidos por una línea de caballería y mucha artillería. Los granaderos de la guardia se colocaron á fuer de un reducto de granito en medio de aquella inmensa llanura: dirijióse contra este batallon la caballería, infantería y artillería con el objeto de arrollarlo, pero fué en vano. Entónces se vió lo que puede un puñado de valientes.

« Contenida la izquierda del enemigo con esta tenazísima resistencia, y apoyada nuestra derecha hasta la llegada del jeneral Monnier, nos apoderamos á la bayoneta de la aldea de Castel-Ceriolo.

« Entónces la caballería enemiga hizo un rápido movimiento sobre

nuestra izquierda que empezaba ya á cejar, y aquel avance atropelló su retirada.



« El enemigo se adelantaba contra toda la línea, haciendo un fuego de metralla con mas de cien piezas.

« Los caminos estaban cubiertos de fujitivos y heridos. La batalla aparecia perdida. Dejamos adelantar al enemigo hasta tiro de fusil de la aldea de San Julian, en donde se hallaba formada en batalla la division Desaix, avanzando ocho piezas de artillería lijera y dos batallones sobre las alas. Todos los fujitivos se iban rehaciendo á la espalda.

« El enemigo empezaba á cometer desaciertos que presajiaban su catástrofe; pues fué estendiendo sus alas en demasía.

« La presencia del primer cónsul rehacia el espíritu de las tropas.

« Muchachos, les decia, acordaos de que yo suelo dormir en el campo de batalla.

Al eco del alarido de viva la republica, viva el primer cónsul, Desaix



acomete el centro á paso de ataque, y en un instante el enemigo queda arrollado. El jeneral Kellermann, que habia protejido todo el dia con su brigada de caballeria la retirada de nuestra izquierda, cargó con tanto acierto y rapidez, que cayeron prisioneros seis mil granaderos, y el jeneral Zach, jefe de estado mayor jeneral, quedando en el campo varios jenerales enemigos. Todo el ejército siguió este movimiento, la derecha del enemigo se halló cortada, y la consternacion y el espanto cundieron por sus filas.

« La caballeria austriaca se habia adelantado hacia el centro para cubrir la retirada. El jefe de brigada Bessieres, al frente de los granaderos de la guardia, dió una carga con tanto denuedo como teson, aportillando la caballeria enemiga, con lo cual se completó la derrota del ejército.

«Hemos cojido quince banderas, cuarenta piezas, y hecho de seis á



ocho mil prisioneros; mas de seis mil enemigos han quedado en el campo de batalla.

«El 9°. lijero ha merecido el dictado de incomparable. La caballería de línea y el 8.° de dragones han descollado hasta lo sumo. Nuestra pérdida es considerable, hemos tenido seiscientos muertos, mil y quinientos heridos y novecientos prisioneros.

«Los jenerales Champaux, Marmont y Boudet están heridos.

«Los vestidos del jeneral en jefe Berthier han sido acribillados de balas, y muchos de sus edecanes han quedado desmontados. Pero una pérdida que el ejército siente vivamente y que tambien sentirá toda la república destierra el júbilo de nuestros pechos. Desaix ha sido herido de una bala al principio de la refriega, y ha muerto sin tener tiempo mas que para decir al jóven Lebrun que estaba con él: «Id á decir al primer cónsul que muero con el sentimiento de no haber hecho bastante para vivir en la posteridad.»

Durante la batalla, el jeneral Desaix quedó desmontado cuatro veces



y recibió tres heridas. Tres dias antes se habia reunido con el cuartel jeneral, ardiendo en deseos de pelear, y la víspera habia dicho dos ó tres veces á sus edecanes: « Ya hace mucho tiempo que no peleo en Europa; las balas no me conocen, algo nos sucederá. » Cuando fueron á participar al primer cónsul, en lo mas encarnizado del trance, la muerte de Desaix, solo soltó estas palabras: « ¿Porqué no me cabe llorar? » Su cuerpo fué llevado en posta á Milan para embalsamarlo.

Dos dias despues Bonaparte escribió á los cónsules la carta siguiente desde el cuartel jeneral de Torre di Garafola.

« Al dia siguiente de la batalla de Marengo, ciudadanos cónsules, el jeneral Melas envió á pedir que se le permitiese enviarme el jeneral Skal. Durante el dia se ajustó el tratado de que remito copia. Anoche quedó firmado por el jeneral Berthier y el jeneral Melas. Espero que el pueblo francés estará satisfecho de su ejército. »

La batalla de Marengo hizo dueña á la Francia del Piamonte y la Lombardia. El primer cónsul permaneció poco tiempo en Italia. En Milan,

el vecindario le habia recibido con entusiasmo, y aun los sacerdotes habian participado de la alegría jeneral. Bonaparte, queriendo granjearse el apoyo de los clérigos de la capital, les habló en estos términos:

« Ministros de una relijion que tambien es la mia, les dijo, os miro como á mis mejores amigos; os manifiesto que consideraré como á perturbadores del sosiego público y escarmentaré ejemplarmente como tales, y aun si necesario fuere, con la pena capital, á todos los que cometan el mas mínimo desacato contra nuestra comun relijion, ó incurran en el menor ultraje contra vuestras sagradas personas.

« Los filósofos modernos, añadió, se han empeñado en persuadir á la Francia que la relijion católica era la implacable enemiga de todo sistema democrático y de todo gobierno republicano: de ahí provino la cruel persecucion que estremó la república francesa contra la relijion y sus ministros; de ahí todo el desenfreno á que se entregó aquel desgraciado pueblo... Tambien yo soy filósofo, y sé que en una sociedad, cualquiera que sea, ningun hombre puede ser tenido por virtuoso y justo, si no sabe de dónde viene y á dónde va. No cabe en la razon proporcionarnos la menor luz sobre este punto; sin la relijion se está caminando á ciegas, y la relijion católica es la única que franquea al hombre luces positivas é infalibles sobre su principio y su fin postrero..... »

No hay que achacar este lenguaje á la política de un soldado ambicioso. Aunque indiferente en materias relijiosas, como lo manifestó en el Cairo, distaba mucho Bonaparte de ser irrelijioso. « Mi razon, decia, me hace incrédulo tocante á muchos puntos; pero las impresiones de mi niñez y las inspiraciones de mi primera mocedad me envuelven en la incertidumbre. »

No cabe duda en que obraba á impulsos de la necesidad política de la relijion, como lo manifiestan el *Diario de Santa Helena*, las *Memorias de Napoleon*, el doctor O'Meara, Pelet de la Lozere y Thibaudeau. « Yo no veo en la relijion, decia, el misterio de la encarnacion, sino el misterio del órden social; ofrece en el cielo un concepto de igualdad que impide que el rico sea asesinado por el pobre..... — Hemos visto repúblicas y democracias, pero ningun estado sin relijion, sacerdotes y culto. »

A este modo de considerar las cuestiones relijiosas, debe atribuirse principalmente la acojida que Bonaparte hizo á los curas de Milan, y el discurso cuyos trozos mas notables hemos citado. Por lo demás reconquistada la Italia en pocos dias, se apresuró el primer cónsul á regresar á Francia despues de haber formado una junta para reorganizar la república Cisalpina, y haber restablecido la universidad de Pavía. El 26 de junio mandó trasladar el cuerpo de Desaix al monte San Bernardo, disponiendo que se levantase en este lugar un monumento á la memoria de aquel héroe mancebo. El 29 llegó á Lion, en donde quiso señalar su tránsito con un acto

reparador que le conciliara desde entónces el afecto de aquella grande é industriosa ciudad, en cuyo regazo no ha cesado su nombre de merecer aceptacion. Decretó la reedificacion de las fachadas de Bellecourt, y él mismo puso la primera piedra.

El 3 de julio, esto es, antes de los dos meses desde su salida de Paris, volvió triunfante á la capital en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso. Su primer afan fué premiar el denuedo de sus compañeros de armas. Ya al principio de la campaña y en la falda del monte San Bernardo habia nombrado PRIMER GRANADERO DE LA REPUBLICA al arrojado Latour-de-Auvergne, que rehusaba todo ascenso. A su regreso, y despues de tan veloz espedicion coronada con victoria tan esclarecida, creyó oportuno hacer varias promociones y distribuir despachos de honor.

Mientras que el primer cónsul recobraba en pocos dias la parte mas hermosa de Italia, Brune y Bernadotte, comandantes en jefe de los ejércitos del oeste, habian pacificado la Bretaña, y con este motivo se habia dispuesto una funcion á la concordia de todos los Franceses. Un decreto consular del 12 de junio suspendió su celebracion hasta el 14 de julio, para que la nacion hermanase en una misma consagracion el regreso de la concordia y el nacimiento de la libertad; y para que nada faltara á tan escelsa solemnidad, se fijó para el mismo dia la colocacion de las primeras piedras de las columnas departamentales y sobre todo de la nacional: unas levantadas en las cabezas de los departamentos, y otras en Paris en la plaza Vendoma, todas á la gloria de los valerosos muertos en defensa de la patria y de la libertad.



El Campo de Marte, que habia recibido á los diputados de todas las guardias nacionales de Francia en el primer aniversario de julio, en aquel dia memorable de la confederacion, fiesta cívica que se procuró hacer relijiosa, y en la que representó Lafayette el patriotismo en su cuna, y Talleyrand la fe moribunda; el Campo de Marte volvió á ver, tras diez años de conmociones civiles y guerras estranjeras, á los defensores de la revolucion, otra vez reunidos en su grandioso recinto, no para jurar vencer ó morir, sino para ver atestiguar solemnemente por los diputados del ejército que se habia cumplido gloriosamente el juramento de los diputados de la guardia nacional, y que la nueva Francia habia vencido á la antigua Europa. En efecto, oficiales enviados por los dos ejércitos del Rin y de Italia desplegaron ante los cónsules las banderas cojidas al enemigo, que venian á ofrecer al gobierno como un homenaje á la patria, y Bonaparte les habló en estos términos grandiosos:

« Las banderas presentadas al gobierno delante del pueblo de esta inmensa capital atestiguan el desempeño de los jenerales en jefe Moreau, Massena y Berthier; los conocimientos militares de los jenerales, sus tenientes, y el arrojo del soldado francés.



« Al volver á los campamentos decid á los soldados que para la época del 1.° de vendimiario, en que celebrarémos el aniversario de la república, el pueblo francés espera ó la publicacion de la paz, ó en el caso que el enemigo opusiera obstáculos invencibles, nuevas banderas, fruto de nuevas victorias. »

Una particularidad se hace reparable en esta breve arenga: Bonaparte, temiendo que posponerse á sí mismo en la distribucion de los elojios que da á los caudillos y al ejército, sabiendo por otra parte muy bien que este olvido necesario será compensado con ventaja por los recuerdos del pueblo, Bonaparte se esmera en realzar cabalmente á los jenerales que pudieron concebir alguna idea de emulacion; antepone Moreau y Massena á Berthier, su confidente y amigo. Tambien aleja así todo asomo de zelos respecto á guerreros tan esclarecidos, al paso que manifiesta que no puede ver formalmente en ellos competidores á quienes temer y rebajar. Aquí se está viendo el engreimiento del númen que se deja adivinar y traslucir por medio de tanto comedimiento imprescindible en el lenguaje de oficio, y que nunca patentiza mas á las claras el concepto que abriga de su propia superioridad.

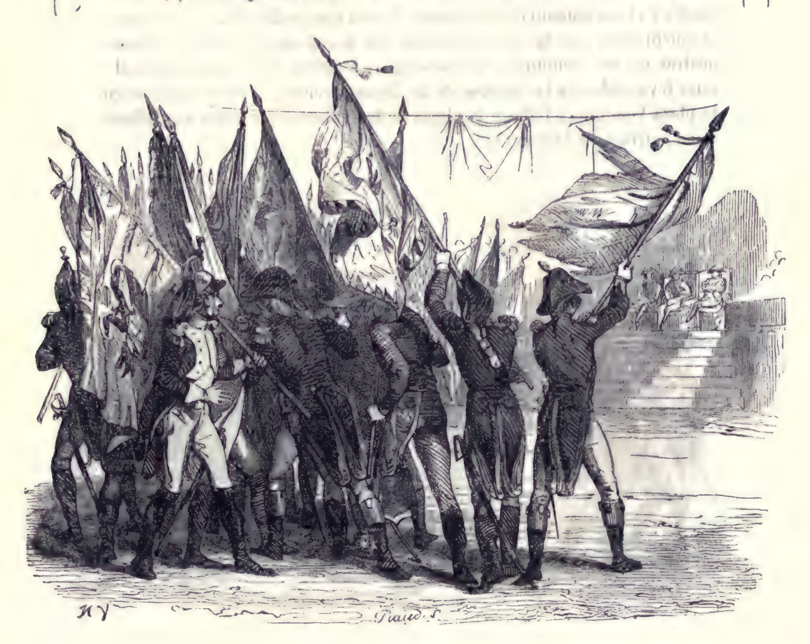
Este esplendoroso dia se terminó con un banquete que el primer cónsul dió á las principales autoridades de la república, y en el que dió el brindis siguiente:

« AL 14 DE JULIO, Y AL PUEBLO FRANCÉS, NUESTRO SOBERANO. »



El Campo de Marte, que habia recibido á los diputados de todas las guardias nacionales de Francia en el primer aniversario de julio, en aquel dia memorable de la confederacion, fiesta cívica que se procuró hacer relijiosa, y en la que representó Lafayette el patriotismo en su cuna, y Talleyrand la fe moribunda ; el Campo de Marte volvió á ver, tras diez años de conmociones civiles y guerras estranjeras, á los defensores de la revolucion, otra vez reunidos en su grandioso recinto, no para jurar vencer ó morir, sino para ver atestiguar solemnemente por los diputados del ejército que se habia cumplido gloriosamente el juramento de los diputados de la guardia nacional, y que la nueva Francia habia vencido á la antigua Europa. En efecto, oficiales enviados por los dos ejércitos del Rin y de Italia desplegaron ante los cónsules las banderas cojidas al enemigo, que venian á ofrecer al gobierno como un homenaje á la patria, y Bonaparte les habló en estos términos grandiosos:

« Las banderas presentadas al gobierno delante del pueblo de esta inmensa capital atestiguan el desempeño de los jenerales en jefe Moreau, Massena y Berthier ; los conocimientos militares de los jenerales, sus tenientes, y el arrojo del soldado frances.



« Al volver á los campamentos decid á los soldados que para la época del 1° de vendimiario, en que celebrarémos el aniversario de la republica, el pueblo francés espera ó la publicacion de la paz, ó en el caso que el enemigo opusiera obstáculos invencibles, nuevas banderas, fruto de nuevas victorias. »

Una particularidad se hace reparable en esta breve arenga: Bonaparte, temiendo que posponerse á si mismo en la distribucion de los elojios que da á los caudillos y al ejército, sabiendo por otra parte muy bien que este olvido necesario será compensado con ventaja por los recuerdos del pueblo, Bonaparte se esmera en realzar cabalmente á los jenerales que pudieron concebir alguna idea de emulacion; antepone Moreau y Massena a Berthier, su confidente y amigo. Tambien aleja así todo asomo de zelos respecto á guerreros tan esclarecidos, al paso que manifiesta que no puede ver formalmente en ellos competidores á quienes temer y rebajar. Aqui se está viendo el engreimiento del númen que se deja adivinar y traslucir por medio de tanto comedimiento imprescindible en el lenguaje de oficio, y que nunca patentiza mas á las claras el concepto que abriga de su propia superioridad.

Este esplendoroso dia se terminó con un banquete que el primer consul dió á las principales autoridades de la república, y en el que dió el brindis siguiente:

« AL 14 DE JULIO, Y AL PUEBLO FRANCÉS, NUESTRO SOBERANO. »





CAPITULO XII.

Organizacion del cuerpo de estado. Congreso de Luneville. Fiesta de la fundacion de la república. Trama republicana. Conspiracion realista. Máquina infernal.



La firma de los preliminares de la paz entre Francia y Austria por el primer cónsul, siguió de cerca á la celebracion del 14 de julio, quedando justificadas las disposiciones pacíficas que habia manifestado á los diputados y enviados á Paris por los ejércitos de Alemania é Italia.

Al cabo de un mes, Bonaparte se dedicó á organizar el consejo de estado, y nombrar los que debian componerlo. El 5 de setiembre, firmó un tratado de amistad y comercio entre la Francia y los Estados Unidos, y el 20 del mismo mes, negándose el emperador á firmar los preliminares de la

paz, apunta otro congreso en Luneville, hallándose representada la república por el jeneral Clarke.

La funcion del 1.º de vendimiario no fué menos ostentosa que la del 14 de julio. Asistieron á ella diputados de todas las autoridades departamentales, habiéndose fijado el mismo dia para la colocacion de la primera piedra del monumento nacional que debia levantarse en la plaza de la Victoria á la memoria de Desaix y de Kleber, muertos ambos en un mismo dia, el uno en Marengo con los tiros enemigos, el otro en el Cairo con el puñal de un asesino. La traslacion de las cenizas de Turena al templo de Marte, decretada por los cónsules, realzó el esplendor del aniversario



de la fundacion de la república. Con este motivo el ministro de la guerra Carnot pronunció un discurso, y ningun labio era mas digno que el suyo de tributar encomios al guerrero inmortal cuyos restos honraba la Francia. La ciencia militar, el desempeño, las virtudes públicas y privadas del gran capitan de la monarquía, fueron celebradas por el gran ciudadano de la república, que habia puesto, como Turena, al servicio de su pais su virtud inalterable y su profundo conocimiento en el arte de la guerra. Carnot supo hermanar con los nombres de Kleber y Desaix el del valiente y sabio

Latour-de-Auvergne, que acababa de fallecer en Alemania, y cuya muerte lastimaba á los descendientes del grande hombre, á cuya memoria rendia solemne tributo. Esplendoroso dia fué para todos los Franceses, engreidos y ansiosos con este nombre, aquel en que la patria reconocida pudo encumbrar en el templo de la fama á sus esclarecidos hijos, bajo los auspicios de un gobierno que tenia por ministro á Carnot y por caudillo á Bonaparte.

La inauguracion del Pritaneo en San Ciro contribuyó tambien á la celebracion del octavo aniversario de la fundacion de la era republicana.

Sin embargo á pesar del boato de las fiestas cívicas y de los conatos del cónsul para no lastimar á los patriotas recelosos sobre la naturaleza de sus segundas intenciones, la manera con que se habia apoderado de la potestad, y las disposiciones posteriormente manifestadas harto patentizaban su impaciencia por acabar con las instituciones republicanas, para que los veteranos del partido republicano, ya muy airados, no hallasen entre ellos algunos fanáticos capaces de idear y poner en planta el asesinato de un hombre que miraban como á un tirano y un usurpador. El ex-diputado Arena, el escultor Cerachi, Topino Lebrun, discípulo de David, y Damerville fueron de este número; y un mentecato llamado Harrel especuló con el odio que profesaban á Bonaparte, y los metió en una conspiracion, cuya trama descubrió á la policía, y fué tal la serenidad del primer cónsul respecto á los conspiradores, que no dejó de asistir á la representacion estraordinaria de la ópera en donde tenian dispuesto acometerle.

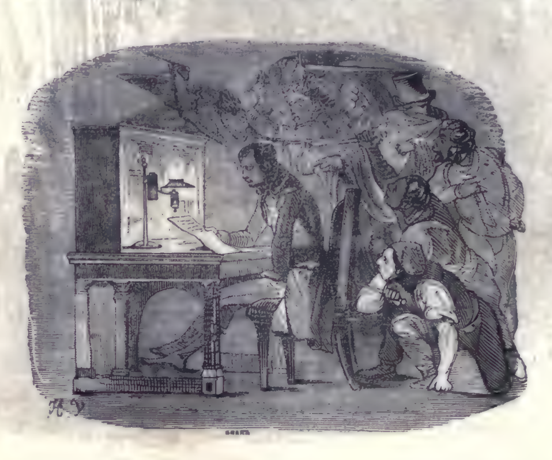
Por su parte los tenaces partidarios de los Borbones, que un momento antes se lisonjeaban de encontrar un Monck en Bonaparte, viendo que ya no podian abrigar aquella loca esperanza, empezaron á conspirar contra él. Hermanáronse la malevolencia estranjera, la emigracion y la chuanería, y de su conjunto resultó la máquina infernal. Era el 3 de nevoso; el primer cónsul iba á la ópera, en donde se representaba por primera vez la *Creacion* de Haydn. Acompañábanle Lannes, Berthier y Lauriston. Al pasar por la calle de San Nicasio, oyóse la esplosion de un barril de pólvora colocado sobre un carro. A haber tardado diez segundos, Bonaparte y su acompañamiento quedaban en trozos. Afortunadamente el cochero, que estaba beodo, aguijó á los caballos mas de lo que acostumbraba, y esta celeridad, debida á tan estraño acaso, preservó al hombre cuyo trájico fin hubiera cambiado los destinos de Francia y Europa. « Estamos minados, esclamó el primer cónsul. » Lannes y Berthier insistian para que se volviese á las Tuilerías. « No, no, dijo Bonaparte, á la ópera. « En efecto, compareció allá, se sentó en el primer asiento del palco, mostrando un rostro tan sereno como si reinase en su alma el mas cabal sosiego. Sin embargo no éra así, y al cabo de algunos momentos, dados á esta demostracion pública de tranquilidad, se dejó ar-

rebatar por el ímpetu de sus impresiones y acudió á las Tullerías, á donde llegaban los personajes influyentes de la época para saber lo que había sucedido y lo que iba á suceder. Apenas llegado en medio de ellos, Bonaparte se disparó con toda su furia jenial, y con voz recia les dijo: «Esa es obra de los jacobinos; los jacobinos me han querido asesinar.....! No tercian en esto ni nobles, ni sacerdotes, ni chuanes..... Ya sé á lo que debo atenerme y no me harán tomar uno por otro. Este es un golpe de los setiembristas, de los malvados cubiertos de cieno que están en continua revuelta, en conspiracion permanente, en batallon cerrado contra todos los gobiernos que han ido sobreviniendo. Este golpe es obra de artistas y pintores de imajinacion acalorada, y de un poco mas de instruccion



que el pueblo, sobre quien ejercen su influjo. Esta es obra de los asesinos de Versalles, de los facinerosos del 31 de mayo, de los conspiradores de praderal, de los autores de todos los crímenes cometidos contra los gobiernos. Si no se les puede enfrenar, habrá que esterminarlos y despejar la Francia de esa hez odiosa. Que no haya compasion con semejantes malvados..... »

Estas palabras, en que la aprension se juntaba con la ira muy fundada, fueron repetidas con poca variedad en una respuesta del primer cónsul á una diputacion del departamento del Sena; pero lo lastimoso fué que se siguió á ellas el suplicio de las víctimas que el ajente Harrel habia entregado á la policía, y el estrañamiento de ciento y treinta ciudadanos á quienes hacian sospechosos la perseverancia y el denuedo de su patriotismo. El ministro de la policía Fouché, que tenia que disculparse de no haber precavido y desbaratado la atrocidad, se mostró uno de los mas ardientes en castigar á los supuestos culpados, y las providencias que propuso merecieron desde luego la aprobacion del primer cónsul, cuyas sospechas contra los republicanos estaba fogueando y dirijiendo de tiempo atrás. Por una combinacion que no admite disculpa, no se contentaron con proscribir en globo á inocentes, quisieron tambien hollarlos con menosprecio y oprobio, asociando monstruosamente los honoríficos nombres de Talot, Destrem, Lepelletier-Saint-Fargeau, etc. etc., á los de algunos terroristas sangrientos y forajidos, á los que se empeñaron en apellidar setiembristas, con el fin de hacer su complicidad mas agravante para aquellos republicanos irreprensibles que se intentaba envilecer y estrañar al mismo tiempo.



Al cabo de un mes se descubrió que el crimen era obra de los realistas; dos emisarios de la chuanería, llamados Carbon y Saint-Regent, convictos de ser autores del atentado, fueron condenados á muerte y ejecutados; pero este castigo de los verdaderos reos no hizo revocar la disposicion que el gobierno habia tomado de pronto contra los demócratas inocentes que á su tránsito por Nantes habian estado á punto de ser víctimas de la indignacion pública.

Esta justicia directorial tropezó con pocos oponentes, tan descollante era á la sazon el concepto á favor de Bonaparte. El almirante Truguet arriesgó algunas reflexiones en favor del partido cuyas doctrinas profesaba, quejándose de que el espíritu público se iba estragando con publicaciones que pregonaban la monarquía y el gobierno hereditario. Esto aludia al escrito intitulado Paralelo entre César, Cromwell y Bonaparte, que se publicaba bajo la proteccion del ministro del interior, y parecia destinado a las claras para sondear las disposiciones del pueblo francés sobre la revolucion que Bonaparte estaba ideando



CAPITULO XIII.

Creacion de los tribunales escepcionales. Obras públicas. Tratado de Luneville. Fomento dado á las ciencias y á la industria. Tratados de paz con España, Nápoles y Parma. Concordato. Paz de Amiens. TE-DEUM en Nuestra Señora.



os escritos destinados á labrar los ánimos para una nueva revolucion en la forma del gobierno, no siendo acojidos como debian hacerlo suponer el favor popular de que gozaba el cónsul, y el desconcepto en que habian caido los pensamientos y las instituciones republicanas, se disimuló su orijen gubernativo, posponiendo atinadamente los intentos que traian consigo. Pero la máquina infer-

nal motivó la creacion de tribunales especiales y jurisdicciones de escepcion, que fueron instrumentos de la potestad absoluta que el primer cónsul ejercia realmente sobre la Francia. Este temible instituto sublevó en el tribunado la animosa oposicion de Benjamin-Constant, Daunou, Ginguené, Chenier, Isnard, etc. Tres ó cuatro voces jenerosas, las de Lambrechts, Lanjuinais, Garat y Lenoir-Laroche, se oyeron tambien en el senado; pero los defensores de las libertades públicas tuvieron una gran minoria, y los deseos del cónsul fácilmente se convirtieron en disposiciones lejislativas.

Al par de estas providencias reaccionarias, veianse diariamente actos que manifestaban el númen que debia realzar la gloria y el poder de la Francia. Por todas partes se abrian carreteras y canales, las nobles artes descollaban con nuevo esplendor, los descubrimientos científicos recibian mayor fomento, y el comercio y la industria rompian por sendas hasta entónces desconocidas.

Restablecióse el 17 de enero de 1801 la compañia de Africa, y el primer cónsul trasportándose en pensamiento del Atlas á los Alpes y abarcando en su grandioso anhelo los intereses de la civilizacion entre los pueblos cultos y los bárbaros, cometió por un decreto de aquella misma fecha al jeneral Turreau el encargo de presidir á la construccion del hermoso camino del Simplon.

El 9 de febrero se firmó la paz continental en Luneville, valiéndose Bonaparte de esta circunstancia para acusar al gabinete inglés de ser el único obstáculo á la pacificacion universal. « ¿Porqué, dijo al cuerpo lejislativo y al tribunado en su mensaje, porqué no es este tratado el de la paz jeneral? Este era el deseo de la Francia y el objeto constante de todos los conatos del gobierno; pero ellos han sido vanos. La Europa sabe todo lo que el ministerio británico ha hecho para que se frustrasen las negociaciones de Luneville. » Luego respondiendo á los parabienes que le dirijió el cuerpo lejislativo, dejó columbrar el grandioso concepto del bloqueo continental. « Todas las potencias del continente, dijo, se hermanarian para hacer que la Inglaterra vuelva á la senda del comedimiento, de la equidad y de la razon. »

Blasonando tambien de la paz interior que habia precedido á la esterior, manifestó el cónsul su contento por la armonia y hermandad que habia notado en los departamentos que acababa de visitar, añadiendo: « Asi no debe darse ninguna importancia á las palabras indiscretas de algunos individuos. » Lo cual era una alusion á los atrevidos discursos pronunciados en el tribunado con motivo de los tribunales estraordinarios. A este cuerpo se le consideró desde este momento como el último refujio del espiritu republicano, y debió pensarse en sofocarlo, primero cercenandolo, y luego suprimiéndolo completamente.

Al tratado de Luneville, firmado principalmente con la corte de Viena,

se siguieron otros particulares con Nápoles, Parma y Madrid. Hácia la misma época Bonaparte formó los departamentos del Roer, Sarre, Rin y Mosela y Mont-Tonnerre, y como el engrandecimiento y la pacificacion de la república debian acompañar á su prosperidad material, obtuvo el cónsul una autorizacion por medio de una ley para plantear lonjas, y mandó que se hiciera anualmente en el mes de setiembre una esposicion pública de los productos de la industria francesa.

Libre de todo recelo por parte de las potencias continentales y habiendo logrado aislar á la Inglaterra, al menos en apariencia, con el nuevo sistema que la revolucion victoriosa acababa de imponer á la diplomacia europea, fundaba Bonaparte grandes esperanzas en la amistad personal que le enlazaba con el czar Paulo I. El asesinato de aquel príncipe, acaecido en la noche del 23 al 24 de marzo, trastornó todos sus proyectos. Luego que supo este suceso, manifestó el mayor desconsuelo, y mandó insertar en el *Monitor* la nota siguiente:

« Páulo I ha muerto en la noche del 23 al 24 de marzo. La escuadra inglesa pasó el Sund el 30. La historia nos dirá qué relaciones pueden mediar entre estos dos acontecimientos. »

Esta era la segunda vez que Bonaparte veia frustrados los grandiosos intentos que habia ideado para derribar el poderío inglés en las Indias.

Sin embargo, no le bastaba al primer cónsul el haber vencido á la Europa, pacificado la Francia, alentado el comercio y la industria y fomentado las artes y las ciencias. En medio de sus inmensas y gloriosas tareas y de sus fundaciones grandísimas, daba todavía por incompleto su edificio, careciendo de lugar para la relijion. No cabe duda en que hasta entónces no la habia desconocido ni menospreciado; pero aun no habia dispuesto nada para ella, ora en los tratados, ora en las leyes, y aunque el clero habia tenido tambien su parte en las finezas consulares, su nueva posicion, por muy ventajosa que Bonaparte la hubiese hecho, no por eso dejaba de ser continjente. Para encumbrarla sobre cimientos legales entró el primer cónsul en negociaciones con Roma y firmó un concordato con Pio VII. Los filósofos que le cercaban y habian vitoreado la revolucion de brumario, porque consolidaba su encumbramiento repentino, se quejaron de esta reaccion relijiosa, pues hubieran querido que Bonaparte se proclamara cabeza de la relijion galicana y rompiera definitivamente con la santa sede; pero el primer cónsul conocia mejor la trascendencia de la relijion en la mayoría y cuán espuesto era lastimar á la nacion en globo por parte tan vidriosa.

Durante el curso de la revolucion y bajo el reinado del filosofismo perseguidor de la Montaña y del Directorio, algunos habian sentido el vacío que deja en el estado la falta de relijion, y en balde habian echado el resto para suplirlo, unos con fiestas al Sér supremo, otros con el culto de

los teofilantropos. « El que lograra reemplazar la Divinidad en el sistema del universo, habia dicho Robespierre, seria para mi un prodijio de talento; pero el que, sin haberla reemplazado, trate de borrarla de la mente de los hombres es un portento de estupidez o de maldad. »

Algunos años despues, De Maistre, uno de los entendimientos mas encumbrados y profundos del partido de la emigracion, al lamentarse de la relajacion de los vinculos sociales, de la decadencia de los principios morales y de la instabilidad de las soberanias que carecian de cimiento, habia atribuido el desórden universal á la desaparicion de la fe, esclamando, que á vista de tan triste espectáculo, cualquier verdadero filósofo debia optar entre una de estas dos hipótesis, « ó que el cristianismo seria rejenerado por algun medio estraordinario; ó que se formaria una nueva relijion. »

Bonaparte, á pesar de la sublimidad habitual de su númen, no vió la urjente alternativa en que el pensador católico habia puesto á todo verdadero filósofo. Para él las creencias relijiosas, tan varias entre las naciones, solo eran supersticiones que el tiempo arraigara, aprensiones de la niñez en los pueblos, impugnadas por la razon, cuyos progresos no habia hecho mas que contrarestar, y que sin embargo imponian en su vejez ciertas consideraciones al estadista. Del cristianismo, solia decir, aun cuando le llamaba la verdadera relijion, que « la instruccion y la historia eran sus mayores enemigos. »

Era esto sentenciar al divino coloso que fué durante quince siglos el depositario del saber y el maestro de la razon humana, no por el magnifico cuadro de su influjo civilizador en lo sumo de su encumbramiento, sino por el triste espectáculo de su pugna con la ciencia y la razon en el resbaladero de su decadencia. Al oponer asi la instruccion y la historia al cristianismo sin deslindar tiempos ni sitios, trascordaba Bonaparte el estrecho vinculo que medió entre la relijion y el saber, y entre la relijion y la politica, al formarse las sociedades modernas en la lucha de las creencias cristianas y de las costumbres caballerescas contra las repugnantes tradiciones del mundo pagano y las supersticiones rastreras de las naciones idolatras: alianza indisputable sin embargo y en que descuellan con esplendor los nombres de los Pablos, Clementes, Agustinos, Jerónimos y Bernardos, al par de los de Hildebrando, Carlomagno y Alfredo.

El entendimiento encumbrado de Bonaparte no podia menos de adormecerse tambien, como suele hacerlo el númen de Homero, pues al dar por sentada la contraposicion de los dogmas cristianos y de las doctrinas filosóficas, llegaba á negar, no tan solo el auxilio supremo del elemento relijioso en el desarrollo racional y la perfeccion politica de las sociedades humanas en lo pasado, sino tambien la perfectibilidad del alcance humano en materia relijiosa; lo cual dió en espresar bajo esta formula vulgar,

que « todos debian vivir en la relijion de sus padres (O'Meara), y que no queria que se estableciesen otras nuevas (Pelet de la Lozere). »

Si conceptuara Bonaparte el influjo social de la relijion muy del caso para lo venidero, se hubiera podido figurar que esta relijion no podia ser ya, al cabo de tres siglos de protestas y dudas filosóficas despues de Bacon y Descartes, Voltaire y Rousseau, lo que habia sido en la edad media; y hubiera podido añadir á su carrera conquistadora, lejisladora y revolucionaria política, la de reformador relijioso. Entónces hubiera comprendido la necesidad de optar, á que intentaba someter De Maistre á los filósofos, y llevando al dominio de la relijion el afan activo y fecundo de su númen, hubiera favorecido ú ocasionado la rejeneracion del cristianismo ó la aparicion de una nueva creencia, segun se hubiera decidido por una ú otra de estas dos hipótesis, segun hubiera hollado la senda en que entró posteriormente el ilustre Lamennais, ó la que han tratado de abrir innovadores cuya osadía ha merecido á veces la aprobacion de los dos primeros poetas de Francia, Beranger y Lamartine.



Pero Bonaparte, mero deista, y cifrando su relijion personal en una creencia abstracta, solo veia, como filósofo, en las relijiones positivas unos enemigos perpetuos de la razon y del saber, y como estadista, solo medios de empuje sobre el pueblo, ó estorbos para la potestad segun la naturaleza de sus relaciones con los gobiernos. Por tanto, hallando la mayoría de la nacion francesa adicta al catolicismo, natural era que, bajo el concepto que le hacia esclamar que cada cual debia vivir y morir en la relijion de sus padres, se afanara por zanjar con la santa sede los intereses del culto católico, aparentando restituir á la Iglesia y al episcopado su antiguo esplendor, y aviniéndose á encubrir sus opiniones íntimas, su indiferencia é incredulidad bajo las mas grandiosas demostraciones de una fe ministerial. Así arrostrando los escarnios de su corte, mandó cantar un *Te-Deum* en Nuestra Señora, con motivo del concordato y de la paz con la Inglaterra que acababa de firmarse en Amiens. Todos los personajes eminentes á la sazon acudieron á esta fiesta relijiosa. Cuando Lannes y Augereau, que formaban parte del séquito de los cónsules, supieron que iban á misa, trataron de retirarse. Bonaparte les dió órden de asistir y se entretuvo al dia siguiente en preguntar taimadamente á Augereau qué le habia parecido la ceremonia. Pero el bizarro campeon de Arcola y Lodi le respondió: «Muy hermosa; solo faltaba un millon de hombres que han muerto por destruir lo que restablecemos.»

Desabrida al par que exajerada fué la contestacion; pues el millon de hombres no habia muerto por derribar la relijion, sino para impedir que volviesen los abusos, diezmos, franquicias y privilejios eclesiásticos, y el concordato nada de esto restablecia. No cabe duda en que la revolucion asaltó al pronto, por lo menos al parecer á la relijion misma, disponiéndose para derribar todos los cultos cristianos y sustituirles el de la razon; pero este recuerdo era el que cabalmente debia borrarse. Su afan no era solo acabar con la opresion y la arbitrariedad, asegurar el triunfo de un partido sobre otro, libertar á los esclavos para avasallar á los amos, facilitar á la filosofía odiosas represalias contra la intolerancia relijiosa y no dar al mundo mas que el escándalo de un dilatado bacanal. Lejos de esto, no podia triunfar definitivamente sino probando que su causa era la de toda la sociedad; que el nuevo derecho que habia creado amparaba á todos los miembros del estado sin distincion de clases, opiniones ni creencias, y que bajo su bandera habia resguardos para todas las tradiciones, que aun podian ser objeto de los respetos populares, y para todos los intereses físicos ó morales que dejaban de serle hostiles. Cuanto mas rigurosa é implacable habia sido con los sacerdotes cuando se habia tratado de quitarles la rica parte que el réjimen antiguo les habia concedido en la distribucion de los privilejios sociales, ó habia sido preciso castigar su resistencia, tanto mas debia empeñarse en manifestar que sus rigores

solo se aplicaban á las desigualdades monstruosas establecidas en beneficio del clero y á la hostilidad activa de los privilejiados desposeidos con el nuevo sistema; porque si esta tenaz hostilidad habia dado motivo á que se cerrasen los templos, y acarreado el desenfreno de los apóstoles de la razon y trasformado las iglesias en bodegones, mientras habia durado la lucha, indispensable se hacia que la revolucion victoriosa declarase ruidosamente, al volver la paz y la concordia, que solo accidentalmente y por necesidad habia sido enemiga del sacerdocio y del culto; pues no era incompatible para ella la relijion del mayor número, y lejos de profesar el ateismo, como vulgarmente se le tachaba, estaba propensa, no solo á tolerar, sino á practicar las creencias existentes, con tal que no acarreasen novedades al pueblo, que necesita por alimento relijioso objetos abultados y ajenos de sublimidades inesplicables. Esta fué la manifestacion solemne y necesaria que hizo la revolucion al negociar con Roma, dando publicidad al concordato y yendo con grandiosa pompa á misa en la persona del mas glorioso de sus hijos y el mas esclarecido de sus intérpretes. Si el partido de la contra-revolucion miró este paso como un triunfo para su causa, gravísimo fué su error. Cuando Henrique IV halló que Paris valia «una misa», y consintió en hacer profesion pública de catolicismo, estos actos de condescendencia, al quitar á sus enemigos el arma en realidad mas acerada que pudieran emplear contra él, no reanimó, sino que dió al través con el partido de la liga.

«El concordato de 1801, dijo Napoleon en sus *Memorias*, era necesario á la relijion, á la república y al gobierno..... Puso coto al desconcierto, desvaneció los escrúpulos de los compradores de bienes nacionales y rompió el último hilo con que todavía se comunicaba la antigua dinastía con el pais..... » En una de las conferencias que precedieron á este acto, habia soltado esta espresion: «A no mediar el papa, se hacia forzoso el plantearlo para esta ocasion, como los cónsules romanos nombraban un dictador en las circunstancias críticas. »

Por lo demás, Bonaparte, reconciliado con la iglesia romana, dió una nueva prenda de duracion á esta alianza fundando reinos en el suelo italiano, el mismo que en otro tiempo habia querido cubrir de repúblicas. La Toscana se constituyó en monarquía bajo el mando de un infante de Parma á quien habian quitado sus estados para incorporarlos con la Lombardía. Este príncipe, revestido con el dictado de rey de Etruria, visitó la capital de Francia bajo el nombre de conde de Liorna. Hiciéronsele brillantes festejos en que volvieron á aparecer los primores y modales de la antigua aristocracia. Toda la magnificencia de aquel recibimiento no alcanzaba á encubrir la nulidad del personaje que la motivaba, y mostrando alguien á Bonaparte alguna estrañeza al ver encumbrado á la suprema dignidad un hombre de tan escasos alcances, respondió: «Así lo ha querido la política;

por lo demas es muy del caso que la juventud, que no ha visto reyes, vea como están hechos. »

¿No era esto decir que sus segundas intenciones de reconstruccion monarquica llevaban siempre la estampa y sello revolucionario, y que si la Asamblea lejislativa y la Convencion habian apeado al rey de la soberania, él estaba llamado á proseguir el intento y destruir el prestijio protector de la misma planteando reyes?....

Pero si el primer cónsul manifestaba entre las esterioridades de un agasajo ostentoso el menosprecio que le infundia el rejio personaje que acababa de imponer á la Etruria, por otra parte usó de menos boato y ceremonial y mas injenuo esmero en el recibimiento de un nuevo huésped llegado de las orillas del Támesis. No era una nulidad soberana encubriendo, bajo las insignias y el lujo de las cortes, la escasez de su talento y la estrechez de su alma: era un entendimiento elevado, un hombre muy superior en el que dijo Napoleon que, « el pecho encumbraba el númen, al paso que en Pitt, el injenio apocaba el corazon. » Este personaje era Fox.

Bonaparte dispensó al esclarecido Inglés el mayor afecto y aprecio « Venia á visitarme con frecuencia, dice en el *Memorial;* la nombradía me habia enterado de su talento, y pronto reconocí en él una alma grandiosa,



un buen corazon, miras elevadas y jenerosas, liberales, en fin, un realce de la humanidad. Yo le queria. Hablábamos á menudo sin ninguna preocupacion acerca de muchos objetos.... Fox es un dechado para los estadistas, y su escuela debe rejir al mundo tarde ó temprano.... »

El afecto que manifestó el primer cónsul para con Fox vino á jenerali-

zarse en Francia. « Recibiósele como un triunfador en todas las ciudades por donde pasó. Hiciéronsele espontáneamente festejos y se le tributaron los mayores obsequios por donde quiera que lo conocieron. » (O Meara).

La revolucion francesa no debia menos á su perseverante amigo, y treinta y siete años despues quedará colmadamente retribuida por el agasajo hecho á Fox con el recibimiento que el pueblo inglés haga á un soldado de Napoleon, á un veterano de la república, y esto será porque la escuela de Fox y Mackintosh, popular en Francia en 1801, llegará á serlo en Inglaterra en 1838.





CAPITULO XIV.

Desde el tratado de Amiens (25 de marzo de 1802) hasta el rompimiento de la Francia con la Inglaterra (22 de mayo de 1803).



LA revolucion francesa habia abierto un hueco en el sistema europeo que nadie hasta entónces habia podido llenar. Tal fué la hermosa espresion de Burke. Con efecto, aquel hueco estaba asustando á todos los gabinetes con sus ensanches por Alemania é Italia; pero los apuros del erario, el cansancio de los pueblos, la necesidad de rehacerse de tantas batallas perdidas y campañas desgraciadas, el temor de nuevos desmanes, y tambien una especie de creencia supersticiosa en la fortuna de la república y de su caudillo, todo esto habia hecho doblegar la Europa cristiana y feudal ante la prepotencia irresistible de la Francia revolucionaria; y en adelante el pueblo libre, tanto tiempo acometido por naciones esclavas, y herido con su reprobacion como impio y rejicida, habia llegado á reconciliarse con la

iglesia romana y la monarquía, sin retraerse un punto de sus principios ni de sus actos con el papa ni con los reyes.

¡Cuán asombrosa era la situacion de la república francesa! Despues de haber sostenido con heroismo, durante diez años, el peso, á veces poderosísimo, de una larga guerra para librarse del dominio de los privilejios, se veia al fin en la cumbre del poderío, gozando engreida y sosegada los beneficios de la igualdad, y pudiendo maravillar al mundo con los portentos de la paz, así como lo habia asombrado con los prodijios de la guerra. Si sus ejércitos se componian de los mas valientes soldados y de los mejores capitanes del siglo, sus administraciones contaban en su seno todos los prohombres que habian descollado con su desempeño en los negocios públicos; sus juntas políticas contenian la flor de los oradores y estadistas europeos; su Instituto no tenia par entre los cuerpos académicos; sus sabios presidian á los descubrimientos cuya iniciativa habian tomado; sus literatos, poetas, pintores y escultores empuñaban el cetro en el dominio de las artes; su comercio é industria, enriquecidos en poco tiempo con puentes, carreteras y un sinnúmero de canales, ostentaban sus adelantos bajo las bóvedas del Louvre, como para desairar el fausto estéril de la antigua monarquía con el fecundo lujo de la nueva Francia; la juventud, para educarse digna de aquella grandiosa temporada, veia escuelas abiertas para cada especie de instruccion, y hallaba en el erario un arrimo para entrar en los liceos; sus museos y bibliotecas se enriquecian con el fruto de sus conquistas y la victoria le traia á Paris la *Vénus* de Médicis y la *Palas* de Velletri. Finalmente su nombre, temido de los reyes, era objeto del respeto y la admiracion de los pueblos. De modo que, gloria militar, política y literaria; triunfo de la civilizacion por las armas, las ciencias, las artes y la industria; tranquilidad completa en el interior, paz universal en el esterior, y además BONAPARTE ensalzado al asiento de primer majistrado..... Esta era la situacion de la república francesa despues de la paz de Amiens.

Nada faltaba pues entónces á la grandiosidad y prosperidad de la Francia. Pero aquel estado floreciente envidiado de la Europa hallaba en la constitucion misma inevitables probabilidades de instabilidad. Todos estaban convencidos de que las victorias, pacificacion, poderío y esplendor de la república eran en gran parte obra del hombre estraordinario que la providencia habia enviado en auxilio de la revolucion, y tambien opinaban todos que la permanencia y conservacion de tanto esplendor y poderío estribaban á la sazon, y aun por mucho tiempo estribarian en el númen que los habia dado á luz. ¿Cómo cabia pues maliciar que su númen criador y conservador pudiese quedar alejado del timon del estado y despojado de su instituto á impulsos del mecanismo constitucional y la intervencion de los amaños y maquinaciones? ¿Cabia en la racionalidad suponer que el

primero en servicios, gloria, intelijencia, voluntad y todo el desempeño de guerrero y estadista, pudiese quedar arrinconado en un puesto subalterno por una necesidad legal? El senado habia creido hacer bastante, cuando, á propuesta del tribunado, que pedia una prenda del reconocimiento nacional para el primer cónsul, habia nombrado á Bonaparte cónsul por diez años. Pero esta próroga dejaba la majistratura suprema con su carácter temporal, y por consiguiente no hacia mas que ir dilatando inconvenientes y peligros que era del caso precaver y alejar interminablemente. Un hombre como Bonaparte, en la situacion que habia proporcionado á la Francia y la que esta le iria rodeando, ya no podia, al cabo de cinco ni de diez años, volver á ser un mero ciudadano, ú avenirse á quedar el segundo en el estado. Tan solo el destierro ó la muerte podian separarle de la Francia y derrocarle del sumo encumbramiento. Así lo conceptuaron tanto él mismo como la Francia, porque habiendo tenido á menos el voto con que el senado le habia conferido el consulado por diez años, apeló al pueblo proponiéndole esta pregunta: «¿Será Bonaparte consul perpetuo?» Y acudiendo el pueblo atropelladamente al escrutinio, respondió afirmativamente con tres millones de votos.



El senado, ansiando que se olvidara, en cuanto posible fuese, su intempestiva cortedad, se afanó en pregonar el voto del pueblo, añadiendo el realce de una nueva prerogativa para el primer cónsul, la de elejir su sucesor. Bonaparte respondió á la diputacion de aquel cuerpo:

« Senadores,

« La vida de un ciudadano es de su patria. El pueblo francés quiere que yo le vincule la mia..... Obedezco á su voluntad.....

« Al darme una prenda nueva y permanente de su confianza, me impone la precision de afianzar el sistema de sus leyes con próvidas instituciones.

« Con mis conatos, vuestro ánimo y el de todas las autoridades, la confianza y voluntad de este inmenso pueblo, la libertad, igualdad y bienestar de la Francia, quedarán escudados contra los caprichos de la suerte y contra la incertidumbre del porvenir..... El pueblo sobresaliente será el mas venturoso como el mas digno de serlo, y su felicidad acarreará la de toda Europa.

« Entónces ufano de ser llamado por disposicion de aquel con quien todo se eslabona para devolver á la tierra la justicia, el órden y la igualdad, oiré sonar la hora postrera sin desazon ni zozobra acerca del concepto de las jeneraciones venideras. »

En efecto', la opinion de las jeneraciones contemporáneas era para él una prueba terminante y un anuncio precursor del endiosamiento que la posteridad le estaba reservando. Sin embargo, el voto popular que le habia asegurado el goce vitalicio de la majistratura suprema, padeció sus protestas aisladas, que solo sirvieron para realzar á algunos varones sin menoscabar la universalidad y precision del voto nacional. Imposible era que de otro modo sucediese. El consulado perpetuo estaba al parecer fijando los destinos de la república con la suerte de un individuo que constituia una especie de monarquía vitalicia que asomaba á la república sobre el confin de la monarquía hereditaria: ¿cómo cabia embotar los destemples y los recelos sistemáticos y el teson de las diferentes ramas liberales formadas desde 1789 para dejar allá plantear con visos de una aprobacion unánime lo que les era jenialmente contrapuesto? Pero entónces cabia opinar que la Francia, al revestir á Bonaparte con su inmenso poderío, no cedia solamente al embate de las circunstancias, y que, en vez de hacer sencillamente una jestion provisional de cordura, encumbrando un dictador, conceptuaba proceder sistemáticamente, plantear una constitucion definitiva, y renunciar en favor de sus caudillos venideros á todas las teorías que invocara con tanta gloria contra sus antiguos señores. Era preciso que la revolucion, al encumbrar á Bonaparte como el mas esclarecido y fiel representante de sus intereses actuales y de sus nuevas exijencias, no

se desentendiese de sus prohombres anteriores; que por el contrario hiciese que algunos veteranos de nuestras juntas nacionales sincerasen su obra grandiosa. El consulado no solo habia salvado, sino tambien esclarecido la revolucion: la Asamblea constituyente y la Convencion debian pues hallar hombres que protestasen en nombre suyo contra la disposicion de los ánimos á la potestad absoluta, y estorbasen que las máximas liberales, proclamadas en 1789 y cuya exajeracion habia sido en 1793 una condicion de salvacion pública, no quedasen enteramente olvidadas. La Asamblea constituyente resucitó en la persona de Lafayette para conceder tan solo un voto motivado y suspensivo sobre el punto del consulado perpetuo, al paso que la sombra de la Convencion dió un voto absolutamente negativo por boca de Carnot.

El primer cónsul habia previsto la oposicion de Lafayette, porque nunca habia podido determinar al prisionero de Olmutz, desde su vuelta á Francia, á que admitiese la dignidad de senador. Si Bonaparte conociera cabalmente á Lafayette, escusara todo paso en demanda suya. Lafayette era, no solo el mismo que en 1789, sino que tenia empeño en que esto se supiese en Francia, en Europa y en América. Recordando el grandioso papel que tan gallardamente habia desempeñado, ya junto á Washington, ya al lado de Mirabeau, se habia constituido un estadista de primer órden, cuyo concepto ileso le embargaba de continuo, y no trataba por cierto de doblegarse á nadie. Aspiraba tambien á que se cifrase en él una época, apersonar en si un sistema y la bandera de los patriotas del año 89; y cuando este individuo se aparecia brillando todo con la gloria del Trinquete y de la Bastilla, encumbrado á la cima que el reconocimiento nacional le habia tributado en los dias esclarecidos de la Asamblea constituyente; ¿cómo hubiera podido avenirse á apearse del pedestal que le habian levantado los vencedores del 14 de julio para sumirse y desaparecer en la oleada de rendidos que estaban cercando al vencedor del 18 de brumario? Sin duda en las miras del supremo y misterioso regulador de los negocios humanos, el 18 de brumario y el 14 de julio se enlazaban para el desarrollo de un plan idéntico, y para el éxito de una misma causa; pero esta relacion íntima, encubierta en los arcanos del sistema revolucionario de la Providencia, no por eso dejaba que existiesen entre los varios instrumentos de que alternativamente se habia ido valiendo, segun las circunstancias, para llegar á un mismo fin, todas las incompatibilidades y antipatías individuales que podian resultar de la diferencia de las situaciones de los individuos y de los alcances. Así el patriota de la primera confederacion, celoso de su inmutabilidad, mal podia hermanarse con el dictador de 1802; así Lafayette debió desdeñar la toga de senador y oscurecer garbosamente en su retiro de Lagrange, en vez de adocenarse en el brillante alcázar de las Tuilerias.

En el tiempo que medió entre el senado-consulto que confería el consulado á Bonaparte por diez años y el plebiscito que hizo esta próroga vitalicia, fundó el primer cónsul la órden de la Lejion de Honor.



« Este instituto, dijeron sus intérpretes ante el cuerpo lejislativo, borra las distinciones que anteponian el blason heredado á la GLORIA GRANJEADA, y los descendientes de los HOMBRES GRANDES á estos. »

Así tributaba un nuevo homenaje á los principios de la filosofía moderna y constituia la verdadera igualdad, fundando la recompensa en el mérito; pero Bonaparte efectuaba este grandioso invento en medio de un pueblo que todavía abrigaba en su seno algunos partidarios de las distinciones hereditarias, naturalmente envidiosas de las distinciones personales, y algunos niveladores que veian el restablecimiento de la aristocracia antigua ó la fundacion de otra nueva en la mas lejítima distincion. Bastaba esto para que el establecimiento de la Lejion de Honor encontrase oposicion, y debemos decirlo, le dieron sus embates sujetos en quienes no podia maliciarse competencia aristocrática ni exajeracion democrática. Admiróse Bonaparte y culpó á los oradores que habian defendido el proyecto. Decia « que si la diversidad de las órdenes de caballería y su particularidad de galardones deslindaban los linajes, la única condecoracion de la Lejion de Honor, con la universalidad de su aplicacion, era por el contrario el distintivo de la igualdad. » Por esta consideracion habia desechado los consejos de aquellos que apetecian fuese la Lejion de Honor puramente militar. « Ese concepto, les dijo, podia ser del caso en tiempo del réjimen feudal y de la caballería, ó cuando los Galos fueron conquistados por los Franceses. La nacion era esclava; únicamente los vencedores eran libres; lo eran todo; lo eran como militares..... Es imprescindible que en

el tiempo actual se piense de otro modo que en los siglos de barbarie. Somos treinta millones de hombres reunidos por las luces, la propiedad y el comercio. Nada son trescientos ó cuatrocientos militares para esa mole; además el caudillo solo manda por su desempeño civil, pues en no ejerciendo sus funciones, vuelve al órden natural. El ejército es la nacion. Si se conceptúa al militar prescindiendo del órden civil, se verá que no conoce otra ley que la fuerza á que todo lo refiere y que no atiende mas que á sí..... Es jenial en el militar el quererlo todo despóticamente, y en el hombre civil el sujetarlo todo á la discusion, á la verdad y á la razon.... No titubeo pues en opinar que, tratándose de preeminencia, corresponda sin disputa á lo civil..... No gobierno por ser jeneral, sino por cuanto la nacion conceptúa que tengo las prendas civiles adecuadas al gobierno. Si no lo opinase así, se desplomaria el gobierno. Ya sabia yo muy bien lo que hacia, cuando siendo caudillo, me apropiaba el dictado de individuo del Instituto, pues estaba seguro de que me comprenderia hasta el ínfimo tambor.....

« Si la Lejion de Honor no fuese el galardon de los servicios civiles como de los militares, dejaria de ser lo que espresa su título.... »

Y despues dijo: « El dia en que se desvien de la organizacion fundamental, habrán destruido un gran pensamiento y mi Lejion de Honor dejará de existir. »

Grandioso era con efecto el pensamiento de suscitar y promover la emulacion entre los ciudadanos, patentizando á todos igualmente la carrera de las distinciones honoríficas y la de las dignidades y destinos. En lo sucesivo, el mérito era todo, y nada valia la casualidad del nacimiento: era el triunfo de la revolucion desprendida de sus pretensiones accidentales y ansiosa de afianzar lo que esencial y constantemente habia apetecido. Cabe pues el conceptuar que si la Lejion de Honor tropezó con crecidos opositores entre los mas esclarecidos patriotas, fué porque no creyeron en los bienes que indicaban los oradores del gobierno, viendo solo un medio reclutador para revolver imperceptiblemente la nacion á los antiguos títulos, en aquello mismo donde Bonaparte les mostraba los primeros servidores del pais premiados, y los principios de la igualdad puestos en práctica con la fundacion de una órden accesible á todos. De modo que cabe decir que la oposicion briosa y manifestada en el interior del tribunado dimanó menos de que los tribunos indóciles comprendieron mal al primer cónsul, que de haber columbrado con acierto la mente del emperador.

Pero entre las creaciones consulares, una hay á lo menos que ninguna aprension de secta ó partido alcanza á menoscabar en la memoria y el reconocimiento de los pueblos, y este es el *Código civil*. Vano fuera el empeño de atribuir esclusivamente el milagro á los sumos jurisconsultos que la revolucion habia ensalzado. Sabido es que en las discusiones mas tras-

cendentales, Bonaparte dió su dictámen, y que á veces le sucedió resolver, con una ocurrencia ó uno de aquellos rasgos grandiosos peculiares del númen, dificultades que no podian despejar los lejistas. Así mandó añadir el capítulo V al título de los autos del estado civil para deslindar la condicion civil de los militares fuera del territorio de la república. Decian, para desentenderse de esta adicion, que bastaba que los autos concernientes á estos militares se hallasen revestidos con las fórmulas usadas en los paises estranjeros en donde se hallasen. « El militar, replicó prontamente Napoleon, nunca está en el estranjero cuando está bajo sus banderas; donde se hallan estas, allí está la patria. »



Sin embargo con la paz de Amiens quedaban ociosos en manos de Bonaparte todos los recursos militares de la Francia. Entónces fué cuando el primer cónsul trató de aprovecharse de la bonanza europea para trasladar la guerra á América, y conquistar á Santo Domingo. Dió el mando de la espedicion á su cuñado Leclerc, y le cupo un éxito fatalísimo. Su

principal resultado fué la sorpresa del caudillo negro. Todos Santos Lou-



verture, varon descollante entre los suyos, el cual remitido á Francia, murió en el castillo de Joux. Leclerc pereció con la pesadumbre de haberse encargado de una empresa desastrada. Rochambeau, que le sucedió, perdió la colonia con sus tropelías.

La Italia, cuna de la gloria y del poderío de Bonaparte, embargaba tambien su pensamiento. Habia recibido de la consulta reunida en Lion á principios de 1802, la presidencia de la república cisalpina, cuyo peso no era capaz de sobrellevar ninguno entre los Italianos; aun cuando no hubiese entrado en las miras de Bonaparte el reservarlo para sí. « No teneis mas que leyes particulares, dijo á los diputados de aquella nacion; las necesitais jenerales. Vuestro pueblo no tiene mas que hábitos locales y es forzoso que se nacionalize. » En el trascurso del mismo año Bonaparte incorporó el Piamonte á la Francia y lo dividió en seis departamentos: el Po, el Doira, el Sesia, el Stura, el Tanaro y Marengo.

Floreció el año nuevo de 1803 con una nueva organizacion del Instituto nacional que se distribuyó en cuatro clases: 1ª. ciencias; 2ª. idiomas y literatura; 3ª. historia y literatura antigua; 4ª. nobles artes. Esta

clasificacion cercenaba en el Instituto las ciencias morales y políticas, por encono de Bonaparte con algunos publicistas y metafísicos que osaron levantar la voz contra sus planes de gobierno hasta en el mismo tribunado, y que desde aquel punto le merecieron el concepto de meros soñadores.

Planteó tambien por entónces varios establecimientos de suma entidad, como la escuela especial militar de Fontainebleau, y la especialísima de artes y oficios de Compiegne.

Vencedor de las monarquías europeas y pacificador de la república francesa, quiso añadir Bonaparte á entrambos dictados el de mediador de la confederacion helvética, dando á la Suiza una nueva organizacion que zanjó las contiendas sobrevenidas entre los antiguos cantones. Diez y nueve estados, que tenian cada uno su propia constitucion bajo la proteccion suprema de la Francia, formaron la nueva Helvecia. El primer cónsul les dirijió una proclama en la que se nota el paso siguiente:

« Todo hombre sensato está viendo que la mediacion, de que me encargo, es para la Helvecia un beneficio de aquella providencia que en medio de tantos trastornos y tropiezos siempre se desveló por la existencia y libertad de vuestra nacion, y que esta disposicion es el único arbitrio que os queda para salvar uno y otro. »

Los gabinetes estranjeros veian con enfado y con ira la prepotencia que mas y mas se iban granjeando la Francia y su caudillo mozo en los negocios de Europa. Pero sobre todo en Lóndres, en aquellos consejos de San James, donde se habian ideado y planteado tantas ligas por la aristocracia europea contra la democracia francesa, se iba sobrellevando la paz con suma impaciencia. ¿Cómo se avendrian los estadistas, autores ó aclamadores de los ímpetus de Brunswick, en su manifiesto, á presenciar por largo tiempo el aparato grandioso y armado y la prosperidad floreciente de un pueblo que soñaban poner absolutamente en manos de su soldadesca? Los injenios toris entonaban las cantinelas de Burke y de Pitt con todas sus violencias contra la revolucion francesa. Bonaparte solo respondió al pronto mandando insertar en el *Monitor* una nota que empezaba así:

« Una parte de los periodistas ingleses está batallando en mil discordias. Todas sus columnas están brotando sangre. Claman á gritos por la guerra civil en el regazo de la nacion occidental tan felizmente pacificada. Todos sus raciocinios é hipótesis versan sobre estos dos puntos:

« 1º. Soñar agravios de parte de la Francia.

« 2º. Ajenciar aliados y dar alas á sus ímpetus con el auxilio de las potencias principales del continente.

« Sus agravios mayores son los negocios de Suiza, cuyo feliz éxito provoca su zeloso furor..... »

La nota de oficio terminaba con votos por la paz duradera, al paso que apuntaba estar la Francia preparada para la guerra y que nunca se

conseguiria nada de ella con amagos arrogantes. Por lo demás siguióse á esta nota otro parto de la misma pluma y que terminaba con estas palabras, harto reparables:

« Mas facil es que las olas del Océano derroquen el peñon que enfrena su saña por cuarenta siglos, que á la faccion enemiga de la Europa y de los hombres reencender la guerra y todos sus desafueros en medio del Occidente, y sobre todo oscurecer por un momento el astro del pueblo francés. »

Pero pronto el primer cónsul debió tomar otro rumbo que el de sus contiendas periódicas de oficio, pues se patentizó que los periodistas ingleses tenian harta cabida en el gabinete de San James, como Bonaparte lo habia dicho con bastante claridad en esta solemne denuncia que el *Monitor* llevó de un estremo á otro de la Europa:

« El Times, que dicen está bajo la vijilancia ministerial, desemboza incesantes embates contra la Francia..... El desastrado achaca al gobierno francés cuanto la fantasia puede idear en bajeza, pequeñez y ruindad. ¿Cuál es su objeto?.... ¿Quién lo paga?....

« Un periódico, redactado por algunos viles emigrados, hez impura y escoria sin patria y sin honor, tiznados con todas las torpezas que ninguna amnistia puede sincerar, sobrepuja todavia al Times.

« Once obispos, presididos por el atroz obispo de Arras, rebeldes á la patria y á la iglesia, se congregan en Lóndres; imprimen folletos contra los obispos del clero francés, é injurian al gobierno y al papa porque han restablecido la paz y el Evanjelio entre cuarenta millones de cristianos.

« La isla de Jersey rebosa de facinerosos sentenciados á muerte por los tribunales por crímenes cometidos posteriormente á la paz, tales como asesinatos, tropelías é incendios. El tratado de Amiens espresa que serán respectivamente entregadas las personas acusadas de crímenes y homicidio; muy lejos de esto, los asesinos que se hallan en Jersey son bien recibidos.....



« Jorje lleva públicamente en Lóndres su cordon encarnado en recompensa de la máquina infernal que destruyó un barrio de Paris y dió muerte á treinta mujeres, niños ó pacíficos ciudadanos. ¿Esta proteccion especial no inclina á creer que si hubiese logrado su intento, le hubieran dado la órden de la jarretera? »

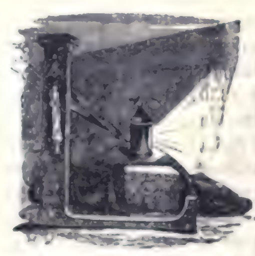
Tras tales jestiones y cargos y tales acusaciones, ¿qué venia á ser la paz de Amiens?





CAPITULO XV.

Rompimiento entre Francia é Inglaterra. Viajes de Bonaparte por la Beljica y las costas. Conspiracion de Pichegru y de Jorje. Muerte del duque de Enghien. Fin del Consulado.



La unidad europea, primitivamente planteada á influjo del cristianismo y la conquista, y escudada despues bajo el manto de la diplomacia, habia ido al través con la revolucion francesa. Todos los gobiernos añejos se habian alarmado, y el gabinete británico, aunque la Inglaterra se titulase el pais clásico de la libertad, se habia mostrado el mas desaforado y tenaz de nuestros enemigos, porque representaba, bajo fórmulas constitucionales, la aristocracia mas engreida é implacable, el feudalismo mas activo que reinase en Europa. Ninguna paz duradera tenia cabida para la Francia con aquel gabinete ni con ninguno de los que dirijian el continente. Una hostilidad encubierta é incesante debia abrigarse tras todas las demostraciones paci-

ficas de las chancillerías; y esta antipatía, fundada en una contraposicion fundamental de principios é intereses, iba en aumento, al paso que el triunfo de los intereses y principios revolucionarios, haciéndolos mas amenazadores, enfrenaba un tanto sin embargo los ímpetus soberanos y aristocráticos. Si la escasez, la miseria y los clamores de los pueblos obligaban á veces á los gobiernos á deponer las armas, la urjencia acarreaba tratados insubsistentes que dejaban en auje todos los móviles de guerra, reservándose el atropellarlos sin escrúpulo á la primera coyuntura. La vieja Europa queria reconquistar á todo trance su UNIDAD, como aun lo quiere hoy dia; se hacia cargo de que mediaba su existencia, y cuando ya no podia marchar descubiertamente, disimulaba oficialmente y tomaba caminos ocultos. Por su parte, la Europa jóven debia tambien afanarse, ya con el heroismo del soldado, ya con la sabiduría del estadista, en fundar una NUEVA UNIDAD, sabiendo muy bien que siempre habria para ella peligro y mala vecindad, mientras el privilejio estuviese junto á la igualdad. El desengaño de esta deshermandad hizo decir á Napoleon que « dentro de cincuenta años la Europa seria cosaca ó república, » lo que solamente significa que en este trascurso, la revolucion ó la contrarevolucion habrán restablecido la unidad europea; y como no cabe en el órden natural de lo humano que el poderío del porvenir, la fuerza y fecundidad, tan jeniales en la mocedad, tengan milagrosamente por paradero la vejez, claro está que la alternativa profética que han repetido los ecos de Santa Helena, no puede sobresaltar formalmente á cuantos esperan la conversion mas ó menos remota de la barbarie moscovita á las ideas francesas.

Si al cabo de mas de treinta años la guerra de principios que está enfrenando el influjo de las disposiciones y de las necesidades de los pueblos, continúa calladamente por parte de los gobiernos en medio de la paz, ¿qué debia ser en 1803, cuando los ímpetus estaban siempre hirviendo y la revolucion aun no tenia para abogar por su duracion y éxito definitivo las victorias del imperio ni las desvalidas tentativas de la restauracion ni los portentosos acontecimientos de 1830? Una lid patente debia pues suceder á estas hostilidades, encubiertas tan pronto como asomase el trance propicio á los enemigos inveterados de la Francia. No se necesitaron dos años en la corte de Lóndres para cansarse de la paz engañosa firmada en Amiens y para desenfrenar en mortal contienda á dos naciones que solo hubieran necesitado manejarse por gobiernos con miras liberales, por estadistas de la escuela de Fox, para marchar de frente y en perfecta armonía á la paz, prosperidad y civilizacion del mundo.

Un mensaje de los cónsules, con fecha del 20 de mayo de 1803, enteró al senado, al cuerpo lejislativo y al tribunado, de las disposiciones hostiles del gabinete inglés y lo inminente de la guerra. Estos diferentes cuerpos contestaron á esta manifestacion espresando el anhelo de que « se pro-

videnciase al punto para hacer respetar la fe de los tratados y la dignidad del pueblo francés.» Su resolucion, participada al gobierno, fué acojida con estas solemnes palabras del primer cónsul:

«Nos precisan á hacer la guerra para rechazar una injusta agresion: la harémos con gloria.

«Si el rey de Inglaterra está en el ánimo de mantener la Gran Bretaña en estado de guerra hasta que la Francia le reconozca el derecho de cumplir ú hollar á su antojo los tratados, como tambien el privilejio de ultrajar al gobierno francés en impresos de oficio ú por particulares, sin que podamos quejarnos, forzoso se hace lastimarse por la suerte de la humanidad.

«Es positivamente nuestro ánimo dejar á los últimos nietos el nombre francés siempre condecorado y sin mancilla.....

«Cualesquiera que puedan ser las circunstancias, cederémos siempre á la Inglaterra la iniciativa en tropelías contra la paz y la independencia de las naciones, y le corresponderémos con ejemplares de comedimiento, que únicamente puede mantener el órden social.» La posesion de las islas de Lampedusa y de Malta y la evacuacion de la Holanda, eran las causas aparentes, los pretestos en que se fundaba el rey de Inglaterra para romper el tratado de Amiens; pero en realidad la idéntica causa que habia fraguado la primera liga volvia á armar á la Gran Bretaña contra la Francia: la guerra que se encendia, era toda de principios contra la revolucion francesa. En vano el emperador de Rusia y el rey de Prusia aparentaron ofrecer su mediacion; los sucesos de los años siguientes comprobarán que



eran los aliados encubiertos de nuestros enemigos, con los que estaban probablemente hermanados para que se rehusase de oficio su proposicion; pero como la Inglaterra habia padecido mucho menos en las primeras guerras que las potencias del continente, y habia necesitado plazo mas corto para rehacerse, natural era que encabezase la nueva coligacion que debia encubrirse aun por mucho tiempo contra la Francia.

El primer resultado de aquel rompimiento redundó en quebranto sumo del gabinete que lo causó. Las tropas francesas ocuparon el Hanover, y el ejército anglo-hanoveriano, desamparado vergonzosamente por el caudillo duque de Cambridge, quedó prisionero de guerra.

Entablada ya tan esclarecidamente la contienda, sale Bonaparte de Paris para recorrer la Béljica. Bruselas le recibe á fuer de triunfador, y el pueblo belga manifestó á su tránsito aquel entusiasmo que le causaba la presencia del héroe á quien debia el hallarse recien incorporado á la república francesa. Bonaparte va correspondiendo á este recibimiento, segun su costumbre, dotando al pais con establecimientos y construcciones de utilidad pública: dispone el enlace del Rin, del Mosa y del Escalda por medio de un gran canal de comunicacion.

De vuelta á Paris, manda que se abra al público el puente de las Artes, y trasforma el Pritaneo en Liceo. Ocupábanle entretanto los negocios estranjeros. Firma un tratado de alianza con la Suiza, recibe en audiencia estraordinaria al embajador de la Puerta Otomana, y publica la cesion de la Luisiana á los Estados-Unidos, mediante una indemnizacion de sesenta millones de francos.

Pero la guerra con la Gran Bretaña embarga ante todo la atencion del primer cónsul. Cavila sobre un desembarco en Inglaterra, y con este mo-



tivo dijo despues que « si en Paris se habian reido, no sucedia otro tanto en Lóndres. » A principios de noviembre sale de Paris, recorre las costas para ir examinando las obras inmensas que tenia dispuestas con este objeto, y presencia un combate que ocurre en Bolonia entre una division inglesa y la escuadrilla francesa.

Al volver á su capital (pues ya estaba reinando Bonaparte), halla el primer cónsul un mensaje del rey de Inglaterra al parlamento, en el que Jorje III declaraba « que va personalmente á acaudillar á su pueblo, porque la Francia está amenazando contra la constitucion, relijion é independencia de la nacion inglesa; pero que va á providenciar de modo que todo redunde en quebranto, trastorno y desventura de la misma Francia. »

Bonaparte se enoja y escribe en el *Monitor*:

« ¿Es posible que el rey de Inglaterra, que el caudillo de esa nacion, señora de los mares y soberana de la India, use semejante lenguaje?..... ¿Ignoran acaso los que le dictan esos párrafos indiscretos, que Haroldo, el perjuro, acaudilló tambien á su pueblo? ¿Ignoran por ventura que los prestijios del nacimiento, los atributos de la potestad soberana y el manto de púrpura que cubre á los reyes, escudan frájilmente en tales trances, cuando la muerte, arrollando filas por ambas huestes, aguarda la mirada del númen y un arranque inesperado para escojer el partido que debe ofrecerle sus víctimas? Todos los hombres son iguales el dia de una batalla.

« La maestria en las peleas, una táctica superior y la serenidad en el mando, sobreponen el vencedor al vencido. Un rey, que á los sesenta y tres años por la vez primera encabezase sus tropas, seria en la refriega un estorbo para los suyos y una nueva probabilidad de triunfo para sus enemigos.

« El rey de Inglaterra habla del honor de su corona, del sosten de la constitucion, de la relijion, de las leyes y de la independencia. ¿No le afianzaba el tratado de Amiens el goce de todos estos preciosos bienes?.... ¿Qué tienen que ver el peñasco de Malta y vuestra relijion, leyes é independencia?

« No le cabe alcanzar á la intelijencia humana cuanto la providencia decretó en su profunda sabiduría como conducente al castigo del perjurio y de los que siembran la zizaña, provocan á la guerra, y, por vanos pretestos ó motivos encubiertos de una ambicion torpe, están derramando á rios la sangre humana; pero podemos presajiar con seguridad el éxito de esta grandiosa contienda, y decir que no tendréis á Malta, ni tampoco á Lampedusa, y que firmaréis un tratado menos ventajoso que el de Amiens.

« La derrota, la confusion y las desventuras..... Todos esos retos son ajenos de un gran pueblo y de un hombre que está en su juicio cabal. Aun cuando el rey de Inglaterra hubiera alcanzado tantas victorias como Alejandro, Aníbal ó César, insensato en estremo fuera semejante lengua-

je. La suerte de la guerra y de las batallas pende de lances tan nimios, que es forzoso carecer de todo raciocinio para afirmar que el ejército francés, nunca cobarde, solo hallaria en el suelo de la Gran Bretaña derrota, confusion y desventuras.»

La guerra habia encumbrado á Bonaparte á la jerarquía del sumo caudillo del orbe; habia dado en el gobierno pruebas de grande estadista; faltábale darse á conocer como escritor en aquella temporada, cuando era la prensa ya una potestad política. A bien que sus proclamas, sus órdenes del dia, sus arengas militares y rasgos de oficio podian dar una idea de su estilo; pero esto no bastaba para manifestar todo el ámbito de sus alcances. Su instinto de hombre grande le estaba voceando que acudiese á todo jénero de armas, absolutamente imprescindibles en aquella época, á saber, la espada, el habla y la pluma; que no desatendiese personalmente ninguno de los principales medios que necesita la potestad para acaudillar en el interior los pueblos y defender sus derechos en el esterior. Los periódicos ejercian en esta parte un imperio incontrastable, y bastaba esto para que Bonaparte no se desdeñase de hermanar la propiedad de periodista con la de guerrero y de lejislador, mostrándose en todo el hombre cabal de su siglo. Y lejos de conceptuar que se desdorase afanándose en contiendas periódicas, persuadidos estamos de que el vencedor de Marengo no se tenia en menos, con la pluma en la mano peleando con elocuentes discursos y con el poderío de la razon contra los enemigos de la Francia, que al blandir la espada en el acto de la pelea para arrojar sobre ellos sus invencibles falanjes. Aun podemos añadir que en varias ocurrencias manifestó que si optar debiera entre las prendas civiles y militares, no titubeara en dar la preeminencia á las primeras, y ya vimos poco ha como recordaba que en Ejipto é Italia habia antepuesto el dictado de individuo del Instituto al de jeneral en jefe.

Y no se diga que lo hacia con afectacion; no: Bonaparte estaba muy hecho cargo de los requisitos imprescindibles para gobernar á un pueblo, puesto ya por la filosofía en insurreccion contra la monarquía militar de Luis XIV. Sabia que la revolucion francesa era una lid del entendimiento contra las instituciones feudales planteadas por la irracionalidad, y que si á veces tenia que valerse ella misma, en propia defensa, de aquella fuerza, le repugnaba en gran manera aquella clase de pelea. Anteponia por tanto Bonaparte el acudir á la lójica, arma natural que ilustra y enamora los ánimos para avasallarlos á la razon, que hacer uso de los ajentes mortíferos empleados en la guerra para derramar con profusion la sangre de los hombres, y que solo pueden dar por resultado el rendimiento de la razon á la violencia, lo que constituiria esencialmente la contra-revolucion. Por eso en todas las guerras que sostuvo como jeneral, cónsul ó emperador, siempre se dedicó á que constase, como en el rompimiento del tratado

de Amiens, que solo cedia á la necesidad de repeler una injusta agresion, haciendo recaer sobre los enemigos de la Francia la odiosidad de cuantos padecimientos debian caber a la humanidad desvalida (1).

Al paso que el primer cónsul repelia en su periodico de oficio las baladronadas parlamentarias del rey Jorje, echaba el resto en la reorganizacion interior de la republica. En 20 de diciembre de 1803, convocó un senado consulto para modificar la constitucion del cuerpo lejislativo, que empezó sus sesiones el 6 de enero de 1804, siendo presidente Mr Fontanes. Diole Bonaparte la preferencia sobre los demas candidatos, á pesar de sus relaciones con el partido realista, llevado del sistema de hermanamiento por cuyo medio esperaba reconciliar con la revolucion *destiznada*, como solia llamarla, á los enemigos comedidos y á los amigos exajerados de la causa democratica, á los que vieron la revolucion con repugnancia y los que la sirvieron con escesos, en una palabra, á Fontanes y Fouché, y con ellos á cuantos la cordura ó la ambicion, el quebranto de lo pasado y la incertidumbre del porvenir defraudaban de la reconciliacion y el sosiego.

El informe sobre la situacion de la república, hecho ante el cuerpo lejislativo, en la sesion del 16 de enero, era un magnífico cuadro de los adelantos en la prosperidad nacional. Mr. de Fontanes, encabezando la diputacion, congratuló al primer cónsul en nombre de aquella junta. « El cuerpo lejislativo, le dijo, os da gracias, en nombre del pueblo francés, por tantos afanes entablados á favor de la agricultura y de la industria y que la guerra no ha interrumpido. El raudal de pensamientos encumbrados hace á veces que los prohombres desatiendan los pormenores de la administracion; pero no os hará este cargo la posteridad. La mente y el rumbo de vuestro gobierno caminan al par por donde quiera.

Todo va á mas; los enconos se embotan, las contraposiciones desaparecen, y al ímpetu del númen avasallador, sistemas é individuos, al parecer opuestos, se aúnan, se emparejan y acuden acordes á la gloria de la patria. Las costumbres antiguas y las nuevas se hermanan, conservándose cuanto puede mantener la igualdad de los derechos civiles y politicos, y aumentar el esplendor y dignidad de un imperio grandioso.

« Estos beneficios, ciudadano primer cónsul, son obra de cuatro años Todos los destellos de la gloria nacional, de cinco años á esta parte empaña

(1) Para dar mayor peso á sus pacificas protestas, Bonaparte quiso que estuviesen revestidas con el sello de la relijion. Pidiòle al clero que hiciese publicas rogativas por el buen éxito de sus armas contra la injusta agresion de la Inglaterra, y el clero accedió a sus deseos. El cardenal de Belloy, arzobispo de Paris, publicó con este motivo una pastoral en la que da profeticamente a Bonaparte el dictado de *Conquistador de la Europa*, y apunta al gobierno ingles como autor de la guerra.

dos, han ido cobrando un esplendor que hasta ahora nunca habian tenido.»

El asombro que todos estaban tributando á Bonaparte y el apego de casi toda la Francia á su consulado perpetuo, debian al parecer enfrenar desafueros y tenerlos á raya; pero los partidos que tremolan principios en sus banderas, siguen agonizando tras sus derrotas, aun cuando su sistema esté ya alterado por el tiempo, y tan solo equivalga á una preocupacion. El cúmulo de los realistas podia ceder al raudal de los acaecimientos, á la prepotencia del númen y á la estrella victoriosa de Bonaparte, y resignarse á ver la voluntad de Dios y el dedo de la Providencia en los portentosos acontecimientos que mediaban á fuer de antemurales entre los Borbones y la Francia; y este en efecto era el concepto que á la sazon iba predominando entre las poblaciones en otro tiempo adictas á la causa real. Empero, los prohombres del partido que habian permanecido en la emigracion, perseveraban siempre en sus enconos y amaños contra el nuevo sistema; contaban con el afecto de todas las cortes europeas y con su auxilio encubierto, que podia brotar y florecer segun las circunstancias, y tenian el arrimo patente de la Inglaterra, desde que habia quebrantado la fe prometida en Amiens.

En tal estado, parecióles que la continuacion del sosiego interior, restituyendo á los pueblos del Occidente á sus faenas pacíficas, dificultaria mas y mas cualquiera nueva tentativa de insurreccion, y que por lo mismo era urjente abalanzarse al primer cónsul antes que su poderío hubiese echado mas hondas raices. Tramóse pues una conspiracion contra el gobierno y la vida de Bonaparte. Los conjurados se aunaron desde el Rin hasta el Támesis bajo los auspicios del gabinete inglés, avasallado por los toris mas desaforados. Pichegrú, atenido á sus antecedentes de traidor, terció en la conspiracion, asociándose con el célebre chuan Jorje Cadoudal. Moreau, empañando la gloria de Hohenlinden, recibió sin enfado, y aun quizá escuchó gustoso la comunicacion de esta odiosa trama. «¿Cómo se ha metido Moreau en este negocio? esclamó Bonaparte. ¿Es posible que se estrelle tan á ciegas el único prohombre que podia causarme zozobra, el único que podia tener algunas probabilidades contra mí? Tengo una estrella...... »

Descubierta la conspiracion, el gobierno la denunció á la Europa entera, valiéndose de cuantos medios le cabian para pregonarla. Todos los cuerpos del estado pasaron á manifestar al primer cónsul su indignacion, ofreciéndole su cooperacion para cuanto fuera dable providenciar al intento. Bonaparte les contestó:

«Desde el dia en que me encargué de la potestad suprema, se han ido fraguando repetidas conspiraciones contra mi vida; criado en los campos de batalla, nunca conceptué de entidad peligros que no me infunden zozobra.

« Pero no puede menos de amargarme el recapacitar la situacion en que se hallaria hoy este gran pueblo, si el atentado último hubiera tenido éxito; porque la conspiracion iba principalmente asestada contra la gloria, la libertad y los destinos del pueblo francés.

« Tiempo hace que renuncié al embeleso de la vida privada; todos mis momentos, mi existencia entera se vincula en el desempeño de los deberes que me han impuesto mis destinos y el pueblo francés.

« El cielo velará por la Francia y burlará las conspiraciones de los malvados. No tienen los ciudadanos porque sobresaltarse; mi vida durará tanto cuanto necesaria sea á la nacion. Pero quiero que el pueblo francés sepa que la existencia sin su confianza y su cariño careceria para mí de todo consuelo y ante todo careceria de objeto. »

De este modo, dejando que se trasluciese el triunfo de la contra-revolucion en el malogro de una trama contra su vida, y enlazando con su propia existencia el blason, libertad y destinos de la Francia, Bonaparte daba á entender que no bastaba en su concepto, para precaver al pais, la majistratura vitalicia que el pueblo le habia conferido, y que pensaba en un nuevo instituto que pudiera escudar con él los intereses recien planteados. Pronto verémos su pensamiento patente y realizado.

Entre los emigrados que estaban prontos para trasponer la raya á la primera señal dada por los conspiradores, se hallaba el duque de Enghien, último vástago de la sangre de Condé. El primer cónsul lo mandó prender



en los estados de Baden y trasladar á Vincenas para sumariarlo y ajusticiarle atropelladamente. Algunos han afeado esta ejecucion, tiznándola como un vil asesinato que estampaba un borron indeleble en la memoria de Bonaparte. No cabe duda en que si el jóven príncipe, que llevaba uno de los apellidos mas grandiosos de la antigua Francia, hubiese guerreado contra los intentos y novedades que le eran opuestos, con el antiguo pundonor y segun las leyes de la honradez y el derecho de jentes, su arresto y su muerte entrarian en el dominio de aquella implacable política que se valió del terror y del cadalso como armas de guerra; y desde entónces Bonaparte, citado por aquel hecho ante el tribunal de la historia, solo pudiera sincerarse igualando su causa con la de la junta de salvacion pública y aclamando como ella la necesidad. Pero si, por el contrario, el duque de Enghien no se habia ceñido á pelear contra la república como soldado, y si verdaderamente se habia asociado con los que asaltaran la persona del primer cónsul, para trastornar y avasallar á su pais, ya no es un descendiente del vencedor de Rocroy el que pereció en los fosos de Vincenas, sino un cómplice de Jorje y de Pichegrú.

« He mandado prender y procesar al duque de Enghien, dice Napoleon en su *Testamento*, porque así lo requerian el afianzamiento, el interés y el honor del pueblo francés, pues él mismo confesó que el conde de Artois pagaba sesenta asesinos dentro de Paris. En circunstancias iguales, volveria á obrar del idéntico modo con que procedí entónces. » — « Aun cuando las leyes del pais no abogaran á favor mio y contra el duque de Enghien, dice en otra parte, me autorizan los derechos de la ley natural y los de una lejítima defensa. Así él como los suyos no tenian otro objeto que quitarme la vida; yo me veia continuamente acometido; valíanse de escopetas de viento, de máquinas infernales y de toda clase de lazos y tramas. Canséme al fin: utilizé la coyuntura de aterrarlos hasta en el mismo Lóndres, y lo conseguí..... Y ¿quién pudiera oponerse? La sangre está clamando por sangre; preciso fuera ser necio é insensato para creer que una familia hubiera gozado el estraño privilejio de atacar diariamente mi existencia sin darme derecho para pagarle en la misma moneda..... Yo nunca habia hecho personalmente nada contra ellos; una gran nacion me habia colocado á su frente; casi toda la Europa habia consentido en esta eleccion, y al cabo mi sangre valia tanto como la suya. »

No cabe duda en que la sangre del hombre grande, acatado por la Europa entera y manantial de la dicha de la Francia, valia tanto como la de los príncipes empeñados en trastornar la Francia y la misma Europa. Pero ¿quién ignora que la sangre de los héroes á quienes no está ya escudando el prestijio heráldico es de ningun valor para los linajes soberanos y las aristocracias que se agolpan á sus plantas? ¿Quién ignora que los mismos hombres que aparentan enternecerse y airarse viendo caer el esclarecimien-

to hereditario bajo la cuchilla de las reacciones políticas, bailan despues como los salvajes entorno del suplicio, cuando el plomo ardiente vuela el celebro á los prohombres nuevos? Preguntádselo si no á la sombra de aquel malhadado mariscal, que no era de la prole de los bravos, sino el



mas descollante de los valerosos, y que no habia envilecido aquel dictado confiándose en viles asesinos. El pecho verdaderamente humano se conduele y enternece con todas las víctimas de las revoluciones sin acepcion de partidos; el Francés verdadero simpatiza con todas las glorias de la Francia, se desconsuela y se enluta en presencia de la desapiadada razon de estado, si no acierta á respetar en sus ímpetus las grandes nombradías granjeadas en Austerlitz y Marengo.

Algunos han conceptuado que el anhelo y la necesidad de resguardar contra el regreso de los Borbones á los jacobinos veteranos que rodeaban y franqueaban á Bonaparte el camino del solio, indujo á este á quitar de en medio al duque de Enghien. Esta suposicion, que desmienten el temple y las palabras de Bonaparte, es inverosimil. No recordaremos las descargas de San Roque ni el estrañamiento de los Clichienses; obstáculos mas insuperables que los recuerdos del 13 de vendimiario y del 18 de fructidor, mediaban entre el primer cónsul y el partido realista. Otros mas comprometidos que él con la antigua dinastía, tales como Fouché y Talleyrand, tomaron posteriormente asiento en los consejos de Luis XVIII; pero lo que verdaderamente inutilizaba el resguardo horroroso que se le requeria, es que habia manifestado claramente lo que intentaba y podia ser; que á todos constaba cómo, para avenirse con los Borbones, se hacia forzoso que mudara de repente de naturaleza, desertara de su destino, olvidara su

situacion y la de la Francia, que se desentendiera al par de sus antecedentes y de lo venidero, en una palabra, que dejara de ser el mismo. « Nunca pensé en los príncipes, ha dicho en Santa Helena; y aun cuando me hallara intensamente predispuesto á favor suyo, no estuviera en mi mano llevar á cabo mis intentos. Por lo demás, son falsas las noticias que corrieron de que yo les habia hecho proposiciones tocante á la cesion de sus derechos, por mucho que lo hayan voceado en grandiosas declaraciones derramadas con profusion por toda Europa. ¿Y cómo hubiera podido ser de otra manera, cuando yo no podia reinar sino por el principio de la soberanía del pueblo que los escluia? Esto mismo habrán conceptuado ya á la sazon los hombres sensatos que sabian que yo no era un loco ni un necio. »

Como quiera que sea, los conspiradores que habian intentado reponer el solio de los Borbones por medio de un asesinato, contribuyeron con efecto al restablecimiento de la monarquía; pero esta revolucion no se ejecutó en provecho del pretendiente á quien intentaban ensalzar; y desde su encierro pudieron ver que sus proyectos habian dado una corona á aquel cuya muerte estaban premeditando.





CAPITULO XVI.

Establecimiento del gobierno imperial. Acto de clemencia. Campamento de Boloña. Viaje á la Beljica.



i Bonaparte no hubiese apetecido mas que una potestad grandiosa para restablecer el órden y la unidad en la administracion del estado, y dar á la revolucion, hasta entónces necesariamente militante, el auje regular que las convulsiones populares habian imposibilitado por largo tiempo, bastárale el ejercicio vitalicio de la majistratura suprema, sobre todo con la regalia descompasada de nombrar él mis

mo su sucesor. Con efecto, la eleccion, puesta en manos de tan subidos alcances, afianzaba el desempeño sucesivo, obviando los acasos de todo heredero inhábil, y era muy probable que el primojénito del monarca venidero seria menos cabal que el segundo de los hijos esclarecidos de la Francia para gobernar pais tan aventajado.

Al plantear de raiz otra potestad, conceptuaba ante todo perpetuar un nuevo rumbo despejado por la revolucion. « El derecho hereditario, dijo, es la única valla que ha de atajar toda contrarevolucion. Nada hay que temer mientras yo viva; pero en faltando yo, cualquier caudillo electivo adolecerá de apocamiento para contrarestar al bando de los Borbones..... La Francia debe mucho á sus veinte jenerales de division; todos han peleado valerosamente en las filas donde estaban embebidos, pero ninguno sirve para jeneral supremo, y aun menos para caudillo del gobierno. » (PELET DE LA LOZERE.)

¿Era acaso fundado este concepto esclusivo que Bonaparte manifestó tocante á los jenerales de division mas sobresalientes? ¿No han desmentido posteriormente algunos de ellos su incapacidad para el gobierno, tan empeñadamente encarecida? ¿Y no es uno de aquellos tenientes de quienes se decia en 1804 que no servian para caudillos de gobierno, el que ocupa aun en 1839 el trono de los Wasas, á que fué llamado en 1810, sin que la alianza con las alcurnias añejas, que estrelló el cetro de Napoleon, haya podido hallar, por la incapacidad ó los deslices de aquel antiguo jeneral francés, medio y ocasion de restaurar la lejitimidad en Suecia, como pudo hacerlo en Francia, y libertar enteramente á la Europa monárquica del escándalo de las soberanías plebeyas?

Y si los mas decantados jenerales desdecian en realidad del papel de caudillos del gobierno, ¿habia tambien incapacidades políticas entre los prohombres civiles que galanteaban al primer cónsul y entre los que pedia entresacar el nuevo gobernante del estado, lo mismo que entre las nombradías guerreras?

No lo creemos, y nos parece indisputable que si Bonaparte, para sincerar el restablecimiento del derecho hereditario, alegó muy de veras la imposibilidad de hallar un hombre digno de la primera majistratura en el grande agolpamiento de varones eminentes que la revolucion habia encumbrado en Francia, su ambicion en este caso pudo mas que sus alcances. Al buscar una garantía de estabilidad para el derecho hereditario monárquico, ¿acaso Bonaparte contaba con el poderío del principio hereditario, y no con el desempeño de su heredero? Si cupo tal esperanza en el primer cónsul, y si en ella participaron los hombres de estado que le ayudaron á plantear su solio, esto solo prueba que el númen mas encumbrado se aletarga á ratos, y que la perspicacia mas intensa se suele embotar y proceder ciegamente.

Enhorabuena que en la edad media se hubiese contado ante todo con el poderio del príncipe hereditario; entónces este derecho era, no solo asequible, sino necesario. Era posible, porque bastaba que la relijion lo hubiera consagrado para que fuera inviolable á los ojos de los príncipes y de los pueblos, cuya viva é idéntica fe afianzaba el avasallamiento jeneral á cualquier instituto, ley ó máxima realzada con su estampa divina. Era asequible, porque en aquellos tiempos de universales y profundas creencias, la consagracion de los reyes no era un mero ceremonial, pues el unjimiento sagrado atesoraba su virtud politica, y el sello de la lejitimidad solo pertenecia al unjido del Señor y á su linaje.

Era necesario, porque sin la consagracion relijiosa de aquel dogma politico, la tranquilidad y unidad del reino se hubieran hallado comprometidas al fin de cada reinado, con las competencias de los vasallos poderosos, pretendiendo unos la corona de mano armada, mientras otros hubieran apelado á la violencia para declararse independientes y sacudir el yugo de todo vasallaje. Ya que á pesar del derecho público de la monarquia sancionado por la relijion, se han manifestado tantas veces estas ambiciosas pretensiones y estas propensiones trastornadoras, provocando en Francia á la guerra civil desde el orijen del feudalismo hasta las conmociones de la Fronda, ¿á qué no se arrojáran los magnates sedientos de dominio y de riquezas, desalados por la guerra y malhallados con todo jénero de freno, á no contener sus ímpetus la autoridad moral de un móvil que no podian contrarestar sin esponerse á los remordimientos de su propia conciencia y sin ser declarados traidores é impios en el pregon de la Iglesia y del estado? La barbarie y la indocilidad feudales destrozaran mas desaforadamente el regazo de la Francia, y careciera la corona de medios para arrollarlas. La sancion relijiosa concedida al derecho hereditario fué la que hizo desvalida contra el solio la tenaz insubordinacion de los barones, como habia dado á Juana de Arc la fuerza milagrosa de que necesitaba para salvar, con un rey niño, el reino mas precioso del orbe. Cuando Richelieu y Luis XIV lograron por fin doblegar la antigua aristocracia y bosquejaron el plan de unidad y concentramiento, perfeccionado, y despues realizado por la revolucion francesa, las violencias y el despotismo que ejercitaron contra la grandeza, favorecieron á la potestad real, en vez de redundar en su quebranto, porque entónces era el representante del derecho divino, escudado todavia por la fe de los pueblos, y porque lastimando á los súbditos altivos que le hacian sombra, no alcanzaba mas que á los representantes de la fuerza irracional encubierto con el boato de los dictados.

¿Qué habia sido en 1804 del derecho divino, protector del hereditario? Habia franqueado su asiento al derecho divino del mérito y del nú-

men, y asi la fe universal correspondia en adelante á la soberanía del pueblo.

Por otra parte, ¿ habia acaso, al rededor del solio consular, vasallos temibles, dueños de las mas hermosas provincias de la monarquía, siempre dispuestas para alzarse á viva fuerza con la potestad suprema, y á constituirse independientes en un rincon del imperio? No, nada de esto habia que temer : pues si la santa ampolla estaba perdida, tambien el blason quedaba hecho jiras. En vez de potestades feudales hereditariamente destinadas á la carrera de las armas y no pudiendo sostenerse sino por ellas en una sociedad constituida por la conquista y organizada para la guerra, la Francia estaba viendo brotar por todas partes en la agricultura, comercio, artes y ciencias, nuevos prohombres, levantándose sobre los antiguos con toda la superioridad del mérito personal ante el acaso del nacimiento y no pudiendo subsistir ó engrandecerse sino por medio de la paz. Los caudillos mas sobresalientes solo debian su encumbramiento al estado escepcional sobrevenido en el pais de quince años á aquella parte, y sus timbres se cifraban por escelencia en hacerle gozar pacíficamente de los beneficios de una revolucion, que preparando la asociacion moral é industrial de los pueblos, debia hacer algun dia que se imposibilitase la guerra. Además nuestros jenerales no tenian influjo particular ni directo sobre parte alguna del territorio, no tenian secuaces ni medio alguno de repetir el papel de los militares del antiguo réjimen. No podia tampoco haber entre ellos un Armagnac, un Burguignon, un Montmorency ó un Epernon: y su conducta asombradiza y reservada en todas las vicisitudes del solio ha venido despues á demostrar que la traslacion de potestad, hereditaria ó electiva, no padeceria alteracion ó contraresto por sus miras personales.

Engañábase pues Bonaparte al afanarse en sincerar el restablecimiento de la monarquía hereditaria, acudiendo á máximas y hechos propios de un estado social enteramente diverso. Lo que habia sido posible y necesario allá en el regazo de una jeneracion militar y creyente, no era preciso ni asequible en una sociedad industrial é incrédula que ya no tenia que temer la turbulencia feudal, y solo pedia por paradero de los trances, en premio de los triunfos guerreros mas esclarecidos, el derecho de entregarse con seguridad á sus pacíficas tareas.

Por lo demás, el primer cónsul habia dado, poco antes del 18 de brumario, poderosísimas razones contra el derecho hereditario, proclamando que este instituto, tan provechoso á la Francia en la edad media, era inasequible en el siglo décimonono «El derecho hereditario es absurdo, decia, no porque deje de afianzar la estabilidad del estado, sino porque es imposible en Francia. Estuvo allá establecido por mucho tiempo; pero con instituciones que lo hacian practicable, que ya no existen y que no se pueden ni deben restablecer. El derecho hereditario dimana del civil; supone

la propiedad y tiene por objeto vincular su traspaso. ¿Cómo cabia hermanar el derecho hereditario de la primera majistratura con el principio de la soberanía del pueblo? ¿Cómo el persuadir que esta majistratura es una propiedad? Cuando la corona era hereditaria, crecido número de majistraturas lo eran igualmente; esta aprension era una ley casi jeneral, de la que ya nada existe. » (THIBAUDEAU. — *El Consulado y el Imperio.*)

¿Acaso lo absurdo se habia convertido en atinado desde el principio al fin del consulado, y por ventura habia cesado ú era menos aparente en 1804 la desemejanza radical tan claramente advertida en 1800? Sin duda que no; cada época habia conservado su estampa; pero Bonaparte habia ido variando de pensamientos. Ya no le bastaba la potestad suprema á título vitalicio. Habia penetrado en su alma el concepto engreido de plantear una dinastía y trasformar su familia en un rejio linaje. Desde entónces su política, siempre nacional y filosófica, siempre grandiosa y abarcadora como sus alcances, se halló espuesta á contaminarse por el contacto de las consideraciones secundarias y apearse casi de continuo sobre las mezquinas proporciones de la vanagloria y combinacion dinástica. « Este descompasado jigante, dice Mr. Chateaubriand, no enlazaba completamente sus destinos con los de sus contemporáneos; su númen pertenecia á la edad moderna, y su ambicion correspondia á los tiempos antiguos; no advirtió que los milagros de su vida descollaban en gran manera sobre el valor de una diadema, y que este gótico realce le « vendria al soslayo. »

Justo es decir sin embargo que, aun cediendo á su « ambicion de los tiempos antiguos, » Bonaparte comprendió bastante las necesidades de « la época moderna, » para no embeber en el derecho hereditario que estaba planteando, el sesgo de absolutismo y las consecuencias rigurosas del antiguo derecho divino. Queria por el contrario eslabonarlos en cuanto cupiera con la soberanía del pueblo: así, cuando el senado pasó á visitarle el 28 de floreal del año XII (18 de mayo de 1804) para presentarle el senado consulto de aquel dia, por el cual el primer cónsul era llamado al solio y se declaraba la dignidad imperial hereditaria en su familia, Bonaparte se esmeró en espresar contestando :

« Rindo ante la sancion del pueblo la ley del derecho hereditario. Espero que la Francia no se arrepentirá nunca de los timbres que derrama sobre mi familia. En todo caso, mi espíritu no estará con mi posteridad, el dia en que esta deje de merecer el amor y la confianza del pueblo francés. »

¿No era esto hacer el derecho hereditario meramente condicional, posponer los privilejios de la sangre á los derechos de la nacion, sostener el ejercicio privativo de la soberanía del pueblo y atenerse de antemano con solemnidad á la prescripcion eventual de la dinastía que fundaba, si esta llegaba á perder la confianza nacional?

En este sentido, el principio hereditario solo atribuia á los miembros de la familia imperial una especie de candidatura legal que podia ofrecer algun afianzamiento de órden y de estabilidad contra las vicisitudes inseparables de los interregnos, sin quitarle al pueblo el derecho soberano de separar al sucesor que no se granjeara ó dejara de merecer su amor y confianza.

Con efecto, así fué entendido y practicado el derecho hereditario en Francia desde el principio de este siglo. El mismo Bonaparte, tan aprensivo de fallecer sin completar su obra y plantear herederos que la consoliden, sobrevivirá á su dinastía y á su propio gobierno por falta de arrimo contra el poderío estranjero en el leon popular que habrá aherrojado ú adormecido á la sombra de su esclarecido despotismo. De nada le servirán el voto del Luxemburgo y la consagracion de Nuestra Señora; veráse desechado por el senado que lo encumbró, maldecido del pontífice que le bendijo, y cuando la antigua lejitimidad acuda ufana y se aposente sobre los escombros del derecho hereditario imperial, retando ciega y engreidamente el ímpetu del siglo y de la nacion, bastarán algunos jornaleros desnudos para castigar el orgullo dinástico, vengar el siglo y la nacion, corroborando el dicho de Bonaparte, «que en lo sucesivo, el derecho hereditario, tal cual se entendia en tiempo de nuestros antiguos reyes, es desatinado é inasequible.» Entónces se convencerá de que el númen del individuo, las glorias del linaje, ni las consagraciones de Paris y de Reims no son mas que meras aprensiones de estabilidad, y que si la consagracion constitucional de un trono hereditario precave al pais de continuas revueltas populares y de amaños electorales, siempre espuestos, solo es para librarlo de conmociones revolucionarias periódicas. Con efecto, se podrá prescindir de zozobras en las juntas parroquiales, mas no por eso dejará de romperse el vínculo dinástico, y en lugar del bullicio del escrutinio, se oirá el estruendo de las armas; se padecerá una invasion ó sobrevendrán revoluciones, y el órden de sucesion, ideado como medio infalible para perpetuar los gobiernos, se hallará quebrantado dos veces en menos de veinte años, ora por bayonetas estranjeras, en el nombrado por la nacion, ora por la espada nacional, en el nombrado por las bayonetas estranjeras. Ufánense entónces de haberse libertado de los trastornos inseparables del sistema electivo y haber entronizado el sosiego del estado y la fortuna de los linajes soberanos al arrimo del derecho hereditario.....

¿Cuál podia ser sin embargo y cual fué el resultado moral sobre el espíritu de los pueblos europeos, del restablecimiento de la monarquía y de la potestad hereditaria en Francia?

¿Salieron verdaderamente gananciosas la soberanía y la sucesion hereditaria, conceptuadas idealmente? Se consolidaron mas los tronos? ¿Se afianzaron mas las dinastías? ¿Recobraron por ventura el poder de em-

halagar y arrebatar que en otro tiempo ejercieran sobre toda la sociedad europea y aquel antiguo prestijio que constituia su brillantez y su pujanza?

Por el contrario, aquel prestijio amainó mas que nunca en el regazo de las naciones, al ver que el pueblo que habia reinado en globo encasquetándose el gorro encarnado y entonando *la caramañola*, se hacia emperador en uno de sus soldados, vestia la púrpura y ceñia la diadema sin que pareciera escandaloso lo que la vieja Europa no podia conceptuar sino como una profanacion de las insignias monárquicas y por una usurpacion odiosisima.

El principio hereditario se adulteró mas y mas cuando las familias plebeyas reemplazaron en Francia, Italia, España, etc., á la dinastia mas esclarecida, sentándose marcialmente entre los descendientes de Carlos V, de Pedro el Grande y de Federico.

Tan cierto es que el destino de Bonaparte era ser el ajente mas activo de la revolucion, hasta en aquellos actos que mas estaban ostentando el sello contrarevolucionario. Para contrarestar á la Europa entera, aquella revolucion habia tenido que pasar de la monarquia constitucional á la república. Para cundir por donde quiera y afrancesar de estremo á estremo la Europa, paró en ambiciosa y conquistadora, pasando de la república á la monarquia militar. Esta nueva trasformacion se ejecutó por el senado consulto del 28 de floreal, año XII (18 de mayo de 1804). El cónsul Cambaceres, encargado de presentar esta solemne acta á los piés del compañero que iba á ser su soberano, pronunció las palabras siguientes:

« El pueblo francés ha estado disfrutando por largos siglos las ventajas consiguientes á la potestad hereditaria. Ha hecho una prueba corta, pero trabajosisima, del sistema contrario, y tras una deliberacion libre y premeditada, regresa á la senda que le señalaba su jenio. Ejerce desahogadamente sus derechos para delegar á vuestra imperial majestad una potestad que su interés le imposibilita desempeñar por sí mismo. Estipula para las jeneraciones venideras y cifra por medio de un contrato solemne la dicha de sus nietos en los vástagos de vuestro linaje. Estos imitarán vuestras virtudes y heredarán nuestro amor y nuestra fidelidad. »

Napoleon respondió:

« Todo cuanto puede contribuir al bien de la patria está esencialmente enlazado con nuestra felicidad.

« Acepto el dictado que conceptuais provechoso el conferirme para gloria de la nacion. »

Luego subordinando el nuevo derecho hereditario a la sancion del voto popular, se esmeró en no provocar las repugnancias democráticas del siglo, tributando un postrer homenaje á la soberania del pueblo en la acta misma que iba á suspender indefinidamente su ejercicio. Entónces pronunció las palabras que ya citamos.

« Rindo á la sancion del pueblo la ley del derecho hereditario. Espero que la Francia no se arrepentirá nunca de los blasones que franquea á mi familia. En todo caso, mi espíritu abandonará á mi posteridad el dia en que deje de merecer el amor y la confianza de la gran nacion. »

Al salir de la audiencia del emperador, el senado pasó á casa de Josefina para saludarla con el dictado de emperatriz. « Señora, le dijo Cambaceres, el concepto público y las finezas que estais de continuo derramando pregonan que, amiga de los desgraciados, solo haceis uso de vuestro valimiento con el caudillo del estado para aliviar su desventura, y que vuestra majestad añade á la complacencia en favorecer el entrañable esmero que hace mas grato el reconocimiento y mas precioso el beneficio. Esta disposicion presajia que el nombre de la emperatriz Josefina será la señal del consuelo y de la esperanza..... El senado se da el parabien de encabezar á todos en saludar á vuestra imperial majestad. »

Cambaceres recibió en galardon de sus afanes la dignidad de canciller mayor. No se debia menos á las veras con que habia depuesto el título de segundo majistrado de la república para allanarse al de primer súbdito del imperio. Lebrun fué nombrado tesorero mayor.

No fué solo en la respuesta al senado en la que Napoleon se esmeró en halagar á los asombradizos republicanos; la fórmula del juramento que prestó al tomar posesion del solio, demuestra el mismo afan. Quiere que la Francia sepa que el emperador es lo mismo que el cónsul, el primer representante de la revolucion, el arrimo mas esforzado de la causa popular y el supremo defensor de la república misma. He aquí el juramento.

« Juro mantener la integridad del territorio de la república, respetar y hacer respetar las leyes del concordato y la libertad de cultos; respetar y hacer respetar la igualdad de los derechos, la libertad política y civil, la irrevocabilidad de las ventas de bienes nacionales; no recaudar contribucion ni impuesto alguno sino en virtud de una ley; mantener el instituto de la Lejion de Honor y gobernar con la única mira del interés, la dicha y la gloria del pueblo francés. »

Aun echando así el resto de sus conatos para persuadir á la nacion que el establecimiento del imperio dejaria en pié la república, imposible era que la fundacion de una nueva dinastía no moviera zozobras en los pechos republicanos, y no tuviera que prorumpir en protestas mas ó menos briosas. Fué Carnot, como el mas descollante, el mas señalado en el trance. La propuesta de restablecer la potestad hereditaria á favor de Napoleon y de su familia se habia hecho en el tribunado, y Carnot la habia impugnado á su primer asomo. « Desde el 18 de brumario, dijo, hubo una época, única acaso en los anales del mundo, para premeditar al abrigo de las borrascas, y plantear la libertad sobre sólidos cimientos, reconocidos por la esperiencia y la razon. Despues de la paz de Amiens, Bonaparte pudo ele-

jir entre el sistema republicano y el monarquico: hubiera hecho cuanto apeteciera sin asomo de contraresto. Estabale confiado el deposito de la libertad, habia jurado defenderla; cumpliendo su promesa, hubiera satis fecho las esperanzas de la nacion, que le habia conceptuado el unico capaz de resolver el gran problema de la libertad publica en los estados gran diosos; se hubiera cubierto de una gloria sin igual.

La voz de Carnot sonó en el desierto. Los grandes cuerpos del estado fueron unánimes en su adhesion á la monarquia. No dirian sino que era una milagrosa resurreccion del lado derecho de la asamblea constituyente. Sin embargo, ni el senado, ni el tribunado, ni aun el cuerpo lejislativo habian venido por aquel rumbo. Pero tal habia sido el raudal de los acontecimientos, que los veteranos de la Convencion se hallaron de repen te trasformados en cortesanos, olvidando los principios, lenguaje y costum bres que tuvieran el dia anterior.

Los jenerales republicanos se doblegaron, como los antiguos repre sentantes del pueblo, al imperio de las circunstancias. Siempre adictos á la revolucion, se avinieron á servirla bajo su nueva planta, con tanto mas motivo, cuanto hallaron una prenda de resguardo para su propio encum bramiento. Despues de haber sido promovido á la dignidad imperial, Na poleon convocó á la graderia de su solio á los compañeros mas esclareci dos, condecorándolos con el dictado de mariscales del imperio, á saber Berthier, Murat, Moncey, Jourdan, Massena, Augereau, Bernadotte, Soult, Brune, Lannes, Mortier, Ney, Davoust, Besieres, Kellermann, Le fevre, Perignon y Serrurier.

El pueblo no culpó de apostasia á todos los soldados de la república viéndolos aceptar un titulo que recordaba la monarquia feudal. Al contra rio, consideró como un nuevo homenaje á los principios de igualdad, para él tan caros, el decreto que vinculaba en el cabal desempeño militar la alta dignidad que el antiguo réjimen solia conferir únicamente al naci miento.

Pronto se le proporcionó á Napoleon una coyuntura para solemnizar su advenimiento a la potestad suprema con un acto de clemencia. El fallo del tribunal de justicia criminal, pronunciado el 10 de junio de 1804, con denó á pena capital á Jorje Cadoudal y á sus cómplices. El jeneral Moreau, escudado con su nombradia y el afecto del ejército, fué sentenciado á una reclusion de dos años, conmutada en destierro perpetuo. Pero entre los reos sentenciados á la pena capital, se hallaban hombres de esclarecido linaje, tales como MM. de Riviere y de Polignac. Hiciéronse las mas acti vas dilijencias para salvarlos, y Josefina se encargó de corroborar las efi caces instancias de las familias desconsoladas. Madama de Montesson pasó á San Cloud bajo sus auspicios, y presentó al emperador madama de Po lignac, quien le pidió la gracia de su marido y la de Mr. de Riviere. «He-

mos conseguido, decia de allí á pocos dias la emperatriz, que madama de Polignac se le presentase. ¡Dios mio! ¡cuán hermosa estaba! Bonaparte se conmovió al verla y le dijo: « Señora, perdono á vuestro marido, ya que solo trataba de quitarme la vida. »



No paró en esto la jenerosidad de Bonaparte, pues tambien accedió á menos poderosas intercesiones. Una muchacha de una familia desconocida obtuvo para su hermano lo que madama de Polignac habia conseguido para su marido. La clemencia imperial, implorada con feliz resultado por MM. de Polignac y de Riviere, se estendió á Lajolais, Bouvet de Lozier, Rochelle, Gaillard, Russillon y Cárlos de Hozier: Jorje y sus cómplices fueron ajusticiados. Pichegrú habia precavido á un tiempo su sentencia y su castigo ahorcándose en el calabozo. « La ejecucion de Jorje, dice Napoleon en sus *Memorias*, no movió á compasion, por cuanto el asesinato, cualquiera causa que lo motive, será siempre odioso á los hombres. La accion de Judit necesita todo el predominio de la Sagrada Escritura para no causar ira. » En cuanto al suicidio de Pichegrú, debia ser revocado en duda en una época en que todas las pasiones odiosas de los partidos contrarios y de las facciones vencidas se hermanaban para calumniar y envilecer al vencedor. Puede haber habido hombres de buena fe que se dejaron persuadir que se habia atropellado la muerte de Pichegrú por disposicion del emperador. « Vergonzoso fuera, dijo Napoleon, quererse sincerar de un he-

cho tan desatinado. ¿Qué podia yo ganar con esto? Un hombre de mi carác-



ter no obra sin grandes motivos. ¿Me han visto acaso derramar sangre por antojo? Por mas que echen el resto en tiznarme bajo todos los conceptos, los que me conocen saben que mi organizacion es opuesta al crimen, y que en toda mi administracion no aparece ningun acto privado del que yo no pudiera responder ante un tribunal, no solo sin cortedad, sino con cierto señorio. El hecho es que Pichegrú viéndose en una situacion desahuciada, no pudo su entereza arrostrar la afrenta de un ajusticiado; desconfió de mi clemencia ó la menospreció y se dió la muerte. » *(Memorial.)*

Pero en tanto que los príncipes que habian armado el brazo de Jorje é inducido á Pichegrú á una nueva traicion, estaban devorando en Inglaterra el sonrojo de haber dado el cetro al que intentaban matar á puñaladas, el caudillo de la familia de los Borbones, á quien Napoleon declara no haber hallado nunca « en una conspiracion directa contra su vida, » y que se hallaba á la sazon retirado en Varsovia, creyó deber publicar un manifiesto contra el acta del senado que habia fundado una cuarta dinastia. Fouché, que fué el primer sabedor de aquel documento, estuvo solícito en llevárselo al emperador, conceptuando que Napoleon le agradeceria su afan y dilijencia y le daria inmediatamente órdenes severas para atajar en Francia el escrito de Luis XVIII, pero Fouché se engañaba. Napoleon leyó la declaracion del pretendiente y dijo tibiamente al ministro al devolvérsela: « Vaya, vaya, ¿con que el conde de Lila quiere hacer de las suyas?

bien, muy bien. Mi derecho está en la voluntad de la Francia y sabré mantenerlo mientras tenga una espada. Los Borbones deben saber que no los temo, y así que me dejen en paz. Decis que los bobos del arrabal de San Jerman van á sacar copias de la protesta del conde de Lila; pues bien, que la lean á su gusto. Mandadla al *Monitor* y que la publiquen mañana. » Y en efecto, el 1°. de julio, el *Monitor* publicó la protesta de Luis XVIII.

De allí á pocos dias era el aniversario de la toma de la Bastilla, y esta funcion republicana parecia deber hacerse desabrida al nuevo monarca; pero muy lejos de esto, acertó Napoleon á eslabonar los recuerdos del 14 de julio con las instituciones que habia planteado. Elijió este dia para la primera distribucion de las cruces de la Lejion de Honor, y para que los agraciados prestasen juramento. Verificóse la ceremonia en los Inválidos. El cardenal de Belloy, arzobispo de Paris, salió á recibir al emperador, á la puerta de la iglesia seguido de todo el clero. Napoleon iba acompañado de todas las grandes dignidades y empleados eminentes del imperio. Despues del oficio divino, Lacepede, canciller mayor de la Lejion de Honor, tomó la voz y pronunció un discurso del que estractamos el paso siguiente:



« Hoy existe por la voluntad del pueblo cuanto apeteció allá en 14 de julio de 1789. Ha conquistado su libertad, y se halla afianzada sobre leyes inmutables; ha querido la igualdad, y esta escudada por un gobierno que constituye su cimiento..... Repetid estas palabras, ya proferidas en este recinto, y que suenen hasta los confines del imperio: cuanto se planteó en 14 de julio es inmutable; cuanto se destruyó no puede ya tener cabida. »

Despues de su discurso, Lacepede llamó por sus nombres á los grandes oficiales de la Lejion, entre los que asomaba el cardenal Caprara, y cubriéndose el emperador, segun uso de los reyes de Francia, dijo con voz muy entera en medio del profundo silencio y del relijioso recojimiento de toda la concurrencia.

« Comandantes, oficiales, lejionarios, ciudadanos y soldados, ¿jurais por vuestro honor sacrificaros en servicio del imperio y conservar integro su territorio? ¿jurais defender el emperador, las leyes de la republica y las propiedades por ellas consagradas, pelear por cuantos medios abonan la justicia, la razon y las leyes, contra cualquier intento encaminado a restablecer el réjimen feudal? ¿jurais finalmente echar el resto de vuestros alcances en sostener la libertad y la igualdad, estribos fundamentales de nuestras constituciones? ¿ Lo jurais? »

Todos los miembros de la Lejion respondieron afirmativamente, y al punto resonaron bajo las bóvedas del templo las voces de « Viva el emperador. » Mr. de Bourrienne confiesa que fuera imposible describir el entusiasmo de los circunstantes.

Al dia siguiente de esta ceremonia, la escuela Politécnica recibió una nueva organizacion.

Dos dias despues, Napoleon salió de Paris para recorrer las costas de la Mancha é inspeccionar los campamentos que tenia dispuestos. Anunció que este viaje tenia por objeto una solemne distribucion de las cruces de la Lejion de Honor á los valientes que no habian podido asistir á la ceremonia de los Inválidos. Sin embargo, se creyó jeneralmente que esta distribucion era un pretesto, y que Napoleon tenia siempre á la vista la realizacion de su intento predilecto, esto es, un desembarco en Inglaterra.

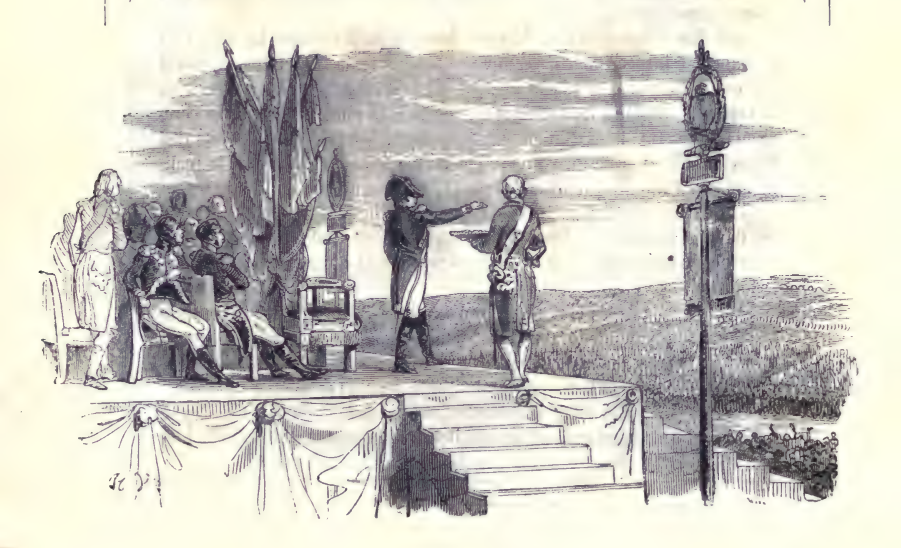
Las tropas situadas en la costa se estendian desde Etaples hasta Ostende. Davoust mandaba en Dunkerque; Ney en Calés; Oudinot en Santomer; Marmont en las fronteras de Holanda, y Soult en el campamento jeneral en Boloña.

A su llegada á esta ciudad, el emperador halló el ejército rebosando de entusiasmo y denuedo. Soldados y jenerales se creian próximos á pasar el estrecho, y no dejaba de haber sus recelos de la otra parte de la Mancha. Quinientas velas mandadas por el almirante Verhuel estaban como aguardando una señal para dirijirse sobre los puertos de la Gran Bretaña. Napoleon era el unico que tenia el secreto del destino eventual de aquellos te-

mibles campamentos. Al paso que amenazaba verdaderamente á la Inglaterra, veia formarse nuevas borrascas en el continente; y acaso cuando parecia estar engolfado con los inmensos preparativos de una espedicion marítima, se preparaba mas de recio para la guerra continental, cuya inevitable esplosion divisaba á lo lejos.

Ochenta mil hombres de los campamentos de Boloña y de Montreuil se reunieron á las órdenes del mariscal Soult en una dilatada llanura cerca de la Torre de César. El emperador compareció en medio de ellos, seguido de un estado mayor compuesto de los capitanes mas descollantes de aquella época esclarecida. Situóse en una eminencia que la naturaleza parecia haber proporcionado de intento para servirle de trono, y allí repitió con voz sonora la alocucion que habia dirijido á los lejionarios en la ceremonia de los Inválidos. Sus palabras no tuvieron menos fuerza en Boloña que en Paris; fueron tales los arranques que escitó, y tal la satisfaccion que sintió Napoleon, que su edecan, el jeneral Rapp, ha declarado despues que nunca le habia visto tan complacido.

Este precioso dia de la Torre de Orden fué sin embargo alterado por la tarde con un temporal que infundió zozobra por el paradero de una parte de la escuadrilla. El emperador, avisado, acudió inmediatamente al puerto para providenciar presencial y ejecutivamente. Pero á su llegada, cesó la tempestad, como si los elementos acataran el predominio del prohombre



y el embeleso de su mirada. La escuadrilla volvió intacta al puerto, y Napoleon regresó al campamento en donde las tropas se entregaron luego á diversiones y regocijos que se terminaron con fuegos artificiales disparados



en la costa y cuyos destellos se divisaron desde la costa misma de Inglaterra.

Durante la residencia de Napoleon en el campamento de Boloña, dos marineros ingleses, prisioneros en el depósito de Verdun, se escaparon y llegaron á Boloña, en donde construyeron un bote, sin otra herramienta que sus navajas, con algunos pedazos de madera que ajustaron lo mejor que pudieron, para pasar á Inglaterra en aquel frájil bajel que un hombre solo podia llevar fácilmente al hombro. Acabado su trabajo, los dos marineros se hicieron á la mar, procurando dar alcance á una fragata inglesa que cruzaba á vista de la costa. Apenas salieron, cuando los aduaneros los descubrieron, y habiéndolos apresado y vuelto al puerto, fueron presentados al emperador, quien habia manifestado deseos de verlos, como tambien el bote, pues su arrojo habia causado mucha novedad en todo el campamento. «¿Es cierto, les preguntó el emperador, que tratabais de pasar el mar en ese bote? — Señor, si lo dudais, respondieron los marine

ros, dadnos vuestro permiso y nos marcharémos inmediatamente. — Corriente, marchad, puesto que tal es vuestro arrojo; me prenda el denuedo en donde quiera que asome; mas no quiero que espongais vuestras vidas;



desde ahora quedais libres y voy á mandar que os lleven á bordo de un buque inglés. Allá podréis referir cuanto aprecio á los valientes, aun cuando sean mis enemigos.» Estos dos hombres, que iban á ser ajusticiados por espías, con la vista del emperador, no solo consiguieron su libertad, sino tambien algunas monedas de oro. Hallándose despues en Santa Helena, se entretuvo en referir este hecho á sus compañeros de destierro.

Ya dijimos que el emperador contaba con una guerra mas ó menos próxima en el continente. Sabia que si la diplomacia monárquica de Europa habia ido atemperando su lenguaje y sus pretensiones á la pujanza de nuestras armas victoriosas, en nada habian variado sus propensiones. Las maquinaciones del gabinete inglés podrian inducir de un dia á otro á las cortes de Viena, de Petersburgo ó de Berlin á una nueva alianza contra la Francia. Las disposiciones hostiles de todas estas cortes se alcanzaban por cualquiera que comprendiese la incompatibilidad de nuestra monarquía revolucionaria con la añeja soberanía de los demás estados. Pero Napoleon conocia aun mejor, de un modo positivo por medio de sus ajentes diplomáticos, la malquerencia y las disposiciones guerreadoras de los gabinetes austríaco, ruso y prusiano. Los ochenta mil hombres que tenia en el campamento de Boloña debian servirle para las contingencias que esta mala voluntad podia acarrear. Miraba en ellos su porvenir y el de la Fran-

cia, y así echó el resto en fomentar y estimular el entusiasmo de las tropas. Desde entonces fué amoldando sobre lo restante de los ejércitos republicanos la planta de las falanjes imperiales, cuyo transito tenia dispuesto la Providencia por todas las capitales de Europa. Eran siempre los mismos soldados y jenerales, eran los varones y los pensamientos del siglo diez y ocho, los hijos de la revolucion. El campo de Boloña fué la cuna de aquel Grande Ejército, á un tiempo avasallador y propagandista, que halló en los campos de Waterloo, tras diez años de inauditos triunfos, una huesa labrada por la traicion y la fatalidad, y esclarecida con su heroismo, anteponiendo la muerte á la rendicion.

Los preparativos militares que estaban embargando el ánimo del emperador no le hacian desatender la administracion civil del imperio. Se complacia todo, al contrario, en abarcar cuantos objetos caben en los ambitos del gobierno con despejada y cabal maestria. Así en medio de las inspecciones y revistas del campo de Boloña, fundó los premios decenales con un decreto estendido en estos términos.

« Napoleon, emperador de los Franceses, a todos los que las presentes vieren, salud.

« Siendo nuestro ánimo fomentar las ciencias, las letras y las artes que contribuyen ante todo á la ilustracion y gloria de las naciones;

« Deseando no solo que la Francia conserve la preponderancia que se ha granjeado en ciencias y artes, sino tambien que el siglo entrante aventaje á los anteriores;

« Anhelando conocer tambien á cuantos descollaren en la carrera de ciencias, letras y artes;

« Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

« Art. I. Se celebrará cada diez años, el dia aniversario del 18 de brumario, una distribucion de grandes premios, dados por nuestra propia mano, en el sitio y con la solemnidad que mas adelante se espresarán.

« II. Todas las obras de ciencias, literatura y artes, todos los inventos útiles, todos los establecimientos dedicados á los adelantos de la agricultura ó de la industria nacional, publicados, conocidos ó planteados en un intermedio de diez años, cuyo término procederá de un año á la época de la distribucion, competirán para los premios mayores.

« III. Su primera distribucion se verificará el 18 de brumario del año XVIII, y conforme á las disposiciones del articulo precedente, el certamen abarcará cuantas obras, inventos ó establecimientos sean publicados ó conocidos desde el intermedio del 18 de brumario del año VII al 18 de brumario del año XVII.

« IV. Estos premios mayores serán, unos del valor de 10.000 francos, y otros del de 5.000.

« V. Los del valor de 10.000 francos serán nueve, y conferidos:

« 1°. A los autores de las dos mejores obras de ciencias: una de física y otra de matemáticas;

« 2°. Al autor de la mejor historia ó del mejor trozo de historia, ya sea antigua ó moderna;

« 3°. Al inventor de la máquina mas útil á las artes y á la fabricacion;

« 4°. Al fundador del establecimiento mas ventajoso á la agricultura ó á la industria nacional;

« 5°. Al autor de la mejor composicion dramática representada en los teatros franceses, ya sea comedia ó trajedia;

« 6°. A los autores de las dos mejores obras, una de pintura y otra de escultura, representando hechos señalados ó acontecimientos memorables sacados de nuestra historia;

« 7°. Al compositor de la mejor ópera representada en el teatro de la Academia imperial de música;

« VI. Los premios mayores del valor de 5.000 francos serán trece, y conferidos:

« 1°. A los traductores de diez manuscritos de la biblioteca imperial ó de las demás bibliotecas de Paris, escritos en lenguas antiguas ú orientales, y reconocidos por los mas útiles á las ciencias, historia, buenas letras y artes;

« 2°. A los autores de los tres mejores poemas que traten de sucesos memorables de nuestra historia ó de acciones honoríficas para el pueblo francés.

« VII. Estos premios se adjudicarán por informe y á propuesta de un jurado compuesto de los cuatro secretarios perpetuos de las cuatro clases del Instituto, y de los cuatro presidentes en ejercicio durante el año que preceda al de la distribucion. »

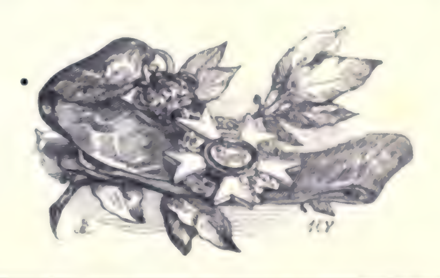
Mientras que la Europa conceptuaba á Napoleon dispuesto á caer sobre Inglaterra, le vió Bruselas aparecer de repente en sus muros. Habia avisado á Josefina que se verian en aquella ciudad, y con efecto se verificó su reunion en el castillo de Laken, que estaba magníficamente dispuesto para el intento. Allí fué donde recayendo la conversacion sobre una novela de madama de Stael, se espresó Napoleon acerca de aquella célebre escritora en los términos que citamos y que dan vado para enterarse de la hostilidad en que prorumpió posteriormente la autora de *Corina* respecto al emperador: « Así como no me gustan los hombres afeminados, tampoco me cuadran las mujeres ahombradas. Cada cual desempeñe su papel en este mundo. ¿Qué son esos desvaríos de la imajinacion? ¿Qué viene á quedar de todos ellos? Nada. Todo eso no es mas que metafísica inapeable y desconcierto de potencias. No puedo estomagar á esa mujer; además no me gusta que las mujeres den conmigo los primeros pasos, y sabe Dios de cuantas zalamerías se ha valido la susodicha. »

La repugnancia que Napoleon habia profesado siempre á madama de Stael, «convertida en enemiga por haberse visto desechada,» como dice el *Diario de Santa Helena*, destempla aquí descompasadamente al prohombre con las mujeres en jeneral, porque tenia motivos particulares para quejarse de una de ellas. Su tino habitual se estravió además tanto en este punto con sus rencores y sus mañas, que aun en Santa Helena continuaba opinando del mismo modo acerca de las relaciones morales de los sexos, y se obstinaba en afirmar que las mujeres solo eran del caso para procrear. «Devaneo es que aspireis á la igualdad,» decia á las señoras Bertrand y Montholon; «la mujer es propiedad nuestra; nosotros no somos la suya.»

La residencia del emperador en Laken fué de corta duracion. Dejó aquel vistoso paraje trasladándose á Aquisgran, donde permaneció algunos dias, detenido en cierto modo por una simpatía misteriosa á la capital y al sepulcro del conquistador, cuyo imperio reponia al cabo de mil años, y que habia recibido del cielo, como él, el instituto de civilizador de la Europa por entrambas potestades, del númen y de las armas.

Desde la ciudad de Carlomagno, cuyas insignias quiso trasladar á Paris, se dirijió Napoleon á Maguncia, pasando por Colonia y Coblenza. Los príncipes del imperio se agolparon á su encuentro, y utilizó su oficiosidad para echar los cimientos de la Confederacion del Rin, con que trataba de vallar la Francia contra las grandes potencias del Norte.

Pero no le bastaban todavía al glorioso restaurador del imperio de Carlomagno los rendimientos sinceros ó finjidos de los príncipes y los votos del pueblo. El héroe civilizador de la edad media habia hecho que la relijion consagrara su potestad, y Napoleon desentendiéndose de la diferencia de los tiempos, queria escudar su solio con todos los arrimos que cupieron al de Carlomagno. Para que la semejanza fuese aun tan cabal como cabia, deseó el unjimiento pontifical, y con este objeto despachó desde Maguncia á Roma á Cafarelli para que recabase de Pio VII el venir á consagrar en Paris al emperador de los Franceses. Durante esta negociacion, Napoleon disponia, desde las márjenes del Rin, la salida de dos escuadras



una de Rochefort y otra de Tolon, á las órdenes de los almirantes Missiessy y Villeneuve. Así andaba preocupado de espediciones marítimas. Al cabo de tres meses de ausencia, volvió á tomar el camino de su capital y llegó á San Cloud á mediados de octubre.



CAPITULO XVII

Convocacion del cuerpo lejislativo. Comprobacion de los votos populares. Llegada á Francia del papa Pio VII. Coronacion del emperador.



La época de la coronacion se iba acercando, pues Cafarelli avisaba de Roma que estaba corriente su encargo. Napoleon iba a sentarse en el solio de los primojénitos de la Iglesia con el solemne beneplácito y los auspicios de la cabeza infalible de la Iglesia. Pero debia aunarse el boato de las representaciones politicas con las solemnidades de la relijion. El senado, el tribunado y el consejo de estado podian concep-

tuarse como perenes ; solo el cuerpo lejislativo necesitaba convocarse con mucha anticipacion, y lo fué por un decreto del 17 de octubre.

Los individuos del senado habian prestado ya un juramento individual al emperador, y el presidente Francisco de Neufchateau habia pronunciado un discurso en que sobresalian las palabras siguientes :

« Señor, cuando en un porvenir allá remoto, nuestros nietos y bisnietos vengan con igual festejo á reconocer por emperador á aquel de vuestra prole que deba recibir su juramento de fidelidad, una sola palabra bastará para retratarle al vivo los anhelos y urjencias del pueblo, y para delinearle todos sus deberes: « Os llamais BONAPARTE; sois el hombre de la Francia : acordaos, príncipe, del GRAN NAPOLEON. »

Cuando se recojieron los votos del pueblo acerca del senado-consulto del 28 de floreal del año XII, y la comision especial del recuento que desempeñó Rœderer, hubo probado que «tres millones quinientos setenta y dos mil trescientos veinte y nueve ciudadanos» habian declarado querer la sucesion hereditaria de la dignidad imperial en la descendencia directa, natural, lejítima y adoptiva de Napoleon Bonaparte, y en la descendencia natural y lejítima de José y Luis Bonaparte, tambien fué Francisco de Neufchateau quien tuvo el encargo de dar el parabien á Napoleon por el nuevo testimonio de confianza y gratitud que acababa de darle el pueblo francés. En medio de los conatos de la adulacion y de las lisonjas académicas que por precision tenian que componer el razonamiento oficial del presidente del senado, y que al menos se hacian disculpables con un hombre como Napoleon, supo el orador deslindar la diferencia esencial que debia mediar entre la monarquía imperial y la antigua soberanía, que venia á ser la misma que habia entre la revolucion y el antiguo réjimen, porque de otro modo, no tuviera cabida el voto reciente del pueblo francés. «El dictado de emperador siempre recordó, dijo, no la soberanía ante que se humillan y postran los súbditos, sino el concepto encumbrado y liberal de un primer majistrado mandando en nombre de la ley á la que los ciudadanos se precian de obedecer. »

Napoleon contestó:

« Subo al trono á que me llaman los votos unánimes del senado, del pueblo y del ejército, convencido de los sumos destinos de ese pueblo á quien yo saludé el primero desde los campamentos con el nombre de GRANDE.

« Desde mi mocedad se vincularon en él todos mis pensamientos, y este es el momento de espresarlo; mis recreos y mis congojas se cifran desde ahora en la dicha ó desventura de mi pueblo.

« Mis descendientes conservarán por mucho tiempo este solio, el primero del universo.

« En los campos de batalla serán los primeros soldados del ejército, sacrificando su vida por la defensa de su pais.

«Como majistrados, no perderan de vista que el menosprecio de las leyes y la alteracion del orden social son tan solo el resultado de la flaqueza y de la incertidumbre de los príncipes.

«Vosotros, senadores, cuyo consejo y arrimo nunca me faltaron en las mas críticas circunstancias, vuestros alcances se irán trasmitiendo á vuestros sucesores; sed siempre el resguardo y los principales consejeros de este trono, imprescindible para la felicidad de tan dilatado imperio.»

Acercábase el dia de la consagracion. Pio VII, salido de Roma á principios de noviembre, llegó el 25 á Fontainebleau. Napoleon, que habia dispuesto una cacería para hallarse en su tránsito, le salió al encuentro en el camino de Nemurs. Luego que le descubrió, se apeó; hizo lo mismo el pontífice, y habiéndose abrazado, subieron en el mismo coche y pasaron al palacio imperial de Fontainebleau, alhajado de nuevo con toda magnificencia. El emperador y el papa tuvieron juntos varias conferencias en aquella rejia mansion, de la que salieron el 28, verificando el mismo dia su entrada en Paris.

Habíase fijado el 2 de diciembre para la consagracion; pero aun no estaba determinado el sitio de la ceremonia. Unos hablaban del Campo de Marte, otros de la iglesia de los Inválidos, y al fin Napoleon prefirió Nuestra Señora. El Campo de Marte abundaba demasiado en recuerdos revolucionarios para cuadrar con un ceremonial en el que la revolucion, dando al



olvido sus borrascosos estremos y su odio primitivo á los sacerdotes y á los reyes, debia estremarse en sincerar su monárquico disfraz, y manifestar á la Europa que podia hermanarse con la unidad del poderío y el ejercicio de la relijion. Desatino fuera repetir en 1804 lo que se hiciera en 1790. Pero si Pio VII estaba harto sabedor de su dignidad para avenirse á un arreglo en el cual tenia que ser un imitador de Talleyrand, tambien Napoleon tenia de suyo un tino muy certero para requerir algo que se le pareciese. «Se ha tratado del Campo de Marte, dijo, como un recuerdo de la confederacion; pero los tiempos han variado..... Se ha pensado en celebrar la ceremonia en la iglesia de los Inválidos á causa de las memorias guerreras que presenta; pero la de Nuestra Señora será mejor; es mas capaz, y tambien tiene sus recuerdos que hablan mas á la imajinacion, dará á la solemnidad un carácter mas augusto..... » (Pelet de la Lozere.)

Llegado el dia, Pio VII pasó á Nuestra Señora, acompañado de un clero numeroso, y precedido, segun costumbre romana, de una mula, lo cual dió campo para que los Parisienses prorumpiesen á porfía en carcajadas, interrumpiendo por algun rato la gravedad del acompañamiento pontifical. El emperador siguió al papa. Nunca monarca alguno se vió rodeado de un séquito tan grandioso y galano. Allí iba todo lo mas esclarecido en armas y gobierno. Agolpábase la brillantez de la gloria personal al de las jerarquías y dignidades. El boato de los trajes y condecoraciones, el lujo de las carrozas y caballos, la riqueza de las libreas, la oleada de los concurrentes de todo el ámbito del imperio, contribuia todo para hacer de aquella solemnidad un espectáculo inaudito de grandiosidad y magnificencia. La nacion se hallaba representada en Nuestra Señora por los presidentes de los cantones, los presidentes de los colejios electorales, los diputados de las diferentes administraciones y del ejército, el cuerpo lejislativo y las demás grandes corporaciones del estado. El papa celebró. En cuanto al emperador, al adelantarse hácia el altar, no aguardó que el pontífice le coronase, sino que tomando la corona de manos del papa, se la puso en la cabeza y despues coronó á la emperatriz.

Al dia siguiente de esta gran solemnidad, hubo en el Campo de Marte una revista á la que se siguió la distribucion de las águilas imperiales á los diferentes cuerpos del ejército. El emperador, colocado en un solio encumbrado cerca de la Escuela Militar, hizo el repartimiento personalmente. A una señal dada, las tropas se pusieron en movimiento y se acercaron á él. « Soldados, les dijo, he aquí vuestras banderas; estas águilas os servirán siempre de punto de reunion: siempre las hallaréis do quiera que vuestro emperador las crea necesarias para la defensa de su trono y de su pueblo.

« ¿ Jurais sacrificar vuestra existencia en defenderlas y mantenerlas



constantemente por vuestro valor en el camino del honor y de la victoria? »

Los soldados respondieron con unánimes aclamaciones: « Sí, lo juramos. »

El senado y la ciudad de Paris quisieron despues consagrar la época de la coronacion con fiestas que dieron al emperador y á la emperatriz. El consejo municipal de la capital congratuló tambien con este motivo al emperador, quien le dió la respuesta siguiente:

« Señores del ayuntamiento, he venido á vuestra presencia para manifestar á mi buena ciudad de Paris el afan con que es mi ánimo apadrinar

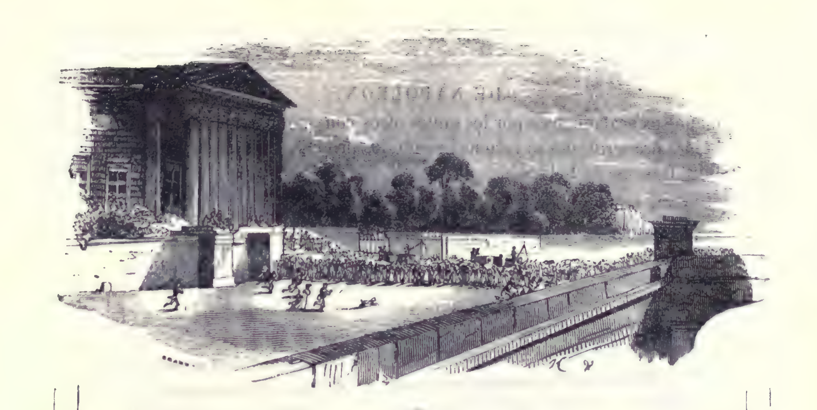
la. En todas circunstancias me servirá de complacencia y será de mi obligacion el darle pruebas particulares de mi afecto: porque habeis de saber que en las batallas, en los mayores peligros, en los mares, y aun en medio de los desiertos, siempre tuve á la vista la opinion de esta gran capital de Europa, aunque posponiéndola al voto, para mí preponderante, de la posteridad.»

Pio VII se detuvo en Paris durante todas estas fiestas. Solo habia ido á Francia con la esperanza de que su condescendencia sirviese á los intereses de la relijion y á los de su soberanía temporal. Era pues natural que prolongase su residencia junto á Napoleon tanto tiempo como lo conceptuara necesario á la realizacion de las esperanzas que traia. Mas adelante verémos si eran ó no fundadas, y si el emperador, al redoblar con el pontífice ro-



mano sus acatamientos por los santos óleos con que le habia unjido, tuvo la idea de sacrificar á su reconocimiento los principios é intereses de la política francesa en Italia.





CAPITULO XVIII.

Sesion del cuerpo lejislativo. Inauguracion de la estátua de Napoleon. Carta del emperador al rey de Inglaterra. Respuesta de lord Mulgrave. Mensaje del senado.



VEINTE y cinco dias despues de la coronacion, el emperador abrió las sesiones del cuerpo lejislativo. «Príncipes, majistrados, ciudadanos, soldados, dijo, todos no tenemos en nuestra carrera mas que un objeto: el interés de la patria. Si este solio en que me han colocado la Providencia y la voluntad nacional, es preciosisimo á mis ojos, la razon es por cuanto solo él puede de-

fender y conservar los mas sagrados intereses del pueblo francés.

« La flaqueza de la potestad suprema es la mas espantosa calamidad para los pueblos. Como soldado u primer cónsul, no tuve mas que un pensamiento; el mismo he tenido como emperador: la prosperidad de la Francia. Fui harto venturoso en esclarecerla con victorias, consolidarla con tratados, salvarla de las discordias civiles y preparar el restablecimiento de las costumbres, de la sociedad y de la relijion. Si la muerte no me asalta en medio de mis afanes, vivo esperanzado de traspasar á la posteridad un recuerdo que sirva siempre de norma ó de reconvencion á mis sucesores.

« El ministro del interior os hará un relato de la situacion del imperio. »

Con efecto, Mr. de Champagny desempeñó esta obvia y esclarecida tarea, describiendo el sosiego, prosperidad y grandeza de la Francia, despues de tantas tormentas; los sacerdotes y pastores de diferentes cultos reunidos en un mismo amor de la patria y un pasmo universal respecto á Napoleon; la nueva lejislacion celebrada en todas partes como un beneficio; las escuelas de derecho próximas á abrirse; la escuela Politécnica proporcionando jóvenes aventajados á nuestros arsenales, puertos y talleres; las escuelas de Artes y Oficios de Compiegne haciendo cada dia nuevos adelantos; la inventiva francesa estimulada para producir obras majistrales en todos los ramos de ciencias, letras y artes, por medio de los premios decenales; la administracion de Puentes y Calzadas ejecutando con la ma-



yor confianza las faenas entabladas é ideando otras nuevas; un vecindario recien venido á la Vendea (Napoleon—Vendea), para ser un foco de luces y el centro de una activa y segura vijilancia; el comercio reanimado en la orilla izquierda del Rin por los decretos del emperador y dando á Maguncia y á Colonia todas las ventajas de un verdadero depósito sin el riesgo de las introducciones fraudulentas en el interior de Francia; nuestras manufacturas perfeccionadas; nuestra industria estendiendo sus raices en nuestro mismo suelo y rechazando la industria inglesa lejos de nuestras fronteras, despues de haber logrado igualarla en lo que constituia su blason y su ventaja, esto es, en la perfeccion de sus máquinas; la agricultura engrandecida y mejorada; finalmente, las verdaderas riquezas multiplicándose en todos los puntos del imperio. A continuacion de esta pintura, el ministro manifestó que el número de los pordioseros de la capital ascendia á treinta y dos mil menos que en 1791, y á veinte y cinco mil menos que en el año X.

El estado de nuestra situacion colonial era menos próspero á causa de la guerra marítima. Por lo que tocaba á nuestras relaciones diplomáticas con las potencias del continente, eran esteriormente amistosas, pero, como ya dijimos, era una paz fementida que estaba siempre encubriendo la guerra.

En respuesta á esta comunicacion, el cuerpo lejislativo se presentó de gala el 2 de enero de 1805 en la audiencia del emperador para manifestarle parabien, y el presidente Mr. de Fontanes usó, á pesar de los murmullos de casi todos sus compañeros, la antigua fórmula de « fidelísimos súbditos. » Pocos dias despues se inauguró en el sitio donde celebraban sus sesiones los diputados, la estátua de Napoleon, ejecutada por Chaudet: y Mr. de Vaublanc, cuestor del cuerpo, llevando la voz en aquel acto delante del emperador, la emperatriz y los grandes personajes del imperio, empezó así el elojio histórico de su héroe:

« Señores, habeis señalado la conclusion del Código civil con un acto de admiracion y reconocimiento. Habeis levantado una estátua al ilustre príncipe cuyo teson hizo llevar á cabo esta grande obra, al paso que su grandioso entendimiento difundió vivísima luz sobre esta porcion sobresaliente de las instituciones humanas. Primer cónsul á la sazon, y hoy dia emperador de los Franceses, se presenta en el templo de las leyes, orlada la sien con la corona triunfal que tantas veces le ciñió la victoria presajiándole la rejia diadema.....

« Si las alabanzas estragan los pechos mezquinos, alimento son de corazones grandiosos.....

« ¿Qué hombre es mas acreedor que Napoleon al honor supremo que hoy se le confiere? ¿Quién ha merecido mas de sus contemporáneos y de la posteridad?.... »

Mr. de Fontanes hablo luego, y los elojios fueron en su boca no menos amaestrados y grandiosos. «Cabe, dijo, en este punto el galardon mas debido á la gloria, al paso que la potestad se granjea esclarecidas instrucciones. No se levanta ese monumento al gran capitan, ni al vencedor de tantas naciones: el cuerpo lejislativo lo dedica al restaurador de las leyes. No se humillan á los piés de esa estátua tremulos esclavos ó pueblos aherrojados; en ella se complace una nacion jenerosa presenciando las facciones de su libertador



« ¡ Fenezcan allá cuantos monumentos levantaron el orgullo ó la lisonja! pero que el reconocimiento condecore á cuantos rebosan de heroismo y beneficencia. »

El cuerpo lejislativo terminó sus sesiones de allí á poco tiempo, cerrándolas Mr. de Segur, consejero de estado, quien, despues de haber recordado en su discurso y bajo una nueva planta las maravillas que celebráran Lacepede, Neufchateau, Vaublanc, Fontanes, etc., recomendó á los diputados las palabras que el emperador mismo habia pronunciado al abrirse las sesiones: « Príncipes, majistrados, ciudadanos, soldados todos, no tenemos mas que un objeto, el interés de la patria. »

Pero Napoleon habia comprendido que este interés requeria ante todo una paz sólida y duradera, una paz verdaderamente europea, de que no estuviese esceptuada la Inglaterra. Olvidando entónces el poco éxito que tuviera en otro tiempo la carta del primer cónsul al rey Jorje III, renovó como emperador sus pacíficos intentos. « Hermano mio, le escribia (en 2 de enero de 1805), llamado al solio por la Providencia y los votos del senado, del pueblo y del ejército, mi primer impulso es el anhelo de la paz. Francia é Inglaterra están desgastando su prosperidad, pueden luchar siglos enteros. ¿ Pero desempeñan bien sus gobiernos el mas sagrado de sus deberes? ¿y no les reconviene su conciencia de tanta sangre inútilmente derramada y sin la perspectiva de ningun objeto? No tengo por deshonroso dar los primeros pasos; me parece que tengo harto demostrado cuan poca zozobra me causan los trances de la guerra, y por otra parte nada hay porque deba temerla. La paz es el ansia de mi corazon, pero nunca la guerra contrarestó mi gloria, etc., etc. »

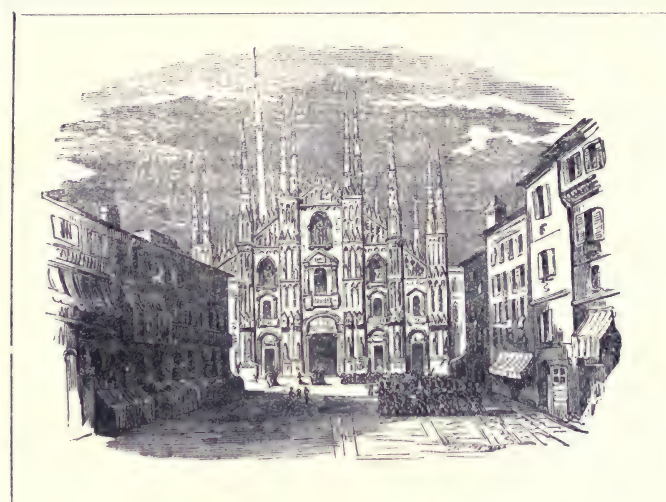
Napoleon no recibió contestacion directa, contentándose el rey de Inglaterra con que lord Mulgrave escribiese á Mr. de Talleyrand una carta muy enmarañada, que el emperador sujetó al escrutinio del senado con una copia de la que él mismo dirijiera á Jorje III. « Su Majestad ha recibido, decia lord Mulgrave, la carta que le dirijió el caudillo del gobierno francés.

« Nada desea tanto su Majestad como utilizar la primera coyuntura de proporcionar á sus súbditos los beneficios de una paz fundada en cimientos que no sean incompatibles con la seguridad permanente y los intereses esenciales de sus estados. Su Majestad está persuadido de que este bien solo puede lograrse con arreglos que, al paso que afianzen el sosiego venidero de la Europa, precavan la repeticion de los peligros y desventuras en que se ha visto comprometida. Bajo este concepto, su Majestad se halla imposibilitado de contestar mas particularmente á las proposiciones que se le hacen, hasta que haya tenido tiempo de comunicarlas á las potencias del continente y en especial al emperador de Rusia, quien ha dado las mas

patentes muestras de la cordura y elevacion de sus dictámenes y del interes que toma por la seguridad é independencia de Europa. »

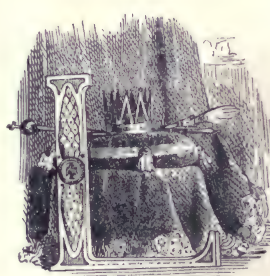
A pesar de los conatos del diplomático inglés para no decir nada terminante sobre el ánimo verdadero del gabinete de Lóndres respecto á la Francia, harto demostraba que no era pacífica la respuesta que acaba de leerse. Y con efecto, ¿qué significaba ese afectado empeño de no dar á Napoleon el dictado que acababa de conferirle el pueblo francés, que el papa habia consagrado, y reconocido toda la Europa continental y soberana? ¿Cuáles eran además esos arreglos indispensables para la seguridad venidera de la Europa y que solo podia evitar la repeticion de las pasadas desventuras? Y esas relaciones confidenciales con las potencias del continente y particularmente con el emperador de Rusia, ¿con qué objeto y contra quién se habian fraguado? Todo en este documento, en la apariencia tan comedido é indeciso, estaba descubriendo y retratando el tenaz pensamiento del gabinete de San James, la mente de Burke y de Pitt, el sistema que anhelaba guerrear con la Francia, á las claras ó con amaños encubiertos, hasta que ofreciese garantías de tranquilidad á la vieja Europa orillando sus doctrinas y derrocando sus nuevos institutos para volver al antiguo réjimen. Comprendiólo Napoleon y dió la mayor publicidad á esta correspondencia, que abonaba sus preparativos, y bastó para comprobar esta observacion atinada de Mr. de Bignon, que se aplicó luego á las guerras posteriores, que « la guerra contra el emperador siempre fué la guerra contra la revolucion. »





CAPITULO XIX.

Napoleon proclamado rey de Italia. Salida de Paris. Residencia en Turin Monumento en Marengo. Entrada en Milan. Reunion de Jénova á la Francia. Nueva consagracion. Viaje á Italia. Regreso á Francia.



A comunicacion que Talleyrand pasó al senado en nombre del emperador, habia avisado á la Francia. Napoleon se hallaba ya escudado con la opinion pública de toda reconvencion acerca de la guerra marítima, ó de haber suscitado la guerra continental, dado caso que estallase.

Pio VII continuaba residiendo en Paris, á donde vió llegar los diputados de los colejios electorales y de los

cuerpos constituidos de la república italiana, poniendo á los piés del emperador el voto de la nacion y proclamándole rey de Italia.

Melzi, vice-presidente de la república, fué el informante de la diputacion; se presentó, el 17 de marzo de 1805, en la audiencia solemne del emperador, y allí, en presencia del senado, pronunció un discurso que terminó con estas palabras:

«Señor, quisisteis que hubiese república italiana, y existió. Quered que la monarquía italiana sea dichosa, y lo será.»

Napoleon respondió:

«Nuestro primera voluntad, todavía salpicada con la sangre y cubierta con el polvo de las batallas, fué la reorganizacion de la patria italiana.

«Entónces conceptuasteis forzoso para vuestros intereses que fuese caudillo de vuestro gobierno; y hoy persistiendo en el propio pensamiento, quereis que seamos el primero de vuestros reyes: la separacion de las coronas de Italia y Francia, que puede ser provechosa para asegurar la independencia de vuestros descendientes, redundara ahora en detrimento de vuestra existencia y sosiego. Conservaré esta corona, pero tan solo el tiempo que así lo requieran vuestros intereses; y veré gustosísimo el momento en que me cupiere poderla ceñir en sienes de persona mas jóven que, siguiendo mi rumbo, se manifieste siempre dispuesta para labrar la dicha del pueblo, sobre el cual la habrán llamado á reinar la Providencia, las constituciones del reino y mi voluntad.»

No sin zozobra estaba viendo el papa como se planteaba el nuevo rei-



no de Italia y se estendia la autoridad directa de Napoleon hasta las puertas de Roma. El viaje de Francia, decidido sobre todo por consideraciones temporales, habia tenido un objeto muy diverso de aquella vecindad formidable. Pio VII disimuló sin embargo su descontento, á lo menos en sus manifestaciones esteriores, pues consintió en franquear segunda vez su ministerio á la familia imperial.

Luis Bonaparte acababa de ser padre de un segundo hijo, y el emperador habia mandado depositar en los archivos del senado la fe de bautismo del jóven príncipe á quien llamaban eventualmente al trono las constituciones del imperio. El recien nacido recibió el nombre de Napoleon Luis, bautizándolo el papa, el 24 de marzo de 1805, en el sitio de San Cloud, y siendo su padrino el emperador.

Salió este de Paris el 1°. de abril para pasar á Milan con la emperatriz. Detúvose tres semanas en Turin, habitando en el palacio de Stupinice, llamado el San Cloud de los reyes de Cerdeña. Allí le volvió á ver el papa



en su regreso a Roma, y tuvieron juntos varias conferencias en las que Napoleon nunca esperanzó á Pio VII, lo mismo que en los avistamientos de Paris y Fontainebleau, en pago de los santos óleos, con la mas mínima renuncia de territorio.

En su viaje a Milan, quiso visitar Napoleon, el 8 de mayo, el campo de batalla de Marengo. Habíanse reunido todos los cuerpos franceses que se hallaban en aquella parte de Italia. Pasóles revista el emperador, vestido con el traje y el sombrero que llevaba el dia de aquella gran batalla. « Notose, dice Bourrienne, que la polilla que desacata los vestidos de los prohombres, al par que los gusanos sus cadáveres, habian agujereado su traje, lo cual no le retrajo de ponérselo. »

Napoleon no continuó su viaje hasta despues de haber colocado la primera piedra del monumento dedicado á los valientes fenecidos en aquel campo de batalla, y verificó el mismo dia su entrada en Milan.

Los historiadores mas opuestos a Napoleon han confesado que esta capital le tributo entónces un recibimiento tan lucido como todos los que se hicieran en Francia despues de las victorias de Leoben y Marengo. El entusiasmo de los Italianos fué estremado.

Napoleon ocupó el palacio de Muza, en que Durazzo, último dux de Jénova, vino a pedirle que incorporase la republica liguriense con el imperio francés.

Napoleon contestó:

« Señor dux, y señores diputados del senado y del pueblo de Jénova.

« Tan solo las ideas liberales alcanzarán á devolver á vuestro gobierno el esplendor que tuvo allá en otros siglos; pero pronto me convencí de que estabais imposibilitados de ejecutar por vosotros heroicidad alguna, digna de vuestros antepasados.

« Varió todo: los nuevos principios de la lejislacion de los mares que han adoptado los Ingleses, obligando á la mayor parte de Europa á reconocerlos; el supuesto derecho de bloqueo que pueden estender á las plazas no bloqueadas, y que no es mas que el afan de acabar á su antojo con el comercio de los pueblos; los saqueos siempre en aumento de los Berberiscos; todas estas circunstancias no os acarreaban mas que aislamiento en vuestra independencia. La posteridad me agradecerá el haber libertado los mares y obligado á los Berberiscos á no atropellar las banderas inferiores. Animábanme á esto solamente el interés y dignidad del hombre. En el tratado de Amiens, la Inglaterra se negó á cooperar á estas ideas liberales....

« En no mediando la independencia marítima, forzoso se hace para todo pueblo comerciante acojerse á otra bandera mas poderosa. Cumpliránse vuestros anhelos, quedaréis reunidos á mi gran pueblo. »

Con efecto, esta incorporacion se ejecutó al golpe, y el dux de Jénova tomó el título de senador francés.

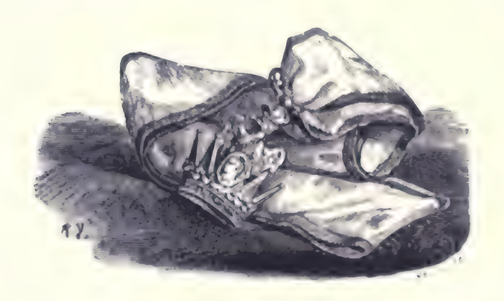
Celebróse la consagracion de Napoleon, como rey de Italia, el 26 de mayo en la catedral de Milan. Ofició el cardenal Caprara, arzobispo de esta capital, y entregó la antigua corona de hierro al emperador; y este renovando lo que habia hecho en la consagracion de Paris, se la colocó él mismo en la cabeza, esclamando: « Dios me la dió, cuidado con el que la toque. »

Pero la corte de Viena debia tener mas zelos que la santa sede, al ver establecido el dominio francés en Italia. Se le rodeaba una queja particular que tenia que añadir á las jenerales y que las antiguas monarquías de Europa mantenian con relijiosa pertinacia para ponerlas en cobro en tiempo oportuno contra el gobierno revolucionario de Francia. Napoleon, que contaba siempre con la esplosion de los odios y del descontento entre los antiguos enemigos de la revolucion francesa, que no hacian mas que realzar de nuevo su encumbramiento y la prosperidad del imperio, procuró desde entónces mantener mas que nunca y estremar la adhesion y el entusiasmo del pueblo sujeto á su poderío. Recorrió el reino de Italia con Josefina, y en todas partes fueron acojidos con estruendosas aclamaciones. Jénova, sobre todo, obsequió con festejos á los ilustres viajeros. Antes de salir de Milan, Napoleon cumplió la promesa que habia hecho á los Italianos, dándoles un virey y haciendo recaer su eleccion en Eujenio Beauharnais. Despues fundó la órden de la Corona de Hierro, y organizó la universidad de Turin.

Napoleon y Josefina tomaron el camino de Francia, y llegaron, el 11 de



julio, á Fontainebleau. Desde allí pasaron á Paris y á San Cloud, pero las circunstancias no permitian al emperador gozar en paz de su gloria, y era su destino que su engrandecimiento fuese siempre á costa de su reposo.





CAPITULO XX.

Salida de Napoleon para el campo de Boloña. Reunion de las tropas francesas en las fronteras del Austria. Regreso del emperador á Paris. Restablecimiento del calendario gregoriano. Comunicacion al senado de la guerra inminente con el Austria, y órden para una quinta de ochenta mil hombres. El emperador sale para el ejército. Campaña de Austerlitz.



La hora prevista por Napoleon se iba acercando, y las hostilidades encubiertas se iban á trocar en guerra patente. El emperador salió otra vez de su capital á principios de agosto para visitar el campamento de Boloña y el ejército repartido por las costas.

Este viaje duró un mes, en cuyo tiempo dispuso el emperador que se reuniesen ocho mil hombres en las fronteras del Austria.

A su regreso á Paris, en medio de sus afanes guerreros, se dedicó Na-

poleon á restablecer el calendario gregoriano. Era una consecuencia del sistema de gobierno que estaba planteando y del dictado con que habia venido á condecorarse; la era republicana era incompatible con el conjunto de las instituciones monárquicas que iban brotando, al impulso de Napoleon, do quiera que asomaba su poderio. Sin embargo la division del año, decretada por la convencion nacional, estaba fundada en cálculos científicos: mas no importa, ahí está obsequiosa la ciencia y va á demostrar la precision de volver al calendario antiguo, encargándose La Place de restaurar la obra romana. Empero justo es decir que este sabio senador esforzó ante todo la universalidad del calendario gregoriano, y que juzgó del caso desvanecer cuanta zozobra infundia el trueque propuesto respecto al restablecimiento de las medidas antiguas. Pero sobre todo deben conservarse las palabras del orador del gobierno, Regnault de San Juan d'Angely, al intentar que se considerase como transitorio el proyecto traspuesto al senado. « Dia vendrá, dijo, en que la Europa bonancible, repuesta con la paz á sus conceptos provechosos y á sus sabios estudios, conocerá la necesidad de perfeccionar las instituciones sociales, de hermanar á los pueblos jeneralizándolas, y en el que descollará una era memorable con un método comun y mas cabal de medir el tiempo.

« Entónces podrá componerse un nuevo calendario para la Europa entera, para el universo político y mercantil, con los restos perfeccionados del que desecha la Francia en este punto por no deshermanarse con las demás naciones. »

Empero la Europa se obstinaba en tener á la Francia aislada á pesar del restablecimiento de tantas instituciones añejas y comunes á los antiguos estados, porque veia claramente que la especie de contrarevolucion efectuada en la superficie de la sociedad francesa no constituia mas que un disfraz político y pasajero que dejaba á la revolucion social todo su íntimo poderio y su virtualidad democrática. Así diez dias despues del senado consulto que sustituia el calendario del antiguo réjimen al de la república, Napoleon tuvo que esponer al senado la conducta hostil del Austria y de la Rusia y anunciarle su próxima salida para el ejército. « Senadores, les dijo, en las circunstancias actuales de la Europa, tengo que asociarme con vosotros y daros á conocer mis interioridades.

« Voy á ausentarme de mi capital para ponerme al frente del ejército, acudir al socorro de mis aliados, y defender los sumos intereses de mis pueblos.

« Se han cumplido los anhelos de los enemigos constantes del continente: ha vuelto á encenderse la guerra en Alemania. El Austria y la Rusia se han coligado con la Inglaterra, y nuestra jeneracion se ha de ver acosada con todas las calamidades de la guerra. Dias atrás aun vivia esperanzado de que no se turbaria la paz; pero el ejército austriaco ha tran

sitado el Inn, ha entrado en Munich, y el elector de Baviera ha sido arrojado de su capital. Todas mis esperanzas quedan desvanecidas.

« En este punto ha salido á luz la maldad de los enemigos del continente. Temian todavía la manifestacion de mi cariño á la paz; temian que el Austria manifestara ideas mas justas y moderadas al presenciar el abismo á donde iba á derrumbarse. Ellos la han precipitado á esta guerra. Me desconsuelo por la sangre que costará á la Europa; pero el nombre francés se granjeará nuevos timbres.

« Senadores, cuando con anuencia vuestra y por los votos de todo el pueblo francés coloqué sobre mi frente la corona imperial, recibí de vosotros y de todos los ciudadanos la obligacion de mantenerla pura é ilesa. Mi pueblo me ha dado á todo trance pruebas de su confianza y de su cariño. Volará bajo las banderas de su emperador y de su ejército, que dentro de pocos dias habrá traspuesto las fronteras.

« Majistrados, soldados, ciudadanos, todos quieren mantener la patria libre del influjo de la Inglaterra, porque si este prevaleciera, solo nos concederia una paz tiznada de afrenta y baldon y cuyas principales condiciones serian el incendio de nuestras escuadras, la destruccion de nuestros puertos y el aniquilamiento de nuestra industria.

« He cumplido cuanto prometí al pueblo francés, y este por su parte no ha contraido conmigo ningun empeño que no haya satisfecho colmadamente. En esta coyuntura, tan sonada para su gloria y la mia, continuará mereciendo el nombre de gran pueblo con que le saludé desde los campos de batalla.

« Franceses, vuestro emperador desempeñará su deber, mis soldados acudirán al suyo, y vosotros cumpliréis el vuestro. »

El senado respondió al llamamiento del emperador votando una quinta de ochenta mil hombres y la reorganizacion de la guardia nacional. El tribunado quiso manifestar igualmente su afan y adhesion, espresando en las gradas del solio la indignacion que le causaban las disposiciones hostiles de la Rusia y del Austria. Las autoridades de la capital tampoco enmudecieron en tan críticas circunstancias. El prefecto del Sena, Frochot, encabezando el ayuntamiento, presentó al emperador las llaves de Paris como antiguo símbolo del rendimiento y afecto de toda la ciudad. « Si es cierto, como se susurra, dijo aquel majistrado, que están amenazadas vuestra persona, la independencia de la nacion, nuestras libertades é instituciones, mandad que nuestra defensa sea proporcionada al interés de semejante causa. Do quiera que sea preciso marchar, creed que todos estarán prontos á seguiros, serviros y vengaros. »

Por mucho que quiera achacarse á las demostraciones forzosas de los grandes cuerpos del estado y al temple sospechoso de las arengas de oficio, lo cierto es que los oradores cuyas palabras hemos citado no

hacian mas que retratar al vivo con sus rasgos el anhelo nacional. Afianzado Napoleon con la unanimidad de la Francia, salió de Paris el 24 de



setiembre, sentó su real en Estrasburgo y publicó el 29 la proclama siguiente al ejército:

«Soldados,

«Ha empezado la guerra de la tercera coligacion. El ejército anstriaco ha pasado el Inn, quebrantando los tratados, acometiendo y arrojando de su capital á nuestro aliado..... Vosotros mismos habeis debido acudir á marchas forzadas en defensa de nuestras fronteras. Pero ya habeis pasado el Rin; y ya no nos detendrémos hasta que háyamos afianzado la independencia del cuerpo jermánico, socorrido á nuestros aliados y ajado el orgullo de esos injustos agresores. No firmarémos otra paz sino al resguardo de nuestra jenerosidad; no engañará ya nuestra política.

«Soldados, vuestro emperador está con vosotros. Sois la vanguardia del gran pueblo, y si es necesario, se levantará entero á mi voz para confundir y disolver esa nueva liga que han tramado el encono y el oro inglés.

«Tendrémos que hacer marchas forzadas y padecer toda clase de afanes y privaciones; pero por muchos obstáculos que se nos opongan, los arrollarémos y no descansarémos hasta que háyamos plantado nuestras águilas en el territorio de nuestros enemigos.

«NAPOLEON.»

El emperador pasó el Rin por Kehl el 1.° de octubre, hizo noche en Etelingen, donde recibió al elector y á los príncipes de Baden, y encaminándose despues á Luisburgo, se hospedó en el palacio del elector de Wurtemberg.

El ejército francés entró el 6 en Baviera, despues de haber ladeado los montes Negros y la línea de rios paralelos que desaguan en el valle del Danubio. Los Austríacos, que, despues de haber invadido los estados bávaros durante la paz, habian querido adelantarse hasta los confines de la Selva Negra para disputar el paso al ejército francés, se hallaban ya acorralados por retaguardia.

Aquel mismo dia, el emperador dirijió una proclama á los soldados bávaros. «Me he puesto al frente de mi ejército, les dijo, para libertar á vuestra patria de los mas injustos opresores..... Como buen aliado de vuestro soberano, me he enternecido con las pruebas de afecto que le habeis dado en esta coyuntura memorable. Conozco vuestro valor; y me lisonjeo de que despues de la primera batalla, podré decir á vuestro príncipe y á mi pueblo que sois dignos de pelear en las filas del grande ejército.» Al dia siguiente ocurrió el primer encuentro. El puente de Lech,



defendido en balde por el enemigo, fué tomado por doscientos dragones del cuerpo de Murat. El coronel Wattier encabezó la embestida de aquellos valientes.

El dia 8, el mariscal Soult, que habia entablado la campaña con la toma de Donawerth, se encaminó sobre Augsburgo.

Entretanto Murat, capitaneando tres divisiones de caballería, maniobraba para atajar el camino de Ulma á Augsburgo. Habiendo encontrado al enemigo en Wertingen, lo acometió denodadamente, y sostenido por el mariscal Lannes que llegó con la division de Oudinot, hizo rendir las

armas, a las dos horas de pelea, al cuerpo austríaco, compuesto de doce batallones de granaderos. El emperador quiso participar él mismo este triunfo esclarecido á los prefectos y demás autoridades de la ciudad de Paris, enviandoles las banderas y dos piezas cojidas al enemigo, para que se colocasen en la casa del Ayuntamiento. La carta era del 10 de octubre en el cuartel jeneral de Augsburgo. El mariscal Soult habia entrado la víspera en aquella ciudad con las divisiones de Vandamme, Saint Hilaire y Legrand.

El emperador pasó revista á los dragones en la aldea de Zumershausen, y mandó que le presentasen á un tal Marente, que habia salvado á su capitan en el tránsito del Lech, á pesar de que este le habia depuesto algunos dias antes del grado de alferez. Napoleon concedió el águila de la Lejion de Honor al valiente, que respondió: «No he hecho mas que cumplir. Mi capitan me habia depuesto por algunos desmanes de disciplina; pero sabe que siempre fui un buen soldado.»



El desempeño de los dragones en el encuentro de Wertingen no habia sido menos asombroso que en el puente de Lech. El emperador mandó comparecer un dragon por rejimiento y les dió, como á Marente, el águila de la Lejion de Honor. Cuando el comandante de escuadron Excelmans, edecan de Murat, á quien habian muerto dos caballos en aquel dia, trajo al cuartel jeneral las banderas cojidas á los Austriacos, Napoleon le dijo: «Sé que no cabe mas valentía que la vuestra; os nombro oficial de la Lejion de Honor.»

Veinte y cuatro horas despues del reencuentro de Wertingen, el puente de Gunzburgo, defendido por el archiduque Fernando en persona, fué tomado á la bayoneta por un rejimiento (el 59) de la division de Malher, del cuerpo del mariscal Ney. El coronel Lacuée, que estuvo peleando valerosamente á la cabeza de este rejimiento, quedó tendido en el campo de batalla.

Por todas partes los Austríacos se iban retirando atropelladamente, y el ejército francés ejecutaba tan atinados movimientos en su persecucion, que casi siempre se hallaban cortadas sus comunicaciones.

«Va á darse una batalla decisiva, decia el quinto Boletin, el ejército austríaco se halla casi en la misma situacion en que vino á estar el de Melas en Marengo.

«El emperador se hallaba en el puente de Lech, cuando desfiló el cuerpo de ejército del jeneral Marmont. Mandó que cada rejimiento formase un círculo; y le habló de la situacion del enemigo, de la suma entidad de la batalla que iba á darse, y de la confianza que en ellos tenia. Mientras les hacia esta arenga, nevaba copiosamente, y el soldado estaba metido en lodazales hasta la rodilla, padeciendo un frio intensísimo; pero las palabras del emperador eran como fuego, y al oirle, las tropas olvidaban sus quebrantos y privaciones, ansiando mas y mas la llegada del trance.»

El dia 14 de octubre, la capital de la Baviera quedó libre de los enemigos. El mariscal Bernadotte hizo su entrada á las seis de la mañana, despues de arrojar al príncipe Fernando, que dejó ochocientos prisioneros en poder del vencedor.

Casi al mismo tiempo una division francesa á las órdenes del jeneral Dupont, compuesta de seis mil hombres, resistia triunfalmente á la guarnicion de Ulma, de hasta veinte y cinco mil, y le hacia quinientos prisioneros en el reencuentro de Albeck.



El emperador llegó el 13 de octubre al campamento sentado sobre Ulma, y dispuso que se ocupase el puente con las posiciones de Elchingen para facilitar el ataque contra el ejército enemigo.

El mariscal Ney pasó aquel puente el 14 al rayar el dia, y se aposentó sobre Elchingen, á pesar de la resistencia tenacísima del enemigo. Al dia siguiente, regresó el emperador sobre Ulma. Murat, Lannes y Ney se situaron en batalla para dar el asalto, mientras que Soult ocupaba á Biberach y que Bernadotte seguia triunfante mas allá de Munich, derrotando de todo punto al jeneral Kienmayer. En el campamento de Ulma, los soldados estaban metidos en el lodo hasta la rodilla, y el emperador no se descalzó en ocho dias.



El 17, Mack se anticipó al asalto, y capituló, quedando prisionera toda su guarnicion.

Conceptuaba Napoleon por en estremo descollanté la refriega de Elchingen. Desde sus reales, y sentado en aquel memorable campo de batalla, escribió el 18 al senado conservador, tributándole homenaje con cuarenta banderas que el ejército francés habia cojido en varias peleas posteriores á la de Wertingen: «Desde que salí á campaña, dijo, he dispersado un ejército de cien mil hombres, cuya mitad ha quedado prisionera; la otra se halla fuera de combate ó reducida á la mayor consternacion..... El principal objeto de la guerra se ha cumplido. El elector de Baviera ocupa otra vez su solio. Acentellados de muerte han venido á quedar los agresores, y confio que, Dios mediante, en breve habré triunfado de los demás enemigos.» Aquel mismo dia pasó una circular á los obispos del imperio, encargándoles que mandasen cantar un *Te Deum*.

«Las esclarecidas victorias que acaban de alcanzar nuestros ejércitos contra la injusta liga que han fomentado el encono y el oro inglés, requieren, les dice, que así yo como mi pueblo demos gracias al Dios de los ejércitos y le imploremos para que esté constantemente con nosotros.»

La capitulacion de Ulma tuvo cumplimiento el 20 de octubre. Veinte y siete mil soldados austríacos, sesenta cañones y diez y ocho jenerales desfilaron delante del emperador, situado en las alturas de la abadía de Elchingen que dominaban el Danubio, á la sazon salido de madre con una riada sin ejemplar en cien años. Al ver pasar aquel ejército prisionero, Napoleon dijo á los jenerales austríacos que habia hecho venir á su presencia: «Señores, vuestro amo me hace una guerra injusta. Os lo digo sin rebozo, no sé porqué peleo, ni lo que de mí se requiere. Mack respondió que esta guerra no era del dictámen del emperador de Alemania, y que solo la hacia, obligado por la Rusia. «En ese caso, replicó Napoleon, ya dejais de ser una potencia.»

Una nueva proclama, dirijida al ejército en los reales de Elchingen el 21 de octubre, hablaba en estos términos:

«Soldados del grande ejército;

«En quince dias hemos hecho una campaña. Queda ejecutado cuanto intentábamos, arrojando de Baviera las tropas de la casa de Austria y reponiendo á nuestro aliado en la soberanía de sus estados. Queda destruido ese ejército que habia venido á situarse en nuestras fronteras con



tanto boato como desacierto é imprudencia. ¿Pero qué le importa esto á la Inglaterra? logró su intento. Ya no estamos en Boloña, y sus pagos no serán mas ni menos crecidos.

«De los cien mil hombres que componian aquel ejército, sesenta mil están prisioneros. Irán á reemplazar á nuestros reclutas en las faenas campestres. Doscientas piezas de artillería, todo el parque, noventa banderas, y todos los jenerales están en nuestro poder; apenas se salvaron quince mil hombres de todo el ejército. Soldados, os habia anunciado una gran batalla; pero gracias á la suma torpeza del enemigo, he podido alcanzar los idénticos resultados sin correr los mismos riesgos; y lo que se hace inconcebible en la historia de las naciones, es que tan esclarecido triunfo apenas nos cuesta mil y quinientos hombres.

«Soldados, esta victoria se debe á vuestra confianza total en vuestro emperador, á vuestro aguante para la fatiga y las privaciones de toda especie y á vuestro sin par denuedo.

«Pero no pararémos aquí. Ansiosos estais ya de entablar segunda campaña. Igual suerte debe tener ese ejército ruso trasladado con el oro inglés de los estremos del universo.

«En este trance se cifra esencialmente el pundonor de la infantería; por segunda vez va á sentenciarse, como ya lo fué en Suiza y en Holanda, la cuestion de si la infantería francesa es la segunda ó la primera de Europa. Allí no hay jeneralescontra los que yo pueda granjear blasones. Todos mis desvelos serán alcanzar la victoria economizando sangre, pues conceptúo á mis soldados por otros tantos hijos.»

A esta proclama siguió un decreto, espresando que el mes vencido, desde el 25 de setiembre al 24 de octubre, se contaria á todo el ejército por una campaña.

El emperador marchó despues de Elchingen y tomó el camino de Munich en donde entró el 24.

El ejército austriaco estaba casi derrotado. Sin embargo sus restos, eficazmente acosados en su atropellada fuga, esperimentaron todavía en varios encuentros el ímpetu y el denuedo francés. Finalmente despues de una marcha mas y mas victoriosa y esclarecida con los encuentros de Marienzel, Merhenbach, Lambach, Lovers y Amstetten, el grande ejército llegó á los umbrales de Viena. El 10 de noviembre, el emperador sentó sus reales en Molk, y se hospedó en la abadía, uno de los mas hermosos edificios de Europa. Está en situacion fuertísima señoreando el Danubio; los Romanos tenian en ella una de sus mayores fortalezas, llamada la Casa de Hierro, y habia sido construida por Cómodo.

Antes de entrar en la capital del Austria, el ejército francés debia añadir un nuevo y grandioso triunfo á los que diariamente conseguia. El 11 de noviembre, seis batallones, formando un total de cuatro mil hombres

mandados por el mariscal Mortier, alcanzaron el ejército ruso en la aldea de Diernstein, en donde solo creian hallar la retaguardia. Aunque inferiores en número, los soldados franceses no se acobardaron. Desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, estos cuatro mil valientes sostuvieron la pelea contra el ejército ruso, derrotándolo de todo punto, causándole una pérdida de cuatro mil hombres entre muertos y heridos y haciéndole mil y trescientos prisioneros.

A los dos dias de aquel memorable empeño, el grande ejército verificó su entrada en la capital del Austria. El mariscal Lannes y el jeneral Bertrand fueron los primeros que pasaron por el puente que no habian logrado quemar los enemigos.

El emperador no quiso entrar en Viena; plantó su real en el palacio de Schonbrunn, edificado por María Teresa. Al ver en el gabinete que escojió para sus tareas una estatua de mármol que representaba dicha soberana, dijo que si hubiera vivido aquella gran reina, no hubiera consentido que los Cosacos y Moscovitas talasen su pais, tomando por consejeros una mujer como madama Colloredo, un palaciego como Cobentzel, un escribiente como Collenbach, un maquinador como Lamberty, y un jeneral como Mack al frente de sus ejércitos.

La corte austríaca habia desamparado la capital y seguido los restos del ejército. Las autoridades que habian quedado en Viena, encabezadas por M. de Bubna, pasaron á Schonbrunn para tributar al emperador su homenaje en nombre de aquella gran ciudad. Napoleon agasajó á dicha diputacion y publicó una órden del dia encargando á sus soldados la mas estrecha disciplina y el mas absoluto respeto á las personas y propiedades.

La ocupacion de Viena no suspendió el raudal de los acontecimientos y de las operaciones militares. Murat y Lannes, estrechando mas y mas



al ejército austro-ruso en su retirada hácia la Moravia, lograron alcanzarlo y lo derrotaron dos dias consecutivos, el 15 y 16 de noviembre, en Hollabrunn y Juntersdorf. El mariscal Soult se halló en esta última refriega.

Entretanto el mariscal Ney, destinado á invadir el Tirol, estaba desempeñando su encargo con la maestria que le era jenial, como dice el vijésimo quinto boletin. Despues de haberse apoderado de las fortalezas de Schartnitz y Neustark, entró en Inspruck, el 16 de noviembre, en donde halló diez y seis mil fusiles y una gran cantidad de pólvora. Entre los



rejimientos valerosos de su division, descollaba el 76°., que habia perdido dos banderas en la última guerra y estaba entrañablemente apesadumbrado por aquel malogro. Dichas banderas se hallaron en el arsenal de Inspruck; un oficial las conoció, y cuando el mariscal Ney las volvió al rejimiento con toda solemnidad, prorumpieron en lágrimas los veteranos, mientras que los reclutas se estaban engriendo de haber contribuido á recobrar las insignias cuya pérdida habia causado tanta amargura á todo el cuerpo. El emperador, sabedor de este hecho, mandó que se perpetuase su memoria en un hermoso cuadro.

Al dia siguiente de la refriega de Juntersdorf, el emperador trasladó sus reales á Znaim, y de allí á Porlitz y á Brunn. Los Rusos, en su retirada, andaban padeciendo diariamente nuevas derrotas. Al fin, alucinados con un movimiento retrógado, que efectuó Napoleon para hacerles conceptuar que juzgaba su situacion arriesgada y su ejército comprometido, se detuvieron y tomaron al punto la ofensiva, no alcanzando que el caudillo francés queria atraerlos al terreno que habia elejido para darles la batalla. Cuando Napoleon los vió caer tan de bruces en el lazo que les habia armado, procuró mantenerlos en su necia confianza, enfrenando sus propios ímpetus para escuchar, con aparente allanamiento, las proposiciones inadmisibles de un parlamentario. Finalmente el 1°. de diciembre, hallándose los dos ejércitos arrostrados, y siendo ya positiva la batalla que habia dispuesto, juntó sus mariscales y mostrándoles las filas enemigas, esclamó: « Ese ejército es mio. » « Soldados, dijo despues en una proclama con fecha del campamento de Austerlitz, el ejército ruso se presenta para vengar al austríaco de Ulma. Esos son los mismos batallones que habeis derrotado en Hollabrun y que habeis perseguido hasta aquí.

« Las posiciones que ocupamos son inespugnables, y al marchar para acorralarme por la derecha, me presentarán su costado.

« Soldados, yo mismo escuadronaré todos vuestros batallones; me mantendré lejos del fuego, si arrollais con vuestro denuedo acostumbrado y desbaratais á diestro y siniestro las filas enemigas; pero si la victoria estuviera un momento indecisa, veriais á vuestro emperador esponiéndose á los primeros tiros, porque el vencimiento no puede titubear, sobre todo en este dia en que se cifra el pundonor de la infantería francesa, que es de toda la nacion.

« Que no haya desórden en las filas al retirar los heridos, y que todos se enteren cabalmente de que es forzoso escarmentar á los asalariados de la Inglaterra enconados contra nuestra nacion.

« Esta victoria terminará nuestra campaña y podrémos retirarnos á nuestros cuarteles de invierno, en donde se nos incorporarán los nuevos ejércitos que se están planteando en Francia, y entónces la paz que firme será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí. »

Esto sucedia la víspera del cumpleaños de la coronacion; por la noche hubo iluminacion en el campo para celebrar aquella fiesta.

Al dia siguiente se cumplieron las previsiones y esperanzas de Napoleon. La maestria de su númen, al arrimo del desempeño de sus segundos y del sumo denuedo de la tropa, le granjeó en Austerlitz una de aquellas victorias decisivas que la historia retrata poquísimas veces en la vida de los mayores capitanes y que solo Napoleon ha redoblado en la suya. Los pormenores de aquella grandiosa batalla, contenidos en el 30°. boletin, son los siguientes.

BATALLA DE AUSTERLITZ.

« El 6 de frimario, al recibir el emperador el pliego con los plenos poderes de los señores de Stadion y de Giulay, ofreció un armisticio para escusar el derramamiento de sangre, si efectivamente mediaban deseos de ajustar un convenio definitivo.

« Pero desde luego se enteró de que eran muy diversos los intentos del enemigo, y como este solo podia esperar el triunfo por parte del ejército ruso, conjeturó obviamente que ya habian llegado, ó estaban á punto de llegar á Olmutz el segundo y tercer ejército, y que las negociaciones no eran mas que un ardid de guerra para adormecer su vijilancia.

« El 7, á las nueve de la mañana, una nube de Cosacos, sostenida por la caballeria rusa, arrolló las guerrillas del príncipe Murat, cercó á Vischau y cojió cuarenta hombres á pié, pertenecientes al 6°. rejimiento de dragones. Durante el dia, el emperador de Rusia se trasladó á Vischau, y todo su ejército se situó detrás de aquella ciudad.



« El emperador habia enviado á su edecan el jeneral Savary, para cumplimentar al emperador de Rusia, luego que supo su llegada al ejército. El jeneral Savary regresó en el acto en que el emperador estaba reconociendo los fuegos del campamento enemigo situado en Vischau. Elojió el agasajo y amenidad del emperador de Rusia, y aun del gran duque Constantino, quien le mostró sumas atenciones; pero desde luego se enteró, por las conversaciones que tuvo en tres dias con unos treinta fatuos que bajo diversos conceptos están cercando al emperador de Rusia, que la presuncion, la desvergüenza y la botaratería habian de prevalecer en las decisiones del gabinete militar, así como estaban reinando en las del gabinete político.

« Una hueste tan á ciegas acaudillada no podia menos de cometer yerros. El plan del emperador fué desde entónces disponerse para utilizar el trance favorable. Dió al punto órden á su ejército para que emprendiese la retirada de noche, como si hubiese padecido algun desman, y tomando posiciones á tres leguas en zaga, les mandó fortificar con mucho boato y plantear sus baterías.

« Propuso un avistamiento al emperador de Rusia, quien le envió su edecan Delgorouki: el cual vino á conceptuar por el ademan del ejército francés que procedia en todo con zozobra y sobresalto. La colocacion de las avanzadas y las fortificaciones que se trabajaban atropelladamente, todo mostraba al oficial ruso un ejército mal parado.

«El emperador, que nunca recibe con tanta circunspeccion á los parlamentarios en sus reales, pasó personalmente á las guerrillas. Despues de los



primeros cumplidos, quiso el oficial ruso entablar cuestiones políticas. Sentenciaba sobre todo con suma inpertinencia, desconociendo absolutamente los intereses de la Europa y la situacion del continente. En una palabra, era un farsante apuntado por la Inglaterra. Hablaba al emperador como suele hacerlo con los oficiales rusos, á quienes tiene mucho tiempo ha destemplados con su altivez y sus ruindades. El emperador se contuvo, y aquel barbilampiño, que está gozando suma privanza con el emperador Alejandro, volvió muy creido de que el ejército francés estaba en vísperas de su total esterminio. Ya se deja discurrir cuanto vendria á padecer el emperador al enterarse de que proponia por despedida ceder la Béljica y colocar la corona de hierro en las sienes de los mas implacables enemigos de la Francia. Toda esta variedad de pasos vino á surtir su efecto. La fatua liviandad que encabeza los dictámenes rusos, enloqueció su engreimiento jenial. Ya no se trataba de derrotar al ejército francés, sino de acorralarlo y cojerlo prisionero; pues todos sus logros eran meros abortos de la cobardía austriaca. Asegúrase que muchos antiguos jenerales austriacos, que habian militado contra el emperador, advirtieron al consejo que no era del caso engreirse tanto contra un ejército que contaba en sus filas tantos soldados aguerridos y oficiales de acreditado desempeño. Decian que habian visto al emperador reducido á escasísimas fuerzas, en circunstancias mucho mas críticas, reconquistar la victoria por medio de marchas y contramarchas impensadas, y destruir ejércitos crecidísimos; que además, ninguna ventaja se habia logrado, y que muy al contrario, todos los encuentros de la retaguardia del primer ejército ruso habian redundado en favor del francés; pero aquella juventud engreida andaba oponiendo á estas razones el teson de ochenta mil Rusos, el entusiasmo que les infundia la presencia de su emperador, el cuerpo selecto de la guardia imperial de Rusia, y lo que probablemente no se atrevian á es-



presar, su talento, cuyo poderío estrañaban que los Austriacos no quisiesen dar por averiguado.

« El dia 10, el emperador advirtió desde el cerro de sus mismos reales, con júbilo indecible, que el ejército ruso emprendia, á dos tiros de cañon de sus avanzadas, un movimiento de costado para acorralar su derecha. Entónces vió hasta qué punto la presuncion y la ignorancia del arte de la guerra habian descaminado los consejos de aquel ejército valeroso, y esclamó repetidas veces: « Antes de mañana á la noche esa hueste va á ser mia. »

« Muy diverso era sin embargo el concepto del enemigo: se encaraba con nuestras guerrillas á tiro de pistola, marchaba de sesgo en una línea de cuatro leguas, propasando al ejército francés que al parecer no se atrevia á dejar sus posiciones, sin mas zozobra que la de verlo trasponer el horizonte. Hízose cuanto cabia para aferrar al enemigo en esta aprension. El príncipe Murat se adelantó con un cuerpo de caballería en la llanura, y aparentando pasmarse con las inmensas fuerzas del enemigo, retrocedió arrebatadamente. Así todo contribuia á encastillar al jeneral ruso en la operacion mal ideada que habia emprendido. El emperador mandó poner



en la orden la proclama adjunta. Aquella noche quiso visitar á pié y embozado todo el campamento; pero apenas dió algunos pasos cuando fué conocido. No cabe espresar el entusiasmo de los soldados al verle. Al golpe afianzaron haces de paja encendidas en el estremo de estacas, y ochenta mil hombres se presentaron al emperador saludándole con aclamaciones, unos para solemnizar el cumpleaños de su coronacion, otros diciendo que el ejército iba á presentar el dia siguiente su ramillete al emperador. Uno de los granaderos veteranos se acercó á él y le dijo: «Mi emperador, no necesitas esponerte; te prometo en nombre de los granaderos del ejército que solo pelearás con la vista y que mañana te traerémos las banderas y la artilleria del ejército ruso para vitorear el dia de tu coronacion.»

«El emperador dijo al volver á su tienda, que consistia en una ruin choza de paja sin techo, que le habian levantado los granaderos:

«Esta es la mas hermosa noche de mi vida; pero me desconsuelo al recapacitar cuantos de estos valientes voy á perder. Entiendo, por el pesar que esto me causa, que son verdaderamente hijos mios, y por cierto que á veces me reconvengo con esta congoja, porque temo que me inhabilite para guerrear.» Si el enemigo pudiera presenciar este espectáculo, quedara aterrado. Pero seguia el insensato con su movimiento y corria desaladamente á su esterminio.

«El emperador fué dando todas las disposiciones para la batalla. Mandó al mariscal Davoust que ocupase el convento de Raygern; con una de sus divisiones y otra de dragones, debia contener el ala izquierda del enemigo para que se hallase acorralado en el trance predispuesto; dió el mando de la izquierda al mariscal Lannes, de la derecha á Soult, del centro á Bernadotte, y de toda la caballeria al príncipe Murat, agolpándola en un solo punto. La izquierda de Lannes estribaba en el Santon, hermosa posicion que el emperador habia mandado fortificar, y en donde habia colocadas diez y ocho piezas. Desde la víspera habia confiado aquel apostadero aventajado al 17°. rejimiento de infanteria lijera, y por cierto que no podia estar guardada por mejores tropas. La division del jeneral Suchet formaba la izquierda de Lannes; la del jeneral Cafarelli su derecha al arrimo de la caballeria del príncipe Murat. Esta tenia delante los húsares y cazadores á las órdenes del jeneral Kellermann, y las divisiones de dragones de Valther y Beaumont, y en reserva las divisiones de corazeros de los jenerales Nansouty y d'Hautpoult con veinte y cuatro piezas de artilleria lijera.

«Tenia Bernadotte, esto es, el centro á su izquierda la division del jeneral Rivaud, apoyada en la derecha de Murat, y á su derecha la division del jeneral Drouet.

«Soult, que mandaba la derecha del ejército, tenia á su izquierda la division del jeneral Vandamme, en el centro la division de Saint Hilaire, y á su derecha la division del valiente Legrand.

« Davoust estába destacado á la derecha del jeneral Legrand, que guardaba las salidas de las lagunas y las aldeas de Sokolnitz y de Celnitz. Tenia á sus órdenes la division de Friant y los dragones de la division del jeneral Bourcier. La division de Gudin debia ponerse en marcha sobre Nicolsburgo, para contener al cuerpo enemigo que hubiera podido estenderse sobre la derecha.

« El emperador, con su fiel compañero de batallas el mariscal Berthier, su primer edecan, el coronel jeneral Junot y todo su estado mayor, formaba la reserva con los diez batallones de su guardia y los diez batallones de granaderos del jeneral Oudinot, parte de los cuales estaban á las órdenes del jeneral Duroc.

« Estaba dicha reserva escuadronada por batallones á distancia cabal para formar en batalla, y en los claros habia cuarenta piezas de artillería servidas por los artilleros de la guardia. Era el intento del emperador arrojarse con esta columna al trance mas arriesgado, equivaliendo aquella reserva á todo un ejército.

« A la una de la mañana, el emperador montó á caballo para recorrer los puntos, reconocer los fuegos del campamento enemigo é inquirir de las avanzadas cuanto hubieran podido asechar de los movimientos de los Rusos. Supo que habian pasado la noche entregados á su embriaguez y prorumpiendo en bulliciosa gritería, y que un cuerpo de infantería rusa se habia presentado en la aldea de Sokolnitz, ocupada por un rejimiento de la division del jeneral Legrand, á quien dió órden para que lo reforzase.



« Apareció finalmente el 11 de frimario, saliendo el sol resplandeciente, y este cumpleaños de la coronacion del emperador, en que iba á sobrevenir una de las mayores heroicidades del siglo, fué uno de los mas hermosos dias del otoño.

« Esta batalla, que los soldados se empeñaron en llamar la jornada de los *Tres Emperadores*, que otros llaman del *Cumpleaños*, y que el emperador denominó de Austerlitz, será por siempre memorable en los anales de la grande nacion.

« Estaba el emperador en medio de todos los mariscales, aguardando, para dar las últimas órdenes, el despejo del horizonte. A los primeros rayos del sol, comunicó sus disposiciones, y cada mariscal acudió á escape al debido lugar.

« El emperador dijo al pasar al frente de varios rejimientos: « Soldados, es forzoso terminar esta campaña con un rayo que anonade el orgullo de nuestros enemigos. » Al punto los morriones, colocados en la punta de las bayonetas, y los alaridos de « Viva el emperador » fueron la verdadera señal de la refriega. Oyóse un momento despues el cañoneo en la línea de la derecha, que la vanguardia enemiga habia ya propasado; pero el encuentro imprevisto del mariscal Davoust detuvo de repente al enemigo, trabándose la pelea.

« El mariscal Soult se pone en movimiento, y dirijiéndose á las alturas de la aldea de Pringen con las divisiones de los jenerales Vandamme y Saint Hilaire, corta enteramente la derecha del enemigo, cuyos movimien-



tos vinieron á ser indecisos. Sobrecojida con una marcha de costado, mientras huia, viéndose acometida cuando creia embestir, se conceptúa como derrotada.

« El príncipe Murat se pone en movimiento con su caballería; la izquierda, mandada por el jeneral Lannes, marcha en escalones por rejimientos como en un dia de ejercicio. Rompe por toda la línea un cañoneo horroroso; doscientos cañones y cerca de doscientos mil hombres causan un estruendo aterrador como una lid verdadera de jigantes. A la hora de haberse trabado la contienda, queda ya cortada toda la izquierda del enemigo. Su derecha está llegando á Austerlitz, cuartel jeneral de los dos emperadores, quienes destacan al punto la guardia del emperador de Rusia para restablecer la comunicacion del centro con la izquierda. Un batallon del cuarto de línea contraresta el avance de la guardia rusa á caballo y queda arrollado; pero el emperador se halla cerca, advierte la novedad, manda al mariscal Bessieres que marche con sus invencibles al auxilio de su derecha, y en breve llegan entrambas guardias á las manos.

« No cabe duda en el éxito, quedando al punto derrotada la guardia rusa. Coronel, artillería, estandartes, todo cae en poder de nuestra tropa. El rejimiento del gran duque Constantino yace aniquilado, y este tan solo debió su salvacion á la velocidad de su caballo.

« Desde las alturas de Austerlitz, ambos emperadores están mirando la derrota de toda la guardia rusa. Entónces se adelanta el centro del ejército, mandado por el jeneral Bernadotte; tres de los rejimientos que lo



componen contrarestan una brillantísima carga de caballería. La izquierda, mandada por el jeneral Lannes, acomete hasta tres veces. Cuantos avances se van entablando logran resultados ventajosísimos. La division del jeneral Cafarelli descuella sobremanera, y las de corazeros se apoderan de las baterías del enemigo. A la una de la tarde, la victoria se aparece completísima, y durante la refriega ni un momento siquiera se dudó del éxito, sin que acuda un solo soldado de la reserva, que permanece inmoble. El cañoneo ya no se sostenia sino á nuestra derecha, y el cuerpo enemigo, que habia sido acorralado y vencido en todas sus alturas, se hallaba en una hondonada y encajonado sobre un pantano. El emperador acude con veinte piezas, y despues de haberlo arrojado de posicion en posicion, asomó un espectáculo pavoroso y cual se habia visto en Abukir, esto es, veinte mil hombres arrojándose al agua y ahogándose en las lagunas.

« Dos columnas, de cuatro mil Rusos cada una, entregan las armas y se rinden prisioneras; todo el parque del enemigo cae en poder nuestro. Los resultados de esta jornada son: cuarenta banderas rusas, entre ellas los estandartes de la guardia imperial; crecidísimo número de prisioneros que el estado mayor no acierta á sumar, habiendo ya dado una nota de veinte mil; doce ó quince jenerales, y al menos quince mil Rusos entre muertos y heridos. Aunque no se tengan las relaciones, á primera vista se puede computar nuestra pérdida en ochocientos hombres muertos y de mil y quinientos á mil y seiscientos heridos. No estrañarán los militares tamaña desigualdad, sabiendo que en la derrota es donde se pierde jente; pues á escepcion del batallon del 4.°, ningun otro cuerpo fué desbaratado. Cuéntanse entre los heridos el jeneral Saint Hilaire, que lo fué al principio de la accion y permaneció todo el dia en el campo de batalla, los jenerales de division Kellermann y Valther, los brigadieres Valhuber, Thiebaut, Sebastiani, Compan y Rapp, edecan del emperador. Este último dió una carga capitaneando los granaderos de la guardia, cojiendo prisionero al príncipe Repnin, comandante de los caballeros de la guardia imperial de Rusia. En cuanto á los que sobresalieron, puede decirse que todo el ejército ha logrado cubrirse de gloria. En todos los avances ha resonado el grito de viva el emperador, y el afan de solemnizar esclarecidamente el cumpleaños de la coronacion estuvo enardeciendo mas y mas á los soldados.

« El ejército francés, aunque muy crecido, no contaba las mismas fuerzas que el enemigo, el cual ascendia á ciento y cinco mil hombres, los ochenta mil Rusos, y veinte y cinco mil Austriacos. La mitad de aquella hueste ha quedado fuera de combate, el resto ha sido absolutamente derrotado, y la mayor parte ha ido arrojando las armas.

« Esta jornada costará lágrimas de sangre en San Petersburgo. Ojalá

logre que se deseche con la debida indignacion el oro de la Inglaterra, y



que ese jóven príncipe, habilitado con tantas prendas para ser el padre de sus súbditos, se desentienda del influjo de esos treinta mentecatos asalariados por la Inglaterra, y cuyas necedades empañan sus intentos, le malquistan con las tropas, y le enmarañan en pasos desatinados. La naturaleza, al dotarle de tan esclarecidos realces, le habia encumbrado para ser el consolador de la Europa. Consejos alevosos le constituyen auxiliar de la Inglaterra, y le colocan en la historia al par de los individuos que perpetuando la guerra en el continente, habrán consolidado la tiranía británica en los mares y acarreado la desventura de nuestra jeneracion. Si la Francia no puede lograr la paz sino bajo las condiciones que el edecan Dolgorouki proponia al emperador y que Mr. de Novozilzof estaba encargado de re-



dondear, la Rusia no las conseguiria aun cuando su ejército estuviera acampado en las alturas de Montmartre.

« En un parte mas circunstanciado de esta batalla informará el estado mayor de lo que cada cuerpo, jeneral y oficial han practicado para esclarecer el nombre francés y dar un testimonio de su amor al emperador.

« El dia 12 al amanecer, el principe Juan de Lichtenstein, comandante del ejército austriaco, ha venido á avistarse con el emperador en sus reales, sentados en una quinta, y ha tenido una larga audiencia. Entre tanto proseguimos en nuestro triunfo. El enemigo se ha retirado por el camino de Austerlitz á Goddinga. En esta retirada va presentando su costado, y el ejército francés le sigue á retaguardia.

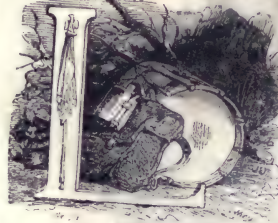
« Jamás campo de batalla presentó aspecto mas horroroso: óyense del centro de los inmensos pantanos los alaridos de millares de hombres á los que no cabe suministrar el menor auxilio. Se necesitarán tres dias para que todos los heridos enemigos queden trasladados á Brunn. Este espectáculo saja el corazon. ¡Ojalá que tanta sangre derramada y tantas desdichas recaigan finalmente sobre los pérfidos isleños que las han causado! ¡ojalá que los cobardes de Lóndres padezcan la pena de tantisimo quebranto!





CAPITULO XXI

Resultados de la batalla de Austerlitz. Combate naval de Trafalgar. Paz de Presburgo. Destronamiento de los Borbones de Nápoles. La Baviera constituida en reino. Banderas de Austerlitz enviadas á Paris. Regreso de Napoleon á Francia.



La soberanía y la aristocracia europea, humilladas en la persona de los emperadores de Alemania y de Rusia, se aterraron con el desengaño de que la nueva liga vino mas y mas á tropezar en Austerlitz con la misma nacion que en Zurich y en Marengo. Agolpaba al parecer la Providencia las épocas, reservando para el cumpleaños de la coronacion el primer triunfo decisivo del emperador Napoleon, manifestando al mundo que los soldados del imperio iban continuando dignamente la obra de las falanjes republicanas; que el boato

monarquico en nada habia alterado la pujanza del pueblo y del ejército, ni el numen de su caudillo, y que la revolucion, siempre heróica é invencible, seguia tambien reinando en Francia.

Este desman, que solo vino á recaer sobre la Rusia y el Austria, pero cuyo rechazo estremeció violentamente á Berlin y á Lóndres, no enfrenó a los promotores de la guerra. No se cifraba en una cesion de territorio, en intereses materiales, en agravios directos ó accidentales la repeticion de



lides tremendas entre las mas poderosas monarquias de Europa. Tratábase para ellos de una contienda de principios, causa de guerra activa y permanente, aunque menos deslindada y aparente que un pleito de fincas ó de rentas; lo cual daba márjen á que Napoleon, aparentando equivocarse, dijera á los oficiales austriacos sus prisioneros: « No sé porqué peleo ni sé lo que de mi se requiere. »

El gabinete de San James insistió pues en sus planes hostiles contra la Francia á pesar de la derrota completa de sus aliados El éxito del combate de Trafalgar vino á ofrecerle una inmensa compensacion. Las escuadras francesa y española combinadas habian sido destrozadas en las costas meridionales de España por Nelson, quien pagó con la vida este triunfo decisivo de la marina inglesa. En medio de sus atropellados y esclarecidos triunfos con los Austro-Rusos, le llegó á Napoleon la noticia de aquel descalabro. Con este motivo dijo posteriormente · « En la mayor parte de las batallas que hemos perdido contra los Ingleses, ó éramos inferiores en número, ó estábamos reunidos con buques españoles, los cuales, estando mal

organizados, debilitaban nuestra línea en vez de reforzarla (1); ó bien finalmente, porque los jenerales que mandaban en jefe, que deseaban el combate y marchaban al enemigo, titubeaban entónces, efectuaban su retirada bajo diversos pretestos y comprometian así á los mas valientes.» «He pasado mi vida, dijo en otra ocasion, buscando un buen marino sin haberlo podido hallar. Esta profesion tiene algo de especial y de teórico que coartaba todos mis conceptos..... Si hubiese encontrado un hombre que hubiera abundado en mi sentido y pensamientos, ¡cuántos resultados hubiéramos conseguido! pero durante mi reinado, nunca pudo descollar en la marina un campeon que orillara el carril y acertase á idear novedades.»

La destruccion de la escuadra francesa desconsoló en el alma al emperador, quien vió desde entónces que el imperio de los mares quedaba afianzado por mucho tiempo á los Ingleses; por lo mismo caviló mas que nunca sobre acosarlos en el continente, ya sea por los aliados que pensionaban, ó en el comercio colonial, cuyo monopolio estaban ejerciendo.

El torismo, abatido con el primer boletin del grande ejército, se habia erguido en Lóndres con mayor insolencia y altivez; y su esclarecido caudillo, Pitt, cuyo fin se acercaba, agonizaba ya como Nelson en el regazo de su triunfo. Un mes hacia que la Inglaterra estaba embriagada con los triunfos inesperados de su escuadra; se arriesgaba á perpetuar con el estruendo del cañon de Trafalgar, una guerra que, al preparar el derribo de Napoleon, debia facilitar durante diez años la educacion revolucionaria de la Europa. Pero dejemos al gabinete de San James en medio de los rego-

(1) Bonaparte en cuatro palabras hacinó un cúmulo de desatinos.

Siempre los Franceses, particularmente en los trances marítimos, nos han dejado en la demanda. Hace ya mas de un siglo que en las aguas de Mesina, un Mr. de Cour, socolor de ir ciñendo mas y mas para lograr el barlovento, desamparó á D. José Navarro, titulado despues marqués de la Victoria, quien con sobrado arrojo trabó por sí solo el combate, y con su Real Felipe, de 120 cañones, y el Poder, de 60, se desembarazó de siete navíos ingleses y entró en Cartajena con todo el buque hecho astillas, de modo que solo sirvió para leña.

En Trafalgar, la ciega terquedad de Bonaparte en acometer á todo trance al enemigo, y la ignorancia total de Villeneuve, acarrearon la ruina de entrambas marinas. Mandando Gravina, no lograran seguramente atacar en columna una línea dilatada y respectivamente muy endeble, peleando en todos los puntos dos ó tres contra uno. Además los cuatro navíos franceses de la izquierda huyeron cobardemente y cayeron luego en manos de los Ingleses, ya sobre la costa de Francia.

Con esto se malogró el heroismo de nuestros ínclitos marinos, y aquel descalabro irreparable afianzó positivamente el imperio de los mares en la isla traficante y enemiga por lo jeneral del continente.

N. DEL T.

cijos, y volvamos á Austerlitz que nubló muy pronto los festejos del torismo y el postrer júbilo de Pitt.

Al dia siguiente de esta gran batalla, el príncipe Juan de Lichtenstein, comandante del ejército austriaco de Moravia, se presentó al amanecer en el cuartel jeneral del emperador Napoleon, planteado en una quinta. Venia de parte de su amo, ansiosísimo de avistarse con el vencedor implorando su moderacion y jenerosidad para salvar su corona y sus estados de la aplicacion del derecho de conquista. Napoleon accedió á su demanda y se avistó en el mismo dia con el monarca vencido en el campamento del héroe victorioso. « Os recibo en el único palacio que habito de dos meses á esta parte, » dijo Napoleon al emperador Francisco ; y este respondió al punto con una sonrisa forzada: «Debe gustaros vuestra habitacion, ya que tan buen partido sacais de ella. » En pocas horas se firmó un armisticio, y se convino en las principales condiciones de la paz. El emperador de Alemania, cediendo á las circunstancias, procuraba templar el enojo del vence-



dor contra los Ingleses. « Son unos comerciantes, repetia, incendian el continente por vincularse el tráfico del mundo. » Habló tambien en nombre del emperador de Rusia; que orillaba la alianza inglesa y queria hacer la paz por separado. « No cabe duda, añadió, en que la Francia tiene razon en sus reyertas con la Inglaterra. » ¡La Francia tiene razon! Y ¿no era portentoso el estar viendo cómo los príncipes que habian levantado aquellas moles inmensas de huestes contra la Francia, se desengañaban así de improviso acerca del derecho lejítimo de sus enemigos y los agravios de sus aliados? ¿No era muy lastimoso el ver que revolucion tan repentina solo hubiese aparecido tras veinte refriegas y una batalla en que la sangre humana habia corrido con abundancia?

Napoleon no abusó de la superioridad que le franqueaban los acontecimientos de la víspera. Prometió suspender la marcha de sus columnas y dar paso al ejército ruso, si Alejandro empeñaba su palabra de volverse á sus estados y evacuar la Polonia austríaca y prusiana. El emperador Francisco se lo aseguró á nombre de Alejandro, y se retiró despues, acompañado de los príncipes de Lichtenstein y de Schwartzenberg. Napoleon le acompañó hasta su coche y se volvió á dormir en Austerlitz. Dijo despues de haberse separado del monarca austríaco: « Este hombre me hace cometer un yerro, porque yo hubiera podido seguir mi victoria, y cojer todo el ejército ruso y austríaco; pero se derramarán algunas lágrimas menos. »

Napoleon habia hablado á sus soldados la víspera de la refriega para inflamar su denuedo y presajiarles la victoria; no se olvidó de encararse con ellos otra vez despues de la batalla, en parabien de haber contribuido tan esclarecidamente á verificar su prediccion. « Soldados, les dijo, estoy contentísimo con vosotros. Habeis desempeñado en la jornada de Austerlitz cuanto yo esperanzaba de vuestro teson. Habeis cubierto vuestras águilas de una gloria inmortal..... Cuando hayais llevado á cabo todo cuanto se requiere para afianzar la dicha y la prosperidad de nuestra patria, regresaréis á Francia, y allí echaré el resto en premiaros. Alborozado os verá allá mi pueblo, y bastará que digais: « Yo me hallé en la batalla de Austerlitz, » para que respondan: « Ese es un valiente. »

Sin embargo un edecan de Napoleon, el jeneral Savary, habia acompañado al emperador de Alemania para saber si Alejandro se avenia al ajuste contraido en su nombre. El czar desde luego ratificó las promesas de su augusto aliado y dijo al enviado francés: « Aunque inferiores en número, lograsteis la superioridad en todos los puntos de ataque. — Señor, respondió Savary, ese es el arte de la guerra y el fruto de quince años de gloria; esta es la cuadrajésima batalla que da el emperador. — Es cierto, replicó Alejandro; es un gran militar. En cuanto á mí, esta es la primera vez que salgo á campaña. Nunca he tenido la presuncion de habérmelas con él. Regreso á mi capital. Habia venido en auxilio del emperador de

Alemania; me ha dicho que estaba satisfecho, yo tambien lo estoy.»

El armisticio convenido el 3 de diciembre entre Napoleon y el emperador de Alemania quedó autorizado el dia 6 con las firmas del mariscal Berthier y del principe de Lichtenstein.



Siguiéronse á esta suspension de hostilidades dos decretos, uno concediendo pensiones á las viudas y á los hijos de los militares de toda graduacion muertos en Austerlitz, y otro mandando que los cañones rusos y austriacos cojidos en aquel campo de batalla se fundiesen para servir á la ereccion, en la plaza de Vendoma, de una columna triunfal para perpetuar la gloria del ejército francés. En un tercer decreto, el emperador prohijaba todos los niños de los jenerales, oficiales y soldados franceses muertos en la batalla de Austerlitz, y mandaba: 1º. Que fuesen mantenidos y educados á espensas del estado; 2º. que pudiesen añadir á sus nombres y apellidos el nombre de Napoleon.

Desde Austerlitz, el cuartel jeneral volvió á Brunn. Alli mandó Napoleon que se presentase el principe Repnin, coronel de los caballeros guardias, y le dijo: «Que no queria privar por mas tiempo al emperador de Rusia de jente tan valerosa, y que podia juntar todos los prisioneros de la guardia imperial rusa y regresar con ellos a su patria.»

El 13 de diciembre, Napoleon estaba de vuelta en Schœnbrunn, en donde recibió la diputacion de los correjidores de Paris. El correjidor del séptimo distrito comunal tomó la voz. El emperador les anunció la próxima conclusion de la paz y les encargó que llevasen á Paris las banderas cojidas en Austerlitz y destinadas á la iglesia de Nuestra Señora. Al mismo

tiempo escribió al cardenal arzobispo confiándole la guarda de aquel glorioso depósito, y espresándole su ánimo de que se cantase anualmente un oficio solemne en la metrópoli en memoria de los valientes muertos por la patria en aquella gran jornada.

Durante su permanencia en Schœnbrunn, el emperador pasó revista á las tropas, y al llegar al primer batallon del 4°. rejimiento de línea que habia sido desbaratado en Austerlitz y habia perdido su águila. «Soldados, esclamó Napoleon, ¿qué habeis hecho del águila que yo os habia dado? Habiais jurado que os serviria de punto de reunion y que la defenderiais á riesgo de vuestra existencia: ¿cómo habeis desempeñado vuestro juramento?» El mayor respondió que habiendo muerto el abanderado cuando cargó el enemigo, nadie lo habia advertido en medio del humo; pero que el cuerpo no por eso habia dejado de cumplir con su obligacion porque habia arrollado dos batallones rusos y cojido dos banderas de que tributaba homenaje al emperador. Despues de haber titubeado un rato, Napoleon intimó á los oficiales y soldados que jurasen no haber advertido el malogro de su águila, lo que todos hicieron inmediatamente: entónces el emperador prorumpió en acento mas blando y aun risueño: «En ese caso, os devolveré vuestra águila.»

Las negociaciones para la paz se llevaron adelante con el mayor ahinco y pararon en el tratado de Presburgo, que se firmó el 26 de diciembre, quedando por él los estados venecianos reunidos al reino de Italia, y los electores de Baviera y Wurtemberg elevados á la dignidad rejia. Napoleon anunció él mismo esta fausta nueva á su ejército con una proclama del 27, en la que les decia que despues de haber visto á su emperador compartir con ellos los peligros y las fatigas, vendrian á verlo rodeado de la gran-



deza y esplendor correspondientes al soberano del primer pueblo del universo. « Daré una gran funcion en Paris á primeros de mayo, añadia; allí estaréis todos, y despues irémos do quiera que nos llame la dicha de nuestra patria y los intereses de nuestra gloria. Soldados, la confianza de veros á todos antes de seis meses escuadronados en torno de mi alcázar está ya halagando á mi pecho. Realzarémos la memoria de cuantos yacieron en estas dos campañas por los campos del honor, y el mundo nos verá prontos á imitar su ejemplo y á hacer, si es preciso, mas de lo que hemos hecho contra aquellos que intentaren mancillar nuestro honor, ó se dejaren seducir por el oro cohechador de los eternos enemigos del continente. »

Este májico lenguaje arrollador de los ánimos guerreros y estos llamamientos personales en las revistas y el ademan de familiaridad militar con que Napoleon se allanaba á tomar cuando convenia, han dado campo para zaherirle de haber entablado y sostenido aquella suma popularidad en los campamentos á impulsos de su charlatanismo. Pero los escritores que han estampado tamaña impropiedad no han comprendido que si podia aplicarse semejante calificacion á la maestría de un prohombre para labrar una nacion y un ejército capaces de heroismo, no se inferiria que el prohombre fuese menguando hasta el nivel de lo que vulgarmente se llama un charlatan, sino que el charlatanismo se encumbrara á la altura del patriotismo y de la maestría política, sublimándose tal vez hasta lo sumo de los alcances. Con efecto, ábrase la historia y véase si hay alguno de los bienhechores de la humanidad ó de los grandes civilizadores por la lejislacion, la relijion ó la conquista, que haya dejado de valerse de los medios que empleaba Napoleon para avasallar á los hombres y ensalzarlos hasta lo mas eminente. Si puede apellidarse charlatanismo el uso que han hecho de su preeminencia para la dicha ó la gloria de las naciones, como se llamó brujería el predominio de la mariscala de Ancre para con María de Médicis, no es propio levantar en nuestro siglo una hoguera para semejantes charlatanes, antes bien esclamar: Viva el charlatanismo.

No merece ser menos recordada por la historia, que su última proclama al ejército, la despedida de Napoleon á la capital del Austria.

« Vecindario de Viena, le dijo, he tenido que escasearos mi presencia, mas no ha sido por menosprecio ni por engreimiento, sino por cuanto no queria desimpresionaros del afecto que estabais profesando á un príncipe con quien ansiaba yo ajustar una paz duradera. Al dejaros, recibid, como un presente que os acredite mi aprecio, intacto vuestro arsenal que las leyes de la guerra habian hecho propiedad mia; servios de él siempre para el mantenimiento del órden. Atribuid cuantos pesares habeis padecido a los quebrantos inseparables de la guerra, y todos los miramientos que mi ejército ha tenido en vuestras campiñas, los debeis al aprecio que me habeis merecido. »

Apenas estaba firmada esta proclama y anunciada la paz al pueblo de Viena y al ejército francés, cuando Napoleon pregonaba al mundo en una nueva proclama, con fecha del 27 de diciembre, las alevosías de la corte de Nápoles, que acababa de abrir sus puertos á los Ingleses con menosprecio de un tratado firmado dos meses antes. Jamás sonaron en sus labios palabras mas grandiosas, enérjicas y amenazadoras. Unos Borbones daban la mano á los Ingleses y hacian traicion á la Francia. Bastaba esto para que se sublevasen al punto las pasiones, antipatías y repugnancias de la nacion y para que se manifestasen en el lenguaje de su caudillo. En este caso, la dictadura imperial debia hablar como lo hubieran hecho los convencionistas. Forzoso se hacia el mostrarse inexorable con el perjurio real y apear del solio á la faz de los Ingleses á los Borbones de Nápoles abatidos y afrentados. Napoleon desempeñó asombrosamente aquel intento. Nunca representó mas airosamente la revolucion y la Francia. He aquí la proclama publicada en el ejército:

« Campamento imperial de Schœnbrunn, 26 de diciembre de 1805.

« Soldados:

« Hace allá diez años que eché el resto por salvar al rey de Nápoles; él lo ha echado tambien por su parte para estrellarse.

« Despues de las batallas de Dego, Mondovi y Lodi, no podia oponerme mas que una endeble resistencia. Dí crédito á las palabras de aquel príncipe y fuí jeneroso con él.

« Cuando la segunda liga quedó disuelta en Marengo, el rey de Nápoles, que habia encabezado aquella guerra injusta, desamparado por sus aliados en Luneville, quedó solo é indefenso. Me imploró, y por segunda vez le perdoné.

« Pocos meses hace que os hallabais á las puertas de Nápoles. Lejítimas razones tenia para maliciar la traicion que se estaba ideando y desagraviarme. Otra vez fuí jeneroso. Reconocí la neutralidad de Nápoles; os mandé



evacuar aquel reino, y por la tercera vez la casa de Nápoles quedó salva y cabal.

« ¿ Indultarémos todavia por la cuarta vez? ¿ nos fiarémos por la cuarta vez de una corte sin fe, sin honor y sin discernimiento? No, no. La dinastía de Nápoles dejó de reinar; su existencia es incompatible con el sosiego de la Europa y el blason de mi corona.

« Soldados, marchad; precipitad en las olas, dado caso que os aguarden, á esos débiles batallones de los tiranos de los mares. Mostrad al mundo de que modo castigamos á los perjuros. No tardeis en informarme que toda la Italia yace avasallada á mis leyes ó á las de mis aliados; que el mas hermoso pais de la tierra esta libre del yugo de los hombres mas pérfidos; que se ha desagraviado la santidad de los tratados, y que están aplacados los manes de mis valientes soldados asesinados en los puertos de Sicilia á su regreso de Ejipto, despues de haberse salvado de los naufrajios, de los desiertos y de cien refriegas. »

El ejército de Italia, que los triunfos de Massena habian conducido á las fronteras del Austria, tomando con este motivo el nombre de 8°. cuerpo del ejército de Alemania, correspondió airosamente á los anhelos de Napoleon apoderándose ejecutivamente del reino de Nápoles. El trijésimo séptimo boletin del grande ejército pregonó esta conquista veloz en los términos siguientes:

« El jeneral Saint Cyr se encamina a marchas forzadas hácia Nápoles para castigar la traicion de la reina y derrocar del solio á aquella mujer criminal que ha quebrantado con tanto desenfreno cuanto se reputa mas sagrado entre los hombres. Han querido interceder por ella con el emperador, y su respuesta ha sido:

« Aun cuando debieran renovarse las hostilidades y tuviera que sostener la nacion una guerra de treinta años, no cabe indulto para tan atroz alevosía. La reina de Nápoles ha dejado de reinar; este último atentado redondeó su destino. Que vaya á Lóndres á aumentar el número de los tramoistas y formar una junta de tinta simpática con Drake, Spencer Smith, Taylor y Wickam; podrá llamar tambien, si lo juzga oportuno, al baron de Armfeld, á los señores Fersen, Antraigues y al fraile Morus. »

Antes de su salida de Viena, Napoleon apeteció una esplicacion franca con Mr. de Haugwitz, enviado del rey de Prusia, que solo habia venido al teatro de la guerra para acechar los movimientos y estar dispuesto para declarar la alianza de su amo con las cortes de Austria y Rusia, al primer desman de las armas francesas. Sin duda la batalla de Austerlitz habia hecho dilatar aquella declaracion, y el ministro prusiano, embargado en negociar un nuevo tratado con Mr. de Talleyrand, no pensaba ya en sus instrucciones primitivas, cuando habiéndose presentado al emperador, este le dijo con sumo desentono y altivez:

«¿Vuestro amo procede legalmente conmigo? ¿No le fuera mas decoroso haberme declarado sin rebozo la guerra, aunque sin tener motivos para hacerlo.....? Antepongo un enemigo patente á un amigo embozado. ¿Qué significa todo eso? Os decis mis aliados, y consentis en el Hanover un cuerpo ruso de treinta mil hombres que se comunica por vuestros estados con el ejército mayor de la misma nacion. Nada puede sincerar semejante conducta; es un acto innegable de hostilidad. Si vuestros poderes no os autorizan para tratar todas estas cuestiones, poneos corriente; en cuanto á mí, voy á marchar contra mis enemigos do quiera que se hallen.»

No cabia en Mr. de Haugwitz negar la realidad de aquellos cargos, y para encubrir sus ambiguos intentos, se allanó á tratar con la Francia bajo el concepto propuesto por Mr. de Talleyrand. Firmó pues un solemne tratado cambiando el Hanover por los margraviatos de Baireuth y de Anspach, mientras que Mr. de Hardenberg estaba tratando en Berlin con el gabinete de Lóndres por órden y á presencia del rey de Prusia. Pronto verémos el resultado de esta aleve diplomacia.

A su regreso á Paris, Napoleon pasó por Munich, en donde permaneció algun tiempo para asistir al casamiento del príncipe Eujenio con la hija del rey de Baviera. Desde aquella capital escribió, el 6 de enero de 1806, al senado conservador, participándole que pronto presentaria el tratado de Presburgo y que tendria que mandarlo publicar como ley del imperio. «Mi ánimo, les dijo, era enteraros yo mismo de las condiciones en una sesion solemne; pero habiendo ajustado con el rey de Baviera el enlace del príncipe Eujenio mi hijo con su hija la princesa augusta, y hallándome en Munich, al ir á celebrarse este deposorio, no he podido menos de unir yo mismo á entrambos novios, que son al par el modelo de sus sexos respectivos..... Con este motivo se dilatará por algunos dias mi lle-



gada al centro de mi pueblo; dias que serán largos para mi corazon; pero despues de vivir tan solo como soldado, me hallo gozosamente entregado al pormenor de las obligaciones de un padre de familia. Pero no queriendo diferir por mas tiempo la publicacion del tratado de paz, he mandado que se os comunicase inmediatamente.»

A este parte siguióse pronto otro en el que Napoleon informó al senado que acababa de prohijar á Eujenio, llamandole á reinar tras él sobre los Italianos, á falta de descendientes naturales y lejitimos.

El casamiento de este jóven príncipe se solemnizó en Munich el 13 de enero de 1805. Napoleon y Josefina asistieron á la ceremonia y dieron con su presencia mayor realce á los festejos que la corte de Baviera dispuso para celebrar aquel enlace. Eujenio se habia manifestado al pronto algo opuesto á las manifestaciones que el emperador le habia hecho con este motivo, porque le repugnaba un matrimonio político; pero luego que hubo visto y pudo apreciar á la jóven princesa que se le destinaba, entró gustoso en las miras de Napoleon.

Mientras que el emperador prolongaba su residencia en Baviera, los grandes cuerpos del estado y el pueblo parisiense se preparaban para recibir dignamente al vencedor de Austerlitz.



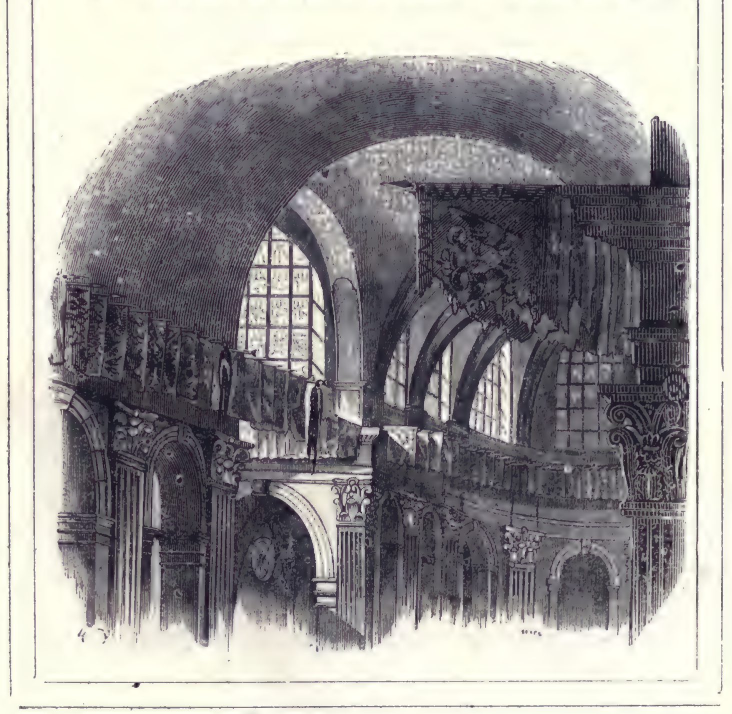
El tribunado habia tomado la iniciativa; la sesion del 30 de diciembre de 1805 habia acordado una proposicion dirijida á « dar al héroe que á fuerza de prodijios imposibilitaba los elojios, un testimonio de admiracion y cariño que fuese inmortal como su gloria. »

El 1°. de enero de 1806, se trasladaron al Luxemburgo las cincuenta y cuatro banderas que el emperador habia dado al senado, asistiendo á este acto el tribunado, todas las autoridades, la música militar y una parte de la guarnicion de Paris. El canciller mayor y todos los ministros se hallaron presentes en aquella sesion. El senado, presidido por el gran elector, realzó el recibimiento del glorioso presente que iba á engalanar su palacio, decretando en nombre del pueblo francés:

« 1°. Que se levantaria un monumento triunfal á Napoleon el Grande;

« 2°. Que el senado en cuerpo saldria al encuentro de S. I. y R. M. y le tributaria las muestras de admiracion, gratitud y cariño del pueblo francés;

« 3°. Que la carta del emperador al senado, escrita desde Elchingen,

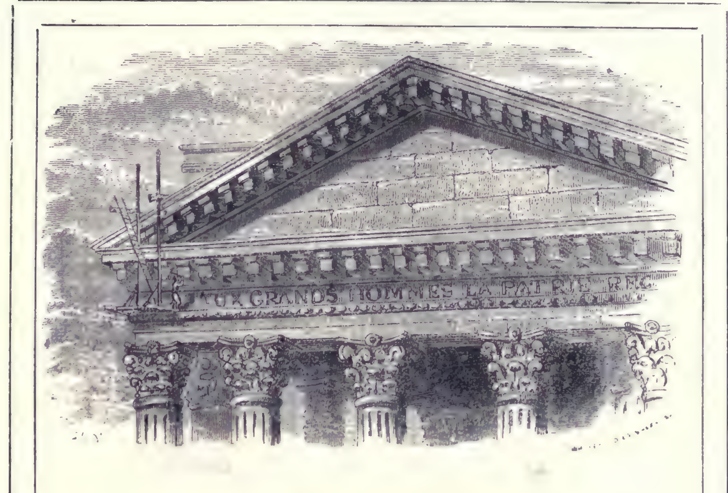


el 26 de vendimiario del año XIV, se grabaria en sillares de mármol que se colocarian en el salon de sesiones del senado;

« 4°. Que á continuacion de aquella carta se grabaria tambien lo que sigue:

« Las cuarenta banderas y catorce mas añadidas á las primeras por S. M. han sido trasladadas al senado por el tribunado reunido, y depositadas en este salon el miércoles 1°. de enero de 1806. »

La catedral de Paris habia tenido tambien su parte en la distribucion de los trofeos de esta inmortal campaña. Ya hemos visto que las banderas que le estaban destinadas habian sido entregadas al ayuntamiento de Paris en el campo imperial de Schœnbrunn. El clero metropolitano salió á recibirlas el 19 de enero con gran pompa á la puerta de su iglesia en cuyas bóvedas quedaron colgadas.



CAPITULO XXII.

Napoleon reconocido emperador por la Puerta Otomana. El Panteon devuelto al culto católico. Restauracion de San Dionisio. Apertura del cuerpo lejislativo. Faenas públicas. Código de procedimientos civiles. Universidad imperial. Banco de Francia. Estatutos imperiales. José Bonaparte, rey de Nápoles. Murat, gran duque de Berg. Luis Bonaparte, rey de Holanda. Fundacion de la confederacion del Rin. Gran sanedrin reunido en Paris. Tratado con la Puerta. Negociaciones para la paz universal. Muerte de Fox.



NAPOLEON y Josefina regresaron á Paris el dia 26. Su presencia en la capital escitó un rapto de entusiasmo universal, descollando el senado y el tribunado en la solemne audiencia que se les dió el 28 en las Tuilerías. « Señor, dijo el presidente del primero de aquellos cuerpos (Francisco de Neuf-Chateau), aunque vuestra modestia habla tan llanamente de los prodijios sin cuento con que ese númen que ya habia aventajado á todos los demás héroes acaba

de sobreponerse á sí mismo, permitid que planteemos el decreto del senado dando solemnemente al salvador de la Francia el dictado de *Grande*, nombre tan justo, y título que la voz del pueblo, que es la voz de Dios, nos precisa á conferiros. »

El emperador respondió que daba gracias al senado por las finezas que su presidente acababa de manifestarle, y que cifraba toda su nombradía en realzar mas y mas las escelencias de la Francia, de modo que hasta en los siglos mas remotos llevase por denominacion peculiar la de grande pueblo.

Coronaron los festejos públicos tan solemnes parabienes.

Sumo era el ahinco de Napoleon porque todos los gobiernos de Europa reconociesen el dictado de emperador que le habia conferido la nacion francesa. Pareciale comprometida en este reconocimiento la dignidad del gran pueblo á quien debia el conjunto de sus derechos; y su altivez jenial, su amor propio y su engreimiento no le inclinaban menos á darles estremado aprecio. Alejandro le habia descontentado mucho dirijiéndole una carta con el sobre de « caudillo del gobierno francés, » á ejemplo del rey de Inglaterra, quien habia estremado el empeño hasta el punto de no corresponder sino por medio de un secretario de estado. Fué pues una especie de indemnizacion para Napoleon cuando supo que el sultan de Constantinopla, Selim III, acababa de reconocerlo oficialmente por emperador de los Franceses.

Aquel anhelo de alternar fraternalmente le ha de redundar en daño de trascendencia, arrojándole á jestiones torpes, asi en su diplomacia como en la administracion interior. Asi se muestra en Austerlitz jeneroso con resabios de indiscrecion con unos enemigos poderosos é irreconciliables á quienes tenia en su mano anonadar, y luego se lo echa en cara como un yerro. Asi al volver de aquella memorable campaña, restituye el Panteon al culto católico y manda restaurar los sepulcros reales de San Dionisio sin zozobra de lastimar las inclinaciones filosoficas y democráticas del pueblo que solo constituye su pujanza y poderío. Un mismo decreto, dado el 20 de febrero de 1806, basta para entrambas disposiciones. Estendiose á instancia de Mr. de Champagny, cuyo informe basta para justipreciar los intentos de aquella temporada:

« Señor, dice aquel ministro, la iglesia de Santa Jenoveva, el templo mas hermoso de la capital; un templo que, colocado en la cumbre del monte consagrado á un culto tutelar, coronaba tan gallardamente el conjunto de las obras maestras que engalanan esta ciudad, y pregonaba de lejos al estranjero el augusto reinado de la relijion sobre una poblacion inmensa, arrebatado á los anhelos de la relijiosidad en el momento mismo de ir á disfrutarlo, consagrado despues á otro destino, y al fin dejado en total desamparo, se muestra como atónito de tamaño menosprecio. La fria curiosidad al visitar su recinto estraña en un monumento recien constru-

do la soledad de los escombros; el númen de las artes se está desconsolando al verlos yacer sin esplendor, mejor diré, sin alma y sin vida; la relijion, viendo sus esperanzas frustradas, se desvia de un monumento cuya majestad no puede realzarse colmadamente, sino con el culto del Altísimo, y que se encumbraba como el debido homenaje tributado á Dios por el injenio humano.

« San Dionisio se envanece con otro monumento tan antiguo como el oríjen mismo de la nacion, que Dagoberto dedicó al protector de la Francia, que el abate Sujero restauró, y que abarca en cierto modo dentro de sí toda la historia de este imperio. Allí descansan tres linajes que reinaron sobre la Francia; espectáculo que infunde recuerdos á los príncipes y á los pueblos y retrata á un tiempo toda la grandiosidad humana y su frajilidad; mausoleo consagrado por la relijion y por los siglos, anchuroso ataud cuajado de polvo rejio, colocado á parte y fuera del bullicio de la capital como por un impulso de terror y de respeto.....

« Señor, vuestro pensamiento solo ha reanimado y casi reconstruido entrambos monumentos. Él les restituirá su encumbramiento primitivo. »

No podia espresarse mejor el desengaño que restablecia las máximas monárquicas. Si el emperador intentaba bienquistarse por este medio con estranjeros y nacionales, quedaba bien desempeñado todo su anhelo por su ministro; aunque al cabo tantos conatos en mentir respecto á su oríjen y encubrir su verdadera naturaleza, debiese perderse ante la antigua Europa, la Francia añeja y el antiguo sacerdocio, los que justipreciando á Napoleon Bonaparte mejor de lo que se graduaba entónces él mismo, se obstinaban en no ver en él mas que un discípulo y patrono del filosofismo, el hijo y el soston de la democracia, el enemigo mas temible, y no el sincero restaurador de lo pasado, objeto de su veneracion y de sus anhelos. Para sincerar al emperador se ha acudido á su sistema de hermanamiento y de reconciliacion jeneral. Esta disculpa seria admisible, si solo se tratase de los actos que restablecieron en Francia el libre ejercicio de los cultos interrumpido por la tirania de la Convencion ó el Directorio. Cuando el primer cónsul mandaba abrir los templos católicos en un pais cuya inmensa mayoría profesa y practica el catolicismo, á lo menos por hábito, si no es con todo el fervor de la fe, entónces Bonaparte obraba como estadista. Cedia á un tiempo á la razon y á las circunstancias. Quedaban igualmente satisfechos el anhelo nacional, la relijion y la sana filosofía; porque todo se reducia á mera tolerancia y libertad, que no escluyen ni aun la proteccion, cuando no tropieza con otros intereses y aprensiones.

Pero cuando el emperador, tras de haber devuelto al clero sus iglesias desiertas y haber escudado al sacerdote católico con la doble proteccion de las leyes y del erario, arroja la filosofía de sus templos para entronizar en ellos el catolicismo; cuando deja tratar con menosprecio á las fundaciones

patrióticas para sustituirles ostentosamente reposiciones clericales; cuando deja verter palabras de escarnio sobre la tumba majestuosa que la patria reconocida habia consagrado á la sepultura de sus prohombres, y luego atiende complacidamente al boato retórico sobre «el polvo de los reyes,» sobre la dedicatoria de sus sepulcros en San Dionisio por Dagoberto; y todo esto para afrentar el endiosamiento de los sujetos esclarecidos y empozar su memoria en las bóvedas del Panteon; cuando deja hollar por los canónigos las cenizas de Voltaire y Rousseau, y para guardar los restos imperiales llama á los canónigos de San Dionisio junto á las cenizas de los reyes, entónces ni siquiera media en tal disposicion un asomo de tolerancia, libertad o amparo del culto católico; es un ataque directo contra el rasgo patriótico que dedicó el Panteon á la sepultura de los prohombres; es una condenacion de lo presente y una reposicion de lo pasado; finalmente hay contrarevolucion y nada que se parezca á un acto de necesidad ó de tino político, como se comprobará en lo venidero.

La apertura de la nueva temporada del cuerpo lejislativo precedió de pocos dias al decreto de 20 de febrero, y ninguno de los diputados de la Francia soñó en querellarse contra el traspaso que acababa de hacerse al



clero romano de un templo nacional. Infructuoso fuera por lo demás cualquier protesta. Ya no cabia que en la tribuna ni por medio de la imprenta la Francia ejerciese en adelante su empuje revolucionario sobre la Europa.

Napoleon mismo pronunció el discurso de apertura; culpóse en cierto modo de la sobrada jenerosidad que le vituperamos poco ha, y como que presajiase los acontecimientos que han patentizado su desacierto. « La Rusia, dijo, solo debe á la capitulacion que yo le he concedido el regreso de los restos de su ejército. Arbitro en derribar el trono imperial del Austria, lo he consolidado. ¿Por ventura la conducta del gabinete de Viena hará que la posteridad me tache de impróvido? »

Los ministros dieron cuenta de la situacion del imperio, cuya prosperidad iba siempre en aumento. Carreteras, azequias, puentes, monumentos de todas clases, inventos provechosos y todo jénero de realces se entablaban ó concluian en todos los puntos de tan grandiosa monarquía, que se componia á la sazon de ciento y diez departamentos, sin comprender la Holanda, los Estados Venecianos y el reino de Italia.

« Muchas nuevas carreteras, dijo el ministro del Interior, apetecidas por los pueblos, han llamado la atencion del gobierno. Está concluida la de Valoña á la Hoga; se está terminando la de Caen á Honfleur; la de Ajaccio á Bastia se halla á su mitad; la de Alejandría á Savona se halla delineada; la de Maguncia hasta Hamburgo y la de Aquisgran á Montjoie están dispuestas. Una emulacion recomendable está animando á varios concejos para la recomposicion de los caminos trasversales.

« Se plantean puentes sobre el Rin en Kehl y en Brissac; sobre el Mosa en Givet; sobre el Cher en Turs; sobre el Loira en Nevers y en Roanne; sobre el Saona en Ausona, etc., etc. Dos raudales impetuosos, el Duranza y el Isera, pasarán por debajo de puentes.

« Se están ejecutando seis azequias mayores: la de San Quintin, el canal de Napoleon que enlaza el Rin con el Ródano, el de Borgoña, los de Blavet y de la Ile-et-Rance, el de Arles y los de la Béljica.

« Se hallan entablados otros, como los de San Valery, de Belcaire á Aguas-Muertas, de Sedan, de Niort á La Rochela y de Nantes á Brest. Varios están ideados, como los de la Censea, de Charleroi, de Ypres y de Briare.

« Si tendeis vuestras miradas por nuestros puertos, veréis que en ambos mares se está trabajando en habilitarlos haciéndolos mas seguros. »

Mr. de Champagny hablaba despues de las obras grandiosas que estaban hermoseando á Paris.

« Al volver á la capital, quedaron vuestros ojos atónitos al verla realzada en el espacio de un año de guerra, mas de cuanto en otro tiempo lo fué en medio siglo de paz. Nuevos muelles se van dilatando por las orillas del Sena. En los años anteriores se habian levantado dos puentes;

el tercero, el mascrecido de todos, está á punto de concluirse. Cerca de él hay delineado un barrio nuevo al intento de completar por aquella parte su realce; sus calles tienen los nombres de nuestros guerreros descollantes, fenecidos esclarecidamente en la campaña; el puente mismo toma el nombre de Austerlitz.

« A breve desvio de las orillas del Sena, un arco triunfal, colocado á la entrada de los baluartes, será un nuevo monumento de unos acontecimientos cuyo recuerdo ha de ser mas duradero que cuanto podemos idear para perpetuarlo. Al menos estas obras atestiguarán á la posteridad que hemos sido tan equitativos como ella lo será, y que nuestro agradecimiento igualó á nuestro asombro. »

A este informe, del que solo damos un trozo, y al discurso de apertura del emperador, contestó el cuerpo lejislativo con una congratulacion en que sonaban y resonaban cuantas demostraciones de entusiasmo y de cariño lujosamente ostentadas en todas las arengas anteriores de los cuerpos principales del estado se andaban repitiendo. « Bajo vuestro reinado, decia Mr. de Fontanes, los años abundan mas en acontecimientos esclarecidos que los siglos en otras dinastías.

« Conceptúase el orbe retraido á los tiempos aquellos en que, como decia el escritor político mas elocuente y aventajado, iba tan disparada la marcha del vencedor, que el universo parecia mas bien ser el galardon de la carrera que el de la victoria. »

Tan pomposo lenguaje, aun sonando en los labios de un palaciego, no dejaba de ser la sencilla narracion de la historia; porque tal era el ímpetu portentoso de la vida de Napoleon, que á la lisonja, tan de suyo abultadora, no le cabia ya traspasar los ámbitos de la realidad, aun al remontar mas y mas su vuelo.

En esta temporada el cuerpo lejislativo fué aprobando el Código de procedimientos civiles que el ministro del Interior habia justipreciado atinadamente diciendo: « No será una obra cabal, pero será mejor que cuantas hubo hasta ahora. »

Por entónces se verificó tambien el establecimiento de la universidad imperial. El célebre Fourcroy, espuso los motivos de esta fundacion grandiosa; pero su saber y su patriotismo hubieran debido merecerle el dictado de rector que Napoleon confirió indebidamente á Mr. de Fontanes, abate del antiguo réjimen.

Cupo tambien la sancion lejislativa á la organizacion del banco de Francia, por informe del consejero de estado Regnault de San Juan de Angely.

En el discurso de conclusion, pronunciado por otro consejero de estado, Mr. Jaubert, en la sesion del 12 de mayo de 1806, notóse el paso siguiente:

« Su Majestad ha echado una mirada intensa sobre las diferentes partes del sistema de hacienda.

« Ha tenido presente la naturaleza del pais, ha calculado los recursos y los medios que el movimiento del comercio esterior debe acarrear al agricultor y al comerciante.

« Su Majestad ha oido tambien las reclamaciones universales hechas contra la contribucion para el sostenimiento de las carreteras.

« Y su Majestad ha dicho:

« Que la contribucion territorial quede descargada de este gravámen;

« Que se supriman los derechos de puertas;

« Que se afianzen los fondos necesarios para la administracion por medio de contribuciones indirectas esencialmente adecuadas á la situacion de la Francia. »

Esto era plantear la incorporacion de todos los derechos. La política monárquica del imperio iba á retratarse en su sistema hacendista. Napoleon queria granjearse los hacendados principales, apoyarse en la aristo cracia territoral, y le prometia el descargo de gravámenes á costa del consumidor desvalido, esto es, del pueblo en globo, sobre el cual habia de recaer definitivamente el peso de la contribucion indirecta. Si á pesar de haberse desviado tanto de la senda popular, Napoleon halla la nacion siempre enamorada de su ídolo, no es menos positivo que los estravíos de la política interior del monarca, aunque compensados con portentos que por fuera encabezarán la propaganda involuntaria del conquistador, llegarán á entibiar el entusiasmo nacional; y cuando llegue el dia de los reveses, cuando la Providencia contrareste al imperio para reducir al pueblo á que deje obrar á la Providencia, se le hablará, entre otras promesas, de la abolicion de los derechos incorporados.

Era de suyo Napoleon muy certero, y debia obrar así en sus actas, en sus planes y en su reaccion monárquica; lo que habia hecho para sí como caudillo del estado, lo repitió para con sus parientes y paniaguados. Se le presentaron al senado, en la sesion del 31 de marzo de 1806, varios estatutos imperiales deslindando el pormenor de los príncipes de la casa imperial; erijiendo en ducados y feudos hereditarios la Dalmacia, la Istria, etc.; llamando á José Napoleon Bonaparte al trono de Nápoles; dando á Murat, cuñado del emperador, la soberanía de los ducados de Berg y de Cléveris; á la princesa Paulina el principado de Guastalla; á Berthier el de Neufchatel, etc., etc.

Lo que hemos dicho del derecho políticamente hereditario, con motivo de la dignidad imperial con que se revistió Napoleon, puede aplicarse al establecimiento de los grandiosos feudos hereditarios, y por lo tanto escusamos renovar las reflexiones que hicimos sobre los ensayos de restauracion ideados por el emperador, y sobre el cargo que hizo á la asam-

blea constituyente. Mas adelante verémos anulada, en 31 de marzo de 1814, la obra principal del 31 de marzo de 1816; al paso que serán eternos los sumos resultados de la noche del 4 de agosto de 1789. No se olvide por otra parte, como ya lo observamos, que los nobles y los reyes del imperio, sacados del cieno plebeyo y conservando, en medio de sus tramoyas y trasformaciones, su ciencia revolucionaria, no han hecho mas que colocar al alcance de las miradas del pueblo la nobleza y la soberanía, contribuyendo asi á minorar ó destruir el prestijio que sostenia en su ancianidad á estas dos grandiosas instituciones.

Entre las creaciones y promociones que acabamos de enumerar, habia una que debia acarrear consecuencias muy favorables á la propagacion de las máximas francesas y al ensayo teatral de la revolucion europea: y esta era la elevacion de José Bonaparte al solio de Nápoles con esclusion de los Borbones arrinconados en Sicilia. Sin saberlo ni apetecerlo, una mano que se apellidará real depositará en la falda del Vesubio la semilla de las revoluciones liberales, y tarde ó temprano brotará con pujanza aquella planta.

Otro hermano de Napoleon, Luis Bonaparte, recibió tambien en el decurso del mismo año la investidura de una corona. Los diputados del pueblo bátavo, por boca del almirante Verhuel, pidieron al emperador el príncipe Luis Napoleon por «caudillo supremo de su república,» con el dictado de «rey de Holanda.» Sus anhelos se cumplieron llanamente. En una audiencia solemne que se les dió en las Tuilerías, el 5 de junio de 1806, Napoleon proclamó á su hermano rey de Holanda. «Príncipe, le dijo, reinad sobre aquellos pueblos. Sus padres no se granjearon la independencia sino con los auxilios constantes de la Francia. Desde entónces la Holanda hizo alianza con la Inglaterra; fué conquistada y volvió á deber su existencia á la Francia. Que os deba tambien reyes que resguarden sus libertades, sus leyes y su relijion; pero nunca olvideis que sois Francés.»

En estas últimas palabras se halla compendiada toda la política de Napoleon al invadir los tronos vecinos. Al coronar á sus hermanos, no solo planteaba la mira de encumbrar su familia al par de sí mismo, sino que antetodo queria que las monarquías que le cercaban se conformasen con sus leyes, y fuesen otras tantas provincias de la monarquía francesa; y para que fuera mas honda é incontrastable su hermandad con el imperio, las colocaba bajo el dominio de su propia sangre. Ahora si es cierto que do quiera se planteaba soberanamente el poderío de la Francia, allí se entronizaba el númen de la civilizacion europea, debe agradecérsele á Napoleon, aun cuando no hubiera tenido á la vista mas que la estension de su autoridad personal, el haberse esmerado en redondear, bajo la unidad

grandiosa de la nueva Francia, todos los pueblos que lograba separar del sistema de la antigua Europa.

El emperador desempeñaba su intento, no solo colocando á los suyos en los tronos de las rancias dinastías, sino fraguando y encabezando poderosas confederaciones con el dictado de protector ó de mediador. Así, despues de haber encumbrado á los electores de Baviera y Wurtemberg al par de los reyes, quiso enlazarlos mas estrechamente con los destinos de su imperio por medio de un solemne tratado que fundó la confederacion del Rin, y cuyo resultado fué hacer casi francesas las mas hermosas campiñas de la Alemania.

En medio de estos afanes de renovacion de los rejios linajes al rededor de la Francia, se dedicó Napoleon á la organizacion definitiva de su consejo de estado, al establecimiento de una cátedra de economía rural en la escuela de Alfort, al de buenos pastos de caballos, á la supresion de los garitos en todo el imperio, etc., etc. Tambien estendió sus desvelos al estado contingente de los judíos, y habia espedido un decreto, el 30 de mayo de 1806, invitando á todos sus súbditos de la relijion hebrea para que enviasen á Paris sus diputados. Este decreto logró su pleno cumplimiento, y el 26 de julio del mismo año, el gran senedrin judío celebró su primera reunion.

La Francia solo se hallaba entónces en guerra con la Rusia y la Inglaterra. Habia firmado un tratado ventajosísimo con la Puerta Otomana, gracias á la intelijencia y maestría del jeneral Sebastiani, que se hallaba de embajador en Constantinopla. Napoleon dió la primera audiencia al enviado estraordinario de la Sublime Puerta, Muhed Efendi, el mismo dia que se recibieron en las Tuilerías los diputados de la Holanda, y que se



publicó el decreto disponiendo de los principados de Benevento y de Ponte-Corvo á favor de Talleyrand y de Bernadotte.

Pero si continuaban las hostilidades entre el gobierno francés y los gabinetes de Lóndres y de Petersburgo, no era sin esperanza de paz. La muerte de Pitt, acaecida en enero de 1806, habia motivado la reposicion de Fox en el ministerio, y esta sola circunstancia bastaba para opinar sobre algunas modificaciones en la politica inglesa con respecto á la Francia. Fox y Napoleon se apreciaban mútuamente como ya dijimos. Durante su último ministerio, el ilustre Inglés habiendo recibido de un desastrado desertor la oferta de armar asechanzas al emperador, mandó ejecutivamente prender al asesino, y escribió despues á Paris al ministro de relaciones estranjeras para informarle de todo, y decirle que no permitiendo las leyes inglesas que se detuviese por mucho tiempo en la cárcel á un estranjero que no habia cometido ningun delito, habia tomado sin embargo sobre si el no soltar aquel malvado hasta que Napoleon muy advertido se resguardase contra sus atentados.

Con semejante ministro, la antigua competencia entre Francia é Inglaterra podia dar cabida a propensiones menos hostiles, y era asequible la paz. Asi lo creia Napoleon, segun lo declaró en Santa Helena. Pero la revolucion francesa aun no habia visitado sino una de las grandes capitales de Europa, y se la esperaba en otras partes. Fox murió el 13 de setiembre de 1806, durante las negociaciones con la Francia, y la sombra de Pitt restituyó la perseverancia guerrera á los consejos británicos.





CAPITULO XXIII.

Campaña de Prusia. Batalla de Jena. Napoleon en Potsdam.



UN tratado de paz se firmó en Paris el 20 de julio de 1806 por el ministro ruso á impulsos, á la sazon pacíficos, del ministerio inglés. Pero el fallecimiento de Fox devolvió al idéntico influjo su destemple hostil, y Alejandro se desentendió luego del ajuste, hermanándose con el nuevo gabinete inglés y con la corte de Berlin para renovar la guerra en el continente. Un año antes, el emperador de Rusia, el rey de Prusia y su esposa habian firmado el célebre tratado de Potsdam y jurado sobre el sepulcro de Federico el Grande que aunarian todos sus conatos contra la Francia.

Enterado Napoleon de los preparativos de las cortes del Norte, los delato á sus aliados de la confederacion del Rin. Escribió el 21 de setiembre de 1806 esplicándoles con especialidad los armamentos de la Prusia y requiriendo el contingente prometido por el tratado del 12 de julio.

Tres dias despues salió de San Cloud y marchó hácia la Alemania acompañado de Josefina. Llegó el 28 a Maguncia, en donde se separó de la emperatriz, y el 30 recibió la accesion del elector de Wurtzburgo a la confederacion del Rin, pasando aquel rio el 1°. de octubre. El dia 6, su cuartel jeneral se hallaba en Bamberg, desde donde encaminó á su ejército una proclama para espresarle el enemigo contra quien iba á pelear. « Soldados, les dijo, suenan gritos de guerra por la parte de Berlin, hace dos meses que cada dia nos vemos mas provocados.

« La misma faccion, el mismo devaneo que conducia catorce años ha, favorecido por nuestras disensiones intestinas, á los Prusianos en medio de las llanuras de la Champaña, avasallan su consejo.... Hallaron en Champaña derrota, muerte y verguenza....

« Ea pues, á ellos.... padezca el ejército prusiano la misma suerte que le cupo allá en otro tiempo. Sepa que si es obvio granjearse aumentos de señorio y de potestad al arrimo del gran pueblo, su enemistad (que solo cabe acarrearse desviándose de toda cordura y racionalidad) es mas terrible que las tempestades del Océano. »

Fácil es echar de ver que el emperador representa mejor su papel y que su modo de obrar es mas espedito y brioso cuando decanta los trances revolucionarios cuyo depósito paraba en sus manos, que cuando invoca los recuerdos relijiosos y monárquicos de Santa Jenoveva y de San Dionisio.

Sin embargo Napoleon está en campaña y va á desplomarse sobre los enemigos, sin saber, como en la última guerra, « porqué pelea y lo que de él se apetece. » Esto es lo que espresa formalmente en un mensaje que dirijió desde Bamberg el 7 de octubre al senado conservador:

« En una guerra tan justa, dice, en que solo tomamos las armas para defendernos, que no hemos provocado, ni por jestion ni por intento alguno, y cuyo verdadero móvil no cabe esplicar, contamos enteramente con el apoyo de las leyes y el de los pueblos llamados por las circunstancias á darnos nuevas pruebas de su afecto y de su teson. »

Queda ya apuntado el verdadero móvil, al historiar las guerras anteriores, y Napoleon, quien, desde que se coronó y consagró emperador, asoma como ajeno de confesar que los reyes puedan todavia hacerle una guerra de principios, lo da él mismo á entender en su proclama al ejército, cuando acusa á la misma faccion, al mismo devaneo que conducia á Brunswick á Champaña en 1792, de dominar aun como entonces en los consejos de la monarquia prusiana.

Por lo demás, el mismo dia de su mensaje al senado, recibió de Maguncia un correo de Talleyrand que le traia una carta del rey de Prusia, en la que este príncipe repetia en veinte pájinas todos los agravios comunes que los enemigos de la revolucion habian estado repitiendo de quince años á aquella parte y bajo todos los visos imajinables contra la Francia. El emperador no pudo acabar aquella lectura, y dijo vuelto á los circunstantes:

« Me conduelo de mi hermano el rey de Prusia; no entiende el francés, y seguramente no ha podido abortar este chapuz. »

Y como la carta iba acompañada de la famosa nota de M. de Knobelsdorf, el emperador añadió encarándose con Berthier:

« Mariscal, nos dan una cita para el 8, ya sabeis que un Francés nunca falta á ellas; pero como dicen que hay una hermosa reina que quiere presenciar la refriega, seamos cortesanos y andemos dia y noche hácia la Sajonia. »

Napoleon aludia á la reina de Prusia, que estaba en el ejército vestida



de amazona, llevando su uniforme del rejimiento de dragones y escribiendo veinte cartas al dia, segun el primer boletin, «para avivar el incendio por todas partes. »

El emperador cumplió su palabra. El 8 de octubre salia de Bamberg á las tres de la madrugada, atravesaba durante el dia el bosque de Franconia y asistia el 9 en Schleitz á la brillante entrada de la campaña. Aquella aldea se tomó por el mariscal Bernadotte, quien derrotó al primer encuentro un cuerpo de diez mil Prusianos, cuya mayor parte quedó prisionera. Murat tuvo tambien parte en la accion, encabezando todos los avances.



Un nuevo triunfo se logró el dia 10 en Saalfeld. Aquella pelea se trabó por el ala izquierda del ejército francés á las órdenes del mariscal Lannes. Su resultado fué el descalabro total de la vanguardia del príncipe de Hohenlohe, mandada por el príncipe Luis de Prusia, que murió en el campo



de batalla. Aquel príncipe mancebo era el ídolo del ejército cuyas antiguas glorias ardia en deseos de renovar. Lo estrelló su denuedo. Habia sido uno de los mas eficaces en promover la guerra, y su dictámen era en los consejos que se tomase arrojadamente la ofensiva. Estremeciéndose al tener que desamparar su punto, trabó empeñadísimo trance, contra fuerzas mucho mayores y aventajadamente situadas. Tras una resistencia porfiada, sus tropas vinieron á desbandarse, y mientras desesperadamente se estaba esforzando en detener á los fujitivos, le embistió un húsar llamado Guindet, quien le intimó que le entregase la espada, y al que solo contestó poniéndose en guardia. Entónces recibió una herida mortal, y con este motivo se dijo en el segundo boletin que «los primeros golpes de la guerra habian muerto á uno de sus autores.»

Desde el dia 12, las avanzadas del ejército francés se hallaban á las puertas de Leipsick, y el cuartel jeneral del emperador en Gera. Ya no era dudoso el éxito de la campaña para Napoleon, pero como tenia empeño en descargarse de toda responsabilidad y patentizar á la Francia y á la Europa que se habia valido de todos los medios para conservar la paz, escribió en Gera una respuesta á la carta del rey de Prusia, que se publicó poco despues y de la que citarémos algunos trozos.

«Hermano y señor, no he recibido la carta de V. M. fecha 25 de setiembre hasta el 7 del actual. Siento que os hayan hecho firmar esa especie de folleto, y solo contesto para protestar que nunca os atribuiré su contenido, por opuesto á vuestro carácter y al pundonor de entrambos. Lástima y menosprecio me causan los redactores de semejante escrito. Recibí inmediatamente despues la nota de vuestro ministro del 1°. de octubre. Me daba una cita para el 8, y he cumplido mi palabra como buen caballero, pues me hallo en el centro de la Sajonia. Créame V. M., tengo fuerzas tales que no cabe en las vuestras el contrarestarlas. Mas ¿para qué derramar tanta sangre? ¿Con qué objeto? Hablaré á V. M. en los mismos términos que hablé al emperador Alejandro dias antes de la batalla de Austerlitz..... ¿Porqué hacer matar á nuestros súbditos? Yo no aprecio una victoria que cueste la vida á crecido número de mis hijos. Si yo empezara mi carrera militar y pudiera temer el éxito de los trances, seria este lenguaje fuera del caso. Señor, V. M quedará vencido; habrá comprometido el reposo de sus dias y la existencia de sus súbditos sin asomo de pretesto. Actualmente se halla intacto y puede tratar decorosamente conmigo; V. M. lo hará dentro de un mes, pero en situacion muy diversa..... Conozco que quizá lastimo en esta carta la susceptibilidad de soberano; pero las circunstancias no son para contemplaciones. Mande V. M. que ese enjambre de malévolos y de bisoños que le asedian enmudezcan ante su solio, con el respeto que le es debido.....»

No se equivocaba el emperador al decir que su carta al rey de Prusia

lastimaria quizá la susceptibilidad de un soberano, y estaba ya leyendo á las claras en lo venidero cuando desengañaba á aquel príncipe diciéndole que «seria vencido.» Con efecto, dos dias despues, el ejército prusiano quedó destrozado en los campos de Jena, y el 15 de octubre, el quinto boletin del grande ejército, estendido en el campo de batalla, se espresaba así:

BATALLA DE JENA

«La batalla de Jena desagravió la afrenta de Rosbach, zanjando en siete dias una campaña que aquietó para siempre el frenesí guerrero y trastornador de las cabezas prusianas.

«El rey de Prusia quiso entablar las hostilidades el 9 de octubre, desembocando sobre Francfort por su derecha, sobre Wurtzburgo por su centro, y sobre Bamberg por su izquierda; todas las divisiones de su ejército estaban dispuestas para ejecutar este plan; pero el ejército frances, revolviendo sobre el estremo de su izquierda se halló en pocos dias en Sadlburgo, Labenstein, Schleitz, Gera y Naumburgo. El ejército prusiano acorralado empleó los dias 9, 10, 11 y 12 en agolpar todos sus destacamentos, y el 13 se presentó en batalla entre Capelsdorf y Auerstaedt, con ciento y cincuenta mil hombres.

«El 13, á las dos de la tarde, el emperador llegó á Jena, observó desde una corta llanura que ocupaba nuestra vanguardia, las disposiciones del enemigo que estaba al parecer maniobrando para embestir á la madrugada y forzar los diferentes pasos del Saale. El enemigo defendia en globo y en una situacion inespugnable el camino real de Jena á Weimar, como si conceptuase á los Franceses imposibilitados de asomar en la llanura sin haber forzado aquel paso; con efecto, no parecia posible que subiese la artillería á la altura, siendo ademas tan reducida que apenas podian escuadronarse cuatro batallones. Se trabajó toda la noche para abrir un camino en la peña, consiguiéndose al fin colocar la artillería sobre aquella cumbre.

«El mariscal Davoust tiene órden para desembocar por Naumburgo resguardando los desfiladeros de Kœsen, si el enemigo intenta encaminarse á Naumburgo y pasar á Alpoda, ó cojerle por la espalda, si permanecia en la posicion en que se hallaba.

«El cuerpo del príncipe de Ponte-Corvo marcha á desembocar desde Dornburgo para embestir la retaguardia del enemigo, ora se dirijiese sobre Naumburgo, ora se encaminase á Jena.

«La caballería de línea rezagada no puede llegar hasta las doce del dia, la de la guardia imperial se halla á treinta y seis horas de distancia, á pesar de haber hecho algunas marchas forzadas desde su salida de Paris. Pero sobrevienen proporciones en que es forzoso prescindir de reparos,

y arrojarse desde luego y á todo trance sobre el enemigo. El emperador manda formar en la altura que ocupa la vanguardia, desatendida al parecer por el enemigo, y en frente de la cual está situado todo el cuerpo del mariscal Lannes presentando cada division una ala. El mariscal Lefebvre dispone en la cumbre la guardia imperial formando el cuadro, mientras el emperador vivaquea en medio de sus valientes. La noche ofrece un



espectáculo grandioso, el de dos ejércitos, uno de los cuales va tendiendo su frente por seis leguas de estension y abrasando los aires con sus fuegos, y el otro, cuyas descargas patentes se hallan concentradas en ámbito estrecho, reinando en ambos ejércitos suma actividad y movimiento. Los fuegos por una y otra parte se hallan á medio tiro de cañon, las centinelas casi se tocan y no se hace movimiento que no se deje oir.

« Los cuerpos de los mariscales Ney y Soult pasan la noche en marchas, y al amanecer toda la hueste toma las armas. La division de Gazan se halla formada á tres de fondo á la izquierda de la altura. La division de Suchet forma la derecha; la guardia imperial ocupa la cumbre del montecillo, y la artillería de sus respectivos cuerpos está ciñendo los intermedios. Habíanse ido practicando desde la poblacion y valles vecinos varios despejos para facilitar el despliegue de las tropas que no habian podido situarse sobre la altura, porque esta era quizá la primera vez que un ejército tenia que transitar por tan reducido trecho.

« Hay cerrazon, y el emperador anda las filas encargando á los soldados que estén sobre sí contra aquella caballería prusiana que se decia tan temible. Les recuerda que un año atrás han tomado á Ulma, que el ejército prusiano se halla ya acorralado como lo fuera el austríaco, habiendo

malogrado su linea de operaciones y sus almacenes, que ya no se pelea en aquel trance por la gloria, sino por su retirada, y que procurando abrirse paso por diferentes puntos, quedaran sin honor ni reputacion los cuerpos del ejército que lo dejen pasar. A razonamiento tan animador contesta el soldado con alaridos de «*marchemos.*» Los tiradores empeñan el trance; y por ventajosisimas que sean las posiciones que ocupa el enemigo, se le va desalojando, y el ejército francés, al desembocar en la llanura, empieza á formarse en batalla.

«Por su parte, el grueso del ejército enemigo, cuyo intento no era atacar hasta que se despejase la niebla, toma las armas. Un cuerpo de cincuenta mil hombres de la izquierda se sitúa para cubrir los desfiladeros de Naumburgo y apoderarse de los pasos de Kœsen, pero ya habia sido ganado por la mano por el mariscal Davoust. Los otros dos cuerpos, formando una fuerza de ochenta mil hombres, marchan al encuentro del ejército francès que desemboca de la altura de Jena. La niebla encapota entrambos ejércitos por espacio de dos horas; pero al fin se disipa con un sol hermosisimo de otoño. Las dos líneas se arrostran á tiro de cañon. La izquierda del ejército francés, apoyada en una aldea y algunos bosques, va mandada por el mariscal Augereau. La guardia imperial la separa del centro que ocupa el mariscal Lannes. La derecha se compone del cuerpo del mariscal Soult. El mariscal Ney no tiene mas que un cuerpo de tres mil hombres, únicas tropas suyas que han llegado.

«Es el ejército contrario muy crecido; presenta una hermosa caballeria, y va ejecutando veloz y acertadamente sus maniobras. Quisiera el emperador diferir dos horas la batalla para aguardar, en la posicion que acaba de tomar despues del ataque de la mañana, las tropas que acuden, y ante todo la caballeria; pero el impetu francés lo arrebata todo. Habiéndose empeñado muchos batallones en la aldea de Hollstedt, ve que el enemigo se ponia en movimiento para desalojarlos. El mariscal Lannes recibe órden para marchar al punto por escalones y sostener esta aldea. El mariscal Soult está atacando un bosque sobre la derecha. Como el enemigo ha hecho un movimiento de su derecha sobre nuestra izquierda, el mariscal Augereau está encargado de rechazarlo; en menos de una hora se jeneraliza la refriega; doscientos cincuenta ó trescientos mil hombres, con setecientas ú ochocientas piezas de artilleria, disparan á diestro y siniestro la muerte y ofrecen uno de aquellos espectaculos rarisimos en la historia.

«Por una parte se maniobra inalterablemente como en una parada. Entre nuestras tropas no sobreviene el menor desconcierto, y la victoria ni un momento queda dudosa. El emperador tiene siempre junto á sí, ademas de la guardia imperial, muchas tropas de reserva para constrastar cualquiera novedad imprevista.

« El mariscal Soult, á las dos horas, se apodera del mencionado bosque, y hace un movimiento de avance. Avisan á la sazon al emperador que la division de caballería francesa de reserva empieza á colocarse y que dos divisiones del cuerpo del mariscal Ney se sitúan fuera de la línea de batalla. Adelántanse entónces á primera línea todas las tropas que están de reserva, y hallándose aquellas así apoyadas, arrollan al enemigo en un momento, y le precisan á retirarse. Este movimiento queda ejecutado con órden en la primera hora; pero se trueca en horroroso desconcierto, luego que nuestras divisiones de dragones y corazeros, mandados por el gran duque de Berg, pueden tomar parte en el trance. Estos valientes jinetes, que se desesperaban al ver que la victoria se decidia sin ellos, se arrojan por donde quiera encuentran al enemigo. La caballería é infantería prusiana no alcanzan á contrarestar sus ímpetus. En vano la infantería enemiga va formando cuadros. Cinco de sus batallones quedan anonadados; artillería, caballería é infantería, todo es arrollado y cojido. Los Franceses llegan á Weimar al mismo tiempo que el enemigo, al cual se va persiguiendo por espacio de seis leguas.

« A nuestra derecha el cuerpo del mariscal Davoust está haciendo prodijios. No solo contiene, sino que va derrotando, por mas de tres leguas, el grueso de las tropas enemigas que acaba de asomar por la parte de Kæsen.....

« Los resultados de la batalla son: de treinta á cuarenta mil prisioneros; de veinte y cinco á treinta banderas; trescientas piezas de artillería é inmensos almacenes de provisiones. Entre los prisioneros se encuentran mas de veinte jenerales, muchos de ellos tenientes jenerales, entre otros el llamado Schmettau. El número de los muertos en el ejército prusiano es inmenso. Se calcula que ha habido una baja de veinte mil hombres entre muertos y heridos; el mariscal de campo Mollendorff salió herido; el duque de Brúnswick y el jeneral Blucher han muerto y el príncipe Henrique de Prusia está herido de gravedad. Segun cuentan los desertores, los prisioneros y los parlamentarios, el trastorno y el pavor son grandísimos en los restos del ejército enemigo.....

« Han perdido los Prusianos con esta batalla su retirada y su línea de operaciones. Su izquierda, acosada por el mariscal Davoust, se fué retirando sobre Weimar, al mismo tiempo que su derecha y centro se retiraban de Weimar sobre Naumburgo. La confusion ha sido suma. El rey ha debido retirarse atravesando campiñas, capitaneando su rejimiento de caballería.

« Nuestra pérdida se regula en mil ó mil y doscientos muertos y tres mil heridos. El gran duque de Berg está acometiendo en este momento la plaza de Erfurth, en donde se halla un cuerpo de enemigos que mandan el mariscal de Mollendorff y el príncipe de Orange. Si cabe algun realce á



los títulos que tiene el ejército para el aprecio de la nacion, no cabe formar concepto del entusiasmo y afecto que manifestaba para con el emperador en lo mas reñido de la refriega. En asomando un momento de tibieza, con el grito de viva el emperador revivia el denuedo y rebosaba en todos aquellos valientes. En medio del trance, el emperador, al ver que la caballería amenazaba á sus águilas, iba á galope disponiendo las maniobras y la formacion en cuadros, y á cada instante se veia interrumpido con los gritos de viva el emperador. La guardia imperial de infantería veia con sumo enfado a todos los cuerpos empeñados en la refriega, mientras que ella permanecia inmoble. Oyéronse voces de «Adelante.» «¿Qué es eso, dijo el emperador? Será algun jóven barbilampiño el que quiere juzgar de lo que me toca hacer; para que tal haga, ha de haber mandado en treinta batallas campales antes de meterse á darme consejos.» En efecto, los que tal voceaban eran algunos reclutas cuyo denuedo bisoño se impacientaba en no sobresalir sobre la marcha.

« En tan reñida refriega, mientras que el enemigo iba perdiendo casi todos sus jenerales, debemos dar gracias á la Providencia que guardaba nuestro ejército, pues ningun oficial superior ha sido muerto ú herido. El mariscal Lannes quedó ileso de una bala que le pasó raspando el pecho. El mariscal Davoust tuvo el sombrero y los vestidos acribillados á balazos..... »

Seis mil Sajones y mas de trescientos oficiales se hallaban entre los prisioneros de aquella jornada. Napoleon, esmerándose en separar la nacion sajona del pueblo prusiano, y con ánimo de formarse un aliado sobre el Elba contra la corte de Berlin, mandó que se le presentasen aquellos prisioneros y les prometió que los licenciaria á sus casas si querian comprometerse á no volver á servir contra la Francia. « El lugar de los Sajones, decia, estaba señalado en la confederacion del Rin. La Francia era la protectora natural de la Sajonia contra las violencias de la Prusia. Preciso era poner coto á dichas tropelías. El continente necesitaba sosiego, y este se hacia forzoso, aun cuando fuese á costa de algunos tronos. »

Los Sajones comprendieron aquel lenguaje, y despues de haber dado cuantos resguardos se requerian, se restituyeron á sus casas con una proclama que el emperador dirijia á sus compatriotas.

A la batalla de Jena se siguió prontamente la toma de Erfurth, que capituló el 16. El príncipe de Orange y el mariscal de campo Mollendorff quedaron prisioneros.



Aquel mismo dia, el rey de Prusia pidió un armisticio, que le negó Napoleon. Entretanto el jeneral Kalkreuth, estrechado por el mariscal Soult y temiendo ser cojido con una columna de diez mil hombres que estaba mandando, y en la que se hallaba el monarca prusiano, invocó una suspension de armas diciendo que el emperador la habia concedido. El mariscal Soult no lo quiso creer y dijo que no cabia en Napoleon tamaño desacierto y que no reconoceria aquel armisticio hasta que se le hubiera notificado de oficio. El jeneral prusiano pasó entónces á las avanzadas francesas para conferenciar con el mariscal, y para encomendarse á la jenerosidad, y casi pudiera decirse, á la conmiseracion del vencedor.

«Señor jeneral, respondió el guerrero francés, tiempo hace que se procede así con nosotros; apelan Vds. á nuestra jenerosidad cuando están vencidos, y olvidan un momento despues la magnanimidad que solemos ejercer. Despues de la batalla de Austerlitz, el emperador concedió al ejército ruso un armisticio que fué su salvamento. Ved de qué manera obran ahora los Rusos.... Rendid las armas, y en esta situacion aguardaré las órdenes del emperador.»

El jeneral prusiano se retiró confuso; y el mariscal Soult persiguió eficazmente al enemigo, llegando el 22 á Magdeburgo. No alcanzaban los Prusianos aquella velocidad de marchas y movimientos que los insubordinaban en su fuga, y con este motivo decia Napoleon en su décimo cuarto boletin:

«Estos señores estaban sin duda acostumbrados á las maniobras de la guerra de siete años; querian pedir tres dias para enterrar los muertos. Pensad en los vivos, respondió el emperador, y dejadnos la faena de enterrar los muertos, para eso no se necesitan treguas.»



Entretanto que Soult acosaba así al enemigo por el rumbo de Magdeburgo, causándole repetidos quebrantos, Bernadotte destruia en Hala la reserva prusiana mandada por un príncipe de Wurtemberg. A consecuencia de esta victoria el emperador atravesó el campo de batalla de Rosbach, y mandó que la columna levantada allí se trasladase á Paris.

El reencuentro de Hala se habia dado el 17. El 18, el mariscal Davoust se apoderó de Leipsick, y el 21, hallándose atajado para los Prusianos el camino de Magdeburgo por los cuerpos de Soult y de Murat, los restos del ejército se dispersaron á diestro y siniestro. El antiguo enemigo de la Francia, el famoso Brunswick, autor del manifiesto incendiario de 1792, puso entónces sus estados bajo la proteccion del emperador. Estraño paradero del primer jeneralísimo de la aristocracia europea levantada contra la revolucion francesa. Estaba ahora de rodillas ante aquel mismo pueblo que amenazaba catorce años atrás con tanta insolencia é irracionalidad; temia por sus palacios, por su propia morada la sangre y el fuego cuyos estragos invocaba contra la capital de la Francia, ciudades y campiñas. Brunswick, temiendo las represalias que habia ocasionado, apelaba rendidamente á la jenerosidad del soldado francés, sobre el que se prometiera tan fácil triunfo, atreviéndose á pedir con el manifiesto en la mano al héroe heredero y representante de los republicanos de 1792 que se le tratase con moderacion y se le escudase contra las demasías de la victoria. ¡Qué momento mas grandioso para la revolucion triunfante! La Providencia le trae suplicante y despavorido al mas antiguo, fogoso y tenaz de sus soberbios enemigos. La revolucion sabrá escarmentar el orgullo, aunque mostrando su preponderancia con su induljencia, porque tiene á Napoleon Bonaparte para hablar y obrar en su nombre.

« Si yo mandara echar abajo la ciudad de Brunswick, dijo el emperador al enviado del duque, si no dejara piedra sobre piedra, ¿qué diria vuestro príncipe? ¿No me permite la ley del talion que haga en Brunswick lo que él intentaba hacer en mi capital? Anunciar el proyecto de derribar ciudades puede ser insensato; pero querer ajar el honor de un ejército de valientes, proponerle que deje la Alemania tan solo con la intimacion del ejército prusiano, esto es lo que la posteridad creerá difícilmente. El duque de Brunswick nunca debiera incurrir en tamaño ultraje; quien ha encanecido en el ejército debe respetar el honor militar, y además no será en las llanuras de Champaña en donde se habrá granjeado ese jeneral el derecho de tratar á las banderas francesas con semejante menosprecio....

« Derribar y destruir las habitaciones de los pacíficos ciudadanos, repitió muchas veces Napoleon todo enardecido, es un crímen que se repara con tiempo y dinero; pero deshonrar á un ejército, querer que huya fuera de Alemania ante el águila prusiana, esa es una bastardía que solo era capaz de cometer el que la aconseja. »

Los soldados del duque de Brunswick quedaron bajo el resguardo del derecho de jentes. El emperador llegó á Potsdam el 24. Este mismo dia por la noche visitó el palacio de Sans Soucy, cuya planta y distribucion le parecieron hermosísimas; se detuvo algun tiempo, como absorto y cavi



loso, en el aposento de Federico el Grande, que estaba todavia amueblado y colgado como el dia de su fallecimiento.

Al dia siguiente 25, despues de haber pasado revista á la guardia imperial de infanteria, mandada por el mariscal Lefebvre, visitó el sepulcro de Federico.

« Los restos de aquel hombre célebre, dice el décimo octavo boletin, estan guardados en un ataud de madera cubierto de cobre, colocado en

una bóveda, sin adornos ni trofeos y sin un realce que recuerde las grandes acciones que hizo.



«El emperador regaló al depósito de los Inválidos de Paris la espada de Federico, su cordon del Aguila Negra, su faja de jeneral y las banderas que llevaba su guardia en la guerra de siete años. Los antiguos inválidos del ejército de Hanover acojerán con relijioso respeto cuanto perteneció á

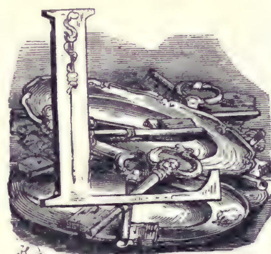


uno de los primeros capitanes de que conserva el recuerdo la historia. » Viendo que la corte de Prusia no habia tratado de poner estas gloriosas reliquias á buen recaudo contra toda invasion, esclamó Bonaparte, mostrando con su ademan la espada del gran jeneral: « Prefiero esto á veinte millones. »



CAPITULO XXIV.

Entrada de Napoleon en Berlin. Su residencia en aquella capital. Bloqueo continental. Suspension de armas. Mensaje del senado. Quinta de ochenta mil hombres. Proclama de Posen. Monumento de la Magdalena.



La puerta magnífica de Charlotenburgo en Berlin dió paso, el 27 de octubre de 1806, á menos de un año desde la toma de Viena, á Napoleon en medio de los mariscales Berthier, Davoust y Augereau, del mariscal mayor de palacio Duroc, y de su gran caballerizo Caulincourt. Marchaba entre los granaderos y los cazadores á caballo de la guardia, por un camino en que estaban for-

mados en batalla los granaderos de la division de Nansouty. El mariscal Lefebvre abria la marcha capitaneando la infanteria de la guardia. La poblacion de Berlin habia salido en tropel al encuentro del vencedor, á quien vitoreó desaladamente. El ayuntamiento ofreció al emperador las llaves de aquella capital, presentadas por el jeneral Hullin, comandante de la plaza.

Una de las primeras atenciones del gobernador fué formar un ayuntamiento de sesenta plazas, cuya eleccion encargó á los dos mil vecinos mas pudientes. Habiéndosele presentado segunda vez el cuerpo municipal encabezado por el príncipe de Hatzfeld, que habia aceptado el gobierno civil de Berlin en nombre de los Franceses, y que no por eso dejaba de seguir en correspondencia con el rey de Prusia para enterarle de los movimientos del ejército victorioso: « No os presenteis delante de mí, dijo el emperador á aquel príncipe, no necesito vuestros servicios; retiraos á vuestras posesiones. » A poco rato, Mr. de Hatzfeld quedó arrestado y puesto á cargo de una comision militar.

Informada su esposa, hija de M. de Schulenburgo, de lo que acababa de suceder, se acongojó desesperadamente, cuando le sobrevino el pensamiento de implorar la clemencia de Napoleon. La alentó Duroc y se encargó de presentarla. Acudió á palacio, se arrojó á los piés del emperador suplicándole que indultase á su marido á quien conceptuaba atropellado por relaciones con el ministro Schulenburgo, uno de los promovedores de la guerra. Desengañóla Napoleon informándola de que M. de Hatzfeld estaba en correspondencia con el rey de Prusia, lo cual probaba que solo habia procurado granjearse la confianza de los Franceses para hacerles traicion. Madama de Hatzfeld prorumpió protestando la inocencia del príncipe y asegurando que era víctima de una calumnia atroz. « Sin duda conoceis la letra de vuestro marido, le dijo el emperador, vais á enteraros vos misma; » y al punto mandó que le trajesen la carta interceptada, que puso en manos de la señora. Hallábase esta á la sazon embarazada de mas de ocho meses; la conmocion que la enajenaba al ir leyendo la prueba irrefragable de la culpabilidad de su esposo, le causaba repetidos desmayos, y solo volvia en sí para prorumpir en jemidos y sollozos. Conmovióse Napoleon de la situacion dolorosa de aquella mujer. « Pues bien, le dijo, ya que teneis la carta, echadla al fuego; y no mediando semejante documento, no podré hacer condenar á vuestro marido. » Esta escena ocurria delante de una chimenea. La princesa de Hatzfeld se esmeró en salvar á su marido: la carta se quemó, y el mariscal Berthier recibió al punto órden para poner al jeneral de Hatzfeld en libertad.

En uno de sus boletines, el emperador se habia destemplado contra la reina de Prusia. « Los Prusianos, decia, achacan al viaje del emperador Alejandro los quebrantos de la Prusia. El cambio sobrevenido despues en el ánimo de la reina, que se ha trocado en mujer alborotada y guerrera,



de medrosa y comedida que habia sido, es una revolucion repentina. Ha querido tener un rejimiento, asistir al consejo y ha dirijido de tal modo la monarquía que en pocos dias ha logrado abocarla al precipicio.»

Cuando la emperatriz Josefina leyó esta denunciacion, pregonada á la faz del mundo contra una reina jóven y linda, lo sintió en gran manera y se esplicó á las claras con su esposo en una carta reconviniéndole por haberse complacido muy á menudo en zaherir á las mujeres. Napoleon le contestó:

«Recibí tu carta en la que me culpas por mi destemplanza con las mujeres; y con efecto estoy á matar con las tramoyistas, pues avezado á las bondadosas, suaves y halagüeñas, con ellas me embeleso, y me han mimado en estremo; tuya es la culpa. Por lo demás, ya te harás cargo de mi bondad para con madama de Hatzfeld, que se mostró afectuosa y escelente. Cuando le enseñé la carta de su marido, me dijo sollozando con entrañable sensibilidad y sencillez: «No hay duda en que esa es su letra.» Su acento traspasaba el corazon, y me fué dolorosísimo. Yo le dije: «Pues bien, señora, echad esa carta al fuego y quedo imposibilitado de hacer sentenciar á vuestro marido.» Quemó la carta, y se me figuró entónces

muy venturosa. Su marido está desahogado desde aquel punto; y si me dian dos horas mas, habia fenecido. Ya ves que me gustan las mujeres bondadosas, sencillas y agraciadas; pero es porque solas estas se te parecen. »

Al dia siguiente de su entrada en Berlin, el emperador dió audiencia á los ministros de Baviera, España, Portugal y la Puerta. El mismo dia admitió al clero de las diferentes comuniones protestantes y los tribunales de justicia que le presentó el canciller; y luego conferenció con varios majistrados sobre diversos puntos de la organizacion judicial.

Durante su residencia en Berlin, Napoleon espidió el famoso decreto, estableciendo el bloqueo continental y prohibiendo á los pueblos y á los aliados del imperio francés todo comercio y comunicacion con las Islas británicas. Esta acta, conceptuada por algunos como una providencia insensata, y jeneralmente achacada á la ceguedad del encono, era sin embargo fruto de la tenacidad del gabinete inglés en sublevar continuamente á las potencias continentales contra la Francia. Era el resultado de aquel cúmulo de amaños, alevosías, conspiraciones, hostilidades y atentados de toda clase, por cuyo medio la aristocracia inglesa habia estado contrarestando á la democracia francesa desde 1792; era la respuesta de la revolucion victoriosa á las demasias monárquicas cuando la pregonaban por Europa, donde los estadistas de ultramar se empeñaban en que habia ocasionado « un vacio. » Ya que Burke y Pitt se estremaron en aislar á la Francia en medio del mundo civilizado, estaban todavia predominando por medio de sus amigos y alumnos en los consejos de Lóndres y prevalecia el mismo afan, mal podia la Francia desentenderse de represalias, y abstenerse de aislar en cuanto le fuese dable á la Inglaterra en medio de los mares. El bloqueo, con que se habia amenazado durante quince años al espíritu revolucionario, debia encerrar encontradamente á la contrarevolucion misma en su foco principal en medio del Océano. Y además, ¿es cierto que este bloqueo, aun considerándolo por lo que toca á los intereses materiales, haya hecho daño á los pueblos del continente y acarreado universalmente en Europa cuantas resultas desastradas se le han achacado? No hay duda en que causó trastornos de fortunas en el comercio marítimo y redundó en privaciones momentáneas para las poblaciones que no pudieron surtirse encubiertamente, ó que se abstuvieron de los productos coloniales por la subida crecidisima de los precios. Pero además de que este desquite solo era temporal y que el bloqueo, aun mal cumplido, debia surtir el efecto moral que se prometia el emperador, tambien es indisputable que la industria europea no estaba absolutamente comprometida, y que por ejemplo la Francia debió al decreto de Berlin la creacion de una nueva industria muy trascendental, cual es la fabricacion del azúcar indijena. Y aun cuando solo mediara este resultado inmenso para lo sucesivo, debiera bastar para que

las jeneraciones venideras fueran propicias á Napoleon, atendidos los padecimientos pasajeros que su sistema acarreó á la jeneracion contemporánea. « Me hallé solo en mi opinion sobre el continente, ha dicho Napoleon; tuve que acudir por donde quiera á la tropelía. Al fin empiezan á comprenderme; el árbol da ya fruto; el tiempo hará lo demás.

« Si por dicha no zozobrara, trocada quedaba la faz del comercio con el camino de la industria. Habia connaturalizado entre nosotros el azúcar y el añil; tambien hubiera conseguido lo mismo con el algodon y con otros muchos productos. Las colonias hubieran mudado de lugar, si se hubieran obstinado en no darnos cabida. »

Mientras se afanaba el emperador en Berlin por aprisionar á los motores de la guerra y se esmeraba en apear á la Inglaterra del derecho comun para acosarla con armas iguales y escarmentarla de sus repetidas violaciones del derecho de jentes, los tenientes de Napoleon seguian estrechando al enemigo y persiguiendo á diestro y siniestro las reliquias del ejército prusiano. El 28 de octubre, Murat se apoderó de Prentzlow, precisando al príncipe de Hohenlohe á capitular con su cuerpo de ejército. Al dia siguiente, el fuerte de Stettin cayó en manos del jeneral Lassalle, comandante de la derecha del gran duque de Berg, mientras que el jeneral Milhaud, que mandaba la izquierda, hacia rendir las armas á una columna de seis mil hombres.

Custrin se rindió el 2 de noviembre al mariscal Davoust, al paso que Mortier ocupaba los estados de Hese y de Hamburgo. En Fulda y en Brunswick, quitaron las armas del príncipe de Orange y las del duque. « Entrambos príncipes ya no han de reinar, dijo el vijésimo cuarto boletin; son los principales autores de esta nueva liga. »



Un triunfo señalado esperaba á los Franceses bajo los muros y en las calles de Lubeck. El 6 de noviembre, Murat, Soult y Bernadotte, con la maestría de sus maniobras y de sus movimientos combinados, se encontraron sobre aquella plaza, en la que el famoso Blucher habia venido á encerrar las ultimas esperanzas de la monarquia prusiana. Dióse el asalto, y Bernadotte se internó en la ciudad por la puerta de la Trava, mientras que Soult entraba por la de Mullen.

La resistencia habia sido porfiada. Aun se batian por las calles ; pero el 7 por la mañana, Blucher y el príncipe de Brunswick-OEls, capitaneando hasta diez jenerales prusianos, quinientos diez y ocho oficiales y mas de veinte mil hombres, se presentaron á los vencedores, pidiendo capitulacion, y desfilaron inmediatamente por delante del ejército francés.

Dentro de pocos dias las demás plazas tuvieron igual suerte. Magdeburgo abrió sus puertas el 8, y los Franceses hallaron ochocientas piezas de artillería y una guarnicion de diez y seis mil hombres. El emperador habia encaminado tambien un cuerpo de ejército sobre el Vistula, en persecucion del rey de Prusia, que huia atropelladamente con sus diez ó doce mil hombres restantes.

El 10, el mariscal Davoust entró en Posen, cuyo vecindario, mas polaco que prusiano, le recibió con entusiasmo. El 16, el trijésimo segundo boletin anunció « que despues de la toma de Magdeburgo y el reencuentro de Lubeck, la campaña contra la Prusia quedaba ya terminada. »

En aquel mismo dia se firmó una suspension de armas en Charlottenburgo

Entónces fué cuando se dedicó el emperador al decreto arriba dicho sobre el bloqueo de las Islas británicas.



La Prusia, acentellada de muerte, yace como potencia para siempre; pero su instigadora la Inglaterra permanece intacta; Napoleon quiere alcanzarla, aislarla de la Europa á la que tiene tributaria por medio de monopolios é intrigas diplomáticas. El sistema que Napoleon ha ideado se estrella con los principios de la civilizacion moderna; así lo entiende y lo manifiesta, pero acude á la ley y al derecho de la debida correspondencia.

Al pedir al senado una nueva quinta, el emperador le espresa como es forzoso providenciarla en desempeño de su sistema jeneral é imprescindible. Nuestro sumo comedimiento, tras todas las guerras siempre propicias, es la causa de cuanto ha ido sucediendo. Así hemos tenido que batallar contra una cuarta liga nueve meses despues de disuelta la primera, tras aquellas esclarecidas victorias que nos habia franqueado la Providencia y que debian afianzar el sosiego al continente.....

« Bajo este concepto hemos tomado por principios invariables de nuestra conducta no evacuar á Berlin, Varsovia ni las provincias rendidas á viva fuerza, antes que esté firmada la paz jeneral, que devuelvan las colonias españolas, holandesas y francesas, que se hayan consolidado los cimientos del poderío otomano y la independencia absoluta de este grandioso imperio, sumo interés de nuestro pueblo, ya irrevocablemente consagrado. Hemos puesto las Islas británicas en estado de bloqueo, y hemos tomado contra ellas disposiciones que repugnaban á nuestro corazon. Pero nos hemos visto precisados á prohijarlas en beneficio de nuestros aliados, oponiendo al enemigo comun las mismas armas de que se valia contra nosotros.....

« Nos hallamos en uno de aquellos momentos importantes para el destino de las naciones, y el pueblo francés se mostrará digno del que le aguarda. El senado consulto que hemos dispuesto se os presente y que pondrá á vuestra disposicion, en los primeros dias del año, la quinta del año 1807, que en circunstancias comunes no debiera efectuarse hasta el mes de setiembre, se planteará con ahinco por padres y por hijos. ¿Y en qué punto mas trascendental pudiéramos llamar á la juventud francesa? Tendrá que atravesar, para reunirse con sus banderas, las capitales de nuestros enemigos y los campos de batalla esclarecidos por las victorias de sus primojénitos. »

Abonaba tan solemne demanda la nueva venida de Rusos, á cuyo encuentro queria marchar Napoleon para empezar una nueva campaña tan pronto como la estacion lo permitiera. Salió de Berlin el 25 de noviembre y llegó á Posen el 28. Con el recio temporal, las fatigas y privaciones, habia amainado el ímpetu de la soldadesca. Despues de tanta pelea victoriosa, estando los enemigos de la Francia allende el Vístula, parecia que habia de llegar la hora de pararse, en vez de correr al encuentro de nuevos trances. El senado, por lo jeneral tan obsequioso, se habia esmerado en re-

comendar la moderacion en un parabien que el emperador habia recibido en Berlin. Pero ni senado, ni ejército, ni pueblo alcanzaban la trascendencia de la situacion, la tenacidad de la antigua Europa, ni lo imprescindible del sistema que Napoleon habia tenido que idear para imposibilitar de una vez a los implacables enemigos de la nueva Francia el fraguar mas ligas contra ella. La paz era el anhelo jeneral; el emperador lo sabia muy bien, estos eran tambien sus deseos, pero tambien sabia mejor que nadie en qué parajes le seria mas ventajosa la guerra, y bajo qué condiciones era asequible y debia apetecerse la paz. Por tanto soltando el vuelo á su intelijencia y desentendiéndose de clamores tanto remotos como cercanos que pudiera ocasionar, marchó directamente á Polonia para dar al través con los Rusos antes de asomar sobre Prusia y recojer los restos y esperanzas de sus aliados vencidos. No cabe duda en que de este modo se esponia á que le tildasen de provocador de guerras, asi como habia comprometido su popularidad con el bloqueo continental, aunque tan solo procuraba sublevar al pueblo inglés contra sus ministros pertinaces en guerrear, malquistándolos como estremados en su porfía. Pero tiempo hacia que Napoleon dijera que siendo su encumbramiento fruto de las circunstancias, reclamaba á todo trance la dictadura. Es el caso que por su naturaleza de hombre sin par y por su instituto de dictador, no podia menos de insistir á solas en su dictámen y arrojarse denodadamente tras sus intentos, aun en medio de la desaprobacion de los pueblos que Dios habia colocado bajo su diestra avasalladora, y segun la espresion de Mirabeau, «avenirse á esperar justicia del tiempo y la posteridad.»

Si el ejército se muestra propenso á hacer alto cuando el vencedor de tantas batallas conceptúa forzoso seguir adelante, ¿cabe acaso el creer que por eso abdicará su númen para obedecer á los que le corresponde mandar? No, al contrario, esto le ofrecerá ocasiones nuevas para manifestar su prepotencia irresistible, y si hay entre las tropas, no digamos asomos de malquerencia, sino meros anhelos de sosiego, va á reentonarlas con una palabra y enardecerlas mas que nunca para proseguir la guerra contra los enemigos del nombre francés.

«Cuartel jeneral de Posen, 2 de diciembre.

«Soldados, les dijo, hoy hace un año que á esta misma hora os hallabais en el campo de batalla de Austerlitz. Los rejimientos rusos huian desbaratados, ó al verse circuidos, rendian las armas á sus vencedores. Al dia siguiente sonaron voces de paz; pero eran falaces: pues no bien salidos á salvamento del naufrajio de la tercera liga, por efecto de una jenerosidad quizás reprensible, han tramado una cuarta alianza; pero el aliado en cuya tactica fundaban principalmente sus esperanzas ya no existe; sus plazas fuertes, sus capitales, sus depósitos, arsenales, doscientas y ochenta

banderas, setecientas piezas de artillería y cinco grandes plazas de guerra paran en nuestro poder. Nada ha podido deteneros un momento, ni el Oder, ni el Wartha, ni los desiertos de la Polonia, ni la intemperie; todo lo habeis arrostrado, todo lo habeis vencido; huyendo á carrera el enemigo á vuestro asomo. En vano los Rusos han intentado escudar la capital de esta antigua y esclarecida Polonia. El águila francesa domina el Vístula. El valiente y desventurado Polaco al presenciaros está viendo las lejiones de Sobieski regresando de su espedicion memorable.

»Soldados, no depondrémos las armas hasta que la paz jeneral haya consolidado el poder de nuestros aliados, restituyendo á nuestro comercio sus colonias y su seguridad. Hemos conquistado en las orillas del Elba y del Oder nuestros establecimientos de las Indias, Pondichery, el cabo de Buena-Esperanza y las colonias españolas. ¿Quién diera á los Rusos el derecho de contrarestar al destino y de trastornar tan justos intentos? ¿No somos ellos y nosotros los soldados de Austerlitz? »

Esta proclama surtió un efecto imponderable, no solo en el ejército del Vístula, sino en toda la Alemania; el mismo Bourrienne lo confiesa y atestigua. Ahora bien, si asomaron críticos por los campamentos, y si se prorumpió en tal cual devaneo de oposicion entre las adulaciones del senado, todo esto carece de entidad; Napoleon respondió con su laconismo jenial á todas las insinuaciones y rumores contrapuestos.

Antes de emprender otra campaña, el emperador quiso eternizar con un monumento los prodijios de las dos últimas guerras. A la proclama del 2 de diciembre, añadió el mismo dia un decreto, mandando entre otras disposiciones:

« Art. 1°. Se establecerá á espensas del erario y de nuestra corona, en el solar de la Magdalena, de nuestra buena ciudad de Paris, un monumento dedicado al grande ejército, ostentando en el frontispicio:

EL EMPERADOR NAPOLEON A LOS SOLDADOS DEL GRANDE EJÉRCITO.

« 2°. Se estamparán en el interior del monumento en sillares de mármol los nombres de cuantos, por cuerpo de ejército y por rejimiento, asistieron á las batallas de Ulma, Austerlitz y Jena, y en lápidas de oro macizo los de cuantos fallecieron en los campos de batalla. En lápidas de plata se grabará la recapitulacion por departamentos de los soldados que aprontó cada uno al grande ejército.

« 3°. Se esculpirán al rededor de la sala bajos relieves que representarán los coroneles de cada uno de los rejimientos del grande ejército con sus nombres, etc., etc. »

Las demás disposiciones de este decreto providenciaban el depósito,

en el interior del monumento, de los trofeos cojidos al enemigo en ambas campañas y la solemne celebracion del cumpleaños de las batallas de Austerlitz y Jena.





CAPITULO XXV.

Campaña de Polonia. Paz de Tilsitt.



L emperador permaneció en Posen hasta el 16 de diciembre. Allí recibió la diputacion de Varsovia, compuesta del gran camarlengo de Lituania, Gutakuski, y del señorío polaco.

Pero el ejército francés seguia marchando adelante. Despues de haber derrotado á los Rusos en su primer encuentro, acaecido en Lowiez, ocupado á Varsovia y conseguido la capitulacion de Torgau, atravesó el Vístula el dia 6 por Thorn, en donde el mariscal Ney encontró y disper-

so todavía algunos Prusianos. Sobresalió allí un hecho peregrino. Hallándose detenida por los hielos en medio del rio la barca que trasportaba la vanguardia francesa, los barqueros polacos acudieron á desprenderla á pesar del fuego del enemigo asestado contra ellos. Viendo los Prusianos que las balas no los detenian, enviaron por su parte otros barqueros para contrarestar el intento de los Polacos, siguiéndose una lid de hombre a hombre. Los Prusianos quedan arrojados al agua y con el auxilio heróico y fraternal los Polacos, traspuso sana y salva la vanguardia francesa la orilla derecha del Vístula.



Al cabo de algunos dias, todo el ejército se halló en aquella orilla. El 11, el mariscal Davoust derrotó un cuerpo ruso despues de pasado el Bug; pero en aquel mismo dia se firmó un tratado de paz con la Sajonia. El elector entró en la confederacion del Rin, cabiéndole el dictado de rey, lo cual era de suma trascendencia para el sistema francés, pues se hallaba asi planteado hasta las puertas mismas de Berlin.

El emperador solemnizó el 18 su entrada en Varsovia. Instáronle eficazmente para que restableciera el reino de Polonia; pero con el recelo de comprometerse, tan solo dió contestaciones que le desahogaban para lo venidero. « Soy amigo de los Polacos, decia á Rapp, me tiene prendado su denuedo, y anhelara en el alma constituirlos en nacion independiente; pero es empresa sobrado ardua. Son muchos los que han terciado en el ramillete; el Austria, la Rusia y la Prusia, y una vez encendida la mecha, quien sabe á donde iria á parar el incendio. Mi primer afan es por la Francia, y no debo sacrificarla á la Polonia; aquel empeño nos arrebataria hasta lo sumo. Y además, preciso es dar traslado al tiempo, soberano de todo; él nos franqueará el debido rumbo. »

Entretanto el jeneral Kaminski, mal hallado con tanto cejar de todos sus compañeros, se adelantó ejecutivamente contra los Franceses. Efectuó su reunion con Beningsen y Buxhowden, y conceptuándola como prenda segura de victoria, la celebró en el castillo de Sierock con fiestas é iluminaciones que los Franceses podian divisar desde lo alto de las torres de Varsovia.



El emperador salió el 23 de diciembre de la capital de la antigua Polonia, y pasando el Bug, sobre el que échó un puente en dos horas, lanzó el cuerpo de Davoust contra los Rusos, que fueron derrotados en Czarnovo, peleando casi hasta media noche. El jeneral Petit tomó los reductos del puente al resplandor de la luna, y á las dos de la madrugada el enemigo se declaró en completa derrota.

Este primer desman de Kaminski fué la señal de nuevos descalabros, padecidos en los dias 24, 25 y 26 en Nasielsk, Kursomb, Lopackzyn, Golymin y Pulstuck, á consecuencia de los cuales el ejército ruso se retiró atropelladamente tras haber perdido ochenta piezas de artillería, mil y doscientos carros y de diez á doce mil hombres. Así se realizaron las esperanzas que el jeneral ruso habia solemnizado con tanto boato y presuncion en las fiestas del castillo de Sierock.

Breslau capituló el 5 de enero de 1807. Aquella ciudad habia tenido ya sus arrabales incendiados por los sitiados, y muchas mujeres y niños habian perecido en las llamas. Habia Jerónimo Napoleon descollado en aquel desastrado acontecimiento, acudiendo con auxilios á las víctimas



del incendio. Los Franceses antepusieron el desentenderse del riguroso derecho que les franqueaban las leyes de la guerra al quebrantar las de la humanidad. Acojieron jenerosamente á los fujitivos, en vez de rechazarlos á la plaza sitiada que coronaba el incendio de sus hogares.

El emperador regresó el 2 de enero á Varsovia y recibió las autoridades de aquella ciudad, los ministros estranjeros y una diputacion del reino de Italia. Para estimular á las tropas de la confederacion del Rin, recompensó al cuerpo wurtemberguès que se habia apoderado de Glogau, remitiéndole al rey de Wurtemberg una parte de las banderas cojidas en aquella plaza y diez condecoraciones de la Lejion de Honor para que se distribuyesen á los soldados mas valientes de aquel cuerpo.

Las hostilidades vinieron á cesar por veinte dias. Pero el 25 de enero volvieron á emprenderse aventajadamente en Mohringue por Bernadotte, quien derrotó á los condes de Palhen y Gallitzin, cojiéndoles trescientos hombres, y dejando á mil y doscientos fuera de combate.

El emperador acababa de saber que habian ocurrido grandes acontecimientos en Constantinopla. Los Rusos y los Griegos habian sido arrojados; se habia ofrecido una suma crecida por la cabeza de Ipsilante, y el sultan habia declarado la guerra á la Rusia. Napoleon advirtió en esta determinacion de la Puerta, no solo el acierto de su diplomacia, sino el influjo de su carrera triunfadora por el norte. Igual éxito tuvieron sus co



natos con la Persia para promover nuevos apuros á la Rusia. Contento con esta doble llamada, dió á conocer su trascendencia en un mensaje que envió al senado, insistiendo en la precision de escudar la cabal independencia é integridad del imperio otomano como valla natural á las invasiones del poderío moscovita. « ¿ Y quién pudiera calcular, dijo, la duracion de las guerras y el número de las campañas que seria forzoso hacer algun dia para remediar las desventuras que resultarian de la pérdida del imperio de Constantinopla, si el afan de un vil reposo y los deleites de la gran ciudad predominaran á los consejos de una prevision atinada? Dejaríamos á nuestros nietos una larga herencia de guerras y de conflictos. La tiara griega, engreida y triunfante desde el Báltico al Mediterráneo, veríanse en nuestros dias las provincias atropelladas por un turbion de fanáticos y de bárbaros, y si en aquella lid harto pausada, la Europa civilizada llegase á fenecer, nuestra culpable indiferencia moveria fundadamente las quejas de la posteridad y seria un borron de oprobio en la historia. » Este mensaje contestaba tanto mas directamente que la proclama de Posen á las pacíficas insinuaciones del senado, cuanto Napoleon se hallaba en situacion de juzgarlas y de declararlas intempestivas. Es de notar además que el propio afan manifestado aquí por el emperador de los Fran-

ceses tras la conservacion cabal del poderio otomano, habia sido manifestado, en tiempo de la espedicion de Ejipto, por el caudillo del gabinete ingles, por Pitt mismo, quien, á impulsos del interés esclusivamente británico, dijo las mismas palabras que Napoleon envia á su senado por el interés europeo y el de la civilizacion universal.

Durante su residencia en Varsovia el emperador recibió la peticion siguiente:

« Señor,

« Mi fe de bautismo es del año 1690; por consiguiente tengo ahora ciento diez y siete años. Todavia me acuerdo de la batalla de Viena y de los tiempos de Juan Sobieski.

« Me estaba allá figurando que nunca mas asomarian, y aun menos soñaba en llegar á ver el siglo de Alejandro.

« Mi vejez me ha merecido las finezas de cuantos soberanos han pasado por acá, y asi aspiro á las del gran Napoleon, estando á mi edad imposibilitado de trabajar.



« Vivid, señor, tanto tiempo como yo; vuestra gloria no lo necesita, pero lo pide la dicha del jénero humano.

« NAROCKI. »

El emperador, á quien este anciano presentó él mismo su peticion, le acojió bondadosamente, concediéndole una pension de cien napoleones y mandándole pagar un año anticipado.

Las noticias de Constantinopla aumentaron el desabrimiento del emperador Alejandro, sin por eso infundirle deseos de suspender las hostilidades sobre el Vístula para abocar sus fuerzas hácia el Danubio. Lejos de esto, aprovechando la llegada de los refuerzos que habia mandado venir de la Moldavia, trató de mover á los Franceses de sus cuarteles de invierno y volver á tomar la ofensiva.

Napoleon advirtió gustoso los ánimos del czar. Mandó á Bernadotte que los estimulase, retirándose ante el ejército ruso para irlo atrayendo á las orillas del Vístula. Salió despues de Varsovia y se reunió con Murat en Villenberg, el 31 de enero por la noche.

Al dia siguiente, el ejército francés marchó en busca de los Rusos, á quienes alcanzó en Passenheim, pero cejaron luego hasta aposentarse por las cumbres de Suktdorf. Conceptuándolos Napoleon en ánimo de hacerle frente, se situó entre el Pasarge y el Alle con su guardia, la caballería y el tercero y séptimo cuerpo; encargando al mariscal Soult que tomase el puente de Bergfried para acorralar la izquierda del enemigo.

Beningsen, hecho cargo de la trascendencia de aquel paraje, habia confiado la guardia del puente de Bergfried á doce batallones aventajados; pero todo su teson desmayó ante el denuedo é ímpetu francés. El puente se tomó á paso de ataque, y los Rusos dejaron, además de cuatro piezas de artillería, crecido número de muertos y heridos en el campo de batalla.

Habia Napoleon combinado los movimientos de sus diversos cuerpos de ejército en términos de venir á descargar un golpe decisivo; pero un acaso desbarató en parte sus planes. El oficial que llevaba sus órdenes á Bernadotte cayó en poder del enemigo; y Beningsen utilizó la proporcion para evitar el lazo á que le iba conduciendo la maestría consumada del caudillo francés.

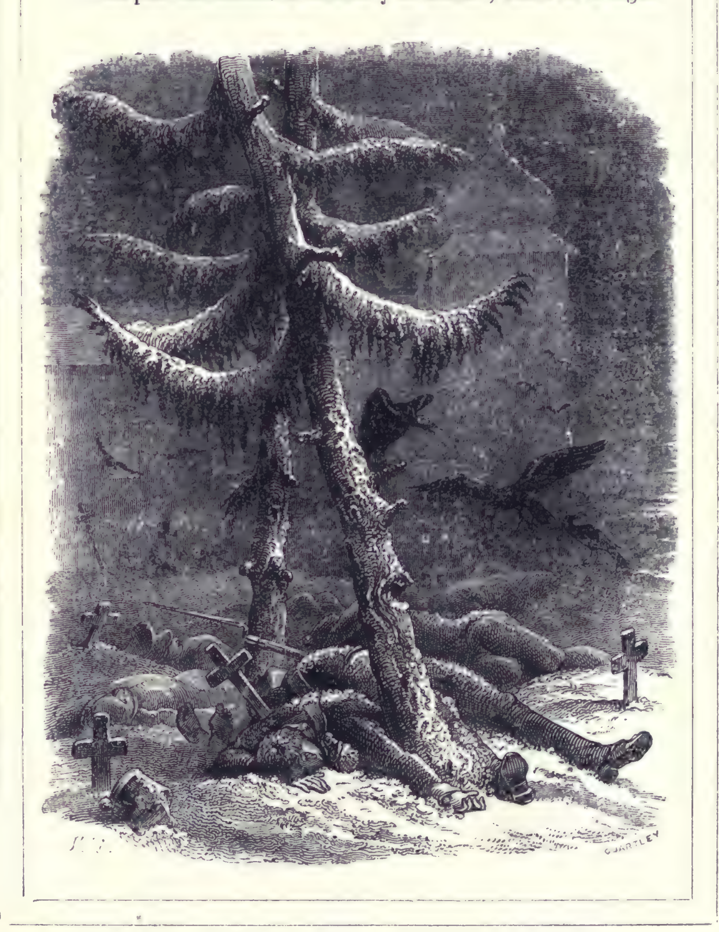
La refriega de Bergfried, ocurrida el 3 de febrero, solo fué, con las de Waterford, Dieppen, Hoff y Preussich-Eylau, que se dieron en los dias 4, 5 y 6 de febrero, preludios de una de las jornadas mas sangrientas de nuestra historia militar. La iglesia y el cementerio de Eylau, tenazmente defendidos por los Rusos, no se entraron hasta el 6 á las seis de la tarde, tras una pelea reñidísima y costosa en estremo para entrambas partes. Al amanecer del dia 7, Beningsen se arrojó al avance con estruendoso cañoneo sobre la ciudad de Eylau, y al punto se jeneralizó el trance por toda la línea. La artillería francesa causó al principio mucho daño al enemigo,

por cuanto Davoust acababa de atacarlo por la espalda, al paso que Augereau se abalanzaba á su centro, cuando una nevada densísima encapotando á entrambos ejércitos, su lóbreguez salvó á los Rusos de su total descalabro. Estravióse Augereau entre la derecha y el centro del enemigo, y para rescatarle de situacion tan azarosa, se requeria el centellazo del emperador con la pujanza de Murat en la ejecucion. La caballería, sostenida por la guardia, se revolvió al resguardo de la division de Saint Hilaire y se abalanzó de improviso al enemigo. Cuanto se empeñó en contrarestarla quedó arrollado; atravesó varias veces el ejército ruso derramando á diestro y siniestro el pavor y la mortandad. Al mismo tiempo los mariscales Davoust y Ney acudieron, desembocando uno á retaguardia, y otro por la izquierda de los Rusos. Viendo Beningsen que su retaguardia se hallaba comprometida, intentó posesionarse de nuevo, á las ocho de la noche de la aldea de Schnaditten, ansioso de afianzar un estribo para su retirada, pero los granaderos rusos, á quienes encargó esta arriesgadísima tentativa, quedaron absolutamente sobrecojidos y derrotados. Al dia siguiente el ejército ruso se retiró mas allá del Pregel, mas y mas acosado, dejando en el campo de batalla sus heridos y diez y seis piezas de artillería. Horrorosa fue la carnicería en aquella jornada. Por el quincuajésimo octavo boletin ascienden á mil novecientos muertos y á cinco mil setecientos heridos los Franceses, y los Rusos á siete mil muertos; pero algunos historiadores afirman que este número no está cabal, y que el número de los Rusos llegó á seis mil muertos y veinte mil heridos, al paso que los Franceses habian tenido tres mil hombres muertos y mil y quinientos heridos.



Como quiera, debió ser grandisima la mortandad, porque el emperador reincidió siempre en su desconsuelo acerca de este triste asunto en tres cartas que escribió á Josefina por el mes de febrero. « Ayer hubo una gran batalla, le dice. La victoria ha sido mia, pero he venido á perder mucha jente. El quebranto del enemigo, todavía mucho mas crecido, no me consuela.....

« Este pais está cubierto de muertos y de heridos, añade en la segun-



da carta; este no es el viso mas vistoso de la guerra. Se padece en estremo, y el alma está oprimida al ver tantísima víctima..... »

Cuando los enemigos de la Francia no quedaban totalmente anonadados, solian apellidarse vencedores. Era pues natural que la batalla de Eylau, en la que nos habian causado tanto mal como ellos mismos habian padecido, no les pareciese bastante decisiva para terminar la campaña y motivar proposiciones de paz. Así no pasaron ocho dias sin nuevo derramamiento de sangre. El 16 de febrero, el jeneral Essen, al frente de veinte y cinco mil hombres, se encaminó sobre Ostrolenko, en donde quedó derrotado por el quinto cuerpo del ejército francés al mando del jeneral Savary, auxiliado eficazmente por los jenerales Oudinot, Suchet y Gazan. El hijo del célebre Suwarow feneció en aquella refriega.

El mismo dia, el emperador, que se hallaba todavía en Preussisch-Eylau, publicó una proclama terminada en estos términos:

« Habiendo frustrado todos los intentos del enemigo, vamos á recaer sobre el Vistula para volver á ocupar nuestros acantonamientos. Quien fuere osado á turbar nuestro reposo se arrepentirá de su demasía; puesto que allende el Vistula, como en las márjenes del Danubio, en medio de los hielos del invierno, como al asomar la otoñada, siempre serémos los soldados franceses y ante todo del grande ejército. »

Napoleon, siempre esmerado en tributar homenajes á la memoria de los valientes, mandó que se fundiesen los cañones cojidos en Eylau para levantar una estatua al jeneral de Hautpoul, comandante de los coraceros, muerto de resultas de las heridas que habia recibido en aquella tremenda jornada.



Manifestó su satisfaccion al jeneral Savary por su desempeño en Ostrolenko y lo retuvo á su lado. El jeneral Massena obtuvo el mando del quinto cuerpo.

Tras varios reencuentros que dieron nombradía á pueblos y parajes desconocidos, tales como Peterwalde, Gustadt, Lignau, etc., pero que

ningun resultado intereresante produjeron para el éxito de la campaña, el emperador sentó sus reales, el 21 de abril, en Finkenstein, desde donde espidió un decreto sobre los teatros de Paris, dividiéndolos en dos clases.

Sin embargo, con tanto vencer y conquistar, el ejército francés se habia menoscabado, y mas teniendo que abarcar dilatadas provincias con un sinnúmero de plazas. Se hicieron imprescindibles nuevas quintas; pidiólas el emperador, y con este motivo se dijo que el anuncio de un gran triunfo era el encabezamiento de mas reclutas. Pero las potencias enemigas, á pesar de sus incesantes descalabros, insistian en sostener la campaña y rechazar la paz bajo las únicas condiciones decorosas para la Francia, y no cabia en el vencedor el malogro de tantas batallas con el sacrificio de sus intereses y su gloria; puesto que Napoleon tremolando sus banderas victoriosas en el Vistula, en Berlin y en Varsovia, seguia ofreciendo cuanto habia propuesto antes de la campaña.

« Estamos prontos á firmar un tratado con la Rusia, decia al senado, (mensaje del 20 de marzo de 1807 con fecha desde Osterode) bajo las mismas condiciones en que habia convenido su negociador y que le han obligado á rechazar los amaños y el influjo de la Inglaterra. Estamos prontos á devolver á estos ocho millones de habitantes conquistados con nuestras armas su sosiego, y al rey de Prusia su capital. Pero si tantas pruebas mil veces repetidas de moderacion nada pueden contra las ilusiones que la pasion sujiere á la Inglaterra, si aquella potencia solo puede hallar la paz en la humillacion de la Francia, no queda mas arbitrio que lamentar las desventuras de la guerra, haciendo recaer el oprobio y vituperio sobre esa nacion que da por pábulo á su monopolio la sangre del continente. »

Conceptuaba el emperador que sus propuestas pacíficas no tendrian cabida hasta quitar á los Prusianos la ciudad de Dantzick, su último recurso, y alcanzado sobre los Rusos una victoria tan señalada como la de Jena; y entrambos objetos embargaban su atencion.

Dantzick habia sido acometida en el mes de marzo; pero muchos rejimientos rusos se habian ido introduciendo por mar. El jeneral Kalkreuth



mandaba en la plaza, y el ejército sitiador estaba á las órdenes del mariscal Lefebvre. Tras varias salidas, todas infructuosas, la guarnicion se creyó por un momento á punto de quedar libre. El 15 de mayo, el jeneral Kaminski, hijo del mariscal de campo de este nombre, que habia acudido al socorro de la ciudad, atacó al ejército francés; pero el emperador, avisado con tiempo de su intento, habia enviado el mariscal Lannes y el jeneral Oudinot para reforzar al mariscal Lefebvre. Los Rusos quedaron eficazmente rechazados en la refriega de Weischelmunde. Teniendo que retroceder hasta las fortificaciones de la plaza, pasaron atropelladamente los heridos á los bajeles que les habian servido de trasportes, y los enviaron á Konigsberg á la vista de los sitiados, quienes presenciaron, de lo alto de sus murallas arruinadas, la vergonzosa fuga de sus ansiados libertadores.

Alentados los sitiadores con tan sumo logro, activaron sus faenas, y el 17 de mayo una mina voló parte del camino cubierto. El 19, á las siete de la noche, se efectuó la bajada y tránsito del foso, y el 21, el mariscal Lefebvre dió la señal de asalto, y los soldados iban ya trepando, cuando el jeneral Kalkreuth pidió capitular bajo las mismas condiciones que él mismo habia otorgado á la guarnicion de Maguncia, lo cual se le concedió.

Cifraba Napoleon tanta entidad en la toma de Dantzick, que á la primera noticia que recibió en sus reales de Finkenstein, mandó arrebatadamente que se hiciesen rogativas públicas en accion de gracias, dando al mariscal Lefebvre una prueba de satisfaccion. « No hay duda, dijo en una carta al senado, que el concepto de haber cumplido su deber, y luego los bienes acreedores al jeneral aprecio, bastan para el digno realce de un Francés pundonoroso; pero el sistema social está hermanando los distintivos patentes con la fortuna, la brillantez y el boato en todo súbdito nuestro que se distingue por su talento, sus servicios y su alma, primer don del hombre.

« El que mas nos ensalzó en la primera jornada de nuestro reinado, despues de haber desempeñado cargos en todas las circunstancias de su carrera militar, acaba de enlazar su nombre con un sitio memorable, en el que han sobresalido su maestría cabal y denuedo, haciéndole acreedor á una distincion preferente. Tambien hemos querido encumbrar una época tan esclarecida para nuestras armas, y por los oficios que os pasará nuestro primo el canciller mayor, hemos nombrado á nuestro primo, el mariscal y senador Lefebvre, duque de Dantzick. Que este dictado trasmitido á sus descendientes les recuerde las prendas de su padre, y que ellos mismos se conceptuen indignos de él, si en algun tiempo antepusiesen el ocio torpe y los devaneos de la capital á los peligros y noble polvo de los campamentos. Que ninguno de ellos termine su carrera sin haber derramado su sangre por la gloria y el timbre de nuestra preciosa Francia; que

nunca vean un privilejio en el nombre que llevan, sino obligaciones para con los pueblos y para con nosotros.»

Si el emperador no intentara mas que encumbrar á grandes por medio de dictados á los que ya lo eran por talento, servicios y prendas, nada tuviera que tachar la sana filosofía en aquel encumbramiento personal de los varones que habian merecido bien de su pais; quizá solo notaria que la distincion esplendorosa á que se les conceptuó acreedores no hacia mas que reproducir ó trovar antiguas prerogativas que la razon del siglo habia abolido de tiempo atrás, como incompatibles con el reinado de la igualdad y con las que se enlazaban inevitablemente recuerdos de engreimiento aristocrático y privilejiado. Pero Napoleon no se ciñe aquí á buscar en el blason, poco ha tan ridículo, la brillantez y sobresalencia con que ansiaba condecorar á los personajes eminentes que estaban cercando su solio, pues se afana en hacer hereditarios aquellos realces, y en hacer desaparecer los héroes de la democracia y su descendencia tras el boato y el devaneo heráldico que la democracia se jactaba de haber soterrado. Y como si él mismo reconociera la estrañeza é inconsecuencia de tamañas pretensiones, se esmera en rasguear una enmienda, anulando moralmente el beneficio del derecho de sucesion, si la posteridad del valiente ennoblecido malogra con la molicie y la haraganería de las ciudades el recuerdo del valor que habrá servido allá de estribo para su esclarecimiento. Napoleon se desentiende altamente de las consecuencias de la contradiccion eventual que plantea entre el derecho y el hecho, traspasando así á las jeneraciones venideras el afan de juzgar todavía las descendencias nobiliarias y renovar á todo trance el poderío de los linajes desmejorados. Aun requiere mas de los herederos de un gran ciudadano que fué casualmente soldado, que todos hasta el postrero derramen su sangre en las lides para conservarse dignos de su patrimonio aristocrático, cual si estuviera apuntando que en lo venidero, como en lo pasado, la carrera de las armas será la única esclarecida, y desconociendo así la gran revolucion que estamos presenciando y que deslindará la nueva sociedad de la de la edad media, sobreponiendo á los realces militares de los tiempos feudales las escelencias pacíficas del mundo intelectual é industrioso (1).

(1) Napoleon justipreció mejor las tendencias del siglo, cuando dijo, con motivo de la Lejion de Honor:

«Nuestra educacion y nuestras costumbres pasadas nos hacian mucho mas vanidosos que pensadores. Así á muchos oficiales les disonó ver la misma condecoracion que llevaban en el pecho, en el tambor, el sacerdote, el togado, el escritor y el artista. Pero esta preocupacion hubiera cesado; caminábamos á paso redoblado, y pronto los militares se dieran por favorecidos, hermanándose con los sabios y los sobresalientes en todas profesiones.»

Pero Napoleon tenia que desempeñar un instituto grandioso, el de enlazar la Europa á sabiendas ó á pesar suyo en hermandad permanente con la revolucion francesa por la fuerza de las armas. Así pues cuando encumbra á un soldado, prescindiendo del medio que tiene, está en su papel, porque el soldado es el instrumento heroico y amañado que se le ha proporcionado para desempeñar su grandiosa tarea. Y además, por mucho que lo repitamos, aun cuando plantee noblezas en recompensa de los servicios hechos á la revolucion arrolladora de blasones, semejante irregularidad no resucitará, sino que acabará de arruinar aquel añejo instituto.

Mientras el postrer arrimo de la monarquía prusiana se desplomaba con Dantzick, se habian entablado negociaciones para la paz entre los Rusos y los Franceses. Pero el gabinete inglés se empeñaba en dilatar la guerra, teniendo en poquísimo el quebranto de sus aliados, como lograse postrar y desangrar tambien á la Francia. Además el emperador Alejandro seguia aun en ademan de guerrear, pues no habia padecido ninguna de aquellas derrotas con que Napoleon solia terminar la guerra. El ejército ruso se puso en movimiento el 5 de junio y las hostilidades empezaron inmediatamente.

El puente de Spanden fué el primer punto de ataque para los Rusos. Doce rejimientos trataron de tomarlo, y siendo reciamente rechazados, re



novaron hasta siete veces sus conatos y otras tantas se vieron burlados sin arbitrio. Un solo rejimiento de dragones, el 17 del cuerpo de Bernadotte, los embistió tan esforzadamente tras su séptimo avance, que tuvieron que ceder y tocar retirada. Tampoco tuvo mejor éxito igual tentativa en el

puente de Lomitten. El jeneral ruso perdió la vida. El mariscal Soult tenia á su cargo aquella porcion de línea.

La guardia imperial rusa, sostenida por tres divisiones y mandada por el jeneral en jefe á quien acompañaba el gran duque Constantino, quedó igualmente desairada al embestir las posiciones que el mariscal Ney ocupaba en Altkirken, y en la reñida refriega del dia siguiente. Deppen causó á los Rusos mil muertos y tres mil heridos. El triunfo del ejército francés se debió, segun la relacion de oficio, «á las maniobras del mariscal Ney, y al teson que manifestó el jeneral de division Marchand.»

Durante ocho dias, los dos ejércitos trabaron encuentros parciales hasta que batallaron en pelea jeneral, encontrándose, el 14 de junio, en Friedland. A las tres de la madrugada sonó ya el cañoneo; «y este es un dia feliz, dijo Napoleon, como cumpleaños de Marengo.»

Los mariscales Lannes y Mortier entablaron el fuego, sostenidos por los dragones de Grouchy y los coraceros Nansouty. Nada decisivo resultó al pronto del encuentro de los diferentes cuerpos empeñados, y solo á las cinco de la tarde fué cuando reconociendo Napoleon la posicion de la bata-



lla, dispuso que se tomase inmediatamente la ciudad de Friedland, mandando ejecutivamente un cambio de frente, y emprendiendo el nuevo avance por el estremo de la derecha.

A las cinco y media una batería de veinte piezas dió la señal; y era el mariscal Ney que se ponia en movimiento. Al mismo tiempo el jeneral Marchand, al frente de su division, se adelantó arma al brazo contra el enemigo,encaminandose al campanario de la poblacion. Este avance arrojado, sostenido por la artillería que voleó miles de Rusos, preparó el triunfo de este dia. Sin embargo el enemigo habia emboscado su guardia imperial de á pié y á caballo, mas al ver que el cuerpo del mariscal Ney desempeñaba su intento con tanto denuedo, arrollando á diestro y siniestro miles de tropiezos, desemboca la reserva terrible sobre la izquierda del mariscal. Horroroso es el encuentro, pero acudiendo el jeneral Dupont con su division, queda decididamente la victoria por los Franceses. En vano adelantan los Rusos todas sus reservas, pues Friedland queda sojuzgada en medio de imponderable carnicería. Dejan veinte mil hombres en el campo de batalla, de ellos quince mil muertos y cinco mil heridos, contándose en este número treinta jenerales. « Mis soldados, escribió Napoleon á Josefina, han solemnizado colmadamente la batalla de Marengo; pues decantada y esclarecida para mi pueblo será la de Friedland... Es hermana dignísima de Marengo, Austerlitz y Jena. »

Llega á Konigsberg la noticia, y Rusos y Prusianos desamparan ejecutivamente la plaza, en la que entra el mariscal Soult el 16 de junio, hallando inmensas riquezas, cuantiosos abastos, mas de veinte mil heridos, municiones de toda clase y ciento sesenta mil fusiles que acababan de llegar de Inglaterra y estaban todavia embarcados. El 19, el emperador traslada su cuartel jeneral á Tilsitt.

Quedaba finalmente ejecutado el acontecimiento que el emperador Alejandro estaba al parecer aguardando para entablar muy de veras la paz; el ejército ruso habia padecido un descalabro horroroso. El 21 de junio, el czar y el rey de Prusia firmaron un armisticio con el emperador. El 22, Napoleon pregonó en su ejército la proclama siguiente:

« Soldados:

« Fuimos el 5 de junio embestidos en nuestros acantonamientos por el ejercito ruso, equivocando las causas de nuestro sosiego; y anduvo tardío en advertir que yaciamos con el sueño del leon: mas ya se arrepiente de haberlo olvidado.

« Desde las marjenes del Vistula hemos llegado á las orillas del Niemen con la velocidad del aguila. Celebrasteis en Austerlitz el cumpleaños de la coronacion; en este año habeis solemnizado el de la batalla de Marengo que puso término á la guerra de la segunda coligacion.

« Franceses, os habeis mostrado dignos de vosotros y de mi. Volvereis a Francia enramados de infinitos laureles despues de haber conseguido una paz esclarecida y duradera. »

Avistáronse los tres monarcas y acordaron las bases de aquella paz en las orillas del Niemen.

El 25, á la una de la tarde, Napoleon, acompañado de Murat, Berthier, Duroc y Caulaincourt, se trasladó en una barca al medio de este rio en don-



de habia varias balsas y se habian levantado algunas tiendas para recibir á los dos emperadores y al rey de Prusia. Al mismo tiempo Alejandro acudió á embarcarse en la orilla opuesta con el gran duque Constantino, el jeneral Beningsen, el jeneral Ouvaroff, el príncipe Labanof y el conde de Lieven.

Las dos barcas llegaron al mismo tiempo. Al poner el pié sobre la balsa, Alejandro y Napoleon se apresuraron á manifestar ante los ejércitos acampados por ambas orillas una muestra de reconciliacion: se arrojaron en brazos uno de otro y pasaron despues muchas horas juntos. Terminada la conferencia, volvió cada monarca á su bajel, regresando á sus respectivos reales.

Al dia siguiente, 26, medió segunda vista en la tienda del Niemen, asistiendo á ella el rey de Prusia. Durante muchos dias, los tres príncipes se visitaron y agasajaron mútua y repetidamente. Reemplazó al parecer repentinamente la amistad mas entrañable á los ímpetus hostiles que habian derramado tanta sangre. En una comida, Napoleon brindó á la salud de la reina de Prusia, tras de haberla tratado en sus boletines con poquísimo decoro.

Esta princesa llegó á Tilsitt el 6 de julio á las doce, y dos horas despues Napoleon fué á visitarla. Dícese que insistió en atemperar las condi



ciones de paz relativas á su corona; mas á pesar del atractivo con que la naturaleza y la educacion la habian dotado, en nada logró alterar las determinaciones ajustadas ya á su llegada. El 8, se firmó el tratado de paz, por el cual la Francia hacia reconocer el bloqueo continental, los reinos de Sajonia, Holanda y Wesfalia (este último planteado para Jerónimo á espensas de la Prusia, el Hanover y el Hese) y el gran ducado de Varsovia que entraba en la confederacion del Rin, de la que Napoleon quedaba proclamado *protector* por las grandes potencias del norte, contra las que se habia constituido principalmente aquella alianza.

Antes de marchar de Tilsitt, Napoleon mandó que le presentasen el soldado mas valiente de la guardia imperial rusa, y le dió el águila de oro de la Lejion de Honor como una prueba de su aprecio para con aquel cuerpo. Regaló su retrato á Platow, hetman de los Cosacos. Algunos has



chires, enviados por Alejandro, le dieron un concierto, segun estilo de su pais.

El 9 de julio, á las once de la mañana, Napoleon, condecorado con el gran cordon de la órden de San Andrés, pasó al palacio del emperador de Rusia á quien halló capitaneando su propia guardia y revestido con la gran



condecoracion de la Lejion de Honor. Despues de haber pasado tres horas juntos, montaron á caballo y se encaminaron á las orillas del Niemen, donde se embarcó Alejandro. Napoleon le siguió con la vista hasta la orilla opuesta en prueba de amistad. Poco despues habiendo llegado el rey de Prusia á verse con el emperador de los Franceses, este le pagó prontamente su visita y marchó en seguida para Konigsberg.



CAPITULO XXVI.

Regreso de Napoleon á Paris. Sesion del cuerpo lejislativo. Supresion del tribunado. Viaje del emperador á Italia. Ocupacion de Portugal. Vuelta de Napoleon. Cuadro de los progresos de las ciencias y artes desde 1789.



A permanencia del emperador en la antigua capital de la Prusia fué de pocos dias. Marchó el 13 de julio y llegó el 17 á Dresde, acompañado del rey de Sajonia que le habia salido al encuentro en Bautzen, al coufin de sus estados. El 27, Napoleon se hallaba de vuelta en San Cloud.

El senado, el tribunado, el cuerpo lejislativo, el tribunal de apelacion,

el clero, el ayuntamiento, en una palabra, todas las autoridades civiles y militares ó eclesiásticas tributaron á porfia sus parabienes á los piés del monarca victorioso.

El emperador quiso realzar su regreso con promociones y recompensas. Confirió la dignidad de senador a los jenerales de division Klein y de Beaumont, á los tribunos Curee y Fabre del Aude, al arzobispo de Turin y a uno de los alcaldes de Paris llamado Mr. Dupont. El principe de Benevento, Talleyrand, fué nombrado vice sumo elector; el principe de Neufchatel, Berthier, mereció el dictado de vice condestable.

El 15 de agosto, dia de su santo, el emperador echó el resto de su boato pasando á Nuestra Señora, en donde se entonó un *Te Deum* en accion de gracias por la paz de Tilsitt.

Una diputacion del reino de Italia vino á juntar su enhorabuena con las de los cuerpos preferentes del imperio, mostrándose Napoleon muy pagado. «Complacidísimo he estado durante la ultima campaña por el desempeño que han acreditado mis tropas italianas. Por la primera vez, al cabo de tantos siglos, los Italianos se han presentado bizarramente en el grandioso treatro del mundo: confio en que este principio venturoso será un estímulo de competencia para la nacion, y que las mujeres mismas orillarán allá esa caterva ociosa que pasa la vida en los tocadores, ó á lo menos que la admitirán tan solo enramada de laureles y cubierta de hidalgas cicatrices. Por lo demás espero antes del invierno ir á dar una vuelta á mis estados de Italia.»

La apertura del cuerpo lejislativo se verificó el 16 de agosto. El emperador asistió á ella, y resumiendo en una palabra toda la grandeza de la Francia, pronunció estas palabras memorables: «Me engrio sobremanera en descollar sobre vosotros.» Mas en seguida tras aquellas palabras, prorumpió Napoleon en un abono impensado de los dictados imperiales que habia ido planteando para dar pábulo á vanidades de otros siglos. Segun él, estaba ansiando el «atajar toda renovacion de títulos feudales, incompatibles con nuestras instituciones;» como si el restablecimiento de los títulos endiosados por el feudalismo pudiera conceptuarse en realidad como un obstáculo á su regreso, por cuanto no se atrevian á añadir ciertas regalías insufribles, particularmente al irlos desenterrando bajo el concepto de hereditarios, esto es, encontrados con el siglo XVIII y la revolucion francesa.

Por lo demás, la institucion de una nobleza hereditaria era consecuencia de la fundacion de una dinastía. Despues de haberse apersonado en cierto modo como restaurador de la potestad derribada, segun él decia, en la sangre y el cieno, Napoleon se dejó llevar del contraresto que encabezó a favor del órden y de la conservacion. Conceptuando ceñirse á los límites de la racionalidad, se desentiende hasta lo sumo de sus dictamenes, así

como se lisonjea de no encumbrar mas aristocracia que la del mérito cuando plantea grandezas de nacimiento y se empeña en habilitar al intento su nuevo imperio, apoyándolo cabalmente sobre los andamios carcomidos que se estrellaron violentamente medio siglo atrás bajo el peso de la monarquía de Carlomagno.

En su discurso de apertura, el emperador habia participado tambien algunas modificaciones en las leyes constitucionales. Podia asegurarse de antemano que el resultado de tanto cavilar seria el ir dilatando su dictadura y que trataba de debilitar, y aun destruir cuanto aparentaba un lejos de representacion, fuera del absolutismo real y positivo que cifraba en su misma persona. El tribunado quedó suprimido, á pesar de lo muy celoso que se habia mostrado en estar encabezando propuestas monárquicas; su nombre solo hubiera bastado para acarrearle desventuras. Un instituto, cuyo orijen y denominacion estaban de continuo recordando el sistema republicano, mal podia tolerarse por mas tiempo al par de los duques y príncipes que la munificencia imperial iba resucitando encantadoramente en torno de su solio en la persona de los mas decantados detractores y de los mas temibles enemigos del antiguo blason. Por lo demás, los tribunos mostraron una resignacion ejemplar; pues mas palaciegos que nunca, dieron gracias y bendijeron la mano que los malheria, aparentando abonar al emperador, probando ante la Francia que la supresion de su cuerpo en nada podia desmoronar las libertades nacionales, quedando tan solo una mentira menos en la constitucion del estado.

El emperador hizo tambien algunas variaciones en la organizacion del cuerpo lejislativo y en la forma de sus deliberaciones. Exijióse que los miembros de aquel cuerpo tuvieran cuarenta años, y su vida política quedó concentrada en tres comisiones que debian conferenciar con las comisiones del consejo de estado sobre tal cual proyecto de ley cuya iniciativa se reservaba esclusivamente el gobierno. En esta sesion quedó votado el código de comercio.

Continuaba la guerra en el norte entre la Francia y la Suecia. El 19 de agosto, los Franceses tomaron la ciudad de Estralsundo, y habiendo capitulado la isla de Rugen el 3 de setiembre siguiente, se redondeó la conquista de la Pomerania sueca. Mas no por esto quiso el rey de Suecia separarse de la alianza inglesa.

Con sumo disgusto estaba viendo Napoleon el Báltico abierto al comercio británico y la corte de Estocolmo obstinadamente rebelde al bloqueo continental. Pero habia otro reino cuyas constantes relaciones con la Inglaterra contrarestaban mucho mas el sistema francés; y este era el de Portugal. La casa de Braganza, unida ya por intereses comerciales, ya por afinidades políticas, se avino á cuantas demandas le imponia el gabinete inglés, y no hizo el menor caso del decreto de Berlin, aun al declararse de

oficio en estado de hostilidad respecto á la Gran Bretaña para engañar mejor á Napoleon. Esta infidelidad con la alianza francesa fue denunciada ante la Europa por el emperador, quien envió un ejército á Portugal á las órdenes de Junot, despues de haber tratado con la corte de Madrid para el paso de las tropas imperiales por España.

Mientras que Junot se encaminaba al Tajo, Napoleon trataba de visitar otra vez las orillas del Po y del Adriático. Antes de su marcha recibió en solemne audiencia al embajador de Persia, que habia llegado á Paris trayendo magníficos presentes para el emperador, á los piés del cual depositó, entre otras preciosidades, los sables de Tamerland y de Thamas Kouli-kan.



Napoleon salió de Paris el 16 de noviembre (1807), y llegó á Milan el 21. Pocos dias despues, la guardia imperial, enramada con los laureles de Austerlitz, Jena y Friedland, verificó su entrada triunfadora en la capital. Su llegada fué la señal de grandiosos regocijos. Las autoridades parisienses quisieron solemnizarla en la casa del ayuntamiento, y el senado en su propio palacio.

El emperador se detuvo pocos dias en Milan, pues ansiaba el darse á conocer á los nuevos súbditos que le habian cabido en el tratado de Presburgo. Llegó á Venecia el 29 de noviembre, el mismo dia en que Junot, despues de haber cruzado la España, se apoderaba de Abrantes, primera ciudad de Portugal. Al dia siguiente, el ejército francés desembocó en Lis-

boa, desamparada por la familia real, á presencia del vecindario despavorido, para embarcarse en la escuadra inglesa y retirarse al Brasil.

Despues de haber recorrido los estados venecianos y la Lombardía, y haberse avistado en Mantua con su hermano Luciano, cuya hija ideaba casar con el príncipe de Asturias, volvió Napoleon á la capital de su reino de Italia. Allí publicó varias cédulas que conferian el dictado de príncipe de Venecia al virey Eujenio Beauharnais, y el de princesa de Bolonia á su hija Josefina; Menzi, ex-presidente de la república Cisalpina, quedó nombrado duque de Lodi. Despues que Napoleon dió lectura en estas actas al cuerpo lejislativo italiano, tomó él mismo la palabra y se espresó así:

«Señores los *possidenti*, *dotti* y *commercianti*, me complazco en veros junto á mí solo. De regreso despues de tres años de ausencia, me embeleso con los adelantos de mis pueblos; pero ¡cuántos cabos quedan por atar todavía para enmendar los yerros de nuestros mayores y constituiros dignos de los destinos que os estoy disponiendo!

«Las divisiones intestinas de nuestros antepasados y su menguado egoismo fueron acarreando el malogro de todos nuestros derechos. La patria quedó desheredada de su solar y señorío, la misma que en siglos remotos habia traspuesto tan á lo lejos el timbre de sus armas y el esplendor de sus prendas. Mi nombradía se cifra en que se reconquisten aquel esplendor y aquellas prendas.»

Estas palabras se oyeron y vitorearon con sumo alborozo por los diputados italianos, cuya division en hacendados, sabios é industriosos correspondia mejor, digámoslo así, que la organizacion del cuerpo lejislativo francés á los varios jaeces de intereses y de capacidades, cuyo predominio en la sociedad podia sincerar ó aun precisar á la representacion en la política. Pero esta diferencia en el mecanismo constitucional de dos pueblos subordinados á un mismo dominio, sujetos bajo el mismo cetro, se alcanza con la particularidad de que en el suelo de Italia, Napoleon, hijo de la revolucion, habia arrancado la potestad al réjimen antiguo, al paso que en Francia habia destronado á otros revolucionarios. Con efecto, en Milan, Bolonia y Venecia, como en el resto de la Europa, sus enemigos naturales eran la aristocracia y el clero, sobre cuya postracion habia fundado el poderío francés; los patriotas salidos de las clases intermedias eruditas y laboriosas eran sus arrimos forzosos. Al contrario en Paris se acordaba siempre de que habia conquistado el solio en San Cloud á los republicanos y á los alumnos de la filosofía moderna. Propendia siempre por tanto á conceptuar por sospechosos y tratar de cavilosos á los sujetos formales que hablaban de libertad en sus escritos y se afanaban en especulaciones políticas; de ahí el destierro de madama de Stael, la desgracia de Benjamin-Constant, el menosprecio de Tracy, Volney, Cabanis, etc., y finalmente la supresion del tribunado y de una clase muy principal del

Instituto. Los *dotti* del reino de Italia no eran mas que metafisicos de aquella parte de los montes; tan cierto es que habia dos hombres ó mas bien dos papeles en Napoleon, segun se hallaba en presencia de estranjeros, ó delante de la Francia. Reformador en la organizacion de los paises conquistados, se trocaba en conservador cuando se trataba de la administracion intima del imperio; en variando de paraje acá ó acullá de la raya ó del interior, incurria en esta contradiccion; con cuyo motivo ha dicho Mr. de Chateaubriand que «tan pronto daba un paso con el siglo como cejaba hácia lo pasado.»

Desde la paz de Tilsitt, la Inglaterra, á quien el emperador Alejandro habia tratado infructuosamente de reconciliar con la Francia, no habia hecho mas que poner mayor ahinco y encarnizamiento en sus resoluciones guerreras. Enfurecida con la incorporacion formal de las potencias principales del norte al bloqueo continental, habia rechazado tenazmente la intervencion del czar y enviado veinte y siete bajeles y veinte mil hombres al Báltico á las órdenes de lord Cathcart para precisar al rey de Dinamarca á que entregase su escuadra en clase de depósito. No pudo menos aquel príncipe de rechazar tamaña solicitud, pero el almirante inglés habia respondido á su noble resistencia bombardeando á Copenhague, á lo cual se siguió la capitulacion inmediata de aquella capital y el allanamiento de la escuadra dinamarquesa. Al saber tan horrorosa violacion del de-



recho de jentes, que los Ingleses andaban repitiendo por todas partes y bajo todas formas contra la neutralidad desvalida, Napoleon determinó completar el sistema de represalias entablado despues de la batalla de Jena; y el decreto de Milan dió al de Berlin toda la estension estremada que las circunstancias estaban al parecer exijiendo. En él declaró el emperador « desnacionalizado » todo buque que se allanase á la providencia violenta por la cual el rey de Inglaterra acababa de poner todos los puertos de la Francia y de sus aliados en estado de bloqueo, y dispuesto el rejistro en el mar de todos los bajeles europeos encontrados por los cruceros británicos.

Nuevas combinaciones territoriales llamaron tambien la atencion del emperador durante su residencia en Italia. La Toscana y las legaciones estaban destinadas á formar parte del imperio francés. Despues de tenerlo todo dispuesto para esta reunion, tomó el camino de Francia, y al atravesar los Alpes se detuvo en Chambery. Allí le aguardaba un jóven para pedirle que suspendiese el destierro de su madre; este mozo era M. de Stael. Napoleon le franqueó acojida graciable, pero se mostró muy adusto con la hija de Necker y con Necker mismo. « Vuestra madre, le dijo, debe alegrarse de estar en Viena; tendrá tiempo para aprender el aleman..... No digo que sea una mujer mal intencionada..... Tiene injenio, quizá de sobras; pero es un talento desbocado. Educóse en el laberinto de la monarquía ruinosa ya y la revolucion, y con aquel conjunto revuelto puede ser perjudicial. Aquella cabeza acalorada puede hacer jente, y no puedo menos de cortarle los vuelos. No me quiere bien, y por interés de los que iria comprometiendo, debo no dejarla volver á Paris..... Tremolaria su bandera en el arrabal de San Jerman.... Prorumpiria en chanzonetas, que si para ella no son de entidad, para mí la tienen y grandísima. No es mi gobierno de burlas, sino al contrario muy de veras; forzoso es que así conste, y haréis bien en decírselo á todos. » El mozo Stael afianzó los intentos de su madre como ajenos de causar la menor zozobra al gobierno imperial, ciñéndose á unos cuantos amigos cuya lista se pasaria á la aprobacion del emperador; y luego añadió: « Algunos me han dicho que vuestro destemple contra mi madre provenia de la última obra de mi abuelo; empero puedo jurar á V. M. que ninguna parte tuvo en ella. — Así es positivamente, replicó el emperador, esa obra ha contribuido en gran parte á este resultado. Vuestro abuelo era un cavilador, un loco, un viejo maniático. Querer á los sesenta años derribar mi constitucion y fraguar planes para otra nueva; á fe mia, bien gobernados estarian los estados con jente sistemática, que conceptúan á los hombres por sus libros, el mundo sobre los mapas..... Los economistas son unos almanaqueros, unos soñadores de planes sobre hacienda; no alcanzaran á desempeñar el cargo de un cobrador en la menor aldehuela de mi imperio. La obra de vuestro abuelo es parto de un anciano caprichudo que ha muerto machacando sobre el go-

bierno de los estados.» A estas palabras, el nieto de Necker se inmutó, é interrumpiendo al emperador, le dijo «que sin duda algun mal intencionado le habia enterado siniestramente de aquella obra, y que no la habria leido por sí mismo, porque su abuelo hacia justicia al númen de Napoleon. — En eso estais equivocado, le dijo resueltamente el emperador; yo mismo la he leido de la cruz á la fecha..... Sí; bonita justicia me hace; me llama el hombre preciso, y segun él, lo primero que debiera hacerse fuera quitar de enmedio al varon imprescindible. Sí, yo era preciso, indispensable, para ir enmendando todos los disparates de vuestro abuelo, para borrar el daño que causó á la Francia..... El fué el causador de la revolucion..... Acabóse para siempre el reinado de los enredadores, quiero subordinacion. Respetad la autoridad, por cuanto proviene de Dios..... Sois mozo; si tuvieseis mi esperiencia, os enterariais mejor de todo. Vuestra lisura me ha prendado, lejos de disonarme: me gusta que un hijo abogue por su madre.... A pesar de esto no quiero esperanzaros engañosamente, y no me cabe encubriros que nada conseguiréis.» M. de Stael se retiró, y el emperador prorumpió despues con Duroc: «¿Me parece que he estado algo adusto con ese joven?.... Conceptúo que sí. Pero al cabo me alegro, pues otros, sabiéndolo, no volverán. Esas jentes andan tiznando cuanto practico, porque no me comprenden.»

Napoleon llegó á Paris el 1°. de enero de 1808, y tres dias despues visitó, acompañado de la emperatriz Josefina, al célebre pintor David en su obrador, para ver el cuadro de la coronacion.



En el discurso del mismo mes, dió estatutos definitivos al banco de Francia é incorporó Flesinga y sus dependencias con el imperio. Aun no estaba zanjado el negocio de Portugal, pues aunque estaba ya absolutamente sojuzgado por las armas francesas, sin embargo Napoleon no quiso precipitarse. Se contentó con organizar un gobierno provisional, á cuyo frente colocó á Junot, con el dictado de gobernador jeneral, por medio de un decreto del 1°. de febrero. Al dia siguiente, confirió igual título á su cuñado el príncipe Borghese para los departamentos situados á la otra parte de los Alpes.

El instituto nacional desempeñó por entónces un encargo muy trascendental que le habia cometido el emperador en uno de aquellos momentos en que el númen del hombre, exento de las pasiones del monarca, se preocupaba todo con los intereses jenerales de la civilizacion. Cada una de las tres clases de este ilustre cuerpo presentó un informe sobre los adelantos hechos en la parte de los conocimientos humanos que le competia. El



cuadro histórico contenido en el conjunto de estos informes fué abarcando las ciencias, las artes y las letras desde el año de 1789. Chenier fué el que informó por la clase que representaba la antigua Academia francesa; Delambre y Cuvier espusieron los progresos de las ciencias físicas y matemáticas; Dacier habló en nombre de aquella parte del Instituto que forma hoy dia la Academia de las inscripciones y buenas letras, y Lebreton presentó el informe de la clase de nobles artes. Las tareas del Instituto se conservarán como un monumento de la grandiosidad del pueblo que, en medio de las tormentas de la guerra civil y de las incesantes zozobras de la guerra estranjera, habia cultivado con fruto el dominio del injenio y se habia encumbrado en la triple carrera del erudito, del literato y del artista, cuando la Europa y el mundo lo creian esclusivamente guerrero. Tambien será una contestacion elocuente á los detractores de la revolucion, y por consiguiente un descargo indirecto de cuantos contribuyeron como Necker, tan ajado por el emperador, con sus teorías económicas y sus planes de hacienda á la esplosion de aquella gran crisis; pues por mas que haya dicho Napoleon, los metafísicos han desempeñado su tarea tan bien como los conquistadores; unos y otros han podido estraviarse al fin, tras haber sido por un momento los hombres de su siglo. La sociedad renueva en su rumbo arrebatado sus guias, mas no debe menospreciar á cuantos deje detrás, porque no les fué dado poderla seguir siempre. Necker, ridículo en 1808 para los ojos de Napoleon, que representaba la Francia de entónces, habia sido llevado en triunfo por la Francia de 1789.



CAPITULO XXVII

Negocios de España



Desde algun tiempo la revolucion francesa tenia ya arrollado el norte de Europa; pero el mediodía estaba mas bien sojuzgado que convertido. El desagrado violento que habia ido causando á su oríjen en todas las cortes, si bien se habia sofocado por la fuerza de las armas, quedaba allá abrigado recónditamente en los pechos; y así en Madrid como en Lisboa y Viena, Berlin y Petersburgo, el filosofismo era un vecino fatigoso, y sobretodo debia serlo para

el santo oficio de la inquisicion. Constábale así á Napoleon. Sabia que el gabinete español, lo mismo que el de Austria, estaba pronto á declararse aliado de la Prusia, Rusia é Inglaterra, cuando la batalla de Jena dejó la coligacion desahuciada. Una proclama del príncipe de la Paz (el célebre Godoy) habia descubierto las segundas intenciones ideadas en el Escorial. Aquel manifiesto atropellado perdió al gobierno de Carlos IV; fuele forzoso condescender con todas las urjencias de Napoleon para que se le disimulasen las disposiciones hostiles que habia dado campo para que se le maliciaran. De aquí resultó el envío de un cuerpo auxiliar á Alemania á las órdenes de la Romana, y el tránsito tan torpemente concedido á las tropas francesas para la conquista de Portugal. Formáronse en toda la línea de los Pirineos cuerpos de observacion con diferentes nombres y con aparente destino de reformar y sostener la espedicion lusitana. El emperador no solo queria castigar los antojos y el lenguaje provocador de 1806, sino que trataba de escudarse para lo venidero de cualquier ademan ofensivo por parte de las potencias meridionales, en el caso de nuevos desabrimientos con las monarquías del norte. Preocupado todo con el cumplimiento riguroso de los decretos de Berlin y de Milan, su severidad en este punto se clavaba con especialidad en los paises marítimos, en tales como entrambas penínsulas. Ya estaban ajustadas sus medidas en Nápoles y en Lisboa, y muy adelantadas en Roma, como verémos mas adelante, pero importaba principalmente doblegar al sistema francés la España, bañada por dos mares, gobernada por un Borbon, y luego sobrecojida de provocadora contra la Francia. Acordóse pues la ocupacion militar de las provincias y plazas septentrionales de aquel reino.

Los cuerpos de observacion de la Jironda y de los Pirineos recibieron órden para marchar adelante. El mariscal Moncey entró en las provincias vascongadas, Dupont se acuarteló en Valladolid, y Duhesme se internó en Cataluña. Habia en la Península sobre setenta mil Franceses sin contar el cuerpo de Junot, y estas tropas quedaron admitidas en las plazas fuertes sin ninguna oposicion.

Si el emperador no apeteciera mas que un resguardo positivo para la fidelidad de la corte de Madrid á la alianza francesa, quizá le hubiera bastado la ocupacion de estos puntos predominantes. Pero la situacion interior de España y los acaecimientos palaciegos ocurridos en el Escorial alteraron su plan primitivo y ofrecieron á su ambicion y á su inventiva la coyuntura de incorporar la nacion española con el pueblo francés, no solo por medio de una invasion permanente, sino con una revolucion.

La monarquía de Carlos IV se hallaba á la sazon avasallada por uno de aquellos entes que Dios suele colocar en el timon de los estados cuyo vuelco permite para su rejeneracion, y la familia real yacia tambien exhausta y menoscabada. La sangre de Luis XIV se mancillaba á la faz del

mundo; el descoco de un privado y la desfachatez del vicio merecian los rendimientos de la arrogancia castellana; se habia encumbrado á lo sumo el desenfreno de la potestad, inevitable precursor de su esterminio; el querido de la reina era el privado del rey y el tirano de España; Godoy avasallaba, envilecia y anonadaba un augusto linaje cuyo destino estaba ya cumplido. « Su privanza, dice un escritor adicto á los Borbones, no tenia coto con la familia real, su poderío era el de un dueño absoluto; los tesoros de América estaban á su disposicion y los empleaba en indecorosos devaneos; en una palabra, habia trasformado la corte de Madrid en una mancebía de aquellas á donde la musa indignada de Juvenal condujo á la madre de Británico.

Estaba en suma retratando al vivo la fealdad rematada del siglo. La proteccion divina se habia desentendido del reino de Pelayo, como habia tambien desamparado poco antes el trono de Clodoveo. Cupo tambien á la España su temporada de nuestra rejencia. El cieno encubria las muestras del santo oleo sobre frentes abrumadas con el peso de una corona enmohecida y afrentada. Mas no era tan solo el trono el que yacia con los achaques de la exánime decrepitud. Aquella pujanza de la edad media se hallaba yerta en todas las partes del cuerpo social. La nobleza y el clero, arrimos naturales y auxiliares de la potestad real en los dias de su esplendor, adolecian al par de las dolencias de la ancianidad. Tambien habia llegado á la otra parte de los Pirineos la hora postrera del antiguo réjimen; Napoleon se conceptuó llamado á dar la señal y á tocar el tremendo clamoreo de sus funerales.

Al principio solo habia tratado, repetimos, de escudarse militarmente con la fidelidad de un aliado sospechoso; pero cuando vió que la familia real se estrellaba con el escándalo y la discordia, cuando vió al pueblo azorado con las revoluciones de palacio, á Cárlos IV y á Fernando implorando á sus piés uno contra otro la proteccion de la Francia, al rey y la reina denunciando á su hijo; y al hijo desacatando á entrambos, comprendió cuanto mas podia hacer en España que ocupar plazas fuertes, y que habia llegado el trance de mudar la traza lastimosa de aquel precioso y ameno pais, juntándolo estrechamente con su imperio, entronizando en Madrid las máximas francesas, ora bajo el nombre de Cárlos IV, ora bajo el de Fernando ó de cualquiera otro pretendiente que le cuadrase elejir. Con este objeto dirijió al mariscal Bessieres con veinte y cinco mil hombres á las provincias vascongadas para reforzar á Moncey y Dupont, y dió el mando en jefe de la espedicion á Murat, quien trasladó su cuartel jeneral á Búrgos á principios del mes de marzo.

Luego que se supo en Madrid la aproximacion de los Franceses, el pueblo clamó traicion, y la corte huyó á Aranjuez. Godoy, que se habia lisonjeado por un momento de haber engañado á Napoleon y haberle in-

teresado por él, vino á conocer su devaneo y aconsejó cobardemente á Carlos IV que imitase la casa de Braganza y se retirase á la América española. El rey, que no sabia mas que obedecer á su privado, consintió en salir inmediatamente para Sevilla, pero los preparativos de marcha lastimaron el engreimiento castellano. Las sospechas de alevosía que andaban cundiendo sobre el príncipe de la Paz se corroboraron y enardecieron; el 19 de marzo estalló la saña nacional. La casa del privado quedó allana-



da, y solo pudo escapar á una muerte cierta salvándose en un desvan. Entonces Carlos IV, que habia procurado aplacar al pueblo anunciándole que el príncipe de la Paz consentia en hacer dimision de todos sus empleos, tuvo que deponer la dignidad real. Publicó una acta solemne de renuncia á favor del príncipe de Asturias, el cual tomó al punto el nombre de Fernando VII, y empezó su reinado confiscando los bienes de Godoy, á quien habian encarcelado para procesarle.

Apenas llegó á Búrgos la noticia de estos acontecimientos, cuando Murat marchó atropelladamente sobre Madrid, en donde entró el 23 de marzo al frente de seis mil hombres de la guardia y de los cuerpos de Dupont y de Moncey, asombrando al vecindario, que no por esto se mostraba despavorido.

Al dia siguiente, Fernando VII marchó de Aranjuez para celebrar tambien su entrada en la capital de las Españas. El mudo silencio con que habian sido recibidos el dia antes los Franceses se trocó en entusiasmo á la aproximacion del nuevo rey. Toda la poblacion le salió al encuentro, ansiosa de aclamar al príncipe que la libraba del yugo afrentoso de Godoy.



El cuerpo diplomático sancionó con un paso oficial los sucesos de Aranjuez, no teniendo escrúpulo en reconocer al rey nuevo. Solo el embajador de Francia evitó su avenencia, mancomunado con Murat. Sin embargo el jeneralísimo francés envió un mensaje á Cárlos IV, asegurándole su resguardo y ofreciéndole su auxilio. El monarca anciano solo pensó al pronto en salvar y recobrar á su predilecto. «Su única culpa, decia, es haberme sido muy adicto durante toda mi vida; la muerte de mi desgraciado amigo ocasionaria la mia.» Y Godoy fué puesto en libertad por los amaños de la reina y sus regalos á Murat.

Cárlos IV protestó despues contra la abdicacion que le habia arrebatado la supuesta insurreccion; denunció al emperador la violencia que ha-

bia padecido en una carta que entregó á Murat para que se la remitiese. Por su parte, el príncipe de Asturias escribió tambien á Napoleon temiendo su poderosa intervencion á favor del padre, queriendo sincerar los acontecimientos que le habian colocado con anticipacion en el trono y poner su autoridad asomante bajo el resguardo de la alianza francesa. Comprendió Napoleon, al recibo de estas dos cartas, que los supuestos dueños de la monarquía española la postraban ante sus plantas, incapaces ambos de sobrellevar la carga; pero le infundia zozobra y teníale aun suspenso el teson del pueblo español. «No creais, le escribia á Murat en 29 de marzo, que baste presentar tropas para sojuzgar la España. La revolucion del 20 de marzo prueba que hay pujanza en los Españoles. La aristocracia y el clero son dueños de la España. Si caducan sus privilejios y su existencia, harán contra nosotros levantamientos en globo. La España tiene mas de cien mil hombres armados, y esto es mas de lo que se necesita para sostener con ventaja una guerra interior. Divididos en muchos puntos, pueden servir de arrimo al levantamiento total de la monarquía..... Os manifiesto el cúmulo de obstáculos que son inevitables, otros hay que vos mismo conocereis. La Inglaterra no malograrà esta coyuntura de redoblar nuestros apuros..... Como la familia real no se ha marchado de España para ir á residir en las Indias, solo una revolucion puede cambiar el estado de ese pais. Acaso en toda Europa es el que está menos dispuesto para el intento..... Puedo hacer mucho bien á la España con creces de mi imperio. ¿Pero cuales son los mejores medios que hay que tomar?....

«¿Iré á Madrid?.... Me parece arduo el reentronizar á Carlos IV: su gobierno y su privado yacen tan desconceptuados que apenas se sostendrian tres meses.

«Fernando es enemigo de la Francia, y por eso le han nombrado rey. Colocarle en el trono será favorecer á los bandos que hace veinte y cinco años están pidiendo el esterminio de la Francia..... Creo que es forzoso dar tregua y que conviene aconsejarse con los acontecimientos que han de sobrevenir..... He dado órden á Savary para que vaya á la inmediacion del nuevo rey y se entere de lo que pasa. Se entenderá con vuestra alteza imperial..... Haréis de modo que los Españoles no alcancen á maliciar el partido que tomaré, lo cual no será difícil, pues yo mismo no lo sé..... Les diréis que el emperador está deseando que se perfeccionen las instituciones políticas en España, para relacionarla con el estado de civilizacion de la Europa..... que la España tiene que renovar la máquina de su gobierno y que necesita leyes que escuden á los ciudadanos de las arbitrariedades y las usurpaciones del feudalismo, instituciones que fomenten la industria, la agricultura y las artes. Les retratareis el sumo sosiego y bienestar que está gozando la Francia á pesar de las guerras en que se

halla empeñada; el esplendor de la relijion, que debe su establecimiento al concordato firmado con el papa. Les demostraréis las ventajas que les redundarán de una rejeneracion política: el órden y la paz en el interior, el aprecio y el poderío por de fuera. Tal debe ser el tema de vuestros discursos y de vuestros escritos..... No deis paso alguno aventurado. Puedo aguardar en Bayona y pasar los Pirineos..... Ya cuidaré de vuestros intereses particulares, no penseis en ellos... Os estais ahí atropellando en demasía con vuestras instrucciones del 14..... Si se encendiera la guerra, todo se perderia. A la política y á las negociaciones toca zanjar la suerte de España.»

Antes de acordar una resolucion, Napoleon quiso ver de cerca el estado de los negocios y convencerse por sí mismo de las urjencias y posibilidades de la situacion. Habiendo salido de Paris el 2 de abril, llegó el 4 á Burdeos, donde permaneció aguardando á Josefina, que se le juntó el 10. Marcharon al par á Bayona y celebraron su entrada el dia 15. El castillo de Marrac, destinado para presenciar un acontecimiento político de mayor cuantía en nuestro tiempo, fué por algunos meses la residencia imperial.

Al dia siguiente de su llegada á Bayona, el emperador se esmeró en contestar al príncipe de Asturias. Suspendiendo su concepto sobre el mérito y valor de la renuncia de Cárlos IV, no le dió al hijo mas que el dictado de real alteza, hablóle del peligro, para los príncipes, en avezar á los pueblos á tomarse la justicia por sí mismos y le apuntó el suicidio político que cometeria y la vergüenza que recaeria sobre su propia cara, si se dejaba llevar del afan de procesar al privado, mancillando escandalosamente á su madre. Al fin de su carta, el emperador espresaba en dos palabras el ansia de un avistamiento. Necesitaba estudiar directamente á los personajes para tomar una determinacion. Si se hubiese realizado la fuga á Méjico, se hubiera simplificado la cuestion, la posicion fuera menos crítica y la rejeneracion de España mas obvia. Pero no mediando aquella ida, y triunfando la resistencia, quedaban dos reyes en vez de uno, y se hacia forzoso deslindar su paradero. El partido que debia tomarse sobre los negocios dependia mucho del que se tomase respecto á las personas sobre las cuales Napoleon no queria sentenciar hasta despues de tenerlas estudiadas con su mirada agudísima y su perspicacia sin igual.

El príncipe de Asturias titubeó al pronto en acceder á los deseos de Napoleon. Sin embargo, mientras que algunos consejeros maliciaban un lazo en el avistamiento propuesto, otros le abultaban la trascendencia de anticiparse al padre para con el emperador y de granjearse su voluntad, por cuanto las primeras impresiones se borran siempre á duras penas. Fernando cedió á este último consejo. Salió de Madrid con gran sentimiento del pueblo español, y se encaminó con mortal incertidumbre y zozobra hácia las fronteras de Francia. A su llegada á Vitoria, quiso aguardar al em-

perador, pero este no llegaba, y las mismas consideraciones que habian conducido al jóven príncipe hasta Alava, le arrebataron á Bayona. Presentóse el 20 de abril, acompañado de su hermano Don Cárlos, en el castillo de Marrac, en donde se hallaba Napoleon. Cárlos IV siguió de cerca al príncipe de Asturias. No queriendo dejarle el campo libre en Bayona, acudió con la reina y el privado para escudarse con el emperador. Entónces el guerrero entronizado, el elejido del pueblo, el hijo de la revolucion francesa, vió ante sí de rodillas á los descendientes de San Luis, los herederos de Pelayo, los depositarios de la espada del Cid, poniendo á su discrecion el destino de aquella antigua y grandiosa monarquía, cuya posesion hacia prorumpir con tanto orgullo á Felipe II, « que el sol no se ponia nunca en sus dominios. » ¡Qué leccion para la añeja Europa en este cuadro! En frente de aquellos encumbrados Pirineos que un Borbon habia tratado en vano de allanar por medio de enlaces regios, la edad media, dejenerada, cubierta de oprobio y toda desvalida, se encenagaba allí lastimosamente, mendigando, ante el público horrorizado, á la puerta del castillo de Marrac, algunas horas de existencia ó deponer antes de morir los arreos de su grandeza pasada, su boato ajado y sus timbres empañados á los piés del majestuoso representante de la gloria y de la grandeza de la era moderna.

El príncipe de Asturias hubiera deseado una reconciliacion con su padre para entenderse y evitar la intervencion del temible medianero que habian elejido. Con este intento quiso seguir un dia á Cárlos IV á su aposento; pero el anciano monarca le dijo con ímpetu : « Deteneos, príncipe; ¿no habeis ultrajado bastante mis canas? » y le rechazó. Al dia siguiente le echó en cara su conducta en términos mordaces en una carta cuyo contenido supo Napoleon y que terminaba así aludiendo al tumulto de Aranjuez : « Debe hacerse todo para el pueblo y nada por él. Olvidar esta máxima es hacerse reo de todos los crímenes que provienen de este olvido. »

Sin embargo, Napoleon habia conocido y justipreciado en pocos dias á los dos personajes que intentaba penetrar. Desde el primer asomo, Cárlos IV y su hijo estaban sentenciados irrevocablemente. « Cuando los vi á mis piés, dijo despues Napoleon, y pude enterarme por mí mismo de toda su incapacidad, me compadecí de la suerte de un gran pueblo; avaloré la coyuntura que me ofrecia la fortuna de rejenerar la España, arrebatarla á la Inglaterra y enlazarla íntimamente con el conjunto nuestro, pues en mi concepto era sentar sobre cimientos duraderos el sosiego y la seguridad de la Europa. Pero ajeno de valerme de vilezas y dobleces indecorosas, como se ha dicho, si pequé, fué al contrario por un osado desembozo y un esceso de brio. Lo de Bayona no fué una alevosía, sino un grandioso golpe de estado .... Desprecié los medios torcidos y vulgares. Me hallaba tan poderoso y me atreví á dar el golpe de muy alto, queriendo obrar como

la Providencia que remedia los quebrantos de los mortales por medios á su entender á veces violentos, sin hacer alto en sus conceptos..... »

Napoleon se ha sentenciado á sí mismo de un modo asombroso en estas últimas palabras; pues quiso sublimarse frenéticamente nada menos que hasta la Providencia que hiere á veces violentamente á los que quiere salvar, sin curarse del juicio de los hombres. ¿Y cómo no hubiera obrado como ella, ya que al cabo solo era su ajente en la grandiosa obra de la rejeneracion española, ya que estaba obrando á impulsos de otros alcances superiores á toda combinacion de la prudencia comun y se arrojó á esta empresa á pesar de los obstáculos que tan bien habia previsto ó apuntado en su carta á Murat? ¿Pero qué le hace á la Providencia, qué le hace á la humanidad el mero intento, si está cumplido el objeto providencial, si la razon humana conserva y estiende su imperio, al paso que un potentado pierde el suyo?

Sí, Napoleon podrá decir un dia « que la guerra de España le perdió; que todas las circunstancias de sus desastres vienen á mancomunarse con este nudo fatal. (Memorial). » Pero al trastorno de su prodijiosa fortuna y de sus esperanzas dinásticas precederá una lucha de seis años, durante la cual los dos pueblos mas civilizados de Europa, los Franceses y los Ingleses, se aplazarán en España y llevarán, unos las costumbres democráticas, otros las máximas constitucionales de su pais. Tras esto, que el éxito de la guerra sea definitivamente funesto á las armas francesas, no por eso la filosofía moderna habrá dejado de residir mucho tiempo y ejercitado su persuasiva muy cerca del santo oficio, abrigándose bajo la tienda de los aliados de España, como bajo la de sus conquistadores. Locke y Bentham se habrán aposentado en los campamentos de Wellington, mientras que Condillac y Montesquieu habrán visitado las márjenes del Ebro, del Manzanares y del Tajo en pos de Napoleon. Y cuando las tropas imperiales se verán precisadas á volver á pasar los Pirineos y abandonar su conquista, el antiguo réjimen hallará do quiera á su regreso el jérmen de los arranques liberales, el odio á la inquisicion y al monaquismo y el amor á la libertad. Entónces, tan feroz como fué cobarde, manchará su mano con la sangre de sus mas ilustres libertadores, porque habrán creido en la constitucion que salvó su independencia. Pero toda la monstruosidad de esta ingratitud producirá mártires y no esclavos. No en vano habrá tenido Cádiz, émula de Lóndres, durante seis años su tribuna nacional, y Madrid, Pamplona y Barcelona habrán sido poblaciones francesas. Porlier será seguido por Lacy, Mina, y por el Empecinado; luego vendrán Riego y Quiroga, y si el absolutismo halla esta vez un arrimo en Francia, esta alianza inesperada tendrá los mismos resultados que la inglesa. Los jóvenes soldados de Luis XVIII completarán lo que empezaron los veteranos de Napoleon. Alistados contra la constitucion de Cádiz, continuarán iniciando

al pueblo español, con su contacto, en los hábitos y opiniones constitucionales, de modo que el real asonador de Aranjuez, despues de haber recompensado con presidios y cadalsos á los liberales españoles que supieran conquistar heroicamente el solio que él habia abandonado vergonzosamente, se verá precisado en su última hora á colocar el cetro de Castilla, la herencia de sus hijas, bajo la proteccion del sistema reformador á cuyos jenerosos secuaces persiguió con tanta crueldad. Entonces, lo repetimos, poco importa, aun cuando nada quede del poderío personal de Napoleon, de los destinos que habia reservado á su familia; no por eso dejará de enarbolarse en Europa la bandera de la civilizacion, y en medio de las calamidades que habrán acosado á las jeneraciones contemporáneas y que aun podrán durar por mucho tiempo, al cabo se cumplirá el engendro del nuevo pueblo español. Este era el principal objeto de Napoleon; así lo apuntó es-



presamente en su carta al gran duque de Berg, y lo ha repetido en Santa Helena. En la crísis en que se hallaba la Francia, ha dicho, en la lucha de las máximas nuevas, en la gran causa del siglo contra el resto de la Europa, no podíamos dejar atrás la España. (MEMORIAL.) »

Todo va á contribuir para abreviar y robustecer la determinacion de Napoleon. Estalla pronto una insurreccion en Madrid; y aunque sofocada con gran derramamiento de sangre, ha dejado la capital de España en un estado de enardecimiento que se comunica por horas á las provincias. Ya no hay que titubear: los Borbones ya no podrian reinar sobre el pueblo español, sino bajo el antojo de los alborotos, enemigos del influjo francés. El 5 de mayo, Cárlos IV renuncia á favor de Napoleon, y cinco dias despues, el príncipe de Asturias y los infantes Don Cárlos, Don Antonio y Don Francisco ratifican esta abdicacion y renuncian todas sus pretensiones al trono de España. El monarca anciano se retira á Compieña con la reina y el inseparable Godoy; los infantes pasan á Valençay.

Este abandono de la corona, hecho por Cárlos IV y sus hijos, remata el despecho español. Jeneralízase la insurreccion, fórmanse por todas partes juntas para organizar y dirijir la defensa del pais contra la invasion estranjera. Reúnese en Sevilla una junta central, y los Españoles en globo, segun espresion de Napoleon, se portan pundonorosamente.

Este gallardo ademan correspondia á las previsiones del emperador; pero una vez empeñado ya, no podia retroceder, y además contaba siempre con el predominio de su fortuna y el poderío de sus armas. Nombró por su parte una junta, á la que confirió el gobierno de España, dándole por presidente su cuñado Murat. Apenas se instaló esta junta, cuando pidió por rey á José Napoleon, hermano del emperador, y que ocupaba entónces el solio de Nápoles.

Napoleon encabezó el anuncio á los Españoles de los acontecimientos de Bayona con una proclama en que les esponia el bien que era su ánimo ejecutar al admitir la cesion solemne del 5 de mayo. « Despues de una larga agonía, les dijo, vuestra nacion estaba espirando. Presencié vuestros quebrantos, y trato de remediarlos..... Vuestra monarquía ha parado en caduca, y mi afan es remozarla. Mejoraré todas vuestras instituciones, y si me acompañais, os haré gozar de una reforma sin tropiezos, vaivenes ni trastornos.

« Españoles, he mandado convocar una junta jeneral de las diputaciones de provincia y de las ciudades; quiero cerciorarme personalmente de vuestros deseos y vuestras necesidades.

« Entónces depondré todos mis derechos, colocaré vuestra esclarecida corona en las sienes de otro como yo, afianzándoos una constitucion que hermane la santa y saludable autoridad del soberano con las libertades y privilejios del pueblo.

« Esperanzad confiados en las circunstancias actuales, porque quiero que vuestros nietos conserven mi memoria y digan : — Es el rejenerador de nuestra patria. »

Esta proclama se publicó en Bayona el 25 de mayo, y el 6 de junio siguiente, un decreto imperial, dado en la misma ciudad, llamó á José Napoleon al trono de las Españas y de las Indias. Este príncipe no tardó en llegar. Antes de pasar á Madrid, permaneció algun tiempo junto al emperador, y aun recibió en Bayona las diputaciones que Murat tenia encargo de enviarle de todas las provincias sujetas ya á las armas francesas. En esta ciudad se reunió el 6 de julio la junta jeneral convocada por Napoleon. Se presentó á esta junta una constitucion pautada por la del año VIII, y se adoptó al punto.

Pero esta no era mas que una representacion postiza del pueblo español. Algunos jenerales franceses la dieron demasiada importancia, creyendo que bastaria para sojuzgar la España, ó al menos para reducir al estado de mero alboroto, fácil de sofocar, el alzamiento jeneral que se organizaba en todos los puntos de la Península. Este yerro fué muy aciago á uno de ellos. El jeneral Dupont, que habia tenido tan esclarecida parte en la victoria de Friedland, se separó de los demás cuerpos del ejército francés para descolgarse sobre Andujar y penetrar en Andalucía, en donde la sublevacion hacia rápidos progresos. Este movimiento, en estremo torpe, tuvo funestas consecuencias. Apenas Bessieres acababa de ganar la accion de Rio Seco, y Moncey casi se habia apoderado de Valencia, cuando la derrota y capitulacion de Baylen empañaron el esplendor de la bandera francesa, pregonando por Europa que los ejércitos de Napoleon no eran invencibles. Dupont, acorralado por Reding, rindió las armas, y su cuerpo de ejército, que constaba de diez y ocho á veinte mil hombres, quedó prisionero de guerrra. A esta noticia cundió el alzamiento por todas las demas provincias de la monarquía española, y el rey José creyó conveniente mandar al ejército francés que se retirase á la otra parte del Ebro.

Napoleon, que habia salido de Bayona el 22 de julio, supo en Burdeos la derrota y capitulacion de Dupont; y abrasado de ira dijo á uno de sus ministros: « Que un ejército sea derrotado, nada tiene de estraño; la suerte de las armas es diaria y se repara una derrota; pero que un ejército haga una capitulacion vergonzosa, eso es un borron para el nombre francés y el timbre de sus armas. Las heridas hechas al pundonor nunca se curan, su efecto moral es tremendo. ¡Cómo! ¡un Francés ha cometido la vileza de despojarse de su uniforme para vestir el uniforme enemigo! Ha llegado la vileza hasta consentir que nuestros soldados fuesen rejistrados como ladrones. ¿Debia yo esperar esto del jeneral Dupont, de un hombre que yo queria y á quien trataba de ensalzar á mariscal? ... Dicen que no habia otro medio de salvar el ejército y evitar el degüello de nuestros

soldados. Mejor hubiera sido que hubieran perecido todos con las armas en la mano y que no hubiese vuelto uno solo. Su muerte hubiera sido gloriosa; los hubiéramos vengado. Pueden hallarse otros soldados; pero no se vuelve á hallar el honor. » (EL CONSULADO Y EL IMPERIO.)

El jeneral Dupont fué entregado al alto tribunal imperial, y Napoleon escribió él mismo en el Monitor del 10 de agosto las palabras siguientes:

« Pocos ejemplos se ofrecen de una conducta tan ajena de todos los principios de la guerra. El jeneral Dupont, que no supo acaudillar su ejército, ha mostrado despues en las negociaciones aun menos valor civil é intelijencia. Semejante á Sabino Titurio, el desaliento lo arrebató á su esterminio, y se ha dejado engañar por los ardides é insinuaciones de un segundo Ambiorix; pero los soldados romanos, mas afortunados que los nuestros, murieron todos con las armas en la mano. »

Si el baldon de la capitulacion de Baylen no se podia borrar, tampoco eran menos irreparables las pérdidas materiales ocasionadas por esta catástrofe. Despues de haber ajado á su teniente, dedicóse Napoleon á reanimar las esperanzas y brio del soldado francés en España. Decretó nuevas quintas, envió refuerzos, y para manifestar cual era su confianza en el resultado definitivo de la guerra, para atestiguar que siempre era la misma y siempre inmutable la determinacion de enlazar íntimamente la nacion española al imperio francés, dió un decreto en 13 de agosto mandando que se abriese un camino real de Madrid á Paris.



CAPITULO XXVIII.

Vuelta del emperador a San Cloud. Comunicaciones diplomáticas. Envio de tropas a España. Avistamientos en Erfurth. Regreso á Paris. Visita al Museo. Sesion del cuerpo lejislativo. Salida del emperador para Bayona. Nueva invasion de España. Toma de Madrid. Abolicion de la inquisicion. Asomos de hostilidades por el Austria. Napoleon deja atropelladamente al ejército de España para volver á Paris y pasar a Alemania.



La fiesta del emperador lo vió llegar a San Cloud. Allí recibio con gran ceremonia al conde de Tolstoi, embajador ruso, quien le entregó magníficos presentes de parte del emperador Alejandro. Napoleon dispuso que se pusieran de manifiesto en las Tulerias.

Siempre afanado por borrar todo rastro de la disension intestina en la Francia para mejor acabalar su sistema de hermanamiento, decretó la fundacion de

varios establecimientos públicos de todas clases en los departamentos que habian sido teatro de la guerra civil.

Entretanto llegó á Paris la noticia de la batalla de Vimeyra entre lord Wellington y Junot. Los Franceses, completamente derrotados, habian tenido que capitular allanándose á evacuar el Portugal y volver á Francia en buques ingleses.

Este segundo revés de sus armas allende el Pirineo, por muy bochornoso que fuera, no alcanzaba á desalentar á Napoleon, cuyo intento relativo acerca de la Península era tan terminante, que decia al senado el 4 de setiembre: « Estoy resuelto á llevar adelante los negocios de España con la mayor actividad y esterminar los ejércitos que la Inglaterra ha desembarcado en aquel pais..... Impongo confiadamente nuevos sacrificios á mis pueblos; son precisos para escusarles otros mayores. » En este mensaje, al que siguió un informe del ministro Champagny sobre los negocios de España, se lamentaba el emperador de la pérdida del sultan Selim su aliado, á quien llamaba el mejor de los emperadores otomanos y que acababa de fenecer á manos de sus sobrinos. Por compensacion se daba el parabien de su íntima alianza con Alejandro, « lo cual debia desahuciar á la Inglaterra en sus intentos contra la paz del continente. » El senado contestó al emperador votando una quinta de ochenta mil hombres. « La voluntad del pueblo francés, señor, le dijo el presidente Lacepede, es la misma que la de vuestra Majestad.

« La guerra de España es política, justa y necesaria » (1).

No es preciso omitir una circunstancia, y es que el orador del senado declaró en su arenga que aquel cuerpo habia estado unánime en corresponder inmediatamente á los deseos del emperador.

Sin embargo, cada dia era mas urjente la necesidad de nuevos refuerzos en España. La insurreccion reinaba triunfadoramente en la capital y las principales provincias, y la victoria no podia acudir á las banderas de la Francia con meros bisoños. Napoleon se encaminó por lo tanto á sus falanjes veteranas, á los vencedores de Austerlitz, Jena y Friedland. En una gran revista que pasó en las Tuilerías el 11 de setiembre, anunció á los soldados del grande ejército que marcharia pronto con ellos á España en donde la gran nacion tenia tambien ultrajes que vengar.

« Soldados, les dijo, despues de haber triunfado en las márjenes del Danubio y del Vístula, habeis atravesado la Alemania á marchas forzadas, hoy vais á cruzar la Francia sin daros un momento de reposo.

« Soldados, os necesito; la espantosa presencia del leopardo está manchando los continentes de España y Portugal. Que huya aterrado á vuestro

(1) El célebre naturalista Lacepede hablaba indudablemente por ironía.
N. del T.

aspecto llevemos nuestras aguilas triunfantes hasta las columnas de Hércules, allí tambien tenemos ultrajes que vengar



«Soldados, habeis aventajado la fama de los ejércitos modernos, pero habeis igualado la gloria de los ejércitos de Roma que triunfaron en una misma campaña sobre el Rin y el Eufrates, en Iliria y sobre el Tajo.

«Paz dilatada y prosperidad duradera serán el premio de vuestros afanes; un verdadero Francés no puede ni debe tomar descanso hasta que los mares queden libres y espeditos.

«Soldados, cuanto habeis hecho, cuanto hagais todavia por la dicha del pueblo francés y por mi gloria, quedará eternamente impreso en mi corazon.»

Estas palabras estremaron el entusiasmo de los soldados del ejército del Norte. Ansiaban, tras tantas guerras fomentadas por la Inglaterra, tras tantos triunfos conseguidos sobre sus aliados, encontrarse cara a cara y habérselas con los soldados de aquella reina de los mares, mostrada en todas las proclamas como la eterna enemiga del continente.

El primer cuerpo, formado de aquellos magníficos y temibles batallones salió de Paris el 25 de setiembre a las órdenes del mariscal Victor. Al atravesar la capital, le salieron al encuentro el prefecto del Sena y el ayuntamiento.

Pero antes de acaudillar personalmente las tropas que enviaba á España, al impulso fementido del czar en los campos de Tilsitt, quiso Napoleon sancionar de nuevo su amistad, avistándose con él, al parecer



con anhelo de entrambos. Se hacia cargo de la precision de conferenciar con aquel príncipe que, despues de él, era el mas poderoso de los monarcas del continente, sobre todas las cuestiones actuales de la política europea, y principalmente sobre los negocios de España. Erfurth fué el sitio convenido para avistarse, y entrambos emperadores llegaron á principios de octubre: todos los príncipes de la confederacion del reino habian asistido como para formar un cerco de palaciegos coronados en torno de su esplendoroso dueño. Napoleon habia mandado que la compañía cómica francesa le siguiera para hacer mas agradable á su encumbrado amigo su residencia en Erfurth. En una de las representaciones, Alejandro aparentó penetrar con sumo alborozo y vitoreó con ahinco un verso cuya aplicacion hicieron todos:

La amistad de un prohombre es don divino.

Pasaron ocho dias en festejos, pero no quedó olvidada la política.



con los banquetes y diversiones iban alternando íntimos coloquios. El emperador de Rusia se mostró oficioso en inclinar la Inglaterra á la paz, y aun firmó con Napoleon una carta muy conceptuosa con este objeto, pero el porvenir va á demostrar su sinceridad. Aprobó enteramente la guerra de España, porque veia una llamada ventajosísima lejos del Norte en aquel empeño contra la revolucion, y además una coyuntura para debilitar y malparar la Francia é Inglaterra, paises cuya competencia era mas temible para el imperio ruso.

Separáronse entrambos soberanos, muy pagados mútuamente, el 14 de octubre, conceptuándose Napoleon sinceramente amigo de Alejandro, y no soñando en que algun dia viniese á decir del mismo: Es un Griego del Bajo Imperio.

El 18 de octubre, el emperador estaba de regreso en San Cloud. Cuatro dias despues, visitó el Museo con la emperatriz y conversó larguísimo rato con los artistas que se habian afanado en tributar obsequios de su propio temple al esclarecido amparador de las artes.

El 25, se verificó la apertura del cuerpo lejislativo. Conceptuándose muy afianzado por parte de la Rusia, habló el emperador confiadamente de sus intentos y esperanzas respecto á España. «Fuerza particular de



aquella Providencia que ha protejido constantemente nuestras armas es, dijo, que las pasiones hayan cegado á los consejeros ingleses para que depongan el resguardo de las olas, y presenten por fin su ejército en el continente. Dentro de algunos dias marcho á ponerme al frente de mi ejército, y con ayuda de Dios coronar en Madrid al rey de España y plantar mis águilas en los muros de Lisboa. El emperador de Rusia y yo nos hemos avistado en Erfurth, y hemos convenido y quedado invariablemente acórdes para la paz y la guerra.»

Con efecto, el emperador salió de Paris el 19 de octubre, y llegó el 3 de noviembre al castillo de Marrac. El 5, su cuartel jeneral se hallaba en Vitoria, y el 9 en Búrgos, despues de una victoria del mariscal Soult contra el ejército de Estremadura. El mismo dia, el mariscal Victor derrotaba el ejército de Galicia en Espinosa de los Monteros.

El plan de Napoleon era aislar á estos dos ejércitos desviándolos para destrozarlos separadamente. Habia dirijido á Victor contra Blacke, y á Ney y Moncey contra Castaños, que mandaba siempre el ejército de Andalucía, mientras que se colocaba él mismo con Soult y una reserva de caballería, confiada á Bessieres, en el centro de las operaciones.

Esta distribucion de sus fuerzas habia sido acertadísima, pues el ejército de Estremadura quedaba disperso, y el de Galicia aniquilado. Los

fujitivos de la refriega de Espinosa habiendo intentado reorganizarse en Reinosa, la aproximacion del mariscal Soult los preciso á abandonar sus provisiones y enseres, teniendo que enriscarse desordenadamente por los montes de Leon.

La derecha del ejército frances estaba enteramente espedita, pero en la izquierda se hallaban Palafox, que mandaba en Aragon, y Castaños, el vencedor de Baylen. Mientras que Soult recorria y desarmaba la provincia de Santander, el emperador encargó al mariscal Lannes la persecucion de los ejércitos de Aragon y de Andalucia. El mariscal Ney se situó entre Soria y Tarazona, para cortarle á Castaños el camino de Madrid, en caso de derrota, y arrojarle sobre Valencia.

Las maniobras de Lannes precisaron á los jenerales españoles á una retirada entre Tudela y Cascante. Allí, al arrimo del Ebro, y contando con cuarenta y cinco mil hombres, creyeron poder trabar la contienda; pero el mariscal Lannes los derrotó completamente y vengó sobre Castaños mismo el blason frances comprometido en Baylen. La batalla de Tudela costó á los Españoles siete mil hombres, treinta cañones y siete banderas. Palafox se retiró sobre Zaragoza, y Castaños sobre Castilla.

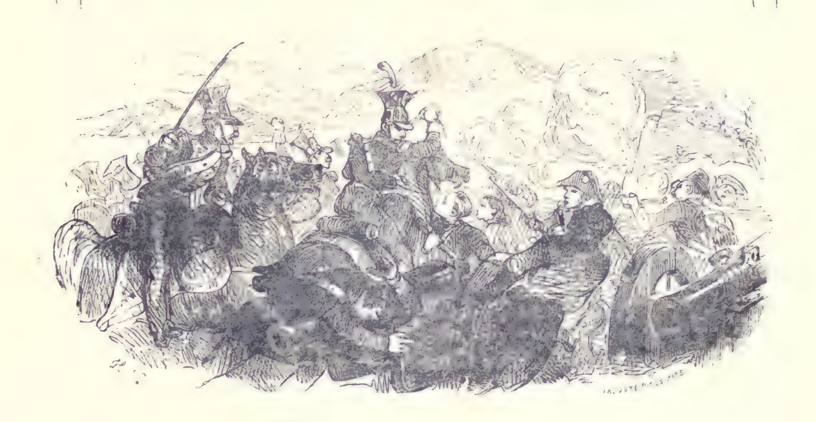
Al saber esta nueva victoria, Napoleon determinó marchar directamente sobre Madrid, dejando á Soult á la derecha para acechar los movimientos de las provincias occidentales, y á Lannes á la izquierda para contener los restos del ejército de Aragon. Ney continuó atalayando el ejército de Andalucia. Pero el patriotismo español era incansable. Nuevas quintas en Estremadura y Castilla habian planteado de improviso un nuevo ejército de veinte mil hombres, que vino á presentarse al paso del emperador, intentando cerrarle el desfiladero de Somosierra. Los primeros cuerpos franceses fueron efectivamente detenidos cierto rato por el fuego de las



baterías que defendian aquella garganta estrecha y de empinada subida Fué precisa la presencia de Napoleon y el ímpetu irresistible de la caballería de la guardia para vencer la porfiada resistencia de los Españoles. Pero cuando se presentó el emperador, á una señal dada, los cazadores y lanceros polacos dieron una carga, y en un instante desapareció todo obstáculo. El ejército francés pasó por encima del enemigo, acuchilló á los artilleros sobre sus piezas y se presentó á las puertas de Madrid, sin hallar el mas mínimo rastro del ejército español que habia querido detenerle en Somosierra. Esta accion brillante ocurrió el 29 de noviembre, siete dias despues de la batalla de Tudela. El 1°. de diciembre, el emperador plantó sus reales en San Agustin á los alrededores de la capital, que capituló el 4, al dia siguiente de la toma de Segovia por el mariscal Lefebvre.

Madrid habia pensado al principio en defenderse. Cuarenta mil paisanos armados y ocho mil hombres de tropa, además de la milicia, estaban encerrados con cien piezas de artillería. Habianse abierto zanjas y levantado parapetos: todo aparentaba tenaz resistencia, pues las dos intimaciones del emperador habian sido rechazadas con demostraciones de menosprecio y enfurecimiento. Entónces empezó el fuego dirijiéndolo contra el palacio del Buen Retiro, inmediato al pueblo. Luego que el mariscal Victor ocupó aquel punto esencial, despues de sangrientos reencuentros, se amagó á la villa con prontísimo esterminio, y esta amenaza surtió efecto. El ejército español salió de Madrid, la milicia se marchó tambien, y las autoridades firmaron una capitulacion.

Napoleon sobresalió en esta conquista con un rasgo que la saña del pueblo español no pudo alcanzar, como lo hubiera hecho en otro tiempo. El mismo dia de la capitulacion de Madrid, quedó suprimida la inquisicion, y se disminuyó considerablemente el número de los conventos.



Napoleon dirijió despues una nueva proclama á los Españoles.

«Hay hombres alevosos que os estan descaminando, les dijo, y os han empeñado en una lucha desatinada. ... Dentro de pocos meses os habeis visto acosados por todas las demasías de las facciones populares. Han bastado algunas marchas para derrotar vuestros ejércitos. He entrado en Madrid, y aunque los derechos de la guerra me autorizan para hacer un escarmiento y empapar en sangre los ultrajes hechos á mí y á la nacion francesa, solo he atendido á mi clemencia. ... Os habia dicho en mi proclama del 2 de junio que trataba de ser vuestro rejenerador. A los derechos que me han sido cedidos por los príncipes de la última dinastía, habeis querido que añadiese tambien el de conquista. Esto en nada variará mis disposiciones. Aun quiero alabar cuanta jenerosidad cabe en vuestros conatos; quiero convencerme de que os han encubierto vuestros verdaderos intereses. ... Españoles, vuestra suerte está en vuestras manos. Desechad el veneno que los Ingleses han sembrado entre vosotros. ... He removido cuanto se oponia á vuestra prosperidad y engrandecimiento, he roto las trabas que oprimian al pueblo; una constitucion liberal os franquea una monarquía moderada en vez de una autoridad absoluta. En vuestra mano está que esta constitucion sea todavía vuestra ley.

«Pero si todos mis conatos se malogran, añadió al terminar, y si no correspondeis á mi confianza, no me quedará mas arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas y colocar á mi hermano en otro solio. Entónces pondré la corona de España sobre mi cabeza y sabré hacerla respetar de los malvados, porque Dios me ha dado la fuerza y la voluntad necesaria para allanar todos los obstáculos.»

Ensordecieron los Españoles á todo este cúmulo de amenazas, menospreciando igualmente las promesas de Bonaparte. Pero no en vano se pronunció la palabra constitucion; la gallardía castellana la enarboló en sus pendones, y los caudillos de la insurreccion tuvieron que proporcionar á la España una constitucion mas democrática que la acordada en Bayona.

El correjidor de Madrid, encabezando una diputacion de la villa, llevó á los piés del vencedor la espresion de unos sentimientos que no existian en los corazones, pero cuya manifestacion habia llegado á ser imprescindible por la ocupacion militar de la capital. «Siento el daño que ha padecido Madrid, contestó el emperador, y miro como una dicha particular el haber podido salvarla y escusarle mayores quebrantos.

«Providenciado quedo cuanto conduzca al sosiego jeneral de los ciudadanos, sabiendo cuan congojosa es la incertidumbre para todos los pueblos y todos los individuos.

«He conservado las órdenes relijiosas, reduciendo el número de los frailes. No hay un hombre sensato que no pensara que eran demasiado numerosos, pues con el sobrante de los bienes de los conventos he atendi

do á las necesidades de los párrocos que forman la clase mas interesante y provechosa del clero.

« He abolido ese tribunal, contra el cual estaban clamando el siglo y la Europa. Los sacerdotes deben dirijir las conciencias, mas no ejercer ninguna jurisdiccion esterior y material sobre los ciudadanos.



« He suprimido los derechos usurpados por el señorío en tiempos de guerra civil.

« He suprimido tambien los derechos feudales, y cualquiera podrá establecer posadas, hornos, molinos, fábricas, almadrabas y dar vuelo espedito á su industria..... El egoismo, la riqueza y la prosperidad de un corto número de hombres dañaban mas á vuestra agricultura que los calores de la canícula.

« Así como no hay mas que un solo Dios, no debe haber en un estado

mas que una sola justicia. Todas las justicias particulares habian sido usurpadas y eran contrarias á los derechos de la nacion; y por tanto las he abolido.

« Tambien he dado a conocer a cada uno lo que podia temer y esperar.....

« Ningun obstaculo hay capaz de diferir por mucho tiempo la ejecucion de mis voluntades.

« Los Borbones ya no pueden reinar en Europa.

« La jeneracion podrá variar en sus opiniones, se han desmandado en demasía las pasiones; pero vuestros nietos me bendecirán como á vuestro rejenerador, y contarán en el número de los dias memorables los que he pasado con vosotros. »

Durante su corta residencia en la capital de las Españas, Napoleon se dedicó á inspeccionar el desempeño y mantener el buen proceder de sus tropas. Pasó el 9 de diciembre, en la dehesa de las Guardias, revista al cuerpo del mariscal Lefebvre; el 10, á los rejimientos de la confederacion del Rin, y el 11, á la caballería en la que descollaban los lanceros polacos. El coronel de este hermoso cuerpo recibió de manos del emperador, en aquella última revista, la cruz de comendador de la Lejion de Honor.

Desde Madrid remitió Napoleon al *Monitor* una nota desmintiendo la respuesta dada por la emperatriz á una diputacion del cuerpo lejislativo, y en la que Josefina habia colocado este cuerpo en la cumbre de las jerarquias políticas diciendo « que representaba la nacion. »

Napoleon declaró en su periódico ministerial « que el primer representante de la nacion era el emperador. »

Se ha clamado mucho contra esta pretension, y sin embargo era conforme al órden legal de la época y fundada ante todo en la prepotencia de los hechos.



El pueblo, que habia colocado en el solio á Napoleon, primero con sus aclamaciones, y luego con sus votos manifestados de un modo cualquiera, debia hallarse mejor con aquel representante que con una junta cuyo nombramiento le era ajeno.

Y además, ¿era por ventura adecuado el cuerpo lejislativo para gobernar á la Francia y hacer frente á todas las urjencias de su situacion en medio de las circunstancias en que se hallaba la Europa, como lo hizo Napoleon? No, por cierto. Él era pues el que tenia en sus esclarecidas y poderosas manos todo el destino presente y próximo de la nacion, era su verdadero representante, y no la junta inservible que solo era de suyo un destello del poderío imperial, por el modo con que se efectuaban las elecciones, y que hubiera sido incapaz de ejecutar lo que realizaron el brazo robusto del dictador y el númen del hombre grande.

Sin embargo, mientras que el emperador se afanaba en Madrid por la organizacion de la España, lo cual no le imposibilitaba el zelar las espresiones y los actos de las personas que le representaban en Paris, las operaciones militares continuaban en las provincias españolas, en donde el alzamiento seguia retoñando por todas partes de sus cenizas.

Los Ingleses habian dejado el Portugal para acudir en auxilio de la capital de la monarquia española; pero el jeneral Moore, perdiendo la es-



peranza de llegar á tiempo, varió de repente de plan é ideó el intento de atravesarse sobre Valladolid para cortar las comunicaciones del ejército francés; pero le redundó en sumo descalabro. Acometido por una parte, cortado por otra, tuvo que contramarchar desventuradamente sobre Palencia, contrarestado y perseguido por el mariscal Soult, hasta la Coruña en donde fué mortalmente herido despues de haber perdido diez mil hombres, caballos, cañones y provisiones de toda clase. Los restos de su ejército tuvieron mucho trabajo en hacerse á la vela, y abandonaron la Coruña al mariscal, despues de una vana tentativa de defensa que duró tres dias. Soult habia dispersado tambien, durante esta persecucion, el cuerpo español de la Romana que se habia refujiado en las montañas de Asturias.



El emperador habia salido al encuentro á los Ingleses luego que supo su movimiento sobre Madrid, y las operaciones habian empezado en Galicia bajo sus órdenes y en su presencia. En los primeros dias de enero, su cuartel jeneral se trasladó sucesivamente á Astorga y Benavente. Tambien lo estableció, durante esta espedicion, en Tordesillas, en las obras esteriores del convento de Santa Clara, en donde murió Juana la Loca, madre de Cárlos V. Estaba aquel convento construido sobre un alcázar morisco, conservándose todavía un baño y dos hermosas salas. La abadesa, de edad de setenta y cinco años, se presentó al emperador, quien la recibió con suma distincion y le dispensó varias gracias.

En Cataluña, Gouvion-Saint-Cyr habia entrado por traicion en Barcelona, despues de haber tomado á Rosas, y el marqués de Vives, derrotado en Cardedeu, se habia malquistado con la junta.

Así desde la llegada del emperador á España todo habia mudado de semblante, la victoria habia vuelto bajo sus banderas, tan oficiosa y veloz como lo habia sido hasta entónces en Alemania y en Italia.

En menos de dos meses, el ejército inglés habia sido aniquilado, el cuerpo de la Romana destruido, la capital recobrada y ocupadas las principales provincias. Los desastres de Dupont y Junot quedaban así desagraviados con ventaja. Si los Españoles persistian en su encono al dominio francés, el gabinete inglés empezaba á temer sin embargo que viniesen á quedar inutilizados por mucho tiempo y subyugados, si no reunidos; y á pesar de la apariencia de su rendimiento, no por eso hubiera salido menos frustrada la lejitimidad en esta primera guerra, la mas próspera de cuantas habia sostenido contra la revolucion. Era por lo tanto preciso que abandonase la España el númen incontrastable que habia venido á destruir las grandes esperanzas ideadas despues de las capitulaciones de Baylen y de Cintra. La diplomacía inglesa se encargó de llamarle al Norte y obligarle otra vez á dividir sus fuerzas. No fué la Prusia, aun resentida del tremendo descalabro recibido en Jena, la que sirvió esta vez de instrumento al gabinete de San James; tampoco fué la Rusia, pues no habia cicatrizado sus llagas de Friedland, y además no se hubiera atrevido á manifestar tan pronto la hipocresía de las protestas amistosas de Erfurth; fué el Austria, vuelta en sí del abatimiento que habia manifestado despues de Austerlitz, la que consintió en provocar otra vez al vencedor harto jeneroso que la habia indultado indiscretamente. Tres años de paz y de sosiego le habian bastado para reorganizar sus ejércitos; se sentia dispuesta á sostener la campaña, y si alcanzaba triunfos, entónces la diplomacía veterana manifestaria que ya no se conceptuaba atada en Berlin y en Petersburgo por el tratado de Tilsitt, así como tampoco se habia creido maniatada en Viena por el de Presburgo. Cualquiera que sea el caso, hay siempre la seguridad de hallar un refujio en la jenerosidad del vencedor; y si se

padecen nuevos desmanes, se firmará un nuevo tratado. Podrán imponerse algunas concesiones territoriales, pero el solio quedará siempre intacto, y salva en España la causa de la antigua soberanía atrayendo á su tremendo antagonista al interior de la Jermania.

Napoleon se hallaba en Valladolid cuando supo las disposiciones hos



tiles y los armamentos del Austria. Despues de recibir en aquella ciudad repetidas diputaciones llegadas de Madrid, decretó la supresion de un con-



vento de dominicos, en donde habian muerto a un soldado francès, mostrandose propicio á los benedictinos, que solo se dedicaban á sus tareas, y

al cultivo de la literatura, y que habian salvado la vida á muchos Franceceses, y salió atropelladamente de España para regresar á Paris, á donde llegó el 23 de enero de 1809.





CAPITULO XXIX.

Campaña de 1809 contra el Austria.



A su regreso de Bayona, en agosto de 1808, supo Napoleon que el Austria, cuyo ademan fué muy ambiguo durante la campaña de Prusia, dejaba entrever intentos aviesos contra la Francia. Con este motivo habló sin rebozo á M. de Metternich, embajador de aquella potencia, que habia ido con el cuerpo diplomático á San Cloud para obsequiar á S. M. I. y R. el dia de su festividad. El embajador se desaló en protestas pacíficas por su corte y manifestó que los armamentos tachados ante el gobierno francés no tenian mas que un objeto defensivo. Napoleon le replicó lo impropia que era aquella demostracion, puesto que ningun motivo de zozobra mediaba para el Austria, cuanto mas anuncios ni remotos de rompimiento. «Creo sin embargo, añadió, que vuestro emperador no quiere la guerra; cuento con la palabra que

me dió en nuestra conferencia. No pueden caberle enconos contra mí. Ocupé su capital y la mayor parte de sus provincias, y todo se lo devolví..... ¿Creeis que hubiera obrado con igual moderacion el vencedor de los ejércitos franceses que hubiera sido dueño de Paris? (M. de Metternich y todos los diplomáticos y príncipes de la liga han respondido á esta pregunta en abril de 1814)..... Amaños personales os arrebatan á donde no quisierais ir. Los Ingleses y sus parciales son los que providencian estos yerros; ya se están aplaudiendo con la esperanza de ver otra vez la Europa incendiada..... » Mr. de Metternich insistió en negar las miras hostiles de su gobierno. Mas adelante y á principios del mes de marzo de 1809, cuando Napoleon volvió de Madrid, por temor de un próximo rompimiento acarreado por la corte de Viena, el embajador austríaco osó tener idéntico lenguaje con Mr. de Champagny, ministro de negocios estranjeros. «Si el emperador, le dijo, abrigaba verdaderamente zozobras acerca de lo que se llama nuestros armamentos, ¿porqué no me habló de ello en vez de reservarse de mí, convocando las tropas de la Confederacion? nos hubiéramos esplicado y probablemente entendido. —¿Y de qué hubiera servido eso? respondió el ministro francés. ¿De qué sirvieron iguales pasos dados cinco meses ha? El emperador ya no os habla, porque entónces os habló en vano, porque habeis perdido para él, vuestras promesas falaces, la fe que se concede al dictado de embajador..... Además, el emperador no os pide nada sino que le dejeis gozar de la paz; no quiere la guerra; pero os la hará, si le precisais. No os ha dado el mas mínimo pretesto..... No sé hasta qué estremos van á lanzaros esas disposiciones; pero si se entabla la guerra, será porque así lo habréis querido. » M. de Metternich, confuso, se retiró quejándose de que no se le trataba cual debia en las tertulias de la corte, y M. de Champagny le replicó que la corte de Viena era la que habia faltado á su propio decoro, por no haber ejecutado las promesas que habia hecho su embajador. Aquel ministro comunicó al senado, en la sesion del 14 de abril, ambas conversaciones, la suya y la del emperador con el embajador austríaco; manifestó los preparativos hostiles de la corte de Viena, y segun su informe, un consejero de estado presentó una minuta de senado consulto que ponia cuarenta mil reclutas á la disposicion del ministro de la guerra. Se adoptó la propuesta, y el senado añadió una manifestacion en la que reproducia las memorables palabras que Napoleon habia espresado en una carta al emperador de Austria. «Que las providencias de V. M., habia dicho Napoleon, manifiesten confianza y la lograrán. Hoy dia la mejor política se cifra en la llaneza y la verdad. Que me confie sus recelos cuando se los ocasione, y al punto los desvaneceré.»

Francisco II habia confiado sus zozobras al gabinete de Lóndres, y cuando el senado francés votaba nuevas quintas y aprobaba los preparativos de guerra, ya habian empezado las hostilidades; el Austria habia pu-

blicado su manifiesto é invadido los estados de la confederacion del Rin. Napoleon decia, como su ministro, que no habia dado á la corte de Viena el mas mínimo pretesto para un rompimiento, y acaso repetia como en las campañas de Austerlitz y de Jena, que no sabia lo que de él querian ni porqué peleaba. Sin embargo el gabinete austriaco se habia espresado en términos de desvanecer sus aprensiones, y dar a entender que no era por agravios particulares, sino por motivos jenerales, por una cuestion europea, por la causa que habia enjendrado todas las coligaciones anteriores, y que habia quebrantado la fe jurada en el campamento de Austerlitz y asentada en el tratado de Presburgo. Era la reproduccion de los manifiestos de la Europa añeja desde el de Brunswick; era una nueva cruzada que el consejo áulico estaba predicando contra el *enemigo comun*, esto es, contra la Francia, el siglo y las máximas nuevas de que Napoleon era el representante.

El Austria se habia declarado en 9 de abril, y el 10 sus ejércitos salian á campaña. El 12, el emperador, enterado por el telégrafo de que el enemigo habia pasado el Inn, se marchó al instante de Paris; el 16 de abril, llegó á Dillingen y prometió al rey de Baviera que dentro de quince dias le restituiria á su capital de donde el príncipe Cárlos le habia arrojado; el 17, estuvo en Donawert, y dijo á sus soldados en una proclama:

« Soldados, ha sido atropellado el territorio de la confederacion. El jeneral austriaco quiere que huyamos al aspecto de sus armas y que desamparemos á nuestros aliados. Yo llego con la velocidad de una centella.

« Soldados, vosotros me estabais en torno cuando el soberano de Austria vino á mi campamento de Moravia: le oisteis implorar mi clemencia y jurarme amistad eterna. Vencedores en tres guerras, todo lo debió el Austria á nuestra jenerosidad; tres veces fue perjura. Nuestros triunfos pasados son la prenda segura de la victoria que nos espera.

« Marchemos pues, y que á nuestro aspecto el enemigo reconozca á su vencedor. »

El Austria habia contado con la ausencia de Napoleon y de su guardia y con la falta de las aguerridas tropas de Marengo y de Austerlitz. Sabia que solo quedaban ochenta mil Franceses desparramados por toda la Alemania; y su ejército, dividido en nueve cuerpos á las órdenes del archiduque Cárlos, ascendia á quinientos mil hombres. Sus primeros movimientos habian sido venturosos. El rey de Baviera habia huido de Munich al asomo del archiduque, quien habia marchado velocisimamente del Inn al Iser. El ejército francés se hallaba á la sazon disperso por una línea de sesenta leguas, lo cual le esponia á quedar acorralado y sucesivamente destruido. El jeneral austriaco lo habia advertido y se mostraba esperanzado, cuando la llegada de Napoleon dió nuevo aspecto á los negocios. Amainó el ardimiento en el príncipe Cárlos y en su ejército, inflamándose

al contrario mas y mas el denuedo en el soldado francés. Todo lo descarriado quedó repuesto. El emperador acudió al arbitrio de sus asombrosas maniobras, y cumplió la palabra que habia dado al rey de Baviera, pues antes de acabarse los pocos dias lo acompañó triunfante á su capital. El 25 de abril, el monarca bávaro hizo su entrada en Munich, y Napoleon en seis dias alcanzó otras tantas victorias contra el ejército austriaco. Hasta el 19 no se habia podido dar alcance al enemigo, y dos triunfos esclarecieron aquel dia con la refriega de Pfaffenhoffen y la batalla de Tann. En el reencuentro de Peissing, el tremendo 57°., mandado por el valiente coro-



nel Charriere, abonó su nombradía; acometió solo y derrotó sucesivamente seis rejimientos austriacos. El 20, nuevo encuentro en Abensberg, nueva batalla y nuevo triunfo para los Franceses. El enemigo se mantuvo firme una hora y dejó en poder del vencedor ocho banderas, doce piezas y diez y ocho mil prisioneros. El 21, el empeño de Landshut completó la derrota del dia anterior. En aquel trance, el jeneral Mouton, acaudillando una co-



lumna de granaderos, se arrojó por medio de las llamas que consumian uno de los puentes del Iser. «Adelante y sin tirar,» voceó á sus soldados con ímpetu atronador, y en pocos instantes se internó en la ciudad, que fué teatro de una sangrienta lid, y que el enemigo no tardó en desamparar. En este momento el archiduque Cárlos, al frente del cuerpo de Bohemia, sorprendió en Ratisbona un destacamento de mil hombres que estaba encargado de guardar el puente y que se dejó acorralar y cojer por falta de habérsele avisado que se retirase. A la primera noticia de este acontecimiento, el emperador juró que dentro de veinte y cuatro horas correria la sangre austriaca en Ratisbona para vengar la afrenta hecha á sus armas. Con efecto, el 22, marchó contra aquella ciudad, y encontró al enemigo con ciento y diez mil hombres que habia tomado posicion en Eckmuhl. Nueva coyuntura fué aquella para el emperador de dar una batalla reñida y alcanzar un grandioso triunfo. En pocos instantes aquella crecidísima hueste atacada por todos puntos fué arrojada de sus posiciones y completamente derrotada dejando la mayor parte de su artillería, quince banderas y veinte mil prisioneros. El archiduque Cárlos se salvó á rienda suelta.

Al dia siguiente 23, el ejército victorioso se presenta delante de Ratisbona que no acierta á resguardar la caballería austriaca arrollada por Lannes: pero seis rejimientos que el archiduque habia dejado en la plaza tratan de defenderla. El emperador acude en persona para disponer el



avance, y queda herido de una bala en el pié derecho. Al punto se divulga esta noticia por el ejército, y los soldados se agolpan despavoridos; pero apenas llegan, cuando Napoleon, que se habia hecho curar, vuelve á montar á caballo en medio de estruendosas aclamaciones. Pronto se escalan las murallas y se toma la ciudad; cuanto se resiste queda pasado por las armas; ocho mil hombres son los rendidos.

Entretanto el mariscal Bessieres persigue los restos de los cuerpos austríacos derrotados en Abensberg y Landshut. Los alcanza el 24 en Neumark en el momento en que acaban de rehacerse con un cuerpo de reserva que llegaba sobre el Inn, los derrota y les hace mil y quinientos prisioneros.

Aquel mismo dia el emperador publica en Ratisbona la órden siguiente:

« Soldados,

« Habeis correspondido á mis esperanzas; habeis suplido el número con vuestro denuedo, señalando gloriosamente la diferencia que media entre los soldados de César y los ejércitos de Jérjes.

« En pocos dias hemos triunfado en las tres batallas de Tann, Abensberg y Eckmuhl y en los reencuentros de Peissing, Landshut y Ratisbona. Cien piezas de artillería, cuarenta banderas, cincuenta mil prisioneros, tres trenes completos y tres mil carros con bagajes y todas las cajas de los rejimientos: he aquí el resultado de la rapidez de vuestras marchas y de vuestro esclarecido valor.

« El enemigo, alucinado por un gabinete perjuro, mostraba trascordar lo que erais; pronto vuelto en sí, os está viendo mas terribles que nunca. Poco ha atravesó el Inn é invadió el territorio de nuestros aliados; poco ha se prometia trasladar la guerra al regazo de nuestra patria. Hoy derrotado y despavorido, huye desconcertadamente; mi vanguardia ha pasado ya el Inn, y antes de un mes estarémos en Viena. »

Esta osada prediccion tendrá cumplimiento como la que hizo al rey de Baviera. Napoleon va á dirijirse rápidamente contra la capital del Austria. El 30 de abril, su cuartel jeneral se halla en Burghausen, á donde la condesa de Armansperg vino á suplicarle que la restituyese su marido, á quien los Austríacos habian llevado prisionero conceptuándole afectísimo á la Francia. Allí publicó Napoleon el tercer boletin del grande ejército, en el cual arrebatado con el recuerdo de las conferencias de Austerlitz y olvidando que no hay empeño sagrado para los príncipes de antiguo linaje con los gobiernos de oríjen revolucionario, se espresa con amargura y aspereza acerca de la persona misma del emperador Francisco. « El emperador de Austria, dijo, ha salido de Viena, y á su marcha ha publicado una proclama redactada por Gentz, en el estilo y con el destemple de los mas necios folletos. Se ha dirijido á Scharding, posicion que ha elejido cabal-

mente para no estar en ninguna parte, ni en su capital para gobernar sus estados, ni en un campamento, en donde hubiera sido un estorbo inservible. Difícil es ver un príncipe mas endeble y fementido. » Si Napoleon está resuelto a destronar al monarca á quien ultraja con tanta solemnidad, su lenguaje no es mas que injurioso, pero si debe tratar todavía con él y dejarle en el solio de una grandiosa y respetable monarquía, este lenguaje es indiscreto, porque vierte en el alma del príncipe, tan altamente ultrajado, enconos profundos que harán mas que nunca sospechosas y espuestas toda paz y alianza con la corte de Viena.

El 1°. de mayo el cuartel jeneral se asentó en Ried, á donde llegó de noche el emperador. El 13, un cuerpo de treinta mil Austríacos, resto de los vencidos de Landshut, se retiraba sobre Ebersberg, cuando fué alcanzado por los tiradores del Po y los cazadores corzos que le causaron crecida pérdida. Bessieres y Oudinot acababan de reunirse con Massena y se dirijian sobre Ebersberg, amagando envolver y destruir el cuerpo austríaco; el jeneral Claparede marchaba al frente con su division que apenas contaba siete mil hombres. Luego que hubo desembocado, el enemigo, en posicion ventajosa, no quiso aguardar que llegasen los diferentes cuerpos del ejército francés que le perseguian; atacó la division de vanguardia despues de haber incendiado la ciudad que estaba construida de madera. En un instante el incendio lo abrasó todo, hasta los primeros arcos del puente. El fuego detuvo en su marcha a Bessieres, que pasaba el puente con la caballería para sostener a Claparede. Este jeneral tuvo que defenderse solo por espacio de tres horas con siete mil hombres contra treinta mil. Pero al fin se abrió paso por medio de las llamas, y los jenerales Legrand y Durosnel llegaron por diferentes puntos. El soldado francés descolló con prodijios de intrepidez y de valor. El castillo fué tomado é incendiado, y el enemigo se retiró desordenadamente hasta Enns, en donde quemó el puente para resguardar su fuga por el rumbo de Viena. Los Austríacos perdieron doce mil hombres en la refriega de Ebersberg, en estos, siete mil quinientos prisioneros. El quinto boletin condecoró en estos términos á los vencedores de este dia:

«La division de Claparede, que forma parte de los granaderos de Oudinot, se ha cubierto de gloria; ha tenido trescientos muertos y seiscientos heridos. El ímpetu de los batallones de tiradores del Po y de cazadores corzos ha llamado la atencion de todo el ejército. El puente, la ciudad y la posicion de Ebersberg pregonarán alta y perpetuamente su denuedo. El viajero se detendrá y dirá: — Aquí fué, con esta hermosa posicion y este puente tan grandioso y este castillo tan fuerte por su situacion, donde siete mil Franceses desalojaron a treinta y cinco mil Austríacos.»

El emperador recibió en sus reales de Ebersberg una diputacion de los estados de la Alta Austria. El 4, durmió en Enns en el castillo del con

de de Awesperg, y se volvió á hallar el 6 en la famosa abadía de Molck,en donde se habia detenido durante la campaña de 1805, y cuyas bodegas abastecieron por esta vez al ejército de algunos millones de botellas de vino. Al pasar delante de las ruinas del castillo de Diernstein en un cerro



elevado mas allá de Molck y por el rumbo de Viena, el emperador dijo al mariscal Lannes que se hallaba á su lado: « Mira, allí está el encierro de Ricardo Corazon de Leon. Tambien él fué como nosotros á Siria y á Palestina. El Corazon de Leon, mi valeroso Lannes, no era mas denodado que tú. Fué mas afortunado que yo en San Juan de Acre. Un duque de Austria lo vendió á un emperador de Alemania que le mandó encerrar ahí. Era en tiempo de barbarie. ¡Qué diferencia con nuestra civilizacion! Ya se ha visto cómo he tratado al emperador de Austria pudiendo hacerlo prisionero. Pues con los mismos términos volveré á tratarle, no porque yo lo apetezca, sino porque la época así lo requiere. » Razon tenia Napopoleon: pues la época le hacia jeneroso, esclarecido y magnánimo despues de la victoria; el siglo obraba en él, cuando apuntaba por sus procedimientos con los monarcas vencidos la distancia que media entre nuestra civilizacion y la barbarie. Pero si se muestra hijo de la civilizacion con la soberanía añeja, esta permanecerá por el contrario digna de su orijen, mostrándose observantísima de los errores de la barbarie. El númen del siglo XIX habia sido el huésped cortés y benévolo del campamento de Austerlitz; el desenfreno de la edad media será el alcaide feroz de Santa Helena.

Desde Molck se trasladó el cuartel jeneral del emperador, el dia 8, á

San Polten. Dos dias despues, á las nueve de la mañana, Napoleon se hallaba á las puertas de Viena.

Estaba allí mandando el archiduque Maximiliano, hermano de la emperatriz. Trató de defenderla y rechazó con altivez las primeras intimaciones que se le hicieron. Aquel príncipe bisoño estremó su ceguedad hasta el punto de decretar una especie de ovacion á un caudillo de motin que habia quebrantado el derecho de jentes en la persona de un edecan del mariscal Lannes, enviado como parlamentario, mandó pasear triunfalmente al mencionado frenético por todas las calles de Viena, montado en el caballo mismo del oficial francés que habia sido cobardemente asaltado y mal herido.

El emperador era dueño de los arrabales, que forman las dos terceras partes de la poblacion de aquella capital. Allí organizó una guardia cívica y municipalidades que enviaron una diputacion al archiduque suplicándole que mirase por sus moradas; mas el príncipe se desentendió de la súplica y continuó el fuego. Entonces el emperador tuvo que disponer el bombardeo. Una batería de veinte morteros, colocada á cien toesas de las murallas, empezó el 11 a las nueve de la noche, y en menos de cuatro horas disparó mil y ochocientas bombas sobre la ciudad, la cual á poco rato estuvo ofreciendo allá una perspectiva de volcan inmenso, á cuya falda se revolvia acá y acullá atropelladamente un vecindario despavorido. Despues de mil conatos infructuosos contra la faena de los sitiadores, sabedor el archiduque de que los Franceses habian pasado un brazo del Danubio, y temiendo que le cortasen la retirada, salió arrebatadamente de la ciudad á



favor de la noche, dejando al jeneral O'Reilli el encargo de capitular. Con efecto, al rayar el dia, aquel jeneral mandó anunciar que iba á cesar el fuego, y poco despues envió una diputacion de que formaba parte el arzobispo de Viena, y Napoleon la recibió en el parque de Schœnbrunn.

El mismo dia 12, se apoderó Massena de Leopoldstadt. Por la tarde se firmó la capitulacion de Viena, y el 13 á las seis de la mañana, Oudinot, capitaneando sus granaderos, ocupó la plaza. Al punto se publicó la órden del dia siguiente:

« Soldados,

« Al mes cabal de haber atravesado el enemigo el Inn, en el propio dia y á la misma hora, hemos entrado en Viena.

« Sus landwehres, sus levas en globo, sus resguardos levantados por la saña desvalida de los príncipes de la casa de Lorena, no han contrarestado vuestras miradas.

« Los príncipes de esta alcurnia han desamparado su capital, no como soldados pundonorosos que se avienen á las circunstancias y á los reveses de la guerra, sino como perjuros á quienes persiguen sus remordimientos.

« Al huir de Viena, el incendio y la muerte han sido sus despedidas de los habitantes, y asemejados á Medea, han degollado á sus hijos por sus propias manos.

« El pueblo de Viena, huérfano y en total desamparo, segun la espresion de la diputacion de sus arrabales, será el objeto de vuestras atenciones. Tomo al vecindario bajo mi proteccion especial. En cuanto á los alborotadores y malvados, haré con ellos un escarmiento ejemplar.

« Soldados, sed avenibles con el paisanaje bondadoso, con este honrado pueblo que se hace muy acreedor á nuestro aprecio. No hay que engreirnos de todos nuestros triunfos; veamos en ellos una prueba de la justicia divina que castiga al ingrato y al perjuro.

« NAPOLEON. »

Persistia siempre en la guerra el ejército austríaco, aun despues del abandono de su capital. Al resguardo del Danubio, cuyos puentes habia volado en Viena y lugares circunvecinos, estaba en acecho de coyuntura adecuada para tomar la ofensiva. El puente de Lintz fué el primer punto de sus ataques; pero Vandamme le opuso porfiada resistencia, y Bernadotte, que acudió, logró derrotarlo completamente. Por su parte Napoleon estaba ansiosísimo de atravesar el rio para terminar aquella gloriosa campaña. Llamaba entónces su atencion la reconstruccion del puente. Massena habia ido colocando varios sobre los brazos del Danubio que riegan la isla de Lobau; y Napoleon determinó valerse de ellos para el tránsito de todo

el ejército. En tres dias los cuerpos de Lannes, Bessieres y Massena se hallaron trasladados á la isla, desde la cual se comunicaba con la orilla derecha por un puente de barcas de quinientas toesas de largo y que cubria tres brazos del rio. Otro puente de unas sesenta toesas de largo unia la isla con la orilla izquierda, y por él desembocaron sin tropiezo, el dia 21 de mayo, treinta y cinco mil hombres para colocarse en batalla desde Aspern hasta Essling. Pero á las cuatro de la tarde el archiduque Carlos, que habia reunido todos los restos de los diferentes cuerpos austriacos derrotados en Baviera y que habia hecho avanzar sus reservas, se presentó al frente de cien mil hombres y se descolgó sobre los cuerpos de Massena, Lannes y Bessieres, que eran los únicos del ejército frances que habian pasado á la izquierda del Danubio. Massena fué el primero atacado en Aspern y se mantuvo a pesar de la inferioridad del numero haciendo prodijios de valor; lo mismo ejecutó Lannes en Essling, mientras que Bessieres daba brillantes cargas de caballeria contra el centro del enemigo situado entre ambas aldeas.

Cesó el fuego al cerrar la noche. Los cien mil Austriacos del príncipe Carlos no habian podido conseguir que retrocediesen una pulgada los treinta y cinco mil Franceses de Massena, Lannes y Bessieres. Llegan los refuerzos y fatalísima jornada espera el dia siguiente al archiduque. Con efecto, los granaderos de Oudinot, la division de San Hilaire, dos brigadas de caballeria lijera y el tren de artilleria pasaron los puentes de noche y ocuparon sus posiciones en la linea de batalla. Napoleon lo dispuso todo para una gran victoria. A las cuatro de la mañana el enemigo volvió a dar la señal del avance, atacando la aldea de Aspern; pero Massena estaba alli para defenderla. Aquel guerrero esclarecido, cuyo denuedo, serenidad y conocimientos militares nunca descollaban mas altamente que en los trances apurados, no se contentó con rechazar á los Austriacos en todos sus ataques; tomó pronto él mismo la ofensiva y arrolló las columnas que se le oponian. Al mismo tiempo Lannes y la nueva guardia se arrojaba allá contra el ejército austriaco con el intento de zanjar la comunicacion de entrambas alas. Todo cedió ante el heróico mariscal, y la victoria era ya cierta y decisiva, cuando á las siete de la mañana informaron al emperador que una avenida del Danubio arrebatando plantios, balsas y hasta los rastros de habitaciones, se habia llevado el gran puente que enlazaba la isla de Lobau con la orilla derecha y que formaba el único medio de comunicacion entre los cuerpos empeñados en la orilla izquierda y el resto del ejército francés. Con tamaña novedad, Napoleon no teniendo mas que cincuenta mil hombres para hacer frente á cien mil, manda suspender el movimiento hácia delante, dando órden a sus mariscales de que conserven solamente sus posiciones para efectuar despues su retirada á la isla de Lobau. Cúmplese puntualmente la órden. Jenerales y soldados sostienen

esforzadamente el honor de la bandera francesa. El enemigo, sabedor de la rotura de los puentes que habian detenido el parque de reserva del ejército francés, privándole así de municiones, se atreve á tomar la ofensiva sobre todos los puntos. Ataca al mismo tiempo Aspern y Essling por tres veces y otras tantas queda rechazado. El jeneral Mouton descuella capitaneando los fusileros de la guardia. El mariscal Lannes, á quien el emperador habia encargado conservar el campo de batalla, desempeña heróicamente aquella disposicion, y coopera eficazmente á salvar tan preciosa porcion del ejército francés, cuya existencia acababa de comprometer un fracaso. Pero aquel servicio señalado era el postrero que tan esclarecido guerrero debia hacer á su pais y al gran capitan, que era mas bien su amigo que su amo. Una bala le lleva el muslo al terminarse la jornada, y aunque se le hace la amputacion y con un éxito que infunde esperanzas, no vienen estas á realizarse. Llevan en hombros al mariscal ante el emperador, quien no puede contener sus lágrimas al ver herido de muerte á uno de sus mas queridos compañeros de armas. « Preciso era, dice, volviéndose á los que le rodeaban, que golpe tan atroz traspasase mi corazon en este dia para que pudiese hacerme trascordar á mi ejército. » Lannes, que habia perdido todo el conocimiento, recobró el sentido hallándose junto á Napoleon, y arrojándose á sus hombros le dice: « Dentro de una hora habréis perdido al que muere con la gloria y el convencimiento de haber sido y de ser



vuestro mejor amigo. » El mariscal vivió todavia diez dias y se abrigó en ellos la esperanza de salvarlo, pero una calentura maligna le arrebató el 31 de mayo en Viena. « En el momento de dejar la vida, ha dicho Napoleon, el hombre se apega a ella con todo su ahinco. Lannes, el mas valiente de todos los hombres, aunque privado de entrambas piernas, no queria morir..... A cada instante andaba el desventurado preguntando por el emperador; se asia de mi con lo que le quedaba de vida; no queria y no pensaba sino en mi. Especie de instinto; pues seguramente amaba mas entrañablemente á su mujer y á sus hijos, y sin embargo no hablaba de ellos, porque nada podia esperar; él era quien los resguardaba, mientras por el contrario yo era su protector. Yo era en confuso como algo allá superior, era su providencia, y me imploraba..... Imposible se hacia, añadia Napoleon, imposible ser mas valiente que Murat y Lannes. El primero no habia pasado de valiente, pero el talento de Lannes se habia engrandecido y ajigantado al nivel de su valor..... Si hubiese vivido en estos últimos tiempos, no creo que cupiera en su pundonor el menor menoscabo..... Era uno de aquellos varones capaces de cambiar la faz de los negocios por su influjo y su prepotencia personal. »

La batalla de Essling dió otro golpe al afecto privado del emperador y arrebató al ejército, en el jeneral San Hilaire, uno de sus mas esforzados y entendidos caudillos. « En aquel dia, dicen las *Memorias de Napoleon*, fenecieron los jenerales, duque de Montebello y San Hilaire, dos héroes, los mejores amigos de Napoleon; quien prorumpió en lágrimas por ellos. No amainara su teson por los fracasos, y no fueran infieles á la gloria del pueblo francés. » Estas pérdidas crueles causaron sumo desconsuelo al emperador y clavaron dolorosamente su pensamiento en la no nada de los negocios humanos. Escribiendo á Josefina el 31 de mayo y franqueándole su quebranto con motivo de la muerte de Lannes, que habia fallecido aquella mañana, prorumpió en esta amarga reflexion: « Así se acaba todo, » olvidando en aquel momento la grandiosidad de su obra y la inmensidad de su gloria que esperanzaba perpetuar, y la opinion de aquella posteridad á la que estaba tributando cultos, y cuya justicia no podia fallar ni para él ni para sus inmortales compañeros de armas.

La jornada de Essling, sumamente esclarecida para las armas francesas, dejó sin embargo la victoria indecisa: ambas partes se atribuyeron el triunfo. A los ojos de la Europa era un revés para Napoleon, habituado a anquilar al enemigo, el no haber podido desalojar esta vez á los Austriacos de sus posiciones y haber tenido que guardar las suyas por un incidente imprevisto y la inferioridad de sus fuerzas. El emperador se hizo cargo de que tamaña pausa produciria un efecto moral en estremo desabrido, así en Francia como en los demás paises, para que insistiese en no agravar su trascendencia con movimientos retrógados. Determinó pues mantenerse en

la isla de Lobau, que al principio no habia debido ser mas que una especie de depósito para el tránsito del Danubio, y en la cual la avenida del rio y la rotura de los puentes acababan de acorralarle con una porcion de su ejército.

Por su parte el príncipe Cárlos, sobresaltado con los movimientos de Davoust, que estaba bombardeando á Presburgo, no se atrevió á tomar la ofensiva y se decidió á fortificarse entre Aspern y Enzersdorf.

Sin embargo Napoleon activaba la recomposicion de los puentes, y muy en breve se hallaron restablecidas las comunicaciones de la isla con la orilla derecha. Luego se supo que el ejército de Italia á las órdenes del príncipe Eujenio habia derrotado completamente en San Miguel, el cuerpo austríaco de Iellachich, tres dias despues de la batalla de Essling, y que los vencedores habian verificado su incorporacion con el ejército de Alemania en las alturas del Simmering. Tan próspero acontecimiento se notició á las tropas en la proclama siguiente:

« Soldados del ejército de Italia,

« Alcanzasteis allá esclarecidamente mi anhelado objeto; el Simmering ha presenciado vuestra incorporacion con el grande ejército.

« Sed bien venidos, y estoy muy pagado de vuestro desempeño. Sobrecojidos alevosamente sin que vuestras columnas se hubiesen reunido, tuvisteis que cejar hasta el Adijio; pero cuando recibisteis la órden de marchar adelante os hallabais en el memorable campo de Arcola, y allí triunfar jurasteis sobre los manes de nuestros héroes. Habeis cumplido vuestra palabra en la batalla de la Piava, en los choques de San Daniel, Tarvis, Goriza..... La columna austríaca de Iellachich, que entró la primera en Munich y dió la señal de los asesinatos en el Tirol, envuelta en San Miguel, ha caido bajo vuestras bayonetas; y habeis así luego ajusticiado á esos restos que se habian salvado del furor del grande ejército.

« Soldados, ese ejército austríaco de Italia que mancilló momentáneamente mis provincias con su presencia y se jactaba de estrellar mi corona de hierro, derrotado, disperso y aniquilado, gracias á vosotros, será un ejemplo de la verdad de esta divisa: Dios me la da, ah de quien la toque. »

Siguió á la incorporacion de Eujenio una nueva victoria alcanzada contra el archiduque Juan y el archiduque Palatino de Raab, el 14 de junio, cumpleaños de las batallas de Marengo y de Friedland. Marmont se reunió tambien con el ejército grande y terció en el ámbito de operaciones del emperador, despues de haber triunfado en Dalmacia. Desde entónces Napoleon vió que habia llegado el trance de dar el golpe decisivo para el cual, hacia un mes, se estaba preparando. Tras la sangre inservible, aunque gloriosamente derramada en Eylau, se le hizo imprescindible la de Friedland; y despues de Essling, le faltaba todavía Wagram, cuyo por-

menos estractamos del vijésimo quinto boletin, que participa primeramente el paso del Danubio, el 4 de julio á las diez de la noche, el incendio de Enzersdorf y algunas ventajas alcanzadas el dia 5.

BATALLA DE WAGRAM



«El enemigo, aterrado con los progresos del ejército francés y con las grandiosas resultas que iba consiguiendo por instantes, puso en marcha todas sus tropas, y á las seis de la tarde ocupó la posicion siguiente: su derecha desde Stadelau á Gerasdorf; su centro desde aqui a Wagram, y su izquierda de Wagram y Neusiedel. El ejército francés tenia su izquierda en Gross Aspern, su centro en Raschdorf, y su derecha en Glinzendorf. En esta posicion se daba por cumplida la jornada, estando ya dispuesto para la gran batalla del dia siguiente; pero se evitaba é interrumpia la posicion del enemigo, imposibilitándole el idear plan alguno, si por la noche se ocupaba la aldea de Wagram: entónces su línea, ya inmensa, sobrecojida de improviso y con los trances de la refriega, haria vagar á bulto y sin rumbo cierto los diferentes cuerpos del ejército y se alcanzaba sumo logro sin lance de la mayor entidad. Verificóse el avance sobre Wagram nuestras tropas toman aquella aldea; pero una columna de Sajones y otra de Franceses se tienen á oscuras por tropas enemigas, y queda frustrado el intento.

« Preparóse entónces la batalla de Wagram. Las disposiciones del jeneral francés y del austríaco aparecen inversas. El emperador pasa toda la noche agolpando fuerzas sobre su centro, en donde se hallaba en persona á tiro de cañon de Wagram. Al intento, el duque de Rívoli se encamina sobre la izquierda de Aderklau, dejando en Aspern una sola division con órden de cejar sobre la isla de Lobau, en caso de novedad. El duque de Auerstaedt recibe órden de estender su línea mas allá de la aldea de Grosshoffen para acercarse al centro. El jeneral austríaco debilita al contrario su centro para guarnecer y aumentar sus estremos, á los que iba dando mayor estension.

« El 6, al rayar el dia, el príncipe de Ponte-Corvo ocupa la izquierda teniendo en segunda línea el duque de Rívoli. El virey lo enlazaba con el centro en donde se hallan el cuerpo del conde Oudinot, el del duque de Ragusa, los de la guardia imperial y las divisiones de coraceros formando á siete ú ocho de fondo.

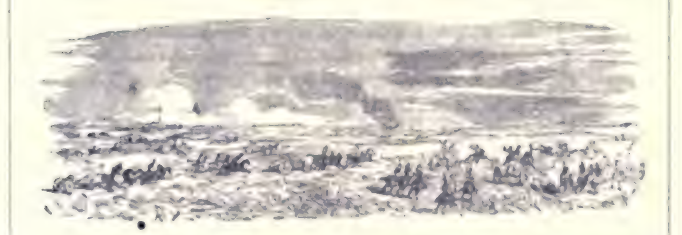
« El duque de Auerstaedt marcha desde la derecha para llegar al centro. El enemigo, por el contrario, pone el cuerpo de Bellegarde en marcha sobre Stadelau. Los cuerpos de Colowrath, de Lichtenstein y de Hiller, enlazan aquella derecha con la posicion de Wagram, en donde se halla el príncipe de Hohenzollern, y al estremo de la izquierda en Neusiedel por donde desemboca el cuerpo de Rosemberg para dilatar su línea sobre el duque de Auerstaedt. El cuerpo de Rosemberg y el del duque de Auerstaedt haciendo un movimiento inverso se tropiezan al rayar el sol, y dan la señal de la refriega. Acude el emperador ejecutivamente á aquel punto, manda reforzar al duque de Auerstaedt con la division de coraceros del duque de Padua, disponiendo que una batería de doce piezas del jeneral conde Nansouty coja de costado el cuerpo de Rosemberg. En menos de tres cuartos de hora, el hermoso cuerpo del duque de Auerstaedt da cuenta del cuerpo de Rosemberg, lo arrolla y persigue mas allá de Neusiedel, despues de causarle mucha pérdida.

« En aquel mismo punto se está entablando el cañoneo en toda la línea y las disposiciones del enemigo se ponen al golpe de manifiesto; toda su izquierda está guarnecida de artillería: aparenta el jeneral austríaco no pelear por la victoria ciñéndose únicamente al intento de utilizarla. Esta disposicion del enemigo se conceptuó tan desatinada que se temia algun lazo y que el emperador titubeó un rato antes de providenciar para escarmentar al enemigo. Da órden al duque de Rívoli para que ataque una aldea que ocupa el enemigo y que estrecha un tanto el estremo del centro del ejército. Manda al duque de Auerstaedt que envuelva la posicion de Neusiedel y siga hasta Wagram, disponiendo que el duque de Ragusa y el jeneral Macdonald formen en columna para tomar á Wagram en el momento en que desemboque el duque de Auerstaedt.

Entretanto llega aviso de que el enemigo está atacando desesperadamente la aldea tomada por el duque de Rivoli, que propasa á nuestra



izquierda por espacio de tres mil toesas, que se está oyendo ya recio cañoneo por la parte de Gross-Aspern, y que el intermedio desde aquel punto á Wagram se aparece guarnecido de inmensa artillería. Ya no cabe duda: está el enemigo cometiendo un yerro capital, y hay que aprovecharlo. El emperador manda al punto al jeneral Macdonald que forme en columna de ataque las divisiones de Broussier y de Lamarque: las acompaña con la division del jeneral Nansouty, la guardia de á caballo y una batería de sesenta piezas de la guardia y cuarenta piezas de diferentes cuerpos. El jeneral conde de Lauriston, al frente de aquella batería de cien piezas,



marcha al trote al enemigo y se adelanta sin disparar, hasta medio tiro de cañon, empezando allí un fuego horroroso que acalla el del enemigo y derrama la muerte por sus filas. Entónces el jeneral Macdonald rompe á paso de ataque al arrimo del jeneral de division Reille con la brigada de fusileros y tiradores de la guardia, y esta marcha por el frente para afian-

zar el avance. En un instante, el centro del enemigo pierde una legua de terreno; su derecha aterrada conoce el peligro de la posicion en que se halla y retrocede atropelladamente. El duque de Rívoli la ataca entónces de frente. Mientras que la derrota del centro deja despavorido al enemigo y ataja los movimientos de la derecha, su izquierda se halla embestida y amenazada por el duque de Auerstaedt, el cual, dueño ya de Neusiedel, ha trepado al páramo y marcha sobre Wagram. Las divisiones de Broussier y Gudin se han cubierto de gloria.

« Son los diez de la mañana, y ya aun los mas torpes dan por decidido el trance y por nuestra la victoria.

« A las doce, el conde Oudinot marcha sobre Wagram para auxiliar el avance del duque de Auerstaedt. Lo consigue y toma aquella posicion importantísima. Desde las diez, el enemigo tan solo seguia peleando en retirada; desde las doce, ya esta se mostraba patente y se ejecutaba sin arreglo, y antes que anocheciese, el enemigo se habia perdido de vista. Nuestra izquierda estaba colocada en Ietelsee y Ebersdorf, nuestro centro sobre Obersdorf, y la caballería de nuestra derecha se adelantaba hasta Sonkirchen.

« El 7 al amanecer, el ejército estaba en movimiento y marchaba sobre Korneuburgo y Wolkersdorf, teniendo avanzadas sobre Nicolsburgo. El enemigo, cortado por la Hungría y la Moravia, se hallaba estrechado por parte de la Bohemia.

« Tal es la narrativa de la batalla de Wagram, batalla decisiva y por siempre célebre en que trescientos á cuatrocientos mil hombres y mil doscientas á mil y quinientas piezas de artillería estaban peleando por grandiosos intereses en un campo de batalla escojido, premeditado y fortificado meses antes por el enemigo. Diez banderas, cuarenta cañones, veinte mil prisioneros, entre ellos cuatrocientos oficiales y gran número de jenerales, coroneles y mayores son los trofeos de esta victoria. Los campos de batalla están cubiertos de cadáveres, entre los que se cuentan los de muchos jenerales y el de un tal Normann, francés traidor á su patria que habia mancillado su sobresalencia contra ella. »

Por la tercera vez, Napoleon se hallaba dueño de la suerte de la casa de Lorena, á la que habia acusado de ingratitud y de perjurio ante la Europa y la historia: por la tercera vez aquel vencedor, tan violento en sus amenazas y tan terrible en sus reconvenciones, acoje solícito las proposiciones pacíficas de los provocadores de la guerra, cuyas esperanzas habia frustrado la jornada de Wagram, aniquilando al mismo tiempo todos sus recursos. El emperador de Austria pide una suspension de armas, y Napoleon se la concede, quedando firmada el 10 de julio en Znaim. Entáblanse inmediatamente las negociaciones para la paz; duran tres meses, y en este tiempo habita Napoleon el castillo de Schœnbrunn.

En aquella mansion sabe el desembarco de diez y ocho mil Ingleses en la isla de Walcheren, la capitulacion de Flesinga y las tentativas sobre Amberes. Al punto da órden á Bernadotte y al ministro Daru para que zelen el resguardo de esta última plaza. Con efecto, los Ingleses quedan rechazados y tienen que embarcarse de regreso á Inglaterra, despues de haber perdido las tres cuartas partes de aquel ejército espedicionario de resultas de enfermedades.

El emperador dispuso que se formase causa al jeneral Monet que no se habia defendido bastante en Flesinga.

Pero así como se muestra adusto con los que no han ejecutado en su concepto cuanto hubieran podido para salvar el blason frances, así se complace en vitorear y premiar el mérito de los valientes y aventajados que le auxiliaban poderosamente en los campos y en los consejos. Por tanto tras la batalla de Wagram nombró tres nuevos mariscales, Oudinot, Macdonald y Marmont.

El ejército francés se hallaba entónces situado en todos los puntos de Alemania, desde el Danubio hasta el Elba y desde el Rin hasta el Oder. Esta ocupacion, siempre gravosa para los habitantes, los predisponia para escuchar con agrado todas las declamaciones violentas que los ajentes de la Inglaterra y los emisarios de Viena y de Berlin hacian cundir contra la Francia y su caudillo. Las poblaciones alemanas ignoraban los pasos de la diplomacia, y poco enteradas de la falsedad de su chancillería, solo les constaba que la guerra era un azote para ellas y achacaban naturalmente la responsabilidad á quien invadia su territorio y se aparecia insaciable en sus conquistas. De aquí empezó á fermentar desde entónces en la Jermania un odio nacional contra Napoleon que preparó nuevos y temibles enemigos entre los pueblos al representante del principio popular que hasta entónces habian sido desvalidos entre los soberanos.

Asomaron los primeros ímpetus de aquella antipatía en Schœnbrunn con la tentativa de un jóven fanático llegado de Erfurth á Viena para asesinar á Napoleon. Sobrecojido en el trance, se mantuvo sereno é inalterable, sin manifestar el menor arrepentimiento; y mostrando solamente pesar de no haber muerto al emperador. Napoleon, quiso escudriñarle él mismo acerca de su pais, familia, relaciones y costumbres. Declaró que se llamaba Straps de Erfurth, y que era hijo de un ministro luterano, que nunca habia conocido á Schill ni á Schneider, y no estar hermanado con los fracmasones ni los iluminados. Preguntóle el emperador, como no habia tratado de matarle cuando estuvo en Erfurth. «Entonces dejabais respirar á mi pais, respondió, y creia la paz asegurada.» Este jóven no habia intentado pues traspasar á Napoleon, sino al autor de la guerra, al conquistador infatigable, al perturbador del sosiego europeo. Si los pueblos de Alemania hubiesen conocido mejor la verdadera planta de los ne-

gocios y los provocadores efectivos de la guerra, su encono se asestara y su brazo se alzara contra sus propios gobiernos. Napoleon se enteró por las respuestas de aquel jóven, hasta qué punto la política mendaz de sus enemigos habia acalorado las cabezas en Alemania. Dicen que hubiera que-



rido indultar á Straps, cuya lisura y teson le habian interesado, y á quien por otra parte conceptuaba ciego instrumento de las pasiones enardecidas por la vieja diplomacía. Pero sus órdenes no llegaron á tiempo. El jóven aleman recibió la muerte con la mayor frescura voceando: ¡viva la paz, viva la libertad, viva la Alemania!

La paz, que tambien tenia sus parciales en el suelo jermánico, se firmó finalmente en Viena el 14 de octubre de 1809. El emperador de Austria se allanó á nuevas concesiones territoriales para la Francia y la Sajonia, etc.

El czar, cuyos anhelos durante la guerra se habian exhalado probablemente por los enemigos de la Francia, participó tambien de los despojos de sus aliados secretos: Napoleon, que creia siempre en la sinceridad de las demostraciones de Erfurth, hizo dar á Alejandro la parte oriental

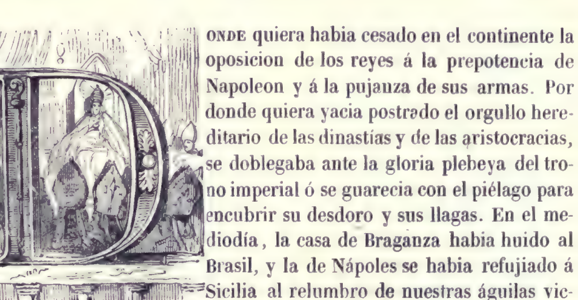
de la antigua Gallicia, abarcando un vecindario de cuatrocientas mil almas. Luego que se firmó el tratado, marchó de Schœnbrunn para regresar á Francia, y llegó el 26 de octubre á Fontainebleau.





CAPITULO XXX.

Contiendas con el papa. Incorporacion de los estados romanos con el imperio francés.



DONDE quiera habia cesado en el continente la oposicion de los reyes á la prepotencia de Napoleon y á la pujanza de sus armas. Por donde quiera yacia postrado el orgullo hereditario de las dinastías y de las aristocracias, se doblegaba ante la gloria plebeya del trono imperial ó se guarecia con el piélago para encubrir su desdoro y sus llagas. En el mediodía, la casa de Braganza habia huido al Brasil, y la de Nápoles se habia refujiado á Sicilia al relumbro de nuestras águilas victoriosas, al paso que los Borbones de España habian acudido á implorar

en Bayona el arrimo de Napoleon y entregarle su corona. En el Norte no estaban menos humillados los altivos linajes; las casas de Lorena y de Brandeburgo, poco ha tan engreidas y rencorosas, tenian que amainar sus vuelos y solicitar el dictado de aliados de su vencedor. Por su parte el soberbio autócrata, el caudillo de la alcurnia esclarecida de Romanow, habia aparentado dejar el papel caballeresco de primer campeon del derecho divino, para decirse y proclamarse por donde quiera el celebrador y amigo del prohombre á quien el móvil revolucionario entronizó sobre la Francia, y á cuya corte andaba redoblando embajadas y regalos. Las potencias menores y las repúblicas se habian visto imprescindiblemente arrolladas en aquella oleada inmensa de rendimiento universal: las altezas alemanas se habian puesto bajo la proteccion del invicto conquistador, y los republicanos bátavos le habian pedido un rey de su alcurnia, al paso que los de Italia le daban la corona de hierro y que la confederacion helvetica aceptaba su mediacion tan temible.

Sin embargo en medio de la postracion jeneral que causaban en unos el pasmo y en otros la zozobra, en aquel cuadro grandioso de la sujecion comun de las monarquias y de las repúblicas, asomaba allá cierto claro. En un rincon de Europa, al estremo de la Italia, el mas débil de los soberanos políticos osaba contrarestar solo al dominador universal, y no temia desentonar con su oposicion, su vituperio y sus amagos, el concierto de alabanzas y adulaciones que estaba resonando de estremo á estremo del continente. Aquel príncipe pertinaz, aquel órgano postrero de la resistencia de lo pasado á las demandas del hombre del dia, era el papa, el mismo que habia dejado el palacio Quirinal para consagrar á Napoleon en Paris.

El papa, tan poco temible como príncipe temporal, ¿acaso podia contar todavia con el efecto de los rayos espirituales? ¿Descollaba en Roma rebosando de pujanza y vida la edad media que se desplomaba ó bamboleaba por todas partes? ¿Habian padecido menos al empuje mortal del tiempo los institutos relijiosos y las creencias políticas en las que habian fundado su imperio los soberanos y la aristocracia?

Allí estaba la historia pregonando lo contrario. Doscientos años atras se habia escrito de Francia á la santa sede que sus bulas se helaban al pasar los Alpes. Tres siglos hacia que el espíritu filosófico, las teorias liberales y el libre escrutinio habian cercenado casi todo el Norte de Europa del señorío pontifical. Habia la racionalidad brotado en Alemania con las cuestiones relijiosas, rebelándose contra las potencias y soberanias de la edad media. La revolucion en la iglesia habia acarreado en Inglaterra la revolucion en el estado. Verdad es que en Francia el cisma y la herejia habian al parecer respetado el trono de san Luis, ó a lo menos no habian logrado aposentarse en él; pero nada habia aventajado la fe romana con

esta conservacion oficial del reino cristianísimo. Sin hablar de los ataques dados á las tradiciones del Vaticano con la aparicion del galicanismo que intentó humillar el númen de Hildebrando ante el de Bossuet, un revolucionario mas osado, poderoso y radical que el cisma y la herejía, habia invadido todas las clases de la sociedad francesa, y este era la filosofía. No era su afan el contraponer altares nuevos á los antiguos, sino trastornar todos los cultos salpicando de dudas todos los dogmas, y este arrojo habia logrado su intento. Montaigne y Descartes, Voltaire y Rousseau habian sido para la santa sede enemigos mas azarosos que Lutero y Calvino.

No cabia en Pio VII desentenderse de esta verdad que han ido pregonando sus mismos sucesores en solemnes y amargas lamentaciones. Pero Pio VII era depositario de una potestad que habia avasallado á los reyes y gobernado sin contraste la conciencia de los pueblos, cuando el sacerdocio, único poseedor de toda ciencia y estudio, y centinela descubridora de la civilizacion, era tambien el único amparo de los pueblos contra las demasías de la irracionalidad feudal. Engreido con este recuerdo y al arrimo tambien de la fe que le mostraba el oríjen de su autoridad en el cielo, no se hacia cargo el pontífice romano de la relajacion de las creencias sino como una aberracion accidental del entendimiento humano, y tanto por altanería como por su instituto, no le cabia alcanzar que la decadencia de su doctrina hubiese alterado el principio y debia trascender hasta su dignidad suprema.

Pero este empeño del papa era solo una ilusion gallarda. No cabe duda en que la potestad espiritual, civilizadora del mundo feudal, no se habia desplomado tanto como el feudalismo. Natural era que las máximas relijiosas que habian sobrepuesto el clero á la nobleza en el tiempo de su esplendor comun, contuviesen un tanto su esterminio. Ningun vacío dejaba en el estado la desaparicion de la aristocracia, pero no hubiera sucedido otro tanto con la del sacerdocio; porque si es obvio á la filosofía, trastornadora del órden político, sustituirle otro nuevo, formar una república ó una monarquía, labrar una constitucion, plantear un gobierno, idear una policía, y finalmente hallar hombres y leyes para salvar interinamente y con mas ó menos acierto lo material de la sociedad arrollando desconciertos, nada de esto cabe en el órden relijioso. Allí no hay organizacion inmediata que esperar, ni voto de dogmas, ni encumbramiento arbitrario y repentino de individuos. Entónces las creencias añejas, en medio de su menguante, quedan allá como escombros grandiosos á cuyo abrigo se acojen cuantos tienen que orar y creer, cuantos viven de hábitos á falta de fe.

Aquella perseverancia servil del conjunto de los fieles, suficiente para mantener algun asomo de movimiento en los templos y encubrir la indiferencia de las almas bajo las esterioridades de un ejercicio sin trascendencia; aquella perpetuidad del culto en medio del desmoronamiento de

las doctrinas y de las creencias, pudo solo engañar á la potestad espiritual acerca de su verdadera situacion, é inducirla á conceptuar que aun le quedaba poderío para hablar á los reyes y emperadores el altivo lenguaje del monje de Cluny.

Desde 1805, poco despues de la coronacion del emperador, Pio VII habia querido realizar las esperanzas que le habian determinado á tramontar los Alpes para consagrar en Paris la revolucion francesa en la persona de Napoleon. Estaba pidiendo de continuo que se le entregasen las legaciones y se engrandeciese su territorio. Esta concesion no cuadraba con las miras del emperador sobre Italia, y quedó siempre desatendida. Entonces el pontífice se arrepintió de haber franqueado su ministerio supremo para un acto que escluia del trono de Francia « á los hijos primojénitos de la iglesia. » Su pesar y desagrado se manifestaron en sus palabras, en sus cartas y en todos sus pasos. Rehusó obstinadamente la institucion canónica de los obispos nombrados por el emperador con arreglo al concordato, y siguió franqueando sus puertos á los Ingleses.

Esta conducta enojó á Napoleon y escribió al papa el 13 de febrero de 1806:

« Por intereses mundanos se dejan perecer las almas.....

« Vuestra santidad es soberana de Roma; pero yo soy su emperador y todos mis enemigos deben serlo suyos. » Pio VII respondió como lo hubieran hecho los Bonifacios y Gregorios: « El sumo pontífice no reconoce ni nunca reconoció potestad alguna superior á la suya..... El emperador de Roma no existe.... El vicario de un Dios de paz debe comunicarla á todos sin hacer distincion de católicos ó herejes. »

No cabia en contestacion tan altiva y desentonada el aplacar la destemplanza del emperador. Insistió, amenazó; pero fue en vano. Pio VII alegaba que se atenia á los términos del concordato que no fijaba plazo para la institucion canónica, y no queria desprenderse de lo que llamaba un medio de accion para la santa sede sobre los gobiernos y los pueblos. Las necesidades de sus súbditos, sus principios de paz y la caridad universal le imponian la admision de los Ingleses en sus puertos.

El encargado de negocios de Napoleon trató de hacer cargo al papa de que semejante lenguaje y sus ilaciones eran intempestivas, y que solo servirian para acarrear alguna tormenta sobre Roma. El papa se mantuvo inflexible. « Si me quitan la vida, le dijo al ministro francés, mi sepulcro me será honorífico y quedaré sincerado á los ojos de Dios y en la memoria de los hombres..... Si el emperador ejecuta sus amenazas y no quiere reconocerme como príncipe soberano, tampoco yo le reconoceré como emperador: si yo quedo mal, él no quedará muy bien. » Pio VII estaba persuadido que una maldicion de su boca seria muy aciaga para Napoleon, y que la santa sede solo podia ir á ganar en un rompimiento absoluto

« La persecucion, decia, producirá el cisma, único medio de salvar la iglesia. »

Todas estas espresiones de altivez y de terquedad, referidas al emperador por su plenipotenciario, no hacian mas que sobrecojerle, desconsolarle é indisponerle cada vez mas. El 1°. de mayo de 1807, escribió desde las márjenes del Vistula al príncipe Eujenio, entónces virey: «Con que el papa no quiere que yo tenga obispos en Italia. Si eso es servir la relijion, ¿cómo deben obrar los que quieren perderla? »

El resultado de las campañas de Prusia y de Polonia no alteró la determinacion de Pio VII. Despues del tratado de Tilsitt, sabedor del rendimiento de los potentados del Norte á las miras de Napoleon, persistió el papa en oponer al vencedor de Friedland la supremacía de la santa sede sobre todas las potestades de la tierra. Entónces Napoleon acordó, de vuelta á Paris, enviar desde Dresde á su ministro en la corte de Roma una larga carta en la que sentenciaba ya desde su escaño las pretensiones pontificias y anunciaba que si se hacia preciso, iria á responder personalmente al papa en la misma Roma. « Su Santidad, le dice, ¿creeria acaso que son menos sagrados los derechos del trono que los de la tiara? Habia reyes antes que hubiese papas..... Dicen que quieren denunciarme á la cristiandad. En eso hay una equivocacion de fecha de mil años... Dos años hace que la corte de Roma predica á la sordina una rebelion jeneral. Si lo consiento al papa actual, á ningun otro papa se lo consintiera. ¿Qué pretende hacer con denunciarme á la cristiandad? ¿Poner mi trono en entredicho? ¿escomulgarme? Pues qué, ¿piensa que se les caerán las armas de las manos á mis soldados? ¿Cree poner el cuchillo en manos de los pueblos para degollarme? Papas furibundos ha habido que han predicado tan infame doctrina; pero aun se me hace cuesta arriba el creer que Pio VII esté en ánimo de imitarlos. Entónces no me quedaria mas arbitrio que cortarme el cabello y encerrarme en un claustro..... Es tanta la estravagancia, que no puedo menos de contristarme con ese devaneo de que adolecen los dos ó tres cardenales que manejan los negocios de Roma.

« El papa actual se ha tomado el afan de venir á mi coronacion. He conocido en este paso á un santo prelado; pero queria que le cediese las legaciones. No he podido ni he querido hacerlo. El papa es demasiado poderoso..... Amenaza que apelará al pueblo. Por consiguiente apelará á mis súbditos, ¿y qué le dirán estos? Le dirán, como yo, que quieren la relijion, pero que no quieren tolerar nada de una potencia estranjera..... Yo tengo mi corona de Dios y de la voluntad de mis pueblos. Siempre seré para la corte de Roma un Carlomagno, y no un Luis el Manso. Si los sacerdotes de Roma creen conseguir un engrandecimiento temporal valiéndose de sutilezas, se engañan. No daria las legaciones por una reconciliacion. »

No hay duda en que ofrecia un grandioso espectaculo aquel ademan de entereza inalterable de un pontifice desarmado á la faz de un conquistador bajo cuya espada temblaba y se rendia toda la Europa; pero las pretensiones y amenazas pontificales no dejaban de encerrar, como decia Napoleon, un yerro de fecha de mil años. En vano se afanaba Roma: la prepotencia moral y el temple brioso de su obispo no podian devolverle su antiguo poderio y solo servian para dar realce á un individuo majestuoso. Poco importa que la ciudad eterna bendiga ó maldiga en adelante: ningun principe hace alto en ella, porque ningun pueblo aguarda ya de ella la señal de la sumision ó de la desobediencia, de la adhesion ó del despego respecto á sus caudillos. Roma asi lo ha querido. Despues de haber dominado los reyes á favor de los pueblos en nombre de la civilizacion, entonces cristiana, se coligó con los reyes contra los pueblos bajo la bandera de las preocupaciones y de los abusos, cuando la civilizacion, dejando en sus continuas y progresivas trasformaciones la túnica del sacerdote para tomar el manto del filósofo, vino á verter por el orbe especies nuevas y arrojadas, mas avenibles con las doctrinas del Evanjelio que con las costumbres de un sacerdocio admitido por la potestad temporal á la participacion de los privilejios politicos y el embeleso de la vida mundana.

Entónces las imprecaciones soberanas del Vaticano ya no se asestaron contra las violencias y los escesos del opresor feudal, sino contra la razon indócil y los deseos de emancipacion del pueblo oprimido. Ajustóse la alianza entre la corona y la tiara sin distincion de creencias relijiosas. La soberania, ya hereje ó cismática, merecio mas agrado en Roma que la libertad ortodoxa. Esta lo ha tenido presente, y cuando la Providencia dió la señal de las revoluciones y á los pueblos la potestad de fulminar allá unos mismos anatemas, los traspasaron al baron y al clérigo que se habian hecho sus auxiliares. El rayo ha venido al par á caer sobre los palacios episcopales y las mansiones soberanas. Las potestades encontradas en la edad media han sellado su reconciliacion amenazadas por la tormenta. Habian abusado mancomunadamente de su prepotencia, y allá han zozobrado de pareja. Alli do la mofa del filósofo y la afluencia traspasante del tribuno habian rasgado el manto rejio, tambien se han podido notar manchas indelebles y jirones irreparables hechos á la purpura romana, y han trascendido á la santa sede los vaivenes y conmociones que andaban volcando solios.

Asi pues, cuando Pio VII sigue clamando por la supremacia universal de que gozaron sus predecesores, sin hacer caso de la diferencia de los tiempos, esta tentativa tan solo merece conceptuarse como un anacronismo sin trascendencia. Por mucho que se encarame sobre el orgullo hereditario del Vaticano y ostente desde la cumbre del Quirinal sus rayos apagados, el potentado á quien amenaza esta demostracion tiene ya muy

conocida su inutilidad; sabe que no es un papa temible de la edad media el que se levanta contra él, sino allá una sombra desvalida, y que no se requiere mucho denuedo para arrostrar la escomunion en medio de un pueblo que no cree como él en la resurreccion de lo pasado, y en cuyo regazo el alarido alborotador exhalado por la venerable cabeza de la cristiandad apenas conmueve algunas almas en el recinto de los presbiterios y de las basílicas.

Sin embargo, Pio VII, al paso que esgrime la embotada cuchilla de Gregorio VII y de Sixto V, se muestra dispuesto á recibir en su palacio al formidable enemigo que le anuncia una próxima visita. «Si tal intento se realizara, á nadie, dice, cederíamos el honor de obsequiar á tan esclarecido huésped. El palacio del Vaticano, que mandaríamos preparar, estaria destinado para el alojamiento de V. M. y su comitiva.»

Pero el emperador no pudo ejecutar aquel viaje. Los negocios de Portugal y los de España le detuvieron en Paris, mas pronto á marchar hácia los Pirineos que á pasar los Alpes. Sin embargo continuaron las negociaciones con la santa sede por la mediacion de los ajentes diplomáticos, y siempre con poco éxito. El papa se resistió mas que nunca á las urjencias de Napoleon, y este persistió por su parte en no acceder á los deseos del pontífice, de modo que se hacia ya inevitable el rompimiento. «Cesen pues las negociaciones, escribió Napoleon á su ministro, el 9 de enero de 1808, ya que el papa así lo quiere, y que en adelante no haya ninguna relacion pacífica entre sus estados y los de S. M.»

Esto era pregonar que las tropas francesas ocuparian muy luego los estados romanos. Pio VII no podia menos de entenderlo, y así dijo al ajente de Francia en una audiencia que le dió á fines del mismo mes: «No habrá resistencia militar. Me retiraré al castillo de San Anjelo. No se tirará un tiro; pero será preciso que vuestro jeneral mande derribar las puertas. Yo me colocaré á la entrada del fuerte. Las tropas habrán de pasar sobre mi cuerpo, y el universo sabrá que el emperador ha hecho pisar á quien lo consagró. Dios hará lo demás.»

No hay duda de que todo era asombroso en este lenguaje. El pontífice se mostraba grandioso en su resignacion y sublime en sus esperanzas; pero esta entereza y confianza tan solo estribaban en la fe aislada de sacerdote soberano, cuyas prendas estaban condecorando. Dios no tenia ya nada que hacer por el papazgo, y el universo, poco afanado en conmoverse por él, ni siquiera echaba de ver sus peligros y sus quejas.

Segun las previsiones de Pio VII, el emperadar dispuso y mandó la ocupacion militar del patrimonio de San Pedro. Algunos destacamentos de tropas francesas bastaron para marchar á la conquista de una ciudad que habia sido dos veces árbitra del mundo y cuyo inmenso dominio habia recibido otras tantas la promesa de la eternidad. Por demás hubiera esta-

do todo aparato de fuerzas militares. La reina de las naciones habia des aparecido; ya no velaba en el Capitolio el númen de la antiguedad, y el de la edad media estaba espirando en el Vaticano; el signo que hizo vencer a Constantino se inclinó pues sin resistencia ante las águilas de Napoleon, cuyos soldados pudieron decir, al apoderarse sin disparar un tiro de la grandiosa capital, que en lo sucesivo la ciudad eterna ya no era mas que un magnífico mausoleo y la tumba yerta y solitaria de los pontífices y de los Césares.

Este derrocamiento, no menos estruendoso que el de Bayona, redondeaba el triunfo de la revolucion francesa. En medio de las contiendas de Pio VII y de Napoleon, el sistema moderno habia venido á dar á luz su prepotencia y zanjar por fin las grandezas romanas, plantando sus insignias en las cupulas de la orgullosa metrópoli de lo pasado, sin encontrar la menor oposicion, sin mover á protestas á los pueblos y a los reyes de la cristiandad, sin enarbolar en el universo católico la señal de una nueva cruzada.

La inflexibilidad del papa no se dió empero por vencida con la invasion de sus estados. En desempeño de su amenaza, lanzó Pio VII una bula de escomunion contra el emperador, cuando vió que este último no era menos inmutable que el en sus resoluciones y que la ocupacion militar de Roma se iba dilatando indefinidamente. « Por la autoridad de Dios Todo poderoso, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, dice el santo padre, declaramos que así vos como todos los que han cooperado en el atentado que acabais de cometer, habeis incurrido en la escomunion, etc. etc. »

Napoleon se hallaba en Viena, enramado con los laureles de Eckmuhl y de Ratisbona, cuando supo la publicacion de aquella bula. Al punto determinó exijirle al papa la incorporacion del dominio pontifical al imperio frances, y en caso de negativa, apoderarse de su Santidad. El jeneral Radet fué el comisionado de tan desabrido encargo. Al intento se presenta en el palacio Quirinal por la noche del 5 al 6 de julio de 1809 é insta eficazmente á Pio VII para que consienta en la cesion de su dominio temporal, evitando asi las providencias violentisimas á que le espondria una resistencia infructuosa. « No puedo, ni debo, ni quiero, responde el pontifice. Prometi ante Dios conservar á la santa iglesia todas sus posesiones, y nunca faltaré al juramento que hice de mantenerlas. » El jeneral replicó: « Santo padre, siento en el alma que vuestra Santidad no acceda á esta demanda, porque no haceis mas con ese empeño que esponeros a nuevas tribulaciones. » — El papa: « Ya lo he dicho; nada en la tierra puede hacerme mudar de propósito, y estoy pronto á derramar la ultima gota de mi sangre y á perder al instante la vida antes que venir á quebrantar el juramento que hice ante Dios. » — El jeneral: « La determinacion que tomais

será quizá para vos el oríjen de grandes calamidades. » — El papa : « Estoy decidido, y nada puede alterar mi ánimo. » — El jeneral : « Ya que tal es vuestra determinacion, siento las órdenes que me ha dado mi soberano y el encargo que me ha cometido. » — El papa : « A la verdad, hijo mio, esta comision no llamará sobre vuestra cabeza las bendiciones del cielo. » — El jeneral: « Santo padre, preciso es que vuestra Santidad venga conmigo. » — El papa : « ¿Y es ese el reconocimiento que se me reserva por todo cuanto he hecho por vuestro emperador? ¿Es este el galardon debido á mi gran condescendencia con él y con la iglesia galicana? Pero quizá soy en este punto culpado ante Dios; quiere castigarme, y me conformo con humildad. » — El jeneral : « Tal es mi comision, siento ejecutarla, porque soy católico é hijo vuestro. » Entónces el cardenal Pacca pide que el santo padre pudiera llevar consigo las personas que espresaria; pero el jeneral responde á su eminencia que, segun las órdenes del emperador, solo él puede acompañar al papa. — « ¿Y cuánto tiempo se nos concede para los preparativos del viaje? » replicó el cardenal. — « Media hora, » contesta el jeneral. Entónces el pontífice se levanta y solo pronuncia estas palabras : « Vamos, hágase conmigo la voluntad de Dios. »

Un coche aguarda al papa á una de las puertas del palacio. Pio VII sube en él con el cardenal Pacca. El jeneral Radet se sienta delante en un birlocho. En la puerta del Pueblo estaba dispuesto otro coche para los augustos viajeros. El oficial francés quiso utilizar aquel tránsito para renovar sus instancias al papa. — « Aun es tiempo, le dice, que vuestra Santidad renuncie á los estados de la iglesia. » — « No, » repite despegadamen-



te el pontifice, y la portezuela del coche se cierra inmediatamente. A los pocos minutos se halla fuera de Roma y en el camino de Florencia. Algunos biógrafos han supuesto que el jeneral Radet habia encargado posteriormente al pintor Benvenutti un cuadro que representaba la salida del papa de Monte Cavallo con todos los personajes que lo acompañaban.

«El desgraciado pontifice, dice M. de Bourrienne, anduvo errante de ciudad en ciudad, sin que nadie quisiera albergar á tan ilustre prisionero. Elisa lo envió de Florencia á Turin, y el principe de Borghese lo envió desde Turin al interior de la Francia. Tuvo invariablemente por guardia de honor una partida de jendarmes; y finalmente Napoleon lo remitió á Savona en el gobierno del principe Borghese, sin duda para recordar allá estudiadamente á su cuñado que antes de lograr emparentar con él, habia tenido por ensalzador á Paulo V. Como quiera que sea, este suceso desagradable no conduciria para opinar que el cielo se complace en vengar prontamente los atentados contra la cabeza de la iglesia, porque el mismo dia que siguió á la noche en que el papa fué arrebatado de Roma, resplandeció la victoria de Wagram.»

Desde el palacio imperial de Schœnbrunn y durante las negociaciones de la paz con el Austria, envió Napoleon al jeneral Miollis, comandante militar de Roma, órden para ejecutar el decreto que incorporaba los estados del papa con el imperio francés. Al dar cuenta de esta disposicion al cuerpo lejislativo en la apertura de las sesiones de 1809, despues del tratado de Viena, el emperador se espresó así:

«La historia me muestra la conducta que debia observar con Roma. Los papas, habiendo llegado á ser soberanos de una parte de Italia, se han manifestado á todo trance enemigos de las demás potestades preponderantes de la Península. Han empleado su influjo espiritual para perjudicarla. Se me ha demostrado que era contrario á la independencia de la Francia, á la dignidad y afianzamiento de mi trono, cualquiera influjo espiritual ejercido en mis estados por un principe estranjero. Sin embargo, como estoy enterado de la necesidad del influjo espiritual de los descendientes del primero de los pastores, no he acertado á hermanar tamaños intereses, sino anulando la donacion de los emperadores franceses mis predecesores, é incorporando los estados romanos con la Francia.»

Pio VII lo habia previsto todo, desapropio y persecucion, y esta perspectiva no habia conmovido su alma grandiosa. Cuando se hubieron realizado sus previsiones, insistió aun mas en su primera resolucion. A fines de 1810, negó la institucion canónica á un obispo que Napoleon habia nombrado para la sede de Florencia, y aun prohibió por un breve que se admitiese un administrador. El emperador pidió á su consejo de estado un informe sobre este punto, mandando que se imprimiese, como tambien el breve del papa. En vano le opusieron los inconvenientes que tenia

semejante publicacion. « Deseo esta publicidad, dijo, preciso es que toda la Europa se entere de mi longanimidad, la provocacion del papa y el motivo de las providencias que voy á tomar para atajar y precaver en lo sucesivo semejantes actos. Es un crímen por parte de la cabeza de la iglesia el habérselas con un soberano que respeta los dogmas de la relijion. Tengo que resguardar mi corona y mi pueblo y el universo entero de estas temerarias empresas que harto tiempo envilecieron á los reyes y atormentaron á la humanidad. Un papa que predica la rebelion á los súbditos ya no es la cabeza de la iglesia de Dios, sino el papa de Satanás.

« Hora es ya de poner coto á tanta avilantez, usurpacion y desconcierto. Creo que la Providencia me ha llamado para que reponga en sus justos límites esa autoridad perniciosa que los papas se han abrogado, precaver de ella á la jeneracion presente y librar por siempre á las jeneraciones venideras. Que al menos se tomen en Francia contra esta autoridad invasora las mismas precauciones que contra las demás potencias de Europa. Dentro de ocho dias se presentará al senado un proyecto para restablecer el derecho que siempre tuvieron los emperadores de confirmar el nombramiento de los papas, y para que estos juren, antes de su instalacion, en manos del emperador de los Franceses, avenencia á los cuatro artículos de la declaracion del clero de 1682. Si los artículos son ortodoxos, ¿porqué los papas los desechan? Si no están conformes con la creencia de los papas, ¿estos y los Franceses no pertenecen á la misma relijion? »

Con efecto, tiempo habia que los Franceses no correspondian ya á la misma relijion, á pesar de las manifestaciones esteriores de una práctica comun; á no ser así, el monarca escomulgado por haber quebrantado el patrimonio de San Pedro y aherrojado á su sucesor no hubiera seguido acaudillando bajo sus banderas á una nacion tan acalorada con su entusiasmo, cuando su augusto prisionero estaba viendo caer sus jemidos y lamentos en un abismo sin fondo y sin contestacion, esto es, el de la indiferencia.





CAPITULO XXXI

Divorcio del emperador. Su casamiento con una archiduquesa de Austria.



l regresar de Alemania, Napoleon se habia detenido algun tiempo en Fontainebleau, donde estuvo espidiendo varios decretos relativos á la administracion del imperio. Restituido á su capital, siguiéronle los reyes sus hechuras, desalados todos en albricias por sus nuevos triunfos y la conclusion de la paz. Milan, Florencia y Roma despacharon diputaciones con igual objeto, el sinodo griego de Dalmacia envió tambien la suya, y Napoleon la recibió en audiencia solemne el 20 de noviembre de 1809.

Acercabase el cumpleaños de la coronacion y de la batalla de Auster

litz, y echóse el resto en su celebracion, pues sobre el boato de la fiesta anual, se cantó un *Te Deum* con motivo de la paz, y la iglesia de Nuestra Señora recibió esta vez, no solo el senado y los demás cuerpos eminentes del estado, sino tambien el concurso de altezas y majestades que formaban entónces la corte y el séquito del emperador: asistieron á la ceremonia los reyes de Sajonia, Holanda, Wesfalia, Nápoles y Wurtemberg. Pocos dias despues, el virey de Italia y los reyes de Baviera aumentaron mas aquella reunion de testas coronadas.

Napoleon podia conceptuarse en la cumbre de su poderío. Ya que no le era concedido plantar nunca sus águilas en las torres de Lóndres, nada mas tenia que añadir en Europa á su esclarecida nombradía. Empero faltaba mucho para que ya quedase desempeñada su carrera. Por él y con él habia trascendido la revolucion en Nápoles, Madrid, Roma, Milan, Viena, Munich, Stuttgard, Casel, Maguncia, Dresde, Hamburgo, Berlin y Varsovia; pero la revolucion, reducida á disfrazarse con el traje imperial, ya no podia proceder arrebatando á los pueblos con el ímpetu de una propaganda. Importábale pues residir cuanto pudiera en pais estranjero, para que la comunicacion recóndita y pausada de sus miras y costumbres pudiera plantearse, florecer y fructificar sin tropiezo. Napoleon la sirvió colmadamente. Obstinado en fundar una dinastía y conseguir para él y sus descendientes el timbre de la hermandad soberana por parte de las mayores potencias del continente, quiso granjearse, tras sus señaladas victorias, la amistad y alianza de los potentados que habia vencido. Erfurth conceptuaba que le tenia afianzado á Alejandro. Si lograba enlazar al Austria, la Prusia sola no se atreveria á moverse; el influjo inglés zozobraria en el Norte, y los tratados de paz dejarian de ser meras treguas ó armisticios. Tras esto, poco importa que sea una ilusion aciaga en que incurrió el prohombre con la esperanza de pacificar duraderamente la Europa y enlazar sinceramente con su alianza los antiguos linajes rejios de Petersburgo y de Viena. Los conatos pacíficos de Napoleon han de parar siempre en grandiosos resultados: alejarán la esplosion de la guerra; dejarán que los soldados franceses sigan cubriendo por algunos años la Alemania y una parte de la Polonia, mostrando á los pueblos de aquellos paises, en las relaciones diarias de la vida comun, la moral revolucionaria y los hábitos democráticos en planta.

El afan de redondear su establecimiento dinástico y de quedar admitido en la alcurnia rejia infundia á Napoleon ideas favorables á la pacificacion de la Europa. Pero al mismo tiempo que se ajenciaba amigos y aliados para su dinastía en las cortes estranjeras, pensaba en darle en Francia una planta nueva. Conceptuó lograr entrambas miras divorciándose de Josefina y contrayendo un nuevo enlace que le prometiera herederos de su sangre en línea recta y augustas alianzas fundadas en un escla-

recido parentesco. Ya no le bastaba la adopcion de Eujenio. Era á la verdad un sucesor pronto á asir las riendas y gobernar por sí mismo; pero no se habia educado para el trono, y á los ojos de Napoleon carecia del prestijio del nacimiento, pues preferia fundar su imperio sobre la cuna de un niño nacido príncipe imperial, antes que confiarlo al noble carácter de un mérito palpable y á la capacidad patente de un individuo formado á su inmediacion. Decidiose al fin la separacion de Josefina. Esta se lo estaba temiendo, «aunque hubiese ido labrando la dicha de su marido y se le hubiese mostrado constantemente su mas entrañable amiga,» segun dice Napoleon mismo en el *Memorial de Santa Helena*. Las consideraciones de estado se habian sobrepuesto en el ánimo del emperador á los afectos particulares, siendo ante todo un estadista. Josefina habia leido tiempo atrás la suerte que le estaba reservada en la fisonomía de su esclarecido esposo, que al parecer se le iba retrayendo al paso que se encumbraba mas y mas por la esfera de las grandezas y las vanaglorias monárquicas. Al fin se realizaron sus corazonadas. El arcano tan aciago que habia estado penetrando en el pecho de Napoleon y cuya aprension le desgarraba cruelmente el suyo, le fué revelado por su marido. Era el 30 de noviembre de 1809. El emperador y la emperatriz habian comido juntos; Napoleon estaba pensativo y preocupado, Josefina apocada y silenciosa. Terminada la comida, despide á los circunstantes. «Estaba yo leyendo en la alteracion de sus facciones, ha dicho despues Josefina, la lucha que batallaba en su interior; mas al fin veia que era ya llegada mi hora. El estaba trémulo, y yo sentia un estremecimiento de piés á cabeza. Se acerca á mí, me ase la mano, la coloca sobre su corazon, me mira un rato calladamente, y al fin prorumpe en estas funestísimas palabras: Josefina, mi preciosa Josefina, ya sabes cuanto te he amado.... A ti sola he debido los únicos instan



tes de dicha que he podido disfrutar en este mundo. Josefina, mi destino se sobrepone irresistiblemente á mi albedrío. Mis mas íntimos afectos deben enmudecer ante los intereses de la Francia.» Josefina no quiere oir mas, é interrumpe arrebatadamente al emperador. «No hay que añadir mas, le dice, ya me lo temia, quedo enterada.....» Sus sollozos la interrumpen y ahogan sus palabras, se desmaya y la llevan á su estancia, en donde se vió, al volver en sí, entre su hija Hortensia y Corvisart, y enfrente de Napoleon.

Pero tras aquel primer sacudimiento que debia presumirse, sobrevino un pesar mas entrañable y sosegado. Josefina manifestó resignarse, aviniéndose á cuantas demostraciones públicas se le impusieron. El drama oficial se representó en las Tuilerías la noche del 15 de diciembre de 1809, en una reunion de familia á la que asistian el canciller mayor, Cambaceres y el secretario de estado civil. Napoleon, que lo tenia dispuesto ya todo para la ejecucion de sus intentos, se espresó de esta manera:

«La política de mi monarquía, dijo, el interés y la necesidad de mis pueblos que han dirijido constantemente todas mis acciones, requieren que, faltando yo, deje á mis hijos, herederos de mi amor á mis pueblos, este trono en que la Providencia me ha colocado. Sin embargo, años hace que he perdido la esperanza de tener hijos de mi matrimonio con mi querida esposa la emperatriz Josefina: esto es lo que me induce á hacer el sacrificio de los impulsos mas gratos á mi corazon, á escuchar tan solo el bien del estado y apetecer la disolucion de nuestro matrimonio... Llegado á los cuarenta años, puedo esperanzar todavía suficiente vida para criar con espíritu y pensamiento los hijos que la Providencia se sirva darme. Sabe Dios cuanto me ha costado esta determinacion; pero no hay sacrificio preponderante á mis alientos, cuando se me demuestra que es provechoso al bien de la Francia.

«Forzoso me es añadir que, muy lejos de mediar motivos de queja, no he tenido al contrario mas que razones para complacerme con el cariño y ternura de mi muy querida esposa: ha estado realzando quince años de mi vida; su recuerdo quedará por siempre esculpido en mi corazon. Fué coronada por mi mano, y quiero que conserve el carácter y el dictado de emperatriz; pero sobre todo que nunca dude de mi afecto, mirándome siempre como á su mejor y mas íntimo amigo.»

Josefina se esmeró en ahogar su conmocion amarguísima desempeñando con señorío el desairado papel que se le habia impuesto, y fué puntualísimamente pronunciando las idénticas palabras de oficio que recojió el canciller para llevarlas al senado:

«Con el permiso de nuestro augusto y querido esposo, dijo, debo declarar que absolutamente desahuciada de tener hijos que puedan satisfacer las necesidades de su política y el interés de la Francia, me complaz-

co en darle la mayor prueba de cariño y ternura que se haya dado sobre la tierra. Lo debo todo á su dignacion, su mano me coronó, y desde lo alto de ese solio no he recibido mas que testimonios de afecto y de amor por parte del pueblo frances.

« Conceptuo dar por reconocidos todos estos estremos, consintiendo en la disolucion de un matrimonio que es en adelante un obstáculo á la felicidad de la Francia y la defrauda de ser un dia gobernada por los descendientes de un prohombre tan á las claras aprontado por la Providencia para soterrar los quebrantos de una revolucion horrorosa y restablecer el altar, el trono y el órden social. Pero la disolucion de mi matrimonio en nada alterará los impulsos de mi corazon ; el emperador tendrá siempre en mi su mejor amiga. Sé cuanto ha quebrantado su corazon este acto impuesto por la política y por tan sumos intereses ; pero ambos nos vanagloriamos del sacrificio que hacemos en bien de la patria. »

Era la concurrencia crecidísima : todos los circunstantes se enternecieron hasta el punto de derramar lágrimas. Al dia siguiente el canciller mayor presentó, y el senado adoptó prontamente un proyecto del senado consulto decretando el divorcio de Napoleon y Josefina.

Ejecutado este grandioso acto, se esmeró el emperador en la eleccion de una nueva esposa. Alejandro le habia dado á entender que tendria gusto en verle enlazado con su hermana, la gran duquesa Ana. En su consecuencia se entablaron negociaciones con la Rusia ; pero Napoleon supo pronto por M. de Narbonne, embajador en Viena, que la casa de Lorena estaba tambien ansiando su entronque y que tendria satisfaccion en verle casado con una princesa austríaca, la archiduquesa María Luisa. ¿Cabe conceptuar que estos anhelos de parentesco anunciasen, por parte de los soberanos estranjeros, una renuncia á toda nueva guerra de principios y una conversion sincera á un sistema comedido y benévolo de política respecto al gobierno que solo era para ellos el heredero representante de la revolucion francesa? Tantos reveses redoblados por largos años habian alterado sin duda su conmiseracion para con los desventurados y lejítimos príncipes ; y se deja entender que tras Austerlitz, Jena, Friedland y Wagram, los monarcas del Norte se fueran cansando de sostener la campaña, apurar sus caudales y recursos y regar la mitad de la Europa con la mejor sangre de sus súbditos, por la causa de un linaje apeado ; sobre todo, cuando Napoleon procuraba persuadirlos que ya no mediaba el peligro comun con que la república los habia amenazado. Mas aquel cansancio nunca podia acarrear una verdadera reconciliacion : bastaba un trueque de fortuna en la vida de Napoleon para hacer revivir, á pesar de los vínculos de la sangre, los antiguos enconos y las iras asestadas contra él y la revolucion. Los acontecimientos lo han comprobado respecto al Austria ; la Rusia tampoco se hubiera desviado de su rumbo anti-francés por la consideracion de un ma-

trimonio. Sabido es que en política los afectos de familia se posponen á los intereses y á las razones de estado. Probable es que un cuñado en el trono de los czares hubiera hecho lo mismo por la salvacion del imperio y la dinastía de Napoleon que un suegro en el trono de María Teresa. En ambos casos, el prohombre, segun sus propias espresiones, hubiera «puesto el pié sobre un abismo cubierto de flores.»

La pretension de su entronque con las alcurnias soberanas mas engreidas y poderosas de Europa se conservará en la historia como un monumento de la grandiosidad á que se habian encumbrado la Francia y su caudillo, y de la superioridad esplendorosa que estaba ejerciendo la nombradía plebeya ante el esclarecimiento y la vanagloria antigua. ¡Qué triunfo para la democracia francesa! No bastaba que su larga y tenaz conjuracion contra el ímpetu revolucionario hubiera venido á parar en la coronacion de la revolucion misma y en tributarle la mas centellante diadema en cambio del gorro encarnado; aun faltaba un postrer desdoro para la altivez rejia, y estaba reservado un golpe mortal á la preocupacion del nacimiento. Esta preocupacion, arrinconada ya con el menosprecio del filósofo y traspasada con el anatema del pueblo, habia venido á quedar sacrificada en Francia hasta por la suma nobleza; pero la memorable noche del 4 de agosto de 1789 no habia sido para la Europa monárquica mas que un desenfreno lejislativo cuyas consecuencias habian acarreado unánimes protestas en las cortes estranjeras, el manifiesto de Brunswick y la declaracion de Pilnitz. Para la victoria del principio de igualdad forzoso era que se estrechase con la solemne abjuracion de los Montmorency en la tribuna de la asamblea constituyente, el sacrificio de las pretensiones de linaje, el abandono del sistema de casamientos desiguales y la profanacion del culto jenealójico por parte de las casas reinantes mismas; y esta profanacion, abandono y sacrificio se cumplieron con efecto por los mismos que habian firmado la declaracion de Pilnitz. Los descendientes altivos de Pedro el Grande y los magníficos herederos de Cárlos V enviaron un dia su diplomacía contrapuesta á dar su aldabazo en la puerta de las Tuilerías para brindar con la mano de una hermana ó de una hija de los Césares al comandante de artillería que volcó en Tolon la antigua soberanía en nombre de la Montaña rejicida. Desde entónces se aventó para siempre el prestijio del esclarecimiento hereditario, y luego el principio revolucionario ya nada mas ha tenido que añadir al triunfo de los derechos del númen y del esplendor personal sobre las preocupaciones de la sangre, cuando la casa de Lorena, enlazada con María Antonieta á la casa de Borbon, vió á su augusto caudillo conduciendo á la hija con gran pompa, y pasando sobre la tumba del duque de Enghien al lecho del soldado que sentenció á los realistas el 18 de fructidor y que los ametralló el 13 de vendimiario.

Dueño Napoleon de elejir entre varias princesas de la sangre mas es-

clarecida, despues de haber oido el parecer de su consejo, se decidió por la archiduquesa Maria Luisa, hija del emperador de Austria. El mariscal Berthier recibió la comision de pedirla solemnemente en Viena. Llegó á aquella capital a principios de marzo de 1810, y despues de haber entre



gado el retrato de su amo, se presentó en la audiencia solemne que el emperador Francisco le concedió para el cumplimiento de su encumbrado encargo.

« Señor, le dijo, vengo en nombre del emperador mi amo á pediros la mano de vuestra augusta hija la archiduquesa Maria Luisa.

« Las prendas relevantes que ensalzan á esta princesa han labrado su lugar en un elevado solio. Allí se cifrará la dicha de un gran pueblo y la de un hombre grande.

« La política de mi soberano ha venido á hermanarse con los anhelos de su corazon.

« Este enlace de dos poderosas familias dará, señor, á dos naciones jenerosas nuevo resguardo para su dicha y su sosiego. »

El emperador de Austria contestó:

« Conceptúo el hecho de pedir á mi hija en casamiento como una demostracion del ánimo del emperador de los Franceses, á quien aprecio

« No cabe espresar adecuadamente los anhelos que abrigo por la dicha de entrambos novios; baste decir que en ella se cifrará la mia.

« Hallaré en la amistad del príncipe, á quien representais, preciosos motivos para consolarme de la separacion de mi querida hija; nuestros pueblos desde luego verán la prenda segura de su mútuo bienestar.

« Concedo la mano de mi hija al emperador de los Franceses. »

Entónces el mariscal se encaró con la archiduquesa María Luisa.

« Señora, le dijo, vuestros augustos padres han colmado el anhelo del emperador mi amo.

« Consideraciones políticas pueden haber influido en la determinacion de entrambos soberanos; pero el principal miramiento es el de vuestra dicha: de vos misma, señora, apetece alcanzaros el emperador mi amo.

« Asombroso ha de ser el ver reunidos en un gran trono el númen de la potestad y los dotes peregrinos que le han de dar nuevo realce.

« Este dia, señora, será venturoso para el emperador mi amo, si vuestra alteza imperial me manda le diga que participa de las esperanzas, anhelos y conatos de su corazon. »

La princesa dió al punto la respuesta que le habian dictado.

« La voluntad de mi padre siempre fué la mia, y mi dicha se cifrará siempre en labrar la suya.

« En estos principios puede hallar S. M. el emperador Napoleon el móvil del sumo afecto que concentraré en mi esposo, y feliz si me cabe contribuir á su dicha y á la de aquella nacion grandiosa. Doy, con el permiso de mi padre, mi consentimiento á mi enlace con el emperador Napoleon. »

Un tercer discurso se encaminó á la emperatriz, la cual repitió en su respuesta los anhelos que habia espresado ya su augusto esposo. Finalmente, el embajador francés manifestó al príncipe Cárlos que el emperador Napoleon deseaba que su Alteza aceptase su procura para la ceremonia del casamiento. « Acepto gustoso, respondió el archiduque, la protesta que S. M. el emperador de los Franceses me traslada por vuestro conducto, igualmente lisonjeado con su eleccion que complacido por el concepto de que este enlace borrará toda aprension de disensiones políticas, reparará los males de la guerra y dispondrá un porvenir dichoso á dos naciones dignas de apreciarse y que se tributan recíproca justicia. Cuento entre los ratos mas halagüeños de mi vida aquel en que presente, en prueba de una reconciliacion tan franca como gozosa, la mano á la señora archiduquesa María Luisa en nombre del gran monarca que os ha delegado, y os ruego, príncipe (el mariscal habia recibido el dictado de príncipe de Neufchatel y de Wagram), que seais con toda la Francia el intérprete de los ardientes anhelos que abrigo para que las prendas de la señora archiduquesa afian-

zen para siempre la amistad de nuestros soberanos y la dicha de sus pueblos. »

El casamiento se celebró en Viena el 11 de marzo, y la nueva emperatriz de los Franceses se puso en camino para Francia el dia 13. Llegó el 27 á Compiegne, á donde Napoleon habia ido á recibirla. Habiase preparado un ceremonial ostentoso para este primer avistamiento; pero Napoleon no pudo contener su impaciencia y arrolló la ley que el mismo se habia impuesto. Acompañado solamente del rey de Nápoles, salió reservadamente de Compiegne en tiempo lluvioso y fué á colocarse, para aguardar á la novia y emperatriz, bajo el pórtico de una iglesia de aldea; luego que llegó María Luisa, entró en su coche y volvieron inmediatamente al palacio de Compiegne. Los novios esclarecidos pasaron despues á San Cloud, donde se celebró el casamiento civil el 1°. de abril. Al dia siguiente hicieron su entrada en la capital. La ceremonia del casamiento relijioso, real



zada con todo el boato de las cortes y del culto católico, se verificó el mismo dia en una capilla del Louvre, magníficamente engalanada para aquella solemnidad. El emperador y la emperatriz recibieron la bendicion nupcial de mano del cardenal Fesch, capellan mayor, en presencia de toda la familia imperial, de los cardenales, arzobispos, obispos y magnates del imperio, como tambien de una diputacion de todos los cuerpos del estado. Esta funcion fué verdaderamente popular; todo Paris se empapó en alborozo, y aquel rapto público se comunicó, no solo á todas las partes de la Francia, sino á todos los pueblos del continente, que conceptuaron ver en el enlace de Napoleon con una archiduquesa de Austria una prenda segura de la permanencia de la paz.

El 3 de abril, el senado de Francia, el de Italia, el consejo de estado, el cuerpo lejislativo, los ministros, los cardenales y el tribunal de apelacion fueron presentando sus parabienes al emperador y á su nueva esposa, quienes los recibieron sentados en su solio y cercados del séquito esplendoroso de entrambas cortes de Italia y Francia. Dos dias despues, Napoleon y María Luisa salieron para Compiegne, en donde permanecieron hasta el 27 del mismo mes. Pasaron despues á visitar la Béljica y los departamentos del Norte, desde Dunkerque y Lila hasta el Havre y Ruan. El 1°. de ju-



mo se restituyeron sus majestades á la capital, en donde no se habia entibiado el entusiasmo manifestado en las funciones del casamiento. La ciudad de Paris dió una grandiosa fiesta á Napoleon y María Luisa, quienes asistieron al banquete y al baile que se les dieron en la casa del Ayuntamiento.

La guardia imperial quiso tambien solemnizar el enlace de su caudillo esclarecido con la hija querida de un monarca á quien habia vencido y humillado tantas veces. Esta funcion se verificó en el campo de Marte, y la guardia hizo los honores á Napoleon y á su encumbrada esposa en nombre de todo el ejército.

En medio de estos arranques universales y de estos espléndidos regocijos, el embajador de Austria señaló su dia para ostentar su júbilo de oficio y su boato diplomático. Elijió el 1°. de julio, y un acontecimiento siniestro nubló la fiesta. Se pegó fuego á la sala del baile, la mujer del ministro austriaco y otras muchas personas perecieron en el incendio. Napoleon no dejó á mano estraña el esmero y el timbre de salvar á su esposa, pues asiéndola arrebatadamente, la llevó él mismo fuera de los aposen



tos incendiados. Entónces se acordaron de que el enlace de Luis XVI y de María Antonieta habia tambien adolecido de gravísimos incidentes.





CAPITULO XXXII

Bernadotte llamado para suceder al rey de Suecia. Incorporacion de la Holanda con la Francia.



Poco tiempo despues de los festejos por el desposorio de Napoleon y María Luisa, ocurrió en el norte de Europa un acaecimiento de suma entidad. Bernadotte habia sido elejido príncipe real de Suecia; la dieta le habia llamado para suceder á Carlos XIII y mantener la esclusion de la familia de los Wasas, que se habia lastimado con la elevacion al trono del príncipe rejente (duque de Sudermania.)

Los representantes de la nacion sueca conceptuaron sin duda agradar

á Napoleon y proceder con arreglo á su política con esta eleccion. Quizás habian ya consultado con el emperador sobre este punto, aunque algunos escritores hayan supuesto que la eleccion habia sido enteramente espontánea, y que el ajente francés en Estocolmo solo habia tomado parte en ella para oponerse. « Bernadotte fué elejido, ha dicho Napoleon, porque su mujer era hermana de la de José que á la sazon estaba reinando en Madrid. Bernadotte, ostentando sumo desvío, vino á pedirme mi beneplácito, protestando con zozobra muy patente que no aceptaria á menos que fuese de mi agrado.

¿« Qué tenia que responderle, yo, monarca elejido por el pueblo, si no que no acertaba á oponerme á las elecciones de los demás pueblos? Esto fué lo que dije á Bernadotte, cuyo ademan estaba demostrando el anhelo con que esperaba mi contestacion. Añadí que utilizase la privanza con que le honraban, que no queria sonar para nada en su eleccion; pero que desde luego contase con mi anuencia y mis finos deseos. Sin embargo debo decirlo; sentia allá un instinto recóndito que me hacia el hecho repugnante y penoso. »

Esta corazonada fatigosa era muy natural en el emperador, quien no podia olvidar que siempre habia mediado una contraposicion solapada, y nunca simpatía entre él y Bernadotte. Sin embargo era un Francés, un soldado de la república, al que no habian faltado las grandezas del imperio; parecia que un vínculo indisoluble, mas recio que las repugnancias y los agravios personales, enlazaba irrevocablemente con los destinos de la Francia nueva al ilustre guerrero llamado para reinar algun dia sobre la Suecia. Napoleon no se paró pues en las advertencias íntimas que le apuntaba su profundo conocimiento de los hombres. Permitió á su teniente que accediese á los deseos de los Suecos, y si en esto violentó su propia inclinacion, mayor motivo hay para reconocer que el dominador universal estaba tambien bajo el imperio de una fuerza superior á la suya. Estaba escrito que en el grandioso movimiento de la rejeneracion europea, un hijo de la revolucion, cuyo mas tenaz enemigo en el continente habia sido el último de los Wasas, iria á sentarse en su trono y convertiria su capital en una ciudad francesa. Si posteriormente el nuevo rey olvida su oríjen y sigue las huellas de la antigua Europa, podrá esto empañar su antigua gloria, sin redundar en contraresto de Napoleon; mas no por eso dejará de ser la Suecia una conquista segura y mas ó menos próxima para la jóven Europa y la causa del siglo. No en vano habrá instalado la filosofía y la democracia en sus palacios y habrá visto apearse sobre ella, desde la cumbre administrativa y de los alrededores del solio, el soplo liberal, el aliento civilizádor de la Francia.

Casi en la misma época en que uno de los mas célebres mariscales de Napoleon iba á esperar una corona en Estocolmo, uno de los hermanos

deponia la suya en Amsterdam. Luis Bonaparte era hombre de talento y rebosaba de sanísimas intenciones, pero el cetro de Holanda bajo el imperio del bloqueo continental sobrepujaba á sus fuerzas y lo arrojó al suelo. Tiempo habia que el emperador le reconvenia de sobrada flojedad en la ejecucion de los decretos de Berlin y de Milan. El *Monitor* habia ido apuntando las contravenciones diarias de la Holanda al sistema napoleónico, y quejándose el príncipe Luis con este motivo, el emperador le habia contestado desde Schœnbruun: « La Francia es la que tiene razon para quejarse del sumo destemple reinante en ese pais. Obvio me será, si quereis que os cite todas las casas holandesas que son ajentes de la Inglaterra. Vuestros reglamentos de aduanas carecen de ejecucion, y toda la correspondencia de Inglaterra con el continente se hace por Holanda. . . . La Holanda es una provincia inglesa. »

Estas reconvenciones no habian surtido el menor efecto. El rey Luis presenciaba los quebrantos actuales de la Holanda, desentendiéndose de los resultados remotos que el bloqueo continental podia prometer a Napoleon. El sistema del emperador requeria para la ejecucion almas grandiosas y puestas al temple de la suya. Sus hermanos fueron sus primeros ajentes desde que se empeñó en la fundacion de una dinastia. Conceptuó que terciarian con él en anhelos y pensamientos, participando de su idea política, dándoles un encumbramiento al nivel del suyo, y ciñéndoles una corona; pero segun la espresion que aplicó a Luis, no hizo mas que « reyes perfectos, » que abrigaban cuantos requisitos se necesitaban para sobresalir honrosamente en un sitio subalterno y en otra época, y ninguno de los que exijian las circunstancias. Si facilmente habia hallado el emperador un séquito adecuado de testas coronadas, menos fácil le fué al prohombre hallar auxiliares y cooperadores intelijentes. El trono se habia levantado en medio del cerco mas esplendoroso; el numen quedó solitario.

Luis Bonaparte, en vez de enterarse del pensamiento de su hermano y procurar que la Holanda fuese francesa, la dejaba vivir bajo el patrocinio y la independencia mercantil de la Inglaterra, á pesar de las resistencias pasajeras de los intereses atropellados. Napoleon, ofendido de esta condescendencia y de ver desdeñados sus primeros avisos, escribió al rey de Holanda otra carta que bastaria sola para atestiguar en la historia que el emperador, plenamente identificado con el pueblo que le habia escojido, no vivia sino con el aliento de la Francia. He aqui algunos trozos de esta comunicacion conceptuosa.

« Vuestra Majestad ha olvidado, al subir al trono de Holanda, que era frances, y aun ha tocado todos los moviles de su racionalidad y aquejado la delicadeza de su conciencia para persuadirse que era holandes. Los Holandeses que han abogado por la Francia han sido desatendidos, y los que han servido a la Inglaterra han sido colocados. Algunos Franceses, ya ofi

ciales, ya soldados, se han visto arrojados y sin aprecio, y yo he tenido el dolor de ver en Holanda, bajo un príncipe de mi sangre, el nombre francés espuesto á la vergüenza. Sin embargo, ocupa un lugar tan eminente en mi corazon y he sabido encumbrar tanto sobre las bayonetas de mis soldados el aprecio y el blason del nombre francés, que ni la Holanda ni nadie logrará asaltarle á su salvo.... ¿Quién puede sincerar la conducta insultante para la nacion y para mí ofensiva que ha tenido vuestra Majestad? Debeis entender que no me separo de mis predecesores, y que respondo de todo desde Clodoveo hasta la junta de salud pública... Yo sé que está en moda entre ciertas jentes hacer mi elojio y desacreditar á la Francia; pero los que no la quieren tampoco me quieren á mí, y á los que dicen mal de mis pueblos, los considero como á mis mayores enemigos..... En mi discurso al cuerpo lejislativo, dejé traslucir mi descontento; porque no debo encubriros que mi ánimo es incorporar la Holanda con la Francia, como complemento de territorio, como el golpe mas funesto que puedo dar á la Inglaterra, librándome así de los perpetuos insultos que me están haciendo cuantos dirijen vuestro gabinete. La embocadura del Rin y la del Mosa han de pertenecerme. El principio de Francia de que el Thalweg del Rin es nuestro límite es de suyo fundamental..... Puedo dejar á la Holanda la orilla derecha del Rin, y alzaré las prohibiciones dadas á mis aduanas, con tal que se ejecuten los tratados existentes una vez renovados. Mis intenciones son las siguientes:

« 1°. La prohibicion de todo comercio y de toda comunicacion con la Inglaterra;

« 2°. Una escuadra de catorce navíos de línea, siete fragatas y siete bergantines ó corbetas armadas y tripuladas;

« 3°. Un ejército de veinte y cinco mil hombres;

« 4°. Supresion de los mariscales;

« 5°. Anulacion de todos los privilejios de la nobleza contrarios á la constitucion que he planteado.

« Vuestra Majestad puede contratar bajo estas bases con el duque de Cadore por la mediacion de su ministro; pero puede estar seguro de que al primer paquebote que entre en Holanda, restableceré la prohibicion de las aduanas, y que al primer insulto que se haga á mi bandera, mandaré cojer á mano armada y colgar al palo mayor al oficial holandés que se atreva á insultar mi águila..... »

El rey de Holanda no se convirtió con este lenguaje de soberano. Las necesidades y los intereses actuales de la industria holandesa llamaban sobre todo su atencion. No se conceptuaba comprometido sino con el pueblo bátavo, y le pesara en el alma el seguir otro intento que la prosperidad inmediata de las provincias comprendidas en el ámbito de su reino. No viendo mas que la Holanda, se olvidaba de que habia sido colocado para

hacerla contribuir al triunfo de una causa mas jeneral, á la gloria y aumento del grande imperio. Repugnábanle á Luis por temperamento las providencias estremadas y los remedios heróicos. Era de aquellos á quienes llama De Maistre, miopes en política, y sus escrúpulos, que tenian por otra parte su aspecto laudable, le imposibilitaban hacerse cargo de que el bloqueo continental era para el emperador una necesidad lastimosa y pasajera, como el gobierno revolucionario lo habia sido para la república.

Además Luis no conceptuaba que el bloqueo decretado contra la Inglaterra pudiera tener para los intereses británicos el funesto resultado que el emperador se prometia.

«La destruccion de la Holanda, escribia á Napoleon, lejos de ser un medio de alcanzar á la Inglaterra, lo es para aumentarla con toda la industria y todas las riquezas que en ella se refujiarán. Tres medios hay de dar un golpe la Inglaterra: ó separando de ella la Irlanda, ó apoderándose de las Indias orientales, ó con un desembarco. Estos dos últimos medios, aunque los mas eficaces, no pueden ejecutarse sin marina; pero estraño el que desde luego se haya orillado el primero.»

El emperador, muy enterado de que no iba á menoscabar á la Holanda imponiéndola sacrificios temporales, y no creyendo que la industria inglesa pudiera ganar con la crisis que padecian indispensablemente las industrias continentales empeñadas en especulaciones marítimas, hizo poco caso de los cargos que le oponia el rey Luis. Al ir á Béljica le dirijió desde Ostende una nueva carta en la que reproducia sus reconvenciones anteriores. «Si la Holanda, sujeta á uno de mis hermanos, no encuentra en él mi imájen, le dice, destruis toda confianza en mi administracion, y vos mismo quebrais vuestro cetro. Amad la Francia, amad mi gloria; este es el único medio de servir al rey de Holanda.

«La Holanda formando parte de mi imperio, si hubieseis sido lo que debiais, me viniera á resultar tanto mas predilecta por cuanto le habia dado un príncipe á quien miraba como á hijo. Al colocaros en el solio de Holanda, creí entronizar á un ciudadano francés; habeis seguido un rumbo diametralmente opuesto.... Volved de vuestro estravío, sed francés de corazon, ó vuestro pueblo os arrojará..... Con estudio y política se gobiernan los estados.... »

El rey de Holanda, que persistia mas y mas en ser holandés segun la voz del momento y las necesidades actuales del pueblo comerciante de sus puertos, y no segun las miras y previsiones lejanas del emperador, se cansó al fin de la competencia desigual que sostenia con su hermano, y desamparó sus estados para retirarse á Alemania, despues de haber enviado á Paris una acta formal de renuncia. Napoleon se enojó de este paso, y segun el informe que le hizo el ministro de relaciones esteriores, decretó, el

9 de julio de 1810, la incorporacion de la Holanda al imperio francés, y el mariscal Oudinot se apoderó inmediatamente de Amsterdam.

El emperador no reservó el desconsuelo que le causaba la conducta de su hermano. Cuando este por su abdicacion y su fuga habia hecho ánimo de tacharle ante la Europa y la posteridad por haberle hecho demasiado pesada la corona con tanta demanda, Napoleon no podia avenirse al escándalo de aquella denunciacion, sin responder al acusador inesperado que habia hallado en su familia, aunque debiese abrumarle con el estallido violento de un vituperio solemne. Y como todo tenia que ser en los pasos de aquel hombre estraordinario fuera de las combinaciones vulgares y de las reglas comunes, supo hallar un medio que nadie hubiera imajinado para ahondar mas el golpe que asestaba al desventurado Luis y hacer su reprobacion mas estruendosa. Lastimará al padre estremeciéndolo con la suerte del hijo. Las mismas palabras darán, en el mundo político, vida al uno, y muerte al otro; y el pueblo, que mide sus afectos y sus odios por los de su héroe, dejará de incluir en su adhesion á la familia imperial al hermano que habrá querido separarse del emperador, y se interesará por el sobrino de quien aquel se habrá declarado el arrimo y casi el padre. El 20 de julio, hubo esplendorosa tertulia en San Cloud; Napoleon mandó que le trajesen el príncipe Napoleon Luis, su ahijado, y le dijo con afecto:



« Venid, hijo mio, seré vuestro padre; nada perdereis en ello.

« La conducta de vuestro padre traspasa mi pecho, y tan solo su dolencia puede abonarla. Cuando hayais crecido pagareis su deuda y la vuestra. Nunca olvideis, en cualquier esfera que os coloquen mi política y el interes de mi imperio, que vuestros primeros deberes son para conmigo, y los segundos para con la Francia; tras estos vendran todas vuestras demás obligaciones, aun para con los pueblos que yo pudiera confiaros. »

Si un rey vulgar sentado en otro solio que el de Francia tuviera semejante lenguaje, con razon se le reconvendria como una demasia de engreimiento el colocarse antes de la patria, y como un esceso de egoismo nacional el sacrificar á su política los intereses de los pueblos aliados ó conquistados. Pero Napoleon no anteponia los deberes para consigo á las obligaciones con la Francia sino porque se consideraba como la cabeza y el corazon de esta, y no recordaba los deberes de los príncipes sus súbditos con los pueblos que les confiaba sino tras sus obligaciones con la Francia, porque tambien miraba á esta como la cabeza y el corazon de la Europa y del mundo civilizado.

La incorporacion del Vallés con el imperio siguió a la de la Holanda. El emperador comunicó estas dos disposiciones grandiosas al senado con un mismo mensaje en la sesion del 10 de diciembre de 1810. En él se leia.

« Las disposiciones publicadas por el consejo británico en 1806 y 1807 han rasgado el derecho público de Europa. Un nuevo órden de acontecimientos está rijiendo el universo. Necesitando nuevos resguardos, me han parecido los principales y mas importantes la reunion de los embocaderos del Escalda, Mosa, Rin, Ems, Weser y Elba al imperio y el establecimiento de una navegacion interior con el Báltico.

« He mandado delinear el plano de un canal, que se ejecutará en menos de cinco años y unirá el Báltico con el Sena.

« La incorporacion del Vallés es una consecuencia ya prevista de las inmensas faenas que mando ejecutar de diez años á esta parte en aquellos paises. Cuando estendi el acta de mediacion, separé el Vallés de la confederacion helvética, previendo desde entónces una providencia tan provechosa para la Francia y la Italia.

« Mientras dure la guerra con la Inglaterra, el pueblo francés no debe dejar las armas.

« Mi hacienda se halla en el mas próspero estado; puedo acudir a cuantos desembolsos requiere este inmenso imperio, sin pedir a mis pueblos nuevos sacrificios. »

Esta prosperidad económica no era uno de los menores portentos del reinado de Napoleon. Debiase principalmente al espíritu sistemático que habia ido comunicando á todos los departamentos de la administracion, y que exijia aun con mayor tirantez en el manejo de los intereses públi-

cos. Se ha podido estrañar despues que hubiese sostenido la guerra de estremo á estremo de Europa por espacio de quince años, y que hubiese gobernado la nueva Francia, en sus ámbitos grandiosos desde Roma hasta Hamburgo, con las mismas contribuciones que apenas bastaron despues para mantener la paz en el estrecho coto de la antigua Francia.

El senado correspondió inmediatamente al llamamiento del emperador; adjudicó por dos senados consultos la reunion del Vallés y la de Holanda al imperio francés, y votó despues un parabien, cuyo pensamiento se halla espresado en la primera frase:

«Señor, nunca se han manifestado tanto en el mensaje dirijido al senado por vuestra Majestad imperial y real la trascendencia recóndita de vuestros intentos, la franqueza y señorío de vuestra política y vuestro constante desvelo por el bien de vuestros pueblos.»

Por lo demás, la adhesion del senado no se vinculó en cláusulas pomposas y aéreas lisonjas, pues en la misma sesion se votaron la quinta marítima y la de 1811.





CAPITULO XXXIII.

Medidas contra la imprenta. Mr. de Chateaubriand nombrado en el Instituto en lugar de Chenier. Nacimiento y bautismo del rey de Roma. Funciones publicas en la capital y en el imperio. Concilio nacional. El papa en Fontainebleau.



De cuantas reconvenciones se han hacinado contra la memoria de Napoleon, ningunas mas repetidas y rencorosas que su perseverancia en sofocar la libertad de discusion en las juntas deliberantes y en los periódicos. Aun cuando no hubiera hecho mas que plantear la censura y acallar la tribuna, bastaria esto á los ojos de algunos jansenistas politicos para empañar el esplendor de su vida con el borron de la tirania. Muy ajenos estamos de negar la utilidad innegable

de la imprenta. Mas que nadie reconocemos y respetamos en ella el primero de los móviles civilizadores, la verdadera soberana de los tiempos modernos y el ajente incontrastable de la Providencia en la grandiosa empresa de la emancipacion de los pueblos, la gloriosa antecesora del cónsul Bonaparte en preparar, cumplir y abonar la revolucion francesa, y la única heredera del influjo, predominio y poderío del emperador Napoleon sobre la opinion pública, no solo en Francia, sino tambien entre todas las naciones cultas.

Cuando Napoleon empuñó las riendas del estado, yacia la imprenta exánime, tras una lucha tenaz de diez años. Instrumento del sinnúmero de bandos en que estaba dividida la nacion, no redundaba mas que en anarquía, sembrando los desabrimientos y el menosprecio en torno de la revolucion que en otro tiempo habia sabido hacer respetar. Necesitaba reposo para cobrar nuevo temple, así como la revolucion necesitaba un nuevo protector que la escudara mejor contra sus implacables enemigos y contra sus amigos estraviados. Era llegada la hora de un dictador, y compareció Napoleon; la democracia abandonó la palabra de sus comicios, juntas y periódicos, palabra que habia sido á veces sublime y siempre poderosa en los trances de la Francia, y que habia parado en no ser mas que una causa continua de sacudimientos para el pais y un medio siempre dispuesto para quebrantar y desconceptuar la potestad. Empezó la era del silencio, ó mas bien sobrevino á las borrascas del foro un asombroso monólogo en el que la Francia se mostró tan grandiosa como en los esclarecidos dias de su carrera parlamentaria. Sucesores indignos y negados malparaban la herencia de los decantados oradores de la constituyente y de la convencion. Mil voces discordes se alzaban, queriendo interpretar todas á su modo las necesidades y los afanes del pais, y solamente lograban conmoverlo interminablemente y perpetuar sus peligros y padecimientos. En medio de aquellas confusas voces, sobrevino un hombre que se atrevió desde luego á pregonar: «Yo soy la Francia, porque sé mejor que todos sus supuestos intérpretes lo que necesita y apetece.» Y como aquel individuo decia verdad, la Francia le creyó y admitió por su orador ya único.

Desde entónces enmudeció la revuelta gritería, y solo habló el supremo representante de la Francia: era la condicion inevitable de la tarea que tenia que desempeñar para hacer la revolucion apacible en el interior y poderosa por de fuera. Sin embargo, la libertad de imprenta no quedó ahogada; se dejó solamente cubrir con un velo y poner aparte hasta que hubiera cesado la inevitable reaccion que le cabia y que las circunstancias le devolvieron para restituirle el gobierno de los ánimos. Sin duda comprendió que habia llegado el trance de su retirada y que debia franquear el paso y la voz al númen del dictador, ya que se resignó al silencio, bajo cuyo reinado pudo aun hacer olvidar sus demasías y reponer sus fuer-

zas para volverse á presentar algun dia mas activa y preponderante que nunca. Si hubiese sido imprescindible por aquella temporada el desahogo de los escritos y de los periódicos, nadie la hubiera atropellado á su salvo; y si la imprenta, que se mostró despues heroicamente rebelde á las ordenanzas de Cárlos X, obedeció entonces rendidamente á los decretos de Napoleon, fue porque las ideas y necesidades populares de 1810 no eran las de 1830, y la imprenta se impuso en los instintos nacionales y sirvió igualmente la causa del siglo, ora cuando se abstuvo de resistencia con el representante de la nacion, ora cuando dió la señal de la sublevacion contra el representante del antiguo réjimen.

Apenas Napoleon acababa de publicar una nueva medida restrictiva con respecto á la imprenta periódica, que tenia por objeto autorizar un solo periódico por departamento, cuando un suceso imprevisto vino á confirmarle en el sistema que la dificultad de los tiempos le habia impuesto de zelar toda manifestacion pública de los pensamientos y de las opiniones políticas.

Mr. de Chateaubriand habia sido nombrado para reemplazar á Chenier en el Instituto. Era de costumbre en el entrante el elojiar su antecesor. Mr. de Chateaubriand, obrando como osado innovador, trató de sacudir el yugo de la tradicion, y se encargó de aquel papel revolucionario en el regazo de la Academia, para tener ocasion de repetir elocuentes decla



maciones contra la revolucion francesa y vituperar amargamente al poeta patriota á quien la Francia debia el «Canto de la Partida.» Mas no le cupo el pronunciar su discurso, por cuanto revisado antes en una comision, esta lo desaprobó. Sin embargo, una parte de los comisarios opinó en sentido contrario, y entre ellos se hallaba un palaciego muy solícito de Napoleon. Luego que este lo supo, quiso leer la obra de Mr. de Chateaubriand, y cuando vió con que desentono y violencia el autor de Atala, cuyo númen no se habia encumbrado todavía á las sublimes previsiones que le han descubierto despues «el porvenir social» de la Francia, trataba de ajar lo presente y elojiar la pasado, no pudo contener su ira, y apersonándose en medio de una junta crecida al condecorado académico que habia juzgado el discurso proscrito conforme con el decoro y digno de la publicidad, se le encaró arrebatadamente en estos términos:

«¿Es Vd., caballero, le dijo, el que ha intentado autorizar semejante desmoche? ¿y de cuándo acá el Instituto se toma la libertad de ser una junta política? que componga versos y censure los yerros del idioma; pero que no salga del recinto de las Musas, ó yo sabré hacerle volver á él. Si Mr. de Chateaubriand es loco ó mal intencionado, hay hospitales y castigos. Además, esa puede ser su opinion y no debe sacrificarla á mi política, que ignora, como Vd. que la conoce tan bien: puede tener su disculpa; pero en Vd. no cabe, pues vive á mi lado y sabe lo que hago y lo que quiero. Caballero, os tengo por culpado y por criminal: nada menos intentais que renovar el trastorno, la confusion, la anarquía y los asesinatos..... ¿Pues qué, somos salteadores, soy yo acaso un usurpador? Yo no he destronado á nadie; hallé y levanté la corona en el cieno, y el pueblo la colocó sobre mi sien; respétense sus actos.

«Analizar en público, poner en cuestion, discutir hechos tan recientes en las circunstancias en que nos hallamos, es ir á caza de nuevas convulsiones y ser enemigo del sosiego público. La restauracion de la monarquía es y debe ser un misterio. Y además, ¿qué es esa nueva y supuesta proscripcion de los convencionales y de los rejicidas? ¿Cómo atreverse á renovar puntos tan delicados? ¿Dejemos á Dios el decidir sobre lo que ya no cabe en los hombres sentenciar? ¿Pues qué, seriais mas descontentadizo que la emperatriz? Ella tiene intereses tan caros como Vd., acaso mucho mas directos; imite Vd. su comedimiento y magnanimidad, pues no ha querido saber ni oir cosa alguna.

«¡Cómo se malograria pues el objeto de todos mis desvelos y el fruto de todos mis conatos! Está visto que si yo llegara á faltar mañana, os degollariais otra vez como en lo pasado. ¡Ah, pobre Francia! ¡cuánto tiempo necesitas todavía de tutor!»

Esta última esclamacion del emperador pregona todo el pensamiento político que imperó á su advenimiento y caracterizó su reinado. Concep-

tuaba escudar á la Francia, preservarla del regreso de las facciones, estorbar que se desangrase con frívolas contiendas ó crueles peleas, cuando el espíritu de partido le achacaba el obrar por ínfulas de ambicion ó de engreimiento, y lo que sus zaheridores calificaban de «tiranía,» él lo llamaba una «tutela soberana;» bien asi como el pueblo, su juez supremo é infalible, no veia ni admiraba mas que un gobierno recio y esclarecido dirijido por el numen de un hombre grande, allí donde algunos críticos aislados solo veian é indicaban las huellas del despotismo. Sin embargo se acercaba el trance en que la fortuna iba á conceder á Napoleon el mas subido favor que pudiera en adelante esperar de su mano.

El 19 de marzo de 1811, la emperatriz María Luisa sintió los primeros asomos de parto. Al principio se temió que el alumbramiento seria azaroso, y el célebre Dubois, previendo el caso en que seria necesaria una operacion ardua, preguntó lo que deberia hacerse en el caso de que hubiese que optar entre la salvacion de la madre ó la del hijo. «No penseis mas que en la madre,» prorumpió denodadamente el emperador, en quien los afectos del hombre triunfaron en aquel grandioso trance de los intereses y combinaciones del monarca. El 20, á las nueve de la mañana, se habia desvanecido toda zozobra, y todos los anhelos quedaban satisfechos: María Luisa dio á luz un hijo que Napoleon recibió al punto entre sus brazos y que mostró á los oficiales de palacio, esclamando en la embriaguez del alborozo: «Es un rey de Roma.»

El estruendo del cañon anunció pronto á la capital el feliz acontecimiento que colmaba de regocijo al caudillo del imperio. El pueblo manifestó con funciones y festejos públicos que estaba participando de la dicha del prohombre. Nápoles, Milan y todas las ciudades en que se habia señoreado el dominio francés, imitaron á Paris. Los cuerpos del estado y



los embajadores estranjeros se esmeraron á porfía en redoblar parabienes al venturoso padre del rey de Roma; y el príncipe de Hatzfeld, el mismo á quien Napoleon habia indultado en Berlin, enternecido por las lágrimas de su esposa, hizo en esta ocasion las veces del rey de Prusia.

El bautismo del rey de Roma se celebró el 9 de junio en Nuestra Señora. Todo Paris acudió al tránsito del emperador. El pueblo queria leer por sí mismo en la sien centellante de su héroe la complacencia entrañable del padre y del monarca, y estaba tambien ansioso de manifestarle su propio alborozo. La sonrisa de Napoleon, tan escasa y fugaz en su adusto semblante, asomaba á la sazon y estaba causando sumo reflejo sobre todas las fisonomías que se agolpaban al rededor del séquito. Era un espectáculo magnífico, á cuyo esplendor el cielo mismo se esmeraba en contribuir favoreciendo tan precioso dia con un sol resplandeciente y un celaje vistoso, por lo cual dijo el entusiasmo popular, cuyo recuerdo y espresion recojió el poeta: «El cielo le proteje siempre.»

El príncipe fué bautizado por el cardenal Fesch, hermano de su abuelo. Tuvo por padrino al emperador de Austria, y recibió los nombres de Napoleon, Francisco, Cárlos, José. Su bautismo fué el anuncio de grandiosos regocijos en todo el ámbito de los anchurosos dominios de su padre. El prefecto del Sena y el cuerpo municipal de Paris obsequiaron á los alcaldes de las demás ciudades del imperio y del reino de Italia. Mr. de Bourrienne, el mas estremado detractor de Napoleon, tiene que confesar que «el nacimiento del rey de Roma fué vitoreado con jeneral entusiasmo, y que nunca niño salió á luz realzado con tan esplendorosas ráfagas de gloria.»

Pero en medio de las manifestaciones del júbilo público y del embeleso universal, advertia Napoleon que el espíritu sacerdotal se azoraba allá en tinieblas para entablar una oposicion subterránea y socavar su trono. Pio VII persistia siempre en no querer dar la institucion canónica á los obispos nombrados por el emperador, ó mas bien, no queria entrar en ningun arreglo hasta quedar absolutamene reintegrado en la posesion de su capital y de sus estados. En vano Napoleon habia promovido al arzobispado de Paris al mismo jefe del antiguo lado derecho de la asamblea constituyente; la inflexibilidad pontifical no se doblegó con el célebre abate Maury, que decia no haberse hermanado con el nuevo imperio, sino porque hallaba consagrado el principio monárquico de que habia sido fogoso y tenaz defensor. El papa espidió un breve contra aquel antigno campeon del solio y de la santa sede; pero esta acta de reprobacion solo corrió reservadamente. Entónces Napoleon, noticioso de que un empleado eminente del imperio, el director de la librería, Portalis, habia sabido esta propagacion encubierta sin atajarla, le reconvino destempladamente en medio de su consejo de estado. «¿Qué motivos habeis podido tener? le

dijo ¿Serian acaso vuestros principios relijiosos? Pero entonces, ¿para qué os hallais aquí? Yo no violento la conciencia de nadie. ¿Os he ido yo á buscar para haceros mi consejero de estado? Vos sois el que habeis solicitado esta suma fineza. Sois aquí el mas mozo, y quizá el único que no tenga títulos personales, os atendí por los servicios de vuestro padre.... Los deberes de un consejero de estado para conmigo son inmensos; los habeis quebrantado, y ya no lo sois. Salid, y no os volvais á presentar aquí. Lo siento mucho, porque están presentes en mi memoria las prendas y los servicios de vuestro padre.»

Se salió con efecto el jóven consejero de estado, y el emperador añadió:

«Espero que no se repetirá nunca semejante escena, pues me ha causado suma sensacion.»

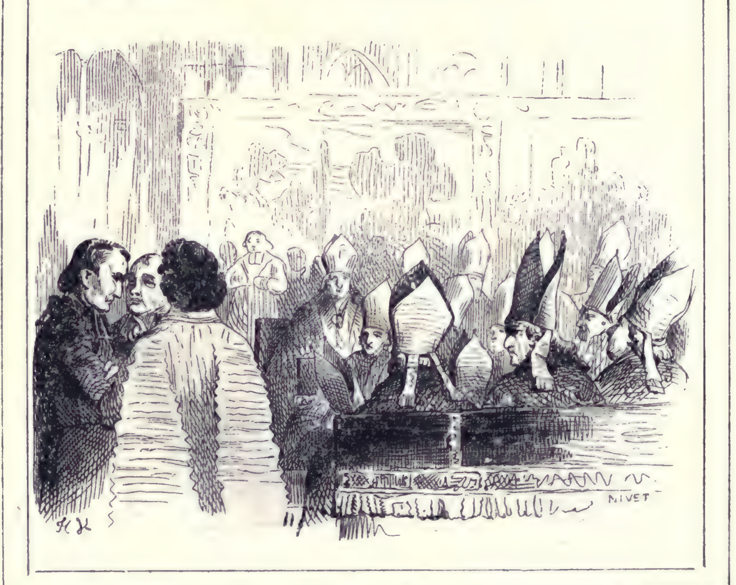
Pero no le bastaba á Napoleon arrojar de su lado á los afectos al papa. Para frustrar la malevolencia oculta de una gran parte del clero, estuvo en ánimo de dar publicidad á la guerra encubierta que le estaba haciendo con breves y bulas en nombre de Pio VII, y de citar ante el episcopado frances, guarda natural de las doctrinas galicanas, las pretensiones ultramontanas del pontífice. Convocó pues un concilio nacional, cuya presidencia cometió al cardenal Fesch, y en cuyo recinto procuró que entrase el episcopado italiano, que conceptuaba avenible á sus miras. El llamamiento que dirijió á los obispos iba en estos términos:



« Las iglesias mas ilustres y populosas del imperio se hallan vacantes ; una de las partes contratantes del concordato lo ha desconocido. La conducta usada en Alemania de diez años á esta parte ha dado casi al través con el episcopado en aquella parte de la cristiandad : no hay hoy dia mas que ocho obispos ; gran número de diócesis se hallan á cargo de vicarios apostólicos ; se ha estorbado á los capítulos el derecho que tienen de proveer en sede vacante á la administracion de la diócesis, y se han tramado tenebrosos amaños al intento de mover discordias y sediciones entre nuestros súbditos. Los capítulos han desechado breves contrarios á sus derechos y á los santos cánones.

« Sin embargo pasan años, y nuevos obispados quedan diariamente vacantes, y si no se proveyesen prontamente, el episcopado se estinguiria en Francia y en Italia como en Alemania. Queriendo evitar un estado jeneral tan contrario al bien de nuestra relijion y á los principios de la iglesia galicana y los intereses del estado , hemos resuelto juntar el 9 de junio próximo, en la iglesia de Nuestra Señora de Paris, todos los obispos de Francia é Italia en concilio nacional.

« Deseamos pues que luego que recibais la presente os pongais en camino para llegar á nuestra buena ciudad de Paris en la primera semana del mes de junio.



« No teniendo esta carta otro objeto, rogamos a Dios que os conceda su santo amparo. »

La primera junta jeneral de los obispos no pudo celebrarse hasta el 20. El emperador, á pesar de su esmero en elejir por presidente de aquella reunion a uno de su familia, no la halló tan avenible como se lo habia prometido. El cardenal Fesch fue el primero que frustró las esperanzas de Napoleon, manifestandose en el concilio mas bien sacerdote de Roma que sumo prelado en el imperio. El episcopado no podia casi obrar de otro modo, pues ya no era el tiempo del galicanismo. El siglo XVIII y la revolucion francesa, venidos despues de Bossuet, habian conmovido profundamente la doctrina y la autoridad de aquel hombre tan celebre para con el clero. Asaeteado con los chistes de Voltaire y con la persecucion politica, el sacerdocio habia tenido que acudir a la santa sede y adherirse mas que nunca a la cabeza suprema en quien residia el principio vital del catolicismo. Los obispos hubieran temido completar el estrago de la iglesia romana en Francia y malherirse á si mismos alzandose declaradamente contra las pretensiones pontificales y aviniéndose a providencias encaminadas a enflaquecer sus vinculos con la potestad espiritual de donde procedia su propio poder. Despues de haber cometido la imprudencia de meterse a habladores y proclamar bajo Luis XIV las libertades de la iglesia galicana habian vuelto violentamente a las tradiciones ultramontanas por los acontecimientos de los ultimos años del reinado de Luis XVI. Y cuanto mas amenazados se sentian por el destemple de los tiempos modernos, mas ansiaban escudarse con el resguardo de lo antiguo tras el orijen de su poderio y de su existencia. Pero si los obispos reunidos pertenecian necesariamente todavia a lo ya pasado, los principes de la iglesia cojidos aisladamente eran de su siglo y estaban poco propensos á estrellarse con el temible y esplendoroso dispensador de las gracias y favores mundanos. Disolvióse pues el concilio, y el emperador fué obteniendo de cada prelado francés é italiano una declaracion individual enteramente conforme á sus miras.

El papa se hallaba entónces en Savona, siempre inmutable en su determinacion. El emperador le creyó demasiado contiguo a Roma o demasiado espuesto á ser arrebatado por los Ingleses, y lo hizo pasar á Fontainebleau. En medio de sus desabrimientos contra Pio VII, Napoleon no olvidaba los miramientos que debia al caracter y a la dignidad de su augusto prisionero. Para hacerle mas llevadero el tedio del destierro, colocó junto a el al sabio Denon, cuyas atenciones finas, esmerado agasajo, y conversacion amena mitigaron con efecto los quebrantos del santo padre. Pio VII cobró afecto al sabio y apreciable compañero de su retiro. Le hizo repetidas preguntas sobre la espedicion de Ejipto y quiso enterarse de la obra que habia publicado sobre las antigüedades de aquel pais. M. Denon, que se acordaba que su libro encerraba algunas pajinas poco catolicas y ardidas

de hermanar con el sistema de la Escritura sobre el oríjen y la edad del mundo, habia temido que su santidad se ofendiese al hallar esplicaciones y conjeturas cosmogónicas mal avenidas con las del Jénesis. Pero el papa no se paró en esta desavenencia entre la especulacion científica y el sistema revelado, y advirtiendo que Denon se esmeraba en ocultársela, lo esplayó diciéndole: « No importa, hijo mio, todo esto es sumamente curioso; en verdad yo lo ignoraba. » El sabio francés informó entónces al pontífice que su santidad habia anatematizado el libro que elojiaba, y tambien al autor. « Yo te he escomulgado, hijo mio, replicó el papa; lo siento, y á fe que no me lo presumia. »





CAPITULO XXXIV

Ojeada retrospectiva de los acontecimientos militares en España y Portugal desde 1808 hasta 1812.



La invasion francesa en España iba siempre á mas, aun en medio de los quebrantos de la guerra. Desde que el emperador se habia ausentado de la Península, sus lugartenientes, acometidos por las guerrillas, habian tenido que pelear tambien con frecuencia contra las tropas arregladas de que se componian los ejércitos anglo-hispanos; pero en medio de las vicisitudes de estos encuentros diarios y tras sangrientas batallas sitios terribles, la autoridad del rey José se hallaba militarmente planteada por casi todo el ámbito de la monarquía española.

En los primeros meses de 1809, vuelto Napoleon á Francia, Palafox, que se habia metido en Zaragoza despues de la derrota de Tudela, habia defendido la capital de Aragon con el heroismo de los antiguos Cántabros. Los Franceses pasaron muchos meses bajo las murallas de Zaragoza, y cuando el valor de los soldados, la ciencia de los jenerales y todos los recursos del arte de la guerra asestados con maestría por los oficiales facultativos dieron al través con las obras esteriores de la plaza, y las murallas de la ciudad pararon ya en poder de las armas imperiales, fué preciso continuar todavía por las calles aquella lid encarnizada y formar en cierto modo el sitio particular de cada casa. Al fin la pertinacia española tuvo que ceder al empeño francés.



El 21 de febrero de 1809, la ciudad se rindió á discrecion al mariscal Lannes. El presidente de la junta, Mariano Dominguez, prestó juramento de fidelidad al rey José. « Hemos cumplido con nuestra obligacion contra vos, le dijo al mariscal, defendiéndonos hasta el último trance, y con el mismo teson darémos cumplimiento en adelante á nuestros nuevos empeños. »

No cabe retratar el estado pavoroso y la suma asolacion en que se hallaba aquella ciudad. Una horrorosa epidemia habia añadido sus estragos á los de la guerra. « Los hospitales no podian ya acudir á los enfermos y heridos, dice un ilustre mariscal en sus Memorias. Los cementerios no

bastaban para sepultar á los muertos, los cadáveres, cosidos en sacos de tela, yacian por centenares á las puertas de las iglesias.

A la toma de Zaragoza siguióse la de Jaca y de Monzon. Empero todos estos revéses no alcanzaron á quebrantar el teson de los Españoles. Una parte del ejército francés de Aragon acababa de pasar á Castilla, para acantonarse, dejando al tercer cuerpo el encargo de conservar una conquista que habia costado ocho mil hombres á los sitiadores. Luego que el jeneral Blacke supo en Cataluña que los vencedores de Palafox se habian dividido y que el quinto cuerpo se habia alejado del Ebro para encaminarse hácia el Tajo, marchó de Tortosa al frente de cuarenta mil hombres y se internó en Aragon con el intento y la esperanza de recobrar á Zaragoza.

Esta tentativa prosperó al principio con una pequeña ventaja que Blacke logró en Alcañiz. Pero el tercer cuerpo estaba mandado por Suchet, caudillo intelijente y valeroso que se habia granjeado los grados superiores del ejército con señalados servicios en las guerras de Italia y de Alemania, y que debia hacer decir algun dia á Napoleon que si hubiese tenido en España dos mariscales como él, conquistara y conservara la Peninsula, pues tantos triunfos inauditos vino á conseguir por su tino, su talento militar y su denuedo. Suchet habia sido llamado á Aragon en reemplazo de Junot. Este sabio y valiente guerrero afianzó la victoria bajo las banderas francesas. Las refriegas de Maria y Belchite desahuciaron á Blacke, precisándole á volverse á Cataluña. Suchet fué dignamente auxiliado por el intrépido jeneral



Harispe, jefe de estado mayor, y el comandante de artillería Vallee, á quien una conquista lejana valió despues el baston de mariscal.

Una vez disperso el ejército español, el jeneral en jefe del tercer cuerpo volvió á Zaragoza, en donde se dedicó á cicatrizar las llagas y desenconar los ánimos de la poblacion. No fueron vanos sus conatos, pues Zaragoza recobró pronto, en medio de sus escombros, el curso de las fiestas y ceremonias relijiosas, celebrándose las mas grandiosas en la iglesia del Pilar bajo los auspicios del jeneral francés, quien juzgó oportuno hermanar el boato militar con la majestad del culto.

Con tales jestiones y á fuerza de cordura, de amistosas demostraciones y manteniendo rigurosamente la disciplina, consiguió que la ciudad mas contrapuesta al dominio francés de todas las poblaciones españolas fuese callada é insensiblemente sobrellevando el mismo dominio que habia rechazado con tanto brio y pertinacia.

Aparentábase ya pacífico Aragon, cuando volvió á encenderse el fue-



go de la guerra al presentarse el joven Mina, nuevo adalid de guerrillas. Pero el jeneral Suchet no dió tiempo a que se propagase el incendio, pues persiguió á Mina, disperso sus partidas y le cojió prisionero.

El ejército francés no era igualmente afortunado en Cataluña. Sus jenerales se sostenian apenas teniendo que luchar continuamente, ya contra numerosos cuerpos de voluntarios que proporcionaba la poblacion catalana, ya contra las tropas arregladas de Caro, Blacke y O Donell. Para dar en este punto á las armas francesas la misma superioridad que en Aragon, fué forzoso engrandecer la mision á Suchet, haciéndole pasar de las campiñas de Zaragoza á las de Tarragona y de Valencia.

Antes de verificar este movimiento, el caudillo del tercer cuerpo se esmeró en sojuzgar la provincia que iba á dejar, apoderándose de las fortalezas que deslindan del norte al mediodia Aragon y Cataluña. Esto le costó algunos meses. El 4 de abril de 1810, era dueño de Balaguer, y el 15 de junio del mismo año, Lérida, Mequinenza y Morella se hallaban en su poder. Entonces se patentizaron al pacificador de Aragon entrambos caminos, el de Valencia y el de Tortosa; y tomó este último.

El jeneral Caro manifestó al pronto intentos de oponerse al sitio de aquella plaza; pero al acercarse Suchet, varió de dictámen y se retiró arrebatadamente. Sin embargo Suchet aguardó para atacar á Tortosa que el séptimo cuerpo le hubiese proporcionado los refuerzos indispensables que habia pedido. Estos llegaron en diciembre de 1810, y el 1°. de enero de 1811, tremolaba la bandera francesa sobre los muros de la plaza.

Rendida Tortosa, no quiso el vencedor, atenido á su sistema de cordura, llevar mas allá sus triunfos en Cataluña antes de haber despejado otra vez el Aragon de algunas partidas que se habian internado á las órdenes de Villacampa, el Empecinado y Mina el mayor. La espulsion de estos tres caudillos empleó á Suchet durante algunos meses. Villacampa y el Empecinado se retiraron á la provincia de Cuenca, Mina se enriscó por los montes de Navarra, y Suchet volvió á presentarse en Cataluña á las puertas de Tarragona.

Era aquella ciudad uno de los baluartes de la resistencia en el norte de la Península; tenia ocho mil hombres de guarnicion que contaban con refuerzos por mar. El jeneral Suchet acometió la plaza con cuarenta mil hombres y la tomó por asalto, al cabo de dos meses, el 21 de junio de 1811.

Esta nueva é importante conquista regocijó en estremo al emperador, quien daba tanto mas valor á los triunfos de sus ejércitos en España, cuanto mas escasos y menos decisivos eran que en las demas partes de Europa. Asi el concepto, ya tan favorable, que tenia del jeneral Suchet se robusteció mas y mas en el ánimo de Napoleon, quien condecoró al vencedor de Tarragona con la dignidad de mariscal del imperio.

A la toma de Tarragona siguió la ocupacion de Monserrate. Las armas



francesas iban declaradamente cobrando por aquella parte el predominio que habian ejercido en los mas prósperos dias de las guerras de Alemania é Italia. La rejencia española, temerosa de que Valencia padeciese la misma suerte que las fortalezas de Cataluña, se esmeró en enviar un cuerpo de diez mil hombres á las órdenes de Blacke para atajar la marcha triunfadora de Suchet. Pusiéronse en estado de defensa los castillos de Oropesa y Sagunto; mas no pudieron resistir al ímpetu francés. El castillo de Oropesa se tomó fácilmente, y el de Sagunto, aunque socorrido por Blacke al frente de veinte y cinco mil hombres, tuvo que capitular el 26 de octubre de 1811, despues de repetidos asaltos y al dia siguiente de una sangrienta batalla en la que el jeneral español perdió mas de cinco mil hombres.

Ya no habia contraresto para el ataque directo contra Valencia. Entónces, para estorbar ó diferir la caida de aquella plaza, el Empecinado y Mina, que descollaban entre los héroes de la independencia nacional, y que debian encabezar la lista de los proscritos en el absolutismo y entre los mártires de la libertad, trataron de maniobrar en ayuda de Blacke haciendo nuevas correrias por los montes de Aragon. A fin de precaverse Suchet del peligro que podia amenazarle por aquella parte, pidió refuerzos, y luego que los hubo conseguido, pasó el Guadalaviar, rechazando una parte del ejército español al reino de Murcia y encerrando la otra en Valencia. Aque-

lla ciudad oia pronunciar sin sobresalto el nombre de Suchet, temiendo mas los franceses de un sitio y de una toma por asalto. Asi, luego que el bombardeo hizo algunos estragos, la poblacion pidió capitulacion, quedando prisionera la guarnicion, compuesta de diez y ocho mil hombres y su caudillo el jeneral Blacke.

El 10 de enero de 1812, abrió Valencia sus puertas al ejército frances, y el 24 del mismo mes, el emperador, que colgaba siempre un galardon espléndido sobre un servicio eminente, dió un decreto fincando en el reino de Valencia un capital del valor de doscientos millones para distribuirlo a los jenerales, oficiales y soldados del ejército de Aragon. Por el mismo decreto nombró al mariscal Suchet duque de Albufera, cediéndole las rentas añejas al mismo dictado.

Durante los tres años que mediaron entre la toma de Zaragoza y la de Valencia, en los que ocurrieron acontecimientos diarios, cuyo resultado fue plantear con alguna probabilidad de duracion el dominio francés en las provincias del nordeste de la Peninsula, las alternativas de la guerra, aunque menos propicias á la causa del rey José en el oeste y el mediodia, proporcionaron sin embargo la coyuntura de nuevas victorias á los jenerales que el emperador habia colocado al frente de sus intrépidas falanjes en las provincias meridionales de la monarquia española y en el reino de Portugal.

Despues de la toma de la Coruña en enero de 1809, el mariscal Soult habia invadido este ultimo reino, mientras que el mariscal Ney proseguia la conquista y pacificacion de Galicia y de Asturias y que el mariscal Victor derrotaba en Medellin el ejército de Estremadura mandado por el jeneral Cuesta.

Los progresos del mariscal Soult en Portugal fueron rápidos y esclarecidos, pero no de larga duracion. Habia derrotado a la Romana el 6 de marzo en las orillas del Tamega, apoderándose sucesivamente de Chaves, Braga, Guimaraens y Oporto. Esta ultima ciudad, la segunda de Portugal que habia hecho vanas demostraciones de defensa, se habia rendido tras un primer asalto el 29 de marzo de 1809, al dia siguiente de la batalla de Medellin y dos dias despues de la de Ciudad Real, en la que el jeneral Sebastiani derrotó al duque del Infantado.

Sin embargo, estos triunfos casi simultáneos de los diferentes caudillos del ejército francés ningun resultado produjeron en el ánimo de las poblaciones, que se iban exasperando en vez de acobardarse. Una insurreccion jeneral estalló en Estremadura, y la junta de Badajoz respondió con una altivez intermediada de tropelias a las intimaciones del vencedor de Medellin. Al mismo tiempo Wellington, al frente de un cuerpo de treinta mil hombres, se encaminaba de Lisboa sobre Oporto para arrebatar aquella importante conquista al mariscal Soult, á quien el levantamien

to de la Estremadura privaba de la cooperacion del mariscal Victor, y se hallaba además amenazado por la parte de Tamega por el jeneral portugués Silveira á quien iba á reforzar Beresford. En tan crítica situacion, el ejército francés se aparecia en vísperas de padecer inevitablemente por tercera vez el desdoro de Bailen y de Cintra; pero tenia por caudillo en estas circunstancias uno de los mas consumados capitanes del siglo. « Soult la salvó con la prontitud y el acierto de sus disposiciones, dice el autor de las *Guerras de la revolucion*. Sacrificó sin titubear enseres, pertrechos y víveres, pasó prontamente á Guimaraens, y dejando á la izquierda Braga en donde Wellington estaba amagando antecojerle, se enriscó por los montes que atraviesan el Cavado. Al cabo de dos dias llegó á Ruivaens, encrucijada del camino de Chaves, en donde estaba situado Silveira, y de una profunda garganta que conduce á Montalegre siguiendo el cauce del torrente. Todo el ejército se fué encajonando por aquellos senderos, donde apenas cabian dos hombres de frente. A sus piés, el Cavado, crecido con una lluvia tempestuosa, bajaba bramando; sobre su cabeza es-



taban suspendidos los peñascos desde donde estaba saliendo un tiroteo continuo. Finalmente, el camino, ya tan penoso, estaba atajado á trechos por arroyos que salian de sus cauces tajados. Soult venció tantísimos obstáculos. Supo encubrir su marcha á entrambos jenerales enemigos y llegar á la frontera, desde donde pasó á Orense. Perdió tan solo alguna jente al meterse en el desfiladero del Cavado. La caballería conservó sus caballos y la infantería sus armas, siendo esta retirada muy diversa de la de Moore, y uno de los timbres del mariscal. Estrechado, como lo habia sido el jeneral inglés, entre dos ejércitos superiores en número, logró sortearlos á entrambos. Pasó entre un jentío alborotado y acertó á infundir á los soldados bastante confianza para que sobrellevasen con teson las escaseces, aguaceros y tropiezos de un camino en el que fueron acompañados por un fuego graneado al que no podian corresponder.

El mariscal Soult habiendo evitado milagrosamente á Wellington, Beresford y Silveira que se lisonjeaban de tenerle encarcelado en las gargantas de Portugal, reasomó en España para descolgarse sobre la Romana y precisarle á levantar el sitio de Lugo. Ney, que habia conseguido en Asturias iguales resultados que Suchet en Aragon, marchó al encuentro de Soult y se convino con él para acabar de destruir el cuerpo de la Romana y sojuzgar á los sublevados en Galicia. Pero los movimientos militares que el enemigo estaba preparando en el centro de la Península precisaron pronto á entrambos mariscales á rectificar sus combinaciones y variar sus planes.

Wellington no habiendo logrado éxito en su espedicion contra Soult habia vuelto á Estremadura en donde esperaba ser mas afortunado contra el cuerpo de Victor. Habia dejado sus reales de Abrantes al frente de veinte y cuatro mil hombres, apoyada la derecha en el ejército español de Cuesta, compuesto de treinta y seis mil hombres, y la izquierda en la lejion de Roberto Wilson, compuesta de cuatro mil hombres. Podia contar además con el arrimo de un cuerpo de veinte y dos mil hombres, mandado por Venegas y que estaba pronto á desembocar en las llanuras de la Mancha, mientras que el duque del Parque maniobraria en el norte con los restos de la Romana, y que Beresford operaria en las fronteras de Estremadura con un cuerpo de quince mil Portugueses destinado á servir de reserva. Ocurria además que en medio de numerosas guerrillas y de pueblos enardecidos con la causa de la independencia nacional, todos estos ejércitos españoles, ingleses y portugueses iban á echar el resto, no solo para recaer sobre el mariscal Victor, sino para abalanzarse á la capital y arrebatar Madrid al rey José.

Comprendió este último el peligro que le amenazaba y mandó por su parte una concentracion grandiosa de los cuerpos del ejército francés sobre el Tajo, hácia Talavera de la Reina. Pero sin dar tiempo á que Soult

y Mortier efectuasen su reunion, prefiriendo José el parecer de Victor al de Jourdan y sin aguardar siquiera la llegada de Sebastiani que debia acudir de Toledo, empeñó la refriega. Esta impaciencia libró al ejército enemigo de una derrota decisiva. Los Anglo-hispanos defendieron esforzadamente sus posiciones y las conservaron. Su pérdida, igual á la de los Franceses, ascendió á unos ocho mil hombres muertos y heridos; y como en todas las batallas en que el ejército francés no quedaba completamente victorioso, acostumbraban los ejércitos enemigos atribuirse el triunfo, se celebró la jornada de Talavera como esclarecidamente gloriosa para Wellington en España, Inglaterra y todos los paises de Europa en donde se abrigaba una envidia inveterada contra la Francia. Pero Soult desbarató pronto los cantos de triunfo que resonaban en el campamento enemigo. Ocupó á Plasencia en el momento en que Wellington, nombrado jeneralísimo de los ejércitos anglo-hispanos y portugueses, despues del éxito de la batalla de Talavera, le conceptuaba todavía en los alrededores de Benavente. Reunido con Mortier y con Victor en Oropesa, atacó Soult el ejército enemigo, el 8 de agosto de 1809, en el puente del Arzobispo, y esta vez el éxito no fué dudoso. Sin embargo en lo recio de la pelea, titubeó por un momento el mariscal sobre su paradero. Habíase levantado una polvareda que le imposibilitaba divisar los cuerpos que tomaban parte en la accion, y no distinguiendo ya los rejimientos de caballería que habia dirijido contra la infantería anglo-hispana y creyéndolos aniquilados por una



carga del duque de Albuquerque, quien habia sobrevenido con ventaja de numero, estuvo ya para hacer disparar contra aquella nube, temiendo que le encubriese la caballeria enemiga victoriosa. Pronto salió de esta incertidumbre, pues incendiados los campamentos por los Españoles, y cundiendo el fuego por la maleza, manifestó al través de un grandísimo incendio toda la derrota y precipitada fuga de las tropas de Wellington.

El resultado de la refriega en el puente del Arzobispo fué arrojar á Cuesta á los montes de la Mancha y de Estremadura, obligando al jeneral inglés á una retirada ejecutiva sobre Badajoz. Por su parte el mariscal Ney, volviendo á Galicia, derrotó la lejion de Wilson en la altura de Baños, tres dias despues del encuentro de Almonacid, que se dió al dia siguiente de la accion del puente, y en la que el jeneral Sebastiani destruyó el cuerpo de Venegas, cuyos restos se refujiaron atropelladamente en las gargantas de Sierra Morena.

Sin embargo el teson español descolló en medio de todos estos desmanes. Ballesteros, que estaba asomando, habia hecho nuevos alistamientos en Asturias y los habia llevado al duque del Parque, quien se habia apoderado de Salamanca, despues de haber alcanzado un pequeño triunfo contra un destacamento del cuerpo del mariscal Ney, á quien el emperador habia llamado á Alemania y á quien acababa de reemplazar el jeneral Marchand en el mando del ejército de Galicia.

Los Españoles, engreidos con esta ventaja y siempre prontos á reha



cerse de sus derrotas, quisieron probar una nueva asomada por la Mancha y apoderarse otra vez de Madrid. Arizaga, al frente de sesenta mil hombres, desembocó por Despeña-Perros y se adelantó sobre la capital siguiendo la direccion de Toledo y de Aranjuez, mientras que el duque del Parque verificaba su movimiento sobre el camino de Búrgos.

El mariscal Soult mandaba en jefe el ejército francés, como sucesor del mariscal Jourdan. Llamó á sí á Victor, Mortier y Sebastiani, y marchó en derechura al enemigo obligándole á retroceder hasta Ocaña, en donde el ejército español quedó aniquilado el 18 de noviembre de 1809. Durante esta memorable batalla, Arizaga, en vez de pelear al frente de sus tropas, se retiró á un campanario de la ciudad, y desde allí asistió como mero espectador á la derrota de su ejército. Perdió su artillería, trenes y banderas, y dejó treinta mil prisioneros en poder del vencedor.

La derrota de Arizaga motivó la retirada del duque de Albuquerque, quien habia quedado en Estremadura para sostener su izquierda, y cejó á Trujillo. El duque del Parque, así mismo comprometido con el desastre de Ocaña, se retiró tambien sobre Ciudad Rodrigo, á donde no llegó sin haber padecido un quebranto en el puente de Alba, perdiendo tres mil hombres, la artillería y los bagajes.

Habia llegado la hora de dar el golpe postrero á la insurreccion española y á la intervencion inglesa. El emperador lo podia tanto mas fácilmente cuanto sus triunfos en Alemania y la paz en el norte le permitian agolpar sobre la Península una parte de sus tropas victoriosas. Por consiguiente se aumentó el ejército francés en España hasta el número de trescientos mil hombres en los primeros meses de 1810, y se puso á la órden del rey José, cuyo mando supremo era aparente, pues en realidad lo ejercia el mariscal Soult.

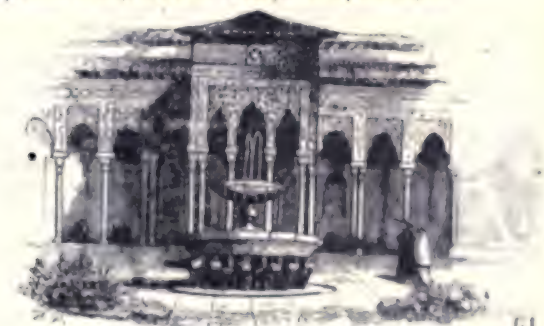
Las primeras operaciones se encaminaron á atacar la Sierra Morena, cuyos picachos estaban minados y que sin embargo fué ocupada en un dia (20 de enero de 1810) á pesar de la tenaz resistencia de los Españoles. Desde entónces el mediodía de la Península quedó patente al ejército francés. Granada, Sevilla, Málaga, Murcia, Olivenza, Badajoz cayeron sucesivamente en poder de sus armas. Pero Cadiz se resistió; Cadiz, residencia de aquella famosa junta que estuvo ventilando una constitucion democrática y dirijió una guerra nacional bajo los tiros de la Francia revolucionaria y en nombre de un rey cuya causa era la misma que la de la aristocracia y de la frailería. Este último baluarte de la independencia española padeció un estrecho bloqueo por tierra; pero quedábale el mar, y este le trajo víveres, pertrechos, jente y pensamientos.

Mientras que Soult recorria triunfalmente la Andalucía persiguiendo los restos del ejército español, sitiando y tomando plazas, Massena, llegado á España, ceñido con los laureles de Essling, invadia el Portugal y mar-

chaba contra Lisboa. Pero habia contado con la cooperacion del ejército de Andalucia, y esta le faltó. Soult, detenido por los Anglo-Hispanos de Aljeciras y de Jibraltar que amenazaban continuamente la Andalucía y las provincias de la costa oriental, no hizo el menor movimiento á favor del ejército de Portugal, con lo cual Massena aislado no pudo hacer frente á Wellington y tuvo que volver á España. Su retirada fué desastradísima. Wellington persiguió el ejército francés sobre el territorio español, tomó á Olivenza y sitió á Badajoz. Su presencia reanimó el denuedo y las esperanzas de la sublevacion. Pero acudió Soult y atacó recíamente á Beresford en Albuera, encaminandose á la falda de las sierras y aguardando refuerzos para libertar á Badajoz, cuando los movimientos de Blacke y de Ballesteros le hicieron volver á Sevilla. Desde allí dispuso una espedicion contra los sublevados de la Serranía de Ronda y un ataque infructuoso contra Tarifa.

Entretanto Wellington, libre de la vijilancia de Soult, activó el sitio de Badajoz y se apoderó de esta plaza el 6 de abril de 1812. Soult habia acudido otra vez para socorrerla, pero llegó al siguiente dia de la capitulacion, y el vencedor no queriendo esponerse á perder tan pronto su conquista, rehusó la batalla que le presentó el jeneral francés.

Regresó Soult á Sevilla, en donde se dedicó á pacificar la Andalucía y contrarestar las partidas de Ronda y del Campo de San Roque. Pero los Anglo-Hispanos habian proseguido en sus triunfos. Desde Estremadura se habian encaminado á la Mancha, y despues de haber derrotado el centro, ocuparon á Madrid obligando á José á retirarse sobre Valencia para ponerse bajo la proteccion de Suchet. Entónces ya no era posible la ocupacion de Andalucía. Se abandonó el bloqueo de Cadiz, y el mariscal Soult, verificando su retirada por Granada y Murcia, se reunió con Suchet en Alicante y luego con el ejército del centro para volver á tomar el camino de Madrid y ponerse en disposicion de reconquistar aquella capital.





CAPITULO XXXV.

Rompimiento con la Rusia.



LEJANDRO habia dejado de conceptuar tiempo hacia la amistad del hombre grande como un beneficio de los dioses. Del cariño solemne de Tilsitt y de los recuerdos íntimos de Erfurth, ya no quedaba en el alma del czar mas que el desabrimiento y pesar que brotan de un impulso yerto y de una esperanza burlada. Mientras que la Europa continental le habia parecido harto pujante todavia para continuar la guerra de principios contra la revolucion francesa compendiada en Napoleon, el autócrata habia estado es-

cuchando los estímulos del gabinete inglés y entrado solícito en las coligaciones de 1805 y 1806 contra la Francia, ya marchando a espaldas del Austria, ya en pos de la Prusia. Pero Austerlitz y Friedland habian postrado su orgullo dinástico. Capaz de enardecerse y dotado de unos alcances harto trascendentales para comprender que la mayor parte de cuanto airaba a la añeja Europa podia muy bien reducirse a miras de la Providencia (1), se habia desentendido interinamente de lo pasado en los avistamientos del Niemen, soslayándose de la alianza inglesa para abrazar la política del hombre nuevo que habia proclamado el bloqueo continental. Si el astro de la Francia no debia nublarse, si la fortuna de Napoleon permanecia inmutable y siempre en auje, era mejor hermanarse con él para promediar la supremacía europea, que obstinarse en quedar derrotado por sus invencibles falanjes y por el interés de una causa que el cielo al parecer estaba desamparando. Estas reflexiones fueron las que hicieron a Alejandro tan afectuoso en Tilsitt y tan entusiasta en Erfurth, sin retraerse por eso de los azares de un trueque político y de los trances de un regreso al antiguo sistema europeo cuando lo exijeran o lo permitieran las circunstancias.

Pero Napoleon, al paso que creia en la sinceridad afectuosa que estaba manifestando Alejandro y que él mismo percibia como conducente al cumplimiento de sus intentos, avalorando los lances en beneficio del predominio y preponderancia francesa, sin atender al desabrimiento que la estension de su poderío podia causar al potentado que reinaba en Petersburgo, seguia su rumbo. Así la agresion del Austria en 1809, al esponer al emperador Francisco a nuevas derrotas, le habia acarreado nuevos desmembramientos que habian aproximado los límites del dominio frances a las fronteras del imperio ruso, y esta cercanía ocasionaba peligros que no quedaban harto compensados en concepto del autócrata con la cesion que se le hacia, por uno de los artículos del tratado de Viena, de una parte de la Galizia. Pero lo que destemplaba al czar muy señaladamente era la existencia del gran ducado de Varsovia, cuya creacion no habia podido contrarestar en Tilsitt, y en el que sus desconfianzas y recelos le estaban siempre mostrando el reino de Polonia en ademan de brotar de sus escombros. Así para lograr algun resguardo en este punto no cesó de insistir con el gabinete de las Tullerías para conseguir de Napoleon una espresa y so-

(1) «¿Se creerá nunca, ha dicho Napoleon en Santa Elena (*Memorial*), lo que yo disputé con él? Me sostenia que el derecho hereditario era un abuso en la soberanía, y tuve que emplear mas de una hora y valerme de mi persuasiva y de mi lójica para probarle que en este derecho hereditario se cifraba el sosiego y bienestar de los pueblos. Acaso me engañaba.» El elejido del pueblo, el hijo de la revolucion aleccionando al hijo de los reyes, al caudillo de las coligaciones monárquicas, para convertirle al dogma del derecho hereditario. ¡Qué estrañeza tan peregrina! ¡qué trastrueque de comediantes!

lemne declaracion de que nunca trataria de restablecer la nacionalidad polaca. Por un momento pudo creer que estaba cumplido su mas ansioso deseo. El 5 de enero de 1810, el embajador francés Caulaincourt, duque de Vicencio, firmó un bosquejo de convenio espresando formalmente: 1°. que el reino de Polonia no se restableceria jamás; 2°. que se orillarian en las actas los nombres de Polonia y de Polaco; 3°. que el ducado de Varsovia no recibiria nunca aumento de territorio con alguna de las partes correspondientes al antiguo reino de Polonia; 4°. que se publicaria el convenio.

Caulaincourt no era de aquella escuela diplomática cuyo maestro ha dicho « que la palabra solo habia sido concedida al hombre para ayudarle á encubrir su pensamiento. » La disposicion para todo jénero de asuntos y la maestría en las negociaciones se hermanaban en él con sumo señorío, y la agudeza de su entendimiento quedaba siempre subordinada á la rectitud de su alma. Se acordaba de que al hacer proposiciones para el enlace de Napoleon con la gran duquesa Ana, se le habia autorizado á prometer una declaracion semejante á la que Alejandro requeria, y consintió en firmar el proyecto de convenio que se le presentaba, sin recapacitar las modificaciones que habian debido causar en las miras y combinaciones del emperador de los Franceses el rompimiento de la alianza de familia y el rumbo de los acontecimientos. Preciso es decirlo tambien, el duque de Vicencio, al granjearse el aprecio y afecto del czar con sus finos modales y sus esclarecidas prendas, se habia dejado embelesar por su parte con el trato íntimo del esplendoroso Alejandro.

Napoleon se desentendió de cuanto su embajador habia aceptado. Descontento de Alejandro, que ejecutaba á medias el bloqueo continental, y no teniendo ya motivo alguno para sacrificarle uno de sus mas antiguos pensamientos acerca de la política europea, se mantuvo firme en el concepto que ya habia dado á luz y que constantemente profesó despues, « que el restablecimiento de la Polonia era de apetecer para todas las potencias del occidente, y que mientras no se restaurase aquel reino, la Europa estaria sin fronteras por la parte del Asia. » Sin embargo el czar insistió y envió un nuevo proyecto, que siendo idéntico, enmarañaba y suspendia en cierto modo el contenido del primero. Napoleon insistió por su parte y rechazó reciamente la proposicion modificada del monarca ruso. Entónces el príncipe Kourakin, por órden que recibió de Petersburgo, declaró al emperador de los Franceses que se tendria su dilatada negativa por una muestra positiva de segundos y solapados intentos á favor de la Polonia. Pero Napoleon, mas airado que sobrecojido con esta nota del negociador moscovita, le contestó resueltamente: ¿Qué pretende la Rusia con semejante lenguaje? ¿Quiere la guerra....? Si hubiese querido reponer la Polonia, lo hubiera dicho, y no hubiera sacado mis tropas de Alemania..... Mas

no quiero desdorarme manifestando que nunca se restablecerá el reino de Polonia, ni ridiculizarme entonando oráculos de divinidad, ni menos tiznar mi memoria sellando esa acta de maquiavélica política, porque declarar que nunca se restablecerá la Polonia es mas que confesar su reparticion. No, no puedo comprometerme á armarme contra jentes que me han servido tan bien y me han manifestado una buena voluntad constante y sumo cariño. No les diré á los Franceses: preciso es que derrameis vuestra sangre para poner la Polonia bajo el yugo de la Rusia. Si yo firmara algun dia que el reino de Polonia no se restableceria nunca, fuera porque yo haria ánimo de reponerla, y el desdoro de semejante declaracion quedaria borrado con el hecho que la desmentiria. »

No habia llegado el trance en que Alejandro se entonase hostilmente, pero no aguardando ya nada de la alianza francesa, puesto que Napoleon rehusaba por una parte declararse paladinamente contra el restablecimiento del reino de Polonia, y que por otra se ladeaba hacia la política austriaca sobre la cuestion de Oriente, limitando las concesiones hechas en Erfurth á la posesion de la Moldavia y de la Valaquia, lo cual excluia la orilla derecha y las bocas del Danubio, el czar, que habia dejado quebrantar hasta entónces el bloqueo continental por el contrabando y por los neutrales, no disimuló ya con él su desvio en la correspondencia de oficio. El 15 de enero de 1811, dió un ukase que prohibia los productos franceses, tales como objetos de lujo y vinos, y favorecia la introduccion en sus estados de los frutos coloniales por medio de una rebaja en los derechos. Además, en caso de contravencion, las mercancías francesas debian quemarse y los productos coloniales solo serian confiscados.

Irritóse Napoleon á la vista de esta acta. « Solo el odio, le dijo al embajador ruso, ha podido aconsejar el ukase del 15 de enero. ¿Pues qué nos conceptuan yertos en materia de pundonor? La nacion francesa es fogosa, se creerá deshonrada al saber que sus productos se queman en los puestos rusos, al paso que los productos ingleses tan solo quedan confiscados. No temo declararlo, señor embajador, antepusiera recibir un bofeton al quemar los productos de la industria y del trabajo de mis súbditos. ¿Qué mayor daño puede hacerle la Rusia á la Francia? No alcanzando á invadir nuestro territorio, nos saltea nuestro comercio y nuestra industria. »

No se atuvo el emperador á esta briosa manifestacion de su descontento, pues dió órden al duque de Vicencio para que pidiese la revocacion del ukase. Pero Alejandro no se habia adelantado con tanto arrojo para afrentarse tan pronto cediendo cobardemente á la primera protesta de la Francia. No se habia providenciado tan grandiosamente sin larga y madura deliberacion, antes de darla al público, el gabinete de Petersburgo habia indudablemente previsto la entidad, las consecuencias y los efectos sobre el gabinete francés. No podia dudarse de la respuesta, pues los Ru-

sos se habian vuelto ingleses desde que la Francia habia rehusado proclamar por boca de Napoleon la irrevocable aniquilacion de la Polonia y permitir á la ambicion moscovita que pasase el Danubio y se estableciese á las puertas de Constantinopla. Habia tambien contribuido al desvio de Alejandro la preferencia dada á la casa de Austria en la eleccion de esposa.

Desahuciado ya de repartirse el imperio del continente y desentendiéndose de la Francia sobre ambos puntos de Turquía y de Polonia, no le cabia al czar el avenirse al sistema del héroe de la democracia y sacrificarle sus miras primitivas. Cuando estuvo pues bien convencido de que nada podia aventajar con el hombre de la revolucion, volvió naturalmente á los principios contrarevolucionarios que habian arrojado anteriormente á Souwarow hasta la frontera francesa y le arrebataran á él mismo hasta Austerlitz y Friedland. Este regreso de Alejandro á la alianza inglesa le era tanto mas obvio cuanto satisfacia, no solo las opiniones políticas de la jerarquía suprema de su imperio, sino tambien los intereses materiales de todos sus súbditos, el comercio y la industria de la Rusia entera.

Quedó pues el ukase tal cual se habia publicado y continuaron los armamentos considerables que lo habian precedido. Hízolos por su parte Napoleon reforzando la guarnicion de Dantzick y enviando crecidas divisiones por toda la Alemania. Entónces Alejandro pidió esplicaciones, y se le respondió que solo se trataba de prepararse contra los intentos hostiles que hacian maliciar sus preparativos militares. Protestó que eran pacíficas sus miras; pero renovando siempre sus quejas é insistiendo en la declaracion relativa á la Polonia y en la restitucion del ducado de Oldenburgo que Napoleon habia tenido que invadir por haberse convertido en el foco mas activo del contrabando europeo, que amenazaba hacer ilusorio el bloqueo continental.

Así el rompimiento mediaba en realidad desde 1811 en el pensamiento íntimo de entrambos emperadores. Ya no podian avenirse en los puntos mas importantes de su política respectiva; por lo tanto era forzoso que llegasen á las manos tarde ó temprano. Sin embargo Napoleon, que siempre se esmeró en revolver sobre sus contrarios la odiosidad de la guerra y que aparentaba salir á pesar suyo á los campos de batalla donde la gloria de su nombre iba por cada dia en aumento, Napoleon no quiso salir á campaña contra su amigo de Erfurth, sin haber procurado entre ellos una reconciliacion en que se cifraba el sosiego de la Europa. Varias veces le escribió con este objeto y en una ocasion le decia. «Esto es una repeticion de lo que vi en Prusia en 1806 y en Viena en 1809. Por lo que á mí toca, seré el amigo de la persona de vuestra Majestad, aun cuando esa fatalidad que arrastra á la Europa debiera algun dia poner las armas en la mano de nuestras ambas naciones. Yo me rejiré por lo que haga vuestra Majestad; nunca atacaré, y mis tropas solo se adelantarán cuando vuestra Ma-

jestad habrá desgarrado el tratado de Tilsitt. Seré el primero en desarmar, si vuestra Majestad quiere volver á la misma confianza. ¿Ha tenido nunca que arrepentirse de la que me ha dispensado?»

Este lenguaje comedido hizo conceptuar al emperador Alejandro que Napoleon temia un rompimiento patente y que no se hallaba dispuesto para la guerra. Confirmábanle en esta opinion los informes que Mr. de Romanzof recibia de Paris y que representaban al emperador de los Franceses dispuesto á hacer sacrificios para evitar una nueva coligacion en el continente. «La coyuntura se mostraba propicia, decia el diplomático ruso, y era preciso asirla del cabello; solo se trataba de manifestarse y hablar recio, se lograrian indemnizaciones del duque de Oldenburgo, se ganaria Dantzick, y la Rusia se granjearia una consideracion inmensa en Europa.»

Estas insinuaciones y hostiles consejos halagaban sobradamente el temple del czar para que no los escuchase. Se dejó fácilmente persuadir de que Napoleon no se hallaba en estado de apetecer la guerra y de hacerla con éxito, y en su consecuencia dirijió nuevos cuerpos de tropas sobre el Vistula, acompañándolos con una nota que su embajador en Paris tuvo encargo de presentar al emperador, y en la que añadia á sus demandas anteriores la salida de Dantzick y la evacuacion del ducado de Varsovia.

«Entónces creí la guerra declarada, ha dicho Napoleon; tiempo hacia que yo no estaba acostumbrado á semejante lenguaje, y como no solia dejarme ganar por la mano, podia marchar á Rusia acaudillando el resto de la Europa; la empresa era popular y la causa europea: era el último esfuerzo que le quedaba por hacer á la Francia; su suerte y la del nuevo sistema europeo pendian de la lucha.» (*Memorial.*)

Con efecto, tocaba ya á su término la reaccion providencial que la nueva Francia estaba ejerciendo con el poderio de sus armas sobre la añeja Europa, pero antes de concluirla, debia redondear su obra y su gloria. No le bastaba haber castigado en Viena y en Berlin á los firmantes del tratado de Pilnitz, y que los soldados de la revolucion se hubiesen mezclado por la conquista con las poblaciones avasalladas de la Prusia y del Austria; todavia faltaba algo á la educacion de los pueblos por la gran nacion. El terror que Souwarow derramó algun dia en sus fronteras, debia llevarse hasta el centro del imperio ruso á la antigua capital de los czares, hasta Moscou, la ciudad santa, y estaba escrito que la civilizacion francesa, provocada con las tenaces ligas de los altivos campeones de lo pasado, iria á visitar en triunfo, bajo el traje guerrero y en pos del numen conquistador, á la barbarie en medio de sus desiertos, y haria envidiar á linajes humillados con la servidumbre las ráfagas de entendimiento que aparecen en la sien de la noble estirpe de los hijos de la Francia. Cumpliránse los destinos: la revolucion se sentará en el hogar del paisano ruso, y semejante

á aquellos entes misteriosos en cuya presencia se soñaba un influjo recóndito que el tiempo solo evidenciaba, dejará por do quiera en su tránsito rastros que serán al pronto invisibles; pero que no borrará el estremo de las estaciones y que los acontecimientos darán á conocer tarde ó temprano.

Cúmplanse pues los destinos..... «Napoleon va á marchar á Rusia acaudillando la Europa.» En el Kremlin han clavado los dioses el término de sus conquistas, y Alejandro lo llama con sus notas provocadoras, con el quebrantamiento del bloqueo continental y con sus pretensiones sobre Dantzick y la Polonia.





CAPITULO XXXVI

Campaña de Rusia. — 1812.



ANTES de salir de Paris y de enterar solemnemente a la Francia de como los juramentos de Erfurth solo fueron mera artimaña de los principes, y que Alejandro le precisa a reentablar en el norte de Europa la contienda planteada veinte años atras entre el antiguo y el nuevo sistema politico, Napoleon hace providenciar por los cuerpos preeminentes del imperio varias disposiciones que pregonan a sus pueblos la grande espedicion que prepara y la guerra lejana que esta pronta á estallar.

El 23 de diciembre de 1811, un senado consulto habia puesto á la disposicion del ministro de la guerra un contingente de ciento veinte mil hombres sobre la quinta de 1812. El 13 de marzo siguiente, una nueva acta del senado organizó la guardia nacional y la dividió en tres clases. De allí á pocos dias (el 17), sesenta mil hombres de la primera clase quedaron declarados disponibles para formar un ejército interior que debia quedar peculiarmente encargado de la defensa del territorio; decretándose además la quinta acostumbrada.

No contento con disponerlo todo para la guerra en el centro del imperio, queriendo Napoleon marchar á Rusia acaudillando la Europa, se dedicó á contraer y consolidar poderosas alianzas por defuera. A este efecto se firmaron dos tratados, uno con Prusia, y otro con Austria, el 24 de febrero y el 14 de marzo de 1812. Las cancillerías de Viena y de Berlin agolpaban á porfía por entónces las mas vehementes protestas al potentado victorioso á quien la fortuna no parecia amagar todavía con una próxima traicion.

Del regazo mismo de aquella Francia que habia trasformado en ciudadela inespugnable, y atravesando la Alemania, cuyos reyes yacian á sus plantas, se encaminó Napoleon hácia las fronteras del imperio ruso para ponerse al frente del ejército mas formidable que jamás acaudillara el númen conquistador.

Salido de Paris con la emperatriz el 9 de mayo de 1812, atravesó velozmente Metz, Maguncia y Francfort y llegó á Dresde el 17. Habia gran concurso de testas coronadas en la capital de Sajonia. Napoleon celebró junta de reyes: las majestades y altezas se estaban esmerando en tributar obsequios y lisonjas al caudillo del grande imperio. Ante él se doblegaban igualmente el orgullo de los linajes añejos y la vanagloria de las familias nuevas. Al ver aquel boato de palaciegos engreidos y de grandiosos aduladores que se arremolinaban de todas partes desde las cumbres mismas del solio para hermanarse en la postracion jeneral que el emperador iba advirtiendo por donde quiera en su tránsito, no dirian sino que todos aquellos centellantes aduladores tenian en él una fe constante y que su poderío les parecia participar de la inmortalidad afianzada bajo su sobrescrito.

« O vosotros, esclama Mr. de Pradt, que intentais conceptuar adecuadamente la prepotencia que ejerce Napoleon en Europa, trasladaos en sueños á Dresde y venid á contemplar á aquel príncipe en lo sumo de su encumbramiento.

« Napoleon habita los grandes aposentos del castillo; cércale su redoblada servidumbre, y alternan en su tertulia los augustos huéspedes que encierra el palacio del rey de Sajonia.

« Recibe, segun costumbre, á las nueve. Allí es preciso ver con cuanto rendimiento crecido número de príncipes (contábanse entre estos el em-

perador de Austria y el rey de Prusia con sus ministros Metternich y Hardenberg), revueltos con los palaciegos, están aguardando que se presente



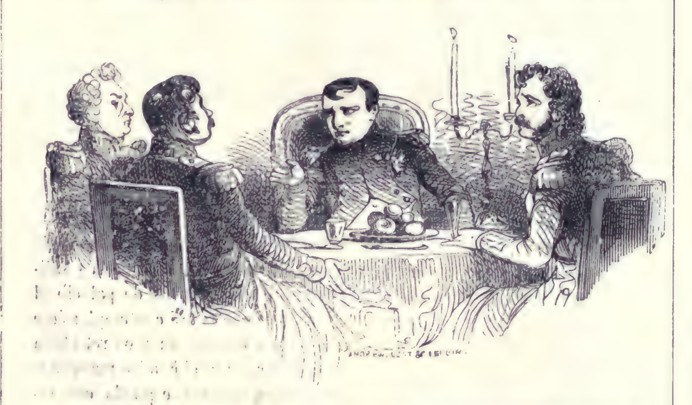
«Napoleon es el rey de los reyes. Todas las miradas se clavan en él. La concurrencia de estranjeros, militares y palaciegos, la llegada y salida de los correos, el jentío que se arremolina á las puertas de palacio al menor movimiento de nuestro emperador, y que le rodea contemplándole con asombro y estrañeza, la espectacion de los acontecimientos retratada en todos los rostros..... todo este conjunto presenta el cuadro mas grandioso é interesante y el monumento mas esplendoroso que pueda encumbrarse á la memoria de Napoleon.»

En aquel avistamiento de Dresde, el emperador de Austria conceptuó halagar el orgullo de Napoleon informándole que la familia de los Bonapartes habia sido soberana en Trevisa. «Queria decírselo á María Luisa, que tendria mucho gusto en saberlo.» Aquel príncipe enloquecia con esta noticia. «El emperador de Austria, dice el baron Fain, no puede encubrir la suma conmocion que percibe; abraza á su yerno y se complace en repetirle que puede contar con el Austria para el triunfo de la causa comun.»

El rey de Prusia se porta del mismo modo que él y redobla ante Napoleon los estremos de un afecto inviolable al sistema que los hermana.

No fué larga la residencia de Napoleon en Dresde. Acudió arrebatadamente á las orillas del Niemen, pasando por Praga, donde se separó de María Luisa. Antes de salir á campaña visitó Kœnigsberg y Dantzick. Rapp, á quien apreciaba mucho por su valentía y naturalidad, mandaba en la segunda plaza. Murat y Berthier acompañaban al emperador. El rey de Nápoles se mostraba descontento, y observándolo Napoleon, le preguntó á Rapp: «¿No habeis notado allá cierta estrañeza en Murat? Lo advierto demudado. ¿Está enfermo?—Señor, respondió el gobernador de Dantzick, Murat no está enfermo, pero está allá como triste. —¿Como triste y por qué razon? replicó prontamente el emperador, ¿no está bien hallado con ser rey? —Señor, añadió Rapp, Murat dice que no lo es. —Suya es la culpa, respondió Napoleon, ¿porqué es Napolitano? ¿Porqué no es Francés?... Cuando está en su reino, no hace mas que disparates; favorece el comercio con Inglaterra, y yo no quiero eso.»

Al dia siguiente de este coloquio, el emperador convidó á cenar á Rapp,



Berthier y Murat. Creyó notar por la reserva de los convidados, que temian dar su parecer sobre la guerra que iba á emprender, lo cual era una especie de tácita protesta. «Estoy viendo, señores, que Vds. no tienen ya ganas de guerrear. El rey de Nápoles quisiera no alejarse del hermoso clima de su reino; Berthier desea cazar en su posesion de Grosbois, y Rapp está ansioso de habitar su gran casa de Paris.» Napoleon acertaba; pero Berthier y Murat no se atrevieron á concedérselo; Rapp solo tuvo la osadía de confesarlo. Además el emperador no debia culparse sino á sí mismo

del trueque estremado que habia podido sobrevenir en el ánimo de algunos de sus jenerales. En medio del boato de las cortes, de los ímpetus del señorío y del aliciente halagueño de la grandeza, el rey de Nápoles y el príncipe de Neufchatel no habian debido conservar las costumbres aventureras, el denuedo y el desalado afan que habian podido realzar á Murat y Berthier, soldados del ejército de Italia en Montenotte y Lodi.

Sin embargo los recelos, de que no podian prescindir aquellos veteranos al acercarse una guerra cuyo éxito se trasponia á la prevision humana, no los inhabilitaron para seguir su esclarecida carrera por las huellas del hombre grande que era á la vez su compañero, su norte y su maestro. «Apreciamos la paz, dijeron; pero es preferible hoy dia la guerra á un convenio seguido de una paz aérea, pues seria nunca acabar.» Y Rapp añadió levantándose: «Señor, vuestro Rapp maneja todavía bastante bien el sable y el caballo para que se le deje aquí como un viejo inválido, cuando vais á pelear: concededme que vuelva á hacer las veces de edecan á vuestro lado.»

Rapp se habia granjeado en el mando de Dantzick el aprecio y el afecto de los Prusianos por el ensanche que habia dado al bloqueo continental. Las urjencias rigurosas de la política eran incompatibles con los hábitos y el temple pechi-abierto de aquel militar. Napoleon, que le apreciaba, no le habia reconvenido por su conducta, y solo se habia contentado con decirle al entrar en su salon y advertir el busto de la reina de Prusia: «Señor Rapp, os aviso que le escribiré á María Luisa esta infidelidad.»

El emperador salió de Dantzick el 11 de junio y siguió el camino de Kœnigsberg, á donde llegó el 12, despues de haber pasado revista al cuerpo de Davoust. Preocupábanle entónces principalmente la subsistencia y la policía del ejército. «Daba mas horas al conde Daru que al jeneral del estado mayor.» (Fain.) «Su temple fogoso, añade Mr. de Segur, estaba estónces engolfado en aquellos pormenores importantes. Prodigaba recomendaciones, órdenes y dinero como lo atestiguan sus cartas. Pasaba los dias dictando sus instrucciones sobre tamaños objetos, y de noche seguia tambien trabajando. Un solo jeneral recibió en el mismo dia hasta seis pliegos, estendidos todos con igual ahinco.»

Sin embargo, antes de dar la señal de las hostilidades, trató de reconciliarse Napoleon con Alejandro, valiéndose de una negociacion directa. Encargó pues á su edecan Lauriston que procurase apersonarse con el mismo czar, para espresarle el ansia que abrigaba de evitar un rompimiento con su antiguo amigo de Tilsitt y de Erfurth. Pero Lauriston no consiguió un solo avistamiento con el monarca ruso ni con sus ministros. Cuando supo Napoleon por su secretario de legacion, Prevost, que su plenipotenciario se hallaba desairado, dió la órden de marcha y dispuso atravesar el Niemen. «Los vencidos se entonan á fuer de vencedores, esclamó: la fa-

talidad los arrebata, cúmplanse los hados.» Y al punto se publicó la proclama siguiente dada en el cuartel jeneral de Wilkowiski:

«Soldados:

«Vuelve á empezarse la segunda guerra de Polonia. La primera se terminó en Friedland y Tilsitt: aquí juró la Rusia eterna alianza con la Francia y guerra á la Inglaterra. Hoy quebranta sus juramentos; ninguna esplicacion quiere dar de su estraña conducta, hasta que las águilas francesas hayan traspuesto el Rin dejando así nuestros aliados á su discrecion.

«La fatalidad está arrebatando á la Rusia, sus destinos deben cumplirse. ¿Qué nos conceptúa acaso dejenerados? ¿No seríamos ya los soldados de Austerlitz? Nos coloca entre el desdoro y la guerra. No hay que titubear en la eleccion. Marchemos adelante, pasemos el Niemen, y sea la guerra en su territorio. La segunda guerra de Polonia será gloriosa para las armas francesas como lo fué la primera; pero la paz que firmarémos llevará consigo su resguardo, atajando ese descompasado influjo que ha ejercido la Rusia de cincuenta años á esta parte en los negocios de Europa.»

El ejército francés, compuesto de trescientos mil hombres, estaba dividido en trece cuerpos sin incluir los escojidos ni la guardia.

Mandaba Davoust el primer cuerpo; Oudinot el segundo; Ney el tercero; el príncipe Eujenio el cuarto; Poniatowski el quinto; San-Cyr el sexto; el séptimo Reynier; el octavo Jerónimo Napoleon, rey de Westfalia; el noveno Victor; el décimo Macdonald; el undécimo Augereau; el duodécimo Murat, y el décimotercio el príncipe de Schwartzenberg. Los diferentes cuerpos de la guardia estaban á las órdenes de los mariscales Lefebvre, Mortier y Bessieres.



Al asomo de tan formidable hueste, los Rusos se fueron retirando de la línea del Niemen encaminándose al Dnieper y al Dwina. Napoleon los siguió de cerca, y el 23 de junio á las dos de la madrugada, llegó á las avanzadas en los alrededores de Kowno, tomó un capote y una gorra polaca de un soldado de caballería, y así disfrazado recorrió y reconoció por sí mismo las orillas del Niemen en busca del paraje mas á propósito para el tránsito de las tropas. El jeneral Haxo fué el único que le acompañó en aquel reconocimiento.

El emperador observó un circuito que forma el rio cerca de la aldea de Poniemen, mas arriba de Kowno, y señaló aquel punto para pasar á la orilla opuesta. Por la tarde del mismo dia el ejército se puso en movimiento, bastándole dos horas al jeneral Eblé para echar tres puentes, sobre los que fué desfilando toda la noche el ejército formado en tres columnas. La anchura del Niemen en aquel sitio era de unas cien toesas. Al rayar el dia el ejército francés se halló aposentado en la orilla opuesta. «¡Qué cuadro descubre entonces la vista desde las alturas de Alexiston! dice el autor del *Manuscrito de* 1812. La Europa entera, representada en lo mas selecto de sus tropas, se arroja sobre el solar de los Rusos que les apunta el dedo de Napoleon.»



El emperador, dueño de Kowno, quiso constituirlo en estribo á su espalda, y al intento dejó una guarnicion y planteó un hospital.

Bajo los muros de aquella ciudad, el Vilia desagua en el Niemen. Los Rusos al retirarse habian quemado el puente colocado sobre aquel rio, pero semejante obstáculo no pudo atajar el ímpetu de la caballería polaca, que se arrojó al Vilia y lo pasó á nado.

Los Rusos no oponian casi resistencia alguna, ideando al parecer evitar todo jénero de encuentro y cercanía del ejército francés. Veíanse solamen-

te algunos Cosacos en ademan de guerrillas, y que prontamente desaparecian.

Así llegó el ejército bajo los muros de Wilna. El emperador se hallaba allí el 27 á las dos de la tarde; y al dia siguiente al amanecer tomaba sus disposiciones para un ataque formal, no figurándose que el enemigo desamparase sin defensa un punto de trascendencia que estaba resguardando hasta tres líneas de almacenes. Napoleon se habia equivocado acerca del intento de los Rusos. Despues de haber disparado algunos tiros y hecho volar el puente del Vilia y entregado sus provisiones á las llamas, se retiraron atropelladamente al acercarse el ejército francés. Alejandro mismo dió la señal de aquel movimiento retrógrado. Hacia tiempo que se hallaba en Wilna con su corte, y en un baile dado en el castillo de Zacrest, en casa del jeneral Benigsen, recibió la noticia de que Napoleon habia pasado el Niemen y se adelantaba ejecutivamente atravesando la Polonia rusa. Del regazo placentero de sus funciones, pasó el czar á las zozobras de una retirada con apariencia de huida. La caballería lijera estrechó el alcance á los Rusos. Al mismo tiempo Napoleon, cercado de Polacos, mandados por el príncipe Radziwil, verificó su entrada en Wilna el 28 de junio á las doce «vitoreado por un pueblo que le miraba como á su libertador.» (Chambray.)

Esmeróse desde luego el emperador, al posesionarse de la capital de la Lituania, en plantear un gobierno provisional en aquella provincia. Mr. Bignon, que se ha granjeado merecido concepto con el *Testamento de Napoleon* y *la Historia de la diplomacía francesa*, quedó colocado junto á aquel gobierno en calidad de comisario imperial. Por otra parte se sabia que acababa de constituirse una dieta en Varsovia en confederacion jeneral bajo la presidencia del príncipe Adam Czartorinski, y muy luego se supo que esta «voz secular,» segun espresion de Mr. Fain, proclamaba la restauracion del reino de Polonia. Aquella asamblea nombró diputados que pasaron á avistarse con Napoleon para poner bajo sus auspicios aquella nacionalidad ya renacida. «Si yo hubiese reinado cuando se hizo el primero, segundo y tercer reparto de la Polonia, les dijo el emperador, hubiera armado todo mi pueblo para sosteneros..... Si vuestros conatos se aúnan, podeis esperanzar que precisaréis á vuestros enemigos á reconocer vuestros derechos; pero en estas rejiones tan remotas y dilatadas debeis fundar ante todo vuestra confianza de logro cabal en la unanimidad de los esfuerzos de la nacion.»

Reinaba aquella unanimidad en Polonia. Ya el sexto boletin, al dar cuenta del efecto que habia producido en Lituania el tránsito del Niemen por el ejército francés, habia delineado en estos rasgos el arranque brioso que nuestra presencia acababa de comunicar á la nacion polaca:

«Wilna, 12 de julio de 1812.

«El pueblo polaco se pone en movimiento por todas partes. El águila blanca tremola á diestro y siniestro. Sacerdotes, nobles, labradores y mujeres, todos están voceando la independencia de su patria ...... »

No era mezquino auxiliar para nuestras tropas aquel entusiasmo patriótico de las poblaciones que debíamos ocupar y recorrer antes de llegar á los Rusos. Pero Napoleon, al paso que fomentaba aquel impulso jeneroso, no podia satisfacer colmadamente sus urjencias. La resurreccion completa del pueblo polaco hubiera comprometido los intereses del emperador de Austria y del rey de Prusia, monarcas á quienes consideraba entónces como sus principales aliados. Por lo tanto se iba con tiento en punto á declarar que se restauraria el antiguo reino de los Jajellones; y cuando los diputados de la dieta de Varsovia le piden aquella restauracion, afecta decirles que los Polacos solo deben contar consigo mismos para la empresa de su independencia con motivo de la separacion y estension de su pais. El gobierno provisional que establece se ciñe pues á la Polonia rusa, esto es, la Lituania. «No hay que arrojarse á un afan inconsiderado por la causa polaca, dice, ante todo la Francia, esa es mi política.» Política cuerda, es verdad, pero que hubiera parecido sobrado apocada á Napoleon en otros tiempos.

El cuartel jeneral del emperador se hallaba siempre en Wilna; pero el ejército francés proseguia por acá y acullá su marcha victoriosa. Bagration y Platow quedaban desviados de Barclay de Tolly por la rapidez de los movimientos y de las maniobras del emperador. Era muy arriesgada la posicion de aquellos dos jenerales. Sábelo Alejandro y despacha inmediatamente su edecan, el jeneral Balachoff, á Napoleon, con el objeto aparente de entablar negociaciones para la paz y con el encargo positivo de contener el ímpetu del ejército francés, dando tiempo á Bagration para que cejase. Napoleon acoje solícito al enviado de Alejandro y le espresa el mayor desconsuelo por un rompimiento que ha procurado evitar. El oficial moscovita contesta á aquella acojida, anunciando que el emperador está en ánimo de entrar en el sistema del bloqueo continental y consentirá en negociar sobre aquel cimiento con tal que los Franceses cejen tras el Niemen y evacuen el territorio ruso.

«¡Retirarme yo mas allá del Niemen!» susurra Napoleon. Se contiene, se pasea arrebatadamente y recapacita su contestacion. En seguida orillando el punto que le ha lastimado, vuelve al principal ...... «Negociemos ahora mismo, replica, negociemos aquí en Wilna mismo sin dejar nada atrás. La diplomacia nada termina cuando las circunstancias no la apremian; firmemos, y volveré á pasar el Niemen cuando quede arreglada la paz.» (*Manuscrito de* 1812.)

No cabe duda en que esta proposicion hubiera correspondido colmadamente á los intentos del czar, si hubiese apetecido de veras la paz. Pero ya dijimos que la ida de Mr. Balachoff encerraba objeto muy diverso. Aquel jeneral se ciñó pues rigurosamente á las instrucciones que habia recibido de su amo y declaró que debia insistir ante todo en la evacuacion inmediata del territorio ruso. «¿Son esas proposiciones de paz? esclamó entónces Napoleon. ¿Se obra así cuando se quiere de buena fe una conclusion? ¿Se procedia así en Tilsitt?.... No puedo equivocarme; estas jentes solo anhelan algunos dias de espera; solo tratan de salvar á Bagration y se chancean comprometiendo lo mas sagrado. Pues bien, no tratemos mas que de redondear lo que está ya lindamente entablado; preciso es que sus apuros sean rematados para que consientan en que su emperador se encare conmigo.»

El emperador marchó de Wilna el 16 de julio, determinado á internarse por la antigua Rusia colocando su centro de operacion entre el Dwina y el Boristenes. Soslayándose pues de Barclay, que huye hácia San Petersburgo, y dejando á Davoust, Jerónimo y Schwartzenberg, que maniobran sobre su derecha, el conato de atajar á Bagration el campamento atrincherado de Drissa en donde le aguarda Alejandro mismo, Napoleon va á marchar por el rumbo de Witepsk y de Esmolensko. Pero este movimiento se ejecuta sin que nadie alcance el intento del emperador. «Ideando sus planes para la continuacion de la campaña, dice Mr. Fain, y dando él mismo las órdenes que habilitan la ejecucion, no da á conocer á cada jefe de los que deben cooperar, sino la parte que le concierne. El conjunto queda en su mente, y sus combinaciones militares, semejantes á los escritos simpáticos que solo el fuego puede evidenciar, no asomarán hasta que el campo de batalla las haya sacado á luz.»

Pero esta ignorancia de los arcanos del númen da lugar á mil conjeturas: todos quieren adivinar é interpretan á su modo los intentos del emperador. Así como en la campaña de 1807, cunde el afan de la crítica por el cuartel jeneral. Napoleon se desentiende; pues le importa poquísimo que se engañen á su lado, que recelen y murmuren. Está hecho cargo del tino y trascendencia de sus planes, y le consta que enmudecerá la crítica de los campamentos cuando realize sus miras asociado con la victoria. Cíñanse pues sus tenientes á desempeñar cumplidamente sus disposiciones ejecutando puntualmente sus órdenes, y el éxito aclarará todas las previsiones siniestras, mas por desgracia no todos sus lugartenientes son tan ejecutivos en obrar como él en idear y disponer. Hay entre ellos uno, y este es Jerónimo, hermano del emperador, que ha recibido órden de perseguir de cerca á Bagration, y deja, con la pausa de su marcha, que el jeneral ruso se adelante y se reponga sosegadamente de sus fatigas durante tres dias en Neswig. Sin embargo Napoleon habia escrito á su hermano en los tér-

minos mas estremados para estimularle á que adelantase su cuerpo de ejército.

Pero estas instrucciones no tuvieron efecto. «El jeneral ruso ha podido ejecutar su movimiento tan apaciblemente como si nadie le persiguiera.» (*Manuscrito de* 1812.) Entonces Napoleon, dando rienda suelta á su enojo, escribió al rey de Westfalia: «No cabe maniobrar con mayor torpeza; seréis causa de que Bagration tenga tiempo para retirarse: me habréis malogrado el fruto de las mas esmeradas combinaciones y la mas preciosa coyuntura que pueda rodearse en esta guerra.»

El emperador no se ciñe á esta reconvencion. Quiere afianzarse para lo sucesivo una cooperacion mas eficaz del cuerpo westfaliense, y pone á su hermano Jerónimo a las órdenes de Davoust. Pero Jerónimo conceptúa que su dictado de rey le imposibilita el admitir aquella subordinacion y se retira del ejército. Napoleon lo siente, pero devora amarga y calladamente el pesar que le causa la separacion de su hermano. Acaso reconoce que hizo mal en quebrantar en beneficio de su familia los principios de igualdad que constituyeron su pujanza y nombradía; quizás se arrepiente de haber desconocido la única prepotencia lejítima, colocando en el lugar supremo entendimientos adocenados é inhábiles para tan encumbrado desempeño, haciendo reyes menos capaces que sus mariscales y esponiéndose así á suscitar engorrosas competencias entre la elevacion del dictado y la superioridad del talento.

Con motivo de la retirada de Jerónimo, los Westfalienses pasaron á las órdenes del jeneral Thurreau, y despues al mando de Junot, duque de Abrantes. Mas no por eso dejó de estar comprendido el octavo cuerpo bajo el mando del mariscal Davoust, y el emperador tuvo motivo para congratularse de aquella providencia. Davoust habia logrado dar alcance á Bagration cerca de Mohilow, y á pesar de no tener mas que dos divisiones cansadas con largas marchas, habia derrotado á los Rusos. Pero la separacion del cuerpo westfaliense, desamparado á la sazon por su caudillo, no le permitió sacar de aquel triunfo toda la ventaja que hubiera podido prometerse.

Entanto que Davoust despejaba así nuestra derecha arrojando á Bagration sobre Esmolensko, Macdonald y Oudinot perseguian el cuerpo de Wittgenstein que Barclay habia destacado para hostigar nuestra izquierda y resguardar á San Petersburgo, habiendo tenido él mismo que abandonar con el emperador Alejandro el campamento de Drissa y tomar el camino de Witepsk por el rumbo que iba siguiendo Napoleon.

Barclay confiaba siempre en que Bagration, libertándose de Davoust, efectuaría al fin su incorporacion. No habiéndole encontrado en Witepsk, corrió en su busca hácia Orcha, dejando al cuerpo de Ostermann el en-

cargo de abrigar la retirada de Doctoroff que mandaba la retaguardia, y atajar las primeras columnas del ejército francés.

Este cuerpo destacado del ejército de Barclay fué el que encontraron y derrotaron Murat y Eujenio en Ostrowno en dos refriegas consecutivas trabadas el 25 y 26 de julio.

El triunfo del primer dia se debió á la llegada de la division Delzons, que determinó la retirada de la infantería rusa, contra la que repetia infructuosamente sus embates la caballería del rey de Nápoles.

Al dia siguiente el ejército enemigo, que habia recibido refuerzos durante la noche, se mostró en ademan de renovar el trance. Los Franceses eran tambien en mayor número que el dia anterior; el príncipe Eujenio se habia incorporado con Murat.

El jeneral ruso que habia reemplazado á Ostermann ocupaba una posicion tan ventajosa que era forzoso para desalojarlo echar el resto del ímpetu y denuedo en los soldados franceses. Tenia delante una quebrada profunda, á su izquierda un bosque espeso, y á su derecha el Dwina. Así los primeros avances de los Franceses fueron infructuosos. Los Rusos, avalorando las ventajas del terreno, se defendieron con ahinco, y aun se creyó por un instante que iban á tomar la ofensiva, cuyo amago fué precisamente la señal de su derrota. Cuando nuestros jenerales advirtieron aquel movimiento de adelante, comprendieron que tan solo estremados conatos y la trascendencia de su intrepidez personal podian evitar el peligro y decidir la suerte á favor de nuestras armas. Murat y Eujenio dieron el ejemplo; Junot, Nansouty, etc., los imitaron; dieron una carga al frente de su columna, y el arrojo impetuoso que comunicaron á los soldados surtió un efecto tan pronto que en pocas horas los Rusos, desalojados de todas sus posiciones, cejaron hasta los alrededores de Comarchi, en donde hallaron una selva que les sirvió de resguardo y el jeneral Toutchkoff que acudió á reforzarlos.

Ansiosísimo estaba el ejército francés de arrollar el postrer obstáculo que les atajaba su entrada en Witepsk; pero sus jefes no querian empeñarse indiscretamente en un bosque anchuroso donde todo estaba demostrando que el enemigo habia reunido nuevas tropas, cuyo número y fuerzas no cabia computar. Murat y Eujenio titubeaban pues cuando llegó Napoleon. Luego que se presentó, apareció la confianza y el entusiasmo en la fisonomía de los jenerales y soldados. « Comprendieron todos, dice un testigo ocular (Mr. Eujenio Labaume), que iba á coronar la gloria de tan grandioso dia. El rey de Nápoles y el príncipe corrieron á su encuentro y le comunicaron los acontecimientos que acababan de suceder y las disposiciones que habian tomado. Napoleon acude al vuelo á los puntos avanzados de nuestra línea para enterarse de todo, y observa desde una altura la posicion del enemigo y las particularidades del terreno. Traspa-

sando su penetracion hasta el campo de los Rusos, adivina sus intentos. Desde entónces nuevas disposiciones, mandadas con serenidad y ejecutadas con órden y rapidez, llevaron el ejército al centro del bosque, y siguiendo siempre al trote, desemboca hácia los cerros de Witepsk en el punto ya de anochecer.»

Al amanecer del dia 27, el ejército victorioso prosigue su marcha. Pero los Rusos, que se retiran en buen órden, habiendo alcanzado el grueso del ejército de Barclay, hacen alto y se muestran en ademan de trabar nuevamente la batalla.

El arroyo de Lutchissa separa entrambos ejércitos. Un puentecillo echado sobre una quebrada se ofrecia á Napoleon para el paso de sus tropas; pero tiene aquel puente que repararse, y el emperador encarga al jeneral Broussier el resguardo de dicha operacion, mientras que él mismo se encamina á una altura donde está la vanguardia. Desde allí alcanza á ver un destacamento de doscientos cazadores del noveno de línea, aislado al pronto del resto del ejército y acorralado por la caballería rusa, que desaparece con la confusion de hombres y caballos y reaparece intacto y triunfante en el momento mismo en que se le creia absolutamente perdido. «¿A qué cuerpo corresponden esos valientes?» pregunta desaladamente el emperador, y despacha al instante un oficial para saberlo y decirles en su nombre «que habian merecido todos la cruz.» Los cazadores contestan: «Somos hijos de París;» y levantando sus morriones en la punta de la bayoneta, vocean con alborozo: «¡Viva el emperador!»



Sin embargo la batalla tan apetecida por Napoleon, y á la que los Rusos se mostraban finalmente resueltos, debia quedar todavía dilatada. Por la tarde del 27, Barclay supo que Bagration habia tenido que pasar el Dnieper y encaminarse al Soga. Esta noticia le hizo variar repentinamente de intento. Desamparó su campamento, resguardado con la oscuridad, y se retiró atropelladamente allende Witepsk, marchando en derechura al Boristenes, en donde esperaba incorporarse con Bagration. Atónitos quedan los Franceses al amanecer no viendo ya la hueste enemiga que estaba pocas horas antes cubriendo las orillas del Lutchissa. Ocuparon al punto las posiciones que los Rusos habian abandonado, y entraron, sin disparar un tiro, en Witepsk cuyo vecindario habia seguido á Barclay en su fuga.

Permanecieron algunos dias los reales en aquella ciudad, y el emperador fué sabiendo los varios triunfos que habian alcanzado sus lugartenientes. El 30 de julio, el jeneral ruso Koulniew fué derrotado en Jakubowo por el jeneral Legrand. El 1°. de agosto, Oudinot derrotó á Wittgenstein en Oboiarzina, en una batalla cuyo éxito estuvo por largo rato dudoso. El 12 del mismo mes, mientras que Napoleon se encaminaba sobre Rassasna, y que nuestras armas estaban padeciendo desmanes por todo el ámbito de Europa y que el ejército anglo-portugués se apoderaba de Madrid, los Rusos esperimentaban en tres refriegas diferentes, y á gran distancia unos de otros, el denuedo de los soldados franceses que parecia haber trascendido á nuestros aliados: Schwartzenberg triunfaba de Tormasoff en Gorodeczna; Ney dispersaba á Barclay en Krasnoi; y Oudinot causaba un nuevo descalabro á Wittgenstein en los alrededores de Polosk.

Pero en medio de sus derrotas diarias, los Rusos se vieron auxiliados por la diplomacía antes de serlo por el clima. Mahmud, hostigado por el gabinete inglés, acababa de firmar la paz con el czar; y Bernadotte habia negociado tambien con los enemigos de la Francia como para defraudar de intento á Napoleon de la ventaja de una doble llamada con la que habia contado antes de la guerra. El emperador supo esta desagradable noticia en Witepsk. « Los Turcos, dijo, pagarán muy caro este yerro. Es tan clásico que yo no debia preverlo. » Cuando descubrió que la Suecia habia firmado un tratado con Alejandro desde el 24 de marzo, esclamó: « ¡El 24 de marzo! y el 29 de mayo, ¿no me enviaba todavía Bernadotte á Mr. de Signeul para entrar en ajustes en Dresde? Si algun dia me tildan de haber provocado esta guerra, añadió, considérese para descargarme cuan poco enlazado estaba mi juego con los Turcos y en que apuros me hallaba yo con la Suecia. »

A pesar de estos contratiempos diplomáticos, Napoleon debió proseguir su intento con teson, esperanzado de reparar en los campos de batalla el inmenso perjuicio que acababan de causarle tan aciagas negociaciones. El ejército francés continuó pues acercándose al Boristenes y engolfándose por

el interior de la Rusia. El 14 de agosto, el cuartel jeneral del emperador se planteó en Rassasna á corta distancia de Esmolensko que ocupaban Barclay y Bagration reunidos. Era inevitable una accion jeneral, y ocurrió el 17 de agosto bajo las murallas de Esmolensko. Doscientos mil hombres asistieron á ella por una parte á las órdenes de Napoleon, y por otra á las de Barclay de Tolly y Bagration. Los Rusos se habian fortificado antes de llegar á Esmolensko; todos sus atrincheramientos se fueron tomando, como tambien los arrabales, con los cuerpos de Davoust, Ney y Poniatowski. Las fortificaciones interiores tampoco pudieron resistir; las divisiones Friant, Gudin y Morand, sostenidas por el jeneral de artillería Sorbier, abrieron brecha, obligando al enemigo á que evacuase las torres que ocupaba, y arrojando bombas, que aumentaron el fuego que los Rusos habian prendido a la ciudad; « lo cual dió á los Franceses, en medio de una hermosa noche de agosto, como dice el décimo tercio boletin, el espectáculo que ofrece á los habitantes de Nápoles una erupcion del Vesubio. »

A la una de la madrugada, viendo los Rusos que ya no podian mantenerse, acabaron de incendiar la ciudad, y pasando el rio, incendiaron los puentes, a las dos nuestros granaderos treparon al asalto y hallaron la plaza evacuada. El enemigo no habia dejado mas que muertos ó moribundos en medio de las llamas y de los escombros. Horroroso fué el cuadro que se presentó al ejército frances. El emperador trató al pronto de atajar el incendio y proporcionar auxilios á los heridos. « Napoleon, dice el jeneral Gourgaud, es, de todos los jenerales antiguos y modernos, el que mas se ha interesado por los heridos. Nunca se los hizo olvidar la embriaguez de la victoria, y tras cada batalla, su primer pensamiento fué por ellos. »

Despues de haber recorrido el esterior de la ciudad y examinado los puestos fortificados de donde sus intrépidas falanjes habian desalojado a los Rusos, Napoleon quiso reconocer por sí mismo la nueva posicion del enemigo en la orilla opuesta del Boristenes. Colocóse al intento en la tronera de una torre antigua y anduvo buscando con la vista en las alturas que dominan á Esmolensko el campo de Barclay y el de Bagration. Pero entrambos jenerales se habian retirado, el primero por el camino de Petersburgo, y el segundo por el de Moscou. Esta separacion voluntaria de los ejércitos rusos, tras haberles costado tanto su reunion, pareció á Napoleon una maniobra encubierta; sus batidores le informaron muy luego de que no se habia engañado en sus conjeturas, y que Barclay, dejando de marchar hacia el Norte, se acercaba efectivamente a Bagration por el rumbo de Moscou. Desde entónces mandó que se persiguiera ahincadamente al enemigo, esperanzado de alcanzarlo y destruirlo antes que llegara á su antigua capital. El lauro de encabezar la vanguardia y de dar los primeros golpes recayó en el mariscal Ney, el cual dejó airosísimo á Napoleon,

correspondiendo á su confianza con la intelijencia y arrojo que manifestó en la accion de la Valoutina.

Fué aquella refriega una de las mas sangrientas. Los Rusos, arrojados cuatro veces de sus posiciones, las recobraron otras tantas; pero al fin fue-



ron arrollados por el denodado Gudin, quien cargó al frente de su division, cuyo ímpetu y pujanza hicieron conceptuar al enemigo que estaba contra restando el embate de la guardia imperial. Las divisiones de Razout, Ledru y Marchand, del cuerpo del mariscal Ney, terciaron denodadamente en el ataque de sus compañeros. El jeneral ruso Toutchkoff, asaltado en medio de sus soldados por un teniente del 12 llamado Etienne, rindió sus armas á este arrojado oficial. Sin embargo el triunfo de aquel dia costó muy caro á Napoleon y al ejército francés, pues Gudin, que tanto habia contribuido á él, lo pagó con su existencia. Lo trasladaron mortalmente herido á Esmolensko en donde espiró poco despues. El emperador mandó que le enterrasen en la ciudadela.

La victoria de Valoutina hubiera podido ser decisiva, si Junot, cumpliendo puntualmente las órdenes que se le habian pasado, hubiese llegado á tiempo para cortar el cuerpo de Barclay que se habia separado del de Bagration á su salida de Esmolensko tomando la direccion de Petersburgo,

y que despues maniobraba para efectuar una nueva reunion en el camino de Moscou. Pero el duque de Abrantes, despues de haber pasado el Boristenes por el punto que se le habia señalado, se mantuvo inmóvil á pesar de las instancias del rey de Nápoles y los consejos del jeneral Gourgaud que le hablaba en nombre del emperador. Cuando Napoleon supo la conducta de su teniente, padeció sumo desconsuelo, y dijo á Berthier: «Junot ya no quiere guerra, ya lo veis, no puedo dejarle en el mando; que Rapp le reemplace, habla aleman y sabrá capitanear á los Wesfalienses.» Junot era el mismo subalterno á quien el comandante de artillería, Bonaparte, habia cobrado afecto en el sitio de Tolon por su serenidad y teson. Pero el sarjento republicano, que habia llegado á ser, durante el imperio, duque de Abrantes, empezaba á padecer los asomos de su achaque mortal, cuando su inaccion é indocilidad preservaron al ejército ruso de una derrota completa.

El yerro de Junot, al paso que llenó de amargura el pecho de Napoleon, no le quitó el manifestar su satisfaccion y alborozo á los valientes que habian decidido del triunfo en el trance de Valoutina. Acudió inmediatamente al campo de batalla y pasó revista á los diferentes rejimientos que habian sobresalido. «Al llegar junto al 7° de infantería lijera, dice el jeneral Gourgaud, mandó formar círculo á todos los capitanes y les dijo: Apuntadme el mejor oficial del rejimiento. — Señor, todos son buenos..... — Vamos, eso no es responder á la pregunta; á lo menos decid como Temístocles: el primero soy yo; el segundo mi vecino..... Entonces nombraron al capitan Moncey, herido, y á la sazon ausente. ¿Como? dijo el emperador, ¿Moncey que fué mi paje, el hijo del mariscal? citenme Vds. otro. — Señor es el mejor. — Pues bien, le doy la condecoracion.»

De vuelta á Esmolensko, acosaron á Napoleon las mas crudas reflexiones sobre la ocasion que se acababa de malograr de aniquilar el ejército ruso y llegar á una pronta conclusion de la paz. Empezaba á preocuparle la incertidumbre, sus presentimientos le hacian ansiar el término de aquella remota campaña. Todo cuanto le anunciaron de los estados de Prusia y de Polonia, de la disposicion de los ánimos y los movimientos de Tormasoff, todo cuanto veia y oia en sus reales, donde habian aparecido otra vez los criticones de Brunn, Ebersdorf, Pulstuck y Eylau; todo se le agolpaba para detenerle en Esmolensko, y repetidas veces pensó en pararse. Pero luego supo las ventajas alcanzadas sobre el enemigo el dia 12 por Schwartzenberg, Legrand, Oudinot y Gouvion San Cyr, y sus recelos se desvanecieron ó minoraron. Por otra parte los Rusos huian al parecer mas bien que se retiraban al acercarse el ejército francés. Cedieron pues las vacilaciones de la prudencia á la esperanza de una victoria decisiva: «Estamos empeñados muy adelante para retroceder, dijo Napoleon al llegar al Ougea; si no me cautivara mas que la gloria de hazañas guerreras, no ten

dria sino volver á Esmolensko, plantar allí mis águilas y contentarme con estender á derecha é izquierda brazos que aniquilarian á Wittgenstein y Tormasoff. Estas operaciones serian esplendorosas, acabarian hermosamente la campaña; mas no terminarian la guerra..... La paz está ahí delante de nosotros; nos hallamos á ocho marchas de ella; no hay que deliberar tan cerca del objeto. Marchemos sobre Moscou.»

Marchemos sobre Moscou, el prohombre lo quiere: una mano invisible lo empuja; preciso es que se cumplan los destinos.





CAPITULO XXXVII.

Alejandro en Moscou. — El gobernador Rostopchin. — Determinacion estremada. — Batalla de Moscowa.



L emperador Alejandro se habia retirado á Moscou al dejar el campo de Drissa. Aprovechándose de la presencia del czar, el gobernador Rostopchin habia reunido en el Kremlin á los nobles y tratantes para pedirles nuevos sacrificios de hombres y dinero; les habia mostrado el enemigo en el centro del estado y retratado á Napoleon en ademan de talar su patria, destruir su independencia nacional y derrocar su relijion. Bastaba esto para que cayera sobre el conquistador la

execracion de los nobles y ciudadanos moscovitas. Unánimes aclamaciones acojieron pues la vehemente alocucion de Rostopchin; mas no se dió aun por satisfecho el mañoso gobernador. Para enardecer mas y mas la superstición y estremar el entusiasmo del vecindario, aconsejó al caudillo del imperio, que estaba además revestido con el supremo pontificado, que viniera á ejercer en persona la suma persuasiva é influjo incontrastable de su autocracia política y omnipotencia sagrada. En el momento en que Rostopchin tenia al parecer ya acaloradísima la concurrencia, llega Alejandro de repente por una puerta de la capilla del palacio, se apersona y



habla arrebatadamente por la patria y la relijion asomadas al profundo abismo por la insaciable ambicion del tirano universal. «Los desastres que os amagan, dice al acabar, solo deben conceptuarse como arbitrios imprescindibles para conseguir el esterminio absoluto del enemigo.» Habia en la voz,

ademanes y miradas de Alejandro algun ímpetu siniestro, cuando pronunció estas últimas palabras. Con efecto, imposible era que en medio de tan críticas circunstancias y en trance que requeria el uso de los medios estremos, no asomaran en el lenguaje del czar los impulsos ardientes del pontífice y del monarca. La política tomaba un carácter apasionado, y la guerra descollaba con un aspecto terrible por parte de los Rusos.

Para ellos Napoleon no era un enemigo comun que debieran meramente contrarestar segun las reglas jenerales; sino que, como caudillo del pueblo francés, era ante todo el opresor de los monarcas del continente, y le parecia al czar que para destrozar el yugo que los estaba abrumando, los monarcas podian valerse de otros medios fuera de los corrientes en las leyes de la guerra. Así, lejos de ceñirse á confiar la defensa de su imperio al saber de sus jenerales y al denuedo de su soldadesca, dirijiéndose solemnemente en sus decretos y proclamas con la jeneralidad de sus súbditos, elijió entre sus servidores mas adictos individuos de pujanza bravía para iniciarlos en el espantoso arcano de una resistencia desesperada. Alejandro creyó que la monarquía podia tener tambien su ley suprema de *salvacion pública*, ya para contrarestar la invasion, ya para que redundara en esterminio del ejército conquistador. Si este pensamiento no le indujo á alternar con carceleros y sayones, redoblando los encarcelamientos y los cadalsos, fué porque la situacion del imperio ruso no lo requeria y que no podia haber *sospechosos* ni *proscritos* donde no asomaban *desavenidos*, *emigrados* ni *traidores*. Pero su jenerosidad jenial se allanó á otros sacrificios sistemáticamente consumados, y que vinieron á acarrear mortales resultas, así para hermosas provincias y ciudades populosas de la monarquía moscovita, como dolorosas para la humanidad. En vez de carceleros y verdugos, el autócrata tuvo sus incendiarios que, despues de haber alumbrado la fuga del ejército ruso y la marcha victoriosa de los Franceses desde Wilna hasta Esmolensko, entregando á las llamas puentes, almacenes y ciudades enteras, coronaron aquel inmenso incendio con el de la ciudad santa; este era el horroroso presajio que anunciaban allá las últimas palabras del czar en la concurrencia del Kremlin. Sépalo el vecindario de Moscou; su amo ha cifrado la salvacion de su imperio en el desenfreno de la destruccion.

Sin embargo, Napoleon, una vez decidido á marchar sobre Moscou, habia activado la guerra y perseguido á los Rusos para que aceptasen la batalla con la que se lisonjeaba terminar las hostilidades y decidir al czar á la paz. Pero Alejandro no le aguardó en el Kremlin, y en vez de salirle al encuentro para tomar el mando de los ejércitos rusos, se encaminó al vuelo á Petersburgo, de donde envió al anciano Kutusow en reemplazo de Barclay de Tolly, «conceptuando, dice el coronel Butturlin, que se necesitaba un nombre ruso para nacionalizar mas la guerra.»

Cuando Kutusow llegó al ejército, Barclay habia tomado sus posiciones entre Viazma y Ghjath, y se disponia para la pelea para el dia siguiente. El antiguo guerrero no quiso dar á entender que él jeneral desairado por el emperador habia escojido bien su terreno, y los Rusos se retiraron otra vez á nuestra aproximacion. Al fin se detuvieron mas acá de Moscou entre la Moscowa y la Kalocza: allí se dió el 7 de setiembre la gran batalla que estaba ansiando Napoleon.

La víspera de aquel memorable dia y á los primeros albores, el emperador estaba á caballo y arropado con su leviton gris. Tomó consigo á Rapp y Caulaincourt, á quienes seguian á lo lejos algunos cazadores, y sin otra escolta, reconoció primero las avanzadas rusas y fué prolijamente visitando las posiciones que ocupaban los diferentes cuerpos del ejército francés. La confianza estaba resplandeciendo en su frente, y aun le oyeron talarear, en medio de los vivaques del jeneral Pajol, la cancion patriótica·

La victoria con cantos nos abre la valla.

Entretanto llegaron al campamento el coronel Fabvier que traia del interior de España la infausta nueva de la batalla de Salamanca, y Mr. de Beausset que llegaba de San Cloud con el encargo de entregar al emperador cartas de María Luisa y el retrato del rey de Roma.

Napoleon se espresó ásperamente con el coronel Fabvier, hablando del



mariscal Marmont, cuya derrota habia entregado Madrid á Wellington. El coronel abogó caballerosamente por su jeneral.

Otro recibimiento dispensó el emperador á Mr. de Beausset. Enternecióse entrañablemente al recibir noticias de lo que mas idolatraba en el mundo. El retrato de su hijo le causaba ante todo corazonadas halagüeñas. Despues de haberlo enseñado á cuantos le estaban rodeando, lo entregó á su secretario diciéndole: «Tomad, llevádselo, guardadllo; es ver demasiado pronto un campo de batalla.» Con efecto, el sitio donde se hallaba sentado el real el 6 fué el campo de batalla del 7.

BATALLA DE LA MOSCOWA

(Estracto del décimo octavo boletin.)

«El 7 á las dos de la madrugada, el emperador se hallaba rodeado por los mariscales en la posicion que habia tomado el dia anterior. A las cinco y media el sol asoma despejado, la víspera habia llovido: «Es el sol de Austerlitz,» dijo el emperador, aunque en el mes de setiembre hacia tanto frio como por diciembre en Moravia. El ejército aceptó este presajio, se tocó llamada y se leyó la órden del dia siguiente:

«Soldados:

«He aquí la batalla que tanto habeis deseado. La victoria está en vuestra mano: nos es necesaria, nos proporcionará abundancia, buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso á nuestra patria. Portaos como en Austerlitz, Friedland, Witepsk, Esmolensko, y que la posteridad mas remota cite engreidamente vuestra conducta en este dia, y que digan de vosotros: «Se hallaba en aquella gran batalla dada bajo los muros de Moscou.»

«En el campamento imperial sobre las alturas del Borodino, el 7 de setiembre á las dos de la mañana.»

«El ejército contestó con repetidas aclamaciones. El páramo en que se hallaba el ejército estaba cubierto de cadáveres rusos, del encuentro de la víspera.

«El príncipe Poniatowski, que formaba la derecha, se puso en movimiento para ocupar el bosque en que el enemigo apoyaba su izquierda. El príncipe de Eckmuhl marchó costeando el bosque con la division de Compans de vanguardia. Dos baterias de sesenta piezas cada una, asestadas á las posiciones del enemigo, se habian construido durante la noche.

«A las seis, el jeneral conde Sorbier, que habia artillado la batería derecha con las piezas de la reserva de la guardia, rompió el fuego. El jeneral Pernetty, con treinta piezas, toma la delantera á la division Compans (cuarta del primer cuerpo), que sigue el bosque cerrando las posicio-

nes del enemigo. A las seis y media, el jeneral Compans sale herido, y á las siete, el príncipe de Eckmuhl pierde el caballo. Se traba la refriega y empieza el fusileo. El virey, que formaba á nuestra izquierda, acomete y toma la aldea de Borodino, que el enemigo no podia defender porque se hallaba en la orilla izquierda del Kologha. A las siete, el mariscal duque de Elchingen se pone en movimiento y marcha contra el centro, al resguardo de sesenta piezas que el jeneral Foucher habia colocado el dia antes contra el centro del enemigo. Mil piezas están arrojando la muerte por ambas partes. A las ocho se toman las posiciones del enemigo, sus reductos caen en nuestro poder, y nuestra artillería se coloca en sus troneras. Entónces teníamos la ventaja de posicion que habian tenido por espacio de dos horas las baterías enemigas. Los parapetos que habian estado contra nosotros durante el ataque nos resguardan. El enemigo ve la batalla perdida, cuando apenas la creia empezada. Parte de su artillería cae en nuestro poder, y el resto se retira á la parte de la espalda. En este aprieto, toma el partido de rehacer el choque atacando de poder á poder las fuertes posiciones que no ha podido conservar. Trescientas piezas francesas colocadas sobre las alturas anonadan su muchedumbre, y sus soldados vienen á morir al pié de aquellos parapetos levantados con tanto esmero en los dias anteriores y mirados como abrigos incontrastables.

« El rey de Nápoles da varias cargas con la caballería. El duque de Elchingen se cubre de gloria y manifiesta tanto denuedo como serenidad. El emperador manda una carga de frente y la derecha hácia adelante; movimiento que nos deja dueños de las tres cuartas partes del campo de batalla. El príncipe Poniatowski pelea en el bosque con éxito vario.

« Quédanle al enemigo sus reductos de la derecha, el jeneral conde Morand marcha contra ellos y los toma; pero á las nueve, atacado por todas partes, no puede mantenerse. Alentado el enemigo con esta ventaja, manda avanzar su reserva y sus últimas tropas para probar otra vez fortuna. La guardia imperial forma parte de ellas y ataca nuestro centro sobre el cual habia jirado nuestra derecha. Por un momento se teme que los Rusos tomen la aldea incendiada; diríjese allá la division de Friant; ochenta piezas detienen primero y luego destrozan las columnas enemigas que se mantienen durante dos horas formadas bajo la metralla, no atreviéndose á avanzar, no queriendo retroceder y desahuciadas ya de la victoria. El rey de Nápoles zanja aquella incertidumbre; manda cargar al 4°. cuerpo de caballería y se interna por los claros que deja abiertos la metralla de nuestros cañones en las moles cerradas de los Rusos y los escuadrones de sus coraceros; estos se dispersan á diestro y siniestro. El jeneral de division conde de Caulaincourt, ayo de los pajes del emperador, marcha capitaneando el 5°. de coraceros, lo arrolla todo y entra en el reducto de la izquierda por la gola. Desde entónces ya no cabe duda, la ba-

talla queda ganada, vuelve contra los enemigos las veinte y una piezas, que se hallan en el reducto. El conde de Caulaincourt, que acababa de cam



pear con esta gallarda carga, habia terminado sus destinos, cae muerto por una bala de cañon: muerte esclarecida y envidiable.

«Son las dos de la tarde, y el enemigo pierde toda esperanza: la batalla queda terminada, aun continúa el cañoneo; pero los Rusos solo pelean cubriendo su retirada, mas no por la victoria.

«La pérdida del enemigo es enorme: hanse contado en el campo de batalla de doce á trece mil hombres y de ocho á nueve mil caballos: sesenta piezas de artilleria y cinco mil prisioneros han caido en nuestro poder.

«Hemos tenido dos mil y quinientos hombres muertos y triple número de heridos. Nuestra pérdida total puede computarse en diez mil hombres; la del enemigo en cuarenta ó cincuenta mil. Nunca se ha visto un campo de batalla igual. De seis cadáveres, uno era francés y cinco rusos. Cuarenta jenerales rusos han sido muertos, heridos ó prisioneros: el jeneral Bagration queda herido.

«Hemos perdido el jeneral de division conde Montbrun, muerto de un balazo de cañon; igual suerte cupo una hora despues al jeneral conde de Caulaincourt, enviado para reemplazarle.

« Cuéntanse entre los muertos los jenerales de brigada Compere, Plouzonne, Mariont Huart, y entre los heridos siete ú ocho jenerales; pero muy levemente. El príncipe de Eckmuhl no ha padecido daño. Las tropas francesas se han cubierto de gloria y han mostrado su mucha superioridad con las rusas. Tal es en pocas palabras el bosquejo de la batalla de la Moscowa, dada á dos leguas de Mojaisk y á veinte y cinco leguas de Moscou, cerca del pequeño rio Moscowa. Hemos disparado sesenta mil cañonazos, que se hallan ya reemplazados con la llegada de ochocientos carros que habian pasado de Esmolensko antes de la batalla. Todos los bosques y aldeas desde el campo de batalla hasta aquí están cubiertos de muertos y heridos. Se han hallado aquí dos mil muertos ó amputados rusos. Muchos jenerales y coroneles han caido prisioneros.

« El emperador no se espuso un momento; la guardia de á pié y á caballo no peleó y por consiguiente no perdió un solo hombre. La victoria nunca fué dudosa. Si el enemigo forzado en sus posiciones no hubiera querido recobrarlas, nuestra pérdida hubiera sido mayor que la suya; pero destruyó su ejército manteniéndolo desde las ocho hasta las dos bajo el fuego de nuestras baterías y obstinándose en recobrar lo que habia perdido. Esta es la causa de su inmensa pérdida..... »

Por muy grande que fuera el triunfo de este dia, podia serlo mucho mas, si Napoleon, en vez de terminar la batalla á las cuatro de la tarde, hubiese avalorado lo que restaba del dia para que cargara su guardia, convirtiendo así el desconcierto del enemigo en una completa derrota. Esta reserva del gran capitan en medio de la embriaguez de la victoria ha sido interpretada de varios modos. Algunos escritores aseguran que fué muy vituperada en el cuartel jeneral, y dicen que el mariscal Ney se espresó así: « Ya que no guerrea personalmente, y puesto que ya no es jeneral y quiere hacer en todas partes el emperador, que se vuelva á las Tuilerías y nos deje ser jenerales por él. » « Murat, dice Mr. de Segur, creyó que los primeros ataques del equinoccio le habian trastornado el temperamento debilitado, y que la accion de su númen estaba en cierto modo aherrojada por su cuerpo agoviado bajo el triple peso de la fatiga, de la calentura y de un accidente, que entre todos es quizá el que mas abate las fuerzas físicas y morales del hombre..... Los que estaban mejor informados creyeron que á tanta distancia y al frente de un ejército de estranjeros á quienes no enlazaba otro vínculo que la victoria, le habia parecido indispensable conservar un cuerpo selecto y leal. »

No es verosímil que ninguno de los tenientes de Napoleon haya sido nunca, no diré harto desmandado, sino bastante injusto para reconvenirle «de hacer en todas partes el emperador y no ser ya jeneral,» con motivo de una batalla cuyos sabios preparativos y cuya activa y suprema direccion no habian salido indisputablemente sino de él solo. En cuanto al

deseo de conservar una reserva intacta y formarla con un cuerpo escojido y adicto tal como su guardia, Napoleon lo esplicó diciendo : « ¿Y si mañana hay una segunda batalla, que tropas presentaré? » Despues el jeneral Gourgaud ha añadido al entrar en esta esplicacion : « Si la guardia hubiese padecido algun quebranto en la batalla de Moscowa, el ejército francés, cuyo nervio se cifró siempre en aquella guardia, y cuyo valor lo sostuvo durante la retirada, trabajosamente lograra atravesar otra vez el Niemen. »

Como quiera que sea, parece que la consideracion de la gloria de su ejército ó la esperanza de una próxima paz, y siempre por el interes de la Francia y de la humanidad, indujeron á Napoleon á no hacer mas mortifera la sangrienta batalla de la Moscowa con la intervencion de su guardia; y si tratara alguien de insinuar que se atuvo por entonces á su resguardo personal, y que solo cedió al impulso de su propia conservacion, al tal le respondiéramos que Napoleon ha dado desde Tolon hasta Waterloo el mentis mas patente á tan insultante insinuacion. No, el numen osadísimo que habia ideado aquella espedicion ajigantada no comprometió el éxito definitivo con la trastienda del egoismo. Que el accidente físico le hubiera alcanzado y debilitado como á cualquier otro, nada hay en esto de imposible. Que su prontitud de resolucion y su poderío de voluntad se hubiesen resentido, esto cabe todavia, pues ya titubeaba en Esmolensko. Pero si al tocar al término de sus prosperidades, y no teniendo ya nada mas que añadir al esplendor de su nombradía, y viendose tan remontado que ya no le quedaba mas que decaer, habia dejado á veces Napoleon que penetrasen en su interior la incertidumbre y la *zozobra*, aquella conmocion pasajera de la confianza y de la fe, que le habia infundido por mucho tiempo su fortuna siempre en auje, podia muy bien hacerle perder en ciertos momentos, al asomar su menguante, algun tanto de su pujanza en idear, de su rapidez en ejecutar y de aquel arrojo que parecia estar dictando en otro tiempo leyes al destino, sin que se alterase la grandiosidad de su alma, sin que torpes precauciones dictadas por una menguada personalidad apearan en él aquel constante desvelo que habia manifestado ante todo por la Francia desde que se habia remontado á la cumbre del poderío. ¿Y á quién se le hará creer que el sublime denuedo del soldado de Arcola y de Lodi, que el heroismo del jeneral que arrostraba de tal modo el peligro en Essling, que sus oficiales le amenazaron de que sus granaderos lo iban á maniatar, á quien se hará creer que tan peregrino valor y heroismo pudieran verse volcados en Napoleon por una *zozobra* villana acerca de la suerte personal del monarca? Bourienne mismo, tan propenso á ajar las glorias del prohombre, y que al parecer no tomó la pluma sino para contradecir el testimonio de su pais y de su siglo ante el tribunal de la historia, Bourienne prorumpe en ira contra el recelo de flaqueza ó temor con que algunos se atrevieron á tachar á Napoleon al regresar de Moscou. «¿Te

mer él! esclama, ¡él cobarde! por cierto que le conoceis bien. Nunca estaba mas satisfecho que en un campo de batalla ni mas sosegado que en medio de los peligros.»

Repitámoslo pues con el jeneral Gourgaud, el baron Fain, etc., el emperador tuvo estas contemplaciones con la guardia en la Moscowa por el interés mismo de todo el ejército, y á la vista de las posibilidades ulteriores de la guerra ó de la próxima conclusion de la paz. Por lo demás, cualquiera que fuera su decaimiento fisico, lo cierto es que no imposibilitó su númen ni su actividad. Él fué quien preparó y estuvo dirijiendo aquella gran batalla, por lo cual no dejó de atribuir el timbre de la victoria á los principales adalides de su ejército, los mismos á quienes se achacan tan estraños dichos respecto á él. «Denodados héroes, dice en sus *Memorias*, Murat, Ney, Poniatowski, á vosotros es debida la gloria. ¡Cuántas grandes y esplendorosas acciones tendria que recojer la historia! Diria como aquellos desalados coraceros forzaron los reductos, acuchillaron á los artilleros sobre sus cañones; referiria el heroico sacrificio de Montbrun y de Caulincourt que hallaron la muerte en medio de su gloria; diria lo que nuestros artilleros, descubiertos en campo raso, hicieron contra baterías mas crecidas y resguardadas con macizos espaldones, y hablaria de aquellos intrépidos infantes que en el trance mas apurado, en vez de necesitar que su jeneral los desahogase, estaban voceando: «No hay cuidado, tu jente ha jurado toda vencer en este dia, y vencerá.» ¿Llegarán algunos rastros de tanta gloria á los siglos venideros, ó prevalecerán la mentira, la calumnia y la maldad?»





CAPITULO XXXVIII

Marcha sobre Moscou. Ocupacion de aquella capital por los Franceses.



UTUSOW, derrotado en la Moscowa á pesar de la ventaja que le daban sus posiciones y su numero, no se empachó de mentir con el pueblo ruso y con su soberano, pregonando por donde quiera, y aun escribiendo á Alejandro que la victoria habia quedado por la bandera moscovita, falsedad ajena de su marcha retrógrada. Despues de haberse salvado atropelladamente del campo de batalla de Mojaisk y haber aparentado nuevos preparativos de defensa, abandonó aquel pueblo á los Franceses el 9 de setiembre y marchó arrebatadamente hacia Moscou, dejando en poder del enemigo infini

tos heridos á los que no se habia proporcionado todavía ningun auxilio, y que los debieron al ejército victorioso. «Con la ayuda de algunos soldados de la guardia, cuya humanidad habia esperimentado en varios trances, dice el doctor Larrey, atendí ante todo á las urjencias de aquellos desventurados. Se habian habilitado las iglesias y la casa de ayuntamiento para recibir á los heridos franceses. Los Rusos se reunieron en las casas de los comerciantes.» Cuando dieron parte á Napoleon que la retaguardia de Kutusow mandada por Platoff se disponia para resistir sobre Mojaisk: «Bien, respondió, nos detendrémos algunas horas mas con nuestros desgraciados heridos.»

Sin embargo se sabe que Kutussow conserva todavía esperanzas de salvar á Moscou; que está levantando, á algunas leguas antes de aquella capital, fortificáciones que demuestran intentos de nueva refriega. Rostopchin se esmera tambien en persuadir á los Rusos que tal es el ánimo del jeneral en jefe, segun la proclama del 11 de setiembre, cuyo contenido es el siguiente: «Dice que defenderá á Moscou hasta la última gota de su sangre y que está pronto á pelear aun en las calles de aquella ciudad. Se han cerrado los tribunales; pero esto no os sobresalte, ó amigos mios: hay que ponerlo todo corriente. No necesitamos tribunales para formar causa al *perverso*. Sin embargo, si los necesitara, tomaría jóvenes de la ciudad y del campo. Dentro de dos ó tres dias daré la señal. Armaos bien con hachas y picas, y aun mejor con horcas de tres dientes: el Francés está ya desmoronado como una hacina de mies.» — «Marcho mañana, decia Rostopchin al dia siguiente, para juntarme con su Alteza el príncipe Kutusow, y providenciando juntos aniquilar á nuestros enemigos. Enviarémos á Satanás esos huéspedes y les harémos rendir el arma. Volveré á la hora de comer y pondrémos mano á la obra para reducir á polvo esos alevosos.»

Con este lenguaje presajia el gobernador de Moscou, el orador del Kremlin, el cumplimiento de los sacrificios tremendos que el czar mismo está anunciando. Pero Kutusow no derramará la última gota de su sangre para precaver á la ciudad santa de la invasion estranjera: el antiguo guerrero no lo pensó jamás, y Rostopchin lo sabe muy bien. Otro es el intento que se abriga, y está próxima la hora de ponerlo por obra. En la noche del 13 al 14 de setiembre, Kutusow abandona todas las posiciones que anteceden á Moscou y se retira hácia el oriente atravesando rápidamente la inmensa ciudad que aparentaba poco ha venir á defender con una especie de fanatismo. «El 14 de setiembre, dice un escritor moscovita, dia de eterno luto para los corazones verdaderamente rusos, el ejército levantó el campo de Fili á las tres de la madrugada, y entró por la puerta Doragomilow en la ciudad que debia atravesar en su mayor ámbito para salir por la puerta de Kolomna.... Aparecióse Moscou allá como enlutada... y la marcha del ejército ruso se asemejaba mas bien á una pompa fúnebre

que á una formacion militar..... Oficiales y soldados lloraban de saña y desesperacion. » (BUTTURLIN.)

Sin embargo los Franceses viendo el campo de Fili levantado tan impensadamente, siguen el alcance á los Rusos. Murat, el denodado Murat, siempre en busca del peligro, y siempre pronto para acometer, se arroja ante todos en pos del enemigo, y se adelanta á la vanguardia. A las doce se halla en las calles de Moscou, tan solo acompañado de algunos jinetes, y sin embargo cargando la retaguardia de Kutusow. Pronto se aumenta su escolta, pues Napoleon le envia á Gourgaud para sostenerle. Entónces los Cosacos entran en capitulacion y cercan al guerrero cuyo rico traje y denuedo les causan asombro. Murat, que es muy conocido de ellos, sobre todo desde Tilsitt en donde les hizo sus regalos, no será menos garboso en esta ocasion. Va repartiendo cantidades á los jefes y dispone de las alhajas de Gourgaud y de sus oficiales para distribuirlas igualmente á los bárbaros que le rodean; y estos, una vez poseedores de tamaños agasajos, se atropellan por evacuar á Moscou y proseguir sus correrias y maniobras irregulares á espaldas del ejército ruso.

En tanto que los Cosacos se retiran, Napoleon llega con el resto de su vanguardia á las puertas de la ciudad. La marcha repentina de Kutusow despues de tantas demostraciones y amagos de resistencia, el desamparo de una ciudad que sirve de emporio á las preciosidades de Europa y de Asia, el ejemplar de Esmolensko y los vestijios ensangrentados de tantos



fracasos agolpados por las mas hermosas provincias de la Rusia por manos rusas, todo infunde desconfianza al emperador y le hace titubear. En cierto modo va á tomar á tientas posesion de su nueva é importantísima conquista. Se detiene primero á las puertas, manda reconocer la ciudad por afuera, da órden á Eujenio para que la acorrale por el norte, y á Poniatowski al mediodía, mientras que Davoust se mantenga en el centro; despues envia su guardia al mando de Lefevre, que entra triunfalmente en Moscou y se acuartela en el Kremlin.

Napoleon traspasa tambien el umbral; pero como si una voz interior le avisara que está poniendo la planta sobre un abismo, y que Moscou encierra en sus murallas el término de los triunfos del ejército francés y la primera señal de la decadencia del grande imperio, teme todavía engolfarse por la ciudad, da solamente algunos pasos y se aloja provisionalmente en una posada. Al dia siguiente 15, no asomando señal aciaga, acalla las corazonadas y zozobras que le estaban acosando la víspera, y entregándose confiadamente á su destino y á la suerte de la Francia que conceptúa siempre identificados, marcha osadamente y se posesiona del Kremlin.

¿Se ha conseguido ahora el objeto de la campaña? ¿La ocupacion de Moscou determinará á Alejandro á la paz como Napoleon se ha lisonjeado? Este es el dictámen que reina en el ejército francés y la esperanza de jefes y soldados que claman todos á porfía: «Esta es pues la famosa ciudad Moscou, Moscou... peligros y padecimientos, todo queda olvidado.» ¡Ojalá que á este entusiasmo no suceda pronto un amarguísimo desengaño! Segun el dicho del emperador, «vamos á ver lo que harán los Rusos.»





CAPITULO XXXIX.

Incendio de Moscou. Consecuencias de aquel fracaso. Napoleon está en balde aguardando proposiciones de paz. Retirada de los Franceses. El mariscal Mortier vuela el Kremlin.



Qué le queda ahora por hacer á la revolucion francesa para redondear su contraresto esterior y su marcha triunfal por medio de la Europa, escarmentando á las aristocracias y antiguas soberanias de su pertinaz enfurecimiento contra la nueva Francia?

Si en otro tiempo les hizo purgar las desaforadas arrogancias de Brunswick, hoy se venga de la saña de Suwarow. Despues de haber conducido á su magnífico representante por todas las capitales, introducido al esclarecido plebeyo en todos los

alcázares que servian de asilo y santuario al engreimiento, se avecinda en el Kremlin y en la morada misma de los czares, y Pedro el Grande puede ahora sollozar bajo los pasos del RECIEN ENCUMBRADO, como poco ha Federico el Grande y Cárlos V.

¿Estaria ya pronto á cumplirse cuanto la revolucion debia cumplir bajo los auspicios del águila y por el brazo del prohombre para la humillacion de los reyes y educacion democrática de los pueblos? ¿Llegaria ya á su paradero la carrera de Napoleon?

Los acontecimientos van á contestar.

Napoleon no ha cesado y sin duda no cesará de ser una aparicion pavorosa del principio revolucionario para los monarcas estranjeros; el pueblo francés no se avendrá tampoco á ver en él sino la igualdad apersonada en el emperador. Empero el pueblo francés no se equivocará acerca de las miras de su caudillo, cuando le vea olvidarse por un momento « del derecho divino de la capacidad y del númen, » cuya sublime imájen está retratando para complacerse en resucitar superioridades postizas trasmitibles por el nacimiento; y los pueblos europeos, abandonados despues de Austerlitz, Jena y Wagram á la merced de sus añejos gobiernos destroncados, tendrán que echar en cara á aquel de quien esperaban su libertad, de haber cejado sobradas veces ante una aplicacion espedita y grandiosa de aquella propaganda de la cual fué por lo demás el ajente mas eficaz y portentoso..... ya con el empuje de las cosas, ya con el poderío de su númen. Sin hablar de los Polacos, provisionalmente colocados bajo el resguardo incierto del porvenir, los Rusos mismos acaban de esperimentar que Napoleon repugna á hacer el papel de propagandista. « Proclamando la libertad de los esclavos, dijo despues á su senado, hubiera podido armar la mayor parte de la poblacion rusa contra sí misma. En crecido número de aldeas se me ha pedido esta manumision; pero la guerra que hago á los Rusos solo es política; y además el embrutecimiento de aquella clase dilatada del pueblo ruso es tal, que semejante providencia redundaria en martirios horrorosos de infinitas familias.... Esta última consideracion bastaba para que me desentendiese de semejante medio contra mis enemigos. » Un escritor inglés asevera el mismo hecho. « No cabe duda, dice Roberto Wilson, que hubiera podido fomentar en Rusia una guerra civil; y Bonaparte fué el que desechó los ofrecimientos de insurreccion que se le hicieron cuando se hallaba en Moscou. »

Por muy loables que sean los motivos que hagan desechar al emperador los ofrecimientos de los vecindarios esclavos, lo cierto es que Napoleon puede zozobrar en adelante sin arrollar la revolucion en su vuelco, sin comprometer el progreso ulterior de los principios populares. Hay en su temple y en su posicion repugnancias inevitables que la historia deberá justipreciar. La democracia está muy próxima á haber alcanzado de él

todo lo que podia esperar por el roce de sus denodados hijos con las naciones del septentrion y del mediodia desde Cadiz hasta Moscou.

Pero si pronto debe acabar el papel político de Napoleon, si está al estremo de su carrera revolucionaria, ¿qué será de su papel de conquistador?

Cuando los dioses mismos eran al parecer los zeladores de su fortuna, la civilizacion aun mas que la conquista llamaba su atencion y vinculaba su misteriosa existencia, era el instrumento pujante y esclarecido de la rejeneracion europea que protejia en él, mas bien que al fundador de una dinastía, al vencedor de tantas batallas. Podrá pues carecer del auxilio sobrehumano tan pronto como no tenga nada que providenciar por el rumbo sobrenatural para la humillacion de los reyes y la educacion de los pueblos. El cielo, que por tanto tiempo le fué propicio por el interes de la emancipacion universal, podrá declararse neutral entre el nuevo y los viejos potentados; y entónces, ¿no trascenderá esta neutralidad a los alcances del hombre, no acarreará dias aciagos para su poderío y anticipará el cumplimiento de su destino?...

Vamos á ver lo que harán los Rusos.

«Napoleon cree haberlo previsto todo, dice un testigo ocular: sangrienta batalla, permanencia dilatada, invierno riguroso y aun fracasos: la posesion de Moscou y los doscientos sesenta mil hombres que ha dejado tras sí, parecen sobreponerle á todos los acasos.... Pero apenas está sentado en el Kremlin, cuando se manifiesta un horroroso incendio: lo que no ha previsto, ni podido prever, la destruccion de Moscou por los Rusos mismos, le desencaja el arrimo en que estriban sus principales combinaciones.

«Algunos incendios parciales se habian manifestado en los primeros momentos de nuestra llegada. Los habíamos atribuido á las demasías de la soldadesca..... Pero el 16, habiendo soplado el viento con violencia se jeneralizó el incendio. Una gran parte de la ciudad es de madera; encierra cuantiosos almacenes de aguardientes, aceites y materias combustibles. Han desaparecido todas las bombas y nuestros trabajadores se afanan infructuosamente.

«Negros remolinos de humo se levantan con el viento y saliendo de los arrabales orientales, se han ido estendiendo por la ciudad esparciendo un pestífero hedor de azufre y alquitran. Las llamas cunden con rapidez propagándose de una en otra casa, aumentándose con lo que devoran, y corriendo una riada de fuego de un estremo a otro de la ciudad. Mientras que los primeros raudales del incendio siguen su espantosa carrera, se han encendido otros volcanes; corren nuevos torrentes, é impelidos por el viento, se estienden por los intermedios que no han podido alcanzar las llamas anteriores. Parece como si la tierra se hubiera abierto para desem-

bocar todos los fuegos que mas y mas aparecen. El incendio se propaga enfurecidamente; ya no conoce direccion ni límites; brama, hierve como las olas de la tempestad, y la desgraciada ciudad acaba de sepultarse en un océano de llamas.

« En vez de tantas casas y palacios, no quedan en pié sino moles de ladrillos que indican el lugar de los hogares domésticos. Aquellos millares de pirámides truncadas y ennegrecidas nos parecen el esqueleto quemado de Moscou.

« Desde las ventanas del Kremlin, Napoleon presencia esta gran catás-



trofe..... Escipion al ver arder á Cartago no pudo desechar una triste corazonada sobre la suerte que Roma tendria á su tiempo: Napoleon queda pensativo..... todo el ejército yace atónito. El triste silencio que reina en el Kremlin solo se interrumpe con estas esclamaciones: « ¡Este es pues el modo con que hacen la guerra! La civilizacion de Petersburgo nos ha engañado; tenemos que haberlas con Escitas. » (*Manuscrito de* 1812.)

Napoleon ve ahora lo que iban á hacer los Rusos. En vez de parlamentarios ó negociadores que vengan á pedirle la paz, ha hallado en Moscou incendiarios que le han acorralado en un inmenso volcan, cercándolo de

escombros. Ahora puede prorumpir con madama de Stael, «que ninguna nacion civilizada tiene tanto de bozal como el pueblo ruso.» Los ajentes de Rostopchin, en número de novecientos, estaban apostados en las bodegas para prender fuego á todos los arrabales. A algunos se les ha sorprendido con el hachon en la mano. Lo han confesado todo; y su declaracion acusa á Rostopchin, que no ha obrado sin la autorizacion de su amo; pues ¿qué súbdito del autócrata hubiera querido tomar sobre sí la responsabilidad de tan horrendo fracaso?

Sin embargo las llamas se acercan al Kremlin, ya estallan los vidrios del palacio imperial, hora es que Napoleon atienda á su seguridad y se decida á retirarse. Empero se resiste a verificarlo, pues le piden un primer paso hácia atras, lo conoce y no quiere cejar ante la barbarie á la que venció en veinte refriegas, que hizo huir ante sí por espacio de doscientas leguas y por medio de las mas amenas provincias del imperio ruso. En vano le muestran las chispas que caen en el patio del arsenal, las estopas encendidas que cubren el suelo en donde está de planton la artillería con sus trenes; en vano le aseguran que su peligro personal desazona a los artilleros y desasosiega á todo el cuartel jeneral; se desentiende allá de consejos, instancias y ruegos. Lariboissiere, Lefevre, Bessieres y Eujenio vieron alternativamente desatendidas sus encarecidas reconvenciones, para desasirle de un peligro que á cada paso es mas inminente. Napoleon se halla en su cumbre aposentado en el Kremlin, ha llegado allí hollando á cien mil valientes de Kutusow, y le repugna la aprension de verse arrojado de él por una cuadrilla de incendiarios y algunos centenares de ajentes de Rostopchin. Bajar despues de haberle encumbrado tanto la victoria, retroceder y sin haber sido vencido: no le cabe avenirse. Se empeña en retar a la barbarie enfurecida, batallar hasta el estremo contra su fatalidad, probar á sus bravios enemigos que hay mas pujanza en aquella grandiosidad que potestad en sus infernales combinaciones. Durante muchas horas permanecerá con su cabal entereza en el Kremlin... Pero aquella vida que espone y arroja pertenece al ejército y á la Francia. Esta inevitablemente comprometida, si Napoleon se obstina en permanecer á pesar del pavoroso progreso de las llamas. Napoleon ha de reconocer pues la mano de la necesidad y al fin tendrá que avenirse. Cuando Berthier, que ha subido a la azotea del Kremlin, venga á participarle que no hay que perder un momento y que el incendio envuelve el palacio, cederá al anhelo de cuantos le están estrechando, y andando bajo una bóveda de fuego, se retirará á corta distancia de Moscou, al castillo de Petrowskoie en el camino de Petersburgo.

El 16 de setiembre por la tarde, sale Napoleon de Moscou. Apenas aposentado en su nueva residencia, se entrega todo a sus recónditas reflexiones sobre el fracaso aterrador que acaba de trastornar todos sus planes,

y acerca del partido que debe tomar. Su primer pensamiento fué de ir en busca de la paz en Petersburgo, ya que no habia podido conquistarla en Moscou, y pasó la noche delineando su marcha sobre el mapa. Pero antes de obrar, quiso consultar ó mas bien probar á los que le rodeaban, y advirtió que su intento hallaba poquísimos aprobantes en el cuartel jeneral. Solo Eujenio pensaba como el emperador, solo él estaba pronto á marchar á vanguardia. Su denuedo incontrastable vitoreaba aquel arrojo y la constancia de Napoleon. Pero otros ánimos no menos esclarecidos se habian dejado avasallar por la prudencia con los últimos desengaños. Los que habian temido en su principio aquella remota campaña no podian avenirse al concepto de irla dilatando todavía y de internarse por el norte en demanda de los hielos. Volvieron pues á manifestarse los recelos que ya aparecieran en Dantzig y en Esmolensko. En otros tiempos en nada hubieran alterado las determinaciones del soberano· en Petrowskoie fueron mas poderosos. « Lograron, dice Mr. Fain, hacerle dudar por la primera vez de la superioridad de sus miradas. » La responsabilidad de una segunda campaña le parecia muy trabajosa de sobrellevar. Empero no se deja convencer por los que dicen que solo desechan la prosecucion de la guerra hácia Petersburgo, con la esperanza únicamente de alcanzar la paz en Moscou. « No creais, les dice, que los que han prendido fuego á Moscou sean jentes que acudan á hacer la paz algunos dias mas tarde: si domina actualmente en el gabinete de Alejandro el partido que es culpable de esta determinacion, vanas son todas las esperanzas con que veo que os lisonjeais. » A pesar de esta prevision, muy comprobada despues, doblegó ante el dictámen de sus tenientes aquella superioridad que en otro tiempo hacia ceder todo ante sí. « Ojalá no descaiga de sí mismo, añade el autor



del *Manuscrito* de 1812, apeandose hasta la pequeñez de los que le rodean. El primer paso está dado.»

Napoleon permanece pues en los alrededores de Moscou. Si entónces hubiera sido por agosto, se hubiera mantenido en su opinion, y, como lo dijo en Santa Helena, el ejército hubiera marchado sobre San Petersburgo. Pero la estacion favorable va á terminarse, y esta consideracion le decide á seguir los consejos de sus antiguos compañeros de armas.

El incendio habia cesado en Moscou, y el Kremlin, tan amenazado, se habia librado de las llamas. El emperador volvió á habitarlo el 18 por la mañana. La ciudad estaba llena de saqueadores de todas las naciones. La presencia de Napoleon restableció pronto el órden. Al pasar por el muelle de la Moscowa, vió la casa de los espósitos. «Id, le dijo á su secretario intérprete, id á ver de mi parte que ha sido de esos niños desventurados.» Obedeció el secretario, y habiendo llegado al establecimiento, supo que los niños de mas de doce años habian sido encaminados á Nizni-Novogorod, y que los mas pequeños, abandonados á la merced de las llamas, habian sido salvados por el piquete que Napoleon les habia enviado en la noche del 14 al 15. «La proteccion de vuestro amo, le dijo el director del hospicio, ha sido para nosotros un favor del cielo; á no ser por la mirada que su Majestad echó sobre nosotros, lo cual no nos cabia esperanzar, nuestra casa hubiera sido presa del saqueo y del incendio.» El anciano ruso acompañó despues al intérprete á las salas y lo presentó á los niños, diciéndoles: «El emperador envia á este Francés.» Bastó esto para promover el mas entrañable y ruidoso reconocimiento en aquellos jóvenes desgraciados. Se arrojaron á porfía sobre el mensajero de Napoleon para halagarlo: unos abrazaban sus rodillas, otros se le echaban al cuello y todos voceaban con alborozo: «Tu emperador es nuestra providencia.»

Cuando supo Napoleon, por boca de su secretario, los pormenores de aquel recibimiento, se enterneció y mandó al punto por el director del hospicio que se llamaba Tutelmine, quien le pidió permiso para escribir á la emperatriz madre para informarla como se habia salvado la casa del incendio. Aun duraba la conversacion, cuando se advirtieron algunas llamas del otro lado del rio, lo cual hizo temer á Napoleon que el incendio no estuviera del todo apagado. Con aquella vista se indignó y repitió el nombre de Rostopchin. «Malhaya, esclamó, quien se ha atrevido á añadir á calamidades tamañas como son las de la guerra un incendio atroz ejecutado á sangre fria. Bárbaro, no le bastaba desamparar á unos pobres niños de quien es el primer tutor y veinte mil heridos que el ejército ruso ha confiado á sus desvelos: mujeres, niños, ancianos, huérfanos, heridos, todo yace entregado á un esterminio desapiadado, y presume hacer el Romano, siendo un salvaje, un irracional.»

Al dia siguiente, Mr. de Tutelmine entregó al emperador la carta que

le habia permitido escribir á la suprema protectora de los espósitos. Aquella carta encerraba una especie de introduccion á la paz, terminando así: « Señora, el emperador Napoleon está exhalando mil ayes por nuestra capital, casi enteramente destruida con medios que no son, segun él dice, los que se usan en buena guerra. Se muestra convencido de que si nadie se interpusiera entre él y nuestro augusto emperador Alejandro, su antigua amistad recobraria pronto sus derechos y se acabarian todas nuestras desventuras. »

No paró Napoleon en aquella demostracion indirecta de sus dictámenes pacíficos. Escribió él mismo al emperador Alejandro por la mediacion de un tal Mr. Jakowleff, que marchó el 24 de setiembre para San Petersburgo; y el 4 de octubre se decidió á dar un paso ostensivo en apoyo de sus tentativas reservadas enviando su edecan Lauriston al cuartel jeneral de Kutusow. Pero este declaró que no podia entrar en negociaciones ni dejar pasar al negociador mas adelante sin haber recibido la autorizacion de su amo. A este efecto despachó al príncipe Wolkonski para el czar.

Durante todas estas negociaciones preparatorias y estos lejanos mensajes, que empleaban mucho tiempo, se iban apurando los recursos rescatados del incendio; el ejército ruso maniobraba como si hubiera querido encerrarnos en Moscou, los Cosacos nos andaban hostigando por todas partes y la cruda estacion se acercaba, sin que siquiera se hubieran entablado las negociaciones.

Napoleon veia así comprobado lo que anunciara á sus jenerales, esto es, que « los incendiarios de Moscou no eran jentes que acudiesen luego en busca de paz. » Sin embargo continuó residiendo en el Kremlin, dedicándose eficacísimamente á la policía interior de Moscou y de los paises conquistados, atendiendo á los mas mínimos pormenores del servicio militar, de los movimientos del ejército, encabezando todavía, en medio de tantísimas atenciones y afanes y á tan suma distancia, la administracion superior de su imperio. Empero habia mediado un mes desde su entrada en la antigua capital de los czares, y ni la carta de Mr. de Tutelmine ni el pliego confiado á Mr. de Jakowleff, ni el encargo cometido al príncipe Wolkonski, ni la presencia de Lauriston en el campo de Kutusow, ni siquiera habian hecho esperanzar el mas mínimo resultado. Alejandro, sordo á todas las proposiciones pacíficas, como que tenia olvidada la ocupacion de lo mejor de sus estados, cubiertos en gran parte de escombros, retraia sus miradas del Kremlin para dirijirlas al gabinete de San James de donde le llegaban continuamente estímulos y parabienes. Por lo demás la conducta de Alejandro guardaba la lójica mas terminante. Habia querido la guerra y habia aceptado todos sus amarguísimos trances para que prevaleciesen el añejo réjimen europeo y el sistema inglés sobre la política de la revolucion y de su caudillo. No debia orillar su ideado intento des-

pues de padecer cuanto semejante determinacion hubiera podido acarrear le en quebrantos y trastornos. La añeja Europa, de la que se habia constituido el campeon, no le pedia por sumo conato mas que enmudecer ante la conquista aposentada entre la humareda de Moscou y que aguardaba con afan palabras de paz en el regazo mismo del triunfo. Alejandro no tenia pues que titubear: su negativa de entrar en negociaciones habia quedado comprometida de antemano con Castlereagh por las instrucciones dadas á Rostopchin.

Mientras que el gobierno ruso se mantenia así aferradamente en su ademan batallador, el clima se encrudecia. El 13 de octubre, la nieve cubria todo el pais. «Démonos priesa, dijo Napoleon, dentro de veinte dias debemos estar en cuarteles de invierno.» Al dia siguiente le escribió á Murat que reconociera el camino de Mojaisk, y despachó el 15 los trofeos bajo la escolta del jeneral Claparede, mientras que empezaba la evacuacion de los enfermos y heridos sobre Esmolensko. Dióse irrevocablemente la orden. «Esto no debe llamarse una retirada, dice Napoleon en sus Memorias, ya que el ejercito estaba victorioso y que hubiera podido marchar igualmente sobre San Petersburgo, Kaluga o Tula, que Kutusow hubiera tratado de cubrir infructuosamente. ... No se retiraba á Esmolensko porque estuviese derrotado, sino para invernar en Polonia.»

Con efecto, el ejercito francès estaba victorioso y siguió siendolo hasta el trance postrero de la ocupacion de Moscou; porque el 17 de octubre, el rey de Napoles derrotó a los Rusos en Wenkowo, al mismo tiempo que Gouvion-San Cyr rechazaba los embates de Wittgenstein sobre Polotsk. Sin embargo Napoleon preveia que su marcha retrógrada redundaria por todo el ambito de Europa en desconcepto de su autoridad y del encumbrado predominio que sus prosperidades y su númen le tenian granjeado sobre sus amigos y enemigos, sobre los gabinetes y los pueblos. Sus aliados de Constantinopla y de Estokholmo se le habian retraido al abrirse la campaña; sus aliados de Viena y de Berlin, ya tan pausados y tibios en su cooperacion, podian resfriarse mas y mas y alentarse en sus disposiciones aviesas al ver que los Franceses abandonaban sus conquistas en Rusia para volver a Polonia. Sin embargo no habia que titubear. Estaba desahuciada la paz, y el clima del norte habia mostrado los primeros destemples. Napoleon salió de Moscou el 19 de octubre por el camino de Kaluga, despues de haber dado al mariscal Mortier, comandante de la retaguardia, el encargo de volar el Kremlin.

El mariscal recibió del emperador otras instrucciones menos violentas. «No me cabe recomendaros bastante, le dijo Napoleon, los heridos que aun nos quedan. Colocadlos en los carros de la guardia jóven, en los de la caballeria desmontada, en una palabra, en todos los que se encuentren. Los Romanos daban coronas cívicas á cuantos salvaban a sus con

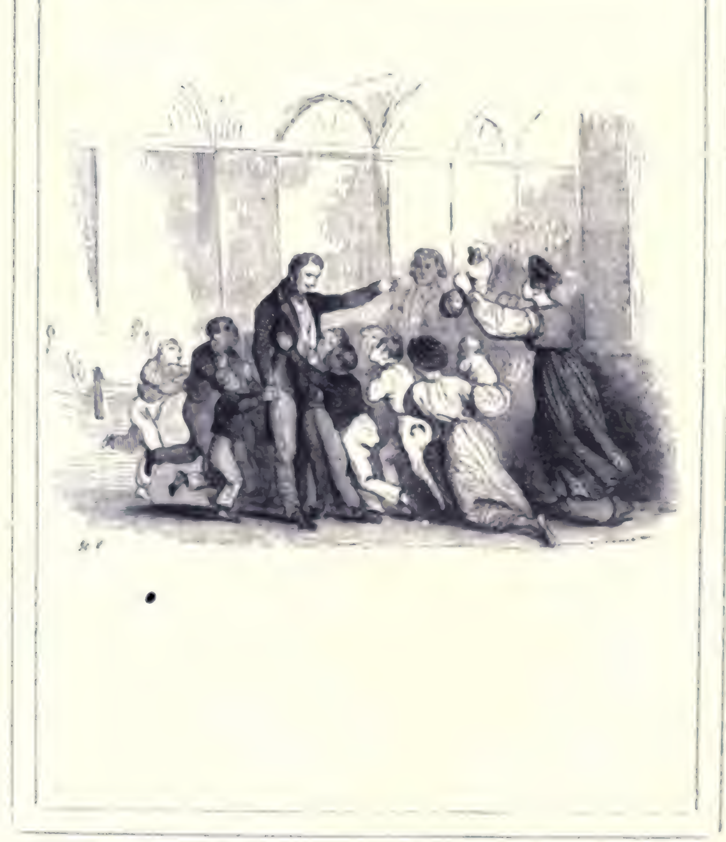
ciudadanos. ¡Cuántas mereceréis á mis ojos por todos los desventurados que salveis! Forzozo es hacerlos montar sobre vuestros propios caballos y los de toda vuestra jente. Así hice yo en San Juan de Acre. Debeis empezar por los oficiales, luego pasar á los sarjentos y preferir á los Franceses. Reunid á todos los jenerales y oficiales que están á vuestras órdenes y dadles á entender cuanto está requiriendo la humanidad en tamaño trance.»

Esta retirada, que no tiene al pronto nada de siniestro, se manifiesta sin embargo al ejército francés bajo un aspecto muy nuevo, y acarreador de tristes corazonadas y amarguisimas reflexiones sobre la inconstancia de la fortuna y la instabilidad de las grandezas humanas. Napoleon es todavía vencedor; pero ceja ante los vencidos en su marcha con los inmensos enseres que ha debido acopiar y arrastrando en algun modo tras sí sus almacenes y hospitales en infinitos carruajes. «Larguísima es su tirada, dice Mr. Fain, en torno de la cual se agolpan respectivamente las compañías. Se ha echado mano de cuantos medios de trasporte se han podido haber en Moscou y en los alrededores. Cada cual ha colocado su reserva particular de víveres y ropas y conceptúa poderla conservar hasta el término de la retirada. Mujeres y niños, algunas francesas, rusas y alemanas avecindadas en Moscou han preferido el marcharse con nosotros al aguardar en la ciudad el regreso de los Cosacos. Les ha cabido resguardo en medio de nuestros bagajes.»

Las últimas columnas del ejército francés salieron de Moscou el 23 de octubre á las dos de la madrugada. De allí á una hora voló el Kremlin. Un jefe de batallon de artillería de marina, llamado Mr. Ottone, se habia en-



cargado de colocar las mechas encendidas sobre los barriles. La esplosion causada por ciento y ochenta mil barriles de pólvora destruyó, además de las torres principales del palacio y del arsenal, el depósito de fusiles y todo los enseres de la artillería rusa. El jeneral Wintzingerode, que se había atropellado en volver el dia antes á Moscou, escudándose con el sobrescrito de parlamentario, no sacó de su precipitacion mas que el quebranto de presenciar cautivo la destruccion de la antigua morada de los czares. Por lo demás, la ciudad santa, al quedar evacuada por los Franceses, fue al punto víctima de los Cosacos y saqueadores.





CAPITULO XL.

Continuacion de la retirada de los Franceses. Napoleon en Esmolensko. Conspiracion de Mallet.



NAPOLEON se lisonjeaba de plantear sus reales para la invernada sobre la raya de Lituania. «En las primeras semanas de noviembre, escribia al duque de Bassano, á la sazon en Wilna, reuniré mis tropas en el ámbito que media entre Esmolensko, Mohilow, Minsk y Witepsk..... Esta nueva posicion me aproxima ya á San Petersburgo, ya á Wilna, y en la próxima campaña me hallaré á veinte marchas mas cercano á los medios y al fin..... Por lo demás, en los negocios de esta especie á veces desdicen infinito los acontecimientos de cuanto se tiene previsto.»

Por desgracia los sucesos van muy pronto á comprobar el acierto de esta reflexion.

Sin embargo Kutusow, informado de nuestros movimientos, habia levantado su campo de Tarontino, encaminándose ejecutivamente hácia Malojaroslawetz para anteponerse al ejército francés. Pero el príncipe Eujenio estaba ya ocupando las posiciones. El jeneral ruso, queriendo valerse de su superioridad numérica, dió al punto la señal de ataque. Era por la mañana del 24 de octubre. La division de Delzons fué la primera embestida; resistió heroicamente y perdió en medio de la accion a su intrépido jeneral, a quien reemplazó inmediatamente el jefe de estado mayor Guilleminot. Por ambas partes se peleaba con tanto encarnizamiento que la ciudad fué tomada y recobrada siete veces. El emperador, que habia sobrevenido, lo estaba observando todo desde una altura. La llegada de las divisiones Gerard y Compans suspendió el combate. Desesperanzado Kutusow de aposentarse en Malojaroslawetz, cejó para cubrir el camino de Kaluga, en ademan de cortárnoslo, aun á costa de una nueva batalla.

Por la noche Napoleon volvió a sus reales de Gorodnia, donde estuvo alojado en una ruin choza. Sabedor del brio amenazador que estaba tomando Kutusow, y empeñado en proseguir su marcha sobre Kaluga, se decidió á pelear al dia siguiente y acometer al enemigo. Pero sus jenerales eran de diverso dictamen, pues la refriega de la víspera habia sido muy sangrienta. Eujenio y Davoust estaban acampados sobre montones de cadaveres en donde habia existido Malojaroslawetz abrasado y reducido á escombros. Aconsejaba la prudencia que se alcanzasen cuanto antes los cuarteles de invierno, evitando todo trance arriesgado. Ya que el camino de Esmolensko por Wiasma quedaba espedito, habia que seguirlo dejando al jeneral ruso que esperase en balde en atajarnos el de Kaluga. Asi hablaban los que rodeaban á Napoleon, y él se airaba contra semejante consejo. «¡Retroceder delante de Kutusow! esclamó; ¡retroceder delante del enemigo cuando acabamos de arrollarlo, y acaso en el punto de estar él esperando una señal para retroceder!»

Todos los partes que traian al cuartel jeneral los edecanes retrataban sin embargo á Kutusow preparado á hacer frente al ejército francés y aventurar la batalla antes que desamparar sus posiciones y cedernos el terreno sobre el camino que intentaba cerrarnos.

Nada recababan de Napoleon aquellos partes; quiso enterarse por sí mismo, y el 25 al amanecer, montó á caballo para recorrer el campo de batalla y reconocer el campamento y las disposiciones del enemigo. Al llegar cerca de Malojaroslawetz se vió de repente acorralado por una partida de Cosacos que clamaban con tremendos alaridos. Conservó su serenidad en medio del pavor que infundió a todos el nombre y la venida de Platow, pero fué forzoso que el emperador y su escolta se pusiesen en defensa. El

jeneral Rapp, que halló en aquella sorpresa una nueva ocasion de mostrar su denuedo, fué derribado y volvió muy mal parado al campamento. «Cuando Napoleon, dice en sus *Memorias*, vió mi caballo cubierto de sangre, me preguntó si estaba herido. Respondile que solo habia recibido algunas contusiones: entónces se echó á reir de nuestra aventura, que por cierto no me pareció muy chistosa.» La presencia del mariscal Bessieres, que acudió al frente de algunos escuadrones de los granaderos de la guardia, bastó por lo demás para restablecer el órden y dispersar á los Cosacos. El emperador prosiguió entónces sosegadamente su marcha y se halló pronto en el teatro del encuentro sangriento de la víspera. Fué allí recibido por el jóven héroe que habia aprendido á vencer con él, y que estaba todavía inmutado con las pérdidas tremendas que le habia costado su triunfo. «Eujenio, le dijo dándole un abrazo, esta pelea es vuestra mejor hazaña.»

Por lo demás, la visita del campo de batalla confirmó á Napoleon los partes que se le habian dado. Los Rusos levantaban reductos, y por lo tanto estaba patente su determinacion de cortarnos el paso. Por otra parte, cada dia era mas preciosa la sangre del soldado. Se habia derramado tantísima en el encuentro de Malojaroslawetz, y Napoleon tenia á la vista tan redoblados y dolorosos testimonios, que todo debia inclinarle á seguir los consejos de los que le instaban á retirarse pronto sobre Esmolensko, por el camino libre de Mojaisk y de Wiasma. Sin embargo no tomó aquella determinacion hasta el 26, cuando supo que Kutusow se habia retirado. Napoleon no tenia ya que temer que se le sospechara de haber retrocedido ante el enemigo y podia en adelante desentenderse de Kaluga sin comprometer el honor de sus armas.



Desde Gorodnia cejó primero sobre Borowsk y acampó el 27 en Vereia. Al dia siguiente llega por la noche al castillo de Oupinskoe. El 29, se detiene cerca de la abadía de Kolotskoi, en donde, á pesar de sus órdenes tan claras y terminantes, se hallaron algunos heridos que no se habian podido trasportar por falta de carruajes. «Que tome cada carro uno de estos desventurados,» esclamó y al mismo tiempo mandó que empezasen por sus coches y que los médicos y cirujanos de su casa, Ribes y Lherminier, zelasen el desempeño de todo jénero de asistencia.

Habiendo llegado por la noche del mismo dia á Ghjath, se detuvo cerca de veinte y cuatro horas y entró el 31 en Wiasma, donde le estaban aguardando cartas de Paris y de Wilna, y los partes de Victor y de San Cyr.

Napoleon, que esperaba juntarse con el duque de Belluna en Esmolensko y que habia contado con las maniobras de aquel jeneral, como tambien con las de Macdonald, San Cyr y Schwartzenberg para mantener su retaguardia y costados espeditos á fin de arrojar al norte á Wittgenstein hácia Petersburgo y enfrenar por el mediodia al almirante Tchitchagoff que habia acudido desde las orillas del Danubio sobre el Dnieper, firmada ya la paz con la puerta: Napoleon supo que no hallaria ya á Victor en Esmolensko, ni á San Cyr en Polotsk; que Macdonald, arrojado sobre la Curlandia, ya no se comunicaba sino con Wilna, y que Schwartzenberg habia dejado transitar al almirante ruso entre él y el ejército francés. Así la fortuna, que habia ido contrarestando nuestra marcha victoriosa por amaños diplomáticos que no podian preverse, va dificultando nuestra retirada con acaecimientos militares no menos inesperados; se complace en trastornar todas las combinaciones, y burlar todas las esperanzas del héroe con quien estremaba poco ha sus finezas. Pero por mas que haga, si logra algun dia apearle de su poderío, no le cabrá á lo menos tiznar su númen ni su nombradía.

El emperador se detuvo dos dias en Wiasma; de allí salió el 2 de noviembre á las doce y trasladó el 3 sus reales á Slowkowo, mientras que el príncipe Eujenio, Davoust y Ney, embestidos en Wiasma y en el camino de Medyn por Miloradowitz y Raeffskoi, rechazaban esforzadamente á los Rusos y mantenian el órden de la retirada en las últimas columnas del ejército francés. Si Kutusow se nos anticipase por la mano en Wiasma, nuestra posicion resultara sumamente crítica. Pero Butturlin esplica las pausas del mariscal ruso con el recelo de precisar á los Franceses á pelear como desesperados y reducirlos á la terrible alternativa de vencer ó morir que tantas veces habia redundado en estermínio de sus enemigos.

La refriega esclarecida de Wiasma enfrenó aun mas la persecucion de los Rusos. Sus tropas de línea no trataron ya de atajar al ejército francés en su marcha retrógada. Los Cosacos solos continuaron hostigando la retaguardia que el emperador habia sujetado á las órdenes del mariscal Ney

Para alejarlos en cuanto fuera posible, se ideó un medio que produjo favorables resultados. «Cuando se desmontaba algun carro y era forzoso desampararlo, dice el jeneral Gourgaud, se le ponia una larga mecha encendida. Los Cosacos viendo que salia humo de los cajones, no se atrevian á acercarse hasta que se hubiesen volado, y esto solia á veces tardar larguísimo rato.»

En Michalewska, Napoleon recibió pliegos del duque de Belluna, por los que supo que el mariscal, despues de haberse reunido con el cuerpo de Gouvion-San-Cyr, se habia retirado hácia Senno, en vez de marchar contra Wittgenstein y recobrar á Polotsk.

Por otra vez van á quedar frustradas las previsiones del emperador, quedando desairadas sus instrucciones. Sin embargo las conceptúa de tan suma entidad, y anhela en tanto grado su cabal cumplimiento, que las renueva aquella noche por medio de su estado mayor. Pero en la idéntica noche, el terrible auxiliar con que han contado los Rusos, y que se asoció la suerte para hacer traicion á nuestras águilas, cae como un vestiglo ester-



minador sobre el campo de los Franceses. Un viento helador va derramando por donde quiera el quebranto y la muerte. Cuando amanece y es forzoso ponerse en camino, se encuentran los caballos helados á millares, y

el nevasco va deteniendo á cada paso cuanto ha resistido al frio de la noche. El coche del emperador se estravia en medio de las nieves.

Sin embargo se acercan á Esmolensko. « ¡En qué angustioso estado, dice un testigo ocular, arroja el viento del norte al ejército sobre aquella ciudad! En torno del emperador la sonrisa del palaciego ha desaparecido de los labios mas halagüeños; todos los rostros asoman mohinos. Los pechos gallardos que nunca se solaparon son los únicos que descuellan todavía en medio de la crudeza y el desvelo que acongojan y alteran los semblantes. En cuanto a Napoleon, su quebranto es el de la magnanimidad batallando con los elementos. »

Entra en Esmolensko, donde espera dar descanso á sus tropas, en Esmolensko, donde ya no ha de hallar á Victor para sostener la retirada de un ejército que el invierno está guadañando mas y mas por instantes, y que pronto no ofrecerá mas que reliquias. Y como sino fuera bastante con el fracaso que está presenciando, noticias de Paris llegan para mostrarle, junto á la inconstancia de la suerte, la instabilidad de su poderio y de su dinastia, cuando conceptuaba haberlos escudado contra todo embate y haberles, digámoslo así, estampado el sello de la perpetuidad.

Un reo de estado en el encierro de un hospital, un individuo ignorado de una asociacion republicana casi desconocida; un oficial sin amigos, opinion ni arrimo, ni mas recurso que el de su inventiva y su arrojo, el jeneral Mallet habia ideado el intento de derrocar (valiéndose de una noticia supuesta y de algunas órdenes falsas) el poderio ajigantado, ante el cual todo temblaba ó se postraba en Europa y que se aparecia inmoble en su asiento.

El 19 de octubre, mientras suena en el Kremlin la hora de la decadencia, y Napoleon sale de Moscou, Mallet huye del hospital donde estaba bajo la vijilancia de la policia, y poco despues se presenta con el nombre del jeneral Lamotte al jefe de la décima cohorte de la guardia nacional, el coronel Soulier, le participa la muerte del emperador, el establecimiento de un nuevo gobierno y le ordena que le entregue el mando de su cuerpo. Eran las dos de la madrugada. El coronel estaba en cama y enfermo. Al saber la muerte de Napoleon, solo piensa en llorar y se escusa de no acertar á levantarse. Pero da órden a su ayudante para que junte la cohorte y la ponga á disposicion del jeneral Lamotte, lo cual se ejecuta inmediatamente. Entónces Mallet se proporciona una luz y lee a los soldados medio dormidos los periódicos, proclamas y decretos que ha fraguado, y aquel cuerpo de mil y doscientos hombres le sigue dócilmente á donde quiera que lo conduce.

Marcha primero á la cárcel de la Fuerza, en donde pone en libertad á sus dos principales cómplices Loborie y Guidal, á quienes comete el arresto de los dos jefes de la policia, los señores Savary y Pasquier.

El prefecto de la policía no opone la mas mínima resistencia á las órdenes de dos hombres que eran poco ha presos suyos, y cuyo arresto debia zelar y mantener.

El ministro de la policía tampoco hace objecion alguna acerca de su arresto y á todo cuanto le dicen Guidal y Lahorie de las patrañas de Mallet. Se le sorprende en la cama y se deja llevar á la Fuerza, en donde reemplaza con el prefecto de policía á los dos reos de estado que acaban de prenderlos á entrambos.

El prefecto del Sena, Frochot, muestra igual confianza y docilidad. Cree que el emperador ha muerto y manda preparar el salon que ha de servir para la instalacion del nuevo gobierno.

Queda Mallet mas desairado con el gobernador de Paris. El jeneral Hulin, en vez de dejarse prender sin replicar, quiere ver las órdenes en virtud de las cuales se procede contra él y pasa al punto á su gabinete. Síguele Mallet, y en el acto en que el gobernador se vuelve para examinar las órdenes en que se funda su arresto, el osado conspirador le dispara un pistoletazo que le lastima el rostro y lo vuelca sin matarle. Hállase presente un capitan de la décima cohorte, y la entereza del gobernador no le hace maliciar la falsedad de aquel intento, siguiendo la credulidad de todo el cuerpo con su coronel.

Herido y preso Hulin, se traslada Mallet á casa del ayudante jeneral Doucet; pero allí tropieza con un inspector jeneral de policía, quien le conoce, y habiéndole reconvenido agriamente, da en seguida órden para que le prendan. Entónces Mallet viéndose perdido, trata de librarse de la suerte que le amaga valiéndose de otra pistola que lleva oculta. Fáltale este último recurso, pues las personas que están presentes en el estado mayor, y aun las que le han seguido hasta entónces con entero rendimiento se abalanzan á él y le desarman. A poquísimo rato, los conjurados, despues de haber reinado dos horas en la capital, se hallan otra vez en sus calabozos. El ministro de la policía nombrado ya por Mallet estaba en su casa afanado en hacerse tomar medida de su nuevo traje, cuando fueron á prenderle.

Así finó aquella estravagante conspiracion, que fué como una especie de pesadilla, ó como una farsa de sonambulismo para algunos empleados eminentes, mientras que la poblacion parisiense sumida en el sueño se halló al despertarse con el desahogo del dia anterior. Enteróse tan solo de la trajicomedia nocturna que habia sobrevenido y terminado al vuelo por la narracion del *Monitor*, y solo mostró algun interés con las prontas ejecuciones que siguieron y costaron la vida á catorce personas.

Cuando Napoleon leyó el pliego que le enteraba de aquella intentona, no estrañó tanto la avilantez de los conspiradores como el ensanche que habian hallado en las autoridades superiores, de quienes debian esperarse

un terminante mentis y una ruidosa represion por sus falsas noticias y sus locas tentativas. Asaltaronle y entristeciéronle reflexiones en estremo angustiosas y sobre todo fundadas. «¿He aqui pues, prorumpe, de que depende mi poderio? ¡Como...! muy aventurado esta, si para comprometerlo basta con un solo hombre, con un preso. Malisimamente afianzada esta la corona sobre mi sien, puesto que en mi propia capital un golpe de mano atrevido de tres aventureros puede hacerla bambolear. Tras doce años de gobierno, tras mi desposorio, tras el nacimiento de mi hijo y tras miles de juramentos, mi muerte pudiera llegar a ser todavia un movil de revolucion..... ¡Y de Napoleon II nadie se acordaba!»

No, no se acordaban de él, ni a nadie se le habia ocurrido que el acto sacramental de la monarquia antigua pudiera aplicarse á la monarquia imperial y que debian contestar á Mallet y á sus secuaces: «El emperador ha muerto, viva el emperador.»

Sin embargo el derecho hereditario de la potestad suprema y el órden de sucesion se hallaban formalisimamente planteados y dispuestos por la constitucion. ¿Pero de que servia una disposicion constitucional que el temple de la epoca no habia ensalzado con su sancion soberana? Por mas que Napoleon sea el mas consumado y preponderante y esclarecido de todos los fundadores de dinastia, ya esta viendo que su obra no ha de durar. sus esclamaciones patentizan alla una prevision amarguisima, puesto que se ha podido conceptuar que con la noticia de su muerte iba á quedar nulo su gobierno y su linaje y que todo su edificio se consideraria derrocado con él... Y no se han equivocado; nadie se acordo de su hijo. Este olvido le preocupa y le desconsuela. Culpe sin embargo a los empleados sumos, a los caudillos del imperio que asi olvidaron acudir al principio en que estan afianzados el engrandecimiento y el porvenir de su propia familia. No es



culpa suya, si no se han acordado de Napoleon II; culpa es del siglo cuyo temple los domina á pesar suyo, y que es poco dinástico.

Napoleon añade volviéndose hácia uno de sus oficiales mas esforzados, y aludiendo siempre á los sucesos de Paris: « Rapp, una desgracia nunca viene sola; aquello es la segunda parte de lo que aquí está pasando. No puedo hallarme en todas partes; pero es forzoso que regrese á mi capital; es indispensable mi presencia para rehacer la opinion. Necesito jente y dinero; hechos memorables y grandiosas victorias lo enmendarán todo.»

Mucho habrá que rehacer; nuestras desgracias se aumentan por horas, y muy luego ya no contarémos una retirada, sino un inmenso fracaso.



CAPITULO XLI

Marcha de Esmolensko. Situacion pavorosa del ejército. Batalla del Beresina. Regreso del emperador á Paris.



Napoleon no podia detenerse mucho tiempo en Esmolensko. Casi todas las reservas se hallaban resguardando por escalones su retirada, pero ya con sumo descarrio con motivo de marchas y contramarchas imprevistas. Las provisiones con que habia contado escaseaban tambien ó se consumian y desperdiciaban con el desconcierto y las urjencias del ejército. A cada paso estaba sobreviniendo algun nuevo quebranto ú acontecimiento funesto. Ya era la division destacada sobre Kaluga que entraba en Esmo-

lensko despues de haber dejado en poder de Kutusow toda una brigada; ya era Eujenio á quien el paso del Woop habia costado mil y doscientos caballos, sesenta piezas de artillería y todos sus bagajes; y en medio de tantísimos fracasos, Tchitchagoff se iba acercando y solo se hallaba á algunas marchas del ejército francés, y el frio, nuestro mas formidable enemigo, hacia bajar el termómetro á treinta grados debajo del hielo.

Todo se conjuraba ahora contra Napoleon, así como todo se le estaba sonriendo en otro tiempo. Un solo apoyo quedaba á su inalterable valor, y este era el teson incontrastable de sus jenerales y soldados. En todos los encuentros, los guerreros franceses se estaban siempre mostrando dignos del gran pueblo que les habia cometido el depósito de su gloria, y dignos del grande hombre de cuyos reveses participaban al par que habian participado de sus triunfos. En ninguna temporada de su prosperidad fueron mas denodados. Una de las refriegas que trabó su retaguardia á las órdenes de Ney ha sido llamada por el Inglés Wilson *la batalla de los héroes*. A consecuencia de aquella hazaña esclarecida, el valiente de los valientes, acosado por cien mil Rusos, logró burlarlos é incorporarse con el ejército francés por medio de un pais desconocido y despues de haber pasado el Boristenes sobre los témpanos del rio. Al saber su llegada, Napoleon, que le creia perdido, esclamó con alborozo: «Tengo doscientos millones en el subterráneo de las Tuilerías y los hubiera dado por el mariscal Ney.



Pero el heroismo auxiliar del númen, si aun es bastante poderoso para afianzar la gloria en nuestras banderas, nada puede contra la fortuna que mas y mas les vuelve la espalda traidoramente, postrándonos diariamente hasta el estremo trance. Ya hay que lamentar tremendas desventuras, y van á sumirse ante sucesos mas pavorosos que están todavia por describir. Para derrumbar á un hombre de la estatura de Napoleon, preciso era un embate universal y violentísimo que revolviera contra él intereses, pasiones y elementos, preciso era un mancomun de la tierra y del cielo, una conjuracion que se manifestara con alguna grandísima catástrofe..... Ya llegó la catástrofe. Aquel cuya ruina debe comenzar, dictará el mismo los pormenores. Si al emperador aquejan entrañablemente los golpes de la adversidad para con él y para con los suyos y sobre todo para la Francia entera, todavia está señoreando el infortunio hasta el punto de arrostrarlo sin quebranto ni abatimiento y hablar de él con la gallarda resignacion que no esclaye la esperanza; el número del boletin en que va á dejar estampada su narracion angustiosa, amargamente conservada en las tradiciones populares, bastará por mucho tiempo para rasguear con una palabra la temporada y la inmensidad de los reveses del grande ejército, sirviendo allá de primer padron al vuelco del sumo capitan.

VIJÉSIMONONO BOLETIN.

« Hasta el 6 de noviembre el tiempo ha sido hermoso y el movimiento del ejército se ha ejecutado con el mejor éxito. El frio empezó el 7; desde entónces hemos perdido cada noche algunos centenares de caballos que morian en el campamento. Cuando llegamos á Esmolensko, ya nos habian fenecido muchísimos de los cuerpos de caballería y de artillería.

« El ejército ruso de Volhinia estaba opuesto á nuestra derecha. Este dejó la linea de operacion de Minsk y tomó el rumbo de Varsovia como



estribo de sus operaciones. El emperador supo el 9 en Esmolensko aquel trastrueque de línea de operaciones y presumió lo que haria el enemigo. Por mas arduo que se le hiciera el ponerse en movimiento con tan cruda estacion, así lo requeria el nuevo estado de la situacion, esperaba llegar á Minsk ó á lo menos al Beresina antes que el enemigo; marchó de Esmolensko el 13, y el 16 durmió en Krasnoe. El frio que habia empezado el 7 se encrudeció de repente, y en los dias 14, 15 y 16 el termómetro señaló de diez y seis á diez y ocho grados debajo del hielo. Los caminos se cubrieron de nevisca; los caballos de la caballería y artillería perecian todas las noches, no á centenares sino á millares, ante todo los caballos franceses y alemanes; mas de treinta mil caballos fenecieron en pocos dias; nuestra caballería quedó toda desmontada; nuestra artillería y trasportes se hallaban sin tiros: fué forzoso abandonar y destruir una parte de nuestras piezas y de nuestras municiones de guerra y boca.

«Aquel ejército, tan esplendoroso el 6, habia variado mucho el 14, pues casi no tenia caballería, artillería ni acémilas. Sin caballería no podíamos descubrir á un cuarto de legua, y sin artillería no cabia aventurar una batalla y aguardar á pié firme; era forzoso marchar para no vernos precisados á una batalla que la falta de municiones nos imposibilitaba sostener; era preciso ocupar cierto ámbito para no quedar acorralados; y esto sin caballería que fuese á la descubierta y engarzase las columnas. Tamaña dificultad, junta con un frio escesivo sobrevenido de repente, hacia muy crítica nuestra situacion. Los hombres á quienes la naturaleza no ha dotado de pujanza para sobreponerse á todos los azares de la suerte y de la fortuna, se demudaron, perdieron su alegría y buen humor y solo soñaron desventuras y catástrofes; los que allá se encumbraron sobre todo contratiempo conservaron su temple, sus modales placenteros y vieron una nueva gloria en las mil dificultades que iban á vencer.

«El enemigo, que veia en los caminos los rastros del horroroso quebranto que estaba acosando al ejército francés, trató de avalorar tamaña ventaja. Envolvia todas las columnas con sus Cosacos, los cuales, semejantes á los Arabes en los desiertos, se apoderaban de los trenes y carruajes que venian á separarse. Aquella despreciable caballería, que solo mete ruido y no puede romper una compañía de cazadores, se hizo temible á favor de las circunstancias. Sin embargo el enemigo tuvo que arrepentirse de todas las tentativas que quiso emprender y quedó arrollado por el virey, delante del cual se habia colocado y perdió mucha jente.

«El duque de Elchingen, que formaba la retaguardia con tres mil hombres, habia hecho volar las fortificaciones de Esmolensko. Vióse rodeado y se halló en un trance arriesgadísimo del que salió con la intrepidez que le particulariza. Despues de haber atajado al enemigo á bastante distancia durante todo el dia 18 y haberle rechazado invariablemente, verificó de

noche un movimiento por el costado derecho, pasó el Boristenes y burló todos los intentos del enemigo. El 19, el ejército pasó el Boristenes por Orza; y el ejército ruso, cansado y habiendo perdido mucha jente, suspendió sus tentativas.

«El ejército de Volhinia se había dirijido el 16 sobre Minsk y marchaba sobre Borisow. El jeneral Dombrowski defendió la cabeza del puente de Borisow con tres mil hombres. El 23, tuvo que evacuar aquella posicion, y entónces el enemigo pasó el Beresina marchando sobre Bobr, la division de Lambert formaba la vanguardia. El segundo cuerpo, mandado por el duque de Reggio que se hallaba en Tscherin, había recibido órden de asomar sobre Borisow para asegurar al ejército el paso del Beresina. El 24, el duque de Reggio encontró la division de Lambert á cuatro leguas de Borisow, la atacó y derrotó cojiéndole dos mil prisioneros, seis piezas de artillería, quinientos carros de bagajes del ejército de Volhinia, y rechazó al enemigo á la orilla derecha del Beresina. El jeneral Berkeim, con el 4°. de coraceros, descolló en una embestida arrogante. El enemigo solo pudo salvarse prendiendo fuego al puente que tiene mas de trescientas toesas.

«Ocupaba sin embargo el enemigo todos los pasos del Beresina. Aquel rio tiene cuarenta toesas de ancho; arrastraba bastante hielo; pero sus marjenes estan cercadas de pantanos de trescientas toesas de largo, lo que es un grandísimo tropiezo para atravesarlo.

«El jeneral enemigo habia situado sus cuatro divisiones en diferentes desembocaderos por donde presumia que el ejército francés querria pasar.

«El 26 al amanecer, el emperador, despues de haber engañado al enemigo con varios movimientos ejecutados durante el 25, se dirijió á la aldea de Studzianca, y á pesar de una division enemiga, mandó echar en su presencia dos puentes sobre el rio. El duque de Reggio pasó, acometió al enemigo y lo persiguió por mas de dos horas; el enemigo se retiró á la cabeza del puente de Borisow. El jeneral Legrand, oficial de esclarecido mérito, salió gravemente herido; pero no de peligro. El ejército pasó en los dias 26 y 27.

«El duque de Belluno, que mandaba el noveno cuerpo, tenia orden para seguir el movimiento del duque de Reggio, formando la retaguardia y enfrenando el ejército ruso del Dwina que iba á los alcances. La division de Partounaux cerraba la marcha de aquel cuerpo. El 27, á las doce, el duque de Belluno llegó con dos divisiones al puente de Studzianca.

«La division de Partounaux salió de noche de Borisow. Una brigada de la misma, que formaba la retaguardia y estaba encargada de prender fuego á los puentes, marchó á las siete de la noche, llegó entre diez y once buscando su primera brigada y su jeneral de division que habian marchado dos horas antes y á quien no habia encontrado en el camino. Sus dilijencias fueron infructuosas, y aquel estravio infundió amargas zozo-

bras. Todo lo que se pudo saber despues, fué que dicha primera brigada, salida á las cinco, se habia estraviado á las seis, torciendo á la derecha en vez de tomar á la izquierda, y anduvo dos ó tres leguas por aquel rumbo; que en la noche, traspasada de frio, habia cejado sobre los fuegos del enemigo conceptuándolos del ejército francés. Aquella equivocacion aciaga vino á costarnos dos mil hombres de infantería, trescientos caballos y tres cañones. Corrian voces de que el jeneral de division no se hallaba con su columna y que habia marchado á solas.



« Habiendo pasado todo el ejército el 28 por la mañana, el duque de Belluno guardaba la cabeza del puente en la orilla izquierda; el duque de Reggio, y á su espalda todo el ejército, se hallaba en la orilla derecha.

« Quedó evacuado Borisow, y entónces los ejércitos del Dwina y de Volhinia se pusieron en comunicacion y combinaron un avance. Al amanecer del 28, el duque de Reggio avisó al emperador que el enemigo le atacaba; media hora despues, el duque de Belluno lo fué en la orilla izquierda, y tomó el ejército las armas. El duque de Elchingen siguió al de Reggio, y el de Trevisa marchó tras el de Elchingen. Trabóse la pelea; el enemigo trató de acorralar nuestra derecha; el jeneral Doumerc, comandante de la quinta division de coraceros y que formaba parte del segundo cuerpo que se habia quedado sobre el Dwina, dió una carga de caballería con los 4°. y 5°. rejimientos de coraceros en el punto de emboscarse la lejion del Vístula para acometer el centro del enemigo, el cual quedó escarmentado y disperso. Aquellos valientes coraceros fueron derrotando sucesivamente hasta seis cuadros de infantería y desbarataron la

caballería enemiga que acudia al socorro de su infantería: seis mil prisioneros, dos banderas y seis cañones cayeron en nuestro poder.

« Por su parte el duque de Belluno cerró denodadamente con el enemigo derrotándolo, cojiéndole de quinientos á seiscientos prisioneros y atajándolo allá fuera del alcance de la artillería del puente. El jeneral Fournier dió un avance muy gallardo de caballería.

« En la refriega del Beresina, el ejército de Volhinia padeció infinito. El duque de Reggio salió herido, mas no de gravedad, pues solo recibió un balazo leve en el costado.

« Al dia siguiente 29, quedamos en el campo de batalla. Teníamos que elejir entre dos caminos, el de Minsk y el de Wilna. El primero pasa por un bosque y pantanos sin cultivo, de modo que le hubiera sido imposible al ejército el mantenerse. El camino de Wilna atraviesa al contrario países aventajados, el ejército, falto de caballería, escaseando de municiones y cansadísimo con cincuenta dias de marcha cargado con sus enfermos y los heridos de tantos encuentros, necesitaba llegar á sus almacenes. El 30, el cuartel jeneral estuvo en Plechnitsi, el 1°. de diciembre en Slaiki, y el 3 en Molodetschino, en donde se recibieron los primeros convoyes de Wilna.

« Todos los oficiales y soldados heridos y cuanto puede entorpecer la marcha, como bagajes, etc., todo se ha dirijido á Wilna.

« Necesitaba el ejército restablecer su disciplina, rehacerse, remontar su caballería, artillería y enseres como resultado de lo que acaba de esponerse. El descanso era su primera urjencia.

« En todos aquellos movimientos, el emperador siguió marchando siempre en medio de su guardia, de la caballería, mandada por el mariscal duque de Istria, y de la infantería mandada por el duque de Dantzick.

« Nuestra caballería se hallaba tan desmontada que fué preciso juntar los oficiales que conservaban todavía su caballo, para formar cuatro compañías de ciento y cincuenta hombres cada una. Los jenerales hacian las veces de capitanes, los coroneles las de subalternos. Este escuadron sagrado, mandado por el jeneral Grouchy bajo las órdenes del rey de Nápoles, no perdia de vista al emperador en todos sus movimientos.

« La salud de su Majestad nunca fué mas cabal. » Hombres ha habido tan injustos que le han echado en cara esta última frase á Napoleon, como un insulto al quebranto de tantísimas familias que iban á sobresaltarse con su boletin, y á enlutarse con los redoblados fracasos.

¡Y qué! ¿tenia que agravar él mismo la consternacion congojosa que tan dolorosa narracion debia acarrear inevitablemente en todo el imperio, dejando á la malevolencia un pretesto para renovar la mendaz noticia que casi habia bastado á tres aventureros para conmover su trono? ¿No era una palabra de consuelo y de esperanza que dirijia á la Francia, diciendole, tras el cuadro pavoroso de sus quebrantos, que los destinos y los

cielos en el estremo de su saña habian respetado al menos al hombre grande por quien habia descollado tan esclarecidamente en los dias prósperos y cuya vida le era mas preciosa y el númen mas imprescindible que nunca para sobrellevar sus dias ya funestísimos?

Además, ¿porqué hubiera temido Napoleon manifestar á la Francia y á la Europa la monstruosidad de los reveses que acababa de padecer? ¿Porqué se habia de dar por humillado con aquel turbion de enormes fracasos? Ni su pecho ni su entendimiento los habian acarreado, pues ni de uno ni de otro escaseó en los trances mas estremados. Los estranjeros y los Rusos mismos le han hecho esta justicia. En Toloszie, acorralado en un espacio de quince leguas entre Kutusow, Wittgenstein y Tchitchakoff, estrechado por tres cuerpos de ejército formando una mole de ciento y cincuenta mil hombres, no viendo al rededor de sí mas que rostros abatidos y no oyendo mas que medrosos lamentos que patentizaban la postracion de los ánimos que le habian parecido siempre de un temple sublime, conservó suficiente serenidad y teson y se mantuvo dignísimo de la gran nacion y de sí mismo para que sus soldados prorumpiesen: «Todavía nos sacará del conflicto;» y para precisar á sus enemigos á tan esclarecido homenaje: «En tamaña situacion, dice Butturlin, la mas arriesgada en que se halló aquel gran capitan, nunca desdijo de sí mismo. Sin el menor quebranto en tan sumo peligro, se arrojó á otearlo con el alcance de sus potencias, y halló todavía recursos donde un jeneral menos consumado y bizarro ni siquiera hubiera soñado la posibilidad de alcanzarlos.»

¿Pero qué puede el númen contra los elementos? Napoleon no logra con su denuedo y maestría evitar las maniobras de los jenerales rusos, sino para ver espirar su ejército con el rigor del frio, cuya intensidad y estragos se aumentan todavía despues de haber despachado el vijésimo nono boletin. «La diestra se entumece sobre el puño de la espada, las lágrimas se hielan sobre las mejillas,» segun la espresion de un testigo ocular; y aquellas bizarras falanjes que por tanto tiempo hicieron temblar la Europa presentan ahora el aspecto mas lastimoso. «Nos hallábamos todos en tal estado de abatimiento, dice el doctor Larrey, que apenas nos conocíamos unos á otros; todos íbamos muda y tristísimamente caminando..... la capacidad de la vista y la pujanza muscular yacian tan postradas que se hacia dificilísimo el seguir cada cual su rumbo y conservar el equilibrio... la palidez del rostro, una especie de alelamiento, la dificultad en hablar y la debilidad de los ojos estaban retratando la muerte.»

¿Debia permanecer Napoleon en medio de aquellos restos pavorosos de su grande ejército y esponer á iguales embates la intelijencia y el brazo en que se cifraba siempre la esperanza de la Francia? Nadie osara pensarlo. Dos dias despues de haber remitido el aciago boletin, juntó en su cuartel jeneral de Morghoni sus principales lugartenientes para participar-



les que iba á separarse de ellos y regresar prontamente á su capital, en donde los acontecimientos hacian necesaria su presencia. «Os dejo, les dijo, pero es para ir en busca de trescientos mil soldados. Forzoso es habilitarse para segunda campaña, ya que por la primera vez no se ha acabado la guerra en una sola.... y sin embargo, ¿de qué ha dependido? Sabeis la historia de nuestras desventuras, y cuan escasa es la parte que en ellas han tenido los Rusos. Pueden decir, como los Atenienses decian de Temistocles: «Estábamos perdidos á no estarlo ya de antemano.» En cuanto á nosotros, nuestro único vencedor es el frio, cuyo rigor anticipado engañó á los mismos naturales. Las contramarchas de Schwartzenberg han hecho lo demás. Asi la avilantez inaudita de un incendiario, un invierno sobrenatural, ruines amaños, necias ambiciones, algunos yerros, y acaso traicion y torpes reservas que sin duda saldrán á luz algun dia, he aqui lo que nos arroja al punto de donde salimos. ¿Viéronse nunca probabilidades tan favorables trastornadas por contrariedades mas imprevistas? No por eso la campaña de Rusia dejará de ser la mas esclarecida, ardua y honorífica que pueda mentar la historia moderna.»

El mismo dia (5 de diciembre), el emperador tomó el camino de Paris, poniendo el mando en jefe del ejército en manos del rey de Nápoles. Viajó en un trineo bajo el nombre del duque de Vicenzo que le acompañaba. Al pasar por Wilna, conversó por algunas horas con el duque de Bassano. En Varsovia tuvo una conferencia con el conde Patocki, y visito



las fortificaciones de Praga. El 14 de diciembre, llegó á Dresde á media noche, y despues de avistarse con su fiel y venerable aliado el rey de Sajonia, continuó hácia su capital, á donde llegó el 18.





CAPITULO XLII

Reflexiones sobre el desastrado paradero de la espedicion á Rusia. Recibe Napoleon parabienes de los cuerpos preeminentes del estado. Quinta de trescientos cincuenta mil hombres. Desercion del jeneral prusiano Yorck. Murat desampara el ejército. Apertura del cuerpo lejislativo.



oscou burló las esperanzas de Napoleon. Al encumbrar sus águilas sobre el Kremlin, confiaba alcanzar una paz esclarecida y arraigada, el término de sus espediciones guerreras y la consolidacion de su política y poderío. «Eran ya llegados para la gran causa el término de las continjencias y el cimiento de la seguridad, dijo mucho despues. Un nuevo horizonte y nuevas tareas iban á remanecer, brotando bienestar y prosperidades para todos. El sistema europeo se hallaba fundado, solo se trataba de plantear

lo..... Satisfecho sobre estos grandiosos puntos y á su salvo, por todas partes hubiera tenido tambien mi *congreso* y mi *Santa Alianza;* pues son especies que me han robado. En aquella reunion de todos los soberanos hubiéramos tratado de nuestros intereses, lo mismo que una familia contando con los pueblos..... Estaba ganada la causa del siglo y ejecutada la revolucion; solo se trataba de rehacerla con lo que habia quedado intacto. Esta empresa me correspondia; la habia ido preparando muy de antemano, y acaso con menoscabo de mi popularidad. No importa; yo era el arca de la antigua y nueva alianza, el medianero natural entre el antiguo y el nuevo sistema europeo. Tenia los principios y la confianza del uno, me habia identificado con el otro; pertenecia á entrambos, hubiera hecho de corazon la parte de cada cual.»

¿Porqué la Providencia denegó su cooperacion á la ejecucion de tan grandioso intento? ¿Porqué fraguó un abismo donde Napoleon habia fijado el término de todos sus conatos, el triunfo del siglo y el remate de la revolucion? ¿Porqué un fracaso pavoroso en premio de tan inmenso arrojo y en cambio de tan sumo resultado?

«Los hombres que han escrito ú recapacitado la historia, dice Mr. de Maistre, han admirado aquella fuerza recóndita que se burla de los consejos humanos.»

Si es cierto, como Napoleon lo proclamó en Santa Helena, que dentro de poco tiempo la civilizacion y la barbarie deben zanjar por entero su contienda y que marchamos al triunfo completo de una ú otra, tambien es positivo que la causa del siglo no podia ser plena é irrevocablemente ganada por la consagracion de un sistema intermedio que hermanase á la jóven y á la antigua Europa, conservándole á la una sus fórmulas añejas, sus instituciones aristocráticas, y aun en algunos puntos sus mismas dinastías, y consintiéndole á la otra sus nuevos pensamientos, sus propensiones liberales y sus inclinaciones democráticas.

Socolor de comedimientos imprescindibles, la revolucion y el antiguo réjimen hubieran continuado mas y mas en sus desvíos radicales y sus antipatías insuperables; su reconciliacion nunca hubiera sido mas que postiza y volandera. Al tratar de atraerlas y enlazarlas á pesar de la incompatibilidad absoluta que mediaba entre ellas, no emprendió Napoleon sino una obra esencialmente transitoria, y como él mismo confiesa, no hizo mas que comprometer su popularidad. Por una parte la antigua sociedad conservó sus enconos, repugnancias y recelos respecto al hombre que tenia los principios y la confianza de la nueva sociedad; por otra parte esta se obstinó en sus pretensiones y llegó á temer que sus principios no estuviesen ya profundamente arraigados en el hombre que procuraba identificarse con la sociedad antigua.

Napoleon prosiguiendo una transaccion definitiva entre el antiguo y el

nuevo rejimen, Napoleon premeditando una santa alianza de los soberanos, casi cual vinieron á plantearla posteriormente sus enemigos sobre los restos de su poderio, y no una santa alianza de los pueblos, como la que cantó Beranger en sus proféticos versos. Napoleon medianero entre la edad media y el siglo décimonono, no desempeñaba ya con efecto el papel que le habia aprontado la Providencia, papel de activa propaganda en pro del porvenir, y no de arreglo imparcial en un objeto de contemplacion para lo pasado. Con este concepto, que sedujo muy facilmente su numen, habia puesto un *nec plus ultra* al espiritu de reforma cuyas obras distaban mucho de hallarse ejecutadas. Ora por afan de hermanamiento y órden, ora por necesidad de sosiego y permanencia, el Verbo de la democracia francesa se habia atascado: habia llegado á conceptuar que lo ideal de la política contemporánea y la tarea del héroe de los tiempos modernos se cifraban en atajar el raudal revolucionario en el estrecho cauce y las vallas arrolladas en donde no habia podido contenerle la mano desvalida de la antigua Europa. Pero por jeneroso que fuera el aspecto bajo el que se presentase aquella tentativa, no por eso dejaba de ser una audaz negativa de los complementos ulteriores y fundamentales que la jóven Europa tenia derecho á esperar en su organizacion política. Era esto detener el desarrollo de la rejeneracion universal, buscar así el enlace de la revolucion con lo que no habia destruido, con los restos siempre amenazadores de las monarquías y aristocracias europeas; era dejar el antiguo réjimen sobre un pedestal y dárselo por último límite al progreso social. Y como la Providencia habia prometido á los pueblos una emancipacion mas espedita, amplia y terminante que aquella que les hubiera otorgado la santa alianza de los soberanos, la Providencia lo dispuso todo para el cumplimiento de sus promesas.

Primeramente entregó el divan al influjo inglés y sedujo á Bernadotte en las conferencias de Abo, luego engrió á los unos, entibió y enzeló á los otros, aconsejó las pausas y contramarchas de Schwartzenberg, infundió desaliento á Junot en Valoutina, puso la antorcha en las manos de Rostopchin, ensordeció á Alejandro para todas las insinuaciones pacíficas, é hizo á Napoleon accesible á las apocadas insinuaciones de sus lugartenientes, hizo así vacilar en el alma del héroe la confianza absoluta y hasta entónces inmutable que siempre habia abrigado en su pecho, detuvo tres dias de mas al conquistador de Moscou en el Kremlin, desencadenó contra él su inaudita saña un invierno crudísimo, sepultó bajo la nieve la hueste mas esplendorosa, trocó el entusiasmo arrollador en exánime queja y desaliento, aventó el recuerdo de los milagros ejecutados y de las finezas derramadas por el prohombre, introdujo la ingratitud en el palacio de los monarcas aliados á quienes habia contemplado con demasía, y hasta en la rejia morada de los parientes que habia coronado, armó contra él entram

bos mundos de que se habia creido el medianero natural, y arrebató al par á los pueblos á la revuelta y á los reyes á la traicion.

Sin duda fué un cuadro espantoso que bosquejó la Providencia en la combinacion de todos estos acontecimientos y el desenfreno de todos aquellos ímpetus. Pero como para ella no cabe acaso, pues todo lo ha previsto y coordinado para el cumplimiento de sus arcanos, así no cabe desconcierto á su vista, por cuanto su mano soberana, como dice un gran escritor, lo avasalla todo á la regla y le precisa á cooperar al intento.

Los reyes van pues á hacerle traicion y los pueblos á alborotarse. «Mientras dura la prosperidad, dice con este motivo Benjamin Constant, nada supone el encono de los pueblos; pero al primer desman, estalla aquel odio y es incontrastable. El terrible invierno de 1812 á 1813 destruyó el ejército francés. La Polonia, la Prusia, la Baviera y el Rin estuvieron viendo á Napoleon fujitivo volviendo á Francia..... Suena y resuena el eco de los pueblos del Vistula al Rin: muéstranse los príncipes por algun tiempo sordos; mas los ejércitos salidos de la plebe y que siempre se eslabonan con su oríjen por inclinaciones y deseos, aclaman la independencia de sus respectivas patrias. El torrente popular arrolla las resistencias soberanas, y los súbditos precisan á sus amos á ser libres.»

Aquel afamado publicista no podia tributar su acatamiento al patriotismo de los pueblos sin ensalzar á los reyes por un contraresto que no les costó gran conato y que estaba muy ajeno de su pensamiento. Pero segun él, «los aliados del señor del mundo le servian muy lealmente, y cuando se jactaron de haberle vendido, obraron con engreida alevosía.»

La historia no se avendrá á semejante concepto. Los reyes no servian á Napoleon sino á pesar suyo y á impulsos de la necesidad. No podian perdonarle el oríjen de su poderío, ni los riesgos y humillaciones que les anduvo imponiendo. Nunca estuvieron finos en su alianza; y tan solo la prosperidad acalló pasajeramente sus enconos recónditos y pertinaces. En cuanto á los pueblos, habian sido sinceros en su admiracion por el númen que gobernaba la Francia, y cuando se conceptuaron agraviados, no le cercaron con las asechanzas de la diplomacia, no le vendieron con maquinaciones encubiertas ó con torcidas maniobras militares, sino que le contrarestaron á las claras en los campos de batalla.

Sentenciado está el asunto: la Providencia arrebata á los pueblos contra Napoleon, porque este conceptúa ya los intereses populares á fuer de cabeza de dinastía, y no como el primer majistrado de un estado libre. Escuchadle allá en sus contestaciones á los senadores y consejeros de estado enviados para congratularse de su regreso de Rusia. No acude á la racionalidad del siglo en apoyo de su establecimiento hereditario, ni se atiene al ímpetu de lo venidero para hollar á los facciosos que se atrevieron á amenazar su trono: sus miradas se clavan en lo pasado; recuerda á los

senadores las tradiciones sacramentales del antiguo rejimen para deslindarles por apices el gobierno que ha querido dar á la Francia, y aludiendo al olvido de su hijo en la conspiracion de Mallet, les dice: «Nuestros mayores tenian por voz de reunion: El rey ha muerto, viva el rey. Estas pocas palabras abarcan las principales ventajas de la monarquia.» Aun desentraña mas su concepto con los consejeros de estado, embiste de frente al liberalismo bajo el nombre de *ideolojia*; tilda á la metafisica por derrocadora de las antiguas instituciones de la Francia, de haber causado todas las desventuras del pais, cita en cierto modo á todo el siglo XVIII ante su consejo para echarle en cara sus doctrinas y sus jestiones revolucionarias. «A la ideolojia, dice, y á esa lóbrega metafisica deben atribuirse todos los quebrantos que ha estado padeciendo la preciosa Francia, pues indagando cavilosamente las causas primeras, quiere sentar sobre sus cimientos la lejislacion de los pueblos en vez de apropiar las leyes al conocimiento del corazon humano y a las lecciones de la historia. Estos desaciertos debian acarrear el rejimen de los hombres sanguinarios. Con efecto, ¿quién ha proclamado á fuer de deber el principio de insurreccion? ¿Quien ha adulado al pueblo brindandole con una soberania que era incapaz de ejercer?....»

Con semejantes reconvenciones refuerza el emperador los tiros ya disparados contra su popularidad. No cabe duda en que estos asaltos no dejarán huella en la historia, donde pasarán inadvertidos algunos renglones con pesar dedicados á los yerros del grande hombre en medio de las numerosas y esclarecidas pájinas que estarán requiriendo las maravillas y beneficios de su reinado y de su vida, y que serán las únicas que el pueblo querrá leer y que escuchará la posteridad. Pero la jeneracion contemporánea, abrumada con su desventura presente, no alcanza á conceptuar de tan alto sus impresiones actuales, pues borran momentáneamente su entusiasmo anterior y no le dejan prever que volverá al dia siguiente á su embeleso esclusivo. Acosada con tantisima guerra por todas partes, le claman que es aborto del conquistador, quien ha labrado su fortuna y quisiera plantear su despotismo en toda la Europa con el estruendo de sus arma. El pueblo de 1813 no sabe los secretos de las cancillerias, no sabe que Napoleon nunca fué agresor en todas las campañas que hizo, y le dejan ignorar que la aristocracia inglesa y el realismo continental persiguen tenazmente en el emperador al representante de la revolucion francesa. Las potencias coligadas le dirán pronto, al contrario, que se encaminan á la libertad de las naciones, que solo las han con el despotismo que agobia la Europa. Se pregonarán liberales para arrebatar á sus pueblos, y Napoleon por su parte, en vez de advertir al pueblo francés que en su persona se ataca el principio democrático y la herencia de la revolucion, hará acusar á los reyes en medio de su senado, recordando que los salvó del piélago re-

volucionario «y ahogó hasta en sus recónditos senos el volcan que á todos los estaba amenazando.»

Mas no llegó todavía el trance de estallar para las grandes potencias del continente que Napoleon arrastró en pos de sí hasta la Rusia; pues el ejército francés está aun cubriendo los ámbitos de la Alemania entera.

El emperador se habia mostrado muy descontento á su vuelta de la conducta observada por los principales personajes del imperio con motivo de la intentona de Mallet, y habia recordado muy de intento en sus respuestas al senado y al consejo de estado, que un majistrado debia estar siempre pronto á fenecer, á ejemplo de los Harlay y de los Molé, «en defensa del soberano, del trono y de las leyes.»

«A mi llegada, dijo despues, todos me andaban refiriendo de buena fe los pormenores que les correspondian y los acusaban. Hasta confesaban de plano que habian caido en la trampa, y por un rato habian venido á creer que yo habia muerto... ¿Pero el rey de Roma? les dije. ¿Y vuestros juramentos, vuestros principios, vuestras doctrinas? Me haceis temblar por lo venidero..... Entónces quise hacer un ejemplar para despejar y precaver los ánimos; y recayó sobre el pobre Frochot, prefecto de Paris, que seguramente me era muy adicto.»

Depuesto Frochot, amonestados los primeros personajes del imperio y terminados los parabienes de tabla en los cuerpos principales del estado, se dedicó el emperador á providenciar lo conveniente y urjentísimo para nuestra situacion militar. Ya no bastaba la quinta ordinaria; pidió y el senado se esmeró en decretar una leva de trescientos cincuenta mil hombres.

Entretanto los restos de la espedicion de Rusia atravesando atropelladamente la Polonia, se iban reuniendo por las fronteras de Alemania. Dispersos, vencidos y estenuados por los elementos, aun habian arrollado á los Rusos á las órdenes del mariscal Ney en un encuentro de retaguardia en Kowno; y desde entónces Platow y sus Cosacos, aunque siguiendo y hostigando continuamente á los Franceses, se mostraban aun temerosos de aquellos pocos valientes en quienes se abrigaban siempre el pundonor, la gloria y el denuedo incontrastable del grande ejército. Pero hemos llegado á una de aquellas épocas en que el heroismo y el númen del hombre se estreman en vano para rechazar los golpes que le descarga una mano invisible. Si la victoria sigue todavia nuestros pasos en medio de tanta desventura, la fortuna se complace en mostrarse mas y mas infiel y contrapuesta. Nos habia dado aliados dudosos; va á quitárnoslos todos uno tras otro para trasformarlos en implacables enemigos. El cuerpo auxiliar prusiano es el primero. Su caudillo el jeneral Yorck, que sin duda no obra espontáneamente y que ha recibido sus instrucciones del gabinete de Berlin, negocia con los Rusos; y Federico Guillermo, cuyos estados yacen todavía dependientes ó amenazados por los ejércitos

franceses, niega al pronto solemnemente lo que mandó en secreto, salvo á mostrarse mas terminante en lo sucesivo con una desercion completa y manifiesta.

La capitulacion del jeneral Yorck con el jeneral Diebitch se celebró el 30 de diciembre de 1812. Veinte dias despues (el 18 de enero de 1813), Murat, á quien Napoleon habia nombrado su teniente supremo, desamparó arrebatadamente el ejército francés para regresar á Nápoles despues de haber entregado el mando en jefe á Eujenio. Luego que el emperador supo esta partida repentina, que podia considerar como una escandalosa desercion, se lo escribió á su hermana Carolina: « Vuestro marido, le dijo, es un hombre muy valiente en el campo de batalla, pero es mas apocado que una mujer cuando nó ve al enemigo; carece de entereza. » — « Supongo, le escribió á Murat, que no sois de aquellos que creen que ha muerto el leon. Si así calculaseis, os equivocariais. Me habeis hecho todo el daño que podiais desde mi partida de Wilna; el dictado de rey os ha trastornado la cabeza. »

Esta reconvencion era muy fundada.

Al dejar el puesto eminente que le habia conferido el emperador, Murat habia atendido mas á su corona que á su gloria, y le va á suceder que perderá la una sin precaver la otra. Por lo demas, ¡con qué rapidez se disparan los acontecimientos! Napoleon se halla todavia en los primeros dias de la adversidad, y ya puede antever todas las amarguras y alevosías que le tiene reservadas. La ingratitud se ha internado hasta el alma en los que todo le deben, encumbramiento, nombradía y fortuna; se ha apoderado del corazon de uno de sus parientes y abriga la traicion. ¿Qué no debe esperar tras semejante ejemplo?

Las sesiones del cuerpo lejislativo se abren el 14 de febrero bajo estos aciagos auspicios. Napoleon, que á pesar de la nulidad silenciosa de aquella junta, ve todavia en ella la fantasma de la ruidosa democracia á quien tapó en otro tiempo la boca en San Cloud, continúa, en el discurso de apertura, zahiriendo las teorías liberales que con tan poca consideracion trató ante el senado y el consejo de estado. Culpa al gabinete inglés, no de seguir los yerros de la política de Pitt y de amotinar obstinadamente á los reyes de antiguo orijen contra los pueblos que han roto su yugo ó que ansian estrellarlo, sino de propagar entre aquellos el espíritu revolucionario contra los soberanos. Tomando además ó aparentando tomar por un mero capricho de la fortuna los desmanes que acaba de padecer, disimula los yerros de aquellos aliados cuya cooperacion no fué activa ni franca, con la esperanza de contenerlos en el declive de la desercion por medio de nuevos y esclarecidos triunfos, y se muestra bastante confiado en el porvenir para decir aun con tanta altivez como pujanza: « La dinastía francesa reina y reinará en España. »

Pero para sincerar esta confianza, para preparar esos nuevos triunfos, no bastan levas de hombres, se necesitan tambien nuevos recursos pecuniarios. Napoleon no oculta al cuerpo lejislativo sus intentos y urjencias. « Deseo la paz, le dijo, es necesaria al mundo. Cuatro veces la he propuesto desde el rompimiento que siguió al tratado de Amiens. No firmaré nunca sino una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. »



ni á ti ni á mí,
sino á tu nombre.

año 1812



CAPITULO XLIII

Campaña de 1814



amas Napoleon en todo el discurso de su vida portentosa y absolutamente poética descolló en tanto grado como en la contienda desproporcionada que ha de sostener ahora contra el destino desapiadado. Aciago y sublime espectáculo. Todo cuanto fué dado al hombre en teson, pujanza, magnanimidad y numen, Napoleon lo atesora y lo patentiza; la estatura moral del héroe se encumbra mas y mas, al paso que se va hundiendo su agigan

tado poderío. Cífrase en él esplendorosamente la grandiosidad humana; echando el resto de su brio y de sus mas gallardas proporciones en pugna con las potestades sobrenaturales que la doblegan sin humillarla.

El emperador ha manifestado á la Francia sus fracasos, su voluntad y sus esperanzas. Por su parte el pueblo se conmueve; olvida sus agravios y da sus hijos. En pocos meses se forma un nuevo ejército que está pronto á salir á campaña. Los restos del grande ejército lo aguardan en el Elba.

Antes de salir de Paris, Napoleon, advertido por la intentona de Mallet, trata de escudar su gobierno contra toda continjencia en su lejanía, confiando el ejercicio de la potestad suprema á la emperatriz María Luisa, nombrando además un consejo de rejencia. Para descargarse de toda zozobra relativa á la santa sede, procura avenirse con Pio VII, y logra hacerle firmar un nuevo concordato que se publica ejecutivamente, por mas que el papa, retraido por nuevos influjos, haya querido ya retractarlo.

Pero en medio de los grandiosos preparativos que se agolpan bajo su activo é irresistible impulso, Napoleon preve que llegando al Elba, no solo tendrá delante los ejércitos del czar, sino tambien á sus aliados de Berlin y Viena, que fueron siempre sus enemigos encubiertos y que manifestarán ahora sus propensiones hostiles. No le parece pues suficiente la quinta de trescientos mil hombres, y decreta otra de ciento y ochenta mil. El pueblo, aunque ya no exhale aquel entusiasmo de los tiempos de Marengo y de Austerlitz, se allana todavía con patriótica resignacion al nuevo sacrificio que le imponen las circunstancias. Sin embargo las clases acomodadas, que son las mas interesadas en la defensa del pais, tratan de eximirse con sus caudales del tributo de la quinta. Todas las familias, conmovidas con los próximos peligros del soldado, echan el resto de sus recursos para librar á los suyos del servicio militar. No ignora Napoleon que esta repugnancia á la carrera de las armas se aumenta al paso que crecen los riesgos y las urjencias del imperio. Pero es un contajio imposible de atajar, y tan solo cabe minorar sus efectos. Si los pudientes han comprado hasta ahora muy caro el derecho de quedar ajenos de las fatigas del soldado, cuando la salvacion del estado lo requiere puede hacerse este derecho menos absoluto é imposibilitarles el desentenderse por medio de su oro de la lucha sangrienta en que está empeñado el pais. A ellos tocará pues dar un continjente de diez mil hombres, con los que se formarán cuatro rejimientos de guardias de honor, y ningun sacrificio metálico podrá eximir de este servicio estraordinario á los hijos de familia que alistará el gobierno. Un senado consulto del 3 de abril de 1813 corrobora esta providencia.

Sin embargo el estruendo del cañon del Beresina habia despertado en Hartwell al caudillo de la casa de Borbon y reanimado sus esperanzas. Parecióle en adelante posible á Luis XVIII la contrarevolucion, hasta entónces enfrenada con el ímpetu arrollador de entereza civil y de heroismo mi-

litar. Conceptuó que si la pujanza guerrera del soldado francés permanecia inalterable en medio de los desmanes, á lo menos se habia entibiado bastante el entusiasmo patriótico del ciudadano para que el estranjero esperanzase no encontrar ya en Francia el arranque universal que habia deshecho todas las coligaciones anteriores. Preocupado el pretendiente con este concepto, publicó en Inglaterra y fué pregonando por el continente una proclama en la que estremaba ante todo el cansancio del pueblo, beneficiando mañosamente la opinion vulgar que achacaba á Napoleon la prolongacion de la guerra, y prometiendo, entre otras particularidades, la «supresion de la quinta.» El emperador manifestó desentenderse de tamaña publicacion, y ni siquiera con este motivo zeló ni separó á los antiguos realistas que habia empleado en las administraciones y á los que habia confiado algunos de los primeros destinos del estado. Pero lo que estaba pasando en Alemania llamaba sí su atencion y embargaba sus desvelos.

Bramaba la tormenta en las ciudades anseáticas; el suelo de la Jermania, minado en donde quiera por hermandades encubiertas, se hallaba amenazado de espantosas esplosiones, y aun las insurrecciones populares habian motivado la suspension de la constitucion en la 32ª. division militar (Hamburgo). Encabezaba aquel movimiento la juventud de las universidades, pregonaba odio mortal y eterno al nombre francés y al yugo estranjero, aclamando las ideas liberales que habian salvado y esclarecido la misma Francia. Y los príncipes, armados contra aquellas mismas ideas, fomentaban reservadamente ó favorecian á las claras á lo que han llamado posteriormente «amaños populares.»

¡Estraña situacion! La guerra de 1813 no es esencialmente para los reyes mas que la continuacion de la guerra de 1792, es siempre la guerra contra la revolucion, y no obstante su lenguaje se contrapone en estremo al de Pilnitz y de Coblenza. En vez de continuar llamando en su auxilio las preocupaciones políticas y relijiosas de los pueblos contra la democracia francesa, están ahora ensalzando y enardeciendo la despreocupacion, el denuedo filosófico y el patriotismo de los pueblos en nombre de la libertad contra el despotismo de la Francia. La libertad ha hecho mas que vencer á los reyes; los ha condenado á la hipocresía y ha convertido á las naciones, descollando en Prusia aquella mutacion. Napoleon echará de ver harto tarde que una propaganda sin rebozo le hubiera preparado poderosos auxiliares allí mismo donde sus fracasos le atraviesan implacables enemigos, y entónces se le oirá decir con pesar: «Mi yerro capital fué quizás el no haber destronado al rey de Prusia cuando tan fácilmente podia hacerlo. Despues de Friedland debia quitar la Silesia á la Prusia y regalar aquella provincia á la Sajonia; el rey de Prusia y los Prusianos se hallaban harto humillados para no desagraviarse á la primera coyuntura. Si

yo hubiera obrado así, si les hubiese dado una constitucion libre y descargado á los paisanos de la esclavitud feudal, la nacion hubiera quedado contenta. » (O'MEARA.)

La Prusia es pues decididamente enemiga, y no solo la nacion que dejó Napoleon imprudente en cadenas, sino tambien el príncipe que mantuvo jenerosamente en el solio. La plataforma de reprobacion que el rey de Prusia manifestó al jeneral Yorck no ha podido encubrir por mucho tiempo las propensiones del gabinete de Berlin que se patentizan diariamente con actos de malevolencia y de hostilidad. El emperador está ansiando vengarse de tamaña desercion y castigar al impostor que la ha estado encubriendo por dos meses. Desde los primeros dias de abril solemniza con un paso formal la guerra que el monarca prusiano le está haciendo eficazmente, sin atreverse á declararla, y se dispone para marchar hácia el Elba.

Pero asoma otro enemigo entre las potencias del Norte. Bernadotte no se ciñe ya á negociar con los Rusos, quiere pelear contra los Franceses. En agosto de 1812, en el famoso avistamiento de Abo, habia dicho á Alejandro, que se mostraba con ánimo resuelto de desechar toda propuesta pacífica: « Esta determinacion libertará á la Europa. » Y el czar, movido de las palabras y obsequiosos modales del antiguo soldado de la república francesa, le dejó afianzada la posesion del trono de Suecia, y aun le hizo esperanzar la corona de Francia. Tras los fracasos de la campaña de Moscou, Bernadotte conceptúa llegada la hora de marchar al objeto que ha llegado á divisar su ambicion, y bajo la apariencia de una adhesion esclusiva á los intereses de su patria adoptiva, procura satisfacer los zelos inveterados que manifestó el 18 de brumario, y realizar las quiméricas esperanzas con que le ha halagado un príncipe mañoso. «Si hubiera tenido el juicio y el alma al par de la situacion, dijo Napoleon, si hubiera sido buen Sueco, como lo ha estado aparentando, podia restablecer el esplendor y poderío de su nueva patria, recobrar la Finlandia y acuartelarse en Petersburgo antes que yo llegara á Moscou. Pero abriga enconos personales, una necia vanagloria y pasiones mezquinas. Se le trastorna la cabeza al verse solicitado por soberanos de antiguo linaje y conferenciando política y amistosamente con un emperador de todas las Rusias que no le escasea la lisonja. »

Antes de entrar en lid y alistarse bajo las banderas de los enemigos de la Francia, Bernadotte quiso cohonestar su determinacion á los ojos de la Europa y de la posteridad, acudiendo á los intereses comerciales de la Suecia, comprometidos por el bloqueo continental. En su consecuencia escribió á Napoleon una carta que debia servir de preámbulo apolojético á su conducta, y en la que tildaba al que fué alternativamente su competidor y su amo de haber acarreado todas las guerras anteriores y haber derra-

mado la sangre de un millon de hombres por el exito de un sistema que lastimaba los derechos y arruinaba el comercio de todas las naciones. «Las calamidades del continente, decia al terminar, están clamando por la paz, y vuestra Majestad no debe menospreciarla.»

Napoleon no rechazaba la paz; mas la apetecia á pesar de sus quebrantos como en medio de sus triunfos, al tenor de todo lo contratado en Tilsitt; y Bernadotte, que habia endiosado á Alejandro por su perseverancia guerrera, sabia muy bien que no debia achacarse la continuacion de las hostilidades al gabinete de las Tulerias, sino á los que ningun caso hacian de la fe prometida en Tilsitt y de la amistad jurada en Erfurth.

Solo en el campo de batalla podia responder Napoleon a las amarguísimas reconvenciones y cargos en estremo violentos que le disparaba su antiguo teniente, el cual iba á entregar á nuestros enemigos, segun las espresiones del *Memorial*, «la llave de nuestra politica y la táctica de nuestros ejercitos, y mostrarles el camino del suelo sagrado.» El emperador salio de San Cloud a mediados de abril, para correr á la nueva cita que la Europa septentrional le daba en Alemania.

El ejército francés, precisado á dejar crecidas guarniciones en las plazas fuertes que iba dejando á retaguardia desde Dantzick hasta Magdeburgo, se hallaba entonces situado sobre el Saal a las órdenes del virey. Dresde y Leipsick estaban en poder de los Prusianos y de los Rusos, el rey de Sajonia habia tenido que desamparar sus estados en busca de abrigo bajo las banderas francesas, por todas partes los enemigos de Napoleon ganaban terreno y se aprovechaban de su ausencia.

Pero Napoleon va á presentarse otra vez en el campo. Llega á Erfurth el 25 de abril, en tanto que el mariscal Ney se apodera de Weissenfels, tras una refriega que le hace prorumpir en «que jamás vió juntamente igual entusiasmo y serenidad en la infanteria;» y la nueva campaña se halla asi esclarecidamente abierta por el mismo soldado que cerró valerosamente la última en medio de tantísimo fracaso. El resultado de este primer triunfo es arrojar al enemigo á la orilla derecha del Saal y efectuar la reunion del ejército que el virey acaudilló desde Polonia con el que trajo el emperador de Francia.

Napoleon traslada su cuartel jeneral á Weissenfels y manda echar tres puentes sobre el Saal. Allí sabe uno de aquellos rasgos de valor y de arrojo que rebosan en nuestros rejistros militares y que le dió motivo para probar en satisfaccion del orgullo nacional que la infausta suerte en nada trocó la superioridad gallarda y el temple incontrastable del soldado francés. Un coronel prusiano, á la cabeza de cien húsares, acorrala á quince granaderos del 13 de linea, entre Saalfeld y Jena, y les grita que se rindan. La respuesta del sarjento es apuntarle y tenderlo muerto. Los demas gra-

naderos empiezan al instante un fuego graneado, matan á siete Prusianos y los demás huyen.

El 1°. de mayo, el mariscal Ney prosiguiendo sus triunfos en presencia de Napoleon, se adelanta con la division de Souham formada en cuatro cuadros. Atraviesa á paso de ataque, y clamando viva el emperador, el desfiladero de Poserna, defendido por seis piezas de artillería y tres líneas de caballería. Síguenle las divisiones de Gerard, Marchand, Brenier y Ricard, y en pocas horas quince mil caballos, á las órdenes de Wintzingerode, quedan arrojados por quince mil infantes de la grandiosa llanura que se estiende desde Weissenfels hasta el Elba. La caballería de la guardia, mandada por el mariscal Bessieres, sostiene nuestra infantería, aunque no está comprometida, y padece el quebranto principal de aquel dia. Por una de las fatalidades en que abunda la historia de la guerra, dice Napoleon en su parte á la emperatriz, el primer cañonazo que se ha tirado en este dia ha cortado la muñeca al duque de Istria, y traspasándole el pecho lo ha tendido muerto, por haberse adelantado á quinientos pasos para reconocer la llanura. Este jeneral, á quien fundadamente se debe apellidar el denodado, era recomendable, no solo por su tino militar, por su esperiencia en el arma de caballería, sino tambien por sus prendas civiles y su afecto al emperador. Su muerte en el campo del honor es la mas envidiable, siendo tan ejecutiva que no debió de sentir dolor alguno. Pocas



perdidas ha sentido tanto el emperador. El ejército y toda la Francia participarán del dolor que ha esperimentado su Majestad.

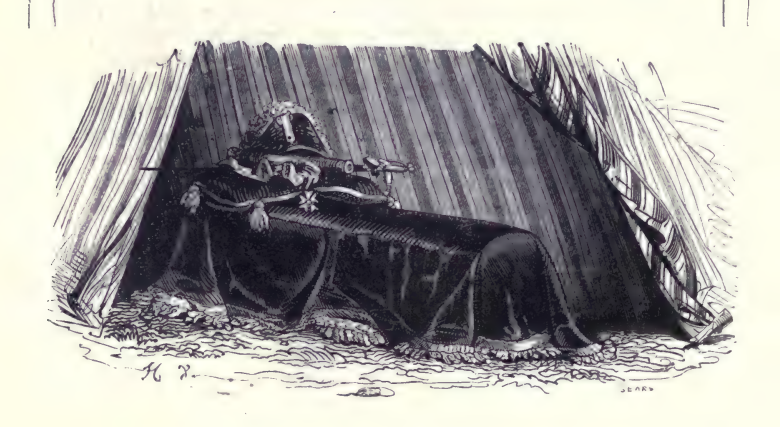
En la noche del 1°. al 2 de mayo, Napoleon sentó sus reales en Lutzen de que éramos dueños á consecuencia del encuentro de la víspera. La guardia jóven y la antigua cercaban al emperador y formaban la derecha del ejército. Ney, situado al centro, ocupaba á Kaia; el virey mandaba la izquierda apoyada al Elster. El 2 á las diez de la mañana, en aquella misma llanura afamada con la victoria de Gustavo Adolfo, se puso en movimiento el ejército á la vista del emperador de Rusia y del rey de Prusia que habian venido á reanimar con su presencia el denuedo de sus soldados. El ataque principal de los coligados se dirijió contra el centro del ejército francés. Grandiosas moles de Rusos y Prusianos marcharon en columna cerrada hácia Kaia, en donde el mariscal Ney tuvo que contrarestar un embate tremendo. El enemigo, favorecido al par por el número y el terreno, daba por suyo el triunfo. Incontrastable asomaba su caballería, y la nuestra se habia quedado entre los hielos y nieves de la Rusia. Pero al despuntar la refriega, el emperador habia dicho á sus tropas: « Esta es una batalla de Ejipto, una bizarra infantería tiene que contar consigo misma. » Y las tropas ansiaban á porfía dejar airoso el dicho del sumo capitan. La aldea de Kaia fué tomada y recobrada varias veces; al fin quedó dueño de ella el jeneral Gerard, el cual, aunque herido de varios tiros, no quiso retirarse del campo de batalla, diciendo que habia llegado el trance para todos los Franceses esforzados de vencer ó morir.

A pesar de esta primera ventaja y del denuedo de las cinco divisiones del cuerpo del mariscal Ney, faltaba mucho para que la victoria quedase decidida á favor de nuestras armas. Los Rusos no se cansaban de pelear y acometian encarnizadamente á nuestro centro esperanzados de arrollarlo. Por un momento pudieron conceptuar que el éxito coronaba su porfiado teson. Algunos batallones abrumados con el número se dispersaron, y la aldea de Kaia paró otra vez en manos del enemigo; pero Napoleon se presenta y cuantos habian flaqueado se rehacen para marchar adelante al eco de viva el emperador. Harto era el haber atajado aquel principio de derrota, ahora se trata de ganar la batalla con una maniobra terminante. Mientras que el príncipe Eujenio y el mariscal Macdonald acometen las alas y la reserva del enemigo, y el jeneral Bertrand acude para ponerse en línea de batalla, manda Napoleon al mariscal Mortier que tome la guardia jóven y se descuelgue sobre Kaia, la tome y pase por las armas á todos los que se resistan. Encarga despues á su edecan, el jeneral Drouot, que coloque una batería de ochenta piezas delante de la guardia antigua, que debe sostener el centro al arrimo de nuestra caballería formada en batalla á la espalda. Estas órdenes se ejecutan sobre la marcha, la batería, asestada por los jenerales Dulauloy, Drouot y Devaux, dispara el pavor y

la muerte sobre las filas enemigas. Ceden nuevamente Rusos y Prusianos y se desbaratan, aunque no parcial y momentáneamente, como lo habian hecho algunos batallones nuestros, sino con definitiva jeneralidad. Mortier recobra á Kaia sin disparar un tiro, y el jeneral Bertrand llega á tiempo para completar la derrota de los vencidos.

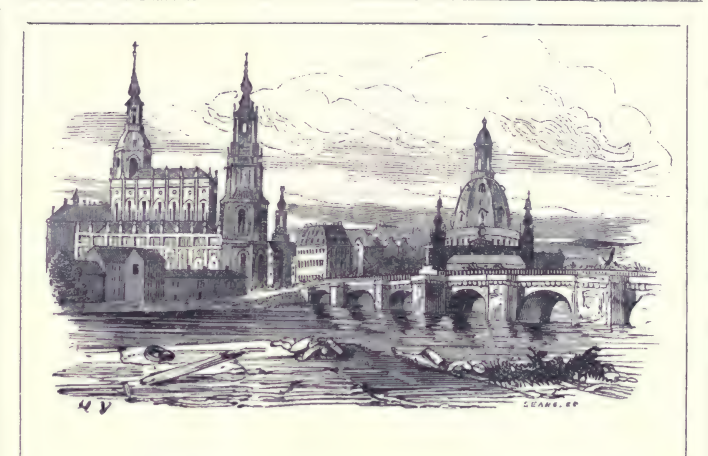
Esta victoria regocija á Napoleon por hallar en su nueva soldadesca todo el denuedo de sus antiguos compañeros de armas. « Hace veinte años que estoy mandando los ejércitos franceses, dijo, y nunca vi tanto arrojo y denuedo. » Era el grande ejército que reasomaba para desengaño de cuantos lo conceptuaban sepultado para siempre en los desiertos del Norte. Con él se lisonjea el emperador de que va á restablecer colmadamente el prestijio de su nombre y el predominio de su soberanía en Europa. « Si todos los monarcas y ministros que manejan sus gabinetes, dijo, pudieran haber presenciado este campo de batalla, desesperanzarian de hacer de nuevo cejar la estrella de la Francia. » (Parte de oficio.) Una hueste de ciento y cincuenta á doscientos mil hombres quedaba completamente derrotada por menos de la mitad del ejército francés, ya tan considerablemente reducido por el malogro de la última campaña. Los Rusos y Prusianos habian perdido treinta mil hombres entre muertos y heridos ; los Franceses tuvieron diez mil hombres fuera de combate.

Al dia despues de este memorable trance, se esplayó el emperador con su ejército en uno de aquellos solemnes desahogos que se complacia en renovar, porque conocia su májico influjo, y cuyo temple de sublime hermandad, siempre formidable para el enemigo, era el mejor galardon para el soldado francés, engreido con verse vitoreado á la faz del mundo por el hombre grande, blanco del asombro jeneral. He aquí un estracto de la proclama que se publicó el 3 de mayo en el cuartel imperial de Lutzen:



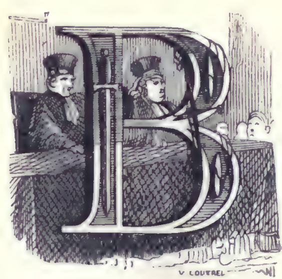
«Soldados:

«Estoy muy pagado de vosotros. Habeis sobrepujado á mis esperanzas. A todo habeis suplido con vuestra ardiente voluntad y vuestro denuedo. En el célebre 2 de mayo habeis derrotado los ejércitos ruso y prusiano mandados por el emperador Alejandro y el rey de Prusia. Habeis añadido un nuevo timbre al esplendor de mis águilas. Habeis mostrado á cuanto alcanza el denuedo francés. La batalla de Lutzen será colocada sobre las de Austerlitz, Jena, Friedland y Moscowa.....»



CAPITULO XLIV.

Continuacion de la campaña de 1813.



Batidas en Lutzen las huestes de Alejandro y de Federico Guillermo, pasaron atropelladamente la orilla derecha del Elba. El 11 de mayo, Napoleon se apoderó de Dresde, y al dia siguiente salió al encuentro del rey de Sajonia, quien hizo su entrada solemne en su capital con repique de campanas y vitoreado por un jentío inmenso. El emperador se mantuvo invariablemente á caballo junto á tan venerable príncipe, y lo acompañó así hasta su palacio.

Tras aquella reposicion triunfal de su fiel aliado, el primer uso que hizo Napoleon de su victoria fué proponer á los vencidos la reunion in-

mediata de un congreso en Praga para negociar la paz jeneral. Pero los ofrecimientos del vencedor de Lutzen fueron recibidos como lo habian sido los del conquistador de Moscou. Aun advirtió Napoleon por los amaños diplomáticos, cuya interioridad le comunicaban sus ajentes, que «la sima enramada de flores sobre que habia colocado el pié al casarse,» estaba en ademan de abrirse ante sus plantas, y se acercaba la hora de abandonarle su augusto suegro. Disimuló sin embargo sus agravios y zozobras contentándose con enviar al príncipe Eujenio á Italia, encargado de organizar un ejército defensivo para el caso en que el Austria llegara á declararse contra nosotros. Al separarse del virey, Napoleon le dió una prueba señalada de satisfaccion por los eminentes servicios que habia hecho al ejército desde el principio de la última campaña: erijió en ducado el palacio de Bolonia y la posesion de Galliera, perteneciente á su dominio privado, regalándoselo á la princesa de Bolonia, hija primojénita de Eujenio.

El emperador se hallaba todavía en Dresde cuando supo la capitulacion de Spandau. Aquel acontecimiento era un ejemplar muy aciago para las demas guarniciones, y le destemplo en tal estremo que mandó prender y comparecer ante una comision de mariscales al jeneral que mandaba la plaza y á los individuos del consejo de defensa que no habian protestado. «Si la guarnicion de Spandau, dijo despues, ha rendido sin estar sitiada una plaza fuerte cercada de pantanos, y si ha firmado una capitulacion que debe procesarse y sentenciarse, muy diverso ha venido á ser el desempeño de la guarnicion de Wittemberg. El jeneral Lapoype se ha portado á las mil maravillas, y ha sostenido el honor de las armas en la defensa de aquel punto importante, el cual por lo demas es una plaza ruin con solo un recinto medio derruido, sin que le cupiese mas resistencia que la del teson de sus defensores.» (Parte oficial á la emperatriz.)

Napoleon, desesperanzado ya de sus pacíficas proposiciones, salió de Dresde el 18 de mayo para marchar á la Lusacia y proseguir el rumbo de sus operaciones militares. En pocos dias alcanzó nuevos y esclarecidos triunfos. El 19, Lauriston habia derrotado al jeneral Yorck en Weissy, el 20 y 21, el emperador ganó personalmente las batallas de Bautzen y de Wurtchen; el 22, la retaguardia de los Rusos, acosada por el jeneral Reynier, fué por fin alcanzada y derrotada en las alturas de Reichenbach. Pero el fin de este dia fué señalado con una nueva pérdida, todavia mas cruel para Napoleon que cuantas habia padecido hasta entonces, y mas dolorosa para su corazon que las de Bessieres y Lannes. A las siete de la tarde, el gran mariscal del palacio, Duroc, se hallaba conversando sobre un cerro fuera de tiro de cañon con el mariscal Mortier y el jeneral Kirgener; se habian apeado cuando una bala pasó rozando al duque de Trevisa, le abrió el vientre á Duroc, y tendió al jeneral Kirgener, que murió en el acto.

Luego que el emperador supo aquel fracaso, acudió á ver á Duroc, que respiraba todavía y conservaba toda su serenidad. Duroc apretó la mano de Napoleon y se la llevó á sus labios. « Toda mi vida, le dijo, se vinculó en servicio vuestro, y tan solo me apesadumbro por la utilidad que pudiera rendiros todavía. — Duroc, respondió el emperador, hay otra vida, y allí iréis á aguardarme, donde nos volverémos á hallar algun dia. — Sí



señor, pero será dentro de treinta años, cuando vuestra Majestad haya triunfado de sus enemigos y realizado todas las esperanzas de nuestra patria..... He vivido pundonorosamente y de nada me culpo. Dejo una hija, vuestra Majestad le servirá de padre. »

Napoleon, entrañablemente conmovido, estrechó entónces la mano derecha de Duroc y permaneció por un cuarto de hora apoyada la cabeza sobre la mano izquierda de su antiguo compañero, sin poder pronunciar una palabra. Duroc fué el primero que rompió aquel silencio para escusar por mas tiempo el dolor al corazon del grande hombre que no habia cesado de ser su amigo, aun siendo su amo. « Ah, señor, le dijo, idos, este espectáculo os acongoja. » Napoleon cedió á esta última súplica de la amistad, y se desvió de Duroc sin poderle decir mas que estas palabras : « Adios, amigo mio, » y tuvo que apoyarse sobre el mariscal Soult y Caulincourt para volver á su tienda, en donde no quiso recibir á nadie en toda la noche.

Al dia siguiente, el jeneral Reynier alcanzó una nueva victoria sobre los Rusos en el reencuentro de Gorlitz. El 24, el mariscal Ney pasó el Neiss, y el 25 por la mañana se hallaba en la orilla opuesta del Queiss y entraba en Buntzlau, a donde llegó por la tarde el emperador. En aquella ciudad habia muerto el anciano Kutusow algunas semanas antes.

Un leve desman padecido el 26 por el jeneral Maison delante de la ciudad de Haynau no detuvo mucho tiempo la carrera de los triunfos y la marcha victoriosa del ejército francés. Dos dias despues, el jeneral Sebastiani se apoderó de un convoy importante en Sproltau, mientras que el mariscal Oudinot derrotaba en Hoyerswerda el cuerpo prusiano de Bulow.

El sobresalto que se habia manifestado en Berlin iba trascendiendo a Breslau, amenazado por Lauriston. Los soberanos aliados, que estuvieran siempre denodados para guerrear á todo trance hasta que el derecho público de la antigua Europa desbancase al sistema frances, conocieron sin embargo la precision de suspender las hostilidades, ya para rehacerse de las derrotas diarias que andaban padeciendo de un mes a aquella parte, ya para proporcionar á la circunspeccion austriaca el plazo necesario para ir preparando la desercion que debia revolver contra Napoleon todos los lances de la campaña. El 29 a las diez de la mañana, el conde Schouwaloff, edecan del emperador de Rusia, y el jeneral prusiano Kleist se presentaron en las avanzadas francesas para proponer un armisticio, que el duque de Vicenzo negoció con ellos, primero en el convento de Watelstadt cerca de Lignitz, y despues en la aldea neutral de Peicherwitz, en donde se firmó el 4 de junio, tres dias despues de la entrada de Lauriston en la capital de la Silesia.

El término del armisticio se fijó al 20 de julio. Napoleon insistió en que se admitiese el ofrecimiento de un congreso en Praga, y para dificultar la marcha lóbrega y enemiga del consejo áulico, propuso que se refiriesen á la mediacion del emperador de Austria.

La diplomacia estranjera evitó la propuesta, pues tan solo ansiaba ganar tiempo, y con este objeto Mr. de Metternich supo aprovechar los miramientos y consideraciones que Napoleon guardaba con su suegro para alcanzar del vencedor de Lutzen y de Bautzen la prórroga del armisticio hasta el 10 de agosto. Pero vencido aquel plazo, hallando la Prusia y la Rusia que estaba bastante menoscabado el concepto de nuestros primeros triunfos, y habiendo ajustado el Austria a su albedrío todas las medidas para disponer cabalmente su desercion y hacer que redundase en todo el quebranto asequible al ejército francés, los jenerales de Alejandro y de Federico Guillermo pregonaron el término del armisticio el 11 de agosto á las doce, mientras que el ministro del emperador Francisco pasaba á nuestro embajador cerca de la corte de Viena, Mr. de Narbonne, la declaracion de guerra del gabinete austriaco contra la Francia. Entónces fue

Luego que el emperador supo aquel fracaso, acudió á ver á Duroc, que respiraba todavía y conservaba toda su serenidad. Duroc apretó la mano de Napoleon y se la llevó á sus labios. « Toda mi vida, le dijo, se vinculó en servicio vuestro, y tan solo me apesadumbro por la utilidad que pudiera rendiros todavía. — Duroc, respondió el emperador, hay otra vida, y allí iréis á aguardarme, donde nos volverémos á hallar algun dia. — Si



señor, pero será dentro de treinta años, cuando vuestra Majestad haya triunfado de sus enemigos y realizado todas las esperanzas de nuestra patria..... He vivido pundonorosamente y de nada me culpo. Dejo una hija, vuestra Majestad le servirá de padre. »

Napoleon, entrañablemente conmovido, estrechó entónces la mano derecha de Duroc y permaneció por un cuarto de hora apoyada la cabeza sobre la mano izquierda de su antiguo compañero, sin poder pronunciar una palabra. Duroc fué el primero que rompió aquel silencio para escusar por mas tiempo el dolor al corazon del grande hombre que no habia cesado de ser su amigo, aun siendo su amo. « Ah, señor, le dijo, idos, este espectáculo os acongoja. » Napoleon cedió á esta última súplica de la amistad, y se desvió de Duroc sin poderle decir mas que estas palabras: « Adios, amigo mio, » y tuvo que apoyarse sobre el mariscal Soult y Caulincourt para volver á su tienda, en donde no quiso recibir á nadie en toda la noche.

Al dia siguiente, el jeneral Reynier alcanzó una nueva victoria sobre los Rusos en el reencuentro de Gorlitz. El 24, el mariscal Ney pasó el Neiss, y el 25 por la mañana se hallaba en la orilla opuesta del Queiss y entraba en Buntzlau, a donde llegó por la tarde el emperador. En aquella ciudad habia muerto el anciano Kutusow algunas semanas antes.

Un leve desman padecido el 26 por el jeneral Maison delante de la ciudad de Haynau no detuvo mucho tiempo la carrera de los triunfos y la marcha victoriosa del ejército francés. Dos dias despues, el jeneral Sebastiani se apoderó de un convoy importante en Sproltau, mientras que el mariscal Oudinot derrotaba en Hoyerswerda el cuerpo prusiano de Bulow.

El sobresalto que se habia manifestado en Berlin iba trascendiendo á Breslau, amenazado por Lauriston. Los soberanos aliados, que estuvieran siempre denodados para guerrear á todo trance hasta que el derecho público de la antigua Europa desbancase al sistema francés, conocieron sin embargo la precision de suspender las hostilidades, ya para rehacerse de las derrotas diarias que andaban padeciendo de un mes a aquella parte, ya para proporcionar á la circunspeccion austriaca el plazo necesario para ir preparando la desercion que debia revolver contra Napoleon todos los lances de la campaña. El 29 a las diez de la mañana, el conde Schouwaloff, edecan del emperador de Rusia, y el jeneral prusiano Kleist se presentaron en las avanzadas francesas para proponer un armisticio, que el duque de Vicenzo negoció con ellos, primero en el convento de Watelstadt cerca de Lignitz, y despues en la aldea neutral de Peicherwitz, en donde se firmó el 4 de junio, tres dias despues de la entrada de Lauriston en la capital de la Silesia.

El término del armisticio se fijó al 20 de julio. Napoleon insistió en que se admitiese el ofrecimiento de un congreso en Praga, y para dificultar la marcha lóbrega y enemiga del consejo áulico, propuso que se refiriesen á la mediacion del emperador de Austria.

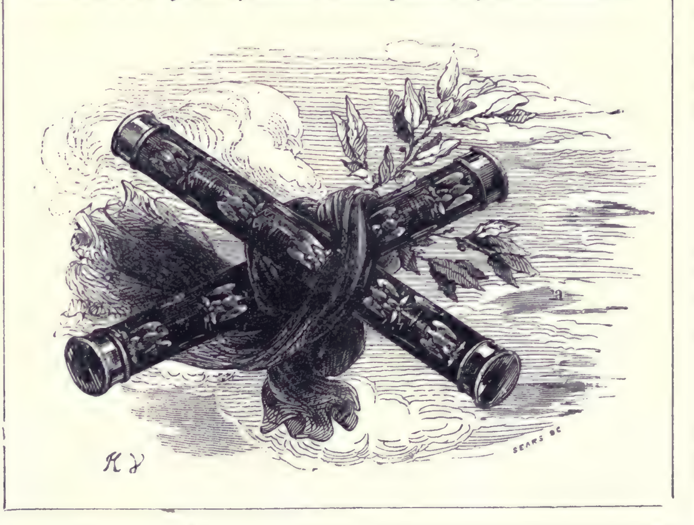
La diplomacia estranjera evitó la propuesta, pues tan solo ansiaba ganar tiempo, y con este objeto Mr. de Metternich supo aprovechar los miramientos y consideraciones que Napoleon guardaba con su suegro para alcanzar del vencedor de Lutzen y de Bautzen la prórroga del armisticio hasta el 10 de agosto. Pero vencido aquel plazo, hallando la Prusia y la Rusia que estaba bastante menoscabado el concepto de nuestros primeros triunfos, y habiendo ajustado el Austria á su albedrío todas las medidas para disponer cabalmente su desercion y hacer que redundase en todo el quebranto asequible al ejército francés, los jenerales de Alejandro y de Federico Guillermo pregonaron el término del armisticio el 11 de agosto a las doce, mientras que el ministro del emperador Francisco pasaba á nuestro embajador cerca de la corte de Viena, Mr. de Narbonne, la declaracion de guerra del gabinete austriaco contra la Francia. Entónces fué

cuando Napoleon descubrió toda la profundidad del abismo sobre el cual habia colocado el pié al enlazarse con la casa de Lorena, tratando de enjertar la brillantez de su alcurnia lozana sobre el orgullo de los antiguos linajes soberanos.

Un acontecimiento judicial acababa de causar grande escándalo en todo el imperio. Los encargados del derecho de puertas de Amberes, acusados de robo y notoriamente culpables, se habian librado de la pena en que habian incurrido cohechando á los jurados. Luego que el emperador supo aquella lastimosa sentencia, prorumpió en ira violenta, y escribió ejecutivamente al gran juez ministro de la justicia para que mandase informar sobre los vergonzosos amaños que habian mediado para la inmunidad y el triunfo del crímen.

«Nuestra intencion, le dijo, es que, en virtud del párrafo 4°. del artículo 55 del título 5°. de las constituciones del imperio, nos presenteis en un consejo privado un proyecto de senado consulto para anular el fallo del tribunal de Bruselas, y remitir este negocio al tribunal de apelacion, el cual señalará un tribunal imperial, ante el que se vuelva á sustanciar la causa, para sentenciarla reunidas las cámaras y sin jurado. Deseamos que si el cohecho trasciende á burlar la disposicion de las leyes, sepan los cohechadores que estas en su sabiduría han sabido precaverlo todo.»

Esto era dar la mayor estension á la dictadura imperial. La voluntad del amo nada reconocia superior á ella, así en el dominio de la justicia como en el de la política, y cuando la moral pública le parecia escandalosa-



mente ultrajada, érale preciso un desagravio estruendoso, por mucho que se debiesen violentar los textos constitucionales. Aunque este menosprecio del resguardo fundamental y de las formulas legales solo tuviera por objeto afianzar á la ley su eficacia y el debido castigo al cohecho y á la prevaricacion, los hombres que se preocupaban ante todo de los peligros de la arbitrariedad y que veian en semejante ejemplar el esterminio absoluto de la independencia de la potestad judicial, aquellos sujetos clamaron, al arrimo de Montesquieu, que habia monstruosidad en el gobierno siempre y cuando la potestad ejecutiva se entrometia en las sentencias. De este número fué el prefecto mismo de Amberes, el integro Voyer d'Argenson. Antepuso la separacion de su destino al acudir á secuestrar los bienes de los acusados absueltos en la segunda sumaria con que fueron procesados.



CAPITULO XLV.

Continuacion de la campaña de 1813.



UNA nueva convocatoria parecia señalada para Dresde, á donde acudian los soberanos del Norte y los príncipes de Alemania de todas partes, no ya para realzar el salon de los reyes y el séquito adulador de 1812, sino para estrechar á Napoleon en un cerco de implacables enemigos.

Doscientos mil Rusos, Prusianos y Austríacos, mandados por el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el príncipe Schwartzenberg, atraviesan desaladamente la Bohemia para arrollar la Sajonia y aposentarse sobre la orilla izquierda del Elba. Cien mil hombres maniobran en Silesia á las órdenes de Blucher y Lacken; y ciento y diez mil hombres, entre los cuales abultan los crecidísimos cuerpos de voluntarios que ha abor-

tado el arranque del patriotismo jermánico, se adelantan por toda la linea de Hamburgo á Berlin al encuentro de los Franceses.

La superioridad en número esta indudablemente por las potencias aliadas, las que hallan además un arrimo poderosísimo en el espíritu insurreccional de la Alemania conmovida. Tantas prósperas ventajas, tantos elementos de triunfo no habian bastado sin embargo á la coligacion para esperanzar el vencimiento de la revolucion francesa en la persona del mas esclarecido de sus hijos. Fuéle preciso ganar, seducir y sobornar otros dos alumnos de aquella misma revolucion y recabar de ellos el arcano de la ciencia militar y del prestijio guerrero que habian encumbrado á su madre y al par á ellos mismos. Moreau, anteponiendo de repente la llaneza con un autócrata a la hospitalidad de un pueblo libre, habia desamparado la tierra venturosa de Washington para ir á ejercer junto a Alejandro el papel de consejero intimo, y se hallaba entónces en el grande ejército de Bohemia bajo el estandarte moscovita contrapuesto á las banderas francesas. Bernadotte, segun la espresion del *Memorial*, «daba a nuestros enemigos la clave de nuestra politica, la tactica de nuestros ejércitos, y les mostraba el rumbo hácia el suelo sagrado;» él era quien mandaba á vanguardia en Berlin.

El pueblo francés habia tributado cuerdamente su admiracion, aprecio y confianza, cuando al acercarse el 18 de brumario, ó bajo el consulado, habia rehusado enlazar los destinos de la revolucion con otro nombre que el de Bonaparte y habia aclamado este nombre por el primero entre los patriotas, sin dejarse engañar por ciertas demostraciones de inflexible republicanismo y á pesar de algunas protestas aisladas que intentaban retratar á Bernadotte y Moreau como los Brutos y Catones de la época. Agólpense allá los veteranos de la pandilla del Picadero y los hermanados anteriormente con la sociedad de los Filadelfos; acudan, repito, á orillar su impróvida predileccion y á reconocer la superioridad y el tino certero del instinto nacional. El caudillo de la oposicion del año ocho está ya reemplazando á Brunswick; el adalid de 1804 ha sucedido á Souwarow..... Dios lo ha querido así para que viniesen á quedar sincerados el pensamiento y el entusiasmo del gran pueblo en el que habia elejido y en los que habia desechado.

Poco importa que Bernadotte y Moreau acudan ahora siniestramente con el auxilio de su esperiencia y de su brazo contra la suerte de Napoleon: si fracasa, será en el trance de su vuelco lo que fue en el dia de su encumbramiento, esto es, «el hombre de la Francia,» al paso que sus antiguos competidores solo hallarán en el triunfo mismo el baldon y el remordimiento eternamente embebidos en el dictado de desertores y sirvientes del estranjero.

Tambien Murat puso en zozobra su lealtad y nombradia..... Escrito

está en una de las pájinas de sus destinos que renegará y venderá á su bienhechor, á su amigo y su hermano. Pero todavía no ha sonado la hora de la felonía y del oprobio. El 14 de agosto, Murat vuelve á presentarse en el campo de Dresde para pelear todavía contra los enemigos de Napoleon y de la Francia.

Sin embargo, asoma de nuevo la campaña bajo prósperos auspicios para el ejército francés. Napoleon se encamina al encuentro de Alejandro y del rey de Prusia, ha forzado los desfiladeros de la Bohemia, apoderándose de Gobel, Rumburgo y Georgenthal, y despues de haberse adelantado á veinte leguas de Praga, ha vuelto á Zittau, desde donde acude arrebatadamente á incorporarse con el ejército de Silesia que está necesitando su presencia. El 21 al amanecer, se halla en Lœwenberg, en donde manda echar puentes sobre el Bober, pasándolo de dia á pesar del fuego del enemigo, el cual queda luego arrollado y perseguido hasta Goldberg. El 23, nueva refriega. El jeneral Gerard, que desemboca por la izquierda, vuelca y dispersa una columna de veinte y cinco mil Prusianos, mientras que á la derecha se recobra Flensberg, y finalmente queda decidida la derrota de los aliados tras una carga disparada y sangrienta del rejimiento 135.

Pero todas estas ventajas alcanzadas en Silesia ningun influjo tienen sobre la marcha del grande ejército de Bohemia, que se adelanta amenazando á la capital de la Sajonia. Napoleon, avisado de aquel movimiento, deja al punto el mando del ejército de Silesia al mariscal Macdonald y acude con Ney al socorro de Dresde. ¿Llegará á tiempo? Ya está cercada la ciudad toda por grandiosas moles que van por todas partes desembocando para aniquilar la endeble hueste de San Cyr, atrincherada detrás de las empalizadas de los arrabales. Desde las ventanas de su palacio está presenciando el anciano monarca la tala espantosa de la amena campiña de su capital, y acompaña con su quebranto el desconsuelo de aquellos súbditos. Todo anuncia que Dresde va á caer en poder de los Austro-Rusos, y que el mariscal San Cyr no ha de poder contrarestar largo tiempo á Schwartzenberg. La fidelidad de los cuerpos alemanes que todavía sirven bajo nuestras banderas flaquea ya en términos que dos rejimientos de húsares wesfalienses se pasan al enemigo. El vecindario está ya en vísperas de tratar de rendicion.

Pero de repente se aparece Napoleon: el 26 á las diez de la mañana, atraviesa á galope el puente de Dresde y sus tropas le siguen á paso de ataque. Desde entónces cesa el desaliento y renace la confianza. El vecindario de Dresde prorumpe en gritos de regocijo al ver desfilar los coraceros de Latour-Maubourg, como si estuviera ya leyendo en aquellos rostros belicosos el decreto de salvacion para la ciudad.

A su llegada, el emperador se entera de los preparativos de defensa que se han practicado, y queda muy pagado al ver que cuanto ha providencia-

do el mariscal San Cyr es dignísimo de su aprobacion. Satisfecho sobre este particular, sube al castillo, y con su presencia esplaya a la familia real, que estaba tratando de fugarse.

Su visita es instantánea, pues vuela en alas de su afan por imponerse presencialmente en el número, posiciones y movimientos del enemigo, para lo cual se sitúa al punto en una de las puertas de la ciudad, agasajado por un vecindario afectuoso que anda descifrando en la frente serena del gran capitan la prenda de su propia seguridad. A la una Napoleon se halla al estremo del arrabal de Pilnitz, se apea y recorre todo el recinto esterior de la ciudad acercándose bastante á las avanzadas enemigas para que una bala fria tienda a su lado al paje que le acompaña.

A las tres da la señal de ataque con tres cañonazos disparados de las baterias del ejército austro ruso; suenan los tiros, y el enemigo, que está coronando todas las alturas que rodean la ciudad, baja á la llanura y se encamina arrojadamente contra nuestros reductos. Estimulale la presencia de los soberanos, y en la embriaguez de aquel ímpetu se conceptua vencedor y prorumpe en gritos de: Paris, Paris. Pero pronto el soldado francés acredita su pujanza guerrera, y su emperador está alli volviendo por el blason de sus águilas. Trábase la lid repentina y atrozmente. Hasta las reservas mismas se abalanzan; llueven balas y bombas dentro de la ciudad. Napoleon está palpando que llegó el trance de afianzar el paradero de la pelea y salvar la capital del único aliado que se le mantiene fiel. Manda contra el costado derecho del enemigo a Murat con su caballeria, y contra el izquierdo el cuerpo del duque de Trevisa. Luego hace desembocar por las puertas de Pirna y Plauen cuatro divisiones de la guardia nueva, mandadas por sus dignos jefes los jenerales Dumoutier, Barrois, Decouz y Roguet, colocados á las órdenes del valiente príncipe de la Moscowa. El embate de entrambas columnas trueca al punto el aspecto de la batalla. Todo ceja y se desvia ante la guardia jóven. Aquellos agresores, poco ha tan arrogantes y desdeñosos, se ven perseguidos ahora a diestro y siniestro, y abandonan la llanura que habian invadido con tantísimo denuedo, y que los coraceros despejan casi ya sin resistencia.

«No cabe duda en que el emperador esta en Dresde, esclama entónces el príncipe de Schwartzenberg, se ha malogrado el momento propicio para tomar la ciudad; no pensemos mas que en desviarnos.»

Con efecto, el emperador acaba de hacer constar su presencia, no solo por la maestria en disposiciones y maniobras, sino tambien por su activa participacion en los conatos y peligros heroicos de su ejército. «Napoleon, en medio de una lluvia de balas y bombas, dice un escritor aleman testigo ocular, pasa á galope tendido por el Schloss Gass para llegar á la puerta del lago y la trinchera de Lippodiswalde. Despues de pararse alli un momento, corre al campo de batalla; un oficial de su acompañamiento cae

muerto á su lado y muchos edecanes suyos salen heridos. » (Narracion de lo que ocurrió en Dresde, por un Sajon, testigo ocular, el mayor de Odeleben.)



Hasta las nueve de la noche suena el cañoneo. A las once el emperador recorre todavía el campo, procurando reconocer por sí la línea enemiga y ajustando sus cálculos y planes para el dia siguiente. A las doce vuelve al castillo; pero antes de desnudarse llama á Berthier á su gabinete y le dicta órdenes, que se despachan inmediatamente á cuantos jenerales se hallan mandando cuerpos de ejército para que todos estén prontos por la madrugada para volar con el númen del emperador tras el buen éxito de la nueva refriega que se está preparando.

Sin embargo, un cuerpo austriaco, al que una distribucion de aguardiente ha sacado del abatimiento en que yacia, el ejército del príncipe de Schwartzenberg, á consecuencia de la derrota del dia anterior, ha intentado una sorpresa en la puerta de Plauen, al resguardo de una noche oscura. Pero tropieza allí con el jeneral Dumoustier y el coronel Cambrone; el primero, aunque está con una pierna rota, quiere pelear todavía; y el segundo hace que los agresores se arrepientan de su arrojo cojiéndoles todo un batallon y una bandera.

Este embate nocturno está pregonando que los aliados, tan completamente derrotados el dia 26, no se conceptúan positivamente vencidos, y que volverán muy pronto á la refriega. Harto lo ha previsto Napoleon ,

puesto que ha despachado á deshora instrucciones urjentísimas á todos sus segundos. A las seis de la mañana, en medio de la lluvia y del lodo, monta á caballo y sale por la puerta de Freyberg para reconocer de nuevo los parajes y estudiar el terreno en donde va á renovarse la pelea. Advierte una laguna en las alturas que están al frente. El cuerpo del jeneral Klenau no ha ocupado todavía la posicion que se le ha destinado, y manda el emperador ejecutivamente á Murat y á Victor que marchen á dicho punto y ganen por la mano al enemigo. El rey de Nápoles y el duque de Belluno practican aquel movimiento con toda rapidez. A las nueve de la mañana son dueños de la posicion, pero se traba un redoblado cañoneo en el centro; la artillería sostiene el principal empeño de la batalla. « Allí es, dice el Manuscrito de 1813, en donde el soldado francés aguanta las mas crudas leyes de la táctica moderna. Tascando el freno que ataja su denuedo, pasa dos horas inmóvil, víctima de las balas que ambas líneas se están disparando de contínuo. »

A las once Murat se halla mas allá de las gargantas de Plauen. Se le ha visto, sable en mano, terciando su manto recamado de oro, cargando al frente de los carabineros y coraceros y lanzándose sobre la infantería austriaca. Su triunfo, al que cooperan esclarecidamente Victor y Latour-Maubourg, es ya completo; el ala izquierda de los aliados queda destrozada.

No es tampoco mas venturosa su ala derecha, pues huye de la guardia jóven, de cuyos peligros y triunfos participa el emperador.

Sobre todos los puntos el ímpetu francés descuella tan espléndido y sostenido como en los dias afamados de nuestra historia militar. Dos bata



llones de la guardia antigua, los únicos de aquella arma que han entrado en accion, solo han peleado á la bayoneta y han arrollado cuanto han ido encontrando en su avance. Mortier, San Cyr y Nansouty no sobresalen menos que Murat, Victor y Latour-Maubourg. Aquel conjunto asombroso de todos los pechos y desempeños, formado bajo los auspicios del númen, no podia menos de quedar coronado con un resultado decisivo. A las tres, la batalla de Dresde está ya terminantemente ganada por Napoleon. Los monarcas aliados, amenazados de perder su comunicacion con la Bohemia, tienen que mirar por su seguridad y se determinan á retirarse dejando en poder del vencedor de veinte y cinco á treinta mil prisioneros, cuarenta banderas y sesenta piezas de artillería. El primer cañonazo tirado de las baterías de la guardia imperial ha herido mortalmente al jeneral Moreau. El cielo no ha querido que el vencedor de Hohenlinden tuviera tiempo de agravar su crímen y perpetuar su baldon en los campos de batalla, y ha terminado el escándalo de la presencia de semejante sujeto en medio de los Rusos....

Cabe al emperador el conceptuar que la proteccion divina le abriga aun viendo el parricidio tan prontamente escarmentado en la persona de su antiguo competidor, y la desercion tan ejemplarmente castigada en sus aliados de Viena y de Berlin. Por desgracia es una ilusion que volará luego, pues es llegado el punto en que las mas esplendorosas hazañas no le librarán de una próxima caida. Retraido del impulso liberal que se alza contra él del pecho de la juventud alemana, se halla escluido de su instituto primitivo: el hombre político va á acabar en Napoleon. Pero como su númen le es invariable, y la nacionalidad francesa está siempre encarnada en él, caerá del trono sin menoscabar su gloria; caerá engrandeciéndose siempre para la posteridad, renovando hasta la última hora de su existencia soberana los mismos portentos con que asombraba al mundo cuando se estaba aun afanando por su encumbramiento, ú se habia remontado á la cumbre de su poderío.

El czar, el rey de Prusia y el príncipe de Schwartzenberg huyen todavía mas y mas ante el águila francesa, llevando consigo á Moreau moribundo. Ansian aposentarse por los desfiladeros de la Bohemia, y Napoleon los manda acosar eficazmente. Pero uno de sus jenerales, que presume demasiado del valor de sus tropas y del suyo, trata de cerrar el paso á todo un ejército con una bandada de soldados valerosos. El jeneral Vandamme, olvidando el dicho del emperador «de que se debe echar un puente de oro ú contraponer un murallon de acero á un ejército fujitivo,» y que no es harto fuerte para formar semejante valla de acero, el jeneral Vandamme se mete en las gargantas de Kulm y trata de atajar al grande ejército vencido en Dresde. Pero tras inauditos conatos y una resistencia desesperada, que causa una pérdida considerable al enemigo, el jeneral francés queda

soterrado por el número. Desaparece en la refriega; se le conceptúa muerto, su cuerpo de ejército cae todo prisionero, y muy luego se sabe que él mismo ha caido en poder de los Austro-Rusos.

Este desman aislado, que costó mas de diez mil hombres al ejército frances, minoró los resultados de la batalla de Dresde, cuanto mas que sobrevienen casi al mismo tiempo aciagos acontecimientos en el ejército de Silesia, pues los aguaceros estremados han sacado de madre los rios aun menos caudalosos. Anega la inundacion todos los caminos; los puentes se hallan rotos, y nuestros diferentes cuerpos privados de comunicaciones entre sí. En tan crítica situacion, el mariscal Macdonald tuvo que atravesar el Bober, el Queisse y el Neisse despues de haber perecido en Lœwenberg la mayor parte de la division Puthod, cuyos restos se salvaron.

Napoleon, dejando el gran ejército enemigo como encerrado en las montañas de la Bohemia, marcha á Silesia, y encuentra, el 4 de setiembre, el cuerpo de Macdonald en las alturas de Hochkirch. El mismo dia dispone que tome aquel ejército la ofensiva, acomete al enemigo, y desalojándolo de las alturas del Wolenberg, lo persigue durante todo el dia 5 hasta Gœrlitz, y despues de precisarle á pasar atropelladamente el Neisse y el Queisse, regresa el 6 á las siete de la noche á Dresde en donde sabe que el consejo de guerra del tercer cuerpo de ejército acaba de sentenciar á muerte al jeneral Jomini, suizo de nacion y jefe de estado mayor de aquel cuerpo, por haberse desertado al enemigo en el trance de estarse renovando las hostilidades.

Sin embargo el mariscal Oudinot tampoco habia sido mas venturoso en su marcha sobre Berlin que Macdonald en Silesia. Derrotado el 24 de agosto en Gros Beeren, habia sido reemplazado por Ney, el cual, despues de haber alcanzado alguna ventaja, el 5 de setiembre, contra el jeneral Tauensein, padeció al dia siguiente un descalabro en Juterbock, en donde fue atacado por Bernadotte y Bulow.

Asi que, se iban redoblando los fracasos do quiera que no se hallaba el emperador, quien fué el primero en advertirlo; así concentrando en Dresde el estribo de sus operaciones, se mantuvo en cierto modo cabalgando el Elba, siempre dispuesto para acudir do quiera apremiase el peligro, y siempre en ademan de zelar y dirijir las maniobras y movimientos de los cre[illegible] los cuerpos que componian su ejército. De este modo pasó el mes de setiembre y la primera mitad de octubre marchando ora contra Schwartzenberg, ora contra Sacken, contra Blucher y Bernadotte, derrotando á los unos en Geyersberg, á los otros en Dessau, y haciéndoles temer a todos el encuentro del brazo invencible que al parecer estaba gozando el privilejio de presenciarlo todo. Pero estos triunfos no hacian mas que cercenar su ejército, ya tan debilitado con los fracasos de la campaña anterior, sin destruir los recursos mas y mas redoblados de los ejércitos unidos.

Llegábanle de todas partes refuerzos al enemigo, y nuevas deserciones le estaban todavía auxiliando. El rey de Baviera imitaba al emperador de Austria, faltando á la fe de los tratados y rompiendo los vínculos de familia. Además la sublevacion iba cundiendo á las espaldas nuestras. Habíanse organizado cuerpos de partidarios en Sajonia y Wesfalia. El jeneral sajon Thielmann habia desamparado nuestras banderas para capitanear á tres mil guerrilleros rusos y prusianos, y habia sorprendido en Hauemburgo de trescientos á cuatrocientos enfermos que recobró en Freyburgo el jeneral Lefebvre Desnouettes. En este movimiento jeneral de los territorios alemanes contra la dominacion francesa, el rey de Wesfalia, Jerónimo Bonaparte, habia sido arrojado de su capital y tenido que retirarse sobre el Rin.

Al saber la desercion de la Baviera y la conmocion que se estaba manifestando en la Alemania central, comprendió Napoleon que le seria difícil mantenerse sobre el Elba y trató de acercarse á las fronteras francesas conservando en cuanto posible fuera su ademan victorioso. Pero conoció que arrostrando una hueste crecidísima que nada descaecia con las mas completas derrotas, por cuanto se estaba reforzando de continuo con levas de toda la Europa, era forzoso que hiciese una quinta estraordinaria, y mandó pedir al senado doscientos ochenta mil hombres por la emperatriz rejente, que pronunció, al intento el 7 de octubre, un discurso que Napoleon le habia remitido desde sus reales.

El senado, que siempre se habia mostrado solícito en cumplir los deseos del emperador, no debia mostrarse indócil cuando eran mayores las urjencias del pais y requeria auxilios ejecutivos la situacion del ejército francés en el estranjero: votóse pues sin oposicion la quinta de doscientos ochenta mil hombres.

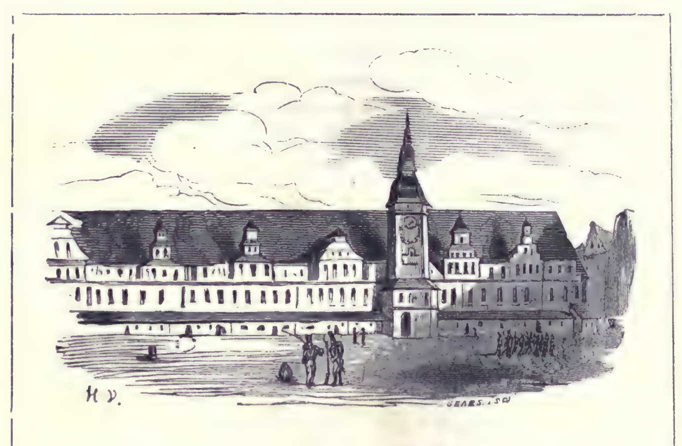
Napoleon se hallaba sobre el Elba dueño de los puentes de Dessau, Aken y Wartenburgo, de que se habian apoderado los jenerales Reynier, Bertrand y el mariscal Ney; y su intento, dice el parte oficial, «era pasar aquel rio, maniobrar en la orilla derecha desde Hamburgo hasta Dresde; amenazar á Potsdam y Berlin y tomar á Magdeburgo por centro de operaciones, cuando la noticia de la desercion de los Bávaros le hizo orillar aquel proyecto y le determinó á retirarse sobre Leipsick.»

Esta resolucion regocija á los censores del cuartel jeneral, que ven con pesar á Napoleon propenso á dar un golpe de mano sobre Berlin y á internar la guerra entre el Elba y el Oder, cuando ellos no ansiaban mas que volver prontamente sobre el Rin.

El emperador llegó el 15 de octubre á Leipsick, donde se hallaban ya reunidos los cuerpos de Victor, Augereau y Lauriston; siguiéronle de cerca los aliados, y por un movimiento combinado de todas sus fuerzas desparramadas, lograron concentrarse el 16 al rededor del ejército francés,

que se halló así atajado en su marcha al mediodia y al poniente por Schwartzenberg y Giulay, al paso que Beningsen y Colloredo, Blucher y Bernadotte acudian sobre él del oriente y del norte.





CAPITULO XLVI.

Batalla de Vachau y de Leipsick. Desercion de los Sajones. Paradero desastroso de la campaña. Regreso del emperador á Paris.



ONTRAPUESTOS se hallaban quinientos mil hombres bajo las murallas ó en los alrededores de Leipsick; y se hacia por tanto imprescindible una grandísima batalla.

El dia 15, Napoleon, despues de serenar el ánimo á los reyes de Sajonia que habian venido á juntarse con él en Leipsick, fué reconociendo el éjido de la ciudad y visitando los diferentes cuerpos de ejército aposentados en los alrededores; dedicando lo restante del dia y parte de la noche á los preparativos para la batalla que parecia positiva para el dia siguiente.

El 16, á las nueve de la mañana, se dió con efecto la señal para la refriega al mediodía de Leipsick por el príncipe de Schwartzenberg; pero

aquella pelea se jeneralizó luego, sostenida por doscientas piezas de artillería. Los aliados lograron al pronto alguna ventaja, amenazaban las aldeas de Markleeberg y de Dolitz, é iban arrollando nuestra derecha, cuando la infantería de Poniatowski y de Augereau y la caballería del jeneral Milhaud consiguieron atajar por aquella parte el avance del enemigo.

En el centro, Victor y Lauriston conservaron a Vachau y Lieberwalkwitz a pesar de los conatos del príncipe de Wurtemberg y de los jenerales Gorzakoff y Klenau.

Pero no le bastaba al emperador contrarestar con éxito y guardar sus posiciones, mas que nunca necesitaba un triunfo esclarecido y una victoria decisiva; y cuando sus enemigos se veian frustrados en sus primeros avances, tenia luego que acometerlos denodadamente y sin darles lugar para rehacerse de su trastorno y desaliento y reemplazar con tropas frescas los cuerpos acosados y vencidos; esto es lo que hizo Napoleon.

Lanzando sobre la izquierda a Macdonald y Sebastiani contra Klenau, y mandando á Mortier que sostuviera á Lauriston con dos divisiones de la guardia joven, envió á la derecha á Oudinot para apoyar á Victor, mientras que Curial marchó sobre Dolitz para reforzar a Poniatowski. Ciento y cincuenta piezas de la artillería de la guardia, dispuestas por el jeneral Drouot, acudieron á protejer todos aquellos movimientos.

Jenerales y soldados desempeñaron al par los intentos del sumo capitan. Victor y Oudinot persiguiendo al príncipe de Wurtemberg le arrojaron hasta Gossa. Mortier y Lauriston hicieron otro tanto con el cuerpo de Klenau. Macdonald y Sebastiani alcanzaron por su parte un triunfo completo, y Poniatowski fué inutilizando todas las tentativas combinadas de los Prusianos, Rusos y Austriacos para que abandonase su posicion en las orillas del Pleiss.

Viendo el emperador Alejandro que iba á perderse la batalla de Vachau, se decidió á franquear, no solo sus reservas, sino tambien su escolta con riesgo de comprometer su propia seguridad, acudió al punto mas amenazado, y lanzó á los Cosacos de la guardia sobre la caballería francesa. Esta determinacion estrema, tan jenerosa como arriesgada, si podia comprometer la persona del czar, salvó sin embargo al ejército de los aliados de una derrota completa. Los Cosacos recobraron veinte y cuatro de las veinte y seis piezas que acababan de tomarse á los Rusos, las reservas austriacas llegaron despues. «Los aliados eran tantísimos, dice el *Memorial de Santa Helena*, que cuando estaban sus tropas cansadas se iban relevando arregladamente como en una parada.» Con semejante superioridad numérica, árduo en gran manera se hacia el derrotarlos definitivamente; así, á pesar de los prodijios de valor que manifestó el ejército francés, la victoria vino a quedar como indecisa.

Pero no solo se habia peleado en Vachau, tambien se habia oido el

cañon sobre el Partha y por el lado de Lindenau. Sobre el Partha, Blucher, que tenia á su favor la ventaja del número, habia desalojado al cuerpo de Marmont. En Lindenau, Giulay habia sido menos afortunado contra el jeneral Bertrand que habia defendido y salvado el camino de Francia.

Los aliados perdieron veinte mil hombres en Vachau. El jeneral austríaco Merfeld, que habia caido del caballo en medio de las bayonetas francesas, rindió su espada al capitan Pleineselve de la division Curial. Por parte de los Franceses hubo dos mil y quinientos hombres fuera de combate. Una bala le llevó la pierna al jeneral Latour-Maubourg. Napoleon tributó los mayores elojios á la conducta de sus tenientes Victor, Marmont, Ney, Oudinot, Macdonald, Augereau, etc.; particularizó el denuedo de Lauriston y el heróico arrojo de Poniatowski, á quien confirió la dignidad de mariscal.

Desde algun tiempo quedaban sin resultado las batallas que al parecer debian ser decisivas para el emperador Napoleon. Lutzen, Bautzen y Dresde no habian hecho mas que aumentar el número y el ardor de sus enemigos; ¿qué podia pues esperar de una refriga en que el triunfo no habia sido señalado con la derrota ni con la retirada de los aliados? Al volver á su tienda tuvo que disponerse para pelear al dia siguiente.

Por la noche le presentaron su prisionero el jeneral Merfeld, á quien habia conocido en Leoben y á quien volvió prontamente su espada dejándole marchar sobre palabra, encargándole proposiciones pacíficas para el emperador de Austria y diciéndole al despedirle:

« Están respecto á mi muy equivocados; mis deseos todos se encaminan á descansar á la sombra de la paz, é idear la dicha de la Francia, despues de haber engrandecido su gloria....

« Ya sé que al cabo debo hacer sacrificios; estoy dispuesto á hacerlos... Adios, jeneral; cuando hableis por mí del armisticio á entrambos emperadores, no dudo que la voz llegada á sus oidos será para ellos muy elocuente en recuerdos. »

El jeneral Merfeld regresó junto á los suyos, quienes quedaron tan admirados como gozosos al abrazarle; pero las palabras de paz de que era portador hallaron suma tibieza en sus oyentes. Los sentimientos personales de los monarcas y los recuerdos que invocaba Napoleon estaban enteramente subordinados á las exijencias de una política inflexible. La coligacion no trataba de arrimar las armas, de enfrenar sus pretensiones ó entorpecer sus embates, cuando los acontecimientos se iban declarando á favor suyo.

La batalla hubiera continuado el 17, si las copiosas lluvias y los caminos intransitables que habian retardado la llegada del jeneral Beningsen no hubiesen inducido á los aliados á trasladar su ataque al dia siguiente. Si Napoleon conceptuó que se estaba deliberando en los reales enemigos

sobre las proposiciones confiadas al general Merfeld, pronto debió desengañarse, pues el 18 al amanecer los aliados estaban en movimiento. Pero el emperador lo habia previsto ya todo y habia pasado la noche tomando



sus disposiciones, recorriendo las tiendas de sus generales, despertando á Ney en Reudnitz, visitando á Bertrand en Lindenau y dando por todas partes las órdenes para el dia siguiente.

A las diez se trabó el fuego en toda la línea. Los enemigos dirigieron principalmente sus esfuerzos sobre las aldeas de Connewitz y de Probsthede, en cuya toma cifraban el triunfo de la refriega. Cuatro veces trataron de ocupar á Probsthede, y otras tantas quedaron desairados. El ejército francés se defendia tenazmente por todos los puntos y logró conservar sus posiciones. El ejército de Silesia intentó en vano apoderarse del arrabal de Halle y hacerse firme en la orilla izquierda del Partha. Si logró pasar este rio algunas veces, al punto se vió acometido y arrollado por el príncipe de la Moscowa que consiguió siempre arrojarlo á la orilla opuesta.

A las tres el éxito de la batalla era favorable al ejército francés. Pero uno de aquellos acontecimientos que la ciencia militar no alcanza á prever ni á conceptuar y que tantas veces habian trastornado de un año á aquella parte los cálculos de Napoleon, trocó de repente el sesgo de la guerra. El

ejército sajon y la caballería wurtemberguesa se pasaron al enemigo; el jeneral en jefe Zeschau, que se mantuvo fiel á nuestras banderas, solo pudo detener á sus órdenes unos quinientos hombres. La artillería volvió sus cuarenta piezas contra la division del jeneral Durutte.

Esta desercion inaudita, ejecutada en el campo de batalla, dejó un vacío en la línea francesa y entregó á los aliados la posicion trascendental que el ejército sajon estaba encargado de resguardar. En pocos instantes Bernadotte pasa el Partha y ocupa á Reidnitz; ya está á media legua de Leipsick cuando llega Napoleon con una division de la guardia. La presencia del emperador enardece el denuedo de sus tropas, vuelve á tomarse Reidnitz, y al anochecer somos, como la víspera, dueños del campo de batalla, mas bien vencedores que vencidos; pero reducidos á renovar diariamente una lid sangrienta, cuyo resultado era debilitar nuestras filas, y cuyo mas próspero éxito solo podia proporcionarnos un camino reñidísimo y una retirada gloriosa al través del suelo jermánico.

Napoleon se hallaba pues en los campos de Leipsick, tras el heróico teson de su ejército, como despues de las esplendorosas proezas de la jornada de Vachau, en la necesidad de disponerse á nueva pelea para el dia siguiente. Pero á las siete de la noche los jenerales Sorbier y Dulauloy le informaron que estaban casi exhaustas las municiones de guerra, y que apenas habia con que sostener el fuego durante dos horas. En cinco dias el ejército habia tirado mas de doscientos veinte mil cañonazos, y para pertrecharse no habia mas arbitrio que optar entre Magdeburgo y Erfurth.

En semejante situacion no habia que titubear. Napoleon se decide por Erfurth y da al punto órden para la retirada por los desfiladeros de Lindenau que el jeneral Bertrand habia defendido y conservado denodadamente contra el cuerpo austríaco de Giulay.

El emperador deja el campo á las ocho de la noche y vuelve á Leipsick donde se apea en una posada (la de las Armas de Prusia). El duque de Bassano le informa de la conversacion que acaba de tener con el rey de Sajonia. Este venerable príncipe se habia mostrado aflijidísimo del comportamiento de su ejército y no queria separarse del emperador, decidido á seguir su suerte. «Escelente príncipe, prorumpe Napoleon, es siempre el mismo, le encuentro tal cual era en 1807 cuando estampaba en los arcos de triunfo: A NAPOLEON FEDERICO AUGUSTO RECONOCIDO.»

El emperador pasa la noche dictando órdenes á los duques de Bassano y de Vicenzo. El 19, al rayar el dia, la mayor parte del ejército habia verificado su movimiento de retirada. Victor y Augereau desfilan los primeros; Marmont queda encargado de defender el arrabal de Halle mientras le sea dable, Regnier el de Rosenthal, y Ney los del oriente. Lauriston, Macdonald y Poniatowski, colocados á retaguardia, tienen que permanecer en los barrios del mediodía y conservar los alrededores del Elster has-

ta que los cuerpos de Ney y de Marmont hayan pasado el rio. Recibe esta orden Poniatowski del emperador mismo. «Príncipe, le dice Napoleon, defendereis el arrabal del mediodia. — Señor, responde, tengo muy poca jente. — Os defendereis en suma con la que teneis. — Ah, señor, nos mantendremos; estamos siempre prontos á perecer por vuestra Majestad.» El esclarecido y desgraciado Polaco cumplió su palabra; ya no debia ver mas al emperador.

Propusiéronle á Napoleon que hiciese de Leipsick un estribo de desfiladero é incendiase sus arrabales para atajar al enemigo si asomaba en ademan de tomarlos, con lo cual el ejército frances hubiera tenido mas tiempo para verificar su retirada y salir del desfiladero de Lindenau.

«Por mas odiosa que fuera la traicion del ejército sajon, dice el parte oficial, el emperador no pudo avenirse á destruir una de las mas hermosas ciudades de Alemania; prefirió esponerse á perder algunos centenares de carros al adoptar aquel bárbaro partido.»

Sin embargo el enemigo habiendo advertido el movimiento retrógrado de los Franceses, arroja aunadamente todas sus columnas sobre Leipsick, ansiando á porfía internarse en su recinto y coronar con la destruccion de nuestra retaguardia el gran acontecimiento que entregaba la Alemania á los aliados.

Pero encontraron en los arrabales una resistencia tenaz é inesperada. Macdonald y Poniatowski, destinados á salvar el ejército, cumplieron heroicamente el noble y arriesgado encargo que se les habia confiado. Mientras que detenian al enemigo á las puertas de la ciudad, el emperador se hallaba todavía junto al rey de Sajonia. Estaba manifestando al venerable anciano el quebranto que le traspasaba el dejarle en medio de sus enemigos, y para dilatar mas y mas el trance de su separacion, iba alargando el coloquio, cuando al estruendo de una descarga que suena junto al arrabal de Halle, se levanta el rey é insta al emperador para que se marche prontamente de Leipsick. «Bastante habeis hecho, le dijo, y es ya estremar la jenerosidad el aventurar vuestra persona por permanecer algunos instantes mas dándonos consuelo.» Napoleon se resiste al pronto; pero acercándose el estruendo de las descargas, la reina y la princesa Augusta aunan sus ruegos con los del rey, y entonces el emperador se aviene. «No queria dejaros, les dice, hasta que el enemigo estuviera en la ciudad, y os debia esta prueba de intimidad entrañable. Pero veo que mi presencia no hace mas que acibarar vuestro sobresalto, y me doy á partido. Recibid pues mi despedida. Suceda lo que quiera, la Francia pagará la deuda de amistad que con vos tengo contraida.» El rey acompañó al emperador hasta la escalera y allí se abrazaron por la última vez.

Eran sin embargo infundadas las zozobras de los augustos aliados de Napoleon. Marmont, Ney, Reynier, Macdonald, Lauriston y Poniatowski

eran todavía dueños de las posiciones confiadas á su resguardo. Todos los ataques de Blucher y de los demás jenerales enemigos se habian contrarestado esforzadamente, de modo que el emperador pudo salir sin tropiezo de Leipsick y llegar sosegadamente á Lindenau.

Mas otras novedades, ajenas de la prevision del númen, se agolpan acarreando mayores quebrantos.

Mientras que la retaguardia defiende á pulgadas los arrabales y va pausadamente verificando su retirada bajo los muros de Leipsick, los Sajones que han quedado en la ciudad tiran sobre las tropas francesas desde lo alto de las murallas.

Entónces se atropellan sobre el gran puente del Elster que comunica con el desfiladero de Lindenau. Estaban minados los machones, y el coronel Monfort era el encargado de hacerlo volar luego que las últimas columnas del ejército hubieran pasado á la orilla opuesta para contener la marcha del enemigo. Por una equivocacion azarosa, el zapador á quien se ha confiado la mecha, cree que los Franceses han acabado de transitar y que llegan los aliados, viendo tirar sobre la retaguardia desde las fortificaciones. Prende fuego á los hornillos, y una recia esplosion alcanza á despertar al emperador que se ha entregado al sueño, rendido ya de cansancio, en el molino de Lindenau. Ha volado el gran puente del Elster, y cuatro cuerpos de ejército que tienen consigo mas de doscientas piezas se



hallan todavia sobre las murallas ó en los arrabales. ¿Cual será la suerte de aquellos valientes mandados por Macdonald, Regnier, Lauriston y Poniatowski? Acosados por el numero, ya nó les cabe resistir, y una mano francesa acaba de atajarles la retirada. Macdonald se arroja al Elster y se salva nadando. Poniatowski se abalanza á caballo al rio, se empoza en un abismo y desaparece. Igual suerte les cabe á Regnier y Lauriston, se les conceptúa muertos ó ahogados. Doce mil hombres fenecen ó paran en poder del enemigo con aquel funesto acontecimiento.

Los aliados son dueños de Leipsick. El rey de Sajonia marcha á Berlin para pagar, desatendido por las grandes potencias de Europa, su inviolable fidelidad á la Francia, y Bernadotte participando en Leipsick del triunfo y la embriaguez de los enemigos del nombre francés, se sienta familiarmente á la mesa de los orgullosos potentados que pelean contra Napoleon por la restauracion del derecho divino.

Los reyes lejitimos todavia necesitan avasallar sus repugnancias y encubrir sus segundas intenciones. Disimulan con el príncipe de orijen plebeyo y con el liberalismo aleman cuyos auxilios han aceptado. La añeja Europa sabrá erguirse contra sus necios auxiliares, y frustrarles de sus mas solemnes promesas cuando haya derrotado al enemigo comun.

Napoleon ha debido conocer en el nuevo golpe que acaba de traspasarle, la inexorable é invisible potencia que trastorna todos sus cálculos, burla todas sus previsiones y le va conduciendo al parecer destinadamen



te al abismo por medio de una serie de victorias á las que siguen y anonadan al punto incidentes inauditos y catástrofes pavorosas.

Despues de tributar justicieramente su duelo á las víctimas de aquel sumo fracaso, el emperador manda comparecer ante un consejo de guerra al coronel Montfort y al zapador que ha hecho volar con tanta precipitacion el puente del Elster; despues prosigue su retirada sobre Erfurth, en donde se aposenta el cuartel jeneral el 23, y á donde llega el ejército victorioso, dice el boletin, dirijido á la emperatriz, como llegaria una hueste derrotada.

Napoleon marcha de Erfurth el 25, y se encamina al Rin. Los Austro-Bávaros le salen al encuentro y tratan de cortarle el paso en Hanau. Pero los descalabros de Leipsick no han debilitado de tal modo al ejército francés que todavía no pueda hacer que sus infieles aliados se arrepientan de su arrojo al quererle cortar la retirada. El emperador pasará sobre sesenta mil Austríacos y Bávaros mandados por Wrede y protejidos por ochenta piezas de artillería. En el trance de acorralarle el enemigo y de estarse ya lisonjeando de rendirle, los artilleros se armarán con sus carabinas y defenderán tenazmente sus piezas colocados detrás de las cureñas. El valiente Drouot les dará el ejemplo empuñando el sable, y su heróico ademan contendrá al enemigo dando tiempo á que pueda llegar Nansouty con la caballería de la guardia y libertar á los denodados artilleros.

Los Bávaros pierden hasta diez mil hombres en la refriega de Hanau.



Seis jenerales quedan muertos ó heridos y dejan en poder del vencedor cañones y banderas. Napoleon condecoró á dos escuadrones de guardias de honor por haber alternado en los peligros y la gloria con los coraceros, granaderos de á caballo y dragones en aquel brillantísimo trance.

El 1°. de noviembre, el emperador llegó á Francfort. Desde allí escribió á María Luisa anunciándole que le remitia veinte banderas cojidas en Vachau, Leipsick y Hanau. Estos trofeos habian costado muy caros. Al dia siguiente Napoleon entró en Maguncia á las cinco de la madrugada y se dedicó durante algunos dias á la reorganizacion del ejército que iba á escuadronarse por la línea del Rin, y marchó el 8 por la noche para Francia. El 9, á las cinco de la tarde, se apeaba en San Cloud.



CAPITULO XLVII.

El senado congratula al emperador. Quinta de trescientos mil hombres. Reunion y disolucion del cuerpo lejislativo.



Por la segunda vez en el espacio de un año, Napoleon, que tenia por larguísimo tiempo avezados los Parisienses á los cantos de victoria y á las entradas triunfales, habia regresado á su capital vendido por sus aliados y por la fortuna, acosado por las huestes de toda la Europa, y no teniendo ya para contrarestarlas mas que los restos de la suya esclarecidamente caida en el campo del honor á los embates de la alevosía y de la fatalidad.

Iban á residenciarle por los antojos de la suerte y las traiciones que

habia padecido. La Francia, olvidando que no habia sido el motor de la guerra y que solo la habia sostenido por ella con tanto tesón y entereza, se estaba disponiendo para decirle, como en otro tiempo el señor de Roma á Varo: «Vuélveme mis lejiones.»

No, el gran pueblo no empañará su gloria con tamaña sinrazon é ingratitud para con su hombre grande. No será palaciego tenaz como el senado, ni crítico intempestivo como el cuerpo lejislativo, lamentará los yerros políticos cometidos en la prosperidad, pero se guardará de tomarlos por tema de reconvencion en el trance de la adversidad. Su instinto certero calará la máscara réjia con que el númen de la revolucion malhadadamente se ha disfrazado, y persistirá en sostener con sus anhelos y su sangre al héroe que, bajo la toga consular y ceñido con los laureles de Ejipto y de Italia, celebraba en 1800 en el Campo de Marte el aniversario del 14 de julio y saludaba con entusiasmo el pueblo francés como á su SOBERANO. Si los grandes cuerpos del estado no espresan sus ideas, se encaminará á la soledad en busca de un patriota esclarecido para constituirle otro él mismo, y el animoso tribuno que contrarestó solo el restablecimiento de la monarquía vendrá á sindicar, ofreciendo su brazo al emperador, á esos lejisladores tanto tiempo mudos que habrán aguardado, para manifestar algunas veleidades de oposicion, que los anime el estruendo del cañon estranjero ó los sostengan los inminentes peligros del imperio. Carnot, que se desterró de los negocios públicos y cuya voz se mantuvo intacta del ambiente lisonjero cuando Napoleon veia á sus plantas á los subdelegados oficiosos de la Francia y á los reyes mas orgullosos de Europa, Carnot escribirá al emperador poniéndose á su disposicion, porque, á pesar de ciertos actos poco avenibles con las tendencias del siglo, siempre reconocerá en él al representante de la nacionalidad francesa, y el emperador le responderá encargándole la defensa de Amberes.

Redobla el senado desaladamente sus lisonjas de tabla al emperador, quien le dice en su contestacion: «Hace un año toda la Europa marchaba con nosotros; ahora toda ella marcha en contra nuestro, y es porque la opinion del mundo era encabezada por la Francia ó la Inglaterra. Tendríamos pues que temerlo todo sin la enerjía y poder de la nacion.

«La posteridad dirá que tan grandes y críticas circunstancias no arrollaron ni á la Francia ni á mi.»

Al dia siguiente, 15 de noviembre, el gobierno pidió una quinta de trescientos mil hombres, y quedó votada por el senado.

El cuerpo lejislativo estaba convocado desde el 25 de octubre por un decreto dado en Gotha. A su llegada á Paris supo el emperador que influjos enemigos trataban de avasallar aquella junta. Al punto, haciendo uso de la potestad de dictador que sabia apropiarse cuando las circunstancias lo requerian, decretó que el presidente del cuerpo lejislativo seria nombrado

por él, y su eleccion recayó en el duque de Massa, á la sazon juez supremo, y que fué reemplazado en el ministerio de la justicia por el consejero de estado Molé.

La defensa del territorio embargaba todo el ánimo de Napoleon. Por un decreto del 16 de diciembre mandó que se formaran treinta cohortes de la guardia nacional que destinó á la defensa de las plazas fuertes.

El 19 del mismo mes se celebró la sesion de apertura del cuerpo lejislativo.

El emperador comunicó á los diputados y al senado los documentos diplomáticos que contenian el secreto de las negociaciones durante la última campaña y podian enterarlos de las disposiciones actuales de las grandes potencias. Estos dos cuerpos nombraron cada uno su comision para proceder al escrutinio de aquellos documentos. Mr. de Fontanes informó por la comision del senado; Mr. Lainé, diputado de la Jironda, habló en nombre de la comision lejislativa.

Mr. de Fontanes sostuvo su papel de partidario acérrimo de la monarquía y de servidor ansioso del imperio. Estrañó la declaracion de los soberanos coligados, los cuales en sus últimos manifiestos aparentaban manifestar que solo tenian mala voluntad al emperador, y no á la nacion francesa. « Esta declaracion, dijo el orador del senado, es de un tenor nunca visto en la diplomacia de los reyes; no esponen ya sus cuitas á los reyes sus iguales dirijiéndoles sus manifiestos, sino que hablan con los pueblos. ¿No puede redundarles en daño semejante ejemplar? ¿Pueden dudarlo sobre todo en esta época en que los ánimos, acosados con todas las dolencias del orgullo, hallan tan cuesta arriba el humillarse bajo la autoridad que los abriga enfrenando sus demasías? ¿Y contra quién se asesta aquel embate? Contra un hombre grande que mereció el reconocimiento de todos los reyes, por cuanto al restablecer el trono de Francia, soterró el volcan que á todos estaba amenazando. »

Este lenguaje para hacer resaltar la imprevision ó la ingratitud de los reyes rasgueaba cabalmente cuanto en las circunstancias actuales hubiera debido borrar el emperador de la memoria de los pueblos. Con la omnipotencia de la democracia disciplinada y con la fuerza incontrastable del ímpetu revolucionario, cuyo supremo ordenador se habia constituido, Napoleon triunfó en tantas ocasiones de los enemigos de la Francia y se le reputó por tanto tiempo invencible. Empeñándose en retratarle tan solo como el restaurador de las antiguas instituciones y el libertador de la añeja Europa, se le apeaba de su carácter primitivo y de su naturaleza popular, aquel ensalmo que le habia ayudado á hacer todos los milagros de su vida. Ya no era el númen del siglo aherrojando la victoria á la bandera de la revolucion francesa. El Hércules plebeyo, que durante tantos años avasalló con su temible mano el torrente de lo pasado, habia llegado á

esperimentar su influjo y se habia constituido el amparador del trono y de la aristocracia; sus aduladores recordaban ahora aquel estravio y en alta voz le daban el parabien. Pero al encumbrarse así al reconocimiento de la Europa monárquica, ¿no se sinceraba el levantamiento de la Europa liberal que estaba á la sazon tremolando sus banderas de estremo á estremo de Alemania y prometia constituciones en Berlin, al paso que las estaba ventilando en Cádiz? ¿No era esto tambien favorecer los amaños de las pandillas el contrarestar el sesgo democrático de la actualidad, y retratar á Napoleon como el enemigo de aquel sistema? Tanto mas de temer era esto en cuanto no carecian de verdad los recuerdos á que apelaba Mr. de Fontanes. Con efecto, era indisputable, y repetidas veces hemos tenido ocasion de evidenciarlo, que Napoleon habia procurado identificarse con el antiguo rumbo de los negocios, como él mismo lo ha confesado.

Aquel empeño quebrantó la entereza de su potestad afianzada en el nuevo sistema: desairóle la suerte, y pasmó á las jentes en la misma campaña con sus redoblados triunfos y su rapidísima decadencia.

Pero Mr. de Fontanes vino tan solo á mostrar uno de los visos de la política de Napoleon, y aun era el que mas habia de redundar en tibieza con los unos y en desvio y encono con los otros. No obstante el emperador se quejaba del concepto que merecian sus jestiones y su situacion á los pueblos y los reyes. El encabezador de la cuarta dinastia tropezaba con su propio pensamiento en el discurso del antiguo realista que el senado habia elejido para informante. Dió gracias á la diputacion del aquel cuerpo respecto á sus demostraciones, y luego bosquejó en términos harto congojosos el estado de la Francia.

«Habeis visto, les dijo, por los documentos que os he comunicado cuanto me desvivo por la paz. Haria sin quebranto los sacrificios que consienten las bases preliminares que me han propuesto los enemigos y que he aceptado; mi vida se vincula toda en un objeto, la felicidad de los Franceses.

«Sin embargo el Bearne, la Alsacia, el Franco Condado y el Brabante están invadidos. Los clamores de aquella parte de mi familia me traspasan el corazon. Llamo á los Franceses al auxilio de sus hermanos.»

Demasiado cierto era que la Francia se hallaba invadida. Los ejércitos de España, precisados á evacuar la Península, tramontaban el Pirineo, perseguidos por los Anglo-Hispanos que acampaban ya en nuestro territorio. Al norte, el Rin se hallaba traspuesto en varios puntos, y el virey apenas podia sostenerse mas allá de los Alpes, mientras que las plazas fuertes del Elba y del Oder se iban rindiendo y que Dantzick estaba ya capitulando. El trance no podia menos de ser favorable al partido contrarevolucionario que nunca habia desmayado y cuyos principios tenazmente escudados por el torismo ingles, habian sido la causa mas ó menos manifiesta de la

coligacion contra la Francia. Los Borbones,cuyo nombre parecia olvidado y que eran enteramente advenedizos para las nuevas jeneraciones, volvieron á presentarse en las fronteras de España é inundaron con sus proclamas los departamentos meridionales. Al remedo de sus poderosos aliados de allende el Rin que habian aceptado el arrimo del *Tugend-bund*, trataron tambien de embaucar al liberalismo retoñando, y no temieron presentarse como restauradores de las libertades públicas, mientras que otros, por una contraposicion asombrosa,recomendaban á Napoleon como el restaurador del altar y del trono. Así los enemigos mas encarnizados de la revolucion se hallaban reducidos á tributarle homenaje y proclamar que ya no estaba con el emperador para que este cesase de ser invencible.

Con especialidad en el poniente y el mediodía se ponian ya en movimiento los parciales de los Borbones. En algunos parajes se acuadrillaban reclutas indómitos alentados por conspiradores, poniéndose en ademan de amenaza. En Paris, una junta superior, que formaban hombres luego descollantes entre los mas célebres constitucionales, servia de norte á los enemigos interiores y esteriores.

Ahora bien, la comision del cuerpo lejislativo se valió de aquel trance para insinuar que el despotismo habia reemplazado el reinado de las leyes y que la prolongacion de la guerra solo deberia atribuirse al emperador; que su afan de engrandecimiento y señorío era el único obstáculo á la pacificacion jeneral. A impulsos de los fracasos y peligros públicos, remaneció poniendo condiciones á los auxilios y sacrificios que pedia Napoleon á los diputados de la nacion para precaver al pais de la invasion estranjera. Encolerizóse el emperador con un arrojo tan tardío cuanto intempestivo. La impresion y reparto del informe de Mr. Lainé habian sido votados por las cuatro quintas partes de la junta; mas quedó anulado todo por la voluntad del soberano. El 30 de diciembre se embargó la impresion con los moldes, y Napoleon se desahogó así en medio del consejo de estado.

« Señores, les dijo, ya sabeis la situacion de los negocios y los peligros de la patria; conceptué oportuna mi comunicacion íntima con los diputados del cuerpo lejislativo, aunque me cabia prescindir de aquel paso..... pero han labrado con este acto de mi confianza una arma contra mí, quiero decir, contra la patria. El cuerpo lejislativo, en vez de ayudar á salvar la Francia, se auna para atropellar su esterminio; falta á su obligacion, yo cumplo con la mia, y lo disuelvo. »

A pesar de la ejecucion que el emperador acababa de providenciar contra los miembros del cuerpo lejislativo, estos se presentaron á su audiencia el 1°. de enero en las Tuilerías para cumplimentarle con motivo de la solemnidad del dia. Luego que se presentaron delante de él prorumpió en los estremos de ira que antes sintiera al saber su determinacion y les habló con suma vehemencia en estos términos:

« He suprimido la impresion de vuestro informe porque era incendiario.

« Los once docenvos del cuerpo lejislativo se componen de buenos ciudadanos, los conozco y guardaré miramientos con ellos; pero los demás son unos facciosos y de este número es vuestra comision. (Esta se componia de los señores Lainé, Raynouard, Maine de Biran y Flaugerge.) Mr. Lainé es un traidor que esta en correspondencia con el principe rejente por conducto de Deseze; me consta, tengo pruebas; los demás son unos facciosos.

« Tratais de separar en vuestro informe al soberano de la nacion. Yo



solo soy el representante del pueblo. ¿Y quién de vosotros pudiera encargarse de semejante peso? El solio no es mas que de madera cubierta de terciopelo. Si yo quisiera creeros, cederia al enemigo mas de lo que me pide; dentro de tres meses tendréis la paz ó yo feneceré.

« El enemigo se ensangrienta con mi persona aun mas que contra los Franceses; ¿pero debo por eso desmembrar el estado?

« ¿No sacrifico yo tambien mi engreimiento por conseguir la paz? Sí, soy altanero porque soy animoso; soy altivo, porque tengo ejecutados heroicidades notables por la Francia. El informe era indigno de mí y del cuerpo lejislativo; algun dia lo mandaré imprimir, pero será para mengua del cuerpo lejislativo. Habeis intentado salpicarme de cieno; pero yo soy de aquellos hombres á quienes se les mata, mas no se les deshonra.

« Regresad á vuestros hogares..... Aun suponiendo que yo hubiese cometido yerros, no debierais echármelos en cara públicamente, la ropa sucia debe lavarse en casa. Por lo demás, la Francia me necesita mas que yo á ella. »





CAPITULO XLVIII

Principio de la campaña de 1814

a Francia me necesita a mi mas que yo a ella.

Sublime engreimiento del numen que esta empapado en los estremos de su poderio, y ve mas y mas el ambito de sus alcances y de su fortaleza.

Pero el mismo numen, junto al movil de su fuerza, adolece tambien de ilusiones.

No cabe duda en que Napoleon, como hombre y personaje historico, no necesita ya de la Francia para gozar de su nombradia y pregonarla en la posteridad; pero como emperador y caudillo de un estado grandioso, ¿qué podria sin la Francia? ¿Cómo es-

cudaria sin ella su corona y su dinastía? ¿Cómo se libertaria de la muerte política con que toda la Europa le está amenazando?

Por otra parte, si es cierto que la Francia necesite mas que nunca la espada de Napoleon para contrarestar á los ejércitos de los reyes coligados y rescatar su territorio ya mancillado por el enemigo, es tambien cierto que el éxito de la invasion pudiera acarrear la hora postrera del imperio y la decadencia irrevocable del hombre grande, y no ser sin embargo mas que un desman pasajero, que un incidente en la vida de un pueblo grandioso, del cual dirá algun dia el poeta que si puede caer, es «como el rayo que se dispara y retumba allá en la esfera.» No olvidemos que sobre todo á la Francia cuadra cabalmente lo que tantas veces se ha repetido que, en medio de los vaivenes y conmociones que arrebatan príncipes, dinastías y gobiernos, las naciones son únicamente las que nunca fenecen.

Napoleòn pareció tenerlo olvidado cuando su ira prorumpió en las espresiones altaneras que vertió á la faz de los diputados de la Francia. Aun cuando el cuerpo lejislativo hubiera cedido á influjos aciagos y á impulsos indiscretos, y aunque además sus antecedentes lo habian malquistado con el pueblo, todavía era arriesgado tratarle con tan sumo descomedimiento y menosprecio. A pesar de su inutilidad constitucional y de su rendimiento incesante, se estaba escudando con su mismo dictado. El pueblo se habia acostumbrado á ver en él algun viso de democracia, una sombra del sistema electivo, y esto bastaba para hacer espuestísimo todo embate demasiado directo y disparado contra él. En infinitos trances los potentados, conceptuándose afianzados en sus tronos, han estado palpando que nunca la voluntad individual, por mas pujante que fuere, lastima ó reta á su salvo á los cuerpos, aun cuando representen á medias la voluntad del pais; pues ha sucedido repetidamente quebrarse el cetro contra una sombra de representacion nacional.

No cabe duda en que el cuerpo lejislativo habia estado causando sumo daño, con sus malévolas insinuaciones contra Napoleon, en el trance de necesitar el caudillo del imperio toda la confianza de la nacion para batallar contra el estranjero por el suelo mismo de la patria. Pero el emperador empeoró quizás el quebranto patentizando la oposicion inoportuna de los diputados y despidiéndolos tiznados con su reprobacion solemne. Esta desavenencia entre el monarca y uno de los grandes cuerpos del estado fué mañosamente avalorada por las facciones interiores y los ajentes de la diplomacia europea. Los enemigos se juzgaban venturosos, cuando se esmeraron en deshermanar á Napoleon de la Francia para hacerle mas vulnerable, al oir á Napoleon diferenciándose á sí mismo de la nacion con que siempre se habia identificado y diciendo que mas necesitaba ella de él que no él de ella. Mas aquella pretension altanera no vino á redundarle en ojeriza del pueblo francés, y sus hijos acompañan al héroe á la Alsacia, Lorena y Cham-

paña para ayudarle á resguardar el territorio y volver por el honor del pais.

Antes de salir de Paris, Napoleon confirió, el 23 de enero, el dictado de rejenta á María Luisa, que prestó juramento en calidad de tal, el 24, en manos del emperador y en un consejo compuesto de los príncipes y empleados sumos del imperio, ministros del gabinete y de estado.

El mismo dia convocó Napoleon en las Tullerías á los oficiales de la guardia nacional parisiense de la que se habia declarado comandante en jefe. «Me marcho rebosando de confianza, les dijo, voy á pelear contra el enemigo y os dejo mis prendas mas entrañables, la emperatriz y mi hijo.» Los señores de Brancas, de Brevannes, etc. asomaban entre aquellos oficiales, quienes juraron todos guardar el depósito confiado á su fidelidad.

Tambien recibió Napoleon en aquel dia la carta de que ya hablamos y en la que Carnot le ofrecia sus servicios. ¡Qué contraposicion se ofreció entonces á la mente del emperador! Carnot, que habia sido el último campeon de la república y que se habia mantenido ajeno del boato de la nueva monarquía, Carnot acudia en la adversidad á escudar á aquel mismo cuyo encumbramiento habia contrarestado, al paso que Murat, uno de los primeros príncipes del imperio, cuñado, amigo y antiguo compañero del emperador, colmado por él de dignidades y de honores y dotado con una corona, escojia el trance en que la fortuna vendia á su bienhechor para ostentar al mundo el escándalo de una nueva desercion y llevar á los Rusos y Austriacos el auxilio de aquel denuedo enteramente francés que les habia sido tantas veces pernicioso... Napoleon acababa de saber que el rey de Nápoles imitaba al príncipe real de Suecia, y que por un tratado con fecha del 11 de enero su cuñado y su suegro habian firmado, bajo los auspicios de los Ingleses, una estrecha alianza para hacerle la guerra; de modo que el príncipe Eujenio, que apenas podia hacer frente á los ejércitos austriacos, iba á tener á retaguardia el ejército napolitano y el brillante jeneral cuyo valor habia estado encareciendo tanto tiempo, y de cuya gloria habia sido partícipe y que habia descollado como uno de los caudillos mas esclarecidos del ejército francés.

Alma grandiosa, la de todo un Napoleon se requeria para que su teson no flaquease con tantos lances lastimosos, tantas vilezas y maldades. Pero habia recibido de la naturaleza un temple recio y altanero, como él mismo lo habia manifestado en una ocasion reciente, y se airaba con el retraimiento universal que cada dia estaba mas y mas presenciando, sin dejarse abatir ni descarriar un ápice.

Arrollando pues sus quebrantos y arrostrando la borrasca que bramaba sobre todos los puntos de la Francia, marchó al encuentro de los aliados que habian quebrantado la neutralidad suiza para invadir las provincias orientales. Salió de Paris el 25 de enero á las tres de la madrugada, despues de haber quemado sus papeles secretos y haber abrazado á su es

posa y su hijo..... por la vez postrera. Asentó el 26 sus reales en Vitry, y llegó el 27 á San Dizier, de donde arrojó al enemigo que estaba cometiendo de dos dias á aquella parte insufribles desafueros. La presencia del emperador llenó de regocijo á los habitantes. El veterano coronel Bouland



pasó á echarse á sus piés y espresarle el reconocimiento de la poblacion que se mostraba solícita en torno de su libertador. Dos dias despues Napoleon tomó la ciudad y el castillo de Brienne contra Blucher y le causó una pérdida de cuatro mil hombres. Un oficial jeneral llamado Hardenberg, sobrino del canciller de Prusia, fué cojido al pié de la escalera del

castillo. Blucher, que no creia que el emperador se hallase en el ejército y tan cerca de él, estuvo á punto de tener igual suerte en el momento de bajar á pié del castillo al frente de su estado mayor. Los Prusianos prendieron fuego á la ciudad para resguardar su retirada.

El 1°. de febrero, Blucher y Schwartzenberg reunidos desembocaron sobre Rothiere y Dienville, en donde se hallaban á retaguardia del ejército francés. Engreidos con la superioridad numérica, contaban con un triunfo muy obvio. Los jenerales Duhesme y Gerard los desengañaron; pues el primero conservó Rothiere, y Gerard se mantuvo en Dienville. El mariscal Victor, situado en la aldea de la Geberie, la defendio tambien durante todo el dia; pero por la noche una bateria de la guardia que se estravió cayó en una emboscada y quedó en poder del enemigo. Sin embargo los artilleros se salvaron con sus tiros, formándose en escuadron y peleando denodadamente luego que vieron que no tenian tiempo de colocarse en las piezas.

La refriega de Brienne y la defensa de Rothiere, Dienville y la Geberie habian abierto esclarecidamente la campaña. Pero Blucher y Schwartzenberg disponian de fuerzas tan cuantiosas, que Napoleon podia temer verse incomunicado con su capital, si insistia en guardar sus posiciones en los alrededores de Brienne. Ademas las columnas enemigas se encaminaban sobre Sens por Bar sur Aube y por Auxerra. El emperador debia acudir para escudar á Paris contra una sorpresa. Se retiró pues sobre Troyes, en donde entró el 3 de febrero, y despues sobre Nogent, en donde se hallaba su cuartel jeneral el 7. Era tambien su intento desviar con la maestria de sus maniobras los dos grandes ejércitos prusiano y austriaco, no pudiéndolos embestir con ventaja mientras permaneciesen reunidos, y que se prometia derrotar uno tras otro, si lograba por fin aislarlos.

Su plan tuvo un principio de ejecucion y un primero y señalado triunfo el 10 de febrero en Champaubert; pero aquellos golpes vinieron por entónces á caer sobre los Rusos. El jeneral en jefe Ousouwieff, al frente de doce rejimientos, padeció un descalabro total, pues cayó prisionero con seis mil hombres y los demás se ahogaron en un estanque ó quedaron tendidos en el campo de batalla. Cuarenta piezas, todas las municiones y bagajes quedaron en poder del vencedor.

Al dia siguiente le cupo á Blucher ser derrotado. Napoleon le alcanzó en Montmirail, y en dos horas de pelea le causó tanta pérdida que su cuerpo de ejército quedó enteramente destruido. Al otro dia nuevo triunfo. Una columna enemiga que trataba de resguardar la retirada de Blucher fué cojida en Chateau-Thierry, en donde las tropas francesas entraron revueltas con los Rusos y Prusianos. Cinco jenerales de estas dos naciones se hallaron entre nuestros prisioneros. El emperador durmió en el castillo de Nesle. Los restos del enemigo atropellaron su retirada con visos de fu-

ga ; y como al marchar sobre Paris esperanzados y jactanciosos los soldados de Blucher y de Sacken habian cometido sumas tropelías y crueldades, se vieron espuestos en su derrota á las persecuciones de los paisanos champañeses que los acometieron en gran número, conduciéndolos vanagloriosamente á las avanzadas del ejército francés.

Pero aquellos ejércitos aliados diariamente derrotados remanecian inmediatamente en ademan de pelea. Preciso es repetirlo : teníamos contra nosotros toda la Europa, que reemplazaba al punto con tropas frescas sus divisiones arrolladas. Blucher, cuyo cuerpo quedó destruido el 12 en Chateau-Thierry, pudo emprender otra accion, el 14, en Vauchamp. Esta aldea, atacada por el duque de Ragusa, fué tomada y recobrada varias veces. Mientras que se peleaba encarnizadamente, el jeneral Grouchy se descolgó sobre la retaguardia del enemigo y fué acuchillando sus cuadros. El emperador avaloró el trance haciendo cargar á sus cuatro escuadrones de servicio que aportillaron y cojieron un cuadro de dos mil hombres. Llegó despues á trote largo toda la caballería de la guardia, y el enemigo ya vencido atropelló su retirada. Pero fué perseguido activamente hasta la noche, y ni siquiera halló un refujio en la oscuridad ; porque los vencedores continuaron arrollándole en medio de la oscuridad, rompiendo sus cuadros, sembrando la tierra de muertos, haciéndole numerosos prisioneros y cojiéndole la artillería. Su retaguardia, formada de la division rusa del jeneral Ouroussoff, acometida á la bayoneta por el primer rejimiento de marina, no pudo sostener el choque y se dispersó, dejando en nuestro poder mil prisioneros y entre ellos el comandante en jefe.

El encuentro de Vauchamp costó á los aliados diez mil prisioneros, diez banderas, diez cañones y muchos muertos y heridos.

Para marchar al contraresto de los cuerpos que operaban sobre el Marna amenazando á Paris por la parte de Reims y de Soissons, el emperador habia tenido que dejar á sus lugartenientes el encargo de contener á Schwartzenberg sobre el Aube y el Sena. Pero el jeneralísimo austríaco, no teniendo delante sino fuerzas muy inferiores á las suyas, habia continuado su marcha despues de haber estado detenido por dos dias bajo los muros de Nogent por el jeneral Bourmont. Los mariscales Victor y Oudinot no habian conceptuado del caso aventurar una batalla para atajar al feld-mariscal, y no cabiendo cerrarle el paso, se habian retirado, el primero sobre Nangis, y el segundo sobre el rio de Yeres, y Oudinot habia mandado, al tomar aquel partido, que se volasen los puentes de Montereau y de Melun.

Luego que el emperador supo los progresos de Schwartzenberg, dejó á Marmont y á Mortier sobre el Marna y acudió velozmente al punto amenazado por el ejército austríaco. El 16 de febrero llegó al Yeres y su cuartel jeneral á Guignes. El 17 se trasladó á Nangis donde se hallaba el cuer-

po ruso de Wittgenstein que venia á resguardar el movimiento de los Austro-Bávaros. Otra columna rusa á las órdenes del jeneral Pahlen se hallaba en Mormant. El emperador mandó acometer á entrambos jenerales y quedaron igualmente derrotados. El jeneral Gerard ocupó la aldea de Mormant, donde entró el 32°, á paso de ataque. La caballería, mandada por los jenerales de Valmy y Milhaud y sostenida por la artillería del jeneral Drouot, aportilló ejecutivamente los cuadros de la infantería rusa, la cual en su derrota cayó prisionera, con jenerales, oficiales y soldados en número de seis mil, logrando apenas el jeneralísimo Wittgenstein salvarse y llegar á Nogent. Al pasar por Provins habia anunciado que estaria el 18 en Paris, y al atravesar aquel mismo pueblo como fujitivo, confesó llanamente el descalabro que acababa de padecer en vez del gran triunfo que se habia prometido. «Me han derrotado completamente, dijo; me han cojido dos divisiones, dentro de dos horas estarán aquí los Franceses.»

Dicho y hecho. El conde Valmy y el mariscal Oudinot marcharon sobre Provins y lo ocuparon, mientras que el jeneral Gerard se dirijió sobre Villeneuve-le-Comte en donde atacó y dispersó las divisiones bávaras. A no mediar el atraso de un jeneral, por lo demas esclarecido, y que dejó de cargar á la cabeza de una division de dragones puesta á sus órdenes, el cuerpo del jeneral de Wrede quedaba enteramente destruido.

Pasó la noche del 17 al 18 en el castillo de Nangis con ánimo de amanecer sobre Montereau, en donde el mariscal Victor debia haber precedido al ejército austriaco, y tomado sus posiciones el 17 por la noche.

Sin embargo cuando el jeneral Chateau se presentó el 18 á las diez de la mañana delante de Montereau, aquel punto importante se hallaba ya en manos del jeneral Bianchi, cuyas divisiones se habian posesionado de las



alturas que cubren los puentes y la ciudad. Aunque muy inferior en número, el jeneral Chateau, llevado de su arrojo, acometió denodadamente al enemigo; mas eran sus fuerzas muy desiguales: careciendo del arrimo de las divisiones que hubieran debido llegar la noche anterior á Montereau, fué al pronto rechazado; empero el teson con que logró contrarestar el embate dió tiempo á que otros cuerpos acudiesen y se formasen en batalla. Gerard, que habia llegado de los primeros, habia recobrado una especie de equilibrio en la refriega, cuando asomó el emperador á galope tendido; su presencia enardeció mas y mas el arrojo y denuedo de las tropas; corrió á donde habia mas peligro en medio de las bombas y balas, y como los soldados murmuraban viéndole así espuesto, les dijo: «Nada temais, amigos mios; todavía no se ha fundido la bala que me ha de matar.» El enemigo habia ya cedido sobre el páramo de Surville, cuando el jeneral Pajol, desembocando de repente á retaguardia por el camino de Melun, lo arrolló sobre el Sena y el Yona. La guardia no tuvo que entrar en accion, pues al presentarse vió huir al enemigo á diestro y siniestro y asistió al grandioso triunfo de los cuerpos de Gerard y de Pajol. El vecindario de Montereau terció en la victoria tirando desde las ventanas sobre los Austríacos y Wurtembergueses. El ejército francés padeció un quebranto que acongojó en gran manera al emperador; pues el jeneral Chateau, por premio del sumo denuedo que habia manifestado en aquel dia, salió herido de muerte en el puente de Montereau. Los guardias nacionales de la Bretaña tomaron parte en la accion, y ocuparon el arrabal de Melun: el emperador les habia dicho al pasarles revista: «Mostrad de lo que son capaces los hombres del poniente; en todos tiempos fueron los fieles defensores de su pais y el arrimo mas incontrastable de la monarquía.»

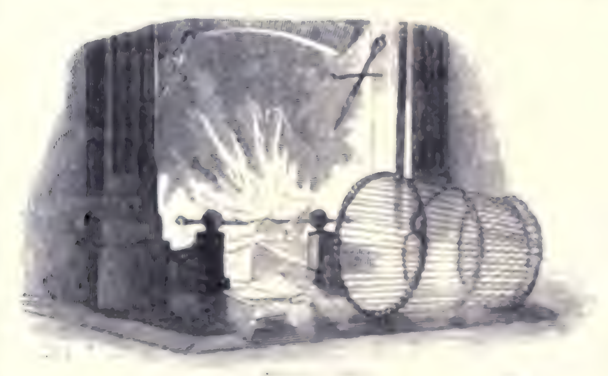
Despues de repartir elojios y galardones á los jenerales que habian contribuido á ganar la lid, Napoleon recapacitó en la lentitud de los que se rezagaron en su marcha ó desatendieron su desempeño. Reconvino al jeneral Guyot al frente de las tropas de haberse dejado tomar algunas piezas estando acampado la víspera. El jeneral Montbrun fué tachado en el boletin de haber cedido sin resistencia el bosque de Fontainebleau á los Cosacos, y el jeneral Digeon fué citado ante un consejo de guerra para responder de la escasez de municiones en que se habian visto los artilleros al atacar el páramo de Surville. El emperador fundaba en lo crítico de las circunstancias sus ímpetus de severidad; no obstante revocó la providencia espedida contra el jeneral Digeon á ruego del jeneral Sorbier, quien le recordó los dilatados servicios de su antiguo compañero de armas.

Pero de todas las reconvenciones vertidas por Napoleon y que resonaron en toda la Europa, la que causó mas impresion fué una nota que alcanzó al mariscal Victor de quien decia el parte oficial: «El duque de Belluno debia llegar el 17 por la tarde á Montereau; se ha detenido en

Salins culpa gravísima: La ocupacion de los puentes de Montereau hubiera hecho ganar un dia al emperador y proporcionado el cojer al ejército austriaco en fragante.» No se ciñó el emperador á esta solemne desaprobacion, pues envió al mariscal permiso para retirarse del ejército y dispuso de su mando á favor del jeneral Gerard.

Victor, en medio de su amargo desconsuelo por el malogro de su yerno, el denodado Chateau, acudió á su descargo; pasó á verse con el emperador, le esplicó que el cansancio de las tropas habia causado su detencion, y añadió que si habia cometido algun yerro, harto cruelmente se lo hacia purgar el golpe que traspasaba á su familia. Entónces revivió en Napoleon la vista de Chateau moribundo y se enterneció; y el mariscal avalorando la coyuntura, le dijo muy conmovido: «Voy á tomar un fusil; no he olvidado mi antigua profesion; Victor formará en las filas de la guardia.» El emperador, á impulsos de tan gallardo lenguaje: «Quedaos, Victor, le dijo alargándole la mano, y aunque no puedo devolveros vuestro cuerpo de ejército, ya que se lo he dado á Gerard, os doy dos divisiones de la guardia, id á encargaros de ellas, no hablemos mas del asunto.»

Los lances de Mormant y de Montereau tuvieron para Schwartzenberg el mismo resultado que los de Montmirail y de Vauchamp, Champaubert y Chateau-Thierry habian tenido para Blucher. los Austriacos, tan mal parados como los Prusianos y los Rusos en su marcha sobre Paris, tuvieron que cejar igualmente por medio de una poblacion atropellada con sus violencias y enfurecida en su alcance. Napoleon entró en Troyes el 23 de febrero. la presencia del enemigo habia alentado á los parciales de los Borbones á prorumpir en publicidades acerca de su opinion: un emigrado



y un exguardia de la persona se habian puesto la condecoracion de San Luis; el emperador los hizo citar ante una comision militar que los sentenció á muerte; el emigrado solo fué ajusticiado, el guardia se habia puesto en salvo.

Los soberanos aliados, con sus descalabros por el Sena y el Marna y sus dos grandes ejércitos ya dispersos y fujitivos ante las tropas victoriosas de Napoleon, trataron otra vez de ganar tiempo para reanimar sus huestes y adelantar sus reservas. Con este objeto propusieron el proseguir las negociaciones infructuosas entabladas en Francfort por el mes de noviembre anterior, y para infundir mas confianza á Napoleon y no dejarle duda alguna sobre la veracidad de sus muestras pacíficas, el emperador de Austria su suegro quedó encargado de las primeras proposiciones.



CAPITULO XLIX

Congreso de Chatillon. Fin de la campaña de 1814. Entrada de los aliados en Paris.



APOLEON habia hecho noche, el 22 de febrero, en la aldea de Chartres, hospedado en la choza de un carretero. En ella se hallaba aun el 23 por la madrugada tratando de marchar sobre Troyes, cuando se le presentó el principe Wentzel Lichtenstein, edecan del emperador de Austria. El mensaje del principe fué tan solo para aparentar traer la contestacion del emperador Francisco á una carta que su yerno le habia escrito desde Nangis; y en el acto de la entrega prorumpió en espresiones halagueñas. Su amo y sus augustos aliados habian reconocido el brazo de Napoleon por los repetidos golpes que acababan de recibir, y á pesar suyo tenian que continuar una guerra tan terrible cuyos resultados les redundaban por cada dia en mayor quebranto. Asi hablaba el principe, y estrañó Napoleon un lenguage algo

lutamente encontrado con las voces que corrian por todas partes á impulsos de una diplomacia inadvertida. Habia llegado el trance de una esplicacion sin rebozo, á lo menos en cuanto podia darla el enviado austriaco. Preguntóle Napoleon si era verdad que los aliados quisiesen destronarle, como tambien á su dinastía, y que intentasen reponer á los Borbones segun la antigua é invariable máxima del gabinete inglés. El príncipe de Lichtenstein manifestó sin titubear que semejante intento no entraba en las miras de los potentados del continente y que la intervencion de los Borbones solo se empleaba como un ardid de guerra para promover desavenencias por el interior de la Francia. Esta respuesta distaba mucho de ser satisfactoria. Si los Borbones no se hubiesen visto representados sino por ajentes desconocidos en el campo de los aliados, apenas hubiera podido admitirse el estraño papel que intentaba hacerles representar el príncipe de Lichtenstein; pero los Borbones iban llegando personalmente en pos del estranjero: el conde de Artois se hallaba en Suiza, el duque de Angulema en los Pirineos, todos los príncipes de la familia bajo las banderas de la coligacion. ¿Cómo pues aquella liga, que la Inglaterra seguia siempre encabezando y disponiendo y pregonaba por espacio de veinte y cinco años el triunfo del derecho divino sobre el principio popular, se hubiera burlado tan atrozmente de los augustos personajes que mejor representaban para ella la lejitimidad monárquica, la ilustracion y la antigüedad de los rejios linajes de Europa? Enhorabuena que los descendientes de Luis XIV hubiesen sido derrocados y proscritos por la Francia revolucionaria; pero que los reyes de Europa hubiesen pensado en abandonarlos y entregarlos á la mofa del mundo en el trance de terminar victoriosamente una lid sangrientísima, entablada y sostenida por ellos durante la cuarta parte de un siglo, esto no cabe en su interés ni en su derecho, y es enteramente inverosímil ó mejor dirémos moralmente imposible; porque si hubiese sucedido que los monarcas aliados no conceptuaran el resultado inevitable de su triunfo, el principio político de que se habia formado la liga hallara siempre en el interior de los gabinetes estadistas mas consiguientes que se constituyeran sus pregoneros y doblegaran los reyes mismos al predominio de la lójica concluyente.

Solo la victoria podia preservar á la Francia de la restauracion de los Borbones en el punto á que habian llegados los negocios. Napoleon escuchó sin embargo favorablemente las protestas del príncipe de Lichtenstein y sus pacíficas proposiciones. Prometióle que enviaria al dia siguiente uno de sus jenerales á las avanzadas para negociar un armisticio.

Apenas salió el oficial austríaco, cuando Mr. de Saint-Aignan, el negociador de Francfort, se presentó al emperador. Llegaba de Paris, y todo cuanto habia visto y oido le daba á entender la necesidad de terminar prontamente la guerra porque nadie la queria; lo que ansiaban todos

era una especie de paz á cualquiera costa, y Mr. de Saint Aignan se adelantaba á opinar bajo aquel concepto. «Señor, esclamó, la paz será



harto apreciable con tal que sea pronta. — Bastante pronto llegará, si es vergonzosa,» replicó ejecutivamente Napoleon, cuya adusta mirada se clavó en Mr. de Saint-Aignan hasta la puerta de la choza.

Ya dijimos como los aliados tan solo apetecian una mera suspension de armas para tener tiempo de rehacerse y tambien atajar aquel raudal de los triunfos de Napoleon, quebrantando la superioridad moral y la prepotencia que los acontecimientos militares le acarreaban mas que nunca de ocho dias á aquella parte. La mirada perspicaz del emperador supo desenvolver esta segunda intencion por medio de las declaraciones contrarias de los parlamentarios estranjeros. Requirió pues que las condiciones del armisticio fuesen fundamentalmente idénticas con las de la paz, apuntándolas desde luego y encabezando la conservacion de Amberes y de las costas de la Béljica. Napoleon, hecho cargo de que los Ingleses se opondrian tenazmente á una pretension que lastimaba sus intereses, se empeñaba en ventilarlos preliminarmente por las conferencias entabladas para el armisticio, y no en el congreso de Chatillon que iba á continuar la obra chancera de Francfort, y era el único medio de evitar las condiciones y trabas que estaba temiendo por parte de la diplomacia británica.

Pero los soberanos del continente se desentendian de una proposicion tan contrapuesta á sus miras y se negaron á desairar á un aliado que era su cabeza y casi su amo; y así persistieron en remitir al congreso toda negociacion relativa á la paz.

El paradero fué arrojarse Napoleon á continuar la guerra echando el resto y á todo trance, al paso que dejaba parlamentar para un armisticio en Lusigny y negociar para la paz en Chatillon.

Sin embargo, mientras que los Austríacos, como los últimos derrotados de la liga, se muestran halagüeños sobre el Sena y el Aube, procurando esperanzar á Napoleon con una próxima interrupcion de las hostilidades, los Prusianos, desde cuyas derrotas habian mediado ya diez dias y que habian procurado rehabilitarse de sus quebrantos, amenazan otra vez sobre el Marna, y Blucher se vale de la ausencia del gran capitan para intentar un nuevo movimiento sobre Paris.

SabeNapoleon en Troyes,en la noche del 26 al 27 de febrero, el rumbo que ha tomado el ejército prusiano. Toma pronto su determinacion; acude nuevamente al auxilio de su capital, y con la celeridad que sabe dar á su marcha y maniobras se sitúa á espaldas de Blucher, que tenia siempre delante los cuerpos de Marmont y de Mortier.

Pero se hace forzoso que Schwartzenberg no advierta la marcha del emperador ni que sepa como tenia delante los dos cuerpos de ejército de Macdonald y de Oudinot que Napoleon habia dejado á las órdenes del primero. Se hacen al intento demostraciones grandiosas en toda la línea del ejército francés, cuales acostumbraban siempre al presentarse el emperador en los reales.

Sin embargo el emperador se halla ya lejos de allí; pues salido de Troyes el 27 por la madrugada, llega por la tarde á los confines del departamento de Aube y Marna, y pasa la noche en Herbisse, donde se posesiona del presbiterio que se componia de un aposento y un horno.

El 28, sabe en Sezanne que Mortier y Marmont, despues de haber efectuado su reunion el 26 en la Ferté-sous-Jouarre, se habian hallado todavía muy inferiores en número á Blucher y habian cejado ante su ejército sobre el camino de Meaux. Al punto marcha hácia allá y traslada sus reales al castillo de Estrenay, donde pasa la noche del 28 de febrero al 1°. de marzo.

Allí recibe los edecanes enviados por Macdonald y Oudinot, quienes le participan como el mismo dia en que el emperador habia marchado de Troyes, los Austríacos habian vuelto á tomar la ofensiva, y que á consecuencia de un choque sangriento en las alturas de Bar-sur-Aube, fácilmente habian advertido que ya no estaban al frente del grueso del ejército francés ni de su caudillo. Este descubrimiento les habia alentado á destacar al príncipe de Hese-Homburgo y el jeneral Bianchi sobre Lyon para estorbar que el mariscal Augereau hiciese algun movimiento por la cuen-

ca del Saona y quitarle las posiciones importantes que estaba ocupando en aquella segunda ciudad del reino. Apesar de un destacamento tan considerable, Schwartzenberg y Wittgenstein se habian conceptuado harto superiores en número para volver sobre Troyes en donde los duques de Tarento y de Reggio no tenian bastantes fuerzas para hacerse fuertes.

No habia que titubear entre los peligros de la capital del imperio y los que podian amenazar la cabeza de un departamento. Napoleon trató primeramente de contener al enemigo, que solo se hallaba á algunas marchas de Paris, teniéndolo ya, digámoslo así, bajo su potestad tremenda. Esperanzó dar cuenta de Blucher con bastante tiempo para revolver velozmente contra Schwartzenberg y descolgarse de repente sobre los Austriacos antes que hubiesen hecho avances de consideracion. Era el mismo númen que habia dado al mundo el admirable espectáculo de « la campaña de los cinco dias » en 1796; solamente repetia esta vez durante muchos meses lo que no habia hecho entonces sino por algunos dias, multiplicándose en cierto modo para hallarse do quiera apremiaba el peligro, para derrotar á grandes distancias y casi al mismo tiempo los diferentes cuerpos del ejército enemigo.

Luego que Blucher supo que se acercaba el emperador, trató de sortearlo: la marcha del ejército prusiano sobre Paris no habia sido tan obvia y ejecutiva como Napoleon se lo habia podido temer. Mortier y Marmont no habian cedido el terreno sino á pulgadas, y aun su retirada habia sido señalada con algunas ventajas conseguidas en los alrededores de Meaux en los encuentros de Gué-a-Treme y de Lisy.

El emperador no se enteró del movimiento retrógrado de Blucher sino el 1°. de marzo al llegar á las alturas que dominan á La Ferté. Se habia lisonjeado de acorralar al jeneralisimo prusiano entre él y los mariscales de Ragusa y de Trevisa, y lo vió alejarse atropelladamente en direccion á Soissons, despues de haberse proporcionado un resguardo con el Marna volando los puentes.

Al punto se remitió órden á Marmont y á Mortier para que, sin perder momento, persiguiesen á los Prusianos, mientras que Bacler de Alba y Rumigny iban á noticiar la retirada de los Prusianos, uno á Paris y otro á Chatillon. La recomposicion del puente de La Ferté costó un dia al emperador; al fin su ejército pudo pasar el Marna en la noche del 2 al 3 de marzo y dirijirse primeramente sobre Chateau-Thierry, para tomar despues el camino de Soissons, en donde el emperador esperaba estrechar á Blucher bajo los tiros de la plaza, cuyas fortificaciones se hallaban en buen estado, y que tenia una guarnicion de mil y cuatrocientos Polacos.

Mortier y Marmont ejecutaron con tanto denuedo como intelijencia las órdenes que se les habian pasado, y su marcha sobre Soissons, paralela á la del emperador, mantuvo incontrastablemente á Blucher estrechado

entre dos ejércitos franceses. Los Prusianos aparecian pues perdidos sin recurso; su fuga no podia conducirlos sino á una capitulacion ó á un esterminio total bajo los muros de Soissons.

Pero la Providencia no quiere que los Prusianos queden aniquilados. Muy otros son sus intentos..... En el trance de caer ya Blucher bajo los golpes de las tropas francesas que le estrechan y le envuelven, Soissons, que debia rechazarle, le abre sus puertas; aquella ciudad no se halla ya guardada por el brio y la fidelidad polaca; los Rusos de Wintzingerode y los Prusianos de Bulow son dueños de ella, pues así lo ha dispuesto un comandante francés.

Napoleon se hallaba en Fismes cuando supo lo que ocurria en Soissons; su ira corrió parejas con su asombro. Para robustecer á los apocados en su debido temple y enfrenar á los mal intencionados, espidió el 4 de marzo, dos decretos, mandando en uno que todos los Franceses empuñasen las armas al asomar el enemigo, y pregonando en otro la pena de los traidores contra todo empleado que tratara de resfriar el entusiasmo de los ciudadanos.

Tampoco holgaba la diplomacia estranjera. En un tratado hecho en Chaumont el 1°. de marzo, los plenipotenciarios ingleses habian hecho contraer á todas las potencias del continente el empeño formal de no arrimar las armas hasta haber reducido la Francia á sus antiguos límites. Napoleon supo muy luego por Mr. de Rumigny que esta pretension habia sido en Chatillon *el ultimatum* de los aliados, y previó que se trataria de imposibilitar la paz, imponiéndole condiciones inadmisibles, aun aparentando apetecer el término de la guerra y avenirse á medios de conciliacion.

El ejército francés acababa de llegar á Craon (7 de marzo) y derrotar completamente á Blucher, quien, en vez de encerrarse en Soissons, habia continuado su retirada sobre el Aisne, cuando los pliegos del duque de Vicenzo noticiaron al emperador que los aliados exijian de él, no solo que abandonara todas las conquistas de la república y del imperio, sino que este desprendimiento se plantease como preliminar de las negociaciones por los plenipotenciarios franceses mismos, á quienes se vedaba toda proposicion contraria á las resoluciones irrevocables de las altas potencias. Estremada fuera tanta postracion y el sacrificio escesivo aun para Napoleon vencido; ¡ cuánto debia serlo cuando las demandas del enemigo le llegaban á un campo de batalla en donde acababa de alcanzar una victoria esplendorosa! « Si es forzoso ser azotado, esclamó, no seré yo quien me allane á tanto; cuando menos que lo hagan á viva fuerza. »

Los plenipotenciarios de la añeja Europa habian previsto esta contestacion que cuadraba con sus miras. Sabian muy bien que el hombre que se habia encumbrado sobre todas las glorias antiguas y modernas, como representante de la nueva Francia, nunca se avendria á verse apeado de

aquella eminencia para ir á proponer vergonzosamente á unos reyes que estaban aun todos llevando en sus altivas frentes la huella de sus piés, que se humillase el mismo y tambien el gran pueblo á sus disposiciones. Semejante concesion solo cabia imponerse á los hombres de la antigua Francia, y ellos mismos no hubieran querido entablarla. Pedir á Napoleon que ofreciera el mismo por cimiento de la paz una condicion que debia lastimar allá mas adelante al pundonor patriotico y los impulsos nacionales de los mismos desertores de la revolucion y del imperio, era una nueva declaracion de guerra, un modo de ultrajar, enconar y hacer irreconciliable el enemigo con quien se aparentaba negociar sin dilacion.

Mr. de Rumigny no llevó pues á Chatillon la nueva proposicion que los aliados habian exijido. A pocos dias se rompieron las conferencias para el armisticio y quedó cerrado el congreso de Chatillon. Al esplayarse despues Napoleon sobre las pretensiones de los aliados, se espresó en estos términos :

« Debia negarme á ellas, y lo hice con pleno conocimiento de causa, así aun sobre este peñasco, en este propio instante, en el estremo de todas mis desdichas, no me arrepiento de lo que hice. Ya sé que pocos me comprenderán; pero para el vulgo mismo, y á pesar del sesgo infausto de los acontecimientos, no debe ser hoy dia sino muy patente en mi la obligacion del pundonor; ningun otro partido cabia. ¿Una vez que los aliados hubiesen logrado desmoronarme, se hubieran atenido á lo hecho? ¿Su paz hubiera sido de buena fe y su reconciliacion entrañable? Verdadero desvario fuera creerlo y confiarlo. ¡Pues qué! ¿no sabrian avalorar la inmensa ventaja que les franqueara su tratado para redondear con sus amaños lo que habian empezado con las armas? ¿Y qué fuera ya de la seguridad, la independencia y el porvenir de la Francia? Antepuse correr hasta el estremo el trance de las peleas y apearme del solio, si era imprescindible. »

Corrió con efecto Napoleon el trance de las peleas. Vencedor el 7 en Craon, marchó sobre Laon, cuyas alturas estaban ocupadas por el ejercito prusiano. A la ventaja de la posicion añadia Blucher, a pesar de sus derrotas, una gran superioridad numérica. Desde La Ferté no habia cesado de reforzarse, reuniendo sucesivamente en su retirada Wintzingerode, Bulow, Sacken, Langeron, etc. Pero acababa de llegarle un postrer arrimo y el de mas entidad, pudiendo aguardar á Napoleon con un ejército de mas de cien mil hombres. Bernadotte, quien al parecer titubeaba en atravesar el rio y que se iba rezagando en pos de las tropas aliadas; Bernadotte, á quien ya no podian engañar las esperanzas dadas en Abo por el czar en presencia de los Borbones sentados bajo la tienda de los aliados, Bernadotte formaba la reserva de Blucher.

Sin embargo el emperador determinó atacar á los Prusianos, y se disponia el 10 á las cuatro de la madrugada poniendose las botas y pidiendo

sus caballos, cuando le presentaron dos dragones que llegaban á pié por la parte de Corbeny, y participaban que el cuerpo del duque de Ragusa habia sido sorprendido y completamente derrotado aquella misma noche. A



esta noticia, Napoleon da contraórden para el ataque mandado á sus jenerales; pero el enemigo, sabedor por sus batidores de los acontecimientos de la noche, toma la ofensiva, y despues de una refriega porfiada, en la que la division de Charpentier sostuvo esforzadamente el honor de nuestras armas, el emperador tuvo que tratar de retirarse. Marchó de Chavignon el 11 por la mañana, pasó todo el 12 en Soissons, donde dejó el duque de Treviso para contener por esta parte el ejército de Blucher, y se encaminó sobre Reims, que el jeneral Saint-Priest, francés al servicio de Rusia, acababa de tomar al jeneral Corbineau. Aquella ciudad fué tan pronto recobrada como perdida, pues el emperador entró en ella en la noche del 13 al 14. Marmont, despues de haber reunido sus tropas, habia acudido á

toma parte en el ataque. Napoleon le reconvino al pronto ásperamente por haberse dejado sorprender y haber comprometido el éxito del dia 10 junto á Laon; pero pronto recobró el temple amistoso que solia usar con el mariscal.

Napoleon se detuvo tres dias en Reims y fue repartiendo el tiempo entre las combinaciones militares y las disposiciones administrativas.

Los sucesos se iban atropellando.

Mientras que en las fronteras del norte el jeneral Maison conservaba las posiciones que se le habian encargado, que Carnot frustraba las tentativas de los Ingleses sobre Amberes, y que el jeneral Bizannet contenia y acuchillaba en Berg-op-Zoom cuatro mil hombres de la misma nacion que se habian introducido de noche en parte de aquella plaza, y que esperanzaban apoderarse de toda ella sin disparar un tiro, a favor de las intelijencias alevosas que se les habian rodeado, el jiro de la guerra, mas pernicioso con las maquinaciones políticas, era adverso á Napoleon en todos los demas puntos del imperio. Soult habia sido arrollado en Orthez y se retiraba sobre Tarbes y Tolosa. Augereau se sostenia con trabajo en Lyon y trataba de evacuarlo para situarse detras del Isera. Burdeos habia abierto sus puertas á los Ingleses (1), debiendo ademas llegar en breve el duque de Angulema. El conde de Artois asomaba sobre Borgoña; y finalmente Schwartzenberg, a quien Macdonald y Oudinot no podian detener, amenazaba otra vez á Paris, y la junta realista redoblaba sus conatos y su actividad.

En esta crítica situacion, cuya trascendencia y peligro está ya abarcando el emperador con una ojeada, comprende que ya no puede salvarse sino con un golpe estruendoso y una refriega decisiva, y no titubea en asestar su embate sobre Schwartzenberg, cuya aproximacion tiene ya sobresaltada la capital. Deja pues á Marmont y á Mortier el cargo de enfrenar a Blucher y afianzar á Paris por la parte del Aisne y del Marna, y temeroso de que no alcancen al desempeño de tamaño logro, y que algun cuerpo enemigo logre escapárseles y sorprender la residencia del gobierno, recomienda y manda á su hermano José, á quien ha nombrado su lugarteniente jeneral, que no aguarde a que el peligro sea demasiado inminente para hacer marchar y poner a buen recaudo la emperatriz y el rey de Roma; despues se encamina á Epernay, y va por Fere-Champenoise y Mery á cojer á los Austriacos por la espalda, suponiendo que habian llegado á Nogent.

El emperador habia salido de Reims el 17 por la madrugada. El 19 estaba á las puertas de Troyes, derrotando la retaguardia enemiga en

(1) El corregidor de Burdeos, Lynch, que entregó aquella ciudad á los Ingleses y á los Borbones, habia dicho á Napoleon tres meses antes: «Napoleon ha hecho todo por los Franceses; estos lo harán todo por él.»

aquella misma aldea de Chatre donde habia recibido al príncipe de Lichtenstein y á Mr. de Saint-Aignan. Pero los Austríacos no marchaban sobre Paris como se lo habian participado, sino que, despues de haber avanzado hasta Provins, habian retrocedido repentinamente. El emperador Alejandro, sabedor de los triunfos de Napoleon en Craon y Reims, habia temido que Schwartzenberg, acercándose solo á la capital, quedase derrotado otra vez separadamente, y que tantísimos descalabros, mas y mas repetidos, desalentasen de todo punto las tropas aliadas, harto zozobrosas ya y sobrecojidas con el ademan hostil que iban tomando las poblaciones de la Champaña, Lorena y Alsacia. El czar habia insistido en un consejo de guerra celebrado en Troyes para que los dos grandes ejércitos aliados maniobrasen al punto, de modo que se juntasen por los alrededores de Chalons para marchar desde allí sobre Paris y anonadar cuanto se opusiera á su tránsito. Este dictámen habia prevalecido, y Napoleon encontró el 20, delante de Arcis, el ejército entero de Schwartzenberg que se encaminaba reunido sobre aquel pueblo para atravesar el Aube y desembocar ejecutivamente sobre las llanuras de la Champaña donde debia efectuarse la incorporacion. Este trueque repentino de sistema en las operaciones militares de los aliados trastornaba enteramente los planes del emperador, quien advirtió además muy pronto la posicion ardua y arriesgada en que le venia á poner el encuentro de un ejército triple que el suyo, cuando solo habia conceptuado tropezar con una retaguardia. No obstante hizo frente, acudió al valor para que supliera al número, reforzando la lid con la pujanza de su propio ejemplo, y desentendiéndose de sus riesgos personales. « Envuelto en la polvareda que estaban levantando las cargas de caballería, dice el *Manuscrito de* 1814, se arroja allá y echa mano á la espada. En varios trances asoma peleando al frente de su escolta, y lejos de evitar los peligros, parece al contrario que los está arrostrando. Cae una bomba á sus piés; aguarda el disparo, y desaparece pronto en una nube de polvo y de humo; todos le creen difunto; pero se levanta, monta otro caballo y va á colocarse de nuevo bajo los tiros de las baterías... La muerte lo menosprecia.

A pesar de los conatos portentosos del ejército francés y del heroismo inalterable de su caudillo, el choque de Arcis no alcanza á estorbar que los Austríacos pasen el Aube. El emperador se retira con órden, despues de haber causado mucho daño al enemigo y haberle detenido por todo un dia; pero Schwartzenberg logra que se le franquee el rumbo que debia conducirle al encuentro de Blucher. El mismo dia, Augereau deja á Lyon en manos de Bianchi y Bubna.

No pudiendo ya oponerse á la ejecucion de los planes del enemigo y á la formidable reunion aconsejada por Alejandro, Napoleon trata de trastornar por su parte las nuevas combinaciones de los aliados, procurando

llevarlos a pesar suyo a un nuevo ambito de operaciones, arrojandose á las fronteras de la Champaña y la Lorena, desde donde, segun el rumbo de los acontecimientos, podrá agolpar las crecidas guarniciones del orien-



te, organizar el levantamiento de las poblaciones, destruir los cuerpos aislados, maniobrar á espaldas de Schwartzenberg y de Blucher, cortarles las comunicaciones con la frontera ó acercarse á ellos, si lo requiere el peligro de Paris, para encajonarlos entre su ejército infatigable y las tropas no menos denodadas de Marmont y Mortier.

Con este intento el emperador se encamina á Saint Dizier, donde hace noche el 23. Caulaincourt se le reune allí y le participa el rompimento definitivo de las negociaciones. Prevista quedaba ya esta novedad, puesto que las pretensiones de los aliados no eran misteriosas; sin embargo á los descontentos del cuartel jeneral les franquea campo para murmurar mas altamente que nunca contra el emperador, á quien culpan siempre de la dilatacion de la guerra con el afan de sus mas encarnizados enemigos. «Hay al rededor de Napoleon, dice uno de sus secretarios, muchas personas que se ausentan con sentimiento de Paris. Todos andan ya sobresaltados y quejosos. En el aposento contiguo al de Napoleon, los jefes del ejército tienen conversaciones propias para causar desaliento. La oficialidad forma corro al rededor de ellos. Va cundiendo la desconfianza, y se

divisa allá la posibilidad de una revolucion. Todos hablan y se preguntan: ¿qué se hace, qué es de nostros? ¿Si cae, caerémos con él?»

El 24, el emperador pasa á Doulevent, donde permanece todo el 25. Al dia siguiente regresa á Saint-Dizier para sostener su retaguardia acometida por un cuerpo enemigo que conceptuaba perteneciente al ejército de Schwartzenberg, y que era un destacamento de Blucher mandado por Wintzingerode. Su presencia salva la retaguardia; Wintzingerode queda derrotado y perseguido en su fuga por los dos caminos de Vitry y Bar-le-Duc.

Pero esta pequeña ventaja no alcanza á compensar la derrota completa que los duques de Ragusa y de Treviso han padecido la víspera en Fere-Champenoise. Ahora el camino de Paris queda espedito para los aliados, quienes no dejarán de seguirlo y estrechar el alcance esforzadamente á los restos del ejército que acaban de derrotar.

Luego que Napoleon sabe el descalabro de sus tenientes y el peligro que corre la capital, no titubea en volver arrebatadamente sobre Paris. Habiendo salido de Doulevent el 29 al amanecer, despachó al jeneral Dejean, su edecan, para anunciar á los Parisienses que volaba en su auxilio; y el 30 por la tarde, solo se hallaba á cinco leguas de su capital, tomando caballos en Fromenteau para atravesar el último trecho que le separaba de su honrada ciudad de Paris, cuando le informan de que es demasiado tarde, pues aquella grandiosa ciudad acaba de rendirse, y el enemigo debe entrar en ella al dia siguiente. Detenido con tan aciaga nueva, se vuelve á Fontainebleau. Con efecto Paris habia capitulado. Los duques de Ragusa y de Treviso, despues del desastre de Fere-Champenoise, habian estremado en balde sus conatos para contener al enemigo. A su aproximacion, José, fundándose en las órdenes de Napoleon, habia dispuesto la marcha arrebatada de la emperatriz y del rey de Roma, á pesar del dictámen casi unánime del consejo de rejencia; y esta determinacion habia hecho decir á Talleyrand al salir del consejo: «Ahora que cada cual campe por sus respetos.» Añaden que la reina Hortensia, desconsolada al ver que la rejenta y su hijo abandonaban la capital á los maquinadores y conjurados, la instó eficazmente para que se detuviese, y le dijo con acento de su convencimiento profético: «Si os marchais de las Tuilerías, no las volveréis á ver.» Pero José, sostenido por Cambaceres y Clarke contra el parecer de los demás individuos del consejo, arrebató á María Luisa. «Una de las estrañezas mas asombrosas de aquel trance, dice el historiador de la batalla y de la capitulacion de Paris (Pons del Herault), es sin disputa la porfía con que el rey de Roma rehusó marcharse. Aquel empeño fué tan estremado, que se hizo forzoso acudir á la violencia para llevarse al tierno príncipe. Los alaridos del niño rey traspasaban los corazones. Clamó repetidas veces: «Padre me ha dicho que no me vaya...» Todos los circunstantes derramaban lágrimas. Y no se crea oir la narracion de un

hecho inventado para entretener, pues aquel amargo trance ocurrió á presencia de testigos irrecusables. Puede ser que le hubiesen sujerido al niño lo que debia decir, pero lo cierto es que pasmó con sus espresiones elegantes y con el modo de articularlas.»

Despues de la partida de María Luisa y de su hijo, se hicieron en Paris preparativos de defensa, pero con sumo desconcierto por todos los ramos, y particularmente en el de guerra, cuyo jefe, el duque de Feltre, manifestó tan estraña conducta, que le redundó en concepto de sumamente sospechoso. Por una parte faltaban armas, por otra municiones, y do quiera una mano invisible parecia que estaba imposibilitando la defensa y favoreciendo la invasion. A pesar de las misteriosas trabas que encontraba el patriotismo, la guardia nacional, á las órdenes del valiente Moncey, hizo prodigios de valor en la refriega del 30 de marzo. Los alumnos de Alfort



los de la guardia imperial y de la Escuela politécnica se hermanaron esclarecidamente con los guardias nacionales. Los aliados esperimentaron sobre todo tenacísima resistencia en la barrera de Clichy. El veterano de los soldados franceses, el venerable Moncey, estaba allí con su hijo y su jefe de estado mayor Allent; artistas célebres y escritores eminentes le rodeaban y terciaban en sus arrojos.

« Hemos empezado bien, les decia, y debemos acabar del mismo modo. Este es nuestro último atrincheramiento; echemos el resto por despedida. El honor y la patria nos lo imponen. »

Pero el teson tuvo que postrarse finalmente bajo el número; no podia menos de rendirse por donde quiera, perdido como estaba en medio de tantas vilezas y traiciones. Si Moncey recobra en las trincheras de Paris el entusiasmo patriótico de la mocedad, otros que empezaron como él no acabarán igualmente. Marmont se ha dejado engañar por los mañosos traidores de la junta realista; la trama del príncipe de Benevento, que aparentó marcharse con los ministros y no salió de Paris, amarra por acá y acullá al duque de Ragusa. Le persuaden que la capital solo puede salvarse con una capitulacion, y por salvar la capital entrega el imperio. El 31 de marzo de 1814, los estranjeros entran triunfalmente en Paris para derribar el trono de Napoleon, y los que les abren las puertas son los mismos hombres á quienes los estatutos imperiales del 30 de marzo de 1806 habian constituido arrimos de la nueva dinastía.





CAPITULO I.

Abdicacion de Napoleon. Regreso de los Borbones. Despedida en Fontainebleau. Ida á la isla de Elba.



Roma, Viena, Berlin, Madrid, Nápoles, Lisboa, Moscou, capitales de la antigua Europa, quedais pues desagraviadas. Paris es el que está ahora padeciendo el dominio desmandado del estranjero, el Louvre y las Tullerías yacen bajo el poderío del Ruso y del Jermano, los Cosacos estan acampados en la plaza de la Revolucion, y los Borbones van á volver. La barbarie se conceptúa triunfante y la contrarevolucion irrevocablemente plantada. Pero ambos se engañan.

No han vencido á la civilizacion y á la democracia porque señoreen su metrópoli. Si los aliados son dueños de Paris, en cambio los Franceses son siempre dueños de los aliados, por cuanto va siguiendo, bajo el peso de la invasion, la educacion liberal que empezaron á darles con la conquista; mas que nunca van á enseñarles las artes, ciencias, industria, costumbres, leyes y pensamientos del pais en que el sistema democrático y el númen progresista han sentado su imperio, mas que nunca el pueblo iluminador desempeñará su afan de propaganda, ejercerá su patronazgo supremo y descollará sobre los demás pueblos, enviándolos á sus hogares mas engreidos con la enseñanza francesa que con los triunfos militares alcanzados al triple impulso del número, de la casualidad y de la traicion.

Modere tambien su alegría el réjimen antiguo. Si logra recobrar el cetro, la nacion francesa no se lo dará á empuñar, sino con repugnancia, y tendrá que adherirse á los nuevos principios, redoblar de afan por los intereses que planteó la revolucion y encarecer las conquistas sociales de la democracia.

Así todos los conatos de los reyes, durante veinte y cinco años, solo habrán venido á parar en un triunfo que tarde ó temprano debe contrarestarlos. Por otra parte, el prohombre, al derrocarlo del solio, no se apeará del encumbramiento que le cabe en la historia; si pierde una corona, conservará toda su gloria, todo su númen y grandiosidad; por otra parte, el gran pueblo, bajo el dominio combinado de los estranjeros y de la contrarevolucion, permanecerá incontrastablemente revolucionario, conservará toda su potestad civilizadora y continuará reinando sobre el mundo culto. Así procede la Providencia. La emancipacion sucesiva del jénero humano, el ensalzamiento progresivo de la clase plebeya, como dice Mr. Ballanche, la franquicia del trabajo, la posesion esclusiva de los derechos del mérito, la fundacion de la aristocracia, de las virtudes y servicios, esto es, la organizacion definitiva de la verdadera democracia: he aquí los intentos que su inmutable pensamiento ha ideado en la eternidad, y cuya realizacion sucesiva prosigue en la sucesion de los tiempos. Y su diestra, invisible por mil rumbos, cuyas revueltas y paradero se reserva, hace tambien cooperar á esta obra y marchar á este fin las potencias rebeldes que están batallando tenazmente contra el empuje irresistible del porvenir, y que hoy se lisonjean de haber afianzado.

La capital del imperio francés se halla ya ocupada por los ejércitos estranjeros; los aliados no quieren á Napoleon ni á su familia; solo el emperador de Austria se acuerda del rey de Roma y de la rejenta. En cuanto á Alejandro, toma un ademan de moderacion y de jenerosidad: declara que respetará la voluntad del pueblo francés, y lo llama para plantearse el gobierno que mas le convenga; llamada ilusoria que constituye á un pu-

ñado de ajentes de la junta realista intérpretes de la voluntad nacional, y que encierra los comicios soberanos de la Francia en la tertulia de Talleyrand. Una diputacion que cuenta entre sus miembros al célebre conde Ferrand se presenta al emperador de Rusia: responde al llamamiento del czar y llega á manifestar lo que apetece la Francia. Y el conde de Nesselrode, que está enterado de los intentos íntimos de su amo, manifiesta á la diputacion que cuanto está apeteciendo se halla ya decidido en la mente del autócrata. Así pues, cuando Alejandro proclamaba allá la libre soberanía de la Francia y hacia objeciones á Talleyrand sobre la posibilidad de que volvieran los Borbones, esto no era por su parte mas que una farsa, segun la espresion injenua de Mr. de Bourrienne, uno de los actores Alejandro necesitaba las solicitas demostraciones del príncipe de Benevento para saber que Luis XVIII era un principio por el cual habian peleado los aliados; pero tenia empeño en que se considerara la determinacion que habia debido tomar tiempo atrás como efecto de las manifestaciones de la opinion pública, é hizo encubrir sus propias demandas y las de sus aliados con la autoridad de uno de los principales cuerpos del estado al que se pudiera tener por el representante autorizado de la nacion entera. Talleyrand le esplayó cuando, despues de haberle hecho oir los ruidosos clamores de tal cual pandilla á favor de los Borbones, le aseguró que haria decretar cuanto apeteciera, aun la deposicion de Napoleon y el regreso de Luis XVIII, por aquel senado que nada rehusaba poco antes al emperador y que la nacion habia tiznado con su menosprecio y reprobacion por aquella ruin y desalada condescendencia. Los acontecimientos comprobaron la confianza de Talleyrand. El 2 de abril, el senado declaró á Napoleon Bonaparte con su familia apeado del trono francés, y llamó por otra acta al caudillo de la casa de Borbon para que se ciñese la corona de sus mayores; pero como los miembros de la imperceptible minoría que habia aventurado á veces alguna oposicion bajo el imperio, y á quienes Napoleon trataba desdeñosamente de cavilosos, habian franqueado su arrimo al partido realista con la esperanza de conseguir una constitucion mas favorable á las libertades públicas, alcanzaron influjo por un dia en la junta donde su voto no habia merecido peso hasta entónces, y Talleyrand les dejó idear una acta constitucional que se reservaba ceder mas adelante a subido precio á Luis XVIII.

Mientras que Talleyrand, como presidente de un gobierno ilusorio, en el que se habia asociado á Beurnonville, Jaucourt, d'Alberg y el abate de Montesquiou, reinaban en la capital por cuenta de los estranjeros y de los Borbones, Napoleon se hallaba en Fontainebleau, cercado de una guardia fiel que ansiaba vengar el baldon de la capitulacion de Paris, pero rodeado de un estado mayor que no abrigaba el mismo ardor é impaciencia. En la noche del 2 al 3 de abril, el duque de Vicenzo, pasa á parti-

ciparle que los monarcas, con quienes tuvo tantas consideraciones y cuyos rejios destinos podia haber zanjado despues de Austerlitz, Jena y Wagram, se niegan á contratar con él, y requieren su renuncia. Esta pretension le destempla y arrebata por el pronto; quisiera probar todavía la suerte de las armas; pero todos enmudecen y se contristan á su lado; sus antiguos compañeros de armas ya no son mas que los señores condecorados de una monarquía que se derrumba y en cuyo vuelco no tienen empeño de ser partícipes. « Colmad á un hombre de beneficios, dice Montesquieu; la primera aprension que le infundis es idear medios para conservarlos. » Napoleon lo esperimenta hoy dia, y este amarguísimo desengaño le mueve para escribir de su puño los renglones siguientes:

« Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleon, en desempeño de su juramento, declara que está pronto á bajar del trono, á salir de Francia, y aun á dar su vida por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de los de la rejencia de la emperatriz y del sosten de las leyes del imperio.

« Fecho en nuestro palacio de Fontainebleau, á 4 de abril de 1814.

« NAPOLEON. »

Caulaincourt es el encargado de llevar aquella acta á Paris; acompañáronle Ney y Macdonald. A pesar de la capitulacion de Paris, Napoleon queria que Marmont formara parte del mensaje. ¿ Era esto para contenerle en el asomo de su desercion é imposibilitarle que agravase su primer yerro con algun paso menos disculpable y mas criminal?

Como quiera que sea, los dos mariscales tomaron, con el duque de Vicenzo, el camino de la capital, y el emperador, que supo muy pronto que Marmont acababa de pasarse á los aliados, denunció aquella traicion á su ejército con una órden del dia en que ajó tambien el comportamiento del senado.

Los plenipotenciarios de Napoleon no salieron airosos en su mensaje. El tratado vergonzoso que Marmont acababa de firmar con el príncipe de Schwartzenberg y el arrebatamiento nocturno de su ejército para encajonarlo en medio del campamento enemigo proporcionaban á los aliados mostrarse mas descontentadizos que nunca y proclamar con Talleyrand que Luis XVIII era un principio cuya consagracion habian esforzado los monarcas unidos y que no orillarian á los asomos del triunfo. El duque de Vicenzo volvió pues á Fontainebleau con la demanda de una nueva abdicacion que debia escluir del trono al príncipe imperial y á toda la familia de Napoleon.

Esta proposicion, tan dura como afrentosa, quedó rechazada con indig-

nacion por el emperador. Trató entónces eficazmente de continuar la guerra, y fué haciendo reseña de los recursos que le restaban en el mediodía, los Alpes é Italia. Pero sus cómputos, esperanzas y determinaciones quedan sin arrimo; y si alguien rompe el silencio para contestarle, las palabras que profiere no son de cariño, de intimidad ni de entusiasmo. Agolpanse las objeciones y no se olvida el cuadro de la guerra civil. El emperador titubea; su alma está toda absorta en el vaiven de la incertidumbre: sin embargo la especie de la guerra civil le ha conmovido hondamente, y prorumpe luego: « Pues bien, ya que es forzoso desentenderse de resguardar por mas tiempo la Francia, ¿no me ofrece todavía la Italia una retirada digna de mi? ¿Querrán seguirme otra vez? Marchemos hácia los Alpes. »

A estas palabras, las frentes opacas y los rostros demudados de sus antiguos compañeros se empañan todavía mas. Napoleon advierte que ya no están allí para seguirle el estado mayor de Lodi y de Arcola, y que los duques hereditarios de la monarquía imperial, despues de haber paladeado el embeleso de la corte, se han cansado de los sinsabores que acibaran la carrera de las armas. « ¡Ah! si en aquel momento, dice el baron Fain, Napoleon airado pasara ejecutivamente de su estado á la sala de los oficiales de segunda clase, encontrara una juventud lozana y desalada, y dando algunos pasos mas, le saludaran al pié de la escalera las aclamaciones de todos sus soldados, y aquel entusiasmo reanimara su espíritu. Pero Napoleon se postra bajo las mañas de su reinado, y creeria menos valer marchando en adelante sin los oficiales de graduacion que le han dado la corona. »

El emperador coje pues el fruto de la reaccion monárquica en que vino á estraviarse: necesitaria los denodados tenientes que le juraron con entusiasmo en Tolon seguirle á Ejipto; y ya no los halla ahora á su lado, aunque le rodean los mismos hombres. Consiste en que la república, al encumbrarle, le habia dado una comitiva de héroes, y que el imperio los ha trasformado en altos señores que no tienen ya ni voluntad ni pujanza para estorbar su vuelco. Parto suyo es tan estremado desengaño. Napoleon, segun el dicho tan sabido, « estuvo haciendo la cama á los Borbones; » y no le queda mas arbitrio que el de retirarse á su llegada, y ceder á los acontecimientos. Esto mismo es lo que va á hacer. Entónces el emperador toma la pluma, y tras pocos minutos entrega á Caulaincourt el acta que los aliados le pedian y que iba en estos términos:

« Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador, en desempeño de su juramento, declara que renuncia para sí y sus hijos

á los tronos de Francia y de Italia, y que no mediará sacrificio, ni aun el de la vida, que no esté pronto á tributar á los intereses de la Francia.

« NAPOLEON. »



¿Qué será ahora del dominador de la Europa desarmado y destronado? ¿qué suerte disponen para un hombre que estuvo en tan sumo encumbramiento, y cuyo brazo puede á cada instante conmover el orbe? ¿En qué sitio encerrarle?

Los soberanos titubean entre Corfú, la Córcega ó la isla de Elba. Al fin se prefiere esta última residencia. Un tratado va á disponer de la suerte de toda la familia imperial. Pero Napoleon se agravia; no se aviene á que se proceda así con él: « ¿A qué conduce un tratado, dice, puesto que

no quieren arreglar conmigo lo relativo á los intereses de la Francia? » Envia luego correos á Caulincourt para retirar su abdicacion; pero es ya muy tarde; el sacrificio está consumado.

El ajuste, rechazado por Napoleon, se firma el 11 de abril por las potencias aliadas. Al dia siguiente el conde de Artois celebra su entrada en Paris, la que se anuncia con una proclama que prometia la supresion de la quinta y de los derechos reunidos. Los Borbones sabian cuanto se habia comprometido la popularidad de Napoleon con la contribucion indirecta y la dilatacion de la guerra. No podian ignorar que si aparecian algunas manifestaciones de complacencia y regocijo en el mediodía de la Francia, el recobro de la paz y la esperanza de que se aliviasen las cargas públicas eran los móviles de aquellas demostraciones, mucho mas que un impulso de afecto á la antigua dinastía. Su política se cifró pues en avalorar los yerros del imperio, y el escritor descollante en aquella crísis paró sin empacho en libelista para ir desentrañando y encareciendo los yerros que habian podido desconceptuar al emperador para con el pueblo. Añadióse al eco de: « No mas quintas, no mas derechos reunidos, » la promesa de instituciones liberales y el solemne compromiso de respetar y guardar inviolablemente los intereses materiales y civiles de la nueva Francia. En ningun tiempo la revolucion mostró mas declaradamente su poderío: en el trance de quedar derrocado el prohombre por haberse desentendido de su arrimo, despues de haberla estado tantos años esclareciendo y corroborando, sus enemigos, tenidos injustamente por sus vencedores, tenian que aplacarla, halagarla, robustecerla y esperanzarla.

En la noche que siguió á la venida del conde de Artois á Paris, sobrevino en Fontainebleau un acontecimiento, cuyo misterio no ha llegado á descubrir todavía el tiempo. Advirtióse en el palacio un azoramiento violentísimo; los sirvientes de Napoleon acudieron á su aposento y se mostraron sumamente inquietos, se llamaron médicos y se despertó á los amigos leales, como Bertrand, Caulaincourt y Maret. El emperador, que á todo trance se estuvo negando á firmar el tratado del 11 de abril, y cuya conversacion hacia presajiar siniestros intentos, sobre todo desde que supo el desvío perpetuo y absoluto impuesto á su mujer y su hijo; el emperador sentia dolores intestinales tan violentos que se presumió un envenenamiento. Sin embargo la aplicacion de los remedios que se le dispusieron ejecutivamente produjo un adormecimiento con que el enfermo



esclarecido quedó enteramente curado. Los escritores propensos á admitir una tentativa de suicidio suponen que dijo entónces: « Dios no lo quiere. » Pero las personas al servicio del emperador que le siguieron á todas partes han declarado que los padecimientos intensísimos de Napoleon durante aquella noche misteriosa solo fueron el resultado natural de la crísis moral que estaba aguantando de diez dias á aquella parte, y han ori-

llado la aprension de toda tentativa de envenenamiento. Igual testimonio parece que ha dado el duque de Bassano.

Como quiera que sea, el emperador encubrió cuanto habia padecido en toda la noche. Levantóse á la misma hora que solia, y solo se mostró mas resignado que el dia anterior, porque pidió el tratado que habia desechado hasta entónces, y lo firmó.

María Luisa, que habia recibido en Rambouillet la visita de los soberanos de Austria y de Rusia, y á quien habian vedado el ir á Fontainebleau, no estaba esperando mas que saber la partida de su esposo para dejarse llevar desconsoladamente á Viena con el jóven príncipe, cuyo destino habia ayudado á volcar el emperador Francisco su augusto padre. Todo se acababa de un golpe para Napoleon; los arranques grandiosos de su encumbramiento y los halagos entrañables de la vida privada. La isla de Elba no podia ser para él mas que un estrecho encierro; no obstante se avino á la necesidad que le imponia aquella residencia. En vano el coronel Montholon pasó á asegurarle el cariño de las tropas y de las poblaciones de levante para moverle á que probase todavía la suerte de las armas: « Es demasiado tarde, respondió, ahora no seria mas que una guerra civil, y nada puede ya determinarme á ella. » Con efecto se habia tirado el último cañonazo el 10 de abril en la batalla de Tolosa, en la que el mariscal Soult, que ignoraba los acontecimientos de Paris y de Fontainebleau, selló esclarecidamente la última pájina de nuestras inmortales campañas.

Los comisarios nombrados por las potencias aliadas debian acompañar á Napoleon á la isla de Elba. Fijóse la partida para el 20 de abril, y la víspera, el ayuda de cámara Constant y el mameluco Rustan, remedando á los sumos personajes del imperio, desampararon á su amo.

El 20, á las doce, el emperador bajó al patio del Caballo Blanco en donde la guardia imperial estaba formada. Solo le acompañaban algunos fieles servidores, entre los que descollaban el duque de Bassano y el jeneral Belliard. A su llegada se conmovió el corazon de los soldados, y sus ojos se arrasaron de lágrimas. El emperador hizo ademan de querer hablar, y al punto se observó un relijioso silencio inalterable, para que todos pudieran oir y recojer los últimas palabras del grande hombre á la flor de los valientes.

« Jenerales, oficiales, subalternos y soldados de mi guardia antigua, les dijo, me despido de vosotros con quienes hace veinte años que estoy bien hallado; pues siempre os encontré en el sendero de la gloria.

« Las potencias aliadas han armado á toda la Europa contra mí; una parte del ejército ha faltado á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

« Con vosotros y los valientes que se han mantenido leales hubiera podido sostener la guerra civil por tres años; pero la Francia hubiera sido

mal aventurada, lo cual era contrario al objeto que siempre llevé por delante.

« Sed fieles al nuevo rey que la Francia escoje; no desampareis jamás á nuestra querida y malhadada patria. Amadla siempre, amadla á esta patria querida.

« No teneis que condoleros de mi suerte; seré siempre feliz en sabiendo que lo sois.

« Hubiera podido morir; nada me hubiera sido mas obvio; pero seguiré invariablemente el camino del honor. Aun me queda por escribir lo que hemos hecho.

« No puedo abrazaros á todos; pero abrazaré á vuestro jeneral....... Acercaos, jeneral..... (Estrecha entre sus brazos al jeneral Petit.) Que



me traigan el águila..... (La besa.) Querida águila, ¡asi estos besos resuenen allá en el corazon de todos los valientes!.... Adios, hijos mios... Mis anhelos os estarán siempre acompañando; conservad mi memoria. »

A estas palabras, los soldados prorumpen en sollozos; cuantos rodean al emperador se están bañando en lágrimas; y él, no menos conmovido,

se aleja de aquella escena dolorosa y se mete en un carruaje donde ya habia tomado asiento el jeneral Bertrand. Inmediatamente se da la señal de marcha. Napoleon salió de Fontainebleau, acompañado del gran mariscal, de los jenerales Drouot y Cambrone y algunas otras personas que quisieron asociarse á la fidelidad de estos valientes guerreros. Do quiera en su tránsito y hasta los confines de la Provenza, oyó al rededor de su coche los gritos de « Viva el emperador. » Esta constancia del pueblo le enterneció y consoló. Desde entónces comprendió que á pesar de algunos actos impopulares que habian podido malquistarle y contribuir á su derribo, los Borbones no lograrian esterminar en Francia el culto de su nombre.

Entre Lyon y Valencia el emperador encontró al mariscal Augereau, que acababa de reconvenirle en una proclama, « de no haber sabido morir como soldado. » Napoleon, que ignoraba todavía el ruin é impropio desacato de su compañero de Arcola, se apeó del coche para abrazarle. Al acercársele se quitó el sombrero, mientras que el mariscal hizo estudio en mantenerse cubierto por todo aquel rato y aun en el acto de despedida. De allí á una hora, Napoleon encontró en el camino algunos destacamentos del cuerpo de Augereau que le tributaron los honores que recibia cuando estaba en el trono. Los soldados le dijeron en alta voz : « Señor, el mariscal Augereau ha vendido vuestro ejército. »

El emperador tuvo que desviarse de Aviñon, en donde los motores que asesinaron un año despues al mariscal Brune, tenian dispuesto un golpe de mano y entablada una fermentacion en los ánimos que hacia presajiar sus siniestros intentos.

Llegado cerca de Luc el 26 por la tarde, hizo noche en casa de un diputado del cuerpo lejislativo, en donde encontró á la princesa Paulina. Al dia siguiente se hallaba en Frejus; y despues de haber descansado veinte y cuatro horas en aquella ciudad, se embarcó para la isla de Elba á las ocho de la noche.





CAPITULO LI

Llegada á Porto-Ferrajo. Residencia en la isla de Elba. Regreso á Francia. Desembarco en Cannes. Marcha triunfal á Paris. 20 de marzo de 1815.



Qué semejanza entre los lances, siempre contrapuestos de la vida del héroe! Habia presenciado Frejus su desembarco al regreso de Ejipto, cuando escoltado por los Marmonts, Murats, Berthiers, etc., iba á conquistar la potestad suprema contra los representantes de la Francia y labrar los cimientos de un imperio grandioso y prepotente. Quince años despues vuelve á Frejus apeado del sumo poderio por los estranjeros de quienes era el asombro y el pavor, y por los cuerpos mudos y rendidos que habia dado por sucesores á las borrascosas juntas de la republica; en Frejus se embar-

ca, no ya esta vez para empuñar el timon de un gran estado y encumbrar con suma trascendencia el primer solio del universo, sino privado de su alto alcázar y rechazado de aquel desempeño por el mismo senado, tan pródigo con él, hasta el sumo hastío, de las mas rastreras adulaciones, y por el mismo cuerpo lejislativo que despedia con oprobio tres meses antes; vendido ú desamparado por sus antiguos compañeros y sus parientes, vendido por Marmont y por Murat, desamparado por Berthier y por otros muchos..... Dios lo ha querido así, Dios nada hace en vano. Dejemos obrar á su omnipotencia.

Napoleon fondeó en la playa de Puerto Ferrajo el 3 de mayo, dia en que llegó Luis XVIII á Paris. Las autoridades de la isla de Elba se desalaron en cumplimentar á su soberano á bordo de la fragata inglesa que lo habia conducido. Al dia siguiente el emperador bajó á tierra y fué saluda-



do con ciento y un cañonazos. Todo el vecindario le salió al encuentro, encabezado por el ayuntamiento y el clero.

« Curioso é interesante espectáculo era para el emperador y su séquito, dice un testigo ocular, el de la candorosa alegría de las jóvenes Elbesas y el entusiasmo de aquellos sencillos pescadores que desde tiempo atrás se complacian en oir á nuestros soldados tantas esclarecidas hazañas y memorables victorias con las que estaba siempre enlazado el nombre de Napoleon. Su nombradía y sus desmanes embelesaban igualmente. La serenidad y aun el júbilo con que el emperador hacia preguntas á los menores ciudadanos contribuian á aumentar el entusiasmo. »

Napoleon se dedicó á la administracion de la isla de Elba como si tra-

tase de reinar formalmente y por mucho tiempo; como si la actividad de su numen no debiera hallarse al golpe atascada en los límites de una soberanía tan estrecha. Estudió los productos del suelo y los recursos de la industria, recorrió todas las partes de la isla é ideó importantes mejoras.

El 26 de mayo llegó Cambrone con los valientes de la guardia antigua que habian querido seguir al emperador en su destierro. Posteriormente llegaron la princesa Paulina y madama Leticia, con ánimo de no separarse ya de Napoleon.

Este aguardaba con impaciencia las noticias de Francia, y como en otro tiempo recorria en las márjenes del Nilo los periódicos de la Europa



toda, para ver si no era llegada la hora de cruzar el mar y derribar el directorio, asi consulta hoy dia los papeles públicos, ó las correspondencias privadas, para saber como la nacion francesa se aviene con los estranjeros y con los Borbones, y como unos y otros se portan con la nacion francesa. Por lo que toca á los baldones incesantes que le asestan en todos los periódicos, muestra desentenderse allá de todos ellos. «¿Qué tal me destrozan? le dijo un dia al jeneral Bertrand que le traia los periódicos franceses. — No, señor, respondió el gran mariscal, no se trata hoy de vuestra Majestad. — Vamos, respondió Napoleon, será para mañana; es una calentura intermitente, ya amainarán sus recrecimientos.»

Sin embargo el gobierno que los aliados habian impuesto á la Fran-

cia se mostraba digno de su oríjen. Las promesas del conde de Artois quedaban frustradas; Luis XVIII fundaba su carta en su beneplácito y el derecho divino. La nobleza volvia á insolentarse y el clero á ser intolerante. Todas las gracias del poderío recaian sobre los emigrados, y sus enconos y menosprecios se concentraban en el ejército veterano; se daban títulos de nobleza á Cadoudal, se encarecia á Moreau, se destinaba una estatua á Pichegru, y los fieles guerreros de la Francia yacian acosados de pesares y desaires. Todas las heroicidades que el gran pueblo habia hecho bajo la república y el imperio se cercenaban de su historia, ó tan solo asomaban tildadas con la usurpacion y las revueltas á que se iban atribuyendo; el príncipe, que vivia sombriamente en medio de los enemigos de la Francia, mientras nuestras armas triunfaban en Fleurus, Lodi, Marengo y Austerlitz, suponia haber reinado sobre la Francia en el tiempo de Austerlitz y de Marengo, y fechaba sus jestiones del 19 año de su reinado. La prensa, que hubiera podido contrarestar las doctrinas desatinadas, resistir á las funestas propensiones y mancillar los actos impropios, apenas proclamada libre, se veia estrechamente esclavizada, y las censuras se iban planteando á pesar de la carta, gracias á una disyuntiva ideada con tanta desfachatez como oportunidad, para probar á la Francia que *reprimir* y *precaver* eran dos palabras idénticas.

El emperador habia previsto los yerros de los Borbones en el acto de su abdicacion y divisado la posibilidad de su regreso. El *Memorial* nos retrata los pensamientos que estaban á la sazon embargando su alma, y nos da la verdadera esplicacion del osado intento que pronto ha de ejecutar. Napoleon mismo es el que habla refiriéndose á los últimos dias que pasó en Fontainebleau.

« Si los Borbones, recapacitaba, quieren empezar una quinta dinastía, nada me queda que hacer aquí, y mi papel está terminado; pero si por casualidad se empeñan en continuar la tercera, no tardaré en presentarme otra vez. Pudiera decirse que los Borbones tuvieron entónces mi memoria y conducta á su disposicion: si se hubiesen contentado con ser los majistrados de una gran nacion, si la hubieran querido, yo quedaba en el concepto del vulgo un ambicioso, un tirano, un trastornador y un azote. ¡Cuánta perspicacia y serenidad se requeria para justipreciarme y abonarme! Pero han querido constituirse otra vez señores feudales, anteponiendo el encabezar un partido odiosísimo á toda la nacion. »

Si Napoleon dió motivo á que, en 1814, se dijera de él que habia mullido la cama á los Borbones, estos á su vez van á abrirle de nuevo el camino del trono. Al hacerse cargo Napoleon de la situacion de la Francia, y sabiendo la suerte que le reservaba el congreso de Viena, no tuvo que titubear y tomó pronto una determinacion. Se ha hablado mucho de sus intelijencias en Francia é Italia, de sus emisarios, corresponsales y

cómplices, porque se ha querido atribuir á una trama su salida de la isla de Elba. Positivo es que su conspiracion fué parto de su cabeza, que con nadie consultó sus intentos, y que todos los ignoraban en Porto Ferrajo, la víspera misma de la partida, á escepcion de Drouot y Bertrand.



El 26 de febrero de 1815, á la una de la tarde, Napoleon avisó á su guardia para que se dispusiese á la partida. Manifestóse al punto sumo entusiasmo entre aquellos valientes, cuyo denuedo y cariño estaban enardeciendo la madre y hermana del emperador, asomadas á las ventanas del palacio. Por todas partes no se oia mas que esta voz: « Paris ó la muerte. »

Pronto una proclama anunció de oficio á los isleños que el emperador se separaba de ellos. « Nuestro augusto soberano, decia en ella el gobernador (el jeneral Lapi), llamado por la Providencia á la carrera de la gloria, ha tenido que dejar vuestra isla; me ha encargado su mando, y traspasa la administracion á una junta de seis habitantes, y la defensa de la fortaleza á vuestro teson y afecto. »

« Me marcho de la isla de Elba, dijo Napoleon, estoy sumamente satisfecho del comportamiento de los habitantes : les confio la defensa de este pais que tanto aprecio; no puedo darles mayor prueba de mi confianza que el dejarles mi madre y hermana bajo su custodia; los individuos de la junta y todos los habitantes de la isla pueden contar con mi afecto y proteccion muy particular. »

A las cuatro de la tarde, los cuatrocientos hombres de la guardia antigua se hallaban á bordo del bergantin el *Inconstante;* otras cinco embarcaciones menores recibieron doscientos infantes, cien caballos polacos y un batallon de flanqueadores. A las ocho de la noche, el emperador, acompañado de los jenerales Bertrand y Drouot, se embarcó en el *Inconstante.* Un cañonazo dió al punto la señal de partida, y la escuadrilla dió la vela.

El viento, al pronto favorable, se volvió de repente contrario y arrojó la embarcacion hácia los cruceros. Tratóse de volver á Porto Ferrajo; pero el emperador se opuso á la propuesta. Durante la travesía se dedicó á redactar proclamas al pueblo y al ejército, y sus soldados se esmeraron en copiarlas. El primero de marzo, á las tres, entró en el golfo Juan. Antes de desembarcar mandó á sus soldados que se quitasen la escarapela de la isla de Elba y vistiesen la tricolor, lo cual se efectuó al eco de viva el emperador, viva la Francia. El desembarco se verificó inmediatamente en la playa de Cannes. El emperador saltó en tierra el último, y mientras que su estado mayor se afanaba por acampar á la huestecilla y preparaba todo lo necesario, se estuvo paseando solo por el camino haciendo preguntas á los labradores. A la una de la mañana mandó levantar el campamento, y marchó lo restante de la noche al frente de su gallarda falanje en direccion á Grase. Como hacia parte del camino á pié, le sucedió que dió varias caidas, y en una de ellas viendo un soldado que se levantaba alegremente, dijo á sus compañeros: «Enhorabuena, no conviene que *Juan de la Espada* (apodo familiar con que solian apellidar entre ellos á Napoleon) se tuerza un pié, pues tiene que ser *Juan de Paris.* »

El emperador llegó el 4 de marzo á Digne. Allí mandó imprimir las hermosas proclamas que habia ido estendiendo á bordo del Inconstante y que habian de foguear poderosísimamente el patriotismo del pueblo y del ejército. Aquí van entrambos documentos, á cual mas memorable, dirijidos con fecha de 1.° de marzo desde el golfo Juan, y en los que Napoleon habia echado el resto de su pujanza y de la grandiosidad de su estilo embelesante.

PROCLAMA AL PUEBLO FRANCÉS.

«Franceses, con la desercion del duque de Castiglione se entregó Lyon sin defensa á nuestros enemigos; el ejército cuyo mando, le habia yo con-

fiado, estaba en disposicion, por el número de sus batallones, el denuedo y patriotismo de las tropas que lo componian, de contrarestar al cuerpo de ejército austriaco que se le oponia, y situarse á retaguardia por el costado izquierdo del ejército enemigo que estaba amenazando á Paris.

«Las victorias de Campaubert, Montmirail, Chateau-Thierry, Vauchamp, Mormans, Montereau, Craone, Reims, Arcis-sur-Aube y San Dizier, el alzamiento de los valerosos campesinos de la Lorena, Champaña, Alsacia, Franco Condado y Borgoña, y las posiciones que yo ocupaba á espaldas del ejército enemigo, separándolo de sus almacenes, parques de reserva, convoyes y equipajes, lo habian colocado en una situacion desahuciada. En ningun tiempo los Franceses estuvieron asomados á ser mas poderosos, y la flor del ejército enemigo quedaba perdida sin arbitrio; hallara su huesa en aquellas anchurosas campiñas que habia talado desapiadadamente, cuando la traicion del duque de Ragusa entregó la capital y desorganizó el ejército. El comportamiento inesperado de estos dos jenerales, que vendieron juntamente á su patria, su príncipe y bienhechor, trocó la perspectiva de la guerra. La situacion desastrada del enemigo era tan irremediable, que al terminarse la refriega trabada delante de Paris, se hallaba sin municiones, separado de sus parques de reserva.

«En aquellas nuevas y rematadas circunstancias, mi corazon quedó desgarrado; pero mi alma permaneció inmoble. Consultando solamente con el interés de la patria, me desterré á un peñasco en medio del piélago, pues mi vida os era y debia seros todavia provechosa. No permití que los numerosos ciudadanos que apetecian acompañarme participasen de mi suerte; creí su presencia importante en Francia, y solo llevé conmigo una cuadrilla de valientes necesarios á mi guardia.

«Colocado en el trono por vuestra eleccion, cuanto se ha practicado sin vosotros es ilegal. Hace veinte y cinco años que la Francia tiene nuevos intereses, nuevas instituciones y nueva gloria, que solo pueden afianzar un gobierno nacional y una dinastía nacida en estas nuevas circunstancias. Un príncipe que reinara sobre vosotros y se sentara en mi trono con el desenfreno de las mismas armas que han talado nuestro territorio, trataria en vano de arraigarse con los principios del derecho feudal; no pudiera resguardar sino el honor y derechos de un corto número de individuos enemigos del pueblo, quien los ha estado condenando durante veinte y cinco años en todas nuestras juntas nacionales. Vuestro sosiego interior y consideracion esterior quedarian perdidos para siempre.

«Franceses, desde mi destierro he estado oyendo vuestras quejas y vuestros anhelos; reclamais este gobierno de vuestra eleccion, que es tan solo el lejítimo. Estabais tildando mi letargo; me culpabais de sacrificar á mi reposo los grandes intereses de la patria.

«He cruzado los mares en medio de peligros de toda clase; llego en

pos de vosotros para recobrar mis derechos que son los vuestros. Todo lo que los individuos han hecho, escrito ó dicho desde la toma de Paris, lo ignoraré siempre; esto en nada influirá en el recuerdo que conservo de los servicios importantes que han hecho; porque hay acontecimientos de tal naturaleza que sobrepujan á la constitucion humana.

« Franceses, no hay nacion, por pequeña que fuere, á quien no quepa el derecho de sustraerse y que no se haya sustraido al deshonor de obedecer á un príncipe impuesto por un enemigo momentaneamente victorioso. Cuando Cárlos VII entró en Paris y derribó el trono deleznable de Henrique V, reconoció deber su trono al esfuerzo de sus valientes, y no á un príncipe rejente de Inglaterra.

« Así mismo á vosotros solos y á los valientes del ejército blasono y blasonaré siempre de deberlo todo."

Proclama al ejército.

« Soldados, nadie nos ha vencido, pues dos hombres salidos de nuestras filas han vendido nuestros laureles, con su pais y con su príncipe y bienhechor.

« ¿Se empeñarán en mandar aquellos que por espacio de veinte y cinco años han estado recorriendo toda la Europa en busca de enemigos nuestros, y han pasado su vida peleando contra nosotros en las filas de los ejércitos enemigos y maldiciendo á nuestra preciosa Francia? ¿Intentarán, repito, aherrojar nuestras águilas cuyas miradas nunca pudieron resistir? ¿Consentirémos en que hereden el fruto de nuestros esclarecidos afanes, que se apoderen de nuestros bienes y blasones, calumniando nuestra gloria? Si durase su reinado, allá se empozara todo, hasta el recuerdo de aquellas acciones inmortales.

« ¡Cuán encarnizadamente las desfiguran procurando emponzoñar lo que enamora al mundo! Y si quedan todavía defensores de nuestra nombradía, están entre esos mismos enemigos contra quienes peleamos en el campo de batalla.

« Soldados, desde mi destierro he oido vuestra voz y he llegado hasta aquí, arrollando tropiezos y peligros.

« Vuestro jeneral, llamado al trono, por la eleccion del pueblo y encumbrado sobre vuestros escudos, se os apersona: venid á hermanaros con él.

« Desechad todos esos colores que proscribió la naturaleza, y que durante veinte y cinco años han estado sirviendo para agavillar á todos los enemigos de la Francia; ostentad esa escarapela, pues la llevabais en nuestras grandes victorias.

« Debemos olvidar que fuimos señores de las naciones; mas no tolerar

que nadie se entrometa en nuestros negocios. ¿Y quién pudiera hacerlo? Recobrad aquellas águilas que teniais en Ulma, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Tudela, Eckmuhl, Essling, Wagram, Esmolensko, Moscowa, Lutzen, Wurtchen y Montmirail. ¿Creeis que puedan presenciar sus timbres ese puñado de Franceses, hoy tan arrogantes? Se arrinconarán allá de donde vinieron, y allí, si quisieren, reinarán como suponen haber reinado durante diez y nueve años.

«Nuestros bienes, distinciones y nombradía, los bienes, distinciones y blason de vuestros hijos, no tienen mayores enemigos que esos príncipes que los estranjeros os han impuesto: son los enemigos de nuestra gloria, porque los condena la narracion de tantas heroicas acciones que han esclarecido al pueblo francés peleando contra ellos para librarse de su yugo.

«Los veteranos del ejército de Sambra y Mosa, del Rin, Italia, Ejipto, poniente y grande ejército, yacen humillados; sus honrosas cicatrices son mancilladas; sus triunfos serian crímenes, estos valientes serian unos rebeldes, si, como lo intentan los enemigos del pueblo, se hallaran soberanos lejítimos en medio de los ejércitos estranjeros. Los timbres, galardones y agasajos son para los que los sirvieron contra la patria y contra nosotros.

«Soldados, venid á reuniros bajo las banderas de vuestro caudillo. Su existencia estriba en la vuestra; sus derechos se vinculan todos en los del pueblo y los vuestros; su interés, blason y nombradía son los mismos que los nuestros. La victoria marchará á paso de ataque; el águila, con los matices nacionales, volará de pueblo en pueblo hasta las torres de Nuestra Señora: entónces podréis mostrar con honor vuestras cicatrices y podréis vanagloriaros de lo que habréis hecho; seréis los libertadores de la patria.

«En vuestra vejez, seguidos y acatados por vuestros conciudadanos, os estarán oyendo referir vuestras hazañas y podréis decir engreidamente: «Tambien yo formaba en aquel gran ejército" que entró dos veces en los muros de Viena y en los de Roma, Berlin, Madrid y Moscou, y ha librado á Paris del baldon que le habian estampado la traicion y la presencia del enemigo. Honor á esos valientes soldados, gloria de la patria, y afrenta perpetua á los Franceses criminales en cualquiera condicion que hayan nacido, que pelearon veinte y cinco años con los estranjeros para desgarrar el regazo de la patria."

Este lenguaje estaba pregonando á la nueva Francia que volvia su esclarecido intérprete y que la democracia habia recobrado su representante y su héroe: así el pueblo y el ejército acudieron con entusiasmo y con hermandad asombrosa al encuentro del ilustre desterrado.

Napoleon llegó á Gap el 5 de marzo. Recibiéronle en aquella ciudad con las mismas demostraciones de júbilo que se habian manifestado en to

das las partes por donde habia ido pasando. Despues de las tentativas de contrarevolucion que habian ido brotando en el regreso y el reinado brevísimo de Luis XVIII, los Delfineses, tan adictos á la revolucion, saludaban con alborozo al númen libertador que acudia al auxilio de la igualdad, tanto tiempo defendida por él, y ahora amenazada por los Borbones.

Napoleon salió de la capital de los Altos Alpes vitoreado por el vecindario entero. Al pasar por San Bonnet, los habitantes le ofrecieron que tocarian á rebato y se alistarian todos para reforzar su escolta que conceptuaban harto endeble para trasladarlo á Paris contrarestando las crecidas guarniciones colocadas por la travesía. « No, les respondió; esos sentimientos me están demostrando que no me equivoqué ; prenda incontrastable son para mi de los de mis soldados ; los que vaya encontrando acudirán á formar conmigo, y cuantos mas fueren, mas afianzado ha de quedar mi triunfo ; con que así permaneced sosegados en vuestros hogares."

Quedaba ya comprobado el intento en cuanto al pueblo ; Napoleon no se habia propasado en conceptuar el predominio de su nombre y de su númen. Quedaba el ejército, del que se creia aun mas seguro que del pueblo y con el cual no se habia aun apersonado. Pero se acercaba á Grenoble, y era de temer alguna demostracion hostil por parte de las autoridades y del comandante militar. Con efecto, el jeneral Marchand habia destacado un batallon del 5.° de línea sobre el camino de Lamure, con órden de que se opusiera al tránsito de Napoleon. La vanguardia del emperador encontró aquel destacamento cerca de Lafrete, y no pudo recabar que se desprendiese de sus filas y se pasase á la bandera del antiguo ejército. Un oficial de estado mayor del jeneral Marchand estaba allí conteniendo á la soldadesca con el vínculo de la disciplina. Luego que Napoleon supo aquel contratiempo, acudió á la vanguardia, se apeó y colocó frente al batallon que amenazaba dar un funesto ejemplo á todo el ejército. Seguíale la guardia con las armas rendidas para manifestar la intencion de no querer valerse de la fuerza. « ¿Cómo, amigos mios ? esclamó, ¿no me conoceis ? soy vuestro emperador ; y si hay entre vosotros un soldado que quiera matar á su jeneral y emperador, puede hacerlo, aquí estoy." Al pronunciar estas palabras, se descubrió el pecho. El oficial de estado mayor quiso aprovechar aquel momento para romper el fuego ; pero su voz quedó al punto ahogada con la vocería de viva el emperador; voces de entusiasmo mil veces repetidas en que prorumpieron al par de los soldados todos los labradores que cubrian los cerros y guarnecian el camino real. De repente el batallon del 5.°, los zapadores y minadores se hallaron confundidos con los valientes de la isla de Elba á quienes estrecharon fraternalmente en sus brazos, y los lanceros polacos persiguieron mas allá de Vizille al oficial de estado mayor, el cual logró salvarse mer-

ced á la dilijencia de su caballo. El emperador prosiguió despues su marcha hácia Grenoble en medio de la muchedumbre que se iba aumentando á cada paso. Napoleon se ha acordado en Santa Helena de que en uno de los valles del Delfinado habia visto salir de enmedio de aquella inmensa muchedumbre que se atropellaba á su tránsito, un soldado de alta estatura llorando de gozo, y abrazando á un anciano de noventa años. Era un granadero de la isla de Elba de cuya fidelidad se habia sospechado cuando desapareció. Solo se habia separado momentaneamente de sus compañeros de armas para ir en busca de su padre á quien queria presentar al emperador.

A su llegada á Vizille, Napoleon se halló con el entusiasmo progresivo de las poblaciones delfinesas. Por todas partes se oia: «Aqui nació la



revolucion; nuestros padres fueron los primeros que volvieron por los fueros de los hombres libres, aqui tambien resucita la libertad francesa y la Francia recobra su honor é independencia."

El emperador, que al pasar delante del castillo de los Delfines, en donde se celebró en 1788 la primera junta patriótica, no habia podido menos de hermanarse con los recuerdos de la muchedumbre, esclamó por su parte con el ímpetu de un hombre que estaba parangonando aquellas

memorias que aclamaban los Delfineses, y la crítica y grandiosa posicion en que volvia á hallarse la democracia en la persona de su representante: «Sí, de allí salió la revolucion francesa."

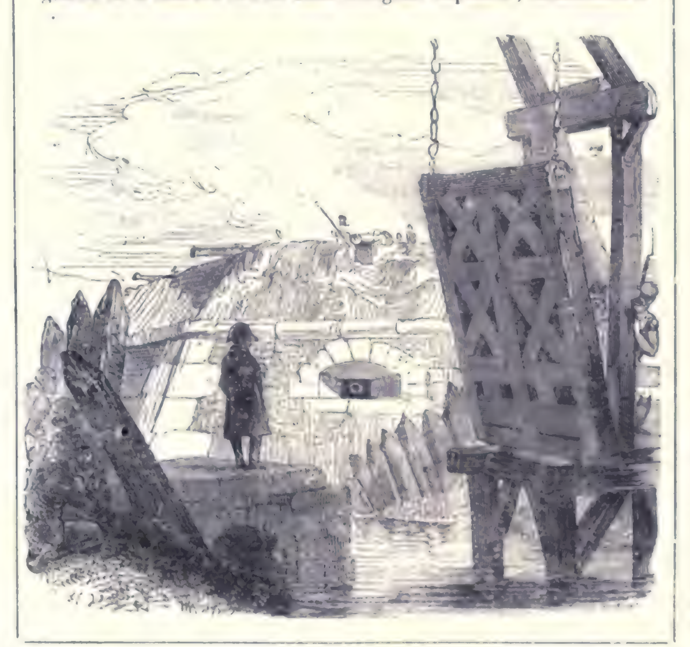
Allí, tambien se estaba diciendo, va á alcanzar la revolucion francesa un nuevo triunfo sobre el antiguo réjimen; porque allí va á quedar afianzado el éxito de mi arrojada empresa.

En efecto, mientras que el emperador está como embargado en tales presentimientos, y su alma vuela absorta por mil rumbos en medio de la embriaguez jeneral que causa su presencia en el pueblo delfinés, un oficial del 7.° de línea atraviesa la muchedumbre y participa á Napoleon que su rejimiento, con el coronel al frente, se adelanta á marchas forzadas para saludar al héroe de la Francia. Siempre sereno al parecer como en todos los trances memorables de su vida, le asoma sin embargo al rostro la entrañable impresion que está abrigando con un acaecimiento que debe conducirle, sin disparar un tiro, á las Tuilerías. Su fisonomía, despojada del semblante empañado que las fatigas del cuerpo y los tormentos del ánimo le han comunicado hasta entónces, aparece risueña de júbilo y de esperanza. Despues de haber manifestado al oficial del 7.° lo que siente por su rejimiento y por el jefe que lo manda, espolea su caballo y allá se arroja como si ya estuviera delante del arco triunfal del Carrousel. Pronto se oye la vocería del 7.° mezclada con los vítores de la muchedumbre que lo acompaña. El coronel marcha adelante á paso acelerado; es hombre de alta estatura y hermosa presencia. Su carácter fogoso, pecho varonil y modales caballerosos, le han granjeado sumo influjo en el ánimo del soldado y de los oficiales. Salió de Grenoble á las tres de la tarde (el 7 de marzo), y á corta distancia de la ciudad ha mandado callar á los tambores, hacer alto y romper una caja de donde han sacado una águila que enseña al instante á los soldados, voceando: «He aquí la insignia esclarecida que era nuestro norte en nuestras inmortales acciones. El que tantas veces os condujo á la victoria se adelanta hácia nosotros para vengar nuestra humillacion y nuestros desmanes; hora es de volar bajo su bandera que nunca dejó de ser la nuestra. Síganme los que me quieren. Viva el emperador." Los soldados, que apenas podian contener sus ímpetus mientras que su coronel estaba hablando, prorumpieron á la voz de viva el emperador y repitieron aquella esclamacion de su jefe con arrebatos de un regocijo que rayaba en delirio. Un numeroso concurso de individuos de toda edad, sexo y condicion les ha seguido y se acerca ahora con ellos para saludar tambien con sus aclamaciones á aquel con quien por tanto tiempo se encarnaron el principio de la igualdad y la gloria de la nacion. La impaciencia, igual por ambas partes, ha acortado la distancia. Ya se confunden las aclamaciones. Ya están reunidos los compañeros de armas separados por los sucesos de 1814, y se abrazan repitiendo viva

la guardia, viva el 7.°, viva el emperador, y el vecindario de Grenoble que ha salido al encuentro del sumo conquistador, hermana su alborozo con el de la poblacion de las montañas que ha bajado de sus riscos en pos del grande hombre. Sin embargo, el esclarecido é intrépido coronel del 7.°, el noble y valiente Labedoyere, logra abrirse paso por medio de la muchedumbre y va á echarse en brazos del emperador. Napoleon le estrecha contra su pecho y le dice con desahogo. «Coronel, V. me repone en el trono.''

El emperador llegó de noche bajo los muros de Grenoble. El afan estruendoso del jentio está ya pregonando su presencia al vecindario y á la guarnicion en medio de la oscuridad que no alcanza á encubrir su persona.

Algunos ciudadanos y soldados, burlando las precauciones del teniente jeneral que habia dado órden para que se cerraran las puertas, entregándose de las llaves, se descolgaron por las murallas y fueron á aumentar el séquito del héroe. De repente se oye estruendo de armas en la plaza, se cree que los artilleros van á hacer fuego y la muchedumbre se resguarda de la metralla con las casas contiguas. Napoleon, innaccesible al



temor, permanece inmóvil en el puente encarado con las baterías; su ademan sereno produce una reaccion en la mente de la muchedumbre. El emperador arroja su vida, esclama un ciudadano, ¿y tratarémos nosotros de escasear la nuestra? y al decir estas palabras se atropella sobre el inmortal guerrero que habia familiarizado á tantos valientes con los peligros. Este ejemplo hace volver á la muchedumbre al rededor del grande hombre.

Sin embargo Napoleon, queriendo enterarse del movimiento que se habia notado por las murallas, manda á Labedoyere que se acerque y arengue á los artilleros. Entónces el coronel sube á un paraje dominante y grita con voz recia: « Soldados, os traemos al héroe que habeis seguido en tantas batallas: á vosotros toca recibirle y repetir con nosotros el antiguo grito de reunion de los vencedores de Europa: ¡Viva el emperador!" Los artilleros, á quienes la disciplina únicamente habia retenido en sus puestos, no hacen aguardar su respuesta. « ¡Viva el emperador! » claman unánimes y todos cuantos los rodean, militares y ciudadanos, se unen con ellos para redoblar mas y mas la voz que habia movido Labedoyere.

Pero en medio del acaloramiento jeneral, así en el interior como en el esterior de la ciudad, Napoleon se cansa de estar viendo las puertas cerradas. Se daban las manos por los portillos, segun dice el *Memorial*, pero no se abrian. El vecindario jornalero de los arrabales, ansiosísimo de admitir al emperador en los muros de Grenoble, llega entónces con vigas. La puerta de Bonne cae pronto á los golpes repetidos de aquellas nuevas máquinas de guerra recien inventadas por el afan de las clases trabajadoras; y los sitiados prorumpen todos en gritos de victoria que apenas pueden remedar los sitiadores.

« En ninguna batalla, dice Las Cases, corrió tanto peligro el emperador, como al entrar en Grenoble; los soldados se arrojaron sobre él con todos los ademanes del enfurecimiento de la saña; por un instante algunos se estremecieron, pues hubiera podido decirse que iba á quedar destrozado; tanto era el delirio del amor y del regocijo; llegaron á levantar en hombros la persona y el caballo."

Las proclamas del golfo Juan se reimprimieron en Grenoble y corrieron con profusion. El emperador permaneció dos dias en aquella ciudad. Durante su residencia pasó revista á las tropas y la guardia nacional, y recibió visitas de las autoridades, cuerpos académicos y clero.

En la revista, Napoleon cubierto con su sombrerito y vestido con la famosa levita de mezcla, se acercó á los artilleros del 4.º rejimiento y les dijo:

« Entre vosotros hice yo mis primeras armas; os quiero á todos como á antiguos compañeros; os he seguido en el campo de batalla, y siempre

he estado satisfecho de vosotros; pero confio que no necesitarémos vuestros cañones.»

Napoleon salió de Grenoble el 9 de marzo y llegó el dia siguiente á Lyon en el trance mismo en que el conde de Artois, despues de mil conatos infructuosos para recabar de los soldados el que defendiesen la causa de los Borbones, acababa de marcharse en total desamparo, con el resguardo de un solo voluntario real. El emperador mandó dar á este leal servidor de sus enemigos la cruz de la Lejion de Honor en premio de su fidelidad.

Persuadido Napoleon de que á la democracia de que procedia y á la opinion universal que le hacia conceptuar por el verbo de la revolucion, era á quien debia atribuir la buena acojida que merecia á los vecindarios, tanto ciudadanos como campesinos, al paso que reservaba enfrenar mas adelante aquel gran movimiento democrático, se vió en la precision de hacer concesiones á la opinion jeneral, pensando que al cabo ella seria la que, acompañada del amor del ejército, le conduciria en triunfo á Paris: así que dió el 13 de marzo varios decretos para anular todos los actos contrarevolucionarios del gobierno real, y restableció las leyes de la asamblea constituyente, suprimiendo la antigua nobleza y las órdenes de caballería. El último decreto disolvió las Cámaras de los pares y diputados, y convocó estraordinariamente en Paris á todos los colejios electorales del imperio para celebrar una reunion en el *Campo de Mayo*, y revisar las constituciones imperiales.

El emperador tomó el camino de Borgoña en donde le aguardaba una poblacion no menos apasionadamente desalada que la del Delfinado. Pero mientras que atraviesa la Francia llevado hasta la capital por el entusiasmo de los ciudadanos y en medio de las aclamaciones universales, segun sus propias espresiones, los Borbones tratan de poner á talla su cabeza, y el congreso de Viena llama de nuevo á toda la Europa á las armas para agolparse sobre él. La prensa de Paris y del estranjero corrobora tamañas providencias y vierte el desenfreno y el enfurecimiento de la soberania antigua y de la vieja aristocracia, tratando de ruin aventurero al que va pronto á alcanzar con su cuadrilla el castigo al grande hombre á quien todo un pueblo recibe como á su libertador. Estos desacatos, acompañados de torpísimas mentiras, no estorban el que Napoleon se vaya acercando á Paris, aunque los periódicos asalariados le retratan huyendo siempre de los príncipes de la familia real. El 13 de marzo, duerme en Macon, mientras que el mariscal Ney se declara por él en Lons-le-Saulnier con una proclama que empieza con estas palabras: «La causa de los Borbones yace rematada para siempre.» El 14, pasa á Chalons, con cuyo vecindario se congratula por la esplendorosa resistencia que opuso al enemigo en la última guerra. Iguales elojios queria tributar á los vecinos de San

Juan de Losne que manifestaron idéntico patriotismo, pero no hallándose aquella poblacion en su camino, se contenta con enviar la condecoracion de la Lejion de Honor á su digno correjidor. Con este motivo dijo á los labradores y jornaleros que forman la mayor parte de su inmenso séquito: « Para vosotros, jente honrada, establecí yo la Lejion de Honor, y no para los emigrados con estipendio de nuestros enemigos. »

El 15, Napoleon se hallaba en Autun, vitoreado siempre con las mismas aclamaciones. Aquel dia, las dos Cámaras establecidas por la Carta se reunieron en Paris en virtud de una convocacion estraordinaria que habia promovido el desembarco del emperador. Luis XVIII y los príncipes de su familia, atónitos con el asomo del ilustre proscrito cuya cabeza habian pedido en vano, disimularon momentáneamente sus propensiones contrarevolucionarias y renovaron su juramento á la Carta. Esta demostracion solemne no les volvió á granjear la confianza de los realistas constitucionales, á quienes habia desengañado muy pronto la propension contrapuesta del gobierno; y el conjunto de la nacion, considerándola como un síntoma medroso, hizo escarnio de aquella demostracion.

El emperador prosiguió pues su marcha veloz hácia Paris á pesar de las disposiciones militares, las hipocresías solemnes y los decretos matadores con cuyo agolpamiento se habia contado para detenerle en su carrera triunfal. El 17 de marzo, celebró su entrada en Auxerre, á donde el



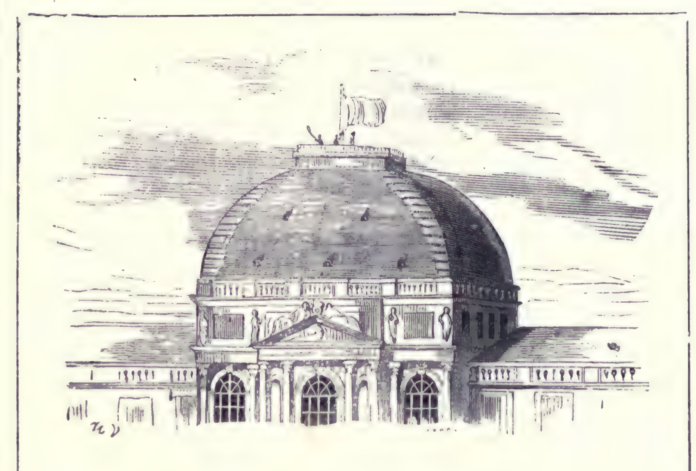
14.º rejimiento de linea habia llegado de Orleans, volando á su encuentro. Este cuerpo habia peleado mucho tiempo en España y habia descollado sin conseguir premios proporcionados á sus servicios. El emperador distribuyó condecoraciones á los oficiales y soldados reputados como los mas acreedores á galardon tan esclarecido.

El mariscal Ney se reunió en Auxerre con el emperador. El valiente de los valientes iba á coronar la obra de Labedoyere. Su presencia colmó los anhelos y la esperanza de Napoleon.

El gobierno real se hallaba en los mayores apuros. Pedia á las Cámaras que lo salvasen con leyes de circunstancia y doblegaba el orgullo de los grandes, humillándolo hasta ir á halagar á los soldados en los cuarteles. Pasos infructuosos, vanos rendimientos. Las Cámaras no tenian autoridad sobre la nacion, ni los príncipes influjo con el soldado, que solo respondia á sus súplicas desentendiéndose, y aun muchas veces con espresiones amargas. Por lo tanto nada podia detener á Napoleon.

El 19 de marzo, marchó de Auxerre y llegó á Fontainebleau el 20 á las cuatro de la mañana. Aquella misma noche Luis XVIII habia desamparado la capital encaminandose velozmente á la frontera belga. Si la marcha del emperador habia sido un triunfo continuo desde el golfo Juan á Paris, la retirada del rey fué una fuga desde Paris á Gante. Los Borbones se habian equivocado sobre las causas y el caracter de la caida de Napoleon. Habian creido y proclamado que aquel que dispone de los tronos é imperios habia estampado con su divino sello el esterminio de la dominacion imperial para que cesara en Francia el reinado de lo que llamaban revuelta é impiedad; decian incesantemente que la Providencia habia querido sojuzgar y que habia mal herido en Napoleon al espíritu del siglo, la filosofia moderna y la revolucion. La Providencia, cuyas miradas no están vueltas a lo pasado, y si encaradas con el porvenir, que promueve y conduce todas las revoluciones para rejenerar á los pueblos, y no para restaurar á los reyes, la Providencia, que solo habia retirado su proteccion al grande hombre á quien tanto habia favorecido para castigarle de haberse allegado á los pensamientos y á los hombres de la sociedad antigua; la Providencia tenia que manifestar estruendosamente sus intentos y desengañar con algun sumo acontecimiento á los príncipes que habian podido equivocarse acerca de sus inmutables designios. Entónces permitio que el monarca que habia dejado derrocar se levantara de repente y recobrara el cetro como por ensalmo, no para restablecer y consolidar su dinastia, sino para dar testimonio al mundo del poderio supremo de la revolucion y de la flaqueza del réjimen antiguo.

Patente esta ya el testimonio. El derecho divino venido del estranjero vuelve á él con los Borbones, participando de su vergonzosa fuga, y la soberania del pueblo va á entrar triunfante con Napoleon en las Tulerias



CAPITULO LII.

Los Cien Dias.

FONTAINEBLEAU habia visto al emperador derrocado con desamparo casi total de sus antiguos compañeros el dia 20 de abril de 1814, separándose de su guardia para dejarse llevar prisionero á la isla de Elba: el 20 de marzo de 1815, Fontainebleau está viendo de nuevo á Napoleon en medio de su guardia, rodeado del batallon sagrado, seguido de las aclamaciones del pueblo y del ejército, y pronto á marchar á su capital, en donde va á recobrar el poderío soberano que por segunda vez le delega el voto nacional.

El emperador llega al anochecer á las puertas de Paris. La bandera tricolor tremóla en las Tuilerias desde las dos de la tarde: el valiente Excelmans la tenia enarbolada.

El pueblo y el ejército rodean á Napoleon y se abalanzan á él como en Grenoble. Todos ansian mirar al héroe mas de cerca. Cuando entra en las Tuilerias, á las nueve de la noche, le reciben un sinnúmero de oficiales, quienes se arrojan á él con tanto afan y entusiasmo que no puede menos de prorumpir: «Señores, ni á respirar alcanzo.» Mr. de Montalivet, que le habia servido con cariño y maestría en la prosperidad y que le habia sido fiel en la desventura, le sale al encuentro al pié de la escalera principal y lo estrecha en sus brazos. Llevan en cierto modo al emperador á sus aposentos, en donde le aguarda la reina Hortensia con gran número de antiguos magnates del imperio.

El batallon sagrado acampa en la plaza del Carrousel, y alterna con la guardia nacional en el servicio de palacio.

Al dia siguiente, el emperador pasa revista á todas las tropas que se hallan á la sazon en la capital. «Soldados, les dice, he venido á Fran-



cia con novecientos hombres, porque contaba con el cariño del pueblo y el recuerdo de los veteranos. Mi esperanza no quedó desairada. Gracias os doy, soldados. La gloria de lo que acabamos de hacer es toda del pueblo y de vosotros. La mia se reduce á haberos conocido y justipreciado.

« Soldados, el trono de los Borbones era ilejítimo, ya que habia sido levantado por manos estranjeras, que lo habia proscrito el voto de la nacion, espresado por todas nuestras juntas nacionales, y finalmente porque tan solo afianzaba los intereses de un corto número de hombres arrogantes, cuyas pretensiones se contraponen á nuestros derechos. Soldados, sobre el trono imperial quedan resguardados los derechos del pueblo, y sobre todo el principal interés, el de nuestra gloria.

« Soldados, vamos á marchar para arrojar del territorio á esos príncipes auxiliares del estranjero; la nacion no solo nos dará nuevas alas con sus deseos, sino que tambien seguirá nuestro impulso. El pueblo francés y yo contamos al par con vosotros. No queremos entrometernos en los negocios de las naciones estranjeras; pero ¡ah de aquellos que vengan á cuidar de los nuestros! »

Los soldados escuchan este discurso con el mismo entusiasmo que siempre les habian infundido las palabras de Napoleon, y resuenan los aires con la vocería de viva el emperador, cuando se presenta el batallon de la isla de Elba, mandado por Cambronne, y que no habia podido llegar á Paris al mismo tiempo que el emperador. A aquella vista, Napoleon esclama: « He aquí los oficiales del batallon que me acompañó en mi desventura. Todos ellos son mis amigos. Eran los íntimos de mi corazon, pues cuantas veces los veia, otras tantas me representaban los diferentes rejimientos del ejército, porque entre estos seiscientos valientes, hay hombres de todos los cuerpos. Todos me recordaban aquellas grandiosas refriegas, cuya memoria es tan grata, porque todos están cubiertos de honrosas cicatrices recibidas en tan señalados dias. Amándolos, estaba amando á todos vosotros, como soldados del ejército francés. Os traen las águilas. Que os sirvan de punto de reunion. Al darlas á la guardia, las doy á todo el ejército.

« La traicion y circunstancias desgraciadas las han empañado con un velo aciago. Pero gracias al pueblo francés y á vosotros, aparecen resplandecientes en toda su gloria. Jurad que se hallarán siempre do quiera las llame el interés de la patria. Que nunca puedan resistir sus miradas los traidores y los que quisieran invadir nuestro territorio. »

Los soldados responden: « Lo juramos; » y mientras que desfilaban por delante del emperador, la música tocaba el himno de la revolucion: *Velemos por la salud del imperio.*

Napoleon aparecia como restituido al tiempo del consulado: la desgracia y los Borbones lo habian reconciliado con la democracia que habia desai-

rado repetidamente bajo el imperio. Para patentizar mas y mas aquella reconciliacion, dió el ministerio del interior á Carnot y llamó á Benjamin Constant al consejo de estado; lo cual era reconocer la soberanía de la opinion pública y ceder al impulso liberal que representaban bajo diferentes visos aquellos dos ilustres ciudadanos. El emperador se esplicó desahogadamente con Benjamin Constant sobre el carácter de la nueva política que trataba de seguir. Sin confesarse convertido al sistema constitucional ni mostrarse propenso á fomentar las especies democráticas que tan poderosamente habian contribuido á reponerle en el trono, declaró que se sujetaria á las urjencias del pueblo, y aun á sus antojos, y que marcharia por el sendero que al parecer iban siguiendo los ánimos. He aquí algunas de las memorables palabras que pronunció en aquella coyuntura, y que nos ha conservado el célebre publicista á quien se encaminaban.

«La nacion, dijo, ha estado descansando hasta doce años de todo vaiven político, y hace un año que se rehace de la guerra, y con este doble reposo se ha granjeado mayor actividad. Apetece allá soñadamente una tribuna y juntas; no siempre las ha querido. Se arrojó á mis piés cuando yo ascendí al gobierno; debeis tenerlo presente, puesto que os opusisteis. Parece que va volviendo la aficion á las constituciones, discusiones y arengas... Sin embargo, no os equivoqueis, pues sus apasionados son los menos. El pueblo, ó sea la muchedumbre, no apetece mas que mi persona; ¿no habeis visto esa muchedumbre abalanzándoseme al tránsito, descolgandose de las cumbres, llamándome, buscándome y saludándome? A mi regreso de Cannes aquí, no he tenido que conquistar, he venido administrando..... No soy tan solo, como se ha dicho, el emperador de los soldados, soy tambien el de los labradores, de los plebeyos y de la Francia..... Asi, á pesar de lo pasado, veis que el pueblo se vuelve á mí: median simpatías entre nosotros.... Basta con una señal que yo dé, ó basta que yo vuelva la vista, para que los nobles queden degollados en todas las provincias. Tal se han afanado en estos seis meses..... Pero no quiero ser el rey de una pandilla. Si hay medios de gobernar con una constitucion, sea enhorabuena..... He apetecido el imperio del mundo; y, para afianzarmelo, un poderío ilimitado. Cabe que para gobernar la Francia sola, sea preferible una constitucion..... Ved pues lo que conceptuais asequible. Estended vuestros pensamientos y traédmelos. Elecciones libres, discusiones públicas, ministros responsables, libertad, todo eso quiero... Ante todo libertad de imprenta, porque es desatino el anonadarla; sobre ese punto estoy desengañado..... Soy el hombre del pueblo; si el pueblo quiere verdaderamente la libertad, se la debo; he reconocido su soberanía, y es preciso que acate su albedrío y aun sus antojos. Nunca he querido oprimirle por voluntariedad; abarcaba sumos intentos, la suerte los ha decidido, ya no soy un conquistador ni puedo ya serlo. Alcanzo lo que es

factible y lo que no lo es; no me queda sino un instituto, y es rehacer la Francia y darle un gobierno que le cuadre..... No aborrezco la libertad; la he desviado cuando me atajaba el tránsito; pero la comprendo; me he criado en su regazo. De todos modos ya está destruida la obra de quince años, y no cabe volverla á empezar. Se necesitarian veinte años y un sacrificio de dos millones de hombres.... Además, ansio la paz, y solo la conseguiré á fuerza de victorias. No quiero esperanzaros fementidamente, dejo que anden hablando de negociaciones; pero no las hay. Preveo una lid ardua, una guerra dilatada. Para sostenerla es forzoso que la nacion me sostenga; en recompensa exijirá libertad y la logrará..... La situacion es nueva. Nada deseo tanto como que me ilustren. Envejezco, y nadie es á los cuarenta y cinco lo que era á los treinta. El sosiego de un rey constitucional puede hacerme al caso..... Seguramente ha de cuadrar todavía mas á mi hijo. »

Las contestaciones del emperador á las diferentes autoridades que le fueron tributando parabienes, salieron todas vaciadas en la turquesa del liberalismo, cuya resurreccion y predominio actual reconocian consintiendo en aceptarlo por auxiliar. « Todo para la nacion y para la Francia, dijo á sus ministros, aquí se cifra toda mi divisa. » No se atuvo tan solo á palabras, porque suprimió con un decreto de 24 de marzo la censura y la direccion de la librería; providencia que le acarreó algunos reparos por parte de los palaciegos. « A fe mia, señores, les dijo, eso os corresponde; por lo que á mí toca, nada tengo que temer: reto á cuantos quieran imprimir sobre mí mas de lo que se ha dicho de un año á esta parte. »

Sin embargo el duque y la duquesa de Angulema habian tratado de sublevar el mediodía á favor de la causa real. La duquesa de Angulema habia descollado en Burdeos con su actividad, denuedo y teson, dando campo al emperador para que dijera de ella que era « el único hombre de la familia. » Sus conatos nada recabaron empero contra el ímpetu de los acontecimientos: llegó el jeneral Clausel, y la obligó sin pelear á que se marchara de Burdeos para refujiarse por segunda vez en pais estranjero.

El duque de Angulema habia caido en poder del jeneral Gilly en Lapalud y se hallaba prisionero en Pont-Saint-Esprit á disposicion del emperador, cuya decision, respecto á su persona, se estaba esperando con zozobra por los amigos de los Borbones. El recuerdo reciente del decreto que habia puesto á Napoleon fuera de la ley debia causar algun recelo á los realistas, pues podian temer tremendas represalias. El emperador comunicó su resolucion al jeneral Grouchy, comisario estraordinario en el mediodía, por una carta que concedia al príncipe la facultad de retirarse á pais estranjero y tambien le permitia que fuera á promover la guerra contra Napoleon y la Francia.

Entre tanto acaecia á la otra parte de los Alpes un acontecimiento de

suma entidad. Murat, amenazado por el congreso de Viena, procuraba sublevar la Italia contra el Austria. Tildaba á los reyes de ingratos con él, como si aquella bastardía no fuera el escarmiento de la mas torpe ingratitud en que habia delinquido con Napoleon y la Francia. Este levantamiento indujo á los soberanos á opinar que el emperador no habia salido de la isla de Elba, sino mediante reconciliacion con su cuñado, y que habian preparado juntamente su doble tentativa. Bastaba este concepto para que el gabinete de Viena ensordeciese á todas las propuestas pacíficas de Napoleon: así los ministros austríacos se atuvieron sin titubear á la cláusula del tratado del 25 de marzo de 1815, por la cual los aliados se constituian en una liga mas compacta que nunca y se comprometian á no arrimar las armas hasta derrocar otra vez el solio que el emperador acababa de restablecer de un modo tan asombroso. Este contratiempo ha hecho decir á Napoleon en sus memorias: «Por dos veces arrebatado de estraños vahidos, el rey de Nápoles causó dos veces nuestras desgracias; en 1814, declarándose contra la Francia, y en 1815, contra el Austria.»

Aunque desesperanzado el emperador de desprender al Austria de la coligacion y de inducir á las demás potencias á un desarme, renovó las tentativas oficiales, y tan repetidas, ya de cónsul, ya de monarca, para determinar á sus enemigos á la paz y dejarles á todo trance la responsabilidad de la guerra. Al intento escribió una carta á todos los soberanos.

Los monarcas aliados no se dignaron contestar á esta proposicion; aun hicieron mas, los plenipotenciarios franceses no fueron siquiera admitidos á presentar sus credenciales. Entónces Napoleon vió que era preciso dilijenciar y prepararse formalísimamente para la guerra.

Malquistos siempre los Borbones en la nacion entera, y prendados al contrario los ánimos con Napoleon, todos estaban sin embargo ansiando la paz, y aunque el pueblo francés se mostrase resuelto á nuevos sacrificios para sostener su honor, dignidad é independencia, ningun deseo abrigaba de volver á la guerra, y se habia lisonjeado que la coligacion se disolveria, volviendo el Austria á nuestra alianza, cuando Napoleon habia anunciado en sus decretos que María Luisa y el rey de Roma asistirian á la reunion del Campo de Mayo. El jiro poco pacífico que tomaron nuestras relaciones diplomáticas con todas las cortes de Europa, y particularmente con la de Viena, burló pues la esperanza de muchísimos patriotas que con amargo presentimiento estaban viendo á la Francia precisada á pelear otra vez con toda la Europa. Se hubieran reputado muy felices de gozar de los halagos de la paz y los beneficios de la libertad bajo el reinado de un héroe que nos habia dado tanta gloria. Pero se conoció que la paz era inasequible; y ¿qué se hizo de la libertad?

El 22 de abril, Napoleon promulgó una acta adicional á las constituciones del imperio. En vez de aguardar las tareas de la nueva asamblea

constituyente, que habia convocado por su decreto del 13 de marzo, se encargó de hacer solo la revision constitucional tan solemnemente prometida; y para evitar toda discusion incómoda sobre este punto, redujo los muchísimos electores que debian formar el Campo de Mayo á las funciones de comprobadores del escrutinio. El pueblo fué el único á quien se consultó, como en tiempo del voto para el consulado de por vida y para el imperio, segun el acta siguiente depositada en todos los ayuntamientos de Francia:

« ART. 1°. Las constituciones del imperio, á saber, el acta adicional del 23 de frimario, año VIII, los senados consultos de los 14 y 16 de termidor, año X, y el del 28 de floreal, año XII, quedarán modificados por las disposiciones que siguen. Todas las demás disposiciones quedan confirmadas y mantenidas.

« ART. 2°. La potestad lejislativa es ejercida por el emperador y dos cámaras.

« ART. 3°. La primera cámara llamada de los pares *es hereditaria*.

« ART. 4°. El emperador nombra á los miembros, que son irrevocables, ellos y sus descendientes varones de primojénito en primojénito en línea recta. El número de los pares es ilimitado, etc. etc. »

Es por demás el traer aquí las otras disposiciones de esta acta. Para coronar el sublime arrojo de la democracia que le ha vuelto á colocar milagrosamente en el trono, Napoleon impone á la Francia una aristocracia formidable, creando lejisladores hereditarios. Los estatutos imperiales de 1806 que lastimaban tanto al sistema de igualdad con que el emperador conceptuaba tan prendada á la Francia, no dejaban á lo menos á la ciega disposicion de la casualidad del nacimiento sino dictados y grandezas sin la menor incumbencia política; el acta adicional se adelanta mucho mas, pues traspasa á esta casualidad la principal de las funciones públicas, el derecho de participar en la formacion de las leyes. Si Napoleon hubiese creado pares hereditarios cuando estaba todavía enconadísimo contra los republicanos, y se esmeraba con todo el ímpetu de un planteador de dinastía en poner sólidos y vistosos andamios á su edificio monárquico, esta creacion, aunque no menos contrapuesta á la racionalidad del siglo, hubiera sido mas conforme con la lójica, y nadie la estrañara. Pero tras sus manifiestos del golfo Juan; tras lo que habia visto, oido y proclamado, desde Cannes á Paris; tras su decreto de Lyon, en el cual habia repetido, en medio de las aclamaciones de la Francia, la sentencia de muerte de la antigua aristocracia, proponer á la Francia unos pares hereditarios era desmentir muy pronto la esperanza que habia cundido por su lenguaje liberal y sus providencias populares. Carnot se opuso con todo su ahinco á la publicacion del acta que encerraba disposicion tan descaminada. Abogó por « la gloria adquirida contra la heredada, por los

grandes honores contra los descendientes de los grandes hombres. » En estos mismos términos habian apuntado en otro tiempo los oradores del consulado, a nombre de Napoleon, el carácter democrático de la Lejion de Honor, y patentizado la distancia que mediaba entre este nuevo instituto de las prerogativas aristocráticas y el réjimen antiguo.

Pero las propensiones y recuerdos del imperio borran los recuerdos del consulado. El pensamiento monárquico conserva en Napoleon su enerjia é intensidad. El emperador cree siempre, como lo ha dicho á Benjamin Constant, que la minoria es la que requiere constituciones, y por mas que se deslinden y muestren las indicaciones populares entre las infulas de su boato, persiste en mirar como un yugo pasajero y un negocio de moda el auje que está gozando el sistema constitucional.

Napoleon cuenta con la antipatia del pueblo francés á los hombres del réjimen antiguo para que favorezcan con su votacion una acta adicional en la que se ha esmerado en insertar, junto á la institucion de pares hereditarios y otras muchas disposiciones poco liberales, un articulo que renueva la supresion de los diezmos y derechos feudales, la estincion de la antigua nobleza y la proscripcion perpetua de los Borbones. Con efecto, no faltaron votos favorables á este aciago suplemento á las constituciones del imperio; pero la opinion pública se le mostró muy desafecta; y el entusiasmo popular, tan universal y acalorado en el mes de marzo, se habia entibiado en gran manera al asomar la reunion del Campo de Mayo.

Sin embargo se han formado en el imperio asociaciones patrióticas para ir sosteniendo el entusiasmo de la democracia y zelar la defensa del territorio. Paris tiene sus confederados de la ciudad y arrabales. Los de los arrabales San Marceau y San Antonio acuden á ofrecer sus brazos al emperador, le piden armas y prorumpen luego en acentos á que sus oidos estaban antes poco acostumbrados. Pero desde el golfo Juan se ha ido disponiendo á su sonido; y tiene que seguir aviniéndose á las urjencias de su situacion, contestando á los confederados que se le presentan como auxiliares:

« Soldados confederados de los arrabales San Antonio y San Marceau

« He venido solo porque contaba con el vecindario de las ciudades, con los campesinos y los soldados del ejército, cuyo afecto al honor nacional tuve siempre muy presente. Todos habeis correspondido á mi confianza. Acepto vuestra oferta. Os daré armas; os daré, para que os encabezen, oficiales condecorados con sus honrosas heridas y avezados á ver huir al enemigo.

« Soldados confederados, si en las clases elevadas de la sociedad ha habido hombres que han deshonrado el nombre francés, el amor á la patria y el pundonor nacional se han conservado cabales entre el vecindario de las ciudades, los campesinos y los soldados del ejército. Me complaz

co en estaros mirando. Tengo confianza en vosotros. Viva la nacion.»

Los electores reunidos en Paris habian dado sus votos sobre el acta adicional; una diputacion central presentó el resultado al emperador en



la reunion del Campo de Mayo. Un millon y trescientos mil ciudadanos habian aceptado aquella acta, y cuatro mil la habian desechado. Napoleon respondió al presidente de la diputacion con un discurso, que fué el único lance notable de aquel grandioso acto nacional, al principio engreidamente anunciado como una nueva era de rejeneracion, y despues reducido á las mezquinas proporciones de un mero resúmen de escrutinio.

«Señores, dijo Napoleon, emperador, cónsul y soldado, todo se lo debo al pueblo. En la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla, en el consejo, en el solio y en el destierro, la Francia ha sido el único y constante objeto de mis pensamientos y acciones.

«Vais á regresar á vuestros departamentos. Decid á los ciudadanos que las circunstancias son trascendentales, que con hermandad, brio y teson saldrémos victoriosos de esta lucha de un gran pueblo contra sus opresores; que las jeneraciones venideras escudriñarán severamente nuestra conducta; una nacion lo ha perdido todo cuando perdió la independencia. Decidles que los reyes estranjeros que he colocado en el trono ó que me deben la conservacion de su corona, los cuales en tiempo de mi prosperidad han venido en pos de mi alianza y de la proteccion del pueblo francés, asestan ahora todos sus tiros contra mi persona: si no viese que sus embates son contra la patria, pondria á disposicion suya esta exis-

tencia contra la cual se muestran tan encarnizados. Pero decid tambien á los ciudadanos que mientras los Franceses me conserven esos impulsos de afecto que me están manifestando, toda esa saña enemiga quedará desvalida.

« Franceses, mi voluntad es la del pueblo ; mis deseos son todos suyos ; mi honor, gloria y felicidad no pueden ser sino el honor, gloria y felicidad de la Francia. »

Descollaba Napoleon al encabezar asi el poderio nacional ; su lenguaje tenia entónces el empuje de una verdad hondamente clavada. Prendaba verle reconocer altamente, mas que á ningun otro, el rasgo de identificar su honor y gloria con el honor y gloria de la Francia ; el pensamiento que espresaba era el de todos ; la conciencia del grande hombre encarecia y sus labios divulgaban la opinion íntima del gran pueblo. Pero la nacionalidad no era ya el único interés sobre que se dirijia el afan público. La libertad habia vuelto al dominio de la discusion legal, volvia á abrirse la liza constitucional, y Dios no habia formado para ella á Napoleon. No obstante se esforzó en dar á sus palabras, tan propias para revestir los oráculos del poder absoluto, un carácter mas adecuado al rumbo del réjimen parlamentario.

El 4 de junio, abrió él mismo las Cámaras con un discurso en el cual les pidió su auxilio « para hacer triunfar, decia, la causa santa del pueblo. »

Napoleon nada tenia que recelar de la Cámara de los Pares, que era su hechura ; pero la de los representantes, entresacados del hervidero democrático movido por las proclamas del golfo Juan, infundia zozobras de alguna oposicion liberal, que podia, no solo contrarestar el rumbo gubernativo del emperador, sino turbar tambien la indispensable armonia para la defensa del pais entre las grandes potestades del estado. La Fayette y Lanjuinais habian vuelto á presentarse en aquella junta, y el influjo que habian ejercido ya desde la primera sesion bastaba para manifestar su sesgo y sus opiniones. Lanjuinais habia sido nombrado presidente y encargado de espresar al emperador las opiniones de la representacion nacional ; pasó á las Tuilerías encabezando una diputacion para rendir ante el solio un parabien en que se cifraban los anhelos de la junta. Napoleon contestó en estos términos :

« La constitucion es nuestro punto de reunion ; debe ser nuestro norte en estos momentos de borrasca. Toda discusion pública encaminada á disminuir directa ó indirectamente la confianza que debe mediar en sus disposiciones fuera un infortunio para el estado ; nos hallariamos en medio de los escollos sin brújula ni direccion. El trance en que nos hallamos es muy arduo. No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio, el cual, estrechado por todas partes por los Bárbaros, fué mofa de la posteridad, em

bargado todo en disensiones abstractas en el momento de estar el ariete destrozando las puertas de la ciudad.»

El emperador salió de la capital el 12 de junio y se dirijió hácia la frontera belga. A su llegada á Avesnes, el 14, publicó la proclama siguiente:

«Soldados, hoy es el cumpleaños de Marengo y de Friedland, que decidieron dos veces de los destinos de Europa. Entónces fuimos demasiado jenerosos, como tambien despues de Austerlitz y de Wagram; dimos crédito á las protestas y juramentos de los príncipes á quienes dejamos en el solio. Empero coligados ahora de nuevo,están amenazando á nuestra independencia y los mas sagrados derechos de la Francia. Han entablado una agresion injusta; marchemos á su encuentro: ellos y nosotros no somos ya los mismos hombres.

«Soldados, tenemos marchas forzadas que ejecutar, refriegas que trabar y peligros que correr; pero con el teson debido, la victoria será nuestra y quedarán reconquistados los derechos del hombre y la felicidad de la patria. Llegado es el trance de vencer ó morir para todo Francés valeroso.»

Mientras que Napoleon está así estimulando el denuedo de sus soldados, la traicion penetra otra vez en nuestras filas; el jeneral Bourmont y otros oficiales superiores se pasan al enemigo. Cuando llega al cuartel jeneral la noticia de esta desercion, el emperador se acerca á Ney y le dice: «Qué tal, señor mariscal, que dice V. de su ahijado?—Señor, responde el valiente Ney, hubiera respondido de Bourmont como de mí mismo.—Está visto, mariscal, replica Napoleon, que los azules siempre serán azules, y los blancos siempre serán blancos."

Abrióse la campaña el 15 con la accion de Fleurus. Los Prusianos quedaron derrotados; perdieron cinco piezas y dos mil hombres. Este triunfo de vanguardia costó al ejército francés uno de sus mas valientes oficiales: el jeneral Letort, el edecan del emperador,recibió una herida mortal en el vientre al dar una carga al frente de los escuadrones de servicio.

Los ejércitos enemigos opuestos á Napoleon estaban mandados por Wellington y Blucher. Contaban mas de doscientos treinta mil hombres en sus filas,y el ejército francés ascendia á ciento y veinte mil. Para evitar el peligro que mediaba en tan suma inferioridad de número, Napoleon procuró separar desde el principio de la campaña á los Ingleses de los Prusianos y maniobró ejecutivamente para colocarse entremedias. Su plan tuvo el mejor éxito el 16 en la refriega de Ligny, pues Blucher, atacado aisladamente, quedó completamente derrotado dejando veinte y cinco mil hombres en el campo de batalla. Pero esta pérdida enorme debilitaba poco á un enemigo que tenia en línea grandiosas moles, y luego á la espalda reservas todavía mas crecidas. En aquel trance necesitaba el emperador

un triunfo mas terminante, una victoria esterminadora de Blucher, y que le permitiese descolgarse sobre la marcha contra Wellington para destruir le en seguida. Esta derrota sucesiva de Prusianos é Ingleses quedaba dis puesta con órdenes é instrucciones que habia ido enviando á todas par tes. Pero debemos repetirlo: su destino estaba cumplido, y aciagas equi vocaciones burlaron los cálculos de su númen. Por lo demás sus mismas corazonadas le estaban ya pronosticando que algun incidente imprevisto y trastornador aventaria sus combinaciones, y que la fortuna le reser vaba nuevos fracasos. Es positivo que en aquellas circunstancias ha di cho despues. «No abrigaba en mi interior un ímpetu definitivo, careciendo ya de confianza en mi mismo.» Sus zozobras se realizaron muy pron to. Tras dos peleas esplendorosas, de las que salió vencedor, presenció una nueva y última catástrofe en los campos de Waterloo.

Era el 18 de junio. La suerte parecia al pronto sernos propicia. «Al cabo de ocho horas de fuego y de cargas bizarrísimas de infanteria y ca



ballería, dice el parte de oficio, todo el ejército veia con satisfaccion la refriega ya ganada, y el campo de batalla en poder nuestro.

« A las ocho y media, los cuatro batallones de la guardia media, enviados á la meseta traspuesta al monte de San Juan para sostener á los corazeros, estando acosadísimos por la metralla, marcharon á la bayoneta para tomar las baterías. Ya anochecía; una carga emprendida sobre el costado por varios escuadrones ingleses los dispersó; los fujitivos traspusieron la quebrada; los rejimientos contiguos, que vieron una porcion de la guardia desbaratada, creyeron que era la guardia veterana, y empezaron á perder la línea: oyéronse al punto alaridos de « todo está perdido, la guardia ha sido rechazada;" algunos soldados afirman que en ciertos puntos los mal intencionados vocearon: «Salvémonos." Como quiera que sea, cundió de repente un terror pánico en todo el campo de batalla; atropelláronse revueltamente sobre la línea de comunicacion: los soldados, artilleros y trenes se agolpaban mas y mas huyendo; la guardia veterana, que estaba en reserva, se vió acometida y fué tambien arrebatada.

« En un instante el ejército no presentó mas que una mole arremolinada; todas las armas estaban revueltas y era imposible rehacer un cuerpo. El enemigo, que advirtió aquel desconcierto rematado, arrojó allá algunas columnas de caballería; creció el trastorno; la confusion de la noche imposibilitó el rehacer las tropas y evidenciarles su equivocacion.

« Así una batalla terminada, un dia de torpezas enmendadas y mayores triunfos asegurados para el dia siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico. Los escuadrones mismos de servicio formados junto al emperador quedaron arrollados y desorganizados por aquellas oleadas tumultuosas y hubieron de seguir el torrente. Los parques de reserva y bagajes que no habian pasado el Sambra, y todo lo que se hallaba en el campo de batalla cayó en poder del enemigo. Ni siquiera hubo ningun medio de aguardar las tropas de nuestra derecha; ya se sabe lo que es el mas valiente ejército del mundo cuando está revuelto y carece de toda organizacion.

« Tal fué el éxito de la batalla del monte de San Juan, gloriosa para las armas francesas, y sin embargo tan aciaga."

Una equivocacion del mariscal Grouchy contribuyó á tan desastrado paradero. Estaba encargado de perseguir y contener los cuerpos prusianos de Blucher, y los dejó adelantar á tiro de cañon de Waterloo, sin ponerse en movimiento, como se lo estuvo pidiendo encarecidamente el jeneral Gerard. Grouchy se conceptuaba siempre arrostrado á los Prusianos, cuando no tenia delante mas que un destacamento de su ejército. Aquel yerro, contra el cual por otra parte ha protestado briosamente, y que no obstante le achaca mas y mas la opinion comun, fundada en la de Napoleon y de otros jenerales, testigos oculares, aquel desacierto trocó en menos

de una hora, no solo el éxito de una gran batalla, sino tambien la suerte de toda la Europa.

Harto conocia el emperador el jiro dominante de la Cámara de los representantes para no prever que la noticia de la dispersion de su ejército dispararia contra él una tormenta en la tribuna. Conoció pues la necesidad de volver cuanto antes á la capital para contener con su presencia á los enemigos interiores y enfrenar anticipadamente el ímpetu parlamentario. Llegó á Paris el 20 de junio á las 9 de la noche, acompañado del duque de Bassano y de los jenerales Bertrand, Drouot, Labedoyere y Gourgaud. Mandó llamar al punto á sus hermanos José y Luciano, al gran canciller Cambaceres y á los ministros en propiedad. La situacion era crítica; cada cual fué relatando su dictámen para sortear el peligro público. Convocóse luego el consejo de estado. El emperador le espuso sus trastornos, necesidades y esperanzas. Comprendiendo cuanto le importaba contemplar á la Cámara de los representantes y no dejar que asomara la desavenencia que le podia sobrevenir con ella, aparentó achacar tan solo á unos amaños equivocados las disposiciones hostiles que se habian manifestado en aquel cuerpo.

Pero Napoleon, dado caso que verdaderamente se hubiera equivocado tocante á las interioridades de la mayoria de los representantes de la Francia, hubiera quedado muy luego desengañado con sus actos. La junta seguia el impulso de Lanjuinais y de La Fayette, mucho mas de lo que él estaba suponiendo. A propuesta del segundo, se constituyó permanente, y declaró traidor á la patria á cualquiera que intentara disolverla. Este rompimiento, que hacia recaer una grave responsabilidad sobre la representacion nacional, descargó el último golpe sobre la existencia política de Napoleon. Los Borbones y los estranjeros lo vitorearon, prorumpiendo en gritos de regocijo. Previeron que un rompimiento tan sonado entre el emperador y los delegados del pais redundaria imprescindiblemente en una segunda abdicacion ó un nuevo 18 brumario, y que la Francia liberal sin Napoleon no podria resistir por mucho tiempo á los ejércitos coligados, como tampoco Napoleon sin la Francia liberal.

Cuando se supo en el Eliseo de Borbon el acuerdo de los representantes, cundió la consternacion, junto al mismo emperador. Sus mas fieles servidores se dieron por desahuciados y le aconsejaron que se aviniese al inexorable destino que le estaba pidiendo un nuevo sacrificio. Regnault de Saint Jean d' Angely fué uno de los que mas tenazmente insistieron para determinarle á que doblase otra vez la cerviz ante el ara de la patria. Entónces Napoleon, que acababa de saber que la Cámara de los pares se habia esmerado en remedar á la de los representantes, se dió por vencido al mismo tiempo por sus amigos y enemigos y se manifestó resuelto á renunciar á favor de su hijo. Un solo hombre rebatió en el consejo

aquella determinacion, como que era entregar otra vez la Francia á los estranjeros; y aquel hombre era el mismo que únicamente se habia opuesto



al establecimiento del gobierno imperial. Carnot, aunque siempre adicto á la causa de la libertad, no pensaba que debiese comprometerse la independencia nacional por escesiva desconfianza en el emperador, y conceptuaba que este sumo interés de las naciones quedaria en peligro, ausentándose el único caudillo que el ejército y el pueblo pudieran ó quisieran seguir. Cuando prevaleció la opinion contraria, se recostó contra una mesa con las manos en ambas mejillas y derramó un torrente de lágrimas. Entónces Napoleon le dijo: «Os he conocido demasiado tarde.» El emperador redactó despues la declaracion siguiente:

« Franceses, al empezar la guerra para sostener la independencia nacional, contaba con la reunion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades y con el arrimo de todas las autoridades nacionales. Tenia fundamento para prometerme un éxito próspero y habia arrostrado todas las decla-

raciones de las potencias contra mi. Variaron al parecer las circunstancias. Me ofrezco en sacrificio al encono de los enemigos de la Francia. ¡Ojalá sean sinceros en sus declaraciones y que nunca hayan querido mal sino á mi persona! Mi vida política quedó terminada, y proclamo á mi hijo con el dictado de Napoleon II, emperador de los Franceses. Los ministros actuales formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El interés que me mueve por mi hijo me induce á invitar á las Cámaras para que vean de organizar al golpe la rejencia por medio de una ley. Hermanaos todos para la salvacion pública y sed siempre nacion independiente."

Esta declaracion se llevó al punto á las dos Cámaras, y los representantes que la habian promovido la recibieron con alborozo. Mas no formaron acuerdo cabal tocante á Napoleon II, cuya lejitimidad sostuvieron ahincadamente algunos oradores, y ante todos Beranger del Droma. La discusion que se entabló hizo subir á la tribuna á un sujeto de quien se dijo desde el principio que venia á recojer la herencia de Mirabeau; este hombre era Manuel.

La Cámara de los representantes conceptuó indispensable enviar una diputacion á Napoleon para congratularle por su segunda renuncia.

« Os doy gracias, dijo á estos diputados, por las demostraciones que os merezco; deseo que mi abdicacion redunde en la dicha de la Francia; mas no lo espero; deja al estado sin cabeza y sin existencia política. El tiempo malogrado en derrocar la monarquía hubiera podido emplearse en poner á la Francia en disposicion de aniquilar al enemigo. Recomiendo á la Cámara que se refuercen prontamente los ejércitos; quien apetece la paz tiene que habilitarse para la guerra. No pongais nunca esta gran nacion á merced de los estranjeros; pues vais á quedar burlados en vuestras esperanzas. Allí está el peligro. En cualquiera situacion me daré siempre por bien hallado en siendo dichosa la Francia."

Sin embargo, los enemigos de la dinastía imperial triunfaban en la Cámara de los representantes; habian desechado la proclama de Napoleon II y nombrado una comision de cinco individuos para formar un gobierno provisional, á saber: Fouché, Carnot, Grenier, Quinette y Caulaincourt. A esta noticia, Napoleon prorumpió en raptos de ira.

« No abdiqué á favor de un nuevo directorio, esclamó, renuncié á favor de mi hijo. Si no se le proclama, mi abdicacion es nula. Las Cámaras saben muy bien que el pueblo, el ejército y la opinion lo apetecen y anhelan, pero los estranjeros lo detienen. No obligarán á los aliados á reconocer la independencia nacional, presentándose ante ellos con la cerviz doblada y la rodilla en tierra. Si se hiciesen cargo de su propia situacion, hubieran proclamado espontáneamente á Napoleon II. Entónces los estranjeros verian que sabiais tener un albedrio, un fin, un punto de reunion; hubieran visto que el 20 de marzo no era un golpe de partido y de

una faccion, sino el resultado del cariño de los Franceses á mi persona y dinastía. La unanimidad nacional hubiera surtido mas efecto sobre ellos que todos vuestros ruines y torpes rendimientos."

Sin embargo Paris estaba abrigando en su vecindario crecido número de patriotas que pensaban como Carnot y daban por preciso el dedicarse ante todo á la defensa del pais, y que esta no era asequible sin el brazo, númen y desempeño del emperador. Los militares abundaban, y altamente se convenian en esta opinion. Por todas partes se oian voces de: « No habiendo emperador, no hay soldados." La muchedumbre, que iba siempre en aumento al rededor del Eliseo Borbon en donde Napoleon residia, dió al fin recelos á las Cámaras y á Fouché que dirijia el gobierno provisional y estaba negociando con los estranjeros. Se temia que la renuncia se tuviese á juguete por las potencias aliadas, mientras que el emperador permaneceria en Paris. Carnot quedó encargado de comunicarle las zozobras de sus compañeros é inducirle á que se alejara de la capital. Con este objeto pasó al Eliseo, en donde halló á Napoleon en el baño y á solas. Cuando le espuso el objeto de su visita, el monarca derrocado manifestó suma estrañeza por los temores que ocasionaba su presencia. « No soy mas que un mero particular, dijo, soy menos que un particular."

No obstante prometió avenirse á los anhelos de las Cámaras y del gobierno provisional, y se retiró el 25 de junio á la Malmaison, desde donde quiso dirijir todavía al ejército una proclama cuyo contenido era del tenor siguiente:

« Soldados, cuando cedo á la necesidad que me obliga á alejarme del valiente ejército francés, llevo conmigo la certidumbre de que acreditará con los eminentes servicios que de él aguarda la patria, los elojios que nuestros enemigos mismos no pueden negarle.

« Soldados, seguiré vuestros pasos, aunque ausente. Conozco á todos los cuerpo s, ninguno de ellos alcanzará un triunfo señalado contra el enemigo sin que yo tribute mi acatamiento al denuedo que ha ya manifestado. Vosotros y yo hemos sido calumniados. Hombres indignos de justipreciar vuestros afanes han visto en las pruebas de afecto que me habeis dado un ahinco del cual era yo el único objeto. Apréndanles vuestros triunfos nuevos que sobre todo serviais á la patria al obedecerme, y que si tengo alguna parte en vuestro cariño, la debo á mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre comun.

« Soldados, con algunos conatos mas, la liga queda deshecha. Napoleon os reconocerá en los golpes que vais á dar.

« Salvad el honor y la independencia de los Franceses; sed hasta el fin tales cuales os conocí durante veinte años, y seréis invencibles."

Napoleon se hallaba todavía muy cerca de Paris para que sus enemigos no tuviesen recelos. Fouché temia siempre alguna nueva determina-

cion por su parte; asi le hizo custodiar personalmente por el jeneral Becker socolor de zelar su seguridad. El 27 de junio, al saberse la aproximacion de los aliados que obrando torpemente estaban al parecer ofreciendo coyuntura para derrotarlos, escribió al gobierno provisional poniéndose á su disposicion como soldado:

« Al abdicar la potestad, les dijo, no he renunciado al mas noble atributo del ciudadano, al de defender á mi pais.

« La aproximacion de los enemigos de la capital ninguna duda deja acerca de sus intentos y de su mala fe.

« En estas críticas circunstancias ofrezco mis servicios como jeneral, considerándome el primer soldado de la patria.''

Los que habian requerido la abdicacion del emperador no podian acaudillar de nuevo el ejército con el gran capitan á quien habian apeado del solio. Sabian muy bien que un soldado como él no tenia otro lugar que el de jeneralísimo, y que aceptarlo por auxiliar era volverlo á tomar por amo. Rehusaron pues, y su respuesta causó mucho enojo á Napoleon. Habló de volverse á poner al frente del ejército y dar un golpe de estado, una repeticion del 18 de brumario. Pero el duque de Bassano le disuadió del intento, dándole á entender que las circunstancias no eran las mismas que en el año VIII. Teniendo que allanarse, marchó de la Malmaison para Rochefort, con ánimo de pasar á los Estados Unidos de América.





CAPITULO LIII.

Llegada de Napoleon á Rochefort. Carta al príncipe rejente. Pasa al Belerofonte y da la vela para Inglaterra. Conducta del ministerio inglés con él. Simpatía de la nacion británica contrapuesta al ministerio. Napoleon protesta contra el destino que le señala el gabinete inglés. Lo trasbordan al Northumberland y se encaminan á Santa Helena.



Becker, á quien el gobierno provisional habia cometido el arduo empeño de custodiar á su esclarecido amo en la Malmaison, recibió órden de acompañarle hasta Rochefort y no dejarle sino á bordo del bajel que le llevaria allende el océano. Aquel esforzado jeneral habia dicho al emperador, cuando se lo comunicó: «Me encomiendan un encargo penoso y haré cuanto de mí dependa para desempeñarlo á vuestra satisfaccion.» Tuvo la suerte de cumplir su promesa y de no trascordarla un momento; nunca se desentendió de la atencion y miramiento que debia á la grandeza postrada y al númen malhadado.

Napoleon salió de la Malmaison el 29 de junio y llegó á Rochefort el 3 de julio, y al dia siguiente se le incorporó su hermano José. Durante su permanencia en aquella ciudad, el emperador estuvo siempre oyendo redobladas aclamaciones en derredor de su domicilio; varias veces se presentó en el balcon de la prefectura donde estaba hospedado, y recibió siempre nuevos testimonios del afecto entrañable que el pueblo le profesaba. Se embarcó el 8 de julio con ánimo de pasar á los Estados-Unidos y en la firme confianza de que los aliados le enviarian, sin obstaculo ni retardo, los salvoconductos que el gobierno provisional le habia prometido para aquella travesía. Dos dias despues envió á Las Cazes y Savary á bordo del *Belerofonte* para que se informasen del comandante del crucero inglés si habia recibido de los ministros de S. M. B. la órden formal de no oponerse á su tránsito. El capitan Maitland, que mandaba el *Belerofonte*, no tenia aun ninguna instruccion, y se contentó con manifestar que iba á comunicárselo al almirante. El 14, Napoleon se hallaba en la isla de Aix aguardando contestacion. Aquel silencio tan dilatado le causó alguna zozobra, y quiso salir al fin de la incertidumbre en que le tenian. Las Cazes, acompañado de Lallemand, volvió á verse con el capitan Maitland, quien se ratificó en sus declaraciones negativas, aunque ofreció recibir á su bordo al emperador y conducirle á Inglaterra en donde se le tendrian cuantas consideraciones y miramientos podia apetecer.

Cuando Las Cazes y Lallemand dieron cuenta del resultado de su mensaje, Napoleon juntó á sus compañeros de infortunio y los consultó sobre el partido que debia tomar. Al frente habia un crucero que no franqueaba el tránsito, y detrás un pais que la invasion de los estranjeros y el regreso de los Borbones iban á desenfrenar contra cuanto sonase á Napoleon y los socios de su nombradia. En tan crítica situacion, el emperador conceptuó que lo que debia hacer era contar con la jenerosidad del pueblo inglés y escojerle solemnemente por su huésped. Tomó entónces la pluma y escribió al príncipe rejente estos renglones memorables:

« Alteza real, siendo el blanco de las facciones en que está dividido mi pais, y de la enemistad de las grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política. Semejante á Temistocles, vengo á sentarme en el hogar del pueblo británico; me pongo bajo la proteccion de sus leyes á que apelo por Vuestra Alteza real, como la del mas poderoso, constante y jeneroso de mis enemigos. »

Las Cazes y Gourgaud llevaron esta carta al capitan Maitland, a quien anunciaron que Napoleon pasaria al dia siguiente á su bordo. Con efecto, el 15 al rayar el dia, el bergantin *el Gavilan* trasladó el hombre grande *al Belerofonte*. En el acto de abordar, habiendo advertido el emperador que el jeneral Becker se le acercaba, sin duda para despedirse, le dijo arrebatadamente: « Retiraos, jeneral, no quiero que se pueda conceptuar

que un Francés ha venido á entregarme á mis enemigos.» Pero al pronunciar estas palabras, le alargó la mano y no le consintió desviarse sin haberle estrechado por última vez en sus brazos.



Al llegar al *Belerofonte,* Napoleon dijo al capitan: «Vengo á bordo de vuestro buque á ponerme bajo la proteccion de las leyes inglesas.» Aquel oficial le acompañó al punto á su cámara y le colocó en ella. Al dia siguiente, el emperador pasó á bordo del *Soberbio*, montado por el almirante Hotham, que mandaba el apostadero. Aquel mismo dia volvió al Belerofonte, que dió al momento la vela para Inglaterra. El almirante Hotham, en la visita que hizo á Napoleon, manifestó, segun el testimonio irrecusable de Las Cazes, «todo el agrado y atenciones que caracterizan al hombre de un linaje y de una educacion aventajada.» Por lo demás, «el emperador, dice el mismo autor, no se halló en medio de sus mas crueles enemigos, de aquellos á quienes de continuo se habia estado em-

papando en los rumores mas necios é irritantes, sin ejercer en ellos el influjo de su nombradía. El capitan, oficiales y tripulacion se avinieron luego á las costumbres de su comitiva, procediendo con los mismos miramientos, el mismo lenguaje y el mismo respeto. Si se presentaba sobre cubierta, todos se descubrian..... En una palabra, Napoleon era emperador á bordo del Belerofonte.»

Al llegar á Torbay, el 24 de julio, el capitan Maitland se puso á las órdenes de lord Keith, su almirante jeneral, quien le mandó que pasase á Plymouth, en donde ancló el 26 el *Belerofonte*.

Cuando se supo en las costas de Inglaterra que el emperador se acercaba, se manifestó intensísima curiosidad. La rada de Torbay se cuajó de embarcaciones, y un afan con visos de asombro asomó por todas partes al nombre de Napoleon. Esta acojida del pueblo se contraponia demasiado á la suerte que el gobierno británico reservaba al emperador para que los ministros del rey Jorje no tratasen de evitar y aun contener las demostraciones que tildaban tan á las claras la atroz política que iban á poner en planta. *El Belerofonte* quedó rodeado en Plymouth de botes armados con órden de tirar sobre los curiosos para alejarlos. A pesar de estas instrucciones irracionales, toda la Inglaterra acudió á Plymouth, esperanzada de ver al héroe de la Francia, y el mar continuó cubriéndose de embarcaciones al rededor de la nave que servia de cárcel al grande hombre.

En medio de las aclamaciones con que le estaba vitoreando una nacion que habia sido tanto tiempo su enemiga, Napoleon ansiaba saber qué partido tomaria sobre su suerte el gobierno británico. Lord Keith habia venido á bordo del *Belerofonte*; pero su visita, sobre tibia y reservada, fué brevísima. Volvió á últimos de julio con el caballero Bonbury, y fué para sacar por un rumbo inhumano al emperador de su incertidumbre: era portador de una nota ministerial señalando la isla de Santa Helena para residencia del *jeneral Bonaparte*. Era en suma una sentencia de estrañamiento que el clima quedaba encargado de conmutar en sentencia de muerte. Cuando Napoleon supo de boca del almirante aquella resolucion del gabinete inglés, manifestó su indignacion y protestó con todas veras contra una violacion tan manifiesta del derecho de jentes. «Soy huésped en Inglaterra, dijo, y no prisionero; he venido libremente á ponerme bajo la proteccion de sus leyes; se quebrantan en mí los derechos sagrados de la hospitalidad; nunca consentiré voluntariamente el ultraje que se me hace; la violencia sola podrá precisarme.»

Luego para acibarar mas y mas el estrañamiento, intentaron reducir á tres el número de las personas que podrian acompañarle, y aun se esmeraron en escluir á Savary y Lallemand. Estos dos fieles servidores de Napoleon debieron creer que iban á ser víctimas, y que estaban destinados

al cadalso que Luis XVIII acababa de levantar con su decreto de 24 de julio y en el que estaban ambos comprendidos.

Empero, ¿qué era lo que estaba pasando por los adentros de Napoleon despues de la notificacion de la sentencia matadora que lord Keith le habia participado? Una cárcel en un desierto para llegar á una muerte lenta y dolorosa; ¡qué destino para aquel cuya grandiosa y sublime ambicion se halló repetidas veces encumbrada al ejercicio de la supremacía europea, para el héroe que veia concurrir á sus antesalas á los soberanos mas orgullosos! ¿Dará al mundo el ejemplo de una resignacion inaudita ó el espectáculo de una desesperacion vulgar? Manda llamar á Las Cazes, le pregunta de Santa Helena y si será posible vivir allí. Luego interrumpiéndose de repente, le dice: «Pero al cabo, ¿es acaso cierto que voy allá? ¿Acaso depende un hombre de sus semejantes cuando quiere dejar de existir? Amigo mio, á veces tengo impulsos de dejaros, partido por cierto muy obvio.»

Las Cazes contraresta aquel impulso, y para reconciliar á Napoleon con la vida de que parece cansado, le presenta una vislumbre del porvenir. ¿Quién cala allá los arcanos del tiempo? le dijo. Y luego volviendo á hablar el emperador del tedio que le aguarda en Santa Helena, Las Cazes le deja divisar la posibilidad de *vivir con lo pasado*, y el emperador le responde: «Pues bien escribirémos nuestras *Memorias*. Sí, será preciso trabajar; el trabajo es tambien la guadaña del tiempo. Al cabo tiene cada cual que desempeñar su destino; esa es mi gran doctrina; cúmplase pues el mio.» Así Napoleon vuelve por fin en sí. Ya que la maldad, la alevosía é ingratitud de los hombres le arrojan por un momento á la desesperacion con sinsabores y parece que por fin lo soterran, al punto se vuelve á levantar en alas de su gloria pasada y con su grandiosa naturaleza.

El *Belerofonte* salió el 4 de agosto de la ensenada de Plymouth; pero no hizo rumbo hácia el sur, sino que siguió el canal de la Mancha. Entónces Napoleon supo que iba á pasar á otro buque llamado el Northumberland, destinado á trasportarle á Santa Helena. Como podian quedar perdidas para la historia las enérjicas palabras que habia dirijido á lord Keith en su funesta comunicacion, las reprodujo en una protesta formal que fué remitida al almirante y que merece citarse literalmente.

«Protesto solemnemente aquí, á la faz del cielo y de los hombres, contra la violencia que se me hace y la violacion de mis mas sagrados derechos, disponiendo á viva fuerza de mi persona y libertad. Vine libremente á bordo del *Belerofonte*; no soy prisionero, y sí huésped en Inglaterra. Vine á instigacion del capitan mismo, quien dijo que tenia órdenes del gobierno para admitirme y llevarme á Inglaterra con mi comitiva, si esto era de mi gusto. Me presenté de buena fe para venir á ponerme bajo la proteccion de las leyes inglesas. Desde el momento en que estuve á bordo

del *Belerofonte*, estuve en el hogar del pueblo británico. Si el gobierno, al dar órdenes al capitan del *Belerofonte* para admitirme con mi comitiva, no ha querido mas que armarme un lazo, ha faltado al honor y mancillado su pabellon.

« Si este acto se consumara, en vano se empeñarian los Ingleses en hablar despues de su lealtad, leyes y libertad; la fe británica quedará perdida en la hospitalidad del *Belerofonte*.

« Apelo á la historia; dirá que un enemigo, quien estuvo guerreando veinte años contra el pueblo inglés, vino libremente á remediar su desamparo y en busca de un asilo bajo sus leyes. ¿Qué prueba mas terminante podia darle de su aprecio y confianza? ¿Pero cómo respondieron en Inglaterra á semejante magnanimidad? Aparentaron alargar una mano jenerosa á este enemigo; y cuando se hubo entregado de buena fe, lo sacrificaron. »

El emperador salió del *Belerofonte* el 7 de agosto y fué llevado al *Northumberland* que mandaba el almirante Cockburn. Aprovecharon aquel momento para desarmar á todas las personas de su comitiva; pero con



cierto asomo de rubor respetaron su espada. Sus baules fueron rejistrados por el almirante mismo, acompañado de un empleado de aduanas. Se apoderaron de cuatro mil napoleones, y solo le dejaron mil y quinientos para atender á las necesidades de su servicio. Cuando fué preciso que se separase de los fieles amigos á quienes habian denegado el favor de participar de su arresto en lejano destierro, Savary se echó á sus piés bañado en llanto y le besó las manos. «El emperador, dice Las Cazes, sereno é inalterable, lo abrazó y se encaminó hácia el bote. Al alejarse, saludaba afablemente con la cabeza á los que se cruzaban en su tránsito. Todos los nuestros que se iban quedando atrás se anegaban en lágrimas, y no pude dejar de prorumpir con el lord Keith á quien estaba hablando en aquel punto: «¿Advertís, milord, que aquí los que lloran son los que se quedan?»





CAPITULO LIV

Travesia. Llegada á Santa Helena. Residencia en esta isla hasta la partida de Las Cazes.



KEITH se habia mostrado atentísimo, pero tambien muy reservado en sus relaciones con los Franceses del *Belerofonte*. Cockburn no estuvo menos atento, y aun manifestó mas interés y respeto con el grande hombre de quien se hallaba de paso alcaide involuntario.

Sin embargo, los ministros ingleses habian sabido con sumo desagrado los miramientos que habian guardado con Napoleon el capitan Maitland y su tripulacion. Culparon ante todo al cortés oficial por haber continuado á su prisionero el dic-

tado que llevaba en el solio, y se cautelaron desveladamente para que no sucediera otro tanto en el *Northumberland*. Declararon en sus instrucciones que solo se permitiria la calificacion de jeneral respecto al monarca derrocado. Cuando Napoleon supo tantísima ridiculez ideada para humillarle, esclamó: « Llámenme como quieran, no me han de quitar el ser yo. »

El 11 de agosto, el Northumberland salió del canal de la Mancha, y cuando pasó á la altura del cabo de la Hogue, Napoleon reconoció las cos-



tas de Francia. Al punto las saludó alargando sus manos hácia la playa y esclamó con voz doliente: « Adios, pais de los valientes, adios, querida Francia; con algunos traidores menos seguirias siendo la señora del mundo. » Tal fué la postrer despedida del hombre grande al noble pais del gran pueblo.

Durante la travesía salteó un dia al emperador una violenta borrasca, cuando estaba dando sobre cubierta su paseo acostumbrado por la siesta. No quiso bajar, y se contentó con que le trajesen, para aguantar una lluvia abundante, la famosa *levita gris* que los Ingleses mismos consideraban con admiracion y respeto.

La lectura de los periódicos servia de recreo al emperador. Rara vez dejaba de tropezar con baldones y patrañas contra él. Pero todo esto no podia alcanzarle, y dijo con este motivo á Las Cazes: « El veneno nada po-

dia con Mitridates; pues bien, á la calumnia ningun embate le cabe sobre mí desde 1814.»

El 15 de octubre, el Northumberland fondeó en la bahia de Santa Helena; el 16, el emperador bajó á tierra con el almirante y el jeneral Bertrand. Al pronto se hospedó en Briars, en casa de un comerciante de la isla llamado Balcombe.

Era aquella residencia provisional, pues su paradero definitivo era Longwood, quinta del gobernador, que habia visitado á su llegada y que todavia no estaba pronta para recibirle. No obstante halló en casa de Mr Balcombe todas las atenciones que le competian y algunos recursos contra el tedio. Aquella digna familia echó el resto en cuanto le cupo para suavizar el quebranto de su situacion.

Durante su permanencia en Briars, Napoleon solo salió una vez para visitar al mayor del rejimiento de Santa Helena. Se afanaba con sus memorias, dictándoselas á Las Cazes ó á su hijo, y á Montholon, Gourgaud y Bertrand. Sus paseos eran comunmente por las calles enramadas y el monte de Briars desde donde se veian espantosos despeñaderos.

Un anciano negro, llamado Tobias, cultivaba el jardin de Mr Balcombe. Era un Indio malayo que una embarcacion inglesa habia arrebatado fementidamente y vendido como esclavo. El emperador solia encontrarse paseando con aquel desventurado y le manifestaba sumo interés; se hallaba en vísperas de costear su rescate, y nunca hablaba de su arrebatamiento sino con ímpetus violentos de ira. Un dia parándose con él, no pudo refrenar los pensamientos que se agolpaban en su mente y prorumpió: «Estraña entidad es la menguada máquina humana, ni un esterior se asemeja, ni un interior que no se diferencie..... trasformad á Tobias en un Bruto, y se diera la muerte; trasformadle en un Esopo, y acaso fuera consejero del gobernador; como cristiano ardiente y celoso, llevaria sus cadenas en presencia de Dios y las bendeciria. En cuanto al pobre Tobias, no se para en ello; se doblega y afana candorosamente.» Y despues de estarle mirando un rato en silencio, dijo al desviarse: «Es positivo que el pobrecillo Tobias dista mucho del rey Ricardo..... y sin embargo, prosiguió andando, el crímen no es menos atroz; porque al cabo este hombre tenia su familia, sus recreos, su propia vida, y cometieron una maldad horrorosa condenándole á morir aquí batallando con la esclavitud.» Y luego parándose de repente, dijo á Las Cazes: «Pero estoy leyendo en vuestros ojos recapacitar que no es el único ejemplo en Santa Helena. Amigo mio, no cabe el menor parangon; si el atentado es mas rematado, tambien las víctimas ofrecen otros recursos. No nos han sujetado á padecimientos corporales, y aun cuando lo hubieran intentado, tenemos una alma que burlaria á nuestros tiranos...... Nuestra situacion puede tener tambien su aliciente...... Somos mártires de una causa inmortal..... Millones de hombres nos llo-

ran, la patria suspira y la gloria yace enlutada..... Las desgracias tienen tambien su heroismo y su esplendor..... La adversidad faltaba á mi carrera..... Si hubiese fallecido en el solio, en la mole de mi omnipotencia, hubiera sido un problema para muchas jentes; hoy, gracias á la desventura, podrán sentenciarme á pecho descubierto.»



Napoleon se trasladó el 18 de setiembre de Briars á Longwood. Aquella nueva morada le ofreció mas comodidades; pero encontró las mismas trabas y la idéntica bastardía por parte de sus alcaides. Colocaron centinelas debajo de sus ventanas y le estrecharon con cautelas incomodísimas, y aun indecorosas. Mandó á Montholon que se lo escribiera al almirante, no queriendo tratar directamente ninguno de aquellos puntos con él, por no rendirse, dijo, á la discrecion de alguno al cual daria lugar para decir falsamente: «El emperador me ha dicho esto.»

En uno de sus paseos á caballo, á fines de diciembre, tuvo que apearse por el mal estado de los caminos y se atascó en tal estremo que estuvo forcejeando para salir del paso, sobreviniéndole ciertas zozobras. « Vaya una sucia aventura, » dijo, y cuando estuvo fuera del apuro, añadió: « ¿Qué hubieran dicho en Europa, si hubiésemos desaparecido aqui? Los hipócritas probarian sin duda que nos habiamos empozado por nuestras culpas. »

Casi todos los Ingleses que pasaban por aquellas aguas se detenian en Santa Helena para ver la esclarecida víctima de su gobierno. Napoleon los recibia siempre con tanto agrado como señorío, y como le hallaban muy diferente del retrato que se les habia estado haciendo por espacio de veinte años, se disculpaban de haber podido dar crédito á las atrocidades publicadas sobre él. « Pues bien, dijo Napoleon á uno de ellos sonriéndose, á vuestros ministros debo todas estas finezas; pues han inundado la Europa con folletos contra mi. Acaso dirian para descargarse que no hacian mas que responder á lo que recibian de Francia misma, y en esto es preciso ser justo, aquellos de los nuestros á quienes se vió bailar sobre las ruinas de su patria se esmeraban en tenerlos colmadamente surtidos. »

Sin embargo el almirante se mostró deseoso de contestar á las quejas con que Montholon le habia oficiado. Pasó á tener una esplicacion con el emperador y se separaron contentos uno de otro. El coronel Skelton, subgobernador, trataba tambien á Napoleon con sumo miramiento. El emperador le solia convidar á comer, acompañándole su esposa.

El 1°. de enero de 1816, todos los compañeros de infortunio del hombre grande se reunieron para rendirle sus acatamientos con motivo del año nuevo. Napoleon, á quien aquella festividad recordaba los dias venturosos de su poderío, no dejó asomar ni un ápice de la íntima comparacion que dentro de sí estaba haciendo entre el recibimiento familiar de Longwood y el boato imperial de las Tuilerías. Acojió afectuosamente á los cortesanos de la desgracia y los agasajó llanamente á todos con el desayuno del té. « No componeis mas que un puñado al estremo del orbe, les dijo, y á lo menos vuestro consuelo debe ser el mútuo cariño. »

Todos los dias asomaban por Longwood marineros que burlaban las centinelas y sus órdenes para acercarse á la residencia y ver el rostro del héroe prisionero. « ¡Cuánto puede la imajinacion! decia Napoleon: he ahi unos hombres que no me conocian, que nunca me habian visto, y sin embargo, ¿qué no sentian y qué no hubieran hecho por mi? Y la misma estrañeza se renueva en todos los paises edades y sexos. He ahi el fanatismo. Sí, la imajinacion gobierna al mundo. »

El ámbito por donde Napoleon podia pasearse á caballo no le permitia sino una carrera de media hora; y aun tuvo pronto que carecer de aquel recurso. Ora era un oficial inglés que se agraviaba de tener que rezagar-

se y que se empeñaba en alcanzar á los que acompañaban al emperador; ora era un soldado ó un cabo que equivocaba la órden y le estaba apuntando.



El clima y el cautiverio no tardaron en surtir su efecto, pues adoleció el emperador notablemente. No era de complexion tan recia como se le habia supuesto, y segun espresion de sus compañeros de infortunio, «su cuerpo distaba mucho de ser de hierro (1), aunque la parte moral lo era.» El doctor O'Meara, cirujano inglés, le cuidó y mereció toda su confianza.

Los periódicos fueron trayendo sucesivamente á Santa Helena la noticia de la muerte de Murat, el levantamiento y suplicio de Porlier, la causa

(1) Sin embargo pocos hombres han aguantado tan sumas fatigas como Napoleon. Cítanse, entre sus carreras estraordinarias, la de Valladolid á Búrgos (35 leguas españolas), que hizo en cinco horas y media á escape.

y ejecucion de Ney. Cuando Las Cazes leyó en presencia del emperador el periódico que anunciaba la muerte trájica del rey de Nápoles, Napoleon le asió desaladamente la mano y esclamó al mismo tiempo sin añadir una palabra mas: « Los Calabreses han sido mas humanos y jenerosos que los me enviaron aquí. »

No estrañó la tentativa de Porlier. « A mi regreso de la isla de Elba, dijo, los Españoles, que habian sido los mas encarnizados contra mi invasion, y mas reputacion se habian granjeado en la resistencia, se me dirijieron inmediatamente; habian peleado contra mí, decian, á fuer de tirano, y venian á implorarme como su libertador. No me pedian mas que una corta cantidad para alcanzar su franquicia y promover en la Península una revolucion semejante á la mia. Si hubiese vencido en Waterloo, los hubiera socorrido. Esta circunstancia me pone de manifiesto la tentativa de que se trata. No cabe duda en que se renovará todavía. Por mas que Fernando enfurecido apriete sañudamente su cetro, un dia se le resbalará de la mano como una anguila. »

Conceptuaba que Ney habia sido tan mal procesado como defendido y se airaba contra una sentencia quebrantadora de una capitulacion sagrada. La ejecucion del mariscal no fué calificada menos severamente por el prisionero de Santa Helena que lo fué posteriormente por un gran escritor y esclarecido jeneral en el recinto mismo de la Cámara de los Pares.

Pasando despues á tratar de la clemencia negada á Madama de Lavalette y la huida de su marido, el emperador tildaba feamente el descarrío de la política menguada de los Borbones. « Pero los salones de Paris, decia, mostraban los mismos desafueros que los clubs; la nobleza volvia á reproducir los jacobinos.... A lo menos nuestros Franceses, añadia, ilustraban sus sentimientos; Madama Labedoyere habia estado á punto de fallecer por su quebranto; Madama Ney habia ostentado al universo su denodado sacrificio, Madama Lavalette iba á ser la heroina de Europa. »

Napoleon no se atenia á la política contemporánea. Cuando habia recorrido arrebatadamente con una mirada veloz y atinada la Europa actual y resumido lo presente, se complacia en volver á lo pasado y hacer comparecer ante sí hombres y acontecimientos descollantes en la historia, cuyos juicios residenciaba desde la cumbre de sus alcances inmensos, y con su perspicacia sin par. En una de aquellas correrías por los ámbitos de la antigüedad, paró la atencion en la lid tenacísima entre plebeyos y patricios de la antigua Roma, y apuntó los yerros y contradicciones que la posteridad habia sentado en punto á los Gracos. « La historia, dijo, retrata en suma á los Gracos allá como sediciosos, trastornadores y malvados; y luego en el pormenor asoman como pundonorosos, apacibles, desinteresados y de rectos procederes, siendo además hijos de la esclarecida Cornelia, lo cual para los pechos grandiosos redunda al punto en sumo con-

cepto á su favor. ¿De dónde podia provenir semejante oposicion? Provenia de que los Gracos se habian sacrificado jenerosamente por los derechos de un pueblo oprimido contra un senado tiránico, y que sus injenios preeminentes é índole preciosa los estrellaron contra una aristocracia feroz que triunfó, los degolló y deshonró. Los historiadores parciales vinieron luego á dejarlos tiznados para siempre.

« En esta desaforada lid de la nobleza con la democracia que acaba de renovarse en nuestros dias, añadió, en esta exasperacion de la antigua prole contra la nueva industria que está fermentando en toda la Europa, no cabe duda en que si la aristocracia triunfara por la fuerza, hallaria por donde quiera muchos Gracos y los trataria en lo sucesivo tan benignamente como lo hicieron sus antepasados. »

En el momento en que Napoleon estaba pronunciando estas palabras, no era ya una mera hipótesis el enfurecimiento de la aristocracia contemporánea. La reaccion de 1815 asolaba la Francia; la sangre de Labedoyere, Ney, Chartran y Mouton-Duvernet corria con la de Brune y Ramel. Los ejecutores de las sentencias de los estranjeros y de la corona se afanaban en redondear la tarea de los asesinos que habia abortado el populacho de algunas ciudades meridionales.

¿Y no era el mas ilustre y temido de todos los demócratas aquel mismo á quien la aristocracia habia encerrado en Santa Helena para irlo asesinando á pausas? Que Napoleon recuerde á Las Cazes en su peñon los servicios que ha hecho á los reyes, que los acuse de ingratitud y se alabe « de haber atajado contra ellos lo que dispararon contra él (1); » este recuerdo podrá servir á esplicar su derrocamiento y abonar el desamparo de los pueblos contra los rigores inesperados de la Providencia; mas no por eso los reyes han desistido de desangrar con él « al primer soldado, al gran representante, al mesías » de los principios democráticos (2), dictado esplendoroso con que fundadamente se revistió, mostrándose aun ansioso de él en Longwood, y que hubiera debido preferir siempre al de salvador de la soberanía y bienhechor de la aristocracia.

Sin embargo, asaltábale á veces en su prision la aciaga idea que habia acarreado su decadencia y esterminio. El mesías revolucionario asomaba todavía como medianero entre lo pasado y el porvenir, entre el hombre de los reyes y de los pueblos. Esta incompatibilidad que heihos procurado demostrar desapareció sobre todo ante él con motivo de la declara-

(1) *Memorial*, t. II.

(2) Napoleon *disciplinó* la democracia y la hizo conquistadora; pero no la *organizó*, como se ha supuesto sin fundamento, porque esta organizacion está aun por hacer. Cuando quiso instituir, consultó lo pasado, y no hizo mas que una monarquía y una aristocracia hereditarias.

cion de los soberanos del 2 de agosto de 1815. «Si tienen juicio en Europa, dijo, si el órden se restablece en todas partes, entónces no importarémos ni el costo ni el afan que emplean con nosotros y nos quitarán de enmedio; mas eso puede irse dilatando todavia algunos años, tres, cuatro ú cinco; de otro modo, y prescindiendo de acasos imprevistos, no veo sino dos grandes probabilidades, y aun harto inciertas, para salir de aquí: la necesidad que de mí pudieran tener los reyes contra los pueblos desmandados; ó la que pudieran tener los pueblos sublevados en pugna con los reyes, porque en esta intensa lucha de lo presente contra lo pasado soy el árbitro y medianero natural; habia aspirado á ser el juez supremo; toda mi administracion interior y mi diplomacia esterior se encaminaban á este sumo objeto. El éxito fuera mas obvio é inmediato; pero el destino lo dispuso de otro modo. Finalmente puede haber una última probabilidad, y seria la necesidad que de mí pudieran tener contra los Rusos, porque en el estado actual de los negocios, antes de diez años toda la Europa puede ser cosaca ó república. Estos son sin embargo los estadistas que me derrocaron.....»

El emperador opinaba despues que la declaracion del 2 de agosto, con respecto á él, era inesplicable segun la índole personal de los soberanos.

«¡Francisco! decia, es relijioso, y soy hijo suyo.

«¡Alejandro! fuimos amigos.

«¡El rey de Prusia! no cabe duda en que le hice mucho daño; pero podia hacerle mucho mas; y luego, ¿no hay gloria y verdadero logro en encumbrarse por el corazon?

«En cuanto á la Inglaterra, lo debo todo al encono de sus ministros; pero el príncipe rejente debiera advertirlo é intervenir, so pena de ser tildado de indolente ó de apadrinar una maldad vulgar.

«Lo cierto es que todos los soberanos se comprometen, se desdoran y malogran mucho conmigo.....»

Grande hombre, dejad pues á los soberanos que se comprometan, desdoren y anonaden por vos: tambien corresponde esta particularidad á vuestro instituto; porque no se os ha enviado para «consolidar á los reyes» (aunque hayais soltado esta espresion y á veces obrado por este rumbo), sino al contrario para continuar la demolicion del edificio monárquico y contribuir al esterminio de la soberania con vuestros triunfos...

El fallo soberano que provocaba tan entrañablemente la ira del emperador y le hacia recordar lo que habia hecho por los augustos soberanos que la habian firmado, era del tenor siguiente:

«Hallándose Napoleon en poder de los soberanos aliados, sus majestades el rey del reino unido y de la Gran Bretaña é Irlanda, el emperador de Rusia, y el rey de Prusia, en virtud de los pactos de 25 de marzo de 1815,

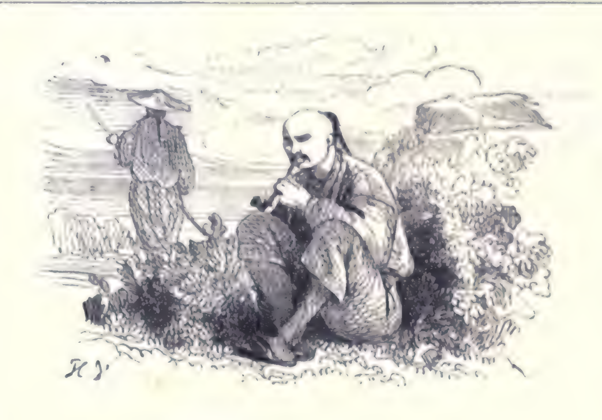
se han convenido en providenciar adecuadamente, para imposibilitar toda tentativa por su parte contra el sosiego de Europa.

« Art. 1°. Napoleon Bonaparte está considerado, por las potencias que firmaron el tratado del 20 de marzo último, como su prisionero.

« Art. 2°. Su custodia está con especialidad confiada al gobierno británico, etc., etc. »

El gobierno inglés habiéndose avenido así á ser instrumento de los enconos de la vieja Europa, con menosprecio del derecho de jentes, no le faltaba ya al rejio alcaide de Windsor sino buscar por su parte un instrumento subalterno que la naturaleza hubiese labrado de intento para la ejecucion rigurosa de la sentencia espedida por los soberanos; sus ministros, Castlereagh y Bathurst, hallaron á Hudson-Lowe.





CAPITULO LV.

Hudson-Lowe. Lid incesante de Napoleon contra el empeño y ruin proceder del gobernador. Padecimientos y postracion del emperador. Las Cazes precisado á separarse de Napoleon.



HUDSON-LOWE! A este nombre todos los pechos honrados se horrorizan é indisponen. Keith y Cockburn, habiais dejado divisar allá un rastro de asombro con la gloria, algun acatamiento al númen y cierta simpatía con la nombradía y el infortunio: ¡cuán mal os enterasteis de vuestro encargo! Conceptuasteis honradamente que estabais encargados de custodiar y zelar al héroe de la Francia... ¡Bien haya vuestra torpeza! Ahora llega un alcaide que desempeñará mejor las intenciones de sus augustos amos; él os enseñara

lo que de vosotros exijian la venganza y el miedo (1), y lo que pueden conseguir en pocos años de un clima como el de Santa Helena al arrimo de un hombre como Hudson-Lowe.

El nuevo gobernador desembarcó en Santa Helena el 14 de abril de 1816. Desde el primer asomo lo conceptuó Napoleon repugnantísimo. « Es horroroso, dijo; tiene una cara de ahorcado. Pero no hay que atropellarnos en nuestros fallos..... puede ser al cabo que la parte moral nos abone el desfalco de ese rostro tan siniestro; lo cual pudiera no ser imposible. »

La primera disposicion que tomó Hudson-Lowe fué exijir á los compañeros de destierro del emperador una declaracion formal espresando que residian voluntariamente en Longwood y se avenian á todas las condiciones que requeria el cautiverio de Napoleon.

Hudson-Lowe se complació despues en poner oficiosamente á la vista del emperador escritos en que su reinado y su índole se hallaban tiznados y escarnecidos con desenfreno; uno de estos libelos era obra del abate de Pradt, y se intitulaba la embajada de Varsovia. Pero una travesura de esta clase no era mas que un recreo inocente para un hombre como Sir Hudson. Quiso que compareciesen ante él todos los sirvientes del emperador para escudriñarlos privadamente acerca de la espontaneidad en su resolucion de permanecer en Santa Helena, como si hubiese desconfiado de la sinceridad y desahogo de su declaracion escrita. Aquel ahinco lastimó á Napoleon, y sin embargo se conformó al cabo con este nuevo ultraje. Cuando el gobernador tuvo ya redondeado aquel desacato, se acercó á Las Cazes y Montholon diciéndoles que estaba satisfecho, y « que iba á oficiar á su gobierno que todos habian firmado con espedita y buena voluntad. » Despues empezó á elojiar aquel sitio, y opinó que el emperador y los suyos se quejaban sin fundamento, pues al cabo no estaban tan desaviados. Y poniéndole el reparo de que no habia un solo árbol para proporcionarse alguna sombra bajo un cielo tan ardiente, respondió con trastienda: « ¡Oh! ya se plantarán. » Y se retiró sin añadir una palabra.

La salud del emperador empeoraba visiblemente. A fines de abril tuvo que privarse de la poca libertad que le dejaban para sus paseos, y aun se vino á emparedar en su aposento. El gobernador pasó á verle, y el esclarecido enfermo le recibió tendido en su sofá y en paños menores. Sus primeras palabras fueron para participar á Sir Hudson que iba á protestar contra el convenio del 2 de agosto. Despues de haber recordado que

(1) Nadie rasgueó tan á derechas aquel miedo como M. de Chateaubriand, cuando pronunció en la tribuna de la Cámara de los Pares estas palabras muy reparables: « La levita gris y el sombrero de Napoleon, colocados en un palo por la costa de Brest, harian correr la Europa á las armas. »

habia rehusado retirarse ya á Rusia, ya á Austria, que tampoco habia querido defenderse en Francia hasta el ultimo trance, lo cual hubiera podido



proporcionarle condiciones ventajosas, añadió: « Vuestros hechos no os honrarán en la historia, y sin embargo hay una Providencia vengadora; tarde ó temprano padeceréis su castigo. No pasará mucho tiempo sin que vuestra propiedad y vuestras leyes purguen tamaño atentado.... Vuestros ministros han probado en sus intenciones que intentaban quitarme de enmedio. ¿Porqué los reyes que me han proscrito no se han atrevido á decretar llanamente mi muerte? Lo uno hubiera sido tan legal como lo otro. Un fin pronto hubiera mostrado mas teson por su parte que la muerte lenta á que me condenan."

El gobernador contestó disculpándose con sus instrucciones, que requerian, dijo, que un oficial siguiese constantemente los pasos del emperador. « Si se hubieran observado, replicó Napoleon, nunca hubiera salido de mis aposentos." Entónces Sir Hudson anunció la próxima llegada de un buque portador de un palacio de madera, muebles y comestibles, que

podrian suavizar la situacion de los habitantes de Longwood. Pero el emperador se mostró poco esperanzado con la noticia, y se quejó amargamente del ministerio inglés que le privaba de toda clase de consuelos, de libros y periódicos, y lo que aun era mas cruel, de noticias de su esposa é hijo.» Por lo que toca á los comestibles, muebles y habitacion, añadió, V. y yo somos soldados y justipreciamos todas esas ventajas. Habeis estado en mi pais, y tal vez en mi casa; sin que fuera la mas pobre de la isla, ni que yo tenga porque abochornarme, habeis visto no obstante cuan escasa era. Pues bien, aunque he poseido un trono y repartido coronas, no he olvidado mi condicion primera: bastan pues un sofá y este lecho de campaña."

Al salir el gobernador, que habia propuesto varias veces durante la conversacion su médico al emperador, renovó su ofrecimiento, que fué repetidamente desechado. Napoleon refirió inmediatamente lo que habia pasado entre él y Sir Hudson. Despues de su relacion, y al cabo de un rato de silencio, prorumpió: «¡Qué poco halagüeña y cuán siniestra es la estampa del tal gobernador !.... En mi vida encontré objeto que se le pareciese.... Con semejante hombre á solas no puede uno estar descuidado..... Acaso me han enviado allá otro ente que un alcaide....."

Y como si no fuera bastante con los torpes procederes de sus enemigos para atormentar y deshacer aquella grandiosa existencia, discordias interiores vinieron á veces á acibarar los pesares que traspasaban el alma de Napoleon. Se aposentó la desavenencia entre los héroes de la fidelidad. «A veces, dice Las Cazes, se suscitaban entre nosotros disensiones y reyertas que desazonaban al emperador y aumentaban sus quebrantos. Tratando de esto decia: «Debeis empeñaros en no formar aquí mas que una familia; me habeis seguido para mitigar mis penas; ¿cómo no alcanza este impulso á avasallarlo todo?" En una ocasion en que habian entablado una grave disension dos de los sirvientes que habian seguido su infausta suerte, el emperador, con entrañable desconsuelo oyendo hablar de desafio, les hizo esta espresiva y tierna amonestacion:

«Decis que me habeis seguido para serme agradables. Sed hermanos, ó si no, me sois importunos.... ¿Quereis hacerme feliz? Sed hermanos, de lo contrario, me sois un martirio.

«Hablais de retaros, y esto en presencia mia. ¿Pues qué, no soy yo todo para vuestros cuidados y no están clavadas en nosotros las miradas de los estranjeros? Quiero que aquí todos alienten con mi espíritu.... Quiero que todos sean felices al rededor de mí; y sobre todo que cada cual participe de los escasos logros que nos han quedado. Hasta Manuelito, que aquí está, quiero que tenga su parte completa...»

Como la salud del emperador empeoraba cada dia y requeria mayor asistencia, quiso tener una esplicacion con el doctor O' Meara para saber

si le prestaba su ministerio como médico del gobierno inglés empleado en una cárcel de estado ó como médico de su persona. El doctor respondió, con tanto señorio como desahogo, que entendia ser el médico de Napoleon, y desde aquel momento el enfermo le dispensó toda su confianza.

El gobernador, despues de haber convidado en balde á comer al jeneral Bonaparte, pasó á Longwood á mediados del mes de mayo para informar á su prisionero que habia llegado la casa de madera. El emperador le recibió agriamente; declaróle que á pesar de ciertas contrariedades, el almirante habia merecido toda su confianza, y que no parecia que su sucesor estuviera deseoso de infundirle otra igual. Sir Hudson, ofendido de aquella reconvencion, contestó que no habia ido á recibir lecciones.

«Sin embargo no es culpa mia, si las necesitais, replicó el emperador: me habeis dicho que vuestras instrucciones eran mucho mas estrechas que las del almirante. ¿Serán de hacerme morir con puñal ó veneno? Todo lo espero de parte de vuestros ministros; heme aqui, ejecutad vuestra víctima, ignoro de que medios os valdréis para envenenarme; pero en cuanto á sacrificarme á puñaladas, ya habeis hallado el medio de hacerlo. Si, como me habeis hecho la amenaza, intentareis atropellar mi vivienda, os advierto que el valiente 53.° no entrará sin pisar mi cadáver."

Napoleon esperimentó alguna mejora en su salud y le aconsejaron que la aprovechase para repetir sus paseos á caballo. Al pronto lo rehusó, no queriendo pasear por el ámbito reducido que le estaba señalado y «dar vueltas como en un picadero.» Sin embargo cedió al fin y pasó al volver de su paseo delante del campamento inglés, cuyos soldados lo dejaron



todo para formarse en fila. «¿Qué soldado europeo, dijo entónces, no se conmueve cuando me acerco?»

Hudson Lowe estaba como temeroso de que el emperador no advirtiera bastante que estaba prisionero en Longwood, y hacia empeño en recordárselo diariamente con algun agravio, vejámen ó nuevo desacato. Primeramente le retuvo las cartas de Europa, aunque hubiesen llegado abiertas y por conductos nada sospechosos, bajo pretesto de que no las habia leido un secretario de estado. Luego interceptó una esquela de madama Bertrand porque la habia escrito sin autorizacion, y prohibió de oficio al emperador y á las personas de su casa toda comunicacion verbal ó por escrito con los habitantes de la isla que no hubiera merecido antes su aprobacion.

Entretanto el ministerio inglés habia hecho convertir en ley la decision diplomática del 2 de agosto relativa al cautiverio de Napoleon. El gobernador, habiendo recibido la acta correspondiente del parlamento, tuvo nuevo cargo para atormentar á su prisionero. Añadió á la publicacion del bill reflexiones ofensivas sobre los gastos del emperador y cuyo objeto era hacer que se considerasen por demasiado numerosos los fieles servidores á quienes no habia podido separar de su amo.

El emperador, así hostigado, reconvenido y acosado á estocadas cuando habia pasado su vida arrostrando las balas, adoleció mas que nunca



de tedio y se mantuvo encerrado en su aposento. Desde entónces ya no salió sino para ir á ver alguna vez á madama de Montholon, precisada á guardar cama á consecuencia de un sobre parto. Aquella señora tenia un hijo de siete á ocho años llamado Tristan. El emperador se entretuvo haciéndole recitar algunas fábulas, y confesándole el niño que no trabajaba todos los dias, »¿pues que no comes todos los dias? le dijo.—Si señor, respondió el jóven Montholon.—Pues bien, debes trabajar todos los dias, porque no se debe comer, si no se trabaja.—O en ese caso trabajaré todos los dias.—He aquí el influjo de la barriguita, dijo Napoleon riendo y dando palmadas sobre la de Tristan; el hambre y la barriguita nos ponen en movimiento."

La familia de Balcombe visitaba con frecuencia á Napoleon, quien le manifestaba siempre sumo interés y aprecio. El gran maestro en el arte de las batallas, que no habia creido en Briars que el númen y la gloria se desdorasen tomando parte en un juego á la gallina ciega con algunas muchachas, tampoco temió comprometer en Longwood el brillo de su nombre y la dignidad de su carácter continuando esta dulce é inocente familiaridad, encargándose de enseñar el juego del billar á una de las señoritas de Balcombe.

Los comisionados de las potencias europeas acababan de llegar á Santa Helena y deseaban ser admitidos por Napoleon. El almirante Malcolm, en una visita que hizo á Longwood, se lo dijo al emperador, quien quedó muy satisfecho de aquel valiente marino; pero le manifestó la imposibilidad en que se hallaba de admitir á su presencia á los comisionados de los aliados. «Caballero, le dijo, V. y yo somos hombres, y por lo tanto apelo al parecer de V. ¿Cómo puede ser que el emperador de Austria, con cuya hija me casé, que solicitó este enlace de rodillas, y al cual restituí dos veces su capital, y tiene detenidos á mi mujer é hijo, me envie su comisionado sin una sola línea para mí y sin la menor noticia acerca de la salud de mi hijo? ¿Cómo puedo recibirle y tener algo que hablar con él? Otro tanto digo de Alejandro, que cifró su blason en llamarse amigo mio y contra el cual no he tenido mas que guerras políticas, y no guerras personales. Por mas que sean soberanos, no por eso dejan de ser hombres; este dictado es el que yo requiero en la actualidad. ¿No debieran tener algun asomo de sensibilidad? Créame V., cuando repugno el título de jeneral, no es porque me espante. Lo rehuso porque fuera convenir que no he sido emperador; en esto vuelvo mas bien por el honor de los demas que por el mio."

El almirante habia entregado al emperador periódicos que anunciaban la muerte de la emperatriz de Austria y la sentencia de varios jenerales comprendidos en el decreto del 24 de julio. Cambronne habia sido puesto en libertad, y Bertrand condenado á muerte. El emperador recibió

tambien en aquella temporada cartas de su madre, de su hermana Paulina y de su hermano Luciano.

La víspera del dia de San Napoleon, el emperador tuvo el antojo de cazar perdices; pero no pudo andar mucho tiempo á pié y tuvo que montar á caballo. Por la tarde sobre mesa habiendo oido que era la víspera del 15 de agosto, dijo enternecidamente: « Mañana en Europa se darán muchos brindis á Santa Helena. Algunos anhelos atravesarán el Océano." Al dia siguiente almorzó con todos los suyos bajo una grande y hermosa tienda que habian mandado colocar en el jardin y pasó todo el dia con ellos.

Las fuertes reconvenciones y el modo directo con que Napoleon ajaba á Hudson-Lowe no hacian mas que enconar su odio y estremar su vijilancia, siempre tiránica. M. Hobhouse habiendo dirijido al emperador su libro sobre los Cien Dias con este rótulo en letras doradas: *A Napoleon el grande*, el gobernador interceptó la obra socolor de que en ella se hablaba mal de Castlereagh; y pocos dias despues de este ruin procedimiento se atrevió á presentarse al emperador, á quien sobrocojió en el jardin de su habitacion, y trató de sincerarse diciendo que si le conociera mejor, le juzgaria con menos aspereza. Este descaro le acarreó nuevos desengaños en presencia misma del almirante Malcolm.

« Nunca habeis mandado, dijo Napoleon, sino á vagamundos y desertores corzos, facinerosos piamonteses y napolitanos. Conozco el nombre de todos los jenerales ingleses que han sobresalido; pero nunca os oí mentar sino como un amanuense de Blucher ó como un capataz de bandoleros. Nunca habeis mandado á hombres de honor, ni habeis estado acostumbrado á vivir entre ellos." Habiendo respondido Sir Hudson que no habia pretendido el encargo que le habian dado, Napoleon replicó: « Esos destinos no se piden, los gobiernos los dan á sujetos que se han deshonrado." El gobernador se acojió entónces á su deber, y se escudó con las órdenes ministeriales de que no podia prescindir. « No creo, replicó arrebatadamente el emperador, que ningun gobierno sea tan vil que dé órdenes semejantes á las que haceis ejecutar." Hudson-Lowe habia manifestado á su prisionero que el gobierno inglés queria reducir los gastos que se hacian en Longwood. « No me envieis nada para mi manutencion, si quereis, le dijo el emperador, iré á comer á la mesa de los valientes oficiales del 53; estoy cierto que ni uno solo dejará de conceptuarse venturoso en dar un asiento á un veterano. Sois un esbirro siciliano, y no un Inglés. No os presenteis mas delante de mí, si no cuando me traigais la órden de mi muerte, y entónces se os franquearán todas las puertas."

Viendo Hudson-Lowe que era un objeto de menosprecio y de horror, no solo para Napoleon, sino para todos los Franceses de Longwood, trató de asociarse á los Ingleses de Santa Helena en la posicion hostil en que

se habia constituido por sus malos procederes con el emperador y los suyos. En su consecuencia hizo cundir la voz de que si Napoleon se negaba á recibirlos, tan solo era por odio que profesaba á la nacion inglesa, y que su encono trascendia hasta á los oficiales del 53.° á quienes no queria ver. Pero sabedor de esto el emperador, hizo venir al capitan Poppleton, que era el oficial mas antiguo de aquel cuerpo, y le aseguró que nunca habia dicho ni pensado cosa alguna que pudiera comprobar la mentira del gobernador. «No soy una vieja, le dijo; soy amigo de todo valiente soldado que ha sufrido un bautismo de fuego, cualquiera que sea su nacion.''

Despues que Sir Hudson se empachó de verguenza, tratando de sincerarse con Napoleon, se valió de miles desacatos para esplicar la infamia de sus hechos. Mandó llamar al doctor O' Meara, so pretesto de tener informes individuales acerca de la salud de su prisionero: pero en realidad con el intento de recriminar violentamente contra él con motivo de su última visita. «Decid al jeneral Bonaparte, pronunció enfurecido, que debiera estar mas sobre sí en su comportamiento, porque si continúa, me veré precisado á providenciar estrecheces mayores de las que ahora se practican.'' Despues acusó á Napoleon de haber sido causa de la muerte de muchos millones de hombres, y dijo al acabar «que miraba á Ali Bajá como un malvado mucho mas respetable que Bonaparte.''

Por lo demás el emperador se culpaba á sí mismo por el ímpetu con que habia hablado al gobernador. «Mas propio fuera en mí, decia, el haber espresado tales desengaños á sangre fria; tuvieran asi mas trascendencia.'' El doctor O'Meara pasó á asegurarle que Hudson Lowe habia prometido que no volveria á poner los piés en Longwood.

Sin embargo las protestas verbales, por enérjicas y elocuentes que fuesen, no bastaban á Napoleon para encomendar á las jeneraciones contemporáneas y á la posteridad el juicio infamante con que por fin habia alcanzado á sus jueces desde la cumbre de su peñasco y en el ejercicio de aquella supremacia moral que dan la justicia y el talento y que no se pierden en un naufrajio político. Encargó pues al conde de Montholon que notificase al gobernador un documento auténtico en que se iban esplicando sus agravios y su reprobacion, espresada con tanta pujanza como lójica.

Hudson Lowe se estaba siempre quejando del gasto de Longwood. Todos los dias andaba suscitando contiendas rastreras sobre los alimentos, sin temor de comprometer su autoridad en mezquinos pormenores, como por algunas botellas de vino ó algunas libras de carne. No obstante propuso que se aumentaria el gasto del emperador y de los suyos, con tal que este esceso pasara por sus manos; y amenazó que haria reducciones, si se desechaba su propuesta; con cuyo motivo dijo Las Cazes en su diario: «Están regateando nuestra existencia.'' El emperador no quiso nunca

terciar en discusiones de tal clase y encargó que sobre este punto nada se le comunicase.

Sin embargo Sir Hudson realizó sus amenazas: se hicieron reducciones, y pronto faltó lo necesario en Longwood. Un dia que el emperador habia comido en su aposento y pasó á sobrecojer en la mesa comun á sus comensales acostumbrados, advirtió que apenas tenian comida. Desde entónces mandó que se vendiera cada mes una parte de su plata labrada para suplir á lo que andaba cercenando el gobernador.

No satisfecho Hudson Lowe con haber reducido al emperador á vender su vajilla para mantenerse, quiso tener con esta circunstancia un nuevo medio de incomodar á su prisionero. Como habia compradores que contendian por el logro de poseer alguna alhaja perteneciente al sumo prohombre, y esta competencia habia hecho ofrecer cien guineas por un solo plato, el gobernador dispuso que no pudiera venderse la plata labrada sino á la persona que él mismo señalase. Pero el emperador ya habia tratado por su parte de poner coto á esta competencia, mandando



que se borrase de la plata labrada todo rastro de que procediese de su casa. Solo conservó algunas águilas macizas colocadas en las tapaderas.

Estas desazones diarias iban quebrantando la existencia del emperador, la alteracion de sus facciones habia hecho progresos temibles y variado de tal modo su fisonomia, que por cada dia estaba mas patente su semejanza con su hermano mayor. Empero sus padecimientos y su menoscabo no le atajaban los ejercicios y tareas intelectuales que habia emprendido desde su llegada á la isla. Por una parte continuaba el estudio del inglés que Las Cazes se habia encargado de enseñarle; y se afanaba siempre en dictar ya á sus jenerales, ya á Las Cazes y á su hijo el pormenor de sus campañas y de todas las circunstancias memorables de su vida. El mismo dia que Hudson Lowe trató de atormentarle con sus postreras demandas respecto á la plata labrada, dictó la batalla de Marengo al jeneral Gourgaud y se ocupó en repasar con Las Cazes la batalla de Arcola que le habia dictado anteriormente. « Al principio, dice el Memorial, el emperador se hacia leer sus capitulos por de noche. Pero habiéndose quedado dormida una de aquellas señoras, no quiso continuar y dijo con este motivo: « Siempre asoman las infulas de autor."

Despues de tantos ultrajes y persecuciones á que se habia propasado con el emperador, y tras tantisimo sonrojo como le habia resultado, Hudson Lowe todavia solicitó el visitarle: pero el emperador estuvo inflexible y respondió terminantemente que no lo veria nunca. Entónces el gobernador se arrojó á enviarle una carta por mano de O'Meara, en la que declaraba no haber sido nunca su ánimo el ofender ó insultar al *jeneral Bonaparte*; lo cual le daba derecho, decia, para exijir de él « disculpas por el lenguaje arrebatado de que se habia valido en su postrer visita." Hudson Lowe queria tambien disculpas de parte del jeneral Bertrand, que tampoco le habia respetado en su última conversacion. « El emperador, dice O'Meara, se sonrió desdeñosamente con la aprension de desagraviar á Sir Hudson Lowe."

Al cabo de dos dias el coronel Reade pasó á Longwood y pidió que le dejasen ver al emperador. Era portador de una nota en que Sir Hudson apuntaba aun mas demandas. El coronel, admitido á presencia de Napoleon, le leyó aquel documento escrito en inglés y se lo guardó sin dejar traduccion ni copia. Hudson-Lowe habia decretado:

« Que cuantos Franceses apetecieran permanecer con el jeneral Bonaparte deberian firmar la fórmula que se les presentaria, aviniéndose á todas las cortapisas que pudieran imponerse al jeneral Bonaparte, sin apuntar el menor reparo sobre este particular, y los que se negasen tendrian que ir desde luego al cabo de Buena-Esperanza. Los sirvientes se habian de reducir á cuatro: los quedados deberian considerarse sujetos á las leyes como si fuesen súbditos de la Gran Bretaña, ante todo por lo tocante

á las espedidas para la seguridad del jeneral Bonaparte y que declaraban crímen de felonía toda complicidad para ayudarle á evadirse. Cualquiera de ellos que se propasase á injurias é hiciese algun reparo, ó se portara mal con el gobernador ó con el gobierno bajo el cual se hallaba, seria remitido inmediatamente al cabo de Buena-Esperanza, en donde no se le proporcionaria medio alguno para volver á Europa."

Cuando el doctor hubo comunicado á Napoleon este soberano decreto de su alcaide, el emperador, tras de algunas advertencias sobre tamaña tiranía, terminó diciendo: « Preferiria que se marchasen todos á tener al rededor de mí cuatro ó cinco personas continuamente sobresaltadas y amagadas por puntos de verse embarcadas á viva fuerza, porque segun esa nota, quedan absolutamente á su disposicion. Que despache á todos y ponga centinelas en puertas y ventanas, que no me envie mas que pan y agua; poco me importa. Mi alma está libre y este corazon lo está tanto como cuando daba leyes á la Europa."

Todavía no quedan dichas todas las restricciones á que Hudson Lowe intentaba imponer al emperador. Declaraba, en virtud de su omnipotencia en toda la estension de la cárcel confiada á su custodia, que Napoleon no podria salir del camino real, entrar en ninguna casa, ni hablar con los que encontrara en sus paseos á pié ó á caballo; añadiendo además que las restricciones impuestas al jeneral Bonaparte eran tambien aplicables á las personas de su comitiva.

Al pronto se aflijieron en Longwood, creyendo en semejante recargo de un estado ya de suyo tan riguroso. El doctor se encargó de tener con el gobernador una esplicacion terminante sobre este punto. Hudson Lowe la dió sin titubear y sin tratar de minorar sus disposiciones repugnantes. Y como estaba tan preocupado con la protesta de oficio que le habia dirijido Madama de Montholon, quiso saber si aquella enérjica denuncia se habia ó no remitido á Lóndres y á otros puntos de Europa, y si quedaban copias de ella en la isla. Habiéndole respondido O'Meara afirmativamente, le sobrecojió un azoramiento vehementísimo.

Napoleon se lo esperaba todo de parte de Hudson Lowe, y así se lo habia declarado á él mismo desde sus primeros avistamientos. Sin embargo con la última providencia se airó como si hubiese dejado muy en zaga el vuelo de sus previsiones, y titubeaba en creer que ningun ministro inglés la hubiera dado, por mas que el gobernador le enviara á decir por O'Meara que todo lo que hacia era conforme con las instrucciones de su gobierno. « Estoy seguro, dijo, que ningun ministro, escepto lord Bathurst, quisiera dar su anuencia á este último acto de tiranía."

En el ímpetu de sus quejas, Napoleon habia dicho que « acortaban sus dias con pesadumbres." Su estado empeoraba por cada dia; estaba con calentura y sentia una desazon jeneral. Ninguno de sus compañeros

de infortunio quiso desampararle, por violentas que fuesen las condiciones de Hudson Lowe. Remitieron pues al gobernador su declaracion, firmada cabalmente como la habia pedido, aunque sustituyendo las palabras «El emperador Napoleon á las de Napoleon Bonaparte.'' Hudson Lowe se negó a pasar por esta variacion y devolvió la declaracion al jeneral Bertrand para que la estendiera segun habia mandado. Enterado Napoleon de esta contienda, pidió que se negasen á firmar y se dejasen llevar al cabo de Buena-Esperanza.

Con efecto, el gobernador pasó á Longwood para informar al jeneral Bertrand que visto que los jenerales, oficiales y criados se negaban á firmar la declaracion idénticamente cual la requeria, iban á ser enviados inmediatamente al cabo de Buena-Esperanza.

Aquella determinacion, cuya ejecucion era inminente, surtió el efecto que sin duda esperaba el gobernador. Los hombres que se habian resignado á un destierro remoto y á una estrecha reclusion por alternar en la suerte del héroe que estaban acatando y queriendo sobre cuanto habia, tuvieron que allanarse á tamaña arbitrariedad, antes que padecer la separacion con que los amenazaba Hudson Lowe. Pasaron, sin que el emperador lo supiese, despues de las doce de la noche á casa del capitan Poppleton, y allí firmaron todos el acta redactada por el gobernador, escepto Santini, que se obstinó en rechazar todo escrito en que su amo no estuviera calificado con el dictado de emperador.

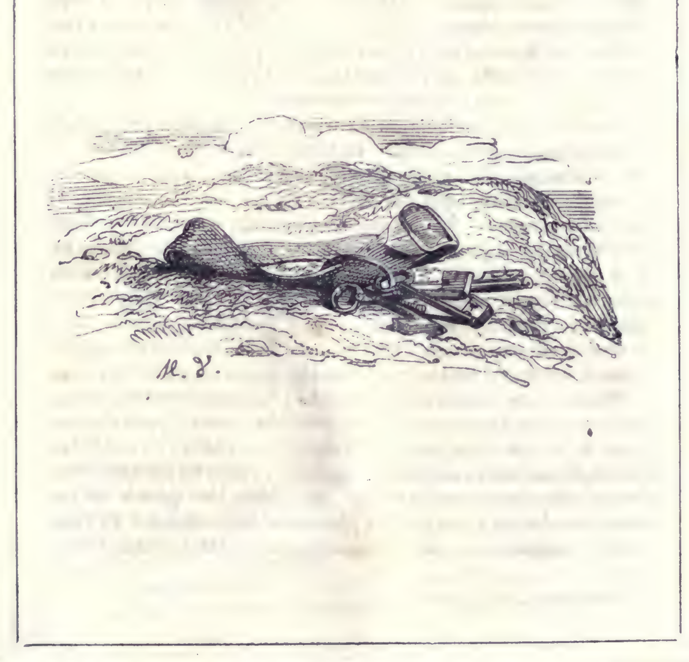
Este nuevo testimonio de cariño tributado á Napoleon por sus fieles servidores no le causó novedad. «Hubieran firmado *tirano Bonaparte*, dijo, ó cualquier otro apodo afrentoso por quedarse aquí conmigo en tan sumo desamparo, antes que volver á Europa, en donde podian vivir espléndidamente.'' Por lo demás, el emperador convenia con el doctor O'Meara que seria ridículo por su parte, en la situacion en que se hallaba, titularse emperador, si los ministros ingleses no le obligaran con tanto empeño á que se le apease de aquel dictado. «Pareceria, dijo, á uno de aquellos desventurados de Bedlam (1) que se conteptúan reyes en medio de sus cadenas y de su paja.'' Pero lo que le hacia inflexible en este punto era el derecho del pueblo francés mas bien que un interés de vanagloria.

El encono que el gobernador profesaba á Napoleon trascendia á todos los Franceses de Longwood; pero lo estremaba intensa y particularmente con Mr. de Las Cazes, en el cual Hudson Lowe estaba ya viendo al indiscreto descubridor de sus ruines venganzas y continuas maldades. Para libertarse de aquel incómodo celador, Sir Hudson ideó quitarle un mulatillo que le servia y que volvió á presentarse reservadamente en Longwood, ofreciéndose á su amo que se encargaria de todas las cartas y pape-

(1) Casa de orates en Lóndres.

les que quisiese remitir á Europa. Las Cazes, que se dejó llevar de la injenuidad y honradez que suponia en el jóven, le confió entre otras cartas una para Luciano Bonaparte. Hudson Lowe se apoderó de ella inmediatamente. Las Cazes habia caido en el lazo; el malvado alcaide triunfaba, la ley aterradora que habia impuesto á los habitantes de Longwood iba á tener aplicacion en aquel de quien tenia mas deseos de librarse. Las Cazes fué preso á fines de noviembre de 1816 é incomunicado en Santa Helena. Hudson Lowe, despues de haber rejistrado sus papeles, le sujetó á un interrogatorio y dispuso al fin su estrañamiento al Cabo (1). La lealtad víctima de una traicion se hacia acreedora á consuelos. Napoleon lo tuvo presente y escribió á Las Cazes arrestado; pero su carta fué interceptada por el gobernador y no llegó á sus manos sino despues de la muerte del hombre grande.

(1) El doctor O'Meara habia tratado de amansar á Hudson Lowe haciendo mérito del estado crítico del jóven Las Cazes: « Y al cabo, le respondió con desentono el gobernador, ¿qué importa la muerte de un niño á la política?»





CAPITULO LVI.

Ultimos años de Bonaparte.
Su muerte.



Gourgaud, que habia tenido con Las Cazes alguno de aquellos raptos de enfado que menciona el *Memorial*, no quiso dejar que se fuese aquella víctima privilejiada de Hudson Lowe sin manifestarle que el corazon no habia tenido parte en las desavenencias que habian mediado entre ellos. Pidió pues que se le permitiese acompañar á Bertrand, que habia conseguido ver á Las Cazes, y ambos pasaron juntos á despedirse de su desventurado compañero cuyo destierro voluntario se veia conmutado en un estrañamiento horroroso (1).

(1) Las Cazes, trasportado al Cabo, logro pasar desde allí á Europa, en donde padeció todavía muchos sinsabores y persecuciones.

Despues de la partida de Las Cazes continuaron las vejaciones como antes en Longwood. El doctor O'Meara franqueaba siempre su mediacion para las comunicaciones angustiosas que Napoleon debia recibir del gobernador, y desempeñaba aquella ardua tarea en términos de merecer cada dia mas la confianza del emperador y hacerse mas sospechoso á Hudson Lowe. Este se mostraba empeñado tenazmente en sincerar la espresion de Napoleon, «que le habian enviado algo peor que un alcaide.» La persecucion se estaba renovando diariamente bajo mil aspectos. Con motivo de la obra de Pillet sobre la Inglaterra, que el emperador habia deseado hojear y pedido por medio de O'Meara, Sir Hudson tomó en su biblioteca un libro intitulado: *Los impostores descollantes, ó Historia de los hombres de la nada de todas naciones que han usurpado la condicion de emperadores, reyes ó príncipes.* «Haréis bien, le dijo despues al doctor entregándole aquel escrito, en llevar tambien esta obra al *jeneral Bonaparte.* Acaso hallará en ella algun retrato parecido al suyo.» Tal era el hombre que *el mas jeneroso* de los enemigos de Napoleon habia escojido para desempeñar cabalmente en Santa Helena el cúmulo de enconos y venganzas de los reyes y aristócratas europeos respecto al héroe que tantas consideraciones habia tenido con ellos.

Napoleon habia por lo tanto juzgado y caracterizado debidamente á Sir Hudson, cuando le habia estrellado en su cara el apodo de esbirro siciliano: y aun esta palabra podia apenas espresar toda la ruindad, servilismo, doblez y atrocidad que embargaban el alma de aquel aborrecible alcaide. Su lenguaje era el fiel espejo de su alma, los términos mas soeces le servian ordinariamente para espresar los arranques mas viles y rastreros. Un dia que se desahogaba contra los fieles compañeros del emperador, llegó á decir que «*el jeneral Bonaparte* estaria mucho mejor, si no estuviera rodeado de *mentirosos* como Montholon, y de un *son of a bitch* (1) como Bertrand, que se andaba siempre quejando.»

Es cierto que cuantos cercaban á Napoleon estaban entorpeciendo las heroicidades dispuestas por la Santa Alianza. Hudson Lowe hubiera querido que el largo tormento y pausado suplicio del grande hombre no se estuvieran suavizando con los consuelos y sacrificios de la amistad; hubiera apetecido traspasar á su víctima en la soledad sin temor del estruendo y de los rumores. Con este objeto habia desterrado primeramente á Las Cazes, y trató luego de alejar al doctor O' Meara.

«Me sois sospechoso, habia dicho varias veces Hudson Lowe al doctor; desconfio de vos;» y en su consecuencia habia escrito á Lóndres para que lo sacasen de Santa Helena.

(1) Esta espresion, dice O'Meara, solo está en uso entre la plebe de Inglaterra: significa *hijo de perra.*

Mientras esta denuncia marchaba á Europa, O'Meara arrostrando las sospechas y resentimientos del gobernador, no cesó de visitar puntualmente á su esclarecido enfermo y proporcionarle, no tan solo los auxilios de su facultad, sino todos los consuelos que las circunstancias podian permitir. Como no estaba sujeto á las órdenes y estrecheces que rejian con los habitantes de Longwood, les hacia aprovechar de la libertad de sus relaciones facultativas, y Napoleon le correspondia con la mas entrañable confianza.

En los ratos escasos de sosiego que le dejaba el gobernador, Napoleon, como ya dijimos, se complacia en reseñar los personajes políticos ó tratar algun punto interesante de la política contemporánea.

Pero sobre todo el emperador caracterizaba grandiosamente la revolucion considerada en su principio y conjunto desde el encumbramiento filosófico y la situacion imparcial en que le habia colocado la adversidad atajando anticipadamente su carrera política. «La revolucion francesa, decia, no procedió de la lid de dos familias en pos del solio; fué un movimiento jeneral de la nacion en globo contra los privilejiados..... Guiada esencialmente por el principio de la igualdad, destruyó hasta el rastro de los tiempos feudales é hizo una Francia nueva con una division acompasada de territorio, una misma organizacion judicial y administrativa, unas mismas leyes civiles y criminales, igual sistema de contribuciones..... La Francia nueva presentó el espectáculo de veinte y cinco millones de almas formando una sola clase de ciudadanos, gobernados por una misma ley, reglamento y órden. Todas estas mudanzas se hermanaban con el interés de la nacion, con sus derechos y el rumbo de la civilizacion."

Si la revolucion toma su orijen del principio de igualdad; si el númen de la civilizacion le sirve de guia, ¿qué pueden pues contra ella sus implacables y soberbios enemigos? Por mas que destronen, destierren, aherrojen y atormenten al grande hombre que la representó á sus ojos, á ella queda prometida el porvenir y á ella corresponde. Desechado del gobierno, se refujiará en la sociedad. A falta de Napoleon, la imprenta le servirá de clarin y le devolverá algun dia el gobierno. El prisionero de Santa Helena en medio de sus cadenas divisa á lo lejos este nuevo triunfo de la sacrosanta causa por la que padece y espira. «Antes de veinte años, dice, cuando yazca difunto y encerrado en el sepulcro, veréis en Francia una nueva revolucion." (O'MEARA.)

Su prediccion no se atuvo á la Francia; el principio de igualdad amenaza tambien á la aristocracia inglesa «Vosotros mismos teneis un gran caudal de orgullo aristocrático en la cabeza, le dijo al doctor, y estais al parecer mirando á vuestra plebe como una clase de entes inferiores. Hablais de vuestra libertad: ¿puede darse tropelia mas horrorosa que la de vuestra leva forzada de marineros?.... Y sin embargo habeis tenido el

descaro de hablar de las quintas en Francia. Esto lastima á vuestro orgullo, porque no mediaba distincion de clases. ¡Oh! ¡qué humillacion fuera para el hijo de un caballero el acudir á la defensa de su pais como si formara parte de la plebe y tuviera que esponer su persona ó ponerse al nivel de una vida plebeya! Sin embargo Dios hizo á todos los hombres iguales. ¿Quién compone la nacion? No son por cierto vuestros lores, grandes prelados, eclesiásticos, caballeros ni vuestra oligarquía. ¡Oh! algun dia el pueblo se vengará y se verán trances furibundos."

Despues de la historia y de las profecías gustaba sobre todo Napoleon de entrar en el exámen apolojético de su reinado y de su vida, que resumia en algunos renglones elocuentes.

«Al cabo, decia, por mas que supriman, recorten y cercenen, difícil les será hacerme desaparecer enteramente. Un historiador francés tendrá que hablar del imperio, y fuerza será que me restituya alguna porcion y me haga su parte, siendo su tarea muy fácil porque los hechos hablan y resplandecen como el sol.

«He llenado la sima monárquica y despejado el cáos. He deshollinado la revolucion, ennoblecido á los pueblos y consolidado á los reyes. He ido estimulando toda clase de emulaciones, galardonado todos los méritos y ensanchado los límites de la gloria. Todo esto es algo. Y además, ¿en qué pudiera tildarme un historiador sin que me quepa el defenderme? ¿Serian mis intentos? Pero tiene motivos para sincerarme. ¿Será mi despotismo? Pero demostrará que la dictadura era absolutamente necesaria. ¿Diráse que he puesto trabas á la libertad? Pero probará que el desenfreno, la anarquía y el sumo desconcierto estaban todavía en la puerta. ¿Me culparán de haber sido aficionado á la guerra? Pero manifestará que siempre me atacaron. ¿Me tacharán de haber apetecido la monarquía universal? Pero hará ver que solo fué obra casual de las circunstancias y que nuestros enemigos mismos me fueron conduciendo por puntos á todo aquel estremo. Finalmente ¿hablará de mi ambicion? ¡Ah! no hay duda, me la hallarán y mucha; pero fué la mayor y mas encumbrada que jamás tal vez existió, la de plantear y consumar el imperio de la racionalidad y el pleno ejercicio y el goze cabal de todas las facultades humanas. Y al llegar aquí el historiador, se hallará quizá reducido á lamentarse de que semejante ambicion no haya quedado cumplida y satisfecha.... En pocas palabra, he aquí mi historia. (1)" *(Memorial).*

Hudson Lowe habia determinado quitar O'Meara á Napoleon, como lo habia privado de Las Cazes. No habiendo podido conseguir en Lóndres

(1) Napoleon sabia muy bien que á pesar de la voz del pueblo, que es la de Dios, su memoria encontraria tiznadores; pero se desentendia contentándose con decir: «Morderán en pedernal.»

que se depusiese al doctor, ideó sujetarle tambien á una especie de pasadizo tan estrecho y angustioso, que no pudiendo resistirlo tuviese que dar una pronta demision para librarse de su opresion. Este medio le surtió efecto. O' Meara, encerrado en Longwood y privado de la sociedad de los Ingleses y reducido á no tener relaciones con nadie, escepto por lo relativo á su servicio médico, trató de que se revocase este secuestro dirijiéndose al almirante Plampin que se hallaba en Briars; pero este no habiendo querido darle audiencia, tomó el partido de hacer renuncia y se lo escribió inmediatamente al gobernador.

Pero los comisionados de las potencias aliadas sabiendo que la salud del emperador requeria un desvelo incesante, y temiendo que la partida del doctor O'Meara, antes que le dieran un sucesor aceptado por Napoleon, acarrease desagradables incidentes capaces de agravar la responsabilidad de sus cortes respectivas, insistieron con el gobernador para que el médico inglés volviese á encargarse de su servicio junto al prisionero de Longwood. Hudson Lowe cedió al fin despues de largas y acaloradas discusiones, pero reservándose sin embargo el renovar sus calumnias é instancias en Lóndres y sus maquinaciones y bastardías en Santa Helena para lograr mas adelante su intento.

Desde luego incitó al comandante del rejimiento 66, que habia reemplazado al 53.°, para que escluyera á O'Meara de la mesa del cuerpo, y mientras que se seguia una correspondencia activa por ambas partes sobre esta afrenta, el doctor recibió una carta del teniente coronel Eduardo Wyniard, que le anunciaba, en nombre de Hudson Lowe, que el conde Bathurst, por su órden del 16 de mayo de 1818, le mandaba que cesara todos sus servicios con el jeneral Bonaparte y « suprimiese todo roce posterior con los habitantes de Longwood."

«La humanidad, dice O'Meara, las obligaciones de mi instituto y el estado actual de la salud de Napoleon me vedaban obedecer á estas órdenes inhumanas..... Tomé pronto mi partido. Me resolví á desobedecer, cualesquiera que pudiesen ser las consecuencias. La salud de Napoleon exijia que le recetase un réjimen y le preparase los medicamentos necesarios á falta de cirujano" El jeneroso doctor volvió pues á Longwood y comunicó al emperador la órden del conde Bathurst. «El crimen se ejecutará mas pronto, dijo Napoleon; demasiado he vivido para ellos."

O'Meara se esmeró en dar á su enfermo las instrucciones medicinales con que debia rejirse despues de su marcha. Cuando acabó de hablar, tomó Napoleon la palabra y le dijo:

«Cuando llegueis á Europa, iréis á veros con mi hermano José ó le escribiréis. Le diréis que os entregue el paquete que contiene las cartas particulares y confidenciales que me escribieron los emperadores Alejandro y Francisco, el rey de Prusia y los demás soberanos de Europa que le con-

fié en Rochefort. Las publicaréis para tiznar de afrenta á aquellos soberanos y poner de manifiesto al mundo el rendido acatamiento que los tales vasallos me tributaban cuando solicitaban favores ó me imploraban por sus tronos. Cuando estaba en auje y tenia en mi mano el poder, solicitaron mi amparo y el timbre de mi alianza lamiéndome el polvo de los piés. Ahora que ya soy viejo, me oprimen cobardemente y me separan de mi mujer y de mi hijo. Os ruego que hagais lo que os encargo; y si veis publicar contra mi calumnias sobre lo que ha pasado durante el tiempo que estuvisteis conmigo y podeis decir, yo vi por mis ojos que eso no es verdad, contradecidlos."

El emperador dictó despues al conde Bertrand una carta, al pié de la cual puso una posdata de su puño, recomendando O'Meara á María Luisa. Encargó al doctor que se informara de su familia y comunicase su situacion á los suyos.

«Les espresaréis, añadió, los afectos que por ellos estoy siempre abrigando, sed el intérprete de mi cariño con mi preciosa Luisa, mi escelente madre y Paulina. Si veis á mi hijo, abrazadle por mí, que nunca olvi-



de que nació príncipe francés. Manifestad á lady Holland el concepto que conservo de su bondad, y el aprecio que la profeso. Por fin procurad enterarme por noticias auténticas de qué modo se educa á mi hijo." A estas palabras, el emperador asió al doctor por la mano y lo estrechó en sus brazos, diciéndole: «Adios, O'Meara; no nos volverémos á ver mas; sed feliz."

Sin embargo aun no se habian acabado para Napoleon todas las separaciones dolorosas. Apenas O'Meara se habia marchado de Santa Helena, cuando Gourgaud tuvo á su vez que alejarse de aquella isla enfermiza para atajar los progresos de la enfermedad que le estaba acosando tiempo hacia. Cuando el jeneral llegó á Europa, infundió los temores de que estaba él mismo poseido acerca de la salud del emperador. La familia del grande hombre, ya tan entrañablemente desconsolada, sintió intensísima zozobra. Sobre todo su madre, al saber que el hijo que habia labrado su dicha y que constituia siempre su gloria, adolecia de una enfermedad que podia ser mortal sin tener á su lado un facultativo que le estuviese medicinando y echando el resto de sus alcances; su madre, siempre tan tierna y bondadosa con él, sintió sus entrañas conmovidas y traspasadas. Hizo que su hermano, el cardenal Fesch, interviniera con lord Bathurst; y el empeño de su eminencia proporcionó á madama Leticia la autorizacion para enviar á Santa Helena al doctor Antomarchi, con un capellan y otras dos personas.

Antomarchi llegó á Santa Helena el 18 de setiembre de 1819. Con suma estrañeza suya fué recibido afectuosamente por Hudson Lowe, quien se quejó por lo demás de la altivez, grosería y protestas del *jeneral Bonaparte*. Pero esta acojida no quitó para que los dignos ajentes del gobernador, Reade y Gorrequer, desempeñasen el odioso papel de que estaban encargados. Gorrequer se escusó de que tenia que rejistrar las cartas, manuscritos y planos que se querian remitir á Longwood, y Reade, sin dar la menor escusa, procedió á la prolija visita de los baules de Antomarchi y de sus compañeros, entre los cuales se contaban dos eclesiásticos, los abates Buonavita y Vignali.

Antomarchi no fué tan bien recibido en Longwood como en Plantation House (lugar de la residencia del gobernador). Como al emperador no se le habia avisado la llegada de un nuevo médico ni por el cardenal Fesch ni por ningun otro miembro de su familia, titubeó al pronto en admitirle. Todo lo que venia de Inglaterra ó por el conducto del gobierno inglés le infundia desconfianza. Sin embargo Antomarchi desvaneció sus recelos á la primera conversacion. Como habia faltado muy poco para que el emperador lo hubiese despedido antes de haber podido esplicarse, «sois corzo, le dijo el emperador; he aquí la única consideracion que os ha salvado." Una vez entablada la confianza, Napoleon se informó de su ma-

dre, esposa, hermanos y hermanas, de Las Cazes, O'Meara y de lord y de lady Holland. Despues de estas diferentes preguntas, despidió al doctor; pero al cabo de algunas horas le mandó llamar; y procedió al reconocimiento de los síntomas que presentaba el estado del enfermo en cuyo auxilio habia acudido del estremo de la Italia y atravesado los mares.

« Y bien, doctor, le dijo Napoleon, ¿qué os parece? ¿Tengo que alterar todavía por largo tiempo la dijestion de los reyes? — Señor, estad seguro de que les iréis en zaga.—Ya lo creo. No podrán desterrar de Europa el eco de nuestras victorias; traspasará los siglos, proclamará los vencedores y vencidos; los que fueron jenerosos y los que no lo fueron. La posteridad sentenciará; no temo su fallo.—Esa vida os la teneis granjeada..... Pero aun no tocais al término: os queda un largo espacio que andar.—No, doctor, se va redondeando la obra inglesa; no puedo durar mucho en este horroroso clima." No obstante se avino á tomar las medicinas que se le recetaron, á lo cual se habia mostrado siempre opuesto. « Lo habeis dejado todo para traerme los auxilios del arte, añadió; justo es que tambien yo haga algo y así me resigno." Luego refirió al doctor lo que habia estado padeciendo desde la partida de O'Meara. « Hace un año, dijo, que me han privado de los auxilios de la medicina. Estoy privado de médicos que merezcan mi confianza. Ese verdugo conceptúa mi agonía sobrado pausada; la activa y la atropella; anhela mi muerte con toda el alma. Hasta el aire que respiro ofende á ese pecho de cieno. Creed que sus tentativas han sido dilatadas y terminantes, que ha faltado poco para que fuese víctima de un puñal inglés. El general Montholon estaba enfermo, se negaba á comunicarse con Bertrand; queria entablar una correspondencia directa conmigo. Me enviaba sus satélites dos veces al dia. Reade, Wyniard, sus confidentes, sitiaban esas ruines chozas y querian internarse hasta mi aposento. Mandé atrancar las puertas; cargué mis pistolas y fusiles, que todavía lo están, y amenazé que haria saltar la tapa de los sesos al primero que cometiera la imprudencia de atropellar mi asilo. Se retiraron dando gritos de querer ver á Napoleon Bonaparte, que Napoleon Bonaparte saliera, que sabrian precisar á Bonaparte á presentarse. Creia que estos actos ofensivos estaban zanjados; pero cada dia retoñaban con mayor violencia. Sorpresas, amenazas, clamores, cartas llenas de injurias, pasquines que mis criados echaban al fuego, de todos medios se valian y el acaloramiento estaba en su punto: de un momento á otro podia suceder una catástrofe. Nunca habia estado tan espuesto. Era el 16 de agosto, y estas demasias duraban desde el 11. Mandé avisar al gobernador que habia tomado mi partido y que mi sufrimiento estaba apurado; que el primer sayon que atravesase el umbral de mi puerta caeria de un pistoletazo. Escuchó el aviso y cesaron sus ofensas.... Renuncié libre y voluntariamente á favor de mi hijo y de la constitucion. Así tam-

bien me encaminé á Inglaterra queriendo vivir allí retirado y bajo la proteccion de sus leyes. ¡ Sus leyes! ¿ las tiene acaso la aristocracia ? ¿ hay atentado que las detenga ? ¿ hay derecho que no huelle ? Todos sus caudillos se postraron ante mis águilas. Con una parte de mis conquistas labré coronas á los unos ; á los otros los coloqué en tronos que la victoria habia derribado. Fui clemente y magnánimo con todos. Todos me desampararon, me vendieron y se han esmerado vilmente en remachar mis cadenas. Estoy á la merced de un salteador."

Por espacio de diez y ocho meses Antomarchi batalló con toda su ciencia y afan contra los progresos de una dolencia que de antemano cubria de luto la triste prision de Longwood. Mucho tiempo antes del dia fatal conoció que su esmero se hacia infructuoso.... A mediados de marzo de 1821 escribió á Roma al caballero Colonna, chambelan de madama Leticia, una carta que hacia presajiar una próxima catástrofe. «Los periódicos ingleses, le decia, repiten continuamente que el emperador disfruta salud ; pero no lo creais ; los acontecimientos os probarán si los que tal escriben son sinceros ó están bien informados."

De allí á pocos dias Napoleon, que no se alucinaba acerca de su estado, se esplicó claramente con Antomarchi á quien debemos el relato de la conversacion siguiente.

« Ya hemos llegado, doctor, á pesar de vuestras píldoras; ¿no lo creeis así?—Menos que nunca.—¿Cómo menos que nunca? Eso es otra ilusion médica. ¿Qué efecto creeis que producirá mi muerte en Europa ?—Ninguno, señor.—¿Ninguno?—No, porque no sucederá.—¿ Y si sucediera? —Entónces, señor, entónces..... —Vamos ¿qué?—Vuestra majestad es el ídolo de los valientes ; estarian desconsolados.—¿Y los pueblos?—Quedarian á la merced de los reyes y la causa popular estaria perdida para siempre.—¡Perdida, doctor! ¿y mi hijo, pues qué supondriais?.....—No señor, de ningun modo. Pero, ¿qué distancia no media?—¿ Acaso es mas dilatada de la que yo he corrido?—¡ Cuántos obstáculos por vencer! —¿ He tenido yo menos que superar? ¿ Era mas elevado el punto de que partí ? Creedme, doctor, lleva mi nombre; le dejo mi gloria y el afecto de mis amigos ; no se necesita tanto para recojer mi sucesion."—« Era la ilusion de un padre en la hora de la agonía, dice Antomarchi ; no insistí ; hubiera sido muy cruel en desengañarle."

El emperador guardaba cama desde el 17 de marzo. El oficial encargado de atestiguar diariamente su presencia en Longwood, no viéndole comparecer, se lo avisó al gobernador, que creyéndose vendido, empezó á dar vueltas al rededor de la morada de su prisionero para cerciorarse de que no se habia escapado. No habiendo logrado saber nada á pesar de todas sus pesquisas, declaró que si dentro de veinte y cuatro horas su ajente no conseguia la facultad de ver al *jeneral Bonaparte*, llegaria en

persona con su estado mayor y entraria á viva fuerza en el aposento del enfermo sin temer las consecuencias aciagas que pudiera tener su asalto. En vano el jeneral Montholon trató de distraerle de aquel intento pintándole la situacion dolorosa del emperador. Sir Hudson respondió que se cuidaba muy poco de que el jeneral Bonaparte estuviese vivo ó muerto; que su deber era asegurarse de su persona, y que lo cumpliria. Hallábase arrebatado con estos ímpetus, cuando se encontró con Antomarchi, quien le echó reciamente en cara su lenguaje y sus ruines procederes. Sir Hudson no quiso escuchar mas; se retiró espumeando de cólera, y Antomarchi continuó ajando á los verdugos del grande hombre, encarándose con Reade: « Hay que tener una alma amasada con cieno del Támesis para venir á acechar el postrer suspiro de un moribundo. Estais deseando su agonía, quereis acelerarla y paladearla ; el Cimbrio encargado de degollar á Mario retrocedió ante el crimen.... pero vosotros.... Idos; si el oprobio guarda proporcion con el atentado, muy vengados quedamos. »

Colérico Sir Hudson con la contestacion de Antomarchi y siempre tenaz en su intento irracional, estaba ya dispuesto para ejecutarlo, cuando el emperador, á instancias de Bertrand y de Montholon, consintió en admitir, á título de médico consultante, al doctor Arnolt, el cual fué encargado de atestiguar diariamente al ajente del gobierno la presencia del prisionero. Pero las zozobras del alcaide iban á finar muy pronto. El 19 de



abril Napoleon mismo anunció su próxima muerte á los amigos que le conceptuaban mejorado.

« No os engañais, les dijo, hoy estoy mejor, pero sin embargo siento que se acerca mi última hora. En habiendo fallecido, todos vosotros tendréis el grato consuelo de regresar á Europa. Volveréis á ver unos vuestros parientes, otros vuestros amigos, y yo encontraré á mis valientes en los Campos Eliseos. Si, continuó levantando la voz, Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier me saldrán todos al encuentro y me hablarán de lo que hicimos juntos. Les referiré los últimos sucesos de mi vida. Al verme enloquecerán de entusiasmo y de gloria. Hablarémos de nuestras guerras con los Escipiones, Anibales, Césares y Federicos. Nos complacerémos con el recuerdo.... á menos, añadió riéndose, que allá abajo tengan miedo al ver tantos guerreros juntos. »

En este acto llegó el doctor Arnolt. El emperador le dispensó buena acojida, le habló de sus dolencias y de todas las incomodidades que sentia, y luego le dijo interrumpiéndose repentinamente y con entonacion grandiosa:

« Esto es hecho, doctor, el golpe está dado, toco á mi fin y voy á entregar mi cadáver á la tierra. Acercaos Bertrand, traducidle al señor lo que vais á oir: es una serie de ultrajes dignos de la mano que me los prodigó; espresadle todo, no omitais ni una palabra.

« Vine á sentarme en el hogar del pueblo británico reclamando una hospitalidad leal, y con menosprecio de todos los derechos reinantes sobre la tierra me contestaron con cadenas. Alejandro me hubiera dispensado otra acojida; de otro modo me hubiera tratado el emperador Francisco, y aun el rey de Prusia hubiera sido mas jeneroso. Pero á la Inglaterra tocaba saltear y aherrojar á los reyes y dar al mundo el inaudito espectáculo de cuatro potencias ensangrentándose contra un solo hombre. Vuestro ministerio fué el que escojió este peñasco pavoroso, donde se deshace en menos de tres años la vida de los Europeos, para que acabase la mia con un asesinato. ¿Y cómo me habeis tratado desde que estoy desterrado en este escollo? No hay vilezas ni ruindades con que no os hayais complacido en atropellarme. Hasta las meras comunicaciones de familia, aquellas que á nadie se niegan, me las negasteis. No habeis dejado llegar á mis manos ninguna noticia ni periódico de Europa; mi esposa y mi hijo ni siquiera han vivido para mí; durante seis años me habeis tenido en el tormento de una mazmorra. Me habeis dado por morada en esta isla el paraje menos propio para habitarse, aquel en que mas se siente el clima homicida del trópico. Ha sido forzoso emparedarme con un ambiente nocivo, yo que corrí á caballo toda la Europa. Me habeis asesinado á pausas con premeditacion, y el infame Hudson ha sido el ejecutor de la sentencia de vuestros ministros. Acabaréis como la altiva república de Venecia, y yo, moribundo

en este peñasco pavoroso, privado de los mios y careciendo de todo, vinculo el oprobio y el horror de mi muerte en la familia reinante de Inglaterra.»

Este conato postró las fuerzas del enfermo, y á poco rato cayó en una especie de desmayo. Sin embargo dos dias despues habia recobrado bastante brio para levantarse al amanecer y pasar todavía tres horas dictando ú escribiendo. Pero esta era una vislumbre de mejora que no dejaba ningun rastro de esperanza. La calentura volvió á presentarse luego, y el enfermo continuó marchando redobladamente hácia la muerte. En aquel mismo dia (21 de abril) mandó llamar al abate Vignali. «¿Sabe V., abate, le dijo, lo que es una cámara ardiente?—Sí señor.—¿Habeis servido alguna?—Ninguna.—Pues bien serviréis la mia.» Dicho esto, esplicó por partes al capellan lo que debia hacer. «Su rostro, dice Antomarchi, estaba enardecido y convulso; yo iba siguiendo con zozobra las novedades que sobrevenian, cuando advirtió en el mio cierto fruncimiento que le desagradó. V. se sobrepone á estas flaquezas, le dijo; pero ¿qué se ha de hacer? no soy filósofo ni médico; creo en Dios y sigo la relijion de mi padre; no es ateista el que quiere.» Luego encarándose con el abate Vignali, Napoleon prosiguió: «Nací en la relijion católica, quiero cumplir con los deberes que impone y recibir los auxilios que proporciona.»

Habiéndose retirado el abate Vignali, el emperador volvió á encararse con Antomarchi afeándole su incredulidad. ¿Cómo podeis, le dijo, estremarla hasta ese punto? ¿Cómo podeis no creer en Dios? Porque en fin todo proclama su existencia, y además los prohombres en talento lo han creido.» Antomarchi respondió que nunca habia puesto en duda esta existencia y que el emperador se habia equivocado acerca de la espresion de sus facciones.» «Sois médico, doctor, replicó Napoleon sonriéndose, y añadió en voz baja: esta clase de jentes se atiene á lo material y jamás creerá en nada.

A pesar de su contínua debilidad, el emperador se halló bastante entonado en los últimos dias de abril para levantarse y sentarse en el estrado, pues su aposento mal ventilado le habia llegado á ser insoportable. En vano las personas que le rodeaban le ofrecieron que le llevarian en brazos: «No, dijo, cuando esté difunto; por ahora basta que me sostengais.» Al dia siguiente, tras malísima noche y á pesar del recrecimiento de la calentura, mandó llamar á Antomarchi y le dió con una serenidad inalterable las instrucciones siguientes:

«Despues de mi muerte, que no puede estar ya distante, quiero que abrais mi cadáver; tambien quiero y exijo que me prometais que ningun medico inglés pondrá sobre mí la mano. No obstante si necesitais indispensablemente de alguno, el doctor Arnolt es el único que os estará concedido emplear. Deseo que saqueis mi corazon, y despues de haberlo

puesto en espíritu de vino, lo llevéis á Parma á mi querida Maria Luisa. Le diréis que la quise entrañablemente y que nunca dejé de amarla; le referiréis cuanto habeis presenciado y tiene relacion con mi situacion y muerte. Os encargo sobre todo que examinéis bien mi estómago y hagais un informe puntual y circunstanciado que entregaréis á mi hijo..... Mis vómitos incesantes me hacen conceptuar que el estómago es el mas enfermo de mis órganos, y aun propendo á opinar que adolezco de la lesion que llevó á mi padre al sepulcro, esto es, de un esquirro en el píloro... Cuando ya no exista, pasaréis á Roma y os veréis con mi madre y mi familia; les diréis todo cuanto habeis observado relativamente á mi situacion, enfermedad y fallecimiento en este desconsolado y aciago peñasco; les diréis que el gran Napoleon feneció en el estado mas lastimoso, careciendo de todo, abandonado á sí mismo y á su gloria; les diréis que al espirar vincula en todas las familias reinantes el horror y oprobio de sus últimos momentos.»

Sin embargo el delirio se junta con la calentura. Aquel alcance soberano que habia aparecido al mundo como un derrame de la intelijencia divina viene á padecer la ley comun de la humanidad. «Steingel, Desaix, Massena, clama Napoleon. ¡Ah! la victoria se decide, id, corred, atropellad las cargas; están en nuestras manos.» Luego salta de la cama, quiere ir al jardin y cae de espaldas en el momento de acudir Antomarchi á recibirle en sus brazos. Vuélvenle á su lecho, siempre delirando, y se empeña en querer dar un paseo por el jardin. Al fin cesa el recrecimiento, amaina la calentura, y el hombre grande recobra su sosiego acostumbrado. «Acordaos le dice al doctor, de lo que os he encargado que hagais cuando deje de existir. Haced esmeradamente el exámen anatómico de mi cuerpo, sobre todo del estómago. Los médicos de Mompeller habian anunciado que el esquirro en el píloro seria hereditario en mi familia... Logre allá mi hijo libertarse de tan cruel dolencia! Le veréis, doctor; apuntadle lo que conviene hacer; le preservaréis de las congojas que me están desgarrando; este último servicio os pido.» Tres horas despues (el 2 de mayo á las doce), la calentura habia recobrado su violencia, y el esclarecido enfermo decia á su médico dando un profundo suspiro. «Muy malo estoy, doctor; siento que voy á morir.» Y apenas habia pronunciado estas palabras, perdió el sentido.....

«Acercábase su fin, dice Antomarchi; íbamos á perderle; todos estremaban sus afanes y atenciones, ansiando darle una última prueba de su cariño. Sus oficiales, Marchand, San Denis y yo nos habiamos reservado esclusivamente para velar; pero Napoleon no podia aguantar la luz; teniamos que levantarle, mudarle y acudir á cuanto su estado requeria en medio de una profunda lobreguez. Aquel afan habia aumentado la fatiga; el gran mariscal y el jeneral Montholon no podian mas; poco mas valia yo que

ellos : cedimos á las encarecidas instancias de los Franceses que habitaban en Longwood, y los asociamos á los melancólicos deberes que estábamos desempeñando. Pieron, Courtot, en una palabra, todos velaron con alguno de nosotros. El anhelo y afan que manifestaban conmovieron al emperador, se los recomendaba á sus oficiales, queria que no se les olvidase. « Y mis pobres Chinos, añadia, que tampoco se les olvide y se les den algunos cientos de francos: preciso es tambien que me despida de ellos. »



El abate Vignali solo aguardaba una palabra del emperador para desempeñar su ministerio; esta palabra salió de la boca del hombre grande el 3 de mayo á las dos de la tarde. La calentura era menos violenta; todos quedamos despedidos, escepto el digno sacerdote; Napoleon recibió el viático.

Una hora despues recreció la calentura; pero el enfermo conservaba aun el uso de sus sentidos. Se aprovechó para recomendar á sus ejecutores testamentarios, Bertrand, Montholon y Marchand, que no permi-

tieran que ningun médico inglés, escepto el doctor Arnolt, se le acercara desde que hubiera perdido todo conocimiento. Despues les dijo: «Voy á morir, vais á regresar á Europa, os debo algunos consejos sobre la conducta que debeis observar. Habeis alternado en mi destierro, y seréis fieles a mi memoria; nada haréis que pueda lastimarla. He sancionado todos los principios; los he infundido en mis leyes y hechos; ni uno solo hay que no esté cabal. Por desgracia las circunstancias eran críticas; tuve que apelar al rigor y dar largas; llegaron los desmanes; no pude aflojar el arco, y la Francia quedó privada de las instituciones liberales que le estaban destinadas. Me juzga con induljencia, me agradece mis intenciones; mi nombre y mis triunfos le son amados; imitadla, sed fieles á las opiniones que defendimos y á la gloria adquirida; fuera de allí no hay mas que vergüenza y sonrojo.»

La noche siguiente, una violenta borrasca estalló sobre Santa Helena, y quedaron arrancados de raiz todos los planteles de Longwood. Tampoco quedó respetado el sauce querido del emperador, cuya sombra le resguardaba del ardor del sol en sus paseos acostumbraos.

En todo el dia siguiente (4 de mayo), continúa la agonía. El 5 al



rayar el dia, su cuerpo anuncia que la vida le abandona ; está yerto. Sin embargo Napoleon respira todavía, pero está delirando y solo pronuncia estas dos palabras : « Cabeza..... Ejército. » Se acerca el trance grandioso ; « la obra inglesa » va á quedar consumada ; la añeja Europa va á estremecerse ; el héroe de la jóven Francia toca al término de su milagrosa carrera ; está próximo á espirar, y Hudson-Lowe está allí acechando su postrer suspiro, ansioso de participar á los aristócratas y á los reyes, cuyas veces se halla desempeñando, que está colmadamente cumplido su encargo, y que la víctima yace.....

Sin embargo un espectáculo doloroso viene todavía á descollar en los últimos momentos del héroe. Madama Bertrand, que á pesar de hallarse enferma ha olvidado sus padecimientos personales para atender á Napoleon moribundo, manda traer á su hija y á sus tres hijos, para que puedan contemplar aun otra vez las facciones del grande hombre. Aquellos niños llegan al punto, se arrojan al lecho del emperador, y asiendo ambas manos, las cubren de besos y lágrimas. El jóven Napoleon Bertrand, traspasado de quebranto, se desmaya y cae. Todos los circunstantes derraman lágrimas ; no se oyen mas que jemidos y sollozos..... Un grande acontecimiento se prepara en el mundo..... A las seis menos once minutos Napoleon ha dejado de existir.

El cuerpo del emperador, despues de háber sufrido la autopsia (1) encargada al doctor Antomarchi, estuvo sentado en su lecho de campaña cubierto con la capa azul que el héroe llevaba en Marengo. Todos los habitantes de la isla acudieron relijiosamente durante dos dias en torno de aquel glorioso catafalco ; y cuando hubieron desaparecido los mortales despojos del grande hombre, lidiaron por cuanto habia tocado ó le habia pertenecido para trocarlo en preciosas reliquias.

Las exequias de Napoleon se celebraron el 8 de mayo. Fué enterrado á una legua de Longwood, y su huesa fué desde el primer dia objeto de veneracion universal. Hudson Lowe, dignísimo instrumento de los enconos que debian atenacear al hijo esclarecido de la revolucion francesa mas allá de la tumba, se ofendió de tantas demostraciones de afecto y colocó al rededor del sepulcro, para impedir que se acercasen, una guardia que anunció seria *perpetua*. A pesar de aquella precaucion, la postrera morada del héroe ha seguido visitándose con frecuencia. La filosofía en nada puede agraviarse de esta peregrinacion, porque está fundada en el amor de la gloria y sirve para perpetuar el culto de los grandes nombres, dando una especie de relijiosa consagracion al asombro y acatamiento que infunde allá de suyo el númen sin distincion de lugares y tiempos.

(1) Antomarchi encontró el estómago en el estado que se habia pensado, segun las indicaciones del enfermo.



Pero Napoleon no puede tener una sepultura provisional en Santa Helena. En uno de sus codicilos, con fecha del 16 de abril de 1821, él mismo señaló el sitio de su túmulo: «DESEO, dijo, QUE MIS CENIZAS DESCANSEN A LA ORILLA DEL SENA Y EN MEDIO DEL PUEBLO FRANCÉS QUE AMÉ CON TANTO ESTREMO.»

Para que este último anhelo del grande hombre se realizara, era preciso que el pueblo francés sacudiera el yugo de los Borbones, y que su gobierno quedara enteramente libre de influjos estranjeros. Cayó la restauracion, cumpliéndose así la profecía de Napoleon, en el tiempo que habia prefijado; y sin embargo aun no está cumplido su anhelo mas entrañable espresado á su última hora. El pueblo francés aguarda siempre su vínculo, los restos de su héroe (1).

(1) A los pocos meses de publicada esta obra en Paris, dispuso el gobierno francés la traslacion de las cenizas de Napoleon a aquella capital, como ya se ha verificado. Esta reparacion, tan justa como deseada, se ha realizado en la capital de la Francia con todo el boato y magnificencia que requeria el caso. Asi que, para completar la presente historia de aquel hombre grande, pasmo

Cuando llegó á Europa la noticia de esta muerte, la descreyó el pueblo. Era tan vehemente el concepto de inmortalidad unida al nombre de Napoleon, que parecia no tener en sí nada perecedero y se conceptuaba su vida como inseparable de su nombradía. Esta incredulidad, que Beranger celebró en los *Recuerdos del pueblo* (1), es un verdadero endiosamiento; diviniza al grande hombre en cuanto cabe que se endiosen los hombres eminentes en nuestro siglo.

de los siglos venideros, darémos á continuacion el Relato de las exequias y funciones con que se han celebrado en Santa Helena, Paris, y pueblos del tránsito aquellas funciones grandiosas. Este suplemento, adornado de preciosas láminas, vendrá á formar una entrega. Así que no dudamos que los SS. Suscritores estarán dispuestos á adornar la obra con este apéndice, y que nos agradecerán el pensamiento. N. de los E.

(1) Por mucho tiempo nadie lo creyó. Beranger.



EXEQUIAS

DE NAPOLEON.

LEY RELATIVA Á LA TRASLACION DE LOS RESTOS MORTALES DEL EMPERADOR.



APOLEON descansará en las riberas del Sena, conforme á su postrera voluntad

Al *Rey Luis Felipe* corresponde el honor de haber restituido á la Francia los despojos mortales del grande hombre que tan esclarecidamente acaudilló á sus destinos.

Este acuerdo se comunicó á la cámara de diputados, en 12 de mayo de 1840, por el ministro del interior, en los términos siguientes:

«Señores, el Rey ha mandado á S. A. R. el principe de Joinville que

pase con su fragata á la isla de Santa Helena para recojer los restos mortales del emperador Napoleon...

«A su regreso, la fragata, con los restos de Napoleon, se presentará á la boca del Sena, desde donde otro buque los conducirá hasta Paris. Se depositarán en los Inválidos con solemne ceremonia y suma pompa relijiosa y militar; por cuyo medio se realzará el sepulcro en que deben quedar para siempre custodiados.

«Con efecto, señores, corresponde á la majestad de semejante recuerdo que tan augusta sepultura no permanezca espuesta en una plaza pública, en medio de una muchedumbre bulliciosa y distraida. Conviene que esté colocada en lugar silencioso y sagrado, donde puedan visitarla con recojimiento cuantos acatan la gloria y el númen, la grandiosidad y el infortunio.

«Él fué emperador y rey; fué lejítimo soberano de nuestro pais. Bajo este concepto pudiera sepultarse en San Dionisio; pero Napoleon no necesita el sepulcro ordinario de los reyes; fuerza es que reine y mande, aun en el recinto donde van á descansar los soldados de la patria, y donde irán siempre á enardecerse los convocados para defenderla. Su espada se depositará sobre su tumba.

«Se echará el resto con los medios del arte para erijir debajo de la cúpula, en medio del templo que la relijion ha consagrado al Dios de los ejércitos, un sepulcro digno, en lo posible, del nombre que en él se ha de esculpir. Este monumento debe ser de hermosura sencilla, de planta grandiosa, y de una traza de solidez inalterable que demuestre estar arrostrando el empuje asolador del tiempo. Napoleon requiere un monumento tan duradero como su memoria.

«El pase que venimos á pedir á las Cámaras tiene por objeto la traslacion á los Inválidos, la ceremonia funeral y la construccion de un sepulcro.

«No dudamos, señores, que la Cámara prohijará con patriótico afan el pensamiento rejio que venimos á espresarle. De hoy mas la Francia, y la Francia sola, será poseedora de cuanto queda de Napoleon; su sepulcro, al par de su nombradía, á nadie pertenecerá ya sino á su pais.

«Y con efecto, la monarquía de 1830 es la única y lejítima heredera de todos los recuerdos con que la Francia se engrie: á esta monarquía, que ha sido la primera en aunar todos los conatos y hermanar todos los anhelos de la revolucion francesa, le corresponde de derecho erijir y condecorar sin zozobra la estatua y la tumba de un héroe popular; pues no hay mas que una cosa, una sola, que ose arrostrar el parangon de la gloria; es la libertad.»

Sabido es el entusiasmo con que estas grandiosas palabras fueron acojidas en toda la Francia. Las Cámaras respondieron dignamente al

noble pensamiento del Rey, votando un avance provisional de un millon de francos.

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE.

Inmediatamente despues que las Cámaras hubieron votado la suma, dispuso el gobierno sin demora los preparativos del viaje.

La construccion del nuevo ataud de Napoleon y del mortuorio imperial que debia cubrirle se encargó á Mr. Baudoin.

Este ataud, cuya estructura sencilla y severa retrata á la memoria la de los sarcófagos antiguos, no tiene ornamento alguno, y solo está coronado de un entablamento con molduras; su lonjitud es de 2 metros 56 centímetros, su anchura de 1 metro 5 centímetros, y su total elevacion de 76 centímetros.

Es de madera de ébano macizo, de un color negro tan igual y de un lustre tan terso y relumbrante que se asemeja al mármol. No hay mas inscripcion que la siguiente, en letras de oro, sobre la plataforma: NAPOLEON. En medio de cada lado del féretro hay embebida una N de bronce dorado, grabada en relieve, dentro de un medallon circular, hay asimismo en los cuatro lados seis armellas de bronce, que jiran sobre su clavo para trasportarle en el acto de la ceremonia. Los ángulos inferiores están realzados con guarniciones de bronce. En la parte anterior del féretro se halla una cerradura, cuya entrada está cubierta con una estrella de oro de quita y pon; la llave de aquella cerradura es de hierro en su parte inferior, y de bronce dorado en la superior, y el anillo representa una N coronada. El sarcófago de ébano contiene un féretro de plomo, sobre el cual están grabadas ramas de laurel y arabescos. En el centro de este marco se lee:

NAPOLEON
EMPERADOR Y REY
MUERTO EN SANTA HELENA
EL V DE MAYO
M DCCC XXI



El paño fúnebre es de terciopelo morado, orlado de armiño. El primer bordado forma arabescos de oro; el superior se compone de palmitas, y los cuatro ángulos presentan medallones del águila imperial. La cifra del emperador está ocho veces repetida en todo el campo del mortuorio, el cual está salpicado de abejas de oro, y cruzado de brocado de plata, rematando en los ángulos con cuatro borlas de oro.

SALIDA DE LA ESPEDICION.

El dia 2 de julio salió de Paris el príncipe de Joinville, y el 6 llegó á Tolon para embarcarse á bordo de la fragata *Belle Poule*, que ya estaba preparada del modo siguiente para su devoto destino ·



En el entrepuente, una capelardente, tendida de terciopelo negro, bordado de plata, con el cenotafio imperial. Este cenotafio, de la planta de los sarcófagos romanos, está pintado de gris, y presenta en sus caras principales dos bajorelieves alegóricos, la Historia y la Justicia; en las otras dos caras, la cruz de la Lejion de Honor y la Relijion; en los ángulos, cuatro águilas, y en la parte superior del fróntis la corona imperial.

El dia 7 de julio, á las siete y media de la tarde, salió de Tolon la fragata *Belle Poule*, acompañada de la corbeta la *Favorite*, al mando de Mr. Guyet.

Están á bordo de la *Belle Poule*, con el príncipe de Joinville, su ayudante de campo, el capitan de navío Mr. Hernoux, su oficial de órdenes, el alférez Mr. Touchard; el conde de Rohan Chabot, comisario del

Rey; el baron de Las Cazes, individuo de la Cámara de diputados; el jeneral Gourgaud, ayudante de campo del rey; el jeneral conde Bertrand, el abate Coquereau, capellan de la espedicion, y los señores Saint-Denis y Noverras, ayudas de cámara, Pierron, repostero, y Archambauld, picador, los cuatro de la antigua servidumbre de Napoleon.

A bordo de la *Favorite* se halla Mr. Marchand, albacea de Napoleon, y es el mismo de quien este dijo. «Los servicios que me ha hecho son los de un amigo.»

REGRESO DE LA ESPEDICION.

Tras el aviso que dió el príncipe de Joinville de haber hecho escala en el Brasil, á principios de setiembre, ninguna otra noticia de la espedicion habia recibido el gobierno, hasta que, por fin, el dia 30 de noviembre se supo que habia aportado en Cherburgo aquel mismo dia, á las cinco de la mañana, habiendo logrado feliz travesía. Al dia siguiente, 1º. de diciembre, recibiéronse los partes siguientes:

PARTE DEL PRÍNCIPE DE JOINVILLE AL MINISTRO DE MARINA.

«*Puerto de Cherburgo*, 30 *de noviembre de* 1840.

«Señor ministro:

«Conforme tuve el honor de anunciároslo, salí de la bahia de Todos Santos el dia 14 de setiembre; seguí bojando la costa del Brasil con vientos del este, que, habiendo refrescado al nordeste y al norte, me facilitaron llegar pronto al meridiano de Santa Helena, sin haber tenido que traspasar el paralelo meridional de 28 grados. Llegado á dicho meridiano, he padecido algun atraso á causa de las calmas y ventolinas; y el dia 8 de octubre eché el ancla en la ensenada de James Town.

«Habia llegado la víspera el bergantin *Orestes*, que el vice almirante de Mackau destacó para mandar á la *Belle Poule* un piloto de la Mancha, y no habiéndome traido dicho buque ninguna instruccion particular, cumplí sin demora las órdenes que ya tenia recibidas.

«Ante todo he cuidado de poner á Mr. de Chabot, comisario del Rey, en relaciones con el jeneral Middlemore, gobernador de la isla, quienes debian disponer, conforme á las respectivas instrucciones, el modo de proceder al desentierro de los restos del Emperador y su traslacion á bordo de la *Belle Poule*. La ejecucion del intento se fijó para el dia 15 de octubre.

«El gobernador quiso tomar á su cargo el desentierro y cuanto se obrase en territorio inglés. Por mi parte dispuse los honores que en los dias 15 y 16 debia hacer la division puesta á mis órdenes. Los buques

franceses del comercio la *Bonne Aimée,* su capitan Gallet, y *l'Indien,* capitan Truquetil, se asociaron solícitos con nosotros.

«El dia 15, á media noche, se dió principio á la operacion en presencia de los comisarios franceses é ingleses, Mr. de Chabot y el capitan Alexander R. E. Este último dirijia las faenas. Quedando á cargo de Mr. Chabot dar al gobierno una relacion circunstanciada de las operaciones que ha presenciado, creo poderme dispensar de entrar en los mismos pormenores, y me ceñiré á manifestar que á las diez de la mañana el féretro ya estaba descubierto en la hoya. Despues de haberlo estraido intacto, procedióse á su abertura, y hallóse el cuerpo en un estado inesperado de conservacion. En aquel momento solemne, profunda y unánime fué la sensacion que produjo la vista de los restos tan reconocidos de aquel que tanto se afanó por las glorias de la Francia.

«A las tres y media, el cañon de los fuertes anunciaba en la rada que el fúnebre acompañamiento emprendia su marcha hácia la ciudad de James Town. Las tropas de la milicia y de la guarnicion precedian el carro, cubierto con el mortuorio, cuyos ángulos sostenian los jenerales Bertrand y Gourgaud, y los Sres. de las Cazes y Marchand, siguiendo confusamente las autoridades y los habitantes. En la bahía, la artillería de la fragata habia contestado á la de los fuertes, y seguia disparando de minuto en minuto: desde la mañana los pabellones estaban á media asta, y todos los buques, tanto franceses como estranjeros, habian tomado parte en estas señales de duelo. En cuanto apareció en el muelle la comitiva, las tropas inglesas formaron calle, y el carro prosiguió pausadamente hácia la playa.

«En el paraje de la orilla del mar, donde terminaban las líneas inglesas, habia yo reunido los oficiales de la division francesa, y vestidos de riguroso luto, con la cabeza descubierta, aguardábamos todos la llega-



da del feretro, el cual se detuvo á veinte pasos de nosotros, adelantóse el jeneral gobernador, y en nombre de su gobierno hizome entrega de los restos del emperador Napoleon.

«En seguida fué trasladado el féretro á la falúa de la fragata, preparada para recibirlo; y allí volvió á ser grave y entrañable la sensacion: principiaba á cumplirse el anhelo del Emperador moribundo; ya descansaban sus cenizas bajo el pabellon nacional.

«Desde aquel instante desapareció toda señal de luto; rindiéronse á los despojos mortales del Emperador los mismos honores que en vida se le tributaran: la falua emprendió á pausas la marcha hácia la fragata en medio de las salvas de los buques empavesados, cuyas tripulaciones estaban formadas en las vergas, y escoltada por los botes de todos los buques.

«El féretro fué recibido á bordo entre dos filas de oficiales sobre las armas, y trasportado al castillo de popa, en una capelardente dispuesto al intento. Conforme á las instrucciones recibidas, hizo los honores una guardia de sesenta hombres, al mando del teniente mas antiguo de la fragata. No obstante lo adelantado de la hora, cantóse el responso, y el cuerpo quedó toda la noche espuesto, velándole el capellan y un oficial.

«El dia 16, á las diez de la mañana, celebróse la solemnidad fúnebre, asistiendo los oficiales y tripulaciones de los buques franceses de guerra y mercantes, y en seguida se bajó el cadáver al entrepuente, donde se habia dispuesto una capelardente para recibirlo.



«Al medio dia todo estaba ya terminado, y la fragata aparejada; pero habiéndose necesitado dos dias para la redaccion de las actas, la *Belle Poule* y la *Favorite* no pudieron ponerse á la vela hasta la madrugada del 18; al mismo tiempo zarpó el *Orestes* para su destino.

«Despues de un viaje cómodo y feliz, acabo de fondear en la ensenada de Cherburgo, á las cinco de la mañana.

«Recibid, almirante, la seguridad de mi atencion

«El capitan de la *Belle Poule*,

«F. de Orleans.»

ACTA DEL DESENTIERRO Y ENTREGA DE LOS RESTOS DE NAPOLEON.

«Los abajo firmados, Felipe-Fernando-Augusto de Rohan-Chabot, caballero de la órden real de la Lejion de Honor, secretario de embajada, comisario, en virtud de poderes recibidos de S. M. el rey de los Franceses, para presidir en nombre de la Francia á la exhumacion y traslacion de los despojos mortales del emperador Napoleon, sepultados en la isla de Santa Helena, y á su entrega por la Inglaterra á la Francia, conforme á las decisiones de ambos gobiernos, por una parte;

«Y Cárlos Corsan Alexander, capitan, comandante del real cuerpo de injenieros de Santa Helena, diputado por su Escelencia el mayor jeneral Middlemore, compañero del Baño, gobernador comandante en jefe de las fuerzas de S. M. Británica en Santa Helena, para presidir en nombre de su Escelencia á dicha operacion, por otra;

«Habiéndonos comunicado con anterioridad los respectivos poderes, y halládolos en debida forma, nos hemos trasladado, hoy dia 15 del presente mes de octubre del año de 1840, al lugar de la sepultura del emperador Napoleon, para presenciar y dirijir personalmente todas las operaciones de su desentierro y traslacion.



«Llegados al valle llamado de Napoleon, hemos hallado el sepulcro bajo la guardia de un destacamento del rejimiento 91°. de infantería inglesa, mandado por el teniente Barney, conforme á las órdenes de su Escelencia el gobernador, con encargo de no dejar arrimarse sino las personas que alguno de nosotros hubiere nombrado para asistir á la ceremonia ó tomar parte en los trabajos.

«En consecuencia, han entrado en el lugar reservado al rededor del sepulcro los sujetos siguientes:

«Por parte de la Francia,

«El señor baron de las Cazes, individuo de la Cámara de diputados, consejero de estado; el señor baron Gourgaud, teniente jeneral, ayudante de campo del Rey; Mr. Marchand, uno de los albaceas del Emperador; el señor conde Bertrand, teniente jeneral, acompañado de su hijo Mr. Arturo Bertrand; el señor abate Felix Coquereau, capellan de la fragata *Belle Poule*, y dos monacillos; los Sres. Saint Denis, Noverras, Archambauld y Pierron, de la antigua servidumbre del Emperador; Mr. Guyet, capitan de corbeta y comandante del bergantin *Orestes;* el señor doctor Guillard, cirujano mayor de la fragata *Belle Poule*, acompañado del señor Leroux, oficial plomista;

«Y por parte de la Inglaterra,

«Su Honor el gobernador juez Guillermo Wilde, individuo del consejo colonial de la isla de Santa Helena; el honorable Hamelin Trelawney, teniente coronel, comandante de la artillería y miembro del consejo; el honorable coronel Hobson, miembro del consejo; M. H. Seale, secretario colonial del gobierno de Santa Helena y teniente coronel de la milicia; M. Edward Littlehales, teniente de la marina real, comandante de la goleta de S. M. Británica *Dolphin*, en representacion de la marina; Mr. Darling, que habia presidido á las dilijencias de la sepultura del Emperador.

«Las personas destinadas á disponer y ejecutar los trabajos fueron admitidas despues.

«Entónces, presentes nosotros y las únicas personas arriba espresadas, se ha comprobado que el sepulcro se hallaba perfectamente intacto, y con el mayor silencio se ha dado principio á la faena entre media noche y la una de la madrugada.

«Primero hemos mandado quitar la verja de hierro que ceñia el sepulcro, juntamente con los fuertes sillares de piedra afianzados con abrazaderas que ceñian aquella; y entónces se ha podido poner mano a la superficie esterior de la tumba, la cual cubria un espacio de 3 metros 49 centímetros (11 piés 6 pulgadas inglesas) de largo, sobre 2 metros 46 centímetros (8 piés 1 pulgada) de ancho, y se componia de tres losas de 15 centímetros (6 pulgadas) de espesor, ajustadas á su canto, tambien de pie-

dra sillar. A la una y media estaba enteramente quitada esta primera cubierta.

«Se ha presentado en seguida una pared rectangular, que, segun hemos podido cerciorarnos despues, formaba las cuatro caras laterales de una hoja de 3 metros 30 centímetros (11 piés) de profundidad, 1 metro 40 centímetros (4 piés 8 pulgadas) de ancho, y 2 metros 40 centímetros (8 piés) de largo. Esta hoya estaba terraplenada hasta la distancia de unos 15 centímetros (6 pulgadas) de la capa de losas ya quitadas. Habiendo escavado en esta hoya y quitado la tierra, hase encontrado á una profundidad de 2 metros 5 centímetros (6 piés 10 pulgadas), una capa horizontal de argamasa romana que se estendia en todo el ámbito comprendido entre las paredes de la hoya, á las cuales estaba totalmente adherida. Quedando completamente descubierta aquella capa á las tres, los infrascritos comisarios hemos bajado á la hoya, y hemos reconocido que estaba perfectamente intacta por todas partes y sin lesion alguna. Rota la mencionada capa de argamasa, nos hemos cerciorado de que cubria otra de 27 centímetros (10 pulgadas) de espesor, compuesta de morrillos ligados entre sí por medio de abrazaderas de hierro, las cuales no han podido quitarse sino con cuatro horas y media de trabajo.

«La estremada dificultad de esta operacion ha inducido al infrascrito comisario inglés á hacer abrir una zanja al lado izquierdo de la hoya, y derribar la pared correspondiente, con el objeto de llegar de este modo hasta el ataud, en caso que la capa superior opusiera demasiada resistencia á los medios que simultáneamente se estaban empleando para romperla. Pero hallándose esta enteramente quitada hácia las ocho de la mañana, se desatendió la faena de la zanja lateral á la profundidad de 1 metro 50 centímetros (5 piés). Inmediatamente debajo de la capa quitada, hemos hallado una fuerte losa de 1 metro 98 centímetros (6 piés 7 ½ pulgadas) de largo, 90 centímetros (3 piés) de ancho, y 12 centímetros (5 pulgadas) de macizo, la cual formaba, como hemos visto despues, la cubierta del sarcófago interior de piedras sillares que contenia el ataud. Esta losa, perfectamente intacta, estaba encajada en un marco de morrillos y argamasa romana perfectamente afianzado á las paredes de la hoya; y habiéndose deshecho con tiento esta última obra, y clavádose dos argollas en la losa, á las nueve y media todo estaba corriente para la abertura del sarcófago. Entónces el doctor Guillard ha purificado la tumba con aspersiones de cloruro, y por disposicion del infrascrito comisario inglés, se ha elevado la losa por medio de una cabria, y depositádose en el canto de la tumba. Luego que ha aparecido el ataud, todos los asistentes se han descubierto, y el abate Coquereau ha echado agua bendita y recitado el *De profundis*.

«En seguida han bajado los comisarios infrascritos á inspeccionar el ataud, y lo han hallado bien conservado, escepto una pequeña porcion

de la parte inferior, la cual, si bien descansaba sobre una gruesa baldosa, colocada sobre piedras sillares, se hallaba levemente alterada. El cirujano ha tomado algunas otras precauciones sanitarias, y luego se mandó un espreso á su Escelencia el gobernador para informarle de los adelantos de la operacion, retirándose el ataud con ganchos y correas, y trasportándolo esmeradamente á una tienda destinada al intento. En aquel momento, el señor capellan ha verificado el depósito del cuerpo conforme á los ritos de la iglesia católica.

« Los comisarios infrascritos han bajado en seguida al sarcófago, y han reconocido que se hallaba en estado de perfecta conservacion, y era enteramente conforme á las descripciones judiciales de la sepultura.

« Sobre las once, el comisario francés infrascrito se habia ya cerciorado de antemano de que su Escelencia el gobernador habia autorizado la apertura de los féretros del Emperador; y conforme á las disposiciones acordadas con antelacion, hemos hecho quitar con sumo tiento el primero, dentro del cual hemos hallado otro de plomo en muy buen estado, y lo hemos mandado colocar dentro del que se habia traido de Francia. Su Escelencia el gobernador, acompañado de su estado mayor, el teniente Middlemore, edecan y secretario militar, y el capitan Barnes, mayor de plaza, ha entrado en la tienda para presenciar la apertura de los féretros interiores. Entónces se ha cortado y levantado con el mayor esmero la parte superior del féretro de plomo, dentro del cual se ha hallado otro féretro de madera, tambien en muy buen estado y en un todo conforme á las descripciones y recuerdos de las personas presentes que habian asistido á la sepultura. Quitóse la tapa del tercer ataud, y se ha presentado una guarnicion de hoja de lata levemente oxidada, y cortada esta y retirada, hase visto un paño de raso blanco; este paño se ha levantado con suma precaucion tan solo por manos del doctor, y ha aparecido el cuerpo entero de Napoleon. Las facciones estaban tan poco alteradas, que al instante se han reconocido. Se ha observado que las varias prendas depositadas en el ataud estaban en la misma posicion en que habian sido colocadas; las manos en particular estaban muy bien conservadas; el uniforme las condecoraciones y el sombrero casi sin alteracion, en una palabra, toda la persona denotaba como si estuviese recien sepultado. El cuerpo tan solo ha quedado espuesto al aire los dos minutos que ha necesitado el cirujano para tomar las disposiciones que tenia prescritas en sus instrucciones particulares con el fin de preservarle de toda alteracion ulterior.

« El féretro de hoja de lata y el primer féretro de madera se han vuelto á cerrar inmediatamente, lo mismo que el de plomo, soldándolo de nuevo con todo esmero bajo la direccion del doctor Mr. Guillard, y engastándolo fuertemente por medio de cuñas dentro del nuevo ataud de plomo remitido de Paris, que tambien se ha soldado herméticamente. Lue-

go se ha cerrado con llave el nuevo ataud de ébano, entregándose aquella al comisario francés infrascrito.

« Entónces el infrascrito comisario inglés ha declarado al comisario francés que hallándose terminadas las faenas de la exhumacion, estaba autorizado por su Escelencia el gobernador para prevenirle que el ataud que contenia, conforme quedaba debidamente comprobado, los restos mortales de Napoleon, se consideraria estar á disposicion del gobierno francés desde el momento en que llegase al sitio de embarque, hácia donde iba á remitirse bajo las órdenes personales de su Escelencia el gobernador.

« El comisario francés infrascrito ha contestado que se hallaba encargado de recibir el ataud en nombre de su gobierno, y que estaba pronto, con todas las personas que componian la comision francesa, á acompañarlo hasta el muelle de James-Town, donde S. A. R. el príncipe de Joinville, comandante superior de la espedicion, estaba en ánimo de presentarse para recibirlo de manos de su Escelencia el gobernador, y conducirlo solemnemente á bordo de la fragata francesa *Belle-Poule*, que debia llevarlo á Francia.

« El ataud se ha colocado en un carro fúnebre, y este cubierto con un manto imperial que el infrascrito comisario francés ha presentado, y á las tres y media de la tarde la comitiva ha emprendido la marcha por el órden siguiente, al mando de su Escelencia el gobernador, que á causa de una indisposicion no habia podido asistir á los trabajos de la noche:

« El rejimiento de milicia de Santa Helena, á las órdenes del teniente coronel Leale;

« El destacamento del rejimiento 91.º de infantería, mandado por el capitan Blackwell, la música de la milicia, el abate M. Coquereau con dos monacillos;

« El carro, conducido por un destacamento de la artillería real, llevando los ángulos del paño fúnebre el teniente jeneral conde Bertrand, el teniente jeneral baron Gourgaud, el baron de Las Cazes, y M. Marchand;

« Los señores Saint-Denis, Noverras, Archambauld, Pierron;

« El infrascrito comisario francés encabezando el duelo, acompañado de los capitanes M. Guyet y M. Charner;

« M. Arturo Bertrand, seguido de Mr. Coursat, de la antigua servidumbre del Emperador; el capitan M. Doret y el doctor M. Guillard;

« Las autoridades civiles, marítimas y militares de la isla, en órden de categoría;

« Su Escelencia el gobernador, acompañado de su honor el gran juez, y del coronel Hobson, miembro del consejo;

« Una compañía de artillería real;

« Los principales habitantes de la isla vestidos de riguroso luto;

« Mientras ha durado la marcha, la artilleria de los fuertes ha seguido disparando de minuto en minuto.

« Llegado á James-Town, desfiló el carro pausadamente entre dos filas de soldados de la guarnicion, que estaban descansando sobre sus armas puestas á la funerala, y se estendian desde la entrada de la ciudad hasta el sitio del embarque.

« A las cinco y media ha llegado la comitiva á la estremidad del muelle, donde S. A. R. el príncipe de Joinville, acompañado de su edecan M. Hernoux, capitan de navio y miembro de la Cámara de diputados, y con los estados mayores de tres buques de guerra franceses, la *Belle-Poule*, *la Favorite* y *el Orestes*, ha recibido de su Escelencia el gobernador el féretro imperial, que inmediatamente se ha embarcado en una lancha dispuesta de antemano para esta ceremonia, y conducido solemnemente, por el príncipe á bordo de la *Belle-Poule* con todos los honores debidos á los soberanos.

« En testimonio de lo cual, los comisarios arriba nombrados hemos estendido la presente acta y selládola con nuestras armas.

« Fecho por duplicado entre nosotros, en Santa Helena, á 15 del mes de octubre del año del Señor 1840.

« L. S: Rohan Chabot. L. S: Alexander.

« Revalidado · Middlemore »

Acta del cirujano mayor de la fragata Belle-Poule.

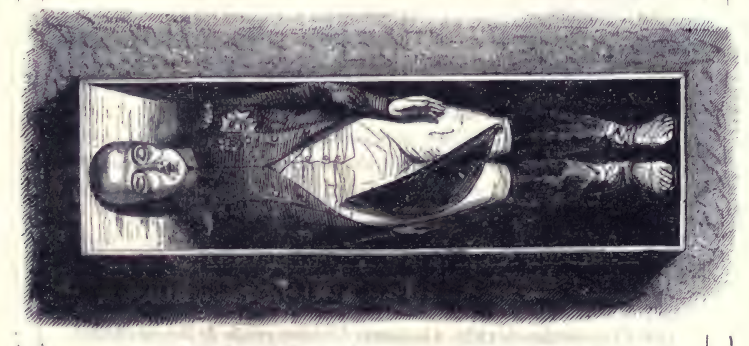
« El infrascrito Guillard (Remi-Julien), doctor en medicina, cirujano mayor de la fragata *Belle-Poule*, habiéndome trasladado en la noche del 14 al 15 de octubre de 1840, á instancia del señor conde de Rohan-Chabot, comisario del Rey, al valle del sepulcro, isla de Santa Helena, para asistir al desentierro de los restos del emperador Napoleon, he formado de ello la presente acta:

« Ninguna precaucion sanitaria se ha tomado durante la primera faena, por no haber salido exhalacion alguna mefítica de las tierras que se sacaban ni de la hoya que se abria.

« Abierta esta, he bajado á ella, en cuyo fondo estaba el féretro del emperador sobre una gran baldosa, colocada esta en largueros de piedra. Las tablas de caoba que lo componian conservaban aun el color y la dureza, escepto las del fondo, guarnecidas de terciopelo, que ofrecian alguna alteracion en su haz. No se veia enderredor cuerpo alguno sólido ni liquido. Por lo tocante á las paredes de la hoya, no presentaban el mas leve menoscabo, pero si de trecho en trecho algunas señales de humedad.

« Habiéndome encargado el comisario del Rey abrir los féretros, he

tenido que sujetarlos primero á algunas disposicionés sanitarias, y luego he procedido á su abertura. La caja esterior estaba cerrada con largos tornillos, y ha sido preciso cortarlos para quitar la tapa; habia debajo una caja de plomo, cerrada por todas partes, que contenia otra caja de caoba perfectamente intacta, y por fin seguia otra caja de hoja de lata, cuya tapa estaba soldada sobre los lados vueltos hácia dentro. Se ha cortado con todo tiento la soldadura y quitado la tapa con precaucion; entónces he visto un tejido blanquecino que ocultaba el interior del féretro y privaba la vista del cuerpo: era de raso acolchado, y formaba una guarnicion en el interior de dicha caja. Lo he levantado por un estremo, y arrollándolo de los piés á la cabeza, he patentizado el cuerpo de Napoleon, que al instante he reconocido, por estar muy bien conservado y tener su cabeza toda la espresion que le era peculiar.



«Un viso blanco, que parecia salido de la guarnicion, cubria cual lijera gasa todo el contenido del féretro: veíase principalmente pegado al cráneo y la frente, que estaban mas agarrados al raso, y un tanto en la parte inferior del rostro, las manos y los dedos de los piés. El cuerpo del Emperador tenia una posicion natural, la misma que se le habia dado al colocarlo en el ataud: los miembros superiores estaban tendidos, el antebrazo y la mano izquierda descansando sobre el muslo respectivo, los miembros inferiores un tanto encojidos, la cabeza algo levantada sobre una almohada; el cráneo abultado, y la frente, ancha y combada, se presentaban cubiertos de telillas pajizas duras y muy pegadas, y lo mismo aparecia el contorno de las cuencas, cuyo canto superior estaba poblado de cejas; debajo de los párpados sobresalian los globos oculares, que casi conservaban el volúmen y la forma natural; dichos párpados estaban completamente cerrados y adheridos á las partes subyacentes, presentán-

dose duros á la presion de los dedos y teniendo todavía algunas pestañas en el cerco libre: los huesos que corresponden á la nariz y los tegumentos que los cubren estaban bien conservados, habiéndose alterado solamente el tubo y las alas: las mejillas estaban hinchadas, notándose que los tegumentos de aquella parte del rostro eran muy blandos y suaves al tacto y de color blanco; los de la barba eran algun tanto azulados, cuyo color tomaban del pelo que parecia haber crecido despues de la muerte; en cuanto á la propia barba, no ofrecia alteracion alguna, y aun conservaba el tipo peculiar á la figura de Napoleon; los labios estaban adelgazados y algo separados, viéndose debajo del superior, á la izquierda, tres dientes incisivos de suma blancura; las manos nada dejaban que desear, pues no tenian la mas leve alteracion, y si bien las articulaciones habian perdido el movimiento, la piel habia conservado al parecer el color propio tan solo de lo que tiene vida, y los dedos tenian uñas largas, adherentes y muy blancas; las piernas estaban metidas dentro de las botas, pero habiéndose roto los hilos, quedaban al descubierto los cuatro últimos dedos de cada pié, cuya piel era de color blanco apagado y patentes las uñas; la rejion anterior del estómago estaba muy sumida en su parte media, y las ternillas del vientre duras y hundidas; los miembros habian conservado al parecer su forma natural debajo de los vestidos, y habiendo apretado el brazo izquierdo, lo hallé duro y menguado en volúmen. En cuanto á los vestidos, presentábanse con los colores que les eran propios, reconociéndose perfectamente el uniforme de cazadores de á caballo de la antigua guardia en la casaca de color verde oscuro y en las vueltas de grana; sobre el chaleco se veia abultado el gran cordon de la Lejion de Honor, y los calzones blancos estaban cubiertos en parte por el sombrerillo que estaba sobre los muslos; las charreteras, la placa y las dos condecoraciones del pecho habian perdido su brillo, y estaban denigradas, conservando tan solo la brillantez la corona de oro de la cruz de oficial de la Lejion de Honor. Entre las piernas habia unos vasos de plata, y uno de ellos que estaba entre las rodillas, coronado de una águila, lo hallé intacto y cerrado; mas como mediaban adherencias bastante recias entre estos vasos y las partes inmediatas que los cubrian algun tanto, el señor comisario del Rey no ha creido deber tocarlos de donde estaban para examinarlos de mas cerca.

« Estos son los únicos pormenores relativamente á los restos mortales del emperador Napoleon que me haya permitido rejistrar un escrutinio que solo ha durado dos minutos; mas, aunque incompletos, son suficientes para comprobar un estado de conservacion mas perfecto que no tenia fundamento para esperar, atendidas las circunstancias conocidas de la autopsia y del encierro. No es este el sitio de examinar las muchísimas causas que pueden haberse opuesto hasta tal punto á la descomposicion de

los tejidos; pero no hay duda en que la estremada solidez de la obra del sepulcro y el esmero con que fabricaron y soldaron los féretros metálicos, han contribuido poderosamente á producir aquel resultado. De todos modos he conceptuado del caso el evitar que estos restos estuviesen en contacto con el aire, y convencido de que el mejor medio de asegurar su conservacion era preservarlos de su cebo destructor, he accedido gustoso á la propuesta del señor comisario del Rey que instaba se volviesen á cerrar los féretros.

«He vuelto á colocar como estaba el raso acolchado, despues de haberlo bañado levemente con un conservativo; he mandado cerrar herméticamente las cajas de madera, y soldar con sumo esmero las de metal.

«Hoy dia los restos del emperador Napoleon están dentro de seis ataudes, á saber:

«1.º Uno de hoja de lata;—2.º uno de caoba;—3.º uno de plomo;—4.º otro de plomo, separado del anterior con serrin y cuñas de madera;—5.º uno de ébano; 6.º uno de roble para resguardar al de ébano.

«Fecho en la isla de Santa Helena, á 15 del mes de octubre de 1840.

«Remi Guillard, doctor en medicina.

«El comisario del rey,

«Ph. de Rohan Chabot.»

Las relaciones que acabamos de citar venian acompañadas de cartas particulares, de las que estractamos los siguientes pormenores:

En la popa de la fragata, y en el lugar del timon, se habia erijido un altar y una capelardente, donde el dia 17 se celebró el oficio divino en presencia de las tripulaciones de los tres buques franceses; y mientras duraron estas ceremonias, mantuvieron los pabellones á media asta, y las vergas embicadas, tirando la artillería por turno de una trícula un disparo cada minuto.

A lo alto del palo mayor de la fragata tremolaba un pabellon de seda cubierto de crespon negro, regalado por las damas de la ciudad de James-Town.

Despues de las ceremonias, bajóse el cuerpo á la capilla funeral del entrepuente, que ya llevamos descrita.

Salida de Santa-Helena y travesía.

A las ocho de la madrugada del domingo 18, la espedicion se hizo á la vela para Francia; de modo que Napoleon salió de Santa Helena el mismo dia en que cumplia veinte y cinco años que habia llegado á aquel destierro (15 de octubre de 1815).

Entre otros recuerdos históricos que el príncipe de Joinville ha mandado embarcar, se hallan las baldosas que cubrian el sepulcro.

En los primeros cinco dias de navegacion, ningun incidente notable ofreció la travesía; mas el sábado 31 de octubre, supiéronse por el buque de comercio *el Hamburgo*, procedente del puerto de este nombre, los primeros rumores de un rompimiento probable entre Francia é Inglaterra.

El lúnes 2 de noviembre, esta noticia fué confirmada por el buque holandés *Egmont*, que dió pormenores circunstanciados sobre los negocios de Europa hasta el 3 de octubre.

El príncipe de Joinville convocó al punto los oficiales de ambos buques á bordo de *la Belle-Poule*, para deliberar acerca de un suceso no menos trascendental que imprevisto.

Aquel consejo de guerra fué de dictámen que era preciso disponerse á todo trance para una defensa bizarra, y tratóse en consecuencia de colocar en batería todos los cañones que la fragata podia oponer al enemigo. Demoliéronse las cámaras provisionales que se habian planteado en la batería, y tanto los tabiques como todos los muebles elegantes que adornaban dichas cámaras, fueron arrojados al mar. El príncipe de Joinville dió el ejemplo empezando por lo que le pertenecia, y pronto tuvo en batería la fragata seis ú ocho bocas de fuego mas.

La parte de bordo donde estuvieron las cámaras tomó al instante el nombre de *Lacedemonia*, y allí se vió desterrado el lujo y sustituido por lo útil.

Por lo demás, todas las personas que bajo cualquier concepto han formado parte de la espedicion de Santa Helena dicen unánimemente que



el príncipe de Joinville ha desempeñado dignamente la grande y honrosa comision que se le habia encargado. Todos afirman que el caudillo de la espedicion ha hecho en Santa Helena, no solamente lo que como Francés debia hacer á fin de que la memoria del Emperador quedase encarecida del modo mejor que merecia, sino que además ha desempeñado su encargo con el solemne acatamiento y el devoto y circunspecto señorío que el mismo hijo del Emperador hubiera podido mostrar en semejante caso. Comprendió, en calidad de comandante, que debia evitar por todos los medios posibles que el féretro del emperador cayese en poder del estranjero, y resuelto á echar á pique su nave antes que abandonar su precioso depósito, supo infundir en el alma de cuantos le estaban cercando la briosa resolucion que contra tan apurada continjencia él habia tomado.

Despues de estos preparativos, *la Belle-Poule* se separó de *la Favorite*, porque le rezagaba el andar, y prosiguió su derrotero hácia Francia, esmerándose mas y mas en las cautelas indispensables en tiempo de guerra; pues en los veinte y ocho dias que aun duró el viaje, no descubrió buque alguno bastante próximo para echarle la bocina y adquirir noticias.

A las seis de le tarde del domingo 29, se divisaron desde la fragata los fuegos del puerto y las luces de la ciudad de Cherburgo. Pronto se conoció, no viendo crucero alguno inglés y notando la seguridad que afuera reinaba, que no se habia alterado la paz, y que habian sido infructuosos todos los preparativos de guerra que se habian practicado.

El domingo 30, el paquete de vapor *la Normandía* salió á recibir *la Belle-Poule*, por si habia necesidad de remolcarla; pero habiendo refrescado la brisa, llegó á la ensenada la fragata sin necesidad de ayuda, y á las cinco y diez minutos de la mañana, despues de cuarenta y dos dias de travesía desde Santa Helena, entraba en la gran concha del puerto, saludándola toda la artillería de las murallas, á la que de lejos contestaban el fuerte Real, el fuerte Homet y el de Querque Ville.

Traslacion de Cherburgo á Courbevoie.

Habiendo sido señalado el dia 15 de diciembre para la entrada de Napoleon en Paris, esmeróse el gobierno en dar órdenes terminantes á fin de acelerar los preparativos para tan grandiosa ceremonia.

Las autoridades y poblaciones de los departamentos por donde habia de pasar la comitiva coadyuvaron por su parte con entusiasmo á honrar dignamente el paso de los restos del inmortal desterrado. Algunos dias antes de la llegada de *la Belle-Poule*, habíanse trasladado á Cherburgo tres barcos de vapor, *la Normandía*, *el Veloce* y *el Courrier*, que componian la escuadrilla destinada para la primera travesía; y en cuanto apareció aquella, situáronse en órden circular en derredor suyo, como para formarle una guardia de honor.

El mártes 8 de diciembre, dia señalado para la marcha, celebróse la misa a bordo de la fragata en presencia de todas las autoridades civiles y militares, y terminados los oficios, el féretro del Emperador se sacó de la capelardente y se bajó á bordo de *la Normandia*. Al mismo instante todos los cañones de los fuertes y del apostadero saludaron con una salva de *mil* cañonazos el tránsito del cuerpo, el cual fué colocado inmediatamente debajo de un catafalco erijido en medio del castillo de popa, en el lugar de la claraboya. Este catafalco se componia de una cúpula plana sostenida por doce colunas, y estaba colgado de terciopelo con franjas de plata, coronado de trípodes y rodeado de lámparas encendidas; habia á la cabeza una cruz dorada, y á los piés una lámpara tambien dorada; en la parte posterior habia un altar enlutado, con una águila de plata á cada angulo.

Terminado el trasbordo, pasaron á bordo de *la Normandia* el principe de Joinville, la comision de Santa Helena y los oficiales de *la Belle-Poule*. Cuatrocientos marineros selectos de aquella fragata pasaron á tripular los tres vapores, esto es: cien hombres á *la Normandia*, con la música de la fragata; otros ciento *al Courrier*, y doscientos *al Veloce*. Tomadas por fin todas las disposiciones y dada la señal de aparejar, adelantóse el correjidor de Cherburgo hácia el catafalco, y depositó sobre el féretro una rama de laurel de oro en nombre de la ciudad. Luego se retiraron todos los convidados, y la comitiva emprendió la marcha á mediodia, habiendo á poco pasado el canalizo del Este y doblado el fuerte Real, al estruendo de *mil* cañonazos disparados simultáneamente de todas las baterias de los fuertes y del muelle.

La escuadrilla avanzó velozmente hácia el levante en la Mancha, sin enmararse ni perder de vista la costa de Francia; de modo que en ningun tiempo se ostentó tamaña perspectiva: no dirian sino que *Napoleon*, al regresar á su imperio, pasaba una gran revista á todos los habitantes de la antigua Normandia. Aqui los pescadores de la Hougue, los de las islas Saint-Marcon y de las peñas del Calvados; allá los hortelanos de Isigny que habian bajado hasta el embocadero del Vire; acullá los ciudadanos de Caen apostados en las riberas inferiores del Orne; y en el último término, los habitantes de Dyve, Touques y Trouville, casi pegados á las puertas del Havre, aunque á la orilla opuesta de la bahia.

Parecia que se deslizaban todos á la par con las aguas para aproximarse á las escolleras de la playa y ver de mas cerca la escuadrilla imperial. A su tránsito levantaban las manos y sombreros en señal de aclamacion, y aun mucho despues de haber desaparecido entre las nieblas de la tarde, seguianla todavía con la voz y el ademan.

Al salir de Cherburgo, el tiempo estaba borrascoso, y hacia temer una travesia afanada y trabajosa; pero al ir mareando, abonanzaron las

ráfagas, amainaron las olas, y al anochecer se encumbró despejada la luna, como para alumbrar con su resplandor trémulo la marcha de la fúnebre comitiva.

A las nueve y media de la noche, avistó la espedicion los muelles del Havre, pero no hizo mas que darse á reconocer, y volvió á tomar viento hácia el cabo de la Heve, donde pasó la noche.

A la víspera, el prefecto habia dirijido la siguiente proclama á los habitantes del Sena Inferior:

« *El departamento del Sena Inferior será el primero en el tránsito de la fúnebre comitiva que, bajo la direccion de S. A. R. el príncipe de Joinville, se encamina á la capital del reino, donde se celebrarán solemnidades memorables, en medio de las grandes corporaciones del estado, de los hombres mas esclarecidos del dia, y de las preciosidades de todas las artes.*

« *Ningun suceso se ofrece tal vez en la historia con los rasgos de grandiosidad que acompaña la traslacion inesperada de los restos mortales del emperador NAPOLEON.*

« *Cuando el bajel que lleva esas cenizas venerandas vaya pausadamente avanzando por el rio, vosotros lo recibiréis con el recojimiento relijioso y las sensaciones entrañables que nacen siempre al recordar las desventuras de la patria, sus triunfos y su gloria.*

« *Vosotros tributaréis al grande hombre los últimos honores, con el sosiego y señorío que corresponde á unas poblaciones que estuvieron disfrutando su poderío amparador y su particular benevolencia.* »

A las cinco de la madrugada del viernes dia 9, ya las cajas tocaban llamada en las calles del Havre, y la guardia nacional acudia á las armas. Ya la de Montivillers estaba formada en batalla en la plaza de Provenza;



aquellos dignos y zelosos patriotas marcharon toda la noche, no obstante el mal estado de los caminos, para no malograr la coyuntura que se les rodeaba de tributar los debidos obsequios á los restos del hombre grande. La crecida y revuelta poblacion de la ciudad, los viajeros, los marinos, procedentes de los varios ángulos de la tierra, agolpábanse al frente de los baños y en los muelles, cual inmensa diputacion de todos los pueblos civilizados, que en nombre de la Europa arrepentida venian á tributar el primer desagravio debido á los manes del hombre del siglo.

Estuvieron largo rato tendiendo sus miradas mas allá del *Veloce*, surto en la bahía, y calando la neblina del horizonte, en busca de los palos empavesados que habian de anunciar la presencia del fluctuante cenotafio; mas no apareció en alta mar hasta las seis y media.

Los primeros albores del dia que empezaban á disipar las tinieblas dejaban divisar todos los buques de la comitiva; al frente marchaba la *Normandía* ostentando los matices nacionales, el pabellon real en el palo mayor, y todas las demás banderas hizadas; venia en seguida *la Seine*, que habia salido del puerto para ir á recibir la espedicion, luego *el Veloce* y *el Courrier*, que cerraban la comitiva.

Sobre las siete llegó la escuadrilla hasta las cercanías de la torre, y maniobró para pasar á corta distancia de los muelles.

La Normandía se presentaba entónces terciada á la tierra, pero al llegar á dos cables del muelle, orzó un poco sobre estribor para encararse al rio Sena; el cuadro que en aquel trance vino á ofrecer renovó en todos los corazones los varios impulsos que no podian menos de infundir, tanto el acto solemne que se estaba realzando, como los recuerdos inmortales que reproducia.

En el alcázar y en medio de cuatro lámparas ardientes cuyo resplandor se hermanaba con los asomos del alba y los postrimeros reflejos de la luna, aparecia el reducido ataud que encierra el hombre mas grande que haya producido la Francia. Las olas fueron llevando pausadamente la nave gloriosa lejos de la muchedumbre absorta, y el recojimiento jeneral solo se interrumpió con el estruendo del primer cañonazo que anunciaba la entrada de los restos mortales del *Emperador* en un rio francés, entre las mismas riberas del Sena que él escojiera para su sepultura.

En el mismo instante, ó por mejor decir, á la señal que dió la artilleria, salió el sol terso y centellante por encima de las lomas que forman el cauce del rio, y sus rayos dorados, al caer sobre la capelardente, reflejaban destellos á millares. Apareció entónces el féretro como circundado de una atmósfera luminosa, de la cual se desprendian radiantes los reflejos de la corona de oro depositada sobre el paño funeral. No es un prestijio, sino una realidad: Napoleon regresaba á Francia ceñido de un cerco de luz; el sol de Austerlitz estaba saludando al héroe en su entrada.

Al paso que el impulso del vapor arrollaba el fúnebre acompañamiento por la corriente del Sena, iban coronándose las riberas de innumerable jentío, cuya estension se hacia casi imperceptible con la distancia, y cuya presencia solo se notaba en los disparos de fusil que, como señal de honor, hacian algunos labradores ancianos, constituyéndose nuevamente soldados para presentar las armas á la sombra de su jeneral.

De las cimas de las colinas, del fondo de los valles, de lo mas remoto que podia divisarse la *Normandía*, salian señales de toda especie que anunciaban la presencia de cuadrillas de ciudadanos, satisfechos de haber podido percibir el féretro del héroe popular.

En Quillebœuf, donde debia arrimarse á la tierra el acompañamiento, habia preparado todo un triunfo; halláronse reunidos como por ensalmo en el muelle de aquel pueblo los guardias nacionales de Pont-Audemer, Saint-Aubin, Sainte-Opportune y demás lugares circunvecinos, aun de las poblaciones mas lejanas de la baja Normandía hasta Granville; en la playa opuesta divisábanse, á pesar de la distancia, los ciudadanos de Lillebonne, puestos sobre las armas, que guarnecian la ribera, siendo tal su vehemencia, que hallándose separados de la comitiva por toda la anchura del Sena, metianse en el agua hasta muy adentro para verla mas de cerca.

Al desfilar el acompañamiento junto al muelle de Quillebœuf, fué saludado con fuegos de peloton y repetidas salvas de artillería; arriáronse las banderas, las tropas hicieron el saludo militar, y los buques, empavesados de luto, humillaron sus pabellones con gritos de entusiasmo.

Siguió el acompañamiento su viaje triunfal de dia, y de noche surjió la escuadrilla de vapores en el Val de la Haya, tres leguas mas abajo de Ruan.

Al dia siguiente, por la mañana, se presentó la armadilla del Alto Sena, que habia salido la víspera de Ruan para relevar la *Normandía* y la *Seine*.

A las nueve y media de la mañana, se efectuó el trueque, y el féretro fué trasbordado á la *Dorade* númº. 3, y colocado debajo de un catafalco tendido de terciopelo morado, coronado de cuarenta banderas tricolores, y orlado de guirnaldas de encina y ciprés. Estaba construido el catafalco en la proa del barco, y cubierto de un dosel de terciopelo negro, sostenido con entorchados y borlas de plata, flotando en su cimero varios plumeros tambien negros.

Entraron en la nueva escuadrilla el príncipe de Joinville y todas las personas de la espedicion, y emprendió inmediatamente la marcha en el órden siguiente: al frente, el vapor la *Parisienne*, llevando á bordo los inspectores de la navegacion; despues el *Zampa*, con la música del príncipe; la *Dorade* númº. 3, capitan Garay, teniendo á bordo *los*

restos mortales del Emperador, el principe de Joinville, y la 1ª. compañia de la *Belle-Poule* para guardia de honor; y la *Estrella* núm. 2, con el comisario del Rey, Mr. de Rohan Chabot, el gran mariscal de palacio, conde *Beltrand*, el jeneral baron *Gourgaud* y la servidumbre del *Emperador*.

En la *Estrella* núm. 4 iba embarcada la 2ª. compañia de la *Belle Poule*; en la *Estrella* núm. 1, la 3ª. compañia de la misma; en la *Dorade* num. 2, capitan Pagés, la 4ª. compañia de la *Favorite*, y á bordo de la *Dorade* núm°. 1 y del *Montereau* iban los demás asistentes.

Avanzaban todos estos vapores á distancia de tres esloras uno de otro, con buen tiempo, aunque algo frio y nubloso.

A las once y tres cuartos la escuadrilla estaba entrando en Ruan.

Habianse hecho grandes preparativos para recibirla: el arco de enmedio del puente colgante formaba un arco triunfal grandisimo, y el puente y sus avenidas estaban esclusivamente guarnecidos por antiguos oficiales lejionarios heridos y soldados del Imperio; en ambas orillas del rio y en el puente de Orleans se habian erijido trofeos y pirámides de terciopelo morado, bordado de abejas, con los nombres de las victorias mas esclarecidas del *Emperador*. Los monumentos públicos, todos los buques del puerto y un sinnúmero de casas particulares, habian arbolado la bandera nacional; en la magnifica aguja de la catedral se veia tremolar un oriflama rodeado de banderas. A las diez, el cardenal arzobispo de Ruan se trasladó con todo el clero en procesion al muelle de Saint Sever, desde donde pronunció los rezos de la relijion al momento de pasar el ataud. A la misma hora vino el ayuntamiento á reunirse con las demás autoridades. Los guardias nacionales de Ruan, asombrosamen-



te uniformados, los de las poblaciones circunvecinas, las tropas de la guarnicion y un jentío inmenso, coronaban los muelles de ambas orillas del rio, estremeciendo los aires con la voz, mil veces repetida, *¡viva el Emperador!* La artillería de la guardia nacional, que coronaba las alturas de Sainte Catherine, y los buques del puerto, dispararon cañonazos de minuto en minuto, hasta la conclusion de la fúnebre ceremonia; y respondió sin interrupcion á ellos la artillería de la *Dorade* númº. 3, que llevaba los restos mortales del *Emperador*.

Al llegar la escuadrilla á Ruan, la *Parisienne* y el *Zampa* se colocaron mas allá del puente de piedra; el vapor que contenia el catafalco permaneció solo entre ambos puentes, y lo restante del séquito se mantuvo encarado con el puente colgante.

Despues del responso, que entonó el cardenal arzobispo, asistido de mas de doscientos curas, una salva de *cien* cañonazos anunció que en lo sucesivo la ceremonia tomaba un carácter triunfal. Se echaron las campanas al vuelo; desaparecieron todas las señales de luto, las tropas presentaron las armas, los tambores batieron marcha, y las músicas militares ejecutaron tocatas de victoria. Anuncióse la marcha con otra salva de cien cañonazos, y la armadilla se puso en movimiento; al pasar el vapor que llevaba el féretro imperial por debajo del arco de triunfo, los veteranos, que estaban formados en el puente, echaron unas coronas de siemprevivas y ramas de laurel que tenian dispuestas.

Nunca se habia visto en Ruan una concurrencia tan grandiosa; todas las poblaciones circunvecinas, todos los guardias nacionales, campesinos á medio organizar, confundian sus moles cerradas con un clero numeroso, que sobresalia á todos en acaloramiento, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian para ostentarse. Jamás habia presenciado la capital de la Normandía semejante solemnidad; jamás héroe alguno nacional fuera tan universalmente vitoreado.

Elbœuf, por donde pasó la escuadrilla á la mitad del dia, se aventajó, si cabe, á Ruan en entusiasmo: aquel pueblo de fabricantes, hombres y mujeres, no tenia mas que una voz para honrar á *Napoleon*. Veíanse veteranos del Imperio, vestidos de gran uniforme, revueltos con la guardia nacional, y todos blandian sus armas y banderas, derramando lágrimas de enternecimiento.

A las cinco de la tarde del mismo dia, la imperial comitiva pasaba por Pont-de-l'Arche, donde la esperaban los guardias nacionales de Louviers y de las parroquias circunvecinas, é hizo descanso media legua mas arriba de aquella ciudad.

El dia 11, por la madrugada, volvió á ponerse en movimiento la escuadrilla; pero en virtud de las nuevas órdenes que habia recibido, marchaba con tal velocidad, que en muchos parajes no pudieron tener cabi-

da las ovaciones que se habian preparado. Al anochecer ya se hallaba mas allá de la ciudad de Vernon, y en vez de hacer allí el descanso ofrecido, fué á ponerse en facha delante de La Roche-Guyon.

A las diez de la mañana del dia 12, atravesaba Mantes, donde tuvieron lugar de recibirla el sub-prefecto, el correjidor, el ayuntamiento, el clero y la guardia nacional, que presentó las armas é hizo fuegos de peloton. En la misma tarde ancló delante del puente de Poissy.

No bien se supo en Paris aquella llegada, cuando viéronse juntar á la jente ribereña redobladas columnas de habitantes de la capital. Las oficinas del camino de hierro de Saint-Germain se vieron materialmente sitiadas, y sin embargo de esto no dejaron de llenarse de peones y carruajes de toda especie, desde la modesta tapicera hasta los coches de librea, los caminos de Saint-Denis, Clichy, Asnieres y Courbevoie.

En Poissy se celebró la misa el dia 13 por la madrugada, al raso, a bordo del vapor que llevaba el ataud; la guardia nacional y la tropa de línea estaban sobre las armas, y en muchos puntos las mujeres, los niños y hasta algunos hombres se arrodillaban al pasar el vapor con el símbolo sagrado de la cruz. Durante toda la travesía, el príncipe de Joinville se mantuvo de pié detrás del ataud, y delante de él el jeneral Bertrand, el jeneral Gourgaud, y Mr. Marchand, ayudante de cámara del Emperador: este último llevaba el uniforme de oficial de la 2ª. lejion de la guardia nacional de Paris.

El príncipe de Joinville, con el fin de dar á la *Dorade* núm. 3 que llevaba el ataud, toda la circunspeccion que semejante solemnidad requeria, mandó quitar todos los adornos del alcázar; y como el barco estaba pintado de negro, no habia mas que un objeto que llamase la atencion y el respeto, el *féretro imperial* rodeado de algunos cirios, cubierto con el manto imperial y coronado de un haz de banderas.

Mientras tanto salian de Paris otros tres vapores para recibir el acompañamiento imperial, y en uno de ellos venia la música de la escuela militar que habia de tocar marchas fúnebres en el tránsito; los otros dos remolcaban una lancha-catafalco, construida á propósito para esta ceremonia. Habia en esta lancha un templo funeral de ensambladura bronceada y adornada de ropages; la techumbre era toda de raso blanco con bordados de oro; el tapiz, de terciopelo, estaba salpicado de abejas de oro, que daban realce á su color morado; y finalmente, la entrada del templo estaba adornada con cuatro cariátides doradas.

Además habia en la decoracion de aquella lancha:

A la espalda un trofeo de banderas en que estaban rasgueados los nombres de las mas esplendorosas victorias de Napoleon;

En los costados, grandiosas guirnaldas de siempre-vivas y laureles entretejidos por toda la lonjitud;

En derredor, unos trípodes de forma antigua, destinados á quemar incienso y perfumes;

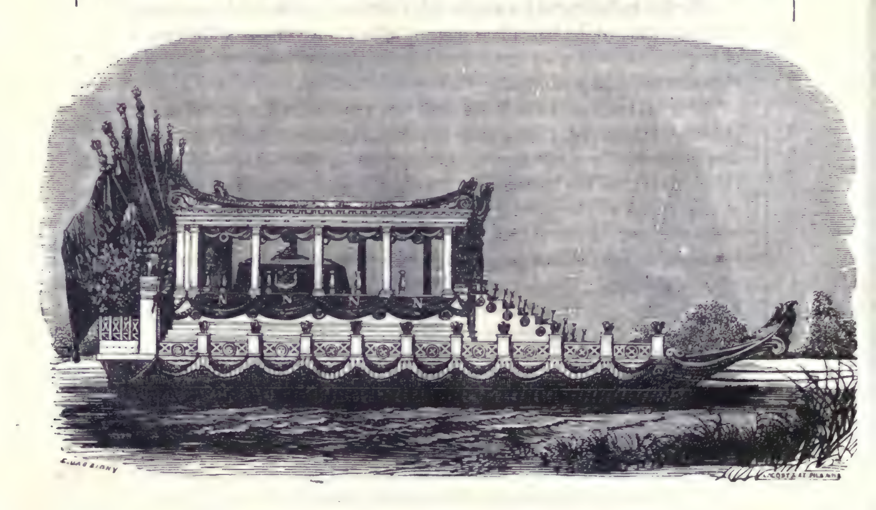
Y finalmente, en la delantera del barco una inmensa águila de oro, que al parecer estaba conduciendo en triunfo á su amo esclarecido.

Esta lancha-catafalco, que hubiera sido uno de los ornatos mas hermosos de la ceremonia, no pudo desempeñar el intento que ansiaban los directores de la fiesta, porque, no obstante la potencia de los vapores que la remolcaban, llevaba una marcha tan lenta y pesada, que fué preciso dejarla delante de Argenteuil.

Al regreso no tuvo á cordura el príncipe de Joinville arriesgar su precioso depósito en una embarcacion que al parecer ofrecia tan poca seguridad, y se ciñó á mandar que la lancha-catafalco formase parte del acompañamiento como uno de los adornos descollantes de la ceremonia.

El dia 14, por la mañana, salió la escuadrilla de Maisons á las 10, y llegó al puente de Pecq (mas abajo del terrado de Saint Germain); componíase de diez vapores. Los guardias nacionales de las parroquias inmediatas le hicieron los honores militares; y una grandiosa orquesta, formada de músicos de varios rejimientos, ejecutaba fúnebres sinfonías, intermediadas cada cinco minutos con salvas de artillería.

A las doce y media llegó la armadilla á Chatou, donde se le hicieron los mismos honores que en Pecq. Partió á la una, y á las dos y media dió vista á San Dionisio. Los guardias nacionales de Espinay, Pierrefitte, Stains y otros pueblos circunvecinos se hallaban en el puesto, ya des-



de muy temprano, con sus banderas, tambores y música, presentándose en galan y cabal estado. Su línea de batalla se estendia desde el puerto de la isla de San Dionisio hasta la aldea de La Briche. A la izquierda del puente, por la parte de Saint-Ouen formaban los batallones del 53°. y del 67°. de línea. En frente de la isla de San-Dionisio se habia levantado una tienda para las autoridades civiles y militares y para el clero.

A la una y media, Mr. Luciano Mechin, subprefecto del distrito; Mr. Brisson, correjidor de la ciudad; los miembros del consejo municipal, precedidos del clero de la iglesia real de San Dionisio, de todos los miembros del capitulo, á cuyo frente iba Mr. Rey, obispo que fué de Dijon, escoltados por la jendarmería departamental, las compañías del tercer rejimiento de injenieros y la guardia nacional, se trasladaron al pabellon que se habia dispuesto para recibirlos: en una tribuna reservada se hallaba una diputacion de señoritas de la Lejion de Honor, vestidas de riguroso luto, presididas por la señora Superintendenta.

Ambas orillas del Sena se aparecian cuajadas de inmensa muchedumbre que habia acudido de todos los pueblos inmediatos, y hasta de la capital.

A las dos, un cañonazo anunció la aproximacion del acompañamiento imperial, y efectivamente, á los pocos minutos ya se distinguieron por entre la isla, á la altura de Epinay, los timbres nacionales que ondeaban sobre la *Dorade* y su séquito. Luego avanzó la *Parisienne*, que precedia de unas veinte brazas á la *Dorade*, y venia seguida de ocho vapores que formaban la escolta. Al mismo instante la guardia nacional saludó al precioso depósito, y su artillería disparó repetidas salvas, á las que contestaron la *Parisienne* primero, y la *Dorade* despues, con fuegos de á bordo. Llegada la escuadrilla á la tienda hecha para las autoridades, se colocó del modo siguiente:

En primera línea, la *Parisienne* y la *Dorade* con el féretro del *Emperador*: en la proa de este barco, entre la cruz y el cuerpo, permanecia de pié el príncipe de Joinville, vestido de gran uniforme de capitan de navío; delante del féretro estaban igualmente en pié los jenerales Bertrand y Gourgaud, y detrás de ellos el abate Coquereau, en traje sacerdotal.

Inmediatamente despues de la *Dorade* venia un barco de vapor en que iban los músicos ejecutando por intervalos fúnebres sinfonías; formaban la retaguardia los demás vapores en que iban los marinos de las tripulaciones de la *Belle-Poule* y de la *Favorite*. Tan pronto como la *Dorade* se halló al frente del templo funeral, sin salir de la mitad del rio ni dejarse atracar, el príncipe mandó hacer un momento de alto; el señor arzobispo Rey, asistido de todo el clero, dió la absolucion, y si

guió la escuadrilla su rumbo. Era inmenso el jentío que con profundo recojimiento asistió á esta ceremonia relijiosa; y en cuanto estuvo terminada, prorumpió en esclamaciones en honor del *Emperador*, las cuales se iban repitiendo por todo el ámbito de las márjenes del rio, donde el jentío se iba mas y mas agolpando cuanto menor era la distancia de Courbevoie.

En Saint-Ouen, frente á Clichy, y en Asnieres, la multitud era portentosa. En vano se intentó interrumpir el paso del puente hácia este último punto; pues ningun respeto se tuvo á los centinelas, y al pasar la *Dorade* por debajo de los arcos, llovieron sobre ella mil coronas de siemprevivas. Allí pudo la Reina ver por primera vez á su hijo, por tener su coche cerca del puente; sin embargo de que el príncipe de Joinville estaba, dos dias habia, á pocas leguas de su familia, no se separó de á bordo desde que entró en el Sena; tan solo fueron á abrazarle en Poissy y Maisons los duques de Aumale y de Orleans. La Reina y las Princesas que iban con ella vestian riguroso luto, y luego de haber pasado la armadilla, regresaron á Paris; pero aquella siguió su rumbo pausadamente, arrebatando tras sí un inmenso concurso.

La lancha-catafalco seguia á remolque de uno de los últimos vapores, teniendo á bordo diez marinos que le servian de tripulacion.

Magnífica fué la llegada á Courbevoie: eran apenas las cuatro, y el sol declinaba radiante detrás del monte Valerien, flechando sus rayos por una nube luminosa de polvo; por una parte las tan pintorescas islas de Neuilly, y el arco triunfal á lo lejos; por la otra, los oteros de Courbevoie; al frente el puente hirviendo de concurrentes; los guardias nacionales, la tropa de línea, la artillería redoblando sus salvas, la escuadrilla respondiendo con salvas á las salvas de la playa, y á poco rato el cañon mas ronco de los Inválidos, que por su parte repetia la señal de la llegada del grande hombre despues de un destierro de veinte y cinco años.

Ancló la escuadrilla mas abajo del puente, en frente del templo funeral erijido para recibir el cuerpo. Unos fuegos de bivaque encendidos por las playas demostraban la presencia de la guardia nacional de Neuilly y la inmensa concurrencia de ciudadanos dispuestos á pasar allí la noche, no obstante lo intenso del frio. La lancha-catafalco y la armadilla, iluminadas y cercadas de infinitas embarcaciones llenas de remeros que iban á visitarlas, dieron á la noche un aspecto esplendoroso y vividor.

El desembarcadero de Courbevoie fué la primera tierra de Francia donde descansó el cuerpo de *Napoleon*.

PREPARATIVOS PARA LA CEREMONIA.

Ateniéndose al cómputo marítimo, la espedicion de Santa Helena no

debia estar de vuelta en Francia hasta el 15 ó 20 de diciembre: por lo que era de presumir que la ceremonia no tendria cabida sino hácia el dia 25, pero la llegada de la *Belle Poule*, á últimos de noviembre, dejó burladas todas las previsiones.

Con motivo de la premura del tiempo, los artistas y contratistas tuvieron que echar el resto de sus conatos y su actividad.

Vivísimo era aquel conjunto inmenso de operarios repartidos en toda la línea que debia seguir el acompañamiento, trabajando de continuo, no obstante la intemperie del tiempo y el rigor del frio, y prosiguiendo aun de noche su tarea con hachones, se hacia obvio el concepto de que se estaban afanando á impulsos de su patriotismo, y todos se esmeraban en el endiosamiento de Napoleon.

He aquí la descripcion de los varios preparativos, segun el órden apuntado para el rumbo de la comitiva:

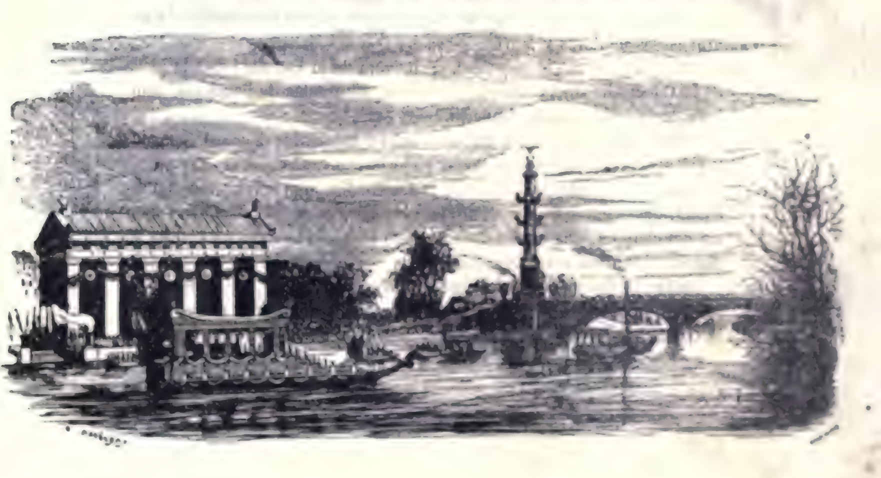
En Courbevoie, á orillas del Sena, cerca y mas abajo del puente, un gran templo funeral, de forma griega, con cuatro frentes, y adornado de plantas, guirnaldas de encina, escudos de armas, águilas, ropajes, pinturas y atributos relativos al intento. Delante del templo un desembarcadero, cuyos machones estaban embebidos en el rio, y sobre el cual habia un arco de triunfo.

Al rededor unos trípodes antiguos arrojando llamas.

En el puente de Neuilly una coluna rostral, octogona, coronada con una águila de oro, á cuarenta y cinco metros de elevacion.

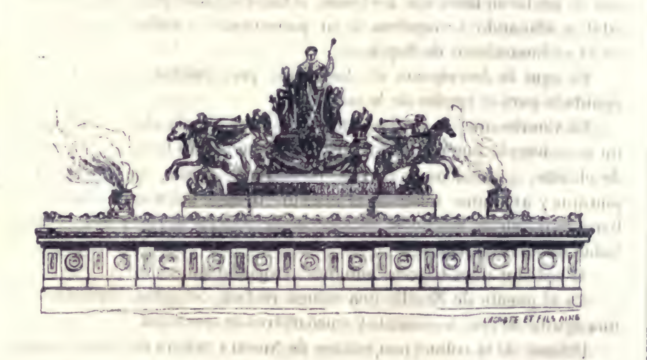
Delante de la coluna una estátua de Nuestra Señora de Gracia, patrona de los marinos.

En torno del arco de triunfo de la Estrella, doce mástiles empavesados, con escudos, trofeos de armas y banderas tricolores; en las banderas se



leian los nombres de los principales ejércitos de la República y del Imperio: *Ejército de Holanda, de Sambra-y-Mosa, Rin-y-Mosela, las costas del Océano, Cataluña, Aragon, Andalucía, Italia, Roma, Nápoles,* GRANDE EJÉRCITO, *Ejército de reserva.*

Sobre la plataforma, á modo de cimero, la apoteósis de Napoleon, compuesta del siguiente modo: el Emperador de gala imperial, como iba el dia de su consagracion, en pié delante de su trono, apoyado sobre dos figuras alegóricas que representaban el númen de la Paz y el de la Guerra.



En cada ángulo del monumento, un grandioso trípode antiguo arrojando llamas de color; en los cuatro ángulos del atrio, dos famas á caballo que representaban la Gloria y la Grandeza.

Desde el remate del arco triunfal hasta el pié de los zócalos, largas guirnaldas de flores y laurel.

En los Campos-Elíseos, desde la barrera de la Estrella hasta la plaza de la Concordia, unas colunas triunfales, adornadas de banderas, águilas y otros emblemas del Imperio.

Entre las colunas triunfales, á derecha é izquierda, doce estátuas alegóricas, representando otras tantas victorias.

En cada ángulo del puente de la Concordia, una coluna triunfal estriada, de forma octógona, con figuras alegóricas en los pedestales; encima del chapitel, una águila dorada, y en torno de la caña, una serie de cartones con nombres de victorias.

Sobre el puente, ocho estátuas: La *Sabiduría,* por Mr. Ramus; La *Fuerza,* por Mr. Gourdel; La *Justicia,* por Mr. Bion; La *Guerra,* por Mr. Calmels; La *Agricultura,* por Mr. Therasse; La *Elocuencia,* por

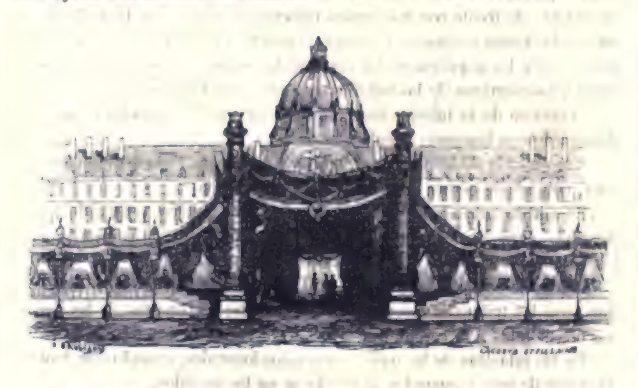
Mr Fauginet; Las *Nobles Artes*, por Mr. Merlieux; El *Comercio*, por Mr. Dantan menor.

En frente del palacio de la Cámara de diputados, la *Inmortalidad*, estátua colosal, por Mr. Cortot.

En la esplanada de los Inválidos, treinta y dos estátuas de reyes y grandes capitanes de Francia: *Clodoveo, Carlos Martel, Felipe Augusto, Carlos V, Juana de Arc, Luis XII, Bayardo, Luis XIV, Turena, Duguay-Trouin, Hoche, La Tour d'Auvergne, Kellermann, Ney, Jourdan, Lobau, Carlomagno, Hugo-Capeto, Luis IX, Carlos VII, Du Guesclin, Francisco 1°., Enrique IV, Condé, Vauban, Marceau, Desaix, Kleber, Lannes, Massena, Mortier, Macdonald.*

Entre las estátuas de la esplanada, unos trípodes con llamas.

En ambos lados de la esplanada, á derecha é izquierda, inmensos tablados capaces para treinta y seis mil espectadores, que llegaban hasta la verja de entrada de los Inválidos.



En esta verja una colgadura negra realzada con adornos de oro y plata y sostenida por dos colunas triunfales y varios haces de lanzas encintadas; encima de las colunas habia grandes trípodes, y las mismas servian de respaldo á derecha é izquierda á dos tribunas reservadas para los Inválidos.

En el primer patio del establecimiento, una línea de candelabros y trípodes con braseros inflamados.

En el patio de honor, dos tablados dispuestos para recibir á seis mil personas sentadas.

Todas las pilastras de las galerías cubiertas de aquel patio trasformadas en trofeos de armas y coronadas de una aguila. En los intermedios,

á la altura de los arcos, varios escudos, de los cuales unos representaban la cifra imperial, y otros cruces de la Lejion de Honor. Entre los arcos habia un doble feston de laurel.

A la altura y al rededor del friso, los nombres, en letras de oro, de los Franceses que descollaron en la guerra, desde 1793 hasta nuestros dias.

En el contorno de este friso triunfal, un triple cordon de guirnaldas y de coronas de siemprevivas entretejidas.

Mas arriba, siguiendo la línea del tejado, una ancha cinta de la Lejion de Honor; y por último, en medio del patio, junto á los tablados, una porcion de mástiles empavesados y coronados de una estrella de oro ajigantada.

Delante de la puerta de la iglesia, con el objeto de recibir el cuerpo del Emperador, un templo funeral de figura cuadrada, sostenido por cuatro pilastras cuadrangulares, con un arquitrave en cada costado, y coronado de frente con las armas imperiales. Encima de la fachada, la imájen de Nuestra Señora de Gracia, teniendo á los lados dos jenios alegóricos. En los arquitraves, los retratos de los mariscales del Imperio, y debajo, los nombres de las batallas con que se esclarecieron.

El pórtico de la iglesia, formado por un arco de colgaduras negras, iluminado con lámparas sepulcrales.

A la entrada de la nave, y á la altura del órgano, una tribuna anchurosa, colgada de negro, destinada para la orquesta.

En ambos lados de la nave, unos estrados enlutados, reservados, á la derecha, para las varias diputaciones convocadas, y á la izquierda para los marinos de la *Belle-Poule* y la *Favorite*.

Detrás de las pilastras, en las dos galerías laterales, otros tablados que, con las tribunas superiores, completaban los puestos de las personas convidadas á la ceremonia.

En las pilastras de la nave, unos cipos funerales, cimados de trofeos de armas de oro, y cuajados de banderas en los ángulos.

En los cipos los nombres de los mariscales y jenerales del Imperio, rasgueados junto á sus victorias, y colocados segun el órden siguiente, principiando por la puerta de entrada :

Pilastras de la derecha : Ney, príncipe de la Moskowa; Mortier, duque de Trevisa ; Kleber ; Duroc, duque de Friul ; Mouton, conde de Lobau ; Bessieres, duque de Istria.

Pilastras de la izquierda : Jourdan , conde de Hautpoul-Saletto ; Desaix ; conde de Lariboissiere ; conde Serrurier , Baraguay-D'Hilliers, Lannes, duque de Montebello.

Entre los arcos de las bóvedas, tupidas cortinas de terciopelo negro con galones de plata ; encima una ancha cenefa de terciopelo negro con

franjas y bordados de plata, y delante grandiosas guirnaldas con coronas de laurel. Al centro de estas coronas, unos escudos en que estaban estampadas las glorias civiles del Imperio, y en el cornisamento de las bovedillas una colgadura que representaba la corona imperial de oro, sostenida por el cetro y el águila.

Las grandes ventanas superiores de la cúpula, cerradas con cortinas de color de viola, en cuyo centro tenian una águila de oro.

Encima una ancha cenefa del mismo color, con las armas imperiales y salpicada de abejas de oro y cifras; y debajo un cordon de luces formado de cirios sostenidos por un coronamiento con esculturas doradas.

En dicho coronamiento, veinte y cuatro banderas tricolores con los nombres de las mas esclarecidas victorias del Emperador.

Mas abajo, sobre los grandes arcos de la cúpula, unas guirnaldas de laurel.

Encima del entablamento del primer órden, otro cordon de luces que recorria todo el ámbito de la cúpula.

En seguida, unas colgaduras, que llegaban hasta el suelo, de paño ó terciopelo morado,con brillantes arabescos, abejas, águilas y cifras de oro.

Finalmente tres banderas grandiosas, con las armas del rey de los Franceses, ondeando por encima de aquella decoracion ostentosa.

A la entrada de la cúpula, las tribunas destinadas á los oficiales del ejército, marina, guardia nacional, el Consejo jeneral del Sena y otras varias corporaciones constituidas.

Al centro de la cúpula, en el sitio donde se ha de construir luego el sepulcro de *Napoleon*, un magnifico *catafalco* de diez y seis metros de elevacion, compuesto de dos zócalos con bajos relieves; el primer zócalo, adornado en cada ángulo con una estatua de 3 metros 50 centimetros de elevacion, que representa una victoria con palmas en una mano y la otra apoyada sobre un escudo.

Cada estatua apoyada á un trofeo coronado con una águila; este trofeo se componia en un haz de todas las armas de las naciones conquistadas.

El otro zócalo sostenia cuatro columnas de capitel de órden corintio, sobre las cuales posaba el coronamiento del catafalco.

Encima de los zócalos, una cúpula gallarda en forma de media naranja, con el interior revestido de raso blanco, y el esterior enteramente dorado y rodeado de haces de banderas; debajo de la misma cupula, una representacion esmerada del féretro que contiene los restos de *Napoleon* (La parte inferior del catafalco estaba dispuesta para recibir el verdadero féretro despues de la presentacion).

Finalmente, una inmensa aguila de oro con las alas estendidas encima del catafalco, de 3 metros 30 centimetros de punta á punta.

A derecha é izquierda, donde se hallan los sepulcros de Turena y Vauban, unas tribunas colgadas de terciopelo negro destinadas á las Cámaras de los pares y diputados, el Consejo de Estado, y el Tribunal de apelacion, el Consejo real, etc.

Detrás del catafalco, varias tribunas para las señoras convidadas.

Arrimado á la puerta del fondo, un altar para la celebracion del oficio.

El interior del altar enteramente cubierto de encaje de oro tendido sobre terciopelo negro.

A la derecha del altar, la tribuna del Rey, colgada de terciopelo morado con palmitas de oro, y formada de un dosel de terciopelo de grana que cubria el trono real.

Finalmente, una alfombra morada, salpicada de abejas de plata, que cubria toda la estension de la nave de la iglesia, hasta el sitio en que estuvo el antiguo altar de los Inválidos, el cual se retiró para no desairar la perspectiva y dejar descubrir, aun desde la nave, el garbo de la cúpula y el conjunto de la ceremonia.

Ceremonia del 15 de diciembre.

El dia 15 de diciembre sobresaldrá en los fastos de la nacion francesa, y se considerará como uno de los mas memorables de su historia.

Acostóse la gran ciudad la noche de la víspera toda azorada y como calenturienta, y á las cinco de la madrugada entre hielos y lobregueces, el redoble de las cajas y la artillería de los Inválidos mancomunadamente la despiertan, y levántase gozosa cual si fuera un hombre solo.

En pocos minutos aparecen iluminadas las ventanas, y allá el estruendo y el movimiento vividor se manifiestan por las calles. Si en tales momentos hubiesen los tenderos abierto los postigos, si en las paradas hubiesen aparecido las ricas muestras, fácil hubiera sido figurarse que era la hora en que acaba de anochecer, en que la Bolsa acaba de cerrarse, y acaban de abrirse los teatros.

Media hora despues de la llamada, arrójase á la calle la muchedumbre de ociosos, forma la guardia nacional, salen de sus cuarteles los rejimientos, y todos en globo se encaminan hácia la parte occidental de Paris; con esto en pocos instantes presentan ciertos puntos de la ciudad el silencioso aspecto de un desierto, al paso que otros, arrollados por la oleada del jentío, parecian harto reducidos para abarcar aquel reflujo de vivientes. Mas de setecientas mil almas se agolpaban en los Campos-Eliseos, los Inválidos, el camino de Neuilly á Courbevoie, batallando con la tramontana, que era por puntos mas heladora, mientras iba asomando el alba hácia levante.

Al rayar el sol y flechar luego sus purpúreos destellos, Paris estaba en pié.

Desde el amanecer, varios destacamentos de tropa de linea y la guardia nacional de Courbevoie acuden á formar delante del puente de Neuilly y junto al desembarcadero.

Dos cañones procedentes de Vincennes se colocan en batería á la orilla del rio.

El puente está ocupado esclusivamente por la fuerza armada.

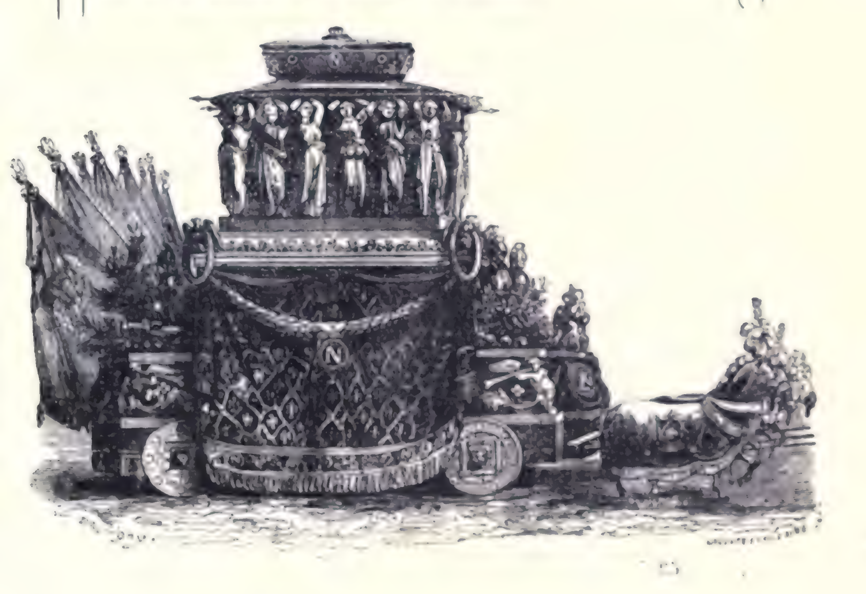
El jentio queda apiñado detrás de las líneas militares, y todas las ventanas aparecen atestadas de cabezas humanas; vense enjambres de curiosos como colgados en los árboles, los postes y las cornisas de las casas, los tejados desaparecen cubiertos por moles cerradas de mirones.

Atropellábase por la carrera principal que conduce de Paris á Courbevoie una multitud innumerable del vecindario, que viéndose rechazada al llegar al puente, tiene que derramarse sobre la orilla opuesta, ó invadir la isla Real por medio de las infinitas barquillas que surcan la faja del rio.

Todos están mas y mas ansiando aquella escena grandiosísima que jamas verán repetida; el desembarco de los restos inmortales del *Emperador* en tierra de Francia.

A las nueve se presenta el carro imperial.

Componíase de cinco partes bien diversas: 1.° el zócalo; 2.° el pedestal; 3.° las cariátides, 4.° el escudo; 5.° el cenotafio.



El *Zócalo* estaba sentado sobre cuatro ruedas macizas y doradas, y era de figura cuadrilonga, con una plataforma semi-circular en la delantera. En esta plataforma se veia un grupo de jenios que sostenian la corona de Carlomagno, y en los cuatro ángulos otros tantos jenios en bajo relieve que con una mano sostenian guirnaldas y con la otra tocaban la trompeta de la Fama.

En la parte superior, varios haces, y en el medio águilas y la cifra del *Emperador* entre coronas. El zócalo y sus adornos estaban enteramente dorados al mate.

El *pedestal* tenia colgadura morada con realces de oro y con la cifra y las armas del *Emperador*, y cuatro haces de armas en los estremos. Cubríanle desde el remate hasta el suelo largas colgaduras violadas, bordadas de abejas, N. N., águilas y laureles.

Una ancha guirnalda recorria toda la lonjitud de dicho pedestal.

Su coronamiento se componia de una galería de adornos con cuatro águilas.

Las *cariátides*.—Habia sobre el pedestal catorce estátuas mayores que el natural, enteramente doradas, que representaban otras tantas victorias que llevaban en triunfo el cenotafio, colocado sobre un grandioso escudo. Las estatuas se daban la espalda unas á otras, y estaban situadas seis á cada lado y una en cada esquina.

El *escudo* era todo de oro y de figura oval prolongada, sosteniendo un haz de venablos.

El *cenotafio* era un fiel remedo del féretro de *Napóleon*, y estaba cubierto de un largo crespon morado, salpicado de abejas de oro.

En la parte posterior del carro habia un trofeo de banderas, palmas y laureles, donde estaban reproducidos los nombres de las victorias de *Napoleon*.

Sobre el féretro descollaban la corona imperial, el cetro y la mano de justicia de oro engastados de pedrerías.

El tiro se componia de diez y seis caballos negros, dispuestos en cuatro cuadrigas, adornados de penachos blancos, como tambien las plumas y crines flotantes, y enteramente cubiertos de caparazones de tela de oro. En las mantillas estaban bordadas las armas imperiales con pedrerías, águilas, N. N., y laureles esmaltados sobre el fondo. Diez y seis picadores con librea imperial guiaban las cuadrigas, precediéndolos dos picadores á caballo.

La total elevacion del carro era de 10 metros, el ancho de 4 metros 80 centímetros, y el largo 10 metros. Pesaba 13.000 kilógramos.

Luego que llegó el carro imperial, fué á colocarse debajo del arco de triunfo alzado ante el desembarcadero, y el príncipe de Joinville dió órden para el desembarco.

A las nueve y cuarto, la *Dorada* número 3 atracó al muelle, apoyando el costado derecho al desembarcadero; oyóse el estruendo de la artillería, y los marinos de la *Belle-Poule*, levantando el cuerpo del *Emperador*, lo depositaron solemnemente en el interior del carro en el lugar reservado al intento: pues el sitio aparente al esterior estaba ocupado por el cenotafio que se acaba de describir.

Oyóse un grito unánime de *¡viva el Emperador!* que á muchos de los que asistieron a esta gran reparacion nacional pudo hacerles creer momentaneamente rejuvenecidos de treinta años.

En aquel instante, resplandecia el sol tan hermoso como en los dias de mayo; sus centellantes rayos doraban el templo, el carro, las casas, las tropas y la muchedumbre de ciudadanos de la orilla izquierda del rio, ofreciendo á los espectadores situados en la isla un cuadro encantador de poesía y majestad, que por un efecto singular del acaso quiso la luna tambien alumbrar con sus rayos moribundos.

Mientras tanto, la guardia nacional de Paris y su rastro, y varios cuerpos de tropa, iban llegando en columnas cerradas por la carrera de Neuilly y los Campos-Eliseos, y á las diez, las lejiones y los rejimiento tomaron la posicion que en la órden del dia tenian señalada.

La guardia nacional forma en ambas alas de la carrera de Neuilly, desde el puente hasta la barrera de la Estrella, estendiéndose despues, únicamente en el costado derecho del curso, hasta la esplanada de los Inválidos, donde vuelve á formar dos filas hasta la gran verja de palacio.

La carrera formada por la tropa de línea tiene la derecha apoyada á la barrera de la Estrella, y la izquierda sobre el muelle de Orsay, al ángulo de la calle de Austerlitz. Los rejimientos forman en batalla segun el órden de los números de su brigada, y en Neuilly se colocan dos baterias de artillería.

Otras dos baterias están apostadas junto al arco de triunfo de la Estrella, á la izquierda, entre la guardia nacional y la tropa de línea.

A las diez y media, el cañon de Neuilly anuncia la marcha del carro.

Poco rato antes estaba el cielo entoldado, y los copos de nieve que iban cayendo enmarañaban la carrera, pero en el mismo acto que el fúnebre acompañamiento emprendió la marcha, el sol rasgó las nubes y apareció hermosa y centellante.

Avanza a pausas la comitiva por la carrera de Neuilly. El jentio agolpado tras aquella devota solemnidad no tiene ponderacion, y sin embargo nada altera el silencio relijioso sino el grito espontáneo de *¡viva el Emperador!*

A las once y media se sitúa el carro debajo del Arco de triunfo, y rompen los aires nuevos disparos de entusiasmo,

Una salva de veinte y un cañonozos anuncia su llegada.

Despues de una breve parada, entra finalmente en Paris por la barrera de la Estrella, á cuyo fin se habia quitado la verja.

Orden de la comitiva.

El órden que seguia la comitiva era el siguiente:

La jendarmería del departamento del Sena, con el coronel al frente, y los trompetas delante.

La guardia municipal de á caballo (dos escuadrones), con su coronel, el estandarte y los trompetas.

Un escuadron del 7.° de lanceros.

El teniente jeneral Darriule, comandante de plaza de Paris, y su estado mayor, seguido de los oficiales licenciados.

Un batallon del 66.° de línea, con bandera, gastadores, tambores y música, y á la cabeza el coronel.

La guardia municipal de á pié, con bandera y tambores, y el teniente coronel á su frente.

Los zapadores bomberos, con bandera y tambores, y el teniente coronel á su frente.

Dos escuadrones del 7.° de lanceros, con el teniente coronel á la cabeza.

Dos escuadrones del 5.° de coraceros, con estandarte y música, al mando del coronel.

El teniente jeneral Pajol, comandante de la division militar, y su estado mayor.

200 oficiales de todas armas, empleados en el ministerio y depósito de la guerra.

La escuela militar de Saint-Cyr, con su estado mayor al frente y el fusil á la funerala.

La escuela politécnica, con su estado mayor al frente.

Un batallon del 10.° de infantería lijera, con el coronel á la cabeza, los gastadores, tambores y música. (Llama la atencion y causa sensacion entrañable la bandera de aquel rejimiento tiznada toda de humo y casi enteramente destrozada).

Dos baterías de los rejimientos 3.° y 4.° de artillería.

Un destacamento del primer batallon de cazadores de á pié.

Las siete compañías de injenieros acantonadas en el departamento del Sena, que formaban un batallon á las órdenes de un comandante de batallon.

Las cuatro compañías de sarjentos veteranos. Estos valientes marchan con un frente lo menos de veinte y cinco hombres, y los de primera fila tienen todos condecoraciones.

Dos escuadrones del 5.° de coraceros, con el teniente coronel á la ca beza.

Cuatro escuadrones de la guardia nacional de á caballo, con estandarte y música.

El mariscal Gerard, comandante superior de los guardias nacionales, y á su lado el teniente jeneral Jacqueminot, seguidos de todo el estado mayor de la guardia nacional.

La 2.ª lejion de la guardia nacional del rastro, tambores y música, y el coronel á la cabeza.

La 1.ª lejion de la guardia nacional de Paris.

Los escuadrones de la guardia nacional de á caballo.

Un coche negro con bordados de plata para el abate Coquereau, capellan de la espedicion de Santa Helena.

Algunos jenerales y unos cincuenta oficiales del cuadro de reserva ó retirados, todos á caballo.

Algunos oficiales superiores de la marina real.

La banda de música fúnebre.

El caballo de batalla del Emperador, con la silla y los arneses que usaba *Napoleon* cuando era primer cónsul. Esta silla se custodia en el guarda muebles de la corona: es de terciopelo amaranto bordado de oro, y en la mantilla y los caparazones están bordados con igual preciosidad los atributos del comercio, de las artes, las ciencias y la guerra. El freno y los estribos son de plata dorada y trabajados al cincel; encima de los estribos hay dos águilas que se les añadieron en tiempo del Imperio. El caballo está cubierto de un crespon morado salpicado de abejas de oro, y tiénele de la brida un lacayo á pié con librea del *Emperador*.

Un peloton de 24 sarjentos condecorados, de la guardia nacional de caballería, del cuerpo de caballería y de la artillería de línea, con la guardia municipal á las órdenes de un capitan del estado mayor jeneral de la guardia nacional.

Un coche enlutado con cuatro caballos, en que iba la comision de Santa Helena.

Un peloton de 34 sarjentos condecorados, de la guardia nacional de infantería, de infantería de línea, de la guardia municipal de á pié y de los zapadores-bomberos, á las órdenes de un capitan del estado mayor jeneral de la guardia nacional de infantería.

87 sarjentos á caballo, con banderas que tienen escritos los nombres de los 86 departamentos y de la Aljería; las lanzas de las banderas están coronadas de águilas con las alas tendidas; este destacamento va mandado por un jefe de escuadron.

El príncipe de Joinville á caballo, con grande uniforme de capitan de navío.

Llama la atencion de todos los concurrentes su tez curtida por el sol, y su continente marcial. Salúdanle con mil vítores alternados de gritos de *viva la marina, vivan los marinos de* LA BELLE-POULE.

El estado mayor del príncipe.

Los 400 marinos de la fragata *Belle-Poule*, con pantalon y chaqueta azul, sombrerito redondo de cuero, y sable en mano. Este destacamento sirve de escolta al carro fúnebre, marchando en dos filas.

El carro Imperial.

A derecha é izquierda del carro, *el mariscal duque de* REGGIO, el *mariscal* MOLITOR, el *almirante* ROUSSIN y el *jeneral* BERTRAND, teniendo los ángulos del mortuorio imperial.

Los antiguos edecanes y oficiales civiles y militares de la casa del EMPERADOR.

Los prefectos del Sena y de policía, los miembros del Consejo jeneral, los correjidores y agregados de Paris y de las parroquias rurales, en número de un centenar.

Una diputacion de antiguos militares de todos grados, que pertenecieron á los ejércitos imperiales, en grande uniforme de granaderos y cazadores de la antigua guardia, dragones de la emperatriz, húsares de la muerte, *chamburanes*, vélites, guías, lanceros encarnados, etc.

Las lejiones de la guardia nacional de Paris y del rastro, que despues de haber formado la carrera, se van replegando á medida que desfila el acompañamiento.

Cierran la marcha:

Un escuadron del 1.º de dragones, con el teniente coronel á la cabeza.

El teniente jeneral Schneider, comandante de la division de los alrededores de Paris, con su estado mayor.

El mariscal de campo M. Hecquet, comandante de la 4.ª brigada de infantería de las cercanías de Paris.

Un batallon del 55.º de línea, con bandera, gastadores y música, y el coronel á la cabeza.

Las dos baterías de artillería colocadas en Neuilly.

Un batallon del 55.º de línea, con el teniente coronel á la cabeza.

El mariscal de campo M. Lawoestine, comandante de la brigada de caballería.

Finalmente dos escuadrones del 1.º de dragones con estandarte y música, y el coronel á la cabeza.

Avanza el acompañamiento majestuosamente por la carrera de los campos Elíseos, donde se agolpan para saludarle mas de cuatrocientos mil espectadores. Los infinitos tablados dispuestos en toda la carrera están cuajados de señoras lujosamente vestidas; todas las entradas de las casas se ven atestadas de curiosos, pudiendo decirse que ni un solo lugar queda

vacio.—En el tránsito, do quier suena la idéntica vocería de entusiasmo, las mismas demostraciones de acatamiento á la memoria del Emperador, renovándose con mas vehemencia en la plaza de la Concordia.—A la una y media, la comitiva acabó de pasar el muelle y avanzó en la esplanada de los Inválidos; en el mismo instante los vapores de la escuadrilla que habian llevado el Emperador de Ruan á Courbevoie vinieron á situarse en frente del puente de los Inválidos, remolcando tras sí la lancha catafalco.—La artillería anuncia la llegada á la verja de los Inválidos, y en un instante los marinos con sus robustos brazos levantan el *ataud*, las miradas ansiosísimas de la muchedumbre consiguen divisar por debajo del terciopelo el mortuorio imperial, el ébano que encierra el cuerpo del hombre grande. Brotan lágrimas de los ojos de algunos antiguos guerreros, al paso que los jóvenes estudiantes de las escuelas militares tremolan los sombreros y llenan los aires con sus vítores, á los que contesta la muchedumbre.

HONRAS FÚNEBRES

A las siete de la mañana, ya empezaban á atestarse de concurrentes los grandiosos anfiteatros construidos en ambos lados de la esplanada, sin que los arredrara la certeza de tener que estar esperando por lo menos ocho horas con un frio de 10 grados. Junto á los fosos y á la derecha de la puerta se iba formando una dilatada fila de personas vestidas de luto, y se estendia hasta la calle de Borgoña; en otros puntos agolpábanse igualmente los convidados, deseosos de asistir al grandioso espectáculo. Abriéronse las puertas á las once, y fué infructuoso todo el empeño en contener



la multitud, quedando prontamente asaltadas todas las tribunas, particularmente las del interior de la iglesia.

Hácia las once y media llegó la Cámara de diputados, con su presidente á la cabeza, habiéndola precedido los varios miembros del órden judicial. La Cámara de los pares no llegó hasta mas tarde.

A pesar del resguardo de la fuerza armada, las grandes corporaciones del estado no pudieron penetrar sino con suma dificultad hasta la iglesia, tan cerrado estaba él jentío por parte de afuera. Cuando por fin lograron abrirse paso, siguieron tras ellas las diputaciones civiles y militares, y los dependientes de todos ramos, colocándose en el órden siguiente:

El arzobispo con todo el clero al interior de la cúpula, detrás del catafalco, en frente del altar.—Los ministros delante y un poco mas abajo de la tribuna real.—Los Mariscales y Almirantes de Francia al otro lado.—Delante de los ministros, el gobernador del cuartel de Inválidos, el venerable mariscal Moncey, que se habia mandado llevar en un sillon hasta el pié del altar para rendir solemne homenaje á la memoria de su glorioso *Emperador*.—Los Pares á la derecha del catafalco; —un poco mas arriba, el Consejo de Estado.—Los Diputados á la izquierda del catafalco.

A la entrada de la cúpula, el Tribunal de Apelacion, el de Cuentas, el Consejo real de instruccion pública, el Instituto, el Colejio de Francia, los decanos de las facultades, el Tribunal real, los oficiales jenerales del ejército y marina, etc.

En la nave, los oficiales del ejército imperial, el Estado mayor de los Inválidos, la Escuela politécnica, etc.

Hácia las dos, la artillería de los Inválidos anunció que el acompañamiento llegaba á la verja de honor.

En aquel acto, el arzobispo de Paris, acompañado de todo el clero, bajó en procesion para recibir el cuerpo debajo del pórtico.

Al paso del clero siguió un silencio relijioso; y á pocos minutos se le vió regresar en el mismo órden y seguido de toda la comitiva.

Encabezaba la marcha el príncipe de Joinville con uniforme de capitan de navío y sable en mano.

Detrás de él venian los miembros de Santa Helena, la comision, y en seguida el *ataud*, llevado, como se ha dicho antes, por 24 sarjentos de milicia nacional, y otros 24 del ejército.

Lo mismo que en el tránsito, llevaban los cuatro ángulos del paño funeral el mariscal Molitor, el mariscal duque de Reggio, el jeneral Bertrand y el almirante Roussin.

Seguian los oficiales superiores del ejército, los prefectos del Sena y de policía, el Consejo jeneral de la ciudad de Paris, los correjidores y los an-



tiguos generales del Imperio, cerrando la marcha, cuatrocientos marinos de *la Belle-Poule*.

Entónces el *Rey* bajó del solio y avanzó hasta la entrada de la cúpula á recibir la comitiva. Allí el príncipe de Joinville le dijo: «*Señor, os presento el cuerpo de Napoleon, que he traido á Francia en cumplimiento de vuestras órdenes.* —*Recíbolo en nombre de la Francia*,» contestó el Rey en voz alta.

El jeneral Athalin llevaba en una almohada la espada del EMPERADOR; dióla al mariscal Soult, y este la entregó al Rey. Entónces S. M. encarándose con el jeneral Bertrand, dijo: «*Jeneral, os encargo coloqueis la gloriosa espada del Emperador sobre su féretro.*»

En seguida volvió el rey á su asiento, y el féretro quedó depositado en el interior del catafalco, debajo del pedestal, en un sitio que miraba á la nave. Los oficiales jenerales que habian llevado los ángulos del paño imperial se sentaron en las esquinas del catafalco, y la comision de Santa Helena se colocó delante.

Principió entónces la misa de difuntos. La orquesta estaba colocada delante de los órganos, y dirijíala M. Habeneck: se componia de mas de trescientos músicos.

Cantaban los solos Duprez, Rubini, Lablache, Tamburini, Levasseur, Chollet, y las señoras Grisi, Stoltz, Persiani, Damoreau, García, Dorus, etc.

El gran *Reqiem* de Mozart surtió particularmente un efecto indecible, y solo la santidad del lugar pudo enfrenar el ímpetu de los aplausos.

A las tres y media, los sacerdotes echaron el agua bendita sobre el cuerpo.

El arzobispo presentó en seguida el hisopo al rey, y despues de haber cumplido S. M. con este último obsequio, se retiró.

Terminada esta última ceremonia, retiróse la multitud con piadoso recojimiento.

Uno de los mas preciosos pasos de esta solemnidad, por lo que toca al efecto de la decoracion, fué en el acto en que se encendieron llamas verdes y encarnadas en las urnas funerales, desde el órgano hasta el cacatafalco. La opaca luz que derramaban por la iglesia de los Inválidos le daba una perspectiva verdaderamente fúnebre.

Por espacio de ocho dias, desde el 16 al 24 de diciembre, la iglesia de los Inválidos estuvo abierta para el público, iluminada del mismo modo que el dia de la ceremonia.

Fué tal la concurrencia de los curiosos, que dudamos tenga ejemplar en tiempo ni lugar alguno. Mas de doscientas mil personas se agolpaban todos los dias en las inmediaciones del altar, y sus filas se estendian por una parte hasta el Campo de Marte y por la otra hácia la plaza de la Cámara de diputados. Los mas, despues de haber pasado todo el dia espuestos á un frío intensísimo, á la nieve y la tramontana, tenian que volverse sin haber podido entrar, pero todos confiaban volver á probar fortuna al siguiente dia. El grandiosísimo espectáculo no tan solo atraia al vecindario de la capital, sino al de las poblaciones mas lejanas. Al octavo dia, cuando el gobierno mandó cerrar la iglesia, en vez de haber menguado la concurrencia, no parecia sino que se iba aumentando, en

términos que si se hubiese dilatado la esposicion, de todos los paises del mundo hubieran acudido á tributar aquel patente homenaje á los restos del *Emperador*.

Esta imponderable ceremonia funeral supera á todas cuantas se han hecho en circunstancias análogas, sin que se considerase desmerecer de la solemnidad que requeria el esclarecido nombre del Emperador.

Celebróse por disposicion del señor ministro del interior, la arregló M. Cavé, director de las nobles artes, y M. Charles Baudouin tuvo especial encargo por el gobierno de todas las disposiciones relativas al ceremonial.

La ejecucion del CARRO IMPERIAL, *de los adornos de la* LANCHA IMPERIAL, *y de todas las colgaduras, bordados y decoraciones del palacio de los* INVALIDOS, *se encargó á la administracion de las pompas funerales.*

Finalmente, el conjunto de la ceremonia fué ejecutado segun los diseños de los señores Blouet, Labrouste, Visconti y Felix Martin, arquitectos.

CAPELARDENTE.

El sábado 6 de febrero siguiente, al mediodía, el féretro de Napoleon, que estaba depositado desde el dia de la fúnebre ceremonia 15 de diciembre debajo del catafalco imperial, fué trasladado á una capelardente dispuesta á la derecha del altar, en una de las cúpulas secundarias de la iglesia de los Inválidos. Esta traslacion se efectuó en presencia del mariscal Moncey, gobernador, y del jeneral Petit, comandante de los Inválidos, del estado mayor de la casa, de la division de oficiales y de las trece divisiones de sarjentos y soldados. El número de personas convidadas era muy reducido: el jeneral Bertrand, el jeneral Gourgaud, M. de Las Cazes hijo, M. Cavé, director de las nobles artes, M. Marchand, y los demás miembros de la comision de Santa Helena; estos, con los de la casa, eran los únicos asistentes.

Cuatro oficiales superiores tenian los ángulos del paño imperial.

El oficio de difuntos fué celebrado por el abate M. Ancelin, párroco de los Inválidos, asistido por su clero. Despues de la misa, se retiró el ataud del catafalco, adornado lo mismo que el dia que entró en Paris, y además con la corona imperial á la cabeza y la espada y el sombrerito á los piés, fué colocado en un plano inclinado de maderas cubiertas con tela negra.

Puesto sobre esta especie de carril, resbaló con admirable facilidad hasta un basamento preparado para recibirle; y terminada esta operacion, el mariscal y todos los convidados se trasladaron á la capilla de San

Jerónimo, donde el clero y los artistas de la iglesia cantaron un *De profundis*; todos los asistentes echaron agua bendita sobre el ataud, y cerráronse las verjas á su presencia.

-FIN-

